

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 103



LAS PALMAS, 9 DE ENERO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 1.

EL CENOBIO DE VALERÓN

Allá en lo alto, dominando el paisaje magestuoso, salvajemente bello, a donde llegaba desmayada la canción eterna de las olas entre el rumoroso saltar de las fuentes que por erizados peñascales se precipitaban en el fondo verdeguante de los barrancos; allá en lo alto, como un nido de águilas en la serrada cordillera que se levanta sobre el mar como inmensa cortina de basalto ocultando las selvas perfumadas de Doramas;

No eran *arimogadas* que conservaban en los *adoratorios* el fuego divino y vertían leche de *aridamanas* en la cumbre de los montes sagrados; no eran sacerdotisas que bajaban á las playas de arenas amarillas para aplacar la cólera de *Alcorah* azotando las olas con ramos de almátigo.

Las que habitaban la inmensa gruta cenobial de quinientas tres celdas, eran las doncellas nobles del



allá, en lo alto como nido de águilas, asomaban, bajo el arco enorme abierto en la cumbre agreste de la roca, los innúmeros aposentos cenobiales de las vírgenes canarias de tez morena, de cabellos de oro, de ojos azules como el mar, serenos como el cielo...

Alcorah velaba sobre sus cabezas protegidas por el gran *Faicán*, defendidas por el *Guanarteme* de Gáldar, por sus *Guaíres* y por el pueblo, respetuoso guardador de las leyes dictadas por la gran *Andama-na* en la cumbre sagrada del *Ajódar*.

reino de Gáldar, las hijas de los *gaires* y de los *guai-res*, las prometidas de nobles y guerreros, que dos años antes de celebrar matrimonio, y en cumplimiento de las leyes de aquél pueblo sencillo y patriarcal como los pueblos bíblicos, eran conducidas á allí á hacer vida de recogimiento y de reposo, á alimentar y vigorizar los cuerpos, para que al ser fecundadas diesen á la patria robusta y numerosa sucesión.

Vestían el *tamarco* de las vírgenes, de piel blanca; entregaban sus trenzas con hojas perfumadas y coro-

naban sus cabelleras con conchas marinas. Su canto, puro y virginal, se elevaba al cielo en las noches serenas, en medio del murmurio manso de las olas que subía de la playa de arenas amarillas, despertando los ecos dormidos en el fondo sombrío de los barrancos.

Allá en la gruta cenobial abierta en la agreste cumbre de las rocas de Sylba, las doncellas canarias aguardaban á que el plazo finalizado de su recogimiento llevase á los piés del asilo sagrado la brillante procesión de nobles *Guaires* y guerreros galdarenses, que en torno del *Guanarteme* habían de presenciar la solemne entrega de la novia al prometido hecho por el *Faicán* (gran sacerdote).

Los escritores que han hecho historia del pueblo de Andamana, su legisladora famosa y su primera reina, describen con brillantes colores la ceremonia que se verificaba en las rocas de Sylba al celebrarse el matrimonio de las nobles doncellas recogidas en el cenobio, en cumplimiento de su ley, dos años antes de casarse.

Cuando se desvanecía en el cielo la luz muriente de las estrellas y á la temblorosa claridad del alba comenzaban como á emerger de entre las sombras las rocas y las montañas; cuando el enhiesto pico del *Aj-dar* elevándose sobre el cielo entre nimbos de color de lirio, entre reflejos róseos y franjas de oro, comenzaba á levantar sus faldas recubiertas de almá-cigos sobre la niebla que envolvía la vega galdarense, que cual mar de esmeralda se desbordaba hasta las llanadas de *Anzofé* sembradas de palmeras; cuando sobre las hojas de los dragos y los laureles, cargadas de rocío, caían, como lluvia de oro, los primeros rayos del sol, tibios, acariciantes, y en vaudales de armonía rompía como una grande orquesta el canto de los pájaros que en tropas innúmeras poblaban las espléndidas arboledas que ceñían la corte de los Guanartemes, dejando atrás á Gáldar, la comitiva de la corte canaria, con sus *Guaires*, sus *Faicanes*, sus *Arimaguadas* y sus guerreros, coronados de conchas nacarinas, envueltos en túnicas y *tamarcos* de pieles y finísimos tejidos pintados con hermosos colores, luciendo sus tallados *magados* y sus *tarjas* de drago cubiertas de sellos primorosos, brillante, poderosa, vencedora de Bétthencourt y de Sylba, dirigíase á las rocas sagradas á que el general portugués, vencido, diera su nombre al bajar por ellas, lleno de pavor, en busca de su flota.

Llegada la corte al cenobio, la *arimaguada* ó sacerdotisa que cuidaba del hogar, presentábase con toda la comunidad ante el *Guanarteme* haciendo entrega al gran *Faicán* de la doncella cuyos desposorios celebrábanse acto seguido con aparatosa solemnidad. El *Guanarteme* ponía sobre la cabeza de la doncella, vestida con una túnica de pieles ceñida al cuerpo, una diadema ó corona de caracoles, en señal de protección

y luego que los esposos quedaban unidos para siempre por el gran sacerdote, eran llevados en triunfo hasta Gáldar, donde se celebraban fiestas que duraban muchos días y que consistían en iluminar con fogatas el *Ajódar*, derramar leche en las cumbres de los montes en honor de *Alcorah* y hacer grandes luchadas y bailes á la luz de la luna ó de antorchas, tirar *tabonas* y celebrar un consejo en el *Gran Sabor* presidido por el *Guanarteme* para investir al noble desposado del mando de un cantón.

El grabado que publica el presente número da una idea del histórico monumento. Subiendo la carretera del Norte por la Cuesta de Sylba, empieza el viajero á encontrar innúmeros vestigios de la civilización del primitivo pueblo canario, que en Gáldar, su capital, y corte de los reyes de la isla, aparecen por todas partes causando la admiración de cuantos visitan la antigua ciudad de los Guanartemes.

El arco del cenobio, abierto en la cumbre de una de las rocas más altas á que el general portugués Diego de Sylba, derrotado en Gáldar por el Guanarteme Tenesor Semidán el Bueno, dió su nombre, da acceso á las primeras grutas, que mostrando en hilera sus innumerables bocas, en pisos desiguales, dan el aspecto miradas desde lejos de una enorme colmena. Entrando en las primeras grutas, el visitante se pierde en un confuso laberinto que forman 503 celdas abiertas en la roca unas sobre otras, de distintas formas y capacidades, y los pequeños nichos ó dormitorios que no dan cabida más que á un solo cuerpo puesto horizontalmente en ellos.

La plazoleta que hay frente al cenobio, bajo el gran arco, servía de punto de reunión para las doncellas, y allí se verificaba la ceremonia de los matrimonios.

Las celdas altas las destinaban para comedores y refugio en días de lluvia, no sirviendo los nichos ó dormitorios más que para el sueño y descanso. Aún hoy día, se ve en estos últimos una ligera capa de ceniza que cubrían con helechos, pieles ó esterillas de junco que les servía de lecho.

Las leyes de Andamana prohibían la poligamia, jamás practicada en el pueblo. El hombre estaba obligado á respetar á la mujer. Solo podía casarse con una, la cual, antes de que se verificara la unión entre ambos, había de retirarse por dos años al cenobio de Sylba, para alimentarse bien y adquirir vigor y fortaleza para que pudiese tener, al ser fecundada, una descendencia robusta y numerosa.

Admirables leyes, tan sencillas como sabias, son las que recuerda el cenobio de la Cuesta de Sylba, famoso monumento de la Gáldar histórica.

J. BATLLORI Y LORENZO.

DON DOMINGO JOSÉ NAVARRO

En la ciudad de Las Palmas el día 20 de Septiembre de 1803, nació este esclarecido patricio que consagró su larga y laboriosa existencia en bien de su país y especialmente al engrandecimiento intelectual y material de esta ciudad, donde fué muy popular y gozó de grandes simpatías, consideración y respeto, por derecho indiscutible.

Desde su más tierna edad demostró decidida inclinación al estudio. En el Seminario Conciliar estudió latín, matemáticas, metafísica y física; y aunque su ansia de saber era mucha, no pudo adquirir la instrucción necesaria para seguir con provecho una carrera científica, pues, según él mismo refiere en sus «Memorias de lo que fué la ciudad de Las Palmas á principios del siglo,» aquel establecimiento atravesaba entonces un periodo de notable decadencia.

A fines de Septiembre de 1828 salió para Barcelona en un buque de vela que tardó más de cuarenta días en llegar á la capital del Condado. Cualquiera otro se hubiera desalentado ante los obstáculos que se le presentaron para ingresar en el Real Colegio de Medicina y Cirujía, pero todo lo venció su constancia, su entusiasmo y su inteligencia. Al mismo tiempo que estudiaba el primer año de la carrera, se preparaba para obtener el grado de bachiller en Filosofía, cuyo título le fué expedido en 1829.

Siendo estudiante de la facultad de Medicina, el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona le nombró contralor del primer Hospital de coléricos establecido en el convento de S. Pablo; y tal fué el celo que desplegó en el arreglo del Hospital que la Junta municipal de Sanidad le tributó justos y merecidos elogios.

Nombrado médico segundo del Hospital de S. Pablo, prestó con noble desinterés y caritativos sentimientos heroicos servicios, suministrando sus auxilios facultativos á los coléricos, despreciando los peligros con esa abnegación que es propia de las almas grandes. Su distinguido y humanitario comportamiento durante la epidemia fué muy elogiado por el médico primero del Hospital y la Junta municipal de Sanidad.

Terminados brillantemente sus estudios, se le expidió el título de Licenciado en Medicina y Cirujía con censura de sobresaliente. Sus maestros que conocieron su talento y extraordinarias dotes personales, le aconsejaron se quedara en aquella población, donde sin duda alguna hubiera lucido sus excepcionales ap-

titudes; pero nuestro biografiado prefirió ejercer su profesión en estas apartadas rocas, abandonando, por un excesivo amor patrio, un centro donde seguramente hubiera encontrado medios para llegar á la cumbre de la gloria.

En 1837 regresó á Las Palmas, y desde esa fecha hasta que expiró puede decirse que fué el principal inspirador de casi todos los adelantos tanto en el orden intelectual como material de nuestro pueblo, animando con su ejemplo á los hombres de buena voluntad.

Citar todos los cargos que desempeñó y las sociedades y juntas á que perteneció, es tarea larga y difícil: basta decir que el Dr. Navarro prestó siempre su incondicional apoyo, su poderosa iniciativa, su actividad prodigiosa, su privilegiada inteligencia y su eficaz perseverancia á todas las empresas impulsoras de nuestra cultura. Era, por decirlo así, el alma de todas nuestras sociedades.

Fué factor importantísimo en la conclusión de las Casas Consistoriales, Alameda, Teatro de Cairasco, fundación del Gabinete literario, Colegio de San Agustín y tantas otras obras que sería prolijo enumerar. No debemos dejar de mencionar que en todos estos trabajos tuvo por compañero inseparable al eminente patricio Dr. D. Antonio López Botas.

Al regresar de Barcelona fué nombrado Médico titular de Las Palmas y del Hospital provincial de San Lázaro, desempeñando ambos cargos con tal celo é inteligencia, que bien pronto se captó la estimación, no solo de sus compañeros de profesión, para quienes fué siempre un consultor en los diagnósticos y operaciones quirúrgicas, sino del público en general, á quien sirvió con noble desinterés.

En 1851 se presentó en esta población la aterradora epidemia del cólera morbo asiático. La mayor parte de los habitantes emigraron para librarse del contagio; el Dr. D. Domingo J. Navarro permaneció siempre en su puesto llevando á los atacados de la mortífera enfermedad, con los auxilios de su ciencia y las alentadoras palabras del consuelo, el socorro material á los pobres á quienes facilitó toda clase de recursos. También cuando la fiebre amarilla de 1863 prestó relevantes servicios, y á su iniciativa, desvelos y energía se debió que el mal fuese aplacado apenas se había iniciado.

Una gran parte de los hombres que hoy ocupan puestos de importancia en nuestra sociedad tuvieron



al Dr. Navarro por maestro, pues fué catedrático en el Seminario conciliar, Colegio de S. Agustín é Instituto de segunda enseñanza de Gran Canaria, desempeñando en este último establecimiento el cargo de vice-director.

Desde el año 1886 desempeñó sin interrupción hasta el último instante de su vida el cargo de censor de nuestra Real Sociedad Económica de Amigos del País, contribuyendo con sus acertadas observaciones y recto criterio á la resolución de los más arduos problemas, pudiendo decirse que fué uno de los más decididos y entusiastas campeones de tan respetable corporación.

Fué vocal de la Junta local de primera enseñanza, de la de Beneficencia, de la de Piscicultura, del Consejo provincial de Sanidad, de la Comisión superior de instrucción primaria, de la Junta de pesca marítima de esta provincia de Gran Canaria, consejero provincial, presidente y fundador de la sociedad *Museo Canario*, presidente de la academia de ciencias médicas y de la Junta provincial de la Cruz roja y vicepresidente de la Exposición provincial de 1883, diputado provincial, en una palabra, perteneció á todas las asociaciones que han tenido por objeto procurar el adelanto en las ciencias y en las artes.

Fué socio de mérito de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, del «Gabinete literario» y del «Porvenir científico y literario de la juventud canaria» y socio corresponsal de muchísimas Sociedades Económicas del reino.

Poseía varias cruces y distinciones honoríficas bien merecidas, contándose entre ellas la Gran Cruz de Isabel la Católica, las Cruces de Beneficencia y del

Mérito Naval, la placa de la Cruz roja y otras.

A los noventa y tres años de edad escribió y publicó *Recuerdos de un noventa y tres* y *Consejos de Higiene pública a la ciudad de Las Palmas*, y pocos días antes de morir terminó la *Historia de la Medicina en Gran Canaria*.

Además de estas obras dejó en sus artículos y discursos un caudal importantísimo de conocimientos útiles, y en memorias é informes existen en la Sociedad de Amigos del País de esta ciudad trabajos suyos de gran mérito que ocupan puesto preferente en el archivo de aquella benemérita corporación.

La figura del Dr. Navarro fué una de las de más relieve del siglo XIX en Las Palmas. Hasta sus últimos momentos conservó en completa integridad su vigor intelectual. Para su alma, siempre jóven en entusiasmos, fué cárcel insuficiente aquel cuerpo ya encorvado por los años y minado por los rudos y repetidos golpes de la contraria suerte.

El día 25 de Diciembre de 1896, como dijo con inspirada frase el Dr. Millares, pasó de la vida finita á la eternidad, sereno y grave como el justo, sin otro remordimiento que no haber dejado bienes de fortuna á sus hijos.

Mi espíritu conservará siempre un recuerdo imprecadero del que fué mi segundo padre y me colmó continuamente de bondades y me guió en todos los actos de la vida con sabios consejos. Alma grande y generosa, solo al bien de sus semejantes consagró su vida, sin esperar otra recompensa que la satisfacción que proporciona la práctica de las virtudes cristianas.

FRANCISCO CABRERA Y RODRÍGUEZ.

RITO

Siempre al cantar, mi Inspiración se cuida
De unirse con la savia florecente
De energías vivaces, y de ardiente
Fecundidad que la Natura anida.

Jamás mi Musa se postró rendida
Ante el vano oropel con que la gente
Engaña sus sentidos y consiente
La enervación del germen de la Vida.

Mi espíritu insurgente no se rinde
Ante esos toscos ídolos y altares
Que cualquier viento de huracán escinde;

Alta la frente y la pupila inquieta,
Ávido de bellezas seculares,
Rindo al Cosmos mi lira de poeta.

EL IDEAL

Ornado de flotante vestidura,
Impera como un dios que no perece;
Y alzándose hasta El, germina y crece
Y rompe el pensamiento su clausura.

Esplende eterno y puro allá en la altura,
Y á sus fecundos rayos resplandece
La musa del poeta, que florece
Y en verbo divinal se transfigura.

Su hermosa plenitud, fuente de vida
En cuyo seno cálido se anida

El germen de los sueños palpitante,

Surca la tierra del raudal divino
Dó el alma purifica su destino
Con ablución gloriosa y fulgurante.

L. RODRÍGUEZ FIGUEROA.

SOBRE UN DISCURSO DE GALDÓS

¡Pero *ese* Galdós es inaguantable! No sólo se permite el lujo de ser el primer novelista de lengua española y uno de los primeros del mundo—contando en esos primeros á muy pocos—sino que las pocas veces que se ocupa de la cosa pública, lo hace con una profundidad de miras, con una claridad de juicio, con una no artificiosa originalidad, con una exactitud de observación y una independencia de pensamiento tales que deja tamaños á tantos y tantos señorones y señoritos que dedican todas las energías de su vida á tal tarea, y que se llaman estadistas y escritores y periodistas políticos á boca llena.

Leyó Galdós un cortísimo discurso en el banquete con que le obsequió en Madrid la colonia canaria el 9 del mes pasado, y en ese discurso, lleno de substancia, enalteció el amor al alma española «como remedio confortante del pesimismo y de las tristezas enfermizas de la España de hoy», de ese pesimismo «que viene á ser, si en ello nos fijamos, una forma de la pereza.»

¡Con qué maestría pone aquí Galdós el dedo en la llaga que nos corroe! ¡Cuán gráficamente pinta esa frase el estado mental de esas aves de corral que no saben volar y que chillan medrosamente en el estiércol de sus gallineros! Pereza intelectual, sí; y no sólo pereza, sino impotencia intelectual también.

Es cosa digna de llamar la atención de los que tienen la rareza de emplear en algo su cerebro, el que los que tienen aún confianza en nuestro porvenir sean hombres como Pérez Galdós y Juan Valera: Galdós, que ha viajado por las naciones más civilizadas y que ha viajado *enterándose*, observando, estudiando, y que nos ha dado cuenta de sus expediciones á Inglaterra é Italia en páginas á las que debiera darse más importancia de la que se les concede; Valera que ha pasado la mayor parte de su vida en las principales capitales del mundo; Galdós y Valera, que, sobre todo, han sido incansables viajeros en los libros que pueden enseñarnos lo que fuera de nuestra casa acaece y que ellos han podido leer en los idiomas en que están escritos.

¿Cómo hemos de conceder mayor autoridad que á estos hombres superiores á esos infelices acéfalos que, según frase que leo en un periódico, se pasan de admiración y ponen los ojos en blanco al preconizar lo extranjero *sin haber pasado en sus viajes de Carabanchel*, sobre todo si pensamos que en sus viajes intelectuales no sólo no han llegado á Carabanchel, pero ni siquiera á las casillas del fielato de su pueblo?

«No seamos jactanciosos; pero tampoco agoreros siniestros y fatídicos», dice Galdós; y, si yo me atreviera á añadir algo á esas palabras, diría: no seamos tampoco mulos de reata, no pensemos con arreglo á patrón, y menos si el patrón está cortado por alguno

de esos pseudo-racionales, que, en vez de pensar, rumian palabras sin ideas; no sigamos la moda del gemido insubstancial y el lloro estéril; y si hay alguien á quien se le ocurra alguna idea cuya realización pueda curarnos de algún mal, que ese hable.

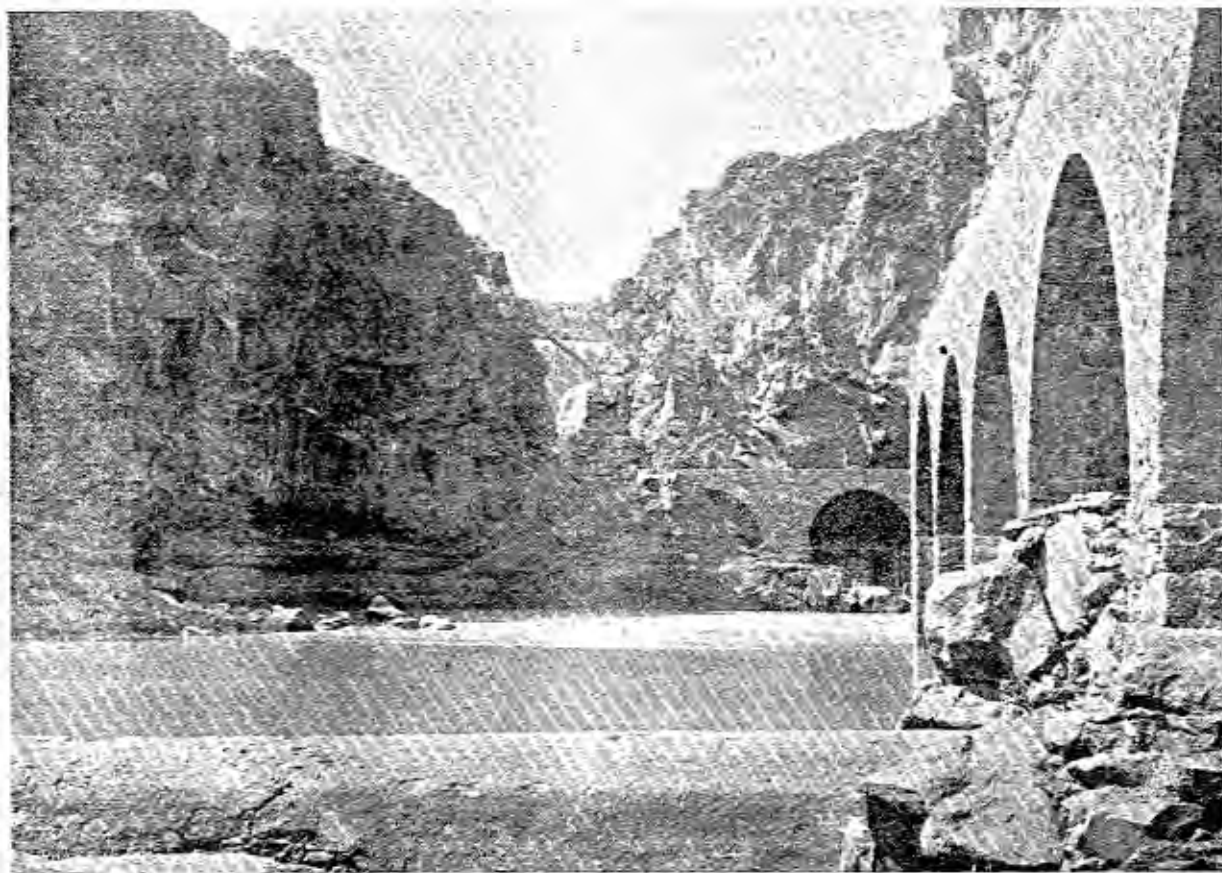
Los pueblos no marchan siempre en una misma dirección; en su vida dominan alternativamente los sucesos prósperos y los desgraciados, y el mejor remedio de estos últimos no es seguramente el sentarse á la orilla del camino para entonar lamentaciones mujeriles y regar el suelo con un río de lágrimas. ¡Adelante, siempre adelante! Si podemos haciéndonos cada vez mejores; si no, como seamos. No hay ejemplo en la historia de que ningún pueblo haya mantenido perpetuamente su prepotencia en el mundo; no ha habido nación cuya superioridad sobre otras naciones no haya tenido término ni disminución, ni cuyas cualidades hayan permanecido iguales en el tiempo ó hayan sostenido su primacía sobre las demás. Las naciones cuyo poderío actual nos asombra quizá han llegado ya al límite de su grandeza, por ahora, y empiezan á declinar sin que ni ellas ni nosotros podamos notarlo desde luego. No es la vida de los pueblos preparación microscópica que haya de examinarse de cerca; más bien tiene semejanza con esos paisajes grandiosos que hemos de contemplar desde lejos si nos queremos dar cuenta, no sólo de sus detalles, sino también de la importancia que cada uno de ellos tiene en el conjunto.

¡Arriba los corazones! Formamos parte de una raza que cubre inmensa extensión de la faz de la tierra, que habla una misma lengua, y en la que hace pocos estragos esa plaga horrible del alcohol que quizá tiene condenada á pronto acabamiento la vida de otros pueblos civilizados. Somos quizá la reserva de los pueblos que están hoy en el apogeo de su poder, poder que ha de declinar indefectiblemente, porque de estos engrandecimientos y caídas está hecha la vida de las agrupaciones humanas, porque este flujo y reflujo es inherente á la vida y hasta á los fenómenos todos por los que se nos manifiesta la materia inanimada.

¡El porvenir! Hacia él vamos ¡pero debemos ir sin mirar atrás, sin precipitar tampoco nuestra marcha más de lo que lo permitan nuestras fuerzas. Es muy posible que acabemos por encontrar á los que nos preceden hundidos en el polvo, extenuados por la agitada caminata. El mundo está lleno de las melancólicas ruinas que nos dejaron los imperios más poderosos.

Cuando los profetas de á cuarto el ciento que nos han salido últimamente pretenden contaminarnos con su *murria insana* tenemos el recurso de volverles las espaldas para escuchar á los hombres que, como Galdós, tienen razones para tener razón en lo que dicen.

ANTONIO GOYA.



BARRANCO DE SANTOS (TENERIFE).—EL SALTO DEL NEGRO.

À la memoria del Dr. López Botas

CON MOTIVO DE LA TRASLACIÓN DE SUS RESTOS

No deben descansar en tierra extraña
Del patriota canario los despojos
Que amortajara el pabellón de España.
Tal vez torvo el semblante
Oculte allá en su tumba avergonzado,
Y su esqueleto con temblor se agite
Sintiendo de la patria la agonía:
Tal vez el yerto corazón palpita
Con vital energía,
Y un rayo anime aquella frente mustia;
Y reprimiendo enojos,
El llanto brille de penosa angustia
En las cuencas vacías de sus ojos.

Tal vez extienda el descarnado brazo
Y quiera en su amargura
De la muerte romper el fuerte lazo;
Y con ardiente anhelo
Sacar sus huesos de la tierra dura
Para llevarlos á su patrio suelo.

Vuelva á Canaria el muerto repatriado,
El que luchó tenaz por la existencia;

El pobre abandonado
Que lloró de los hombres la inclemencia
Debiéndole fortuna, gloria y nombre,
Y alevés traicionaron su conciencia
Faltando al juramento prometido...
¡Siempre se vió la ingratitud del hombre
En maridaje fiel con el olvido!

Nadie su voz alzar puede en el mundo
Con tanta autoridad como la mía;
Que un abismo profundo
Siempre nos separó; porque él amaba
Doctrinas de un político gobierno
Que allá en mi juventud yo aborrecía,
Y que hoy de mi existencia en el invierno
Las sigo aborreciendo todavía.

Y sin embargo, un lazo misterioso,
Esa atracción que inclina al desvalido,
Que lleva al generoso
A dar la mano al que se ve caído,
Uniónos á los dos; y ¡cuántas veces
Al lamentar amargas decepciones,

Y apurando el dolor hasta las heces
Bajo el funesto peso de los años,
Sintiendo por Canaria fanatismo,
Me hablaba de sus tristes desengaños
Renegando del falso patriotismo!

Murió pobre; y si alguno
Su memoria ultrajar quiere con saña;
No olvide el importuno
En su loco delirio,
Que la calumnia lleva á la montaña
Al que sufre la gloria del martirio.

Tuvo defectos, sí; ¿quién no los tiene
Si así lo exige la miseria humana?
¿Quién del destino su poder detiene?
¿Quién los misterios del amor profana?
Tuvo defectos, sí; pero sentía
El alma generosa
Hacia la humanidad cariño ardiente,
Y por su patria hermosa
Divina adoración, idolatría.
¡No sé por qué la suerte veleidosa
Del suelo de su patria le echaría!

¿Qué es la patria? ¿Es la tierra que no siente?

¿La tierra que no vive, que no adora?
¿Es la patria materia que inconsciente
Ni goza alegre, ni afligida llora?...

La patria es el recuerdo, es el ambiente
Que aspira el alma y que nos da la vida;
Es sentimiento que en nosotros mora,
Es religión que la virtud aclama;
Misterio de pasión desconocida,
Que todo diviniza y embalsama.
La patria no es el hombre
Que hoy quiere arrepentido
Del muerto ilustre perpetuar el nombre,
Que ingrato en vida relegó al olvido.

Vanidad, vanidad es lo que alienta
Con ciego orgullo el corazón humano,
Que presuntuoso en su soberbia intenta
El golpe detener del tiempo insano.
Todo muere en el mundo; muere el hombre,
Y de su paso borrará las huellas;
Y hasta del héroe borrará su nombre
Aún pudiendo esculpirse en las estrellas.

AMARANTO MARTÍNEZ DE ESCOBAR.



BARRANCO DE SANTOS (TENERIFE).—EL SALTO DE LA VIRGEN.



JUICIOS SOBRE EL MUSEO CANARIO

Nos proponemos dar á conocer á nuestros lectores en esta sección lo más importante de cuanto en libros y periódicos se escriba acerca de nuestro Museo Canario por los hombres de ciencia y los turistas que lo visitan.

Los párrafos que van á continuación los hemos traducido del libro que con el título de *D'Anters à Las Palmas.... par Sierra Leona* ha publicado recientemente el escritor belga Mr. O. Cambier que en el verano de 1899 visitó á Las Palmas

El museo de Las Palmas, por el número y la importancia de las antigüedades canarias que contiene, es único en el mundo.

Penetramos en la gran sala donde se encuentran las momias, los restos humanos reunidos á fuerza de constancia, y sobre todo la notable colección de cráneos clasificados y medidos por el Dr. Chil.

El ejemplar número 826 del museo, es una cabeza momificada procedente de las cuevas de Guayadeque, no lejos de Gando, al oeste de la isla. De lo alto del zócalo de madera en que está colocada parece con sus ojos vidriosos interrogar al visitante como una esfinge. El cráneo conserva aún algunos mechones de cabellos negros. La cara es larga y la frente un poco baja, pero el conjunto de las facciones denota voluntad é inteligencia.

El número 46, encontrado también en Guayadeque, es una cabeza de mujer cuya parte superior, cubierta aún con piel de cabra, deja ver por detrás un relleno de paja. Falta el maxilar inferior, y la cara, imperfectamente conservada, presenta un prognatismo bastante acentuado. Largos mechones de cabellos de un rojo subido se escapan del sudario de cuero.

Varias grandes momias con el vientre abierto muestran cuerpos disecados envueltos en musgo. La conservación no es en todas perfecta; en muchas la parte principal del cadáver ha desaparecido.

Entre los restos humanos colocados en las vitrinas, los piés son los que generalmente han resistido mejor á la acción destructora del tiempo. Algunos de ellos están en un estado asombroso de conservación, especialmente un precioso y muy blanco ejemplar que ha debido de pertenecer seguramente á una hermosa princesa aborígen.

El guanche debía de tener una estatura mayor que la general de 1 m 70 y 1 m 75 á juzgar por las dimensiones de las tibias y de los fémures. Los dientes han conservado todo su brillo; se sabe que los indígenas

cuidaban mucho su dentadura y bebían por medida de higiene agua fresca después de sus comidas.

Después de haberse hecho una idea de la raza se puede uno dar cuenta de sus costumbres y de su industria con ayuda de los utensilios de uso casero y de los diferentes objetos encontrados en las excavaciones y junto á las momias en las grutas funerarias.

La forma de las vasijas, de los jarros, de las marmitas y de los platos de tierra cocida carece totalmente de gusto y de elegancia. Su ornamentación se reduce á algunos dibujos trazados en la arcilla aún fresca ó á líneas espesas, oscuras y rojas, lanzadas al azar sin ninguna intención artística.

Casi todos los vasos tienen dos y hasta tres asas pequeñas, llanas, perforadas con un agujero del que no se conoce el uso. Otros tienen en cada lado de la boca picos que imitan groseramente la cabeza de un cerdo. Hay también pequeñas rodajas de arcilla endurecida al fuego que servían para hacer brazaletes ó collares; leznas, agujas y anzuelos de hueso; cucharas de madera, fragmentos de estera de fibra de palma; además piedras para moler el gofio, piedras ahondadas para recibir la harina ó para la fabricación de objetos de barro. Se ve también un gran sarcófago de piedra para hacer el cual debió de emplearse mucho tiempo puesto que los guanches no conocían el hierro.

Entre los objetos interesantes citemos aún: un pequeño saco de cuero en forma de bolsa que se cierra con un doble lazo de lana pasado por ojetes; un gran bastón de mando de madera roja, la pieza más hermosa de la colección; el puño está terminado por un cono adornado por cuatro hileras de facetas rectangulares de un trabajo muy regular.

El estudio de las antigüedades canarias ha probado que el pueblo guanche, recluso en sus islas, no progresó y que los conquistadores en el siglo XV de nuestra era le encontraron aún tal como debía de ser en la época de su formación, es decir, hace varios millares de años. Basta considerar la vajilla, que es de un uso diario, para convencerse de que todas las numerosas piezas del Museo de Las Palmas, á pesar de que se remontan á siglos diferentes, no han variado jamás como tipo, ornamentación y disposición. Su modo de fabricación permaneció también el mismo siempre.

Este estado de civilización estacionaria, semejante al que se observa en China, es aún uno de los problemas interesantes de la historia de la humanidad.

O. CAMBIER.



OLVIDO

Todos los sábados paraba allí el ciego. La niña pálida, feucha, con los labios mimosos y los ojos tristes, estaba siempre en el balcón, entre un marco de clavellinas. Con la mano en las sienes descoloridas, por donde resbalaban unos ricillos coquetones, escuchaba los lamentos de la guitarra, cuyas cuerdas hería la áspera mano del ciego.

No faltaba nunca. Allí silenciosa, absorta, en éxtasis, sus ojos melancólicamente húmedos se llenaban de la luz borrosa de la tarde, y sus oídos seguían con deleite las notas de la guitarra, por cuya boca parecían salir elegías lamentosas, como ayes de un preso por las rejas, y de cuyo fondo se levantaba un acento dolorido, quejumbroso, como si dentro llorara el alma de un niño sin madre.

Sonaba el cantar, siempre triste, como el recuerdo de la patria en el destierro. Aquello eran lágrimas hechas voces, tristezas recónditas sollozando dentro.

Vibraban en el aire y luego desfallecían, y á lo último, cuando se extinguían los sonidos, el eco á distancia resurgía con dejos dolientes de despedida.

La niña dejaba caer la limosna, que recogía el ciego, besándola, y aún lo seguía con la mirada al atravesar la calle desierta, hasta que su silueta se esfumaba paulatinamente á lo lejos.

* *

Llegó á establecerse entre ambos un dulce cariño. La niña acudía siempre al balcón con el solícito afán de una novia á la cita.

De la vida del ciego nada sabía, ni aún su nombre, y apenas si comprendió que aquel espíritu se rendía á un gran dolor, y que acaso, acaso, en medio de la soledad del alma, no podía desahogar las penas sino cantando. Por eso las coplas eran lúgubres y los romances narraban amorios desgraciados.

Compadecida, todos los sábados lo esperaba á la caída de la tarde.

Y cuando se esbozaba en lontananza la figura del músico callejero, resaltando las líneas angulosas del sombrero abollado; y se percibía el color verdoso del gabán desgarrado y mugriento por donde asomaban las carnes tostadas, con la vieja guitarra al brazo, tambalean-

do, como un sonámbulo que anda, y la camisa sucia abierta mostrando el vello enmarañado del pecho, sentía nacer una alegría inexplicable, y sus ojos se iluminaban rápidamente con un fulgor extraño.

* *

Llegó un sábado. El ciego paróse bajo el balcón de la niña pálida. Sonó la guitarra y los cantares fueron saliendo como suspiros de un corazón que desahoga.

Callaron las cuerdas gemebundas, y extendió el sombrero para recibir la limosna. ¡Nada! La calle estaba silenciosa y el balcón desierto. ¿Dónde estaba ella?

Volvió el sábado siguiente, lleno de dudas, pero aún con la última esperanza. Sus coplas fueron aquel día más tristes, la guitarra parecía gemir desolada. Con mano trémula, como la del náufrago al agarrar una tabla, extendió el despachurrado sombrero. ¡Nada! Sin duda le había olvidado ya; tal vez hubiera muerto. ¿Muerto? ¡Quien sabe!

Sintió entonces todo el amargor de la vida; volvió los ojos vacíos al cielo, como en desesperada súplica; en su espíritu rebosó el odio, la tristeza, el amor, todo, al contacto de mil recuerdos; estrechó entre sus brazos nerviosos la guitarra, su única amiga, como para ahogar aquella voz que respondía á su dolor; crujieron les débiles tablas rotas, y arrojó las astillas á la calle, como el cadáver de una adúltera en un raptó de delirio, pero sollozando...

Y allá á lo lejos, rítmico, soñoliento, aun repetía el eco las últimas notas del cantar de la niña.

ANGEL GUERRA.



CASERÍO DE LA ATALAYA (GRAN CANARIA)

CRÓNICAS ANTIGUAS DE CANARIAS

HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

CAPÍTULO I

Reinando en Castilla D. Juan el II y su madre Doña Catalina por los años del Señor 1417 fué cuando Mosen Juan de Bethencourt hizo el tránsito de el derecho que tenía y título de Rey de las Islas de que el Rey D. Juan el II el año de 1402 que pasó á la Isla de Lanzarote el dicho Mosen Juan á conquistarlas y después volvió á España por dos ó tres veces como consta del dicho del Licenciado Juan Le Verrier su Capellán: le dieron título de tal Rey y otras largas mercedes: y ahora habiendo dejado á un sobrino suyo llamado Mosen Maciot Bethencourt, y por los Españoles Conquistadores Maciote Betencor gobernando cuatro Islas conquistadas por su tío y pobladas con gente de la Normandía que había hecho venir para ese efecto: que son Lanzarote así llamada por Lancelot Mailicet que antecederamente había allí fabricado un castillo, y por los naturales llamada Tite y la segunda Fuerteventura y primero Erbania y las otras dos Hierro por la similitud que tienen sus roques y peñas negras y estériles de yerbas la parte que se ve de mar, y última la Gomera así llamada siempre, estas quedó poseyendo Maciot y por no poder proseguir en la conquista de las otras tres, la Gran Canaria, siempre llamada así, y la de Tenerife, primero Guaneche, y por su último Rey que era el que había cuando quedó sujeta á España, llamado el gran Thenerf y por los navegantes proteros Isla de Infierno por un volcán que tiene perpétuo en el alto monte de Taraire hoy Teide y la Palma por la similitud á un árbol.

Llegado (1) como dicho es Bethencourt por el homenaje que tenía hecho á los Reyes de Castilla y dar cuenta de lo que era menester en lo de adelante á fin de todo de plantar la fé de Jesucristo Redentor, aportó á Sanlúcar de Barrameda, y halló en Sevilla al Duque de Medina Sidonia, á quien estimaba, y se hicieron grandes ofrecimientos uno á otro: pasó de allí á la Corte á visitar á los príncipes y no volvió más á las Islas de Canaria.

Sabiendo Maciot, Capitán General y sobrino de

(1) Vuelve Bethencourt á España.

Juan de Bethencourt, que por falta de su tío y que heredaba el derecho de Rey de las siete Islas de Canaria, sin atender al debido homenaje que su tío hizo á el Sr. D. Henrique Rey de España, y queriendo proseguir en la empresa pidió favor á el Rey de Francia, el cual le envió navios y gente para el efecto; sentido se mostró de ello el Rey D. Juan y luego ordenó armada para allanar las dificultades que en esto se ofreciesen enviando con tres navios por Capitán y Almirante á Pedro Barba de Campos (1418) de Sevilla y que á Maciot hiciese reconocer el debido feudo á Castilla, y hallando resistencia, que fuese desposeído de ella: tuvo el Capitán Barba algunos choques con Maciot y navios de la Francia y por último se vino á componer; y se intituló Rey y Señor de ellas por algunos años, después ya cansado hizo traspaso de título y señorío (1) á un Caballero de Sevilla llamado D. Guillen de las Casas que las dió en dote á una hija casada con Hernan Peraza que se llamó Rey de las Islas, y este las dió en dote á su hija D.^a Inés Peraza que casó con Diego de Herrera y tuvo el mismo título; era natural de Castilla la Vieja, hijo de D. Garcia de Herrera y de D.^a María de Ayala, Mariscal de Castilla y Señor de Ampudia: este Caballero Diego de Herrera fué casado en Sevilla y luego dispuso venirse á ellas con su mujer D.^a Inés.

CAPÍTULO II

Viene D. Diego de Herrera á las Islas y D.^a Inés Peraza.

Pidió licencia á el Rey D. Henrique el IV para proseguir en las comenzadas Islas y irse á ellas con su esposa que la aguardaba en el Puerto de Santa María donde se embarcaron para el día señalado con todos pertrechos de gente y armas, llegaron con próspero viaje á Lanzarot donde fueron recibidos amistosamente de sus vasallos y reconocido por su Rey como á su antecesor Maciot que ya estaba mucho antes ido á Francia más tenía muchos deudos en la Isla de Lanzarot y Fuerteventura y les obligó á obedecer y á ofrecerse á el servicio de Diego de Herrera y D.^a Inés.

Pocos días de llegado, por ocupar la gente pasó á la Gran Canaria y rodeándola primero, echó gente sin ser sentido por la parte que llaman Tirahana y entrando la Isla fueron sentidos y matados veinte y cinco cristianos y heridos más de treinta y si los Canarios no aflojan perecen todos; navegando más al norte surgió en Gando, estuvo

(1) Maciot se fué á la Isla de la Madera y vendió el derecho de las Islas de Canaria año de 1425 á D. Enrique de Portugal hijo de D. Juan I con poder que le envió su tío Juan de Bethencourt.

allí tres días y echó gente y tuvieron escaramuza bien trabada onde fué menester mucho, escapar algo peor que la otra vez porque yendo exploradores á registrar y ver la Isla llegaron á Agüimes, población de canarios una legua de la mar onde estaban reunidos y ocultos esperando los cristianos desde que vieron los navíos y allí fué tan trabada la pelea que fué milagro escapar algunos de manos de los canarios: porque desde la primera que fué en Tirahana viéronlos desde el mar recojerse en Agüimes y el día siguiente envió Herrera toda la gente de armada que llegó bien derrotada á embarcarse con mucha gente menos.

Determinó Diego Herrera de enviar por la otra parte de la Isla á el nordeste en dos carabelones doscientos hombres y por Capitán á un esforzado Caballero portugués llamado Diego de Silva que fué su yerno casado con su hija Doña Constanza. Llegó á aquella punta llamada Gáldar, desembarcó con luna, dispuso en órden su marcha y á el amanecer llegó á el lugar haciendo muchas muertes y estrago porque había puesto fuego á un monte, y matorrales, matando á todos los grandes y pequeños que encontraba, y viéndose victorioso el Silva se propasó tanto del lugar hallando los canarios descuidados que juzgaba por acabada la empresa, más duróle poco esta victoria porque apellidándose en un punto se juntaron más de seiscientos tan rabiosos como perros ó leones heridos disparando cantidad de piedras á brazo tan fuertes y ciertas como disparadas por trabuco, cortaban á cercen una penca de palma que es muy fibrosa ó correosa como látigo y de una pedrada en palma que tenía de alto veinte y cinco palmos que una hachuela á penas del primer golpe la puede cortar. Las otras armas son chuzos gruesos con punta del mismo palo muy lisa y aguda y arrojada á pulso, que pasaban á un hombre por medio; tenían espadas de palo á modo de montante y unas adargas cuadradas y otras redondas y pintadas de almagro y carbón cuarteados y alxedreses: y otros con lanzas largas y puntiagudas; sus trajes en desnudo menos la cintura y verijas, estas siempre que pelean; fué tanta la carga y matanza de los canarios que Silva y su gente procuraron la retirada y á la salida de el lugar á el poniente se entraron los cristianos á aguarecerse en una plaza ó circo cercada en forma circular y bien grande que caben siete mil hombres, es de altura de dos á tres tapias de alto de piedras grandes en mucha manera sin barro, tiene dos puertas una enfrente de otra; en esta plaza dicen hacían justicia de los delincuentes y por su desdicha cayó Silva y los suyos en ella,

estuvieron á pique de morir de hambre y sed y fatigados del sol; mas ni se rendían ni los ofendían algunas palabras mal formadas, en mal castellano decían algunos canarios, sobre que habían de morir. Aquí se mostró el valeroso Silva animoso caballero:—Ea, cristianos, la causa de Dios defendeis, suya es; El volverá por nosotros. Pidió Silva que quería pactar rehenes y hacer partido por las vidas y que viniese el de más opinion ó señorío de ellos y vino uno que era el Señor de toda la tierra, ó como quieren los más el Señor de media ó tercera parte de Canaria, porque muy cierto hubo en ella dos primeros Señoríos que fué el de Ganeguín y Telde y este de Galdar: llamábase *Guanarthemý*: díjole Silva con afectos tristes lo mal que lo hacían los canarios. Respondióles lo muy peor y cruelmente que ellos lo habían hecho con los canariotes (que así se decían) y para que veas tu y los tuyos que sé perdonar aunque no debía hacerse por haberme tenido en poco y á mi gente y á el estrago que sabes haber hecho, te digo, buen Capitán, que te tengo sujeto y los míos no te quieren perdonar y tu vista me ha sido de gran deseo y á ti de provecho porque te desengañes que la mayor venganza que quiero de ti es que digas á los tuyos esto que ha pasado y como te libré y dí la vida: ahora harás que me aprisioñes y dirás á mi gente que os deje salir en paz para entrar en vuestros pájaros y volar por el agua; ó si no que habéis de matarme, y en eso guardad secreto.

Fuó cosa de ver la gritería de los canarios al arrojarse dentro del cerco todos, otros saltaron por sobre el muro; dentro con sus lanzas parecían fieras salvajes cuando entendieron la prisión de su Señor Guanarthemý y empezando otra guerra de gritos no se oían unos á otros ni atendían á la lengua hasta que el Señor les mandó quietar y ellos en su lengua decían: traición, traición, mueran los que engañaron al Señor, y él á lo disimulado estaba entre los cristianos para que no matasen á algunos y fué menester mucho á apaciguarlos. Díjoles se apartasen y que no querían más que salir libremente: pactó Silva de no volver más á Canaria y así lo cumplió; agradecióle la gran merced que le hizo á él y á los suyos el Capitán Silva; en este interin mandó Guanarthemý que haría cortar las cabezas de los que arrojaban lanzas dentro de el cercado por cima de la pared, que habían herido á algunos y para rehenes y seguridad se quedó el Guanarthemý y envió treinta cristianos á los Canarios.

Salieron con el favor de Jesucristo y oraciones de buenos cristianos de aquel conflicto y fueron

bien hospedados y regalados del buen alojamiento de Gáldar y sus canariotes, y de allí al siguiente día se embarcó Diego de Silva con los que le quedaron; fuéles acompañando el Señor, y bajaron por un risco de tan mal paso que apenas podría bajar uno á uno; era pendiente á la mar y muy alto que es paso grimoso, aunque hoy está muy hollado y abierto; temió Silva y el Rey Guarnarthem y lo miró riéndose y lo descendió por la mano y otros de los suyos á los cristianos, bajaron á una playa enfrente de las embarcaciones que estarían una legua á el mar y había de ir á embarcarse cerca de allí donde está el pié de el risco.

Embarcáronse con mucha alegría de verse ya libres de sus enemigos que estuvieron á verlos ir, y trajeron los rehenes y hicieron embarcar á todos mostrando alegría, unos de unos, y otros de otros.

(Continuará)

Á nuestros lectores

Con el presente número empieza para la revista EL MUSEO CANARIO un nuevo aspecto de su vida.

Hacíase ya necesario en estas páginas el auxilio del grabado para dar á conocer gráficamente lo más motable de las valiosas colecciones que encierra el importante Museo á cuyo mejoramiento y conservación dedica asíduos cuidados y atención preferente la Sociedad de que es esta revista órgano en la prensa; y tal fué, según ya hemos indicado, el principal de los motivos que nos decidieron á introducir en su publicación las reformas de que es este número primer ensayo.

Atendiendo, por otra parte, á que no es esta revista exclusivamente científica, sino que puede y debe también, en consonancia con los fines para que fué creada, consagrar una parte de su texto á las letras y las artes, se hacía igualmente indispensable colocar á EL MUSEO CANARIO en las condiciones en que viven las publicaciones modernas de esta índole.

De tal modo, EL MUSEO persigue el fin de combinar en sus páginas los estudios profundos gratos al hombre de ciencia, con la lectura amena, que constituye el único alimento intelectual de la generalidad del público, el cual pide además una presentación agradable y atractiva.

Aspira en primer término esta revista á realizar dignamente por su parte la misión educadora que en nuestros días toca cumplir á la prensa. En los países en que, como en el nuestro, se lee poco y casi siem-

pre de prisa, los libros sólo muy trabajosamente pueden contribuir á la difusión de la cultura pública, porque andan en pocas manos. Es el periódico quien principalmente debe encargarse de sustituirlos, procurando por todos los medios despertar y fomentar la afición á la lectura que puede ser la iniciación del amor al estudio; y para conseguirlo deben aprovecharse todos los medios adecuados á hacer grato á la vista el papel impreso, sin excluir siquiera ni considerar de poca monta los que ofrece la hábil confección de las páginas y la combinación acertada de los primores tipográficos.

Mas, no obstante nuestro buen deseo, nos ha sido imposible empezar á realizar aquellos propósitos desde este primer número ilustrado del MUSEO. Las dificultades con que todavía se lucha aquí para dar cima á tales empresas, la anticipación con que es preciso preparar esta clase de trabajos y la necesidad de que la revista comenzara desde principios del año á publicarse en la nueva forma, no nos han permitido desarrollar en este número, ni aún nos lo permitirán en los próximos sucesivos, todo el plan de las reformas proyectadas.

Abrigamos, sin embargo, la esperanza de que no ha de pasar mucho tiempo sin que hayamos logrado salvar los obstáculos iniciales de la empresa que hemos acometido.

Sirvan estas palabras de explicación debida á los constantes lectores de EL MUSEO CANARIO.

El Museo Canario

Revista semanal

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO

DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Año VI de su publicación

—Precios de suscripción—

En las Islas Canarias, un mes . . .	1 peseta.
En la Península, islas Baleares y posesiones españolas, semestre . .	8 pesetas.
En el Extranjero, un año.	20 pesetas.

Dirección y Administración

Calle de Domingo J. Navarro, 1—Las Palmas.

Diríjase toda la correspondencia al Director de EL MUSEO CANARIO, D. José Franchy y Roca, calle de Domingo J. Navarro n.º 1—Las Palmas.

Imp. y Lit. MARTINEZ Y FRANCHY

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 107



LAS PALMAS, 16 DE ENERO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 2.

Las Palmas monumental

LA CATEDRAL-BASÍLICA



FACHADA PRINCIPAL

RESEÑA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA

En 1485, dos años después de la rendición de la Gran Canaria á las armas españolas, se trasladó desde Rubicón á Las Palmas la primitiva catedral, ocupando el pobre y estrecho recinto de la ermita llamada de San Antón, que estaba entonces dentro de los tapiales del campamento, hasta que, años después, pasó la iglesia á la llamada vieja, con frontis á la plazoleta del Pilar nuevo.

En 1496 acordó el Cabildo construir un suntuoso templo en el solar que se había repartido á Juan de Siberio Mujica, y que, muerto éste, se le compró á su viuda Catalina Guerra, aceptando los planos que

fueron presentados por el arquitecto sevillano Diego Alonso Motande, á quien se le confió la dirección de la obra, abriéndose los cimientos en aquel mismo año.

Al fallecimiento de este inteligente arquitecto, le sucedieron, en 1533 Juan de Palacios, y en 1562 Pedro de Herrera, hasta que, en 1579, deseando el Cabildo utilizar una parte de las naves que estaban ya concluidas, determinó abrirlas al culto, sin perjuicio de continuar la obra hasta su total conclusión.

El frontis de la primitiva iglesia se abrió hacia el occidente, componiéndose de una puerta de ojiva con rosetón central y dos torrecillas góticas á sus lados, construido todo con esa piedra arenisca de color

amarillo que se extrae de las canteras del Arrecife en el puerto de la Luz.

A pesar de los buenos deseos del Cabildo, el edificio estuvo interrumpido hasta fines del siglo XVIII en que, hallándose las arcas llenas de caudales, se acordó emplearlos en la continuación del templo, bajo los nuevos planos que levantó el canónigo don Diego Nicolás Eduardo, aprobados primeramente por el mismo Cabildo y el Prelado, y luego por la Real Academia de San Fernando que les prodigó grandes y merecidos elogios, dejando los originales como muestra de singular aprecio en sus archivos (*).

En 1808 se acabó el crucero, y además la sacristía, el cimborio, el panteón de los señores obispos, el fróntis posterior, las torrecillas laterales y las escalinatas del norte y sur.

Quedó, pues, sin reconstruir el fróntis del oeste, las torres principales y el coro, hasta que en 1821, y bajo los diseños del escultor canario D. José Luján Pérez, se levantaron la torre de la derecha, donde están las campanas y el reloj, y el suntuoso coro que ocupa la nave central.

El templo contiene como accesorios, sala capitular, vestuarios, bibliotecas, archivos y oficinas de contaduría, y un extenso solar para sagrario ó parroquia, que todavía no ha llegado á fabricarse.

La superficie total de este edificio, es la de 5.897 metros cuadrados, correspondiendo al templo 3.570.

En su construcción se han empleado varios estilos arquitectónicos, perteneciendo el de la nueva fachada

ó fróntis principal al llamado greco-romano, que es el mismo que domina en las puertas del crucero y en todos los huecos del interior. La fachada posterior es caprichosa, asimilándose al estilo del renacimiento.

El conjunto de los tres naves del templo es armónico, sorprendente y lleno de magestad.

Sostiénese la bóveda por columnas de catorce y medio metros de altura, con un diámetro de un metro veinte centímetros; cuyos dimensiones les prestan, por decirlo así, una diafanidad, elegancia y esbeltez extraordinarias.

Estas columnas se ligan entre sí, sobre el techo de las naves, con unas aristas cruzadas semejando grupos vistosos de palmeras.

Los materiales empleados en esta obra son sillares de cantería azul, producto de la isla, muy resistente y compacta y al mismo tiempo susceptible de delicadas molduras.

La fachada principal, que es, como ya hemos advertido, la que mira al occidente y da ingreso al templo, se compone de un cuerpo principal que mide treinta metros de largo por treinta y dos de alto, y se halla flanqueado por dos torres gemelas, de planta cuadrangular, que se levantan á cincuenta metros cuarenta centímetros de elevación sobre el nivel de la plaza.

En el primer piso hay tres arcadas que dan entrada al atrio, abriéndose en el fondo tres grandes puertas correspondientes á las tres naves del templo.

Estas arcadas se hallan sostenidas por cuatro columnas, que sirven de apoyo á la bóveda del atrio. En el segundo piso se levantan otras cuatro columnas adosadas al muro, dando lugar á tres compartimientos, de los cuales en el centro hay un rosetón y á sus lados dos ventanas de cerrado semicircular, terminando este piso con una cornisa donde se ha establecido un grupo central con balaustradas laterales. (*)

Las dos torres principales, que constan de tres cuerpos cuadrangulares, concluyen con otro de forma cilíndrica, cubierto de una bóveda sobre la cual se alza una linterna.

La fachada posterior ó oriental se compone también de tres cuerpos, á los cuales van unidos á derecha é izquierda dos torreones cilíndricos.

(*) D. Diego Nicolás Eduardo, hijo de la ciudad de la Laguna, era por entonces prebendado de esta Catedral.

Refiere el mismo Millares, en sus *biografías de canarios célebres*, que al determinar el Cabildo continuar las obras de la Catedral, el mayor obstáculo, insuperable al parecer, que se presentó, fué que los planos de Motaude y Palacios ya no existían, y era indispensable levantar otros que, armonizando lo existente con lo que de nuevo había de construirse pudieran al fin llegar á fundir en un todo armónico los dos pensamientos nacidos á dos siglos de distancia. Entonces fué cuando el Dean D. Jerónimo Róo, que había sido quien mayor empeño pusiera en inclinar el ánimo de los capitulares á la conclusión de la interrumpida obra, presentó al Cabildo nuevos planos que habían sido elaborados en medio del más modesto silencio.

«Admirados sus compañeras de semejante sorpresa—añade el historiador citado—se apresuraron á preguntar el nombre de su autor, y el Dean, con la satisfacción profunda de quien va á prestar un servicio á su país, revelándole una oculta gloria, nombró á D. Diego Nicolás Eduardo.

El nuevo plan dotaba al Templo de crucero, cimborio, sacristías, panteón, fachada anterior y posterior, capilla del sagrario y casa capitular; cuyos diseños, alzados, dibujos y presupuestos, aparecían con tal precisión y claridad, con tal elegancia y maestría, con tal lujo de pormenores, que justamente sorprendida la ilustre corporación, aprobó por unanimidad el proyecto acordando su inmediata ejecución, y remitió los planos originales á la Academia de Nobles artes de San Fernando, para que allí recibiesen el fallo definitivo de tan competente jurado.

La Academia Española expresó su censura, mandando que el original quedara guardado en sus archivos, junto á las elevadas concepciones de los Herreras, Toleados y Berrugetes.»

(*) Escrita es la reseña (que está tomada del capítulo IV del tomo 9.º de la *Historia general de las islas Canarias* por D. Agustín Millares publicada en 1895) antes de haberse llevado á cabo las obras de terminación de la fachada principal, realizadas gracias á la iniciativa y á las gestiones del actual obispo de la Diócesis Dr. D. José Cueto y Díez de la Maza, para que sea completa hoy hay que añadir que la balaustrada ha sido su ituida por antepechos sobre los que descansan al centro un templete de órden dórico y á los lados dos hastiales rodeados de flammeros. El templete central está destinado, según el proyecto, á llevar un heraldo á caballo, que aún no ha sido colocado. Los planos de esta reforma fueron hechos por el arquitecto municipal D. Laureano Arroyo y la parte de ornamentación por el insigne artista D. Arturo Mélida.

El compartimiento del centro ocupa asimismo tres pisos con una puerta y dos ventanas rectangulares, separadas por pilastras sobre las cuales corre una elegante balaustrada formando un balcón ó galería, al cual se sale en el segundo piso por un hueco de puerta que remata en frontón triangular y una claraboya acompañada por cada lado de una ventana con frontones circulares.

Separan estos huecos unas pilastras estriadas que se corresponden con las anteriores y sostienen á su vez otra balaustrada, semejante á la primera, que forma un nuevo balcón, perteneciente al tercer piso, dando ingreso á esta galería tres huecos rectangulares separados también por pilastras estriadas.

Sobre el hueco central hay un bajo relieve en mármol de Carrara, de bastante mérito, que representa á Santa Ana, dando lección de lectura á la Virgen.

La entrada al templo por el norte y sur se verifica por amplia y elegante escalinata, que tiene delante unas plazoletas, con balaustrada y pedestales de piedra.

El interior de esta suntuosa Catedral se compone, como ya hemos repetido, de tres naves longitudinales y la transversal del crucero. A la derecha se abren seis capillas y otras seis á la izquierda.

La extensión de la nave central es de sesenta y ocho metros veinte centímetros de longitud por once metros de latitud, correspondiendo á las laterales el

mismo largo, y de ancho ocho metros setenta y tres centímetros. Cada capilla tiene sesenta y cuatro metros cincuenta centímetros de superficie cuadrada.

Domina en el interior el estilo gótico, siendo catorce el número de sus columnas. En el centro del crucero se levanta el cimborio sobre cuatro columnas del mismo diámetro que las demás, rematando en una linterna cilíndrica coronada de una bóveda que recibe la luz por cuatro grandes ventanas abiertas á iguales distancias.

En sus compartimientos se descubren las estatuas de los doce apóstoles y las de los cuatro evangelistas, primorosamente talladas por Luján Pérez.

Aunque el cimborio se halla bien ejecutado, carece, por decirlo así, de atrevimiento, pues no corresponde su altura á las dimensiones del templo.

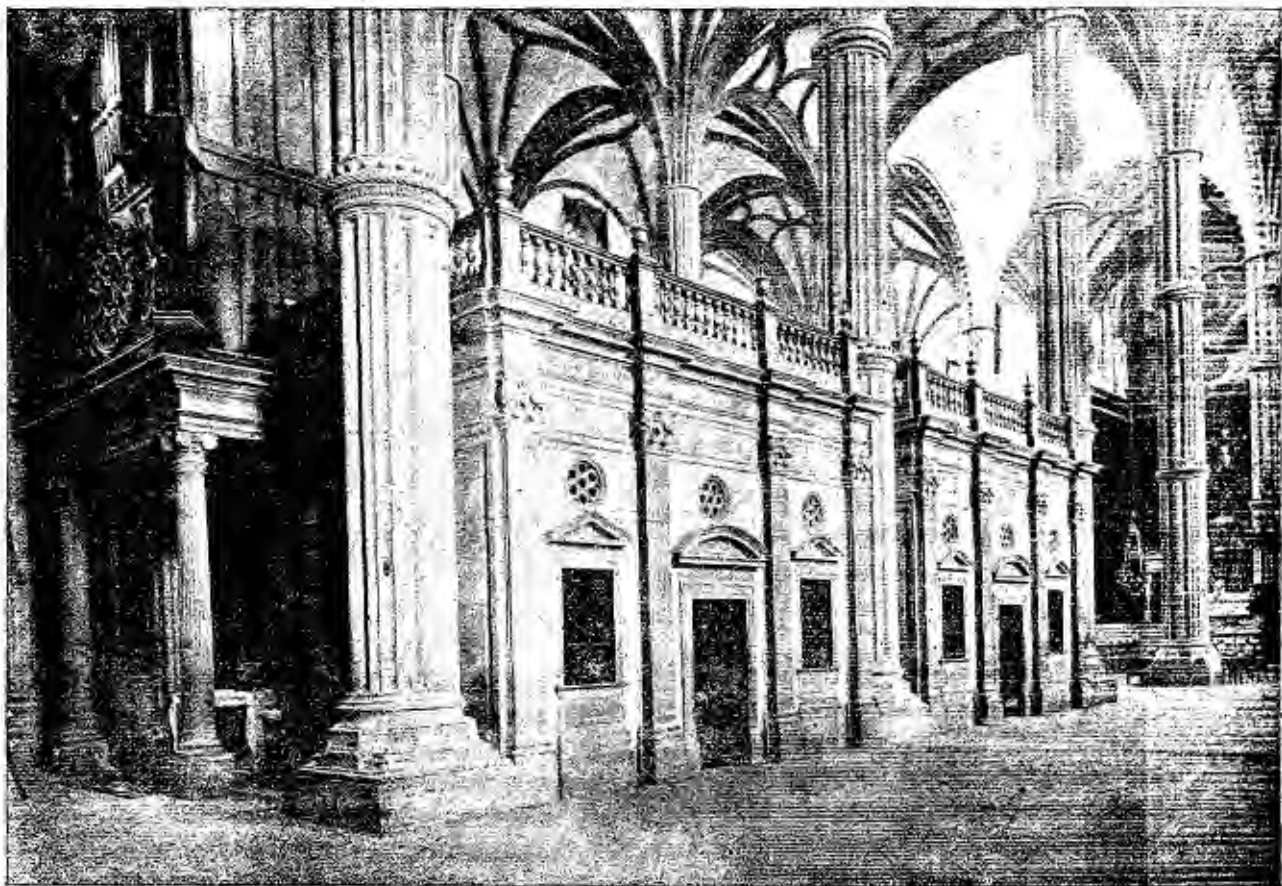
Todas las ventanas son de ojiva con paños de vidrios de colores.

En la nave principal se alza el coro, construido de piedra azul, como el resto del edificio, con arreglo al orden jónico, y en su parte posterior existe un órgano de moderna construcción.

En la primera capilla de la izquierda, al entrar en el templo, se ve una losa que cubre el sepulcro ó enterramiento del insigne Cairasco.

AGUSTÍN MILLARES.

(De la *Historia general de las islas Canarias*)



INTERIOR DE LA CATEDRAL

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

INTRODUCCIÓN

Les savants n'étudient que leurs systèmes, source éternelle d'erreurs; étudions la nature, source éternelle des vérités. C'est en recherchant ses lois et non en lui appliquant les nôtres qu'on peut se promettre d'être utile aux hommes et agréable à Dieu. (Introduction aux Œuvres de Jacques Henri Bernardin de Saint Pierre, por L. Aimé-Martin, à Paris MDCCCXXXVI. p. 8.)

Siendo el objeto de la Climatología el estudio de los distintos agentes obrando sobre los seres orgánicos, propóngome al emprender este trabajo ser única y exclusivamente un fiel expositor de los fenómenos climatológicos, tales como se han presentado á mi observación. Investigar la verdad y ponerla de manifiesto por medio de hechos prácticos es la misión del escritor científico.

Hay que advertir que en el estudio de la climatología y en sus divisiones no puede haber una exactitud matemática; y teniendo esto en cuenta, en mis triángulos climatológicos he agrupado todo aquello que tiene más analogía, aunque con frecuencia las condiciones de orientación, exposición y suelo hagan cambiar radicalmente los caracteres. Es preciso, sin embargo, someterlos á una clasificación fija para formar una regla que sirva de norma.

Se encontrarán en estas páginas episodios muy largos y descripciones de amenidad é interés escasos para la generalidad de los lectores, como por ejemplo, la parte que dedico al tratado de los montes. Un crítico no hallaría en este trabajo esa perfecta unidad que constituye la belleza de una obra, toda vez que he querido buscar en ella antes lo útil que lo agradable; y si en algunos puntos llego á pecar de exagerada minuciosidad en los detalles con que presento ciertos hechos, consiste en que no he podido prescindir del deseo de conservar y transmitir á la posteridad documentos que tal vez dentro de poco desaparecerán por el deterioro en que se encuentran, y que el día que por cualquier circunstancia se pierdan, lamentaránlos inteligentes, como lamento yo hoy, que una mano caritativa no los hubiera conservado.

He sacrificado la belleza y elegancia del lenguaje á la exactitud, no importándoseme en algunas cuestiones repetir con insistencia un mismo principio, pues

creo que en la exposición de ciencias que tienen tan alto fin como el bienestar del hombre y su progreso físico y moral, nunca será un defecto el exceso de claridad.

Ciertamente, el estudio de la ciencia es árido para los que no sienten por ella el cariño entrañable que yo la profeso por ver en ella, sin tortuosidad, la línea recta que debe seguir el hombre como ente sociológico. Cuanto se ha escrito sobre las Canarias me ha parecido siempre sumamente compendiado y de extraordinario interés, y cuanto papel impreso ó manuscrito ha caído en mis manos ha merecido mi atención. Tenga en cuenta esta índole propia mía el lector para quien resulten enojosas algunas digresiones. Por lo mismo á este trabajo he dado el nombre de *estudios*. Mi norte ha sido presentar los hechos tales como en la realidad son, anteponiendo la verdad á todo; podré haber incurrido en errores ó en equivocadas apreciaciones, pero mi conciencia de escritor queda tranquila por haber puesto de mi parte todo lo posible para el mejor acierto.

De un modo incidental, pondré fin á estos estudios con una sucinta idea de la patología y terapéutica del país en apoyo de la misma climatología. Las ciencias no tienen fronteras, su acción gira sobre todo lo creado, y por ser hoy la Medicina el centro donde convergen, en el cuerpo médico se hallan los cerebros más nutridos, las inteligencias más elevadas, llevando altamente erguida y muy á vanguardia la bandera de la salud del hombre. Y si hay una ciencia cuya práctica acerque y asemeje al hombre á la Providencia es, sin duda alguna, la ciencia médica, que logra muchas veces conservar la vida arrancándola de una muerte inmediata y siempre da consuelo al que sufre.

DR. CHIL Y NARANJO.

POETAS DE ANTAÑO

LA PULGA

Picó atrevido un átomo viviente
el blanco seno de Leonor hermosa;
granate en perlas, arador en rosa,
breve lunar del invisible diente.

Ella dos puntas de marfil luciente
con súbita inquietud bañó quejosa,
y torciendo su vida bulliciosa,
en un castigo dos venganzas siente.

Al expirar la pulga dijo: ¡Ay triste!...
¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?
¡Oh pulga!—dije yo—dichosa fuiste;
detén el alma y á Leonor advierte
que me deje picar donde estuviste
y trocaré mi vida por tu muerte.

RAFAEL BENTO Y TRAVIESO.

FUENTES PÚBLICAS

Como hacen los de Chicago con las carnizas de distintas procedencias, que *apanan* para su inligesta industria, así hacemos nosotros en nuestra ciudad con el agua del abasto.

Es decir: conservarla en latas.

O si no en latas precisamente, en esos adfios de fundición que los franceses llaman *borne fontaine*.

Fuentes límites ó fuentes majanos, que podemos, de uno ú otro modo traducir nosotros.

* *

En la Placetilla de la trasera de la Catedral teníamos una de piedra labrada, si no monumental, con cierto aspecto y color antiguo que algo decía.

Y era un contento, un regocijo para el alma del caminante, que, asado de calor en el verano, atravesaba el sitio, el ver surtir de sus caños aquellos cuatro chorros de bullanguera agua cristalina y fresca.

El *progreso*, tal como lo entendemos aquí entre nosotros, que es destruir lo antiguo, bueno ó malo, para sustituirlo con lo moderno, mejor ó peor, nos obligó á echar abajo la fuente referida.

Y en su lugar, busca buscando (la aguadora, y no siempre, el transeunte nunca,) puede encontrar en oculto rincón, no modelo de aseo, por cierto, un enano *borne fontaine*, (fuente majano, traducción clásica repito de nuevo), donde hay que *tumbarse* de barriga para sacar agua de su grifo ó llave.

* *

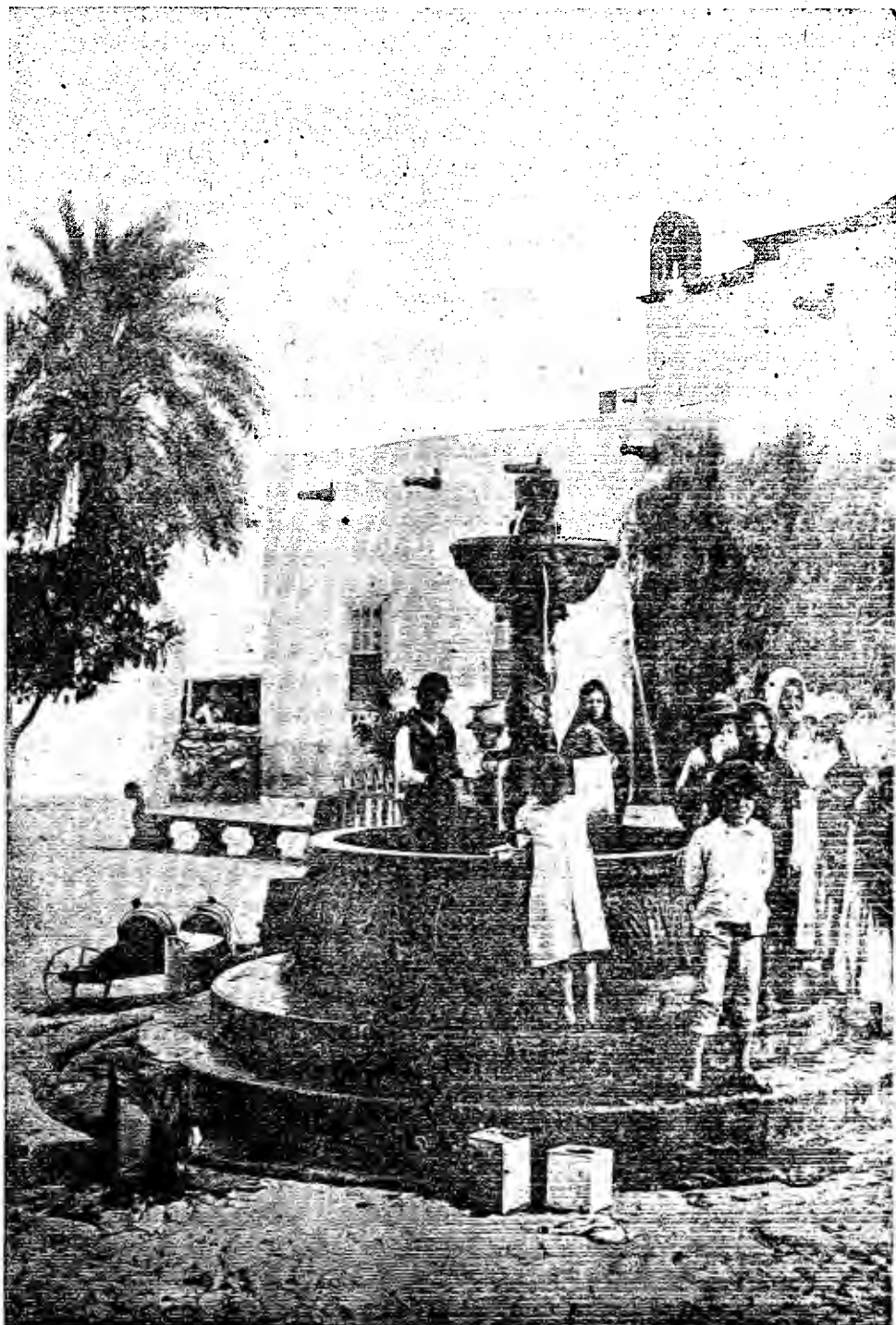
Allá en la plaza de Sto. Domingo tenemos otra de barroco estilo no mal caracterizado, que, en armonía ostentaba en desigual ondulación los bordes de su poceta.

De en medio no pudo quitarla en su marcha triunfal el *borne fontaine*, por la oposición que presentaron los dueños de los huertos aprovechadores de sus derrames.

Y díjose el edil ó *adláter*, encargado de algo de ornato.

—No puedo, pues te manco!

Y con la mejor y más sana intención. (justo es confesarlo) afeitóla recortándola las ondulaciones que él



FUENTE DE LA PLAZA DE SANTO DOMINGO.

suponía erosiones del tiempo, y no recuerdo si le puso como remate un aro de madera.

Y digo no recuerdo, porque despues de esta fechoría (sanamente hecha, no tengo inconveniente en hacerlo constar) he renunciado á verla de nuevo.

ARTEMI DE AJÓDAR.

CRUZADA PATRIÓTICA

Distinguese nuestra prensa local (y no vale disimularlo con hábiles eufemismos) por un nocivo criterio pesimista respecto de los asuntos nacionales. El abuso cotidiano de la literatura, el literatismo, si se le quiere dar más pomposo nombre, plaga tiránicamente las manifestaciones de nuestro pensamiento, sin que se libre de él ni siquiera el púlpito, y le hace cada vez menos sincero. Nos vemos atados por la necesidad de repetir á este público soñoliento la cantinela invariable que mejor adormezca su siesta y entretenga su ideofobia. Aquí, donde casi siempre se sacrifica la enjundia del asunto al efecto del artículo de fondo, no es raro que se empiece por contrahacer la verdad en aras del éxito y se acabe inconscientemente por falsearla. Y tal vicio es, sin duda, el que tiene la principal culpa en ese flujo de lirismo empalagoso que nos inspiró la catástrofe y que continuamos explotando, como materia literaria, Dios sabe hasta cuando.

Menos mal si la tarea fuera inocente. Pero, antes bien, pudiera dejar un rastro de indeleble menosprecio á la madre patria en nuestro pueblo y resfriar de tal modo su clásico españolismo que hiciera posible á la larga lo que espanta pensar y no se debe decir: el impotente y vergonzante filibusterismo de Puerto Rico. Porque no nos contentamos de recontar nuestros vicios y torpezas y la detestable gestión de cuantos gobiernos los han personificado sino que llegamos á insinuar y aún á confesar paladinamente la nativa ineptitud del pueblo español para la vida moderna. No hace mucho repetía Galdós, como especialmente dicho para nosotros, el supremo anhelo de todos los patriotas de buena voluntad. ¡Hay que hacer patria! Y hacer patria es hacer fé en alguna finalidad, aunque sea imposible. Desvanecer esa fé, á pretexto de que vacila, es demoler también la patria: equivale al suicidio.

Es cierto que en la Península también se desfoga en pesimistas augurios la retórica doliente puesta en boga por el carácter y por las circunstancias, mostrando síntomas alarmantes de decadencia femenil. Esto, si es grave daño allá, lo es con creces aquí, donde repercute siempre la nota aguda exageradamente agrandada por la distancia. Además, en España suele convertirse, como todo, en resorte y arma políticos de que abusan sistemáticamente todos los partidos: pero entre nosotros, que ni siquiera hacemos política, se trueca en ocioso y arriesgado entretenimiento. Precisamente representa aquí la prensa casi el único lazo de unión con el espíritu español y de ella sola es de quien puede

esperarse una feliz reacción de esperanza y de fé. Pocos son los canarios que han visitado á España y aun menos (lo afirmo sin vacilación) los que la han visitado en condiciones de conocerla, ni amarla. A muchos lleva el interés mercantil y no es el comerciante el más á propósito para catar la miga espiritual de un pueblo; otros cruzan rápidamente la Península en viaje de recreo y nos vienen hablando de *la muerta Castilla*, de los chulos y de los toreros. Los más paran en Madrid y se internan en su odiosa trama burocrática. ¿Quién se ha metido, pues, en el riñón de España, á respirar el ambiente español? ¡Y vive Dios que no conoce nuestra nación el que desde la corte ó desde el tren la haya contemplado!

Queda por tanto la prensa como centinela avanzado del españolismo en Canarias. Véase pues, si será perniciosa una tijera periodística que recorte por sistema la triste y desesperante crónica de muchos diarios de por allá, ó una pluma que nos descorazone incesantemente con la muletilla de la degeneración y la ruina. No es ni siquiera un proceder imparcial. Tanto como me desconsoló la crónica que de la exposición universal hizo el «Heraldo», periódico en que se ha condensado lo más negro de esta literatura fúnebre, me asombró ver que «Il Secolo», el periódico más leído de Italia, tras de indignarse por la menguada representación que allí obtenía la producción italiana, acababa por hacer una descripción casi poética de la instalación española, parangonando una y otra con gran ventaja de la nuestra. Si se entresacasen de la prensa rasgos por este estilo, podría sostenerse un diario que nos hiciera creer que somos felices.

Alejados como estamos de la madre patria, más que geográficamente pertenecemos á ella por el amor y éste se alimenta del aprecio. Es urgente que la prensa de Las Palmas rectifique su proceder. Españolizarnos es engrandecernos, porque si llegara por desventura nuestra á extinguirse en nosotros el afecto nacional, estas rocas perderían toda alta significación y se reducirían á una miserable factoría, á una especie de islas de Hawai puestas en el Atlántico para abastecimiento de transeuntes, ó un ventorrillo ó descansadero situado en la ruta de Africa y América, abierto á todas las razas sin llevar el sello de ninguna. Levante el que tenga suficientes prestigios la cruzada del patriotismo y acabemos con esta miserable manía.

Hemos derribado á golpes de prosa nuestro psíquico D. Quijote, que parecía inmortal. En buena hora; pero, ¿por qué hemos de empecatar-nos en rematar á Alonso Quijano, el Bueno?

FR. LESCO.



Cuentos é historias

UNA VÍCTIMA

Los cuatro amigos, después de formar un corro con sus sillas, miraban á los que daban vueltas por aquel paseo provinciano, mientras la música tocaba una tanda de valeses.

Acompañada de otras dos muchachas, pasó una mujer joven, hermosa y elegantemente vestida que fijó por un momento su vista en el grupo que formaban los hombres sentados. Uno de estos, que notó la mirada de aquellos ojos negros, tiró del brazo á uno de sus amigos y le dijo:

—Aguirre, aquella mirada ha sido para usted solo. Aprovéchese usted, que la chica es hermosa y no está mal de moneda. ¡Vamos, que pronto se han entendido ustedes!

El interpelado dejó ver en su cara un gesto de disgusto, y contestó:

—No sean ustedes ligeros. Ni yo he pensado en esa muchacha, ni me importa que tenga ó nó un buen dote. Y yo les rogaría á ustedes que suprimieran esas bromas que recibo de varias personas desde que llegué á esta población, porque no pueden traernos, ni á esa muchacha ni á mí, bien ninguno.

—Pero, hombre ¿se las vá á echar usted ahora de anacoreta? Aunque no hubiera nada de lo que nos hemos figurado, ¿qué gravedad pueden tener nuestras bromas?

—Más de lo que ustedes se figuran. Si les hubiera pasado lo que á mi... ¿Que lo cuente? Bueno, lo contaré; quizás mi caso les sirva á ustedes de lección,

«No hace muchos años que llegué á una capital de provincia que no quiero nombrar. Era allí costumbre el pasear en las últimas horas de la tarde por una de las calles más céntricas, y yo seguí la costumbre. Uno de los primeros días en que tal hice ví á una joven hermosa en un balcón y la miré como se mira siempre á una mujer bonita. Al siguiente día ya no fué por casualidad, sino por deliberado inten-

to mío el mirarla; pero sin poner en este acto intención ninguna de enamoramiento.

«Aquella misma noche me felicitaron en el Casino por mi conquista, y la fama de ella se propagó inmediatamente en aquel pueblo, chismoso como todas las poblaciones pequeñas, y fué la comidilla obligada de hombres y mujeres. En vano fué que yo protestara de las intenciones que se me atribuían, Todo el mundo encontraba muy natural que un hombre joven como yo, con una carrera *tan brillante*—porque en estos pueblos aburridos y sin vida llaman *carrera brillante* á cualquier miseria burocrática—pretendiera uno de los mejores partidos de la localidad, una muchacha rica, hermosa, buena á carta cabal y que por incomprensible fatalidad no tenía aún novio á los veintitrés años.

«Cundieron estas hablillas lo que no es decible; se enteró de ellas, como es natural, la *interesada*, á quien llamaré Luisa ocultando su verdadero nombre, y sucedió una cosa naturalísima también por las condiciones en que viven nuestras mujeres de la clase media y aun las de la vergonzante aristocracia de estos pueblos.

«Luisa, que, como ya he dicho, era una mujer excelente por todos conceptos para esposa, estaba irritadísima contra la *sosería* ó lo que fuera de los pollos de su pueblo que no la habían pretendido hasta entonces. Había visto casarse de menos edad que la que ella ya tenía, á muchas amigas suyas que no se le acercaban siquiera ni en riqueza ni en hermosura, y tuvo una verdadera satisfacción, un placer muy grande y muy hondo al saber que yo me había enamorado de ella. Mi condición de forastero me favorecía grandemente. Halagaba su vanidad de mujer desdeñada el saber que quien hacía justicia á su mérito no era ninguno de los zopencos de la población, como ella los llamaba.

«¿Quién es capaz de analizar el amor de una mujer

y decir de cuántas cosas extrañas y aun contradictorias se compone?

En él entran frecuentemente la venganza, el orgullo, el despecho, el agradecimiento, la vanidad, la envidia; en él influye, sobre todo, una ambición parecida al afán del ascenso que sienten los hombres en sus profesiones, porque para la mujer soltera que hace la vida ociosa é inútil que entre nuestras mujeres se usa, el casamiento es el ascenso codiciadísimo que les da el título de señoras.

«Lo cierto es que Luisa sintió placer inmenso al creer en mi enamoramiento, y sin salirse de los límites del recato dió á entender que no veía con disgusto mis supuestas intenciones. Y esto, que sus amigas pudieron notar en sus conversaciones con ella y que enseguida propalaron, sirvió para dejar establecido como un hecho pendiente sólo de meras formalidades la declaración oficial de nuestro noviazgo.

«Juro á ustedes que, desde que yo vi el giro que tomaba el asunto, procuré atemperar mis actos á la corrección mas estricta, no ejecutando ninguno en que pudiera apoyarse la invención de mi supuesto amor. Hasta dejé de pasear por la calle en que vivía Luisa; pero todo fué inútil: el impulso que á sí mismos se habían dado los chismosos y las chismosas, y que había alcanzado y envuelto á Luisa, no era fácil de contrarrestar. Para encontrar explicación á mi conducta se hicieron varias hipótesis; todo, menos reconocer la verdad: que no estaba enamorado de Luisa. Hubo quien dijo que yo quería *hacerme el interesante* para asegurar mejor á la rica heredera; otros explicaron mi frialdad como efecto de una timidez exagerada para cuya curación bastaría con el revulsivo de unos celos bien aplicados..... ¿Qué sé yo?

«A todo esto, Luisa, extrañada de mi silencio al principio, irritada después, herida en su legítimo orgullo sin dejar de creer en mi amor por ella, se enamoró de mí con pasión loca. Si mi intención hubiera sido el *hacerme el interesante* ¡por Dios, que alcanzaba el fin que me proponía!

«Llegó por entonces á la población un sujeto, forastero como yo, que desde el primer momento dió muestras de desconocer lo que son el honor y la delicadeza. Vicioso, bajo, ruin, despreciable, ponía de realce todas estas malas cualidades con su desvergüenza y su cinismo.

«No bien llegó, cuando, enterado de la situación rara en que estábamos Luisa y yo é informado exactamente de la fortuna de la heredera, decidió hacerla el amor y *quitármela*. Claro es que no me quitaba nada; pero él al creerlo no hacía más que seguir la opinión general.

«Con bastante extrañeza mía, Luisa acogió muy bien las pretensiones de aquel hombre. Después me expliqué bastante claramente la conducta de Luisa; con-

ducta perfectamente femenina é inspirada en la idea que del amor tienen muchas chicas solteras. Lo que quería Luisa era excitar mis celos, *hacerme saltar*.

«Al ver á aquella pobre mujer precipitarse por aquella pendiente de perdición tuve escrúpulos de conciencia, me pregunté si no debía impedir aquella iniquidad del único modo posible: casándome con Luisa. A pesar del interés que me inspiraba, yo no sentía amor por ella, ni estaba en mis intenciones el casarme. Mi conciencia me dijo que no había nada censurable en mis actos pasados y que no tenía para qué preocuparme de lo que pudiera pasar en lo futuro. ¡Cuán cierto es que la conciencia no sirve sino para hacernos deplorar lo que ya no tiene remedio sin darnos luces para evitar los males por venir!

«No quiero cansar á ustedes con el relato de prolijos detalles. Luisa, loca de desesperación, acabó casándose con aquel hombre; al poco tiempo salí de aquella población, destinado á otro punto, y durante tres años no volví á saber nada de Luisa ni de su marido.

«Comprenderán ustedes por lo que llevo dicho que mi asombro debió ser grande al recibir por conducto de la justicia una carta dirigida á mí y escrita por Luisa momentos antes de suicidarse. Me decía en su carta la infeliz su rabia contra mí que la indujo á casarse sin amor con otro hombre, la vida infelicitísima que le había dado aquel marido á quien despreciaba, *del que sentía asco*, sus remordimientos que la acusaban de haber procedido con terrible ligereza al precipitar su matrimonio por mortificarme, en vez de aguardar á que me decidiera... ¡Porque la desgraciada murió en la creencia de que yo la había querido, y que con un poco más de paciencia hubiera sido esposa mía!

«En la cabeza de aquella mujer habían hecho también su trabajo las novelas de exagerado romanticismo que había leído después de su matrimonio, llevada de esa natural propensión que todos tenemos á buscar la ideal en las ficciones cuanto más inútilmente lo ansiamos en la vida, pero la verdad es que bastaba para explicar su suicidio la desesperación que debía sentir por creer haber destrozado la felicidad de toda su vida. ¡Y luego aquel marido, aquel marido de quien supe después detalles tan repugnantes!...

«Desde entonces, la memoria de aquella mujer, muerta por una mentira, por un fantasma, por el amor que nunca la tuve y en que creía en el momento de morir, hasta el punto de pedirme perdón en frases apasionadas, amarga mis horas de soledad y me obsesiona como un remordimiento.

«Y al recordar aquella víctima sacrificada en el altar de estúpidas costumbres y de absurdas preocupaciones sociales, veo con más horror cada vez las ideas que aun privan acerca del ridículo que alcan-

za á la mujer que no obtiene el triunfo en la casa del marido.

«Creo que estamos aun, en cuanto á las inclinaciones que puedan sentir los individuos de un sexo por los del otro, en un período de barbarie, y me parece ver en lo porvenir el advenimiento de un estado mejor, en que el amor, libre al fin de las trabas que hoy le agobian, le desfiguran y le desnaturalizan, sea lo que debe ser.

«Pero mi experiencia dolorosa me obliga, mientras no llegue ese día, á poner de mi parte todo lo posible para contrarrestar esas prácticas perniciosas que

deploro. Por eso les ruego á ustedes que no repitan sus bromas. ¡No quieran ustedes empeorar la vida! Ya es ella por sí bastante mala.»

Callóse el narrador, y su mirada vagó melancólica sobre las mujeres lujosas y sonrientes que desfilaban por el paseo, envueltas en oleadas de luz eléctrica. Quizás veía en ellas futuras víctimas que la estupidez humana había de sacrificar en breve al terrible Moloch de las preocupaciones sociales.

ANTONIO GOYA.

La vida en Las Palmas

(NOTAS DE LA SEMANA)

El Gabinete literario va á emprender una vasta obra de reforma del edificio en que está instalado. El viejo teatro de Cairasco, cuyo raquítico escenario y cuya sala estrecha y oscura pudieron llenar con creces la misión de templo de Talia en Las Palmas de nuestros abuelos, estaba ya ha tiempo abandonado como inútil para local de espectáculos públicos, y va ahora á recibir el último golpe. Desaparecerá el teatro viejo para dejar lugar á un elegante casino á la moderna.

Para los viejos enamorados de sus *buenos tiempos* será un gran dolor. Ellos vieron piedra á piedra levantarse las paredes del edificio y recuerdan qué suma de trabajo, de buen deseo y de desinterés representaba la empresa de colocar cada nuevo sillar. Ellos no han olvidado la íntima complacencia con que vieron un día terminada la obra, producto de tantos esfuerzos, y el deleite con que desde el duro asiento de la luneta ó de las tablas en escalinata que servían de palcos *se gozaron* la primera función. ¡Qué tiempos aquellos y qué sencillas y á la vez qué intensas emociones estéticas las de aquellos tiempos!

Años hace que el bullicio y animación de las veladas teatrales desapareció de allí. El *Tirso de Molina*, que al principio nos pareció enormemente grande y ahora nos está resultando pequeño, acabó con el diminuto *Cairasco*, quitando á los abonados á la platea el cuidado de llevar las sillas de su casa so pena de presenciar á pie firme la función. Pero desmantelada y todo, en su sitio permanecía la sala aquella guarnecida de galerías con su escalinata de tablas para asiento de los espectadores, y allá en lo alto los agujeros semicirculares del *gallinero*. Todo eso va á desaparecer ahora, porque el Gabinete literario se encuentra estrecho en su casa y quiere ensancharla.

El Gabinete ha encontrado su hombre para la em-

presa que va á acometer: Zárate, un cerebro eminentemente organizador con una voluntad fuerte á su servicio. Desde que le eligieron presidente de la sociedad sueña con una nueva casa para ella, y su sueño va á empezar á realizarse muy pronto. Es cosa de días el dar comienzo á derribar paredes para dejar sitio á las nuevas que han de levantarse según el excelente proyecto del arquitecto Fernando Navarro.

La nueva casa del Gabinete embellecerá á Las Palmas.

* *

Las *interminables noches del invierno* continúan transcurriendo en inalterable monotonía. Todos los proyectos de empresas teatrales han fracasado, y ya tenemos perdida la esperanza de ver abrir sus puertas al Tirso de Molina en esta temporada.

El anuncio publicado por algún periódico de que quizás vendría por acá la compañía de María Tubau, como hizo notar González Díaz, no ha despertado en el público el entusiasmo con que fué recibido el anuncio de la venida de la otra María que hoy comparte con aquella los lauros de la escena española.

Tal vez será porque aun parece problemático que la Tubau se decida á pasar el charco para hacernos su visita. Ello es que apenas se habla del asunto, si no se le ha olvidado por completo.

Algunos padres de familias numerosas se han alegrado. Es verdad que está esto muy aburrido, pero ¡está todo tan caro!

* *

La entrada del siglo se ha señalado aquí por un aumento de producción periodística que empieza á asustar á mucha gente.

Once periódicos nada menos se publican actualmente en Las Palmas: siete diarios y cuatro semanarios.

Y todos viven, cada cual como Dios le da á entender. Y seguimos quejándonos de que no nos leen.

FÉLIX DEL SAUCILLO.

DON PEDRO BRAVO



No necesita este distinguido patriota un estudio biográfico donde se enumeren prolijamente los méritos de su azarosa vida. Fallecido hace muy pocos años, la generación presente le recuerda con cariño, porque tuvo en él un verdadero amigo, y se descubre respetuosa al pronunciar su nombre, unido siempre como factor poderoso á cuantos esfuerzos se han hecho en la segunda mitad del siglo XIX, para llevar á feliz término la obra difícilísima y todavía problemática del engrandecimiento moral y material de esta querida tierra de Gran Canaria.

Fué Don Pedro Bravo un militar distinguido que no deshonró jamás el uniforme que vestía: pudo ostentar con orgullo algunas cruces que la Nación colocara en su pecho, siempre dispuesto al sacrificio por la Patria, como recompensa justísima á sus méritos en el servicio y á su conducta honrada en los azares de la guerra.

Pero es necesario prescindir del militar, al recordarle hoy en esta sección de *canarios notables*. Debo fijarme con preferencia en el patriota, porque á semejanza de algunos otros, cuyos nombres irán sucesivamente apareciendo en EL MUSEO CANARIO, Don Pedro Bravo «vivió para Gran Canaria y murió con ella en el corazón.»

Le conocí en los últimos meses de su vida, cuando en el apogeo de una popularidad ganada en buena lid, se despedía de todos sus paisanos para marchar á Madrid, y ocupar en el Congre-

so de los Diputados un asiento que él no apetecía pero que le fué impuesto despóticamente por exigencias que no obtendrán jamás el perdón de la Historia.

Si otros rasgos no tuviera en su vida, bastaría este para retratar la generosidad de aquel corazón. Abrumado por los años, enfermo, sintiéndose morir, abandonó las comodidades del hogar y el cariño idolátrico de una familia amantísima, porque sus amigos así se lo ordenaron. No se perseguía entonces beneficio ni mejora para la patria chica; se quería salvar un amor propio desmedido, y esclavo siempre de los suyos, incapaz de anteponer la conveniencia propia al bienestar ajeno, partió sereno para la Corte, convencido acaso de que arriesgaba la vida, pero con la satisfacción de que su tierra había de agregar aquel último y supremo sacrificio al extenso padrón de sus méritos, por nadie discutidos.

Recuerdo todavía el sentimiento no fingido, la oleada de amarga tristeza que corrió por esta ciudad, cuando al poco tiempo de su llegada á Madrid nos hizo saber el telégrafo la noticia de su muerte. Perdíamos un canario ilustre, se extinguía para siempre una generación de patriotas que consagró su vida al país en que nació, y cuyas enseñanzas no ha querido aprender la maleada juventud de hoy. Quedaba en pie como postrer baluarte, Don Domingo José Navarro, y á su muerte acaecida poco después, yo me di á pensar en la soledad de mi espíritu, la triste suerte que el Destino reservaba á esta isla, sin hombres que supieran guiarla capaces de un rasgo de abnegación.

Bravo no fué escritor ni brilló nunca como orador parlamentario; mientras otros se entregaban con fiebre al estéril floreo retórico de los discursos de efecto, él consumía su poderosa voluntad gestionando en los centros oficiales Reales Órdenes que aseguraran el porvenir de la tierra que representó como diputado y como senador en varias legislaturas.

Para eternizar su recuerdo, el Ayuntamiento de esta ciudad dió á una calle el nombre de *General Bravo*. Siempre me disgustó la forma en que se rendía homenaje tan merecido. En aquella lápida yo pondría sencillamente PEDRO BRAVO, porque Gran Canaria no tiene para qué recordar el mérito del soldado, sino honrar como es debido la memoria del patriota.

LEOPOLDO NAVARRO Y SOLER.

HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO III

Malos sucesos á Herrera en Canaria y á Diego de Silva.

Llegó el capitán Diego de Silva á el puerto de Gando, onde estaba Diego de Herrera, avisándole de todo y la fuerza y valor de la Isla, admirándose de ello, y trató cómo ó con qué modo pudiese hacerles mal á los canarios, á todo lo cual desistía Silva por la palabra que había dado, que causó admiración á todos. Trató Herrera mañosamente de hacer paces con un tuerto canario, hombre robusto y ancho de miembros, llamado Tarira, astuto y mañoso y muy valeroso, que vivía dos leguas de Gando apartado de Agüimes más á el oriente; habitaba en cuevas de peña tosca cavadas y dentro muy capaces; había casas de piedra sola y cubiertas de enmaderado y por cima terradas muy fuertes y de aguante; dijéronles que si les permitiese hacer una torre ó casa de oración en el puerto de Gando y para ello dió Herrera treinta muchachos hijos de Lanzarote y Fuerteventura en rehenes ó en confianza de que no era su intento hacer mal, antes predicarles la fe verdadera; hicieron buen rostro los canarios que eran contentos, dieron permiso á ello y quiso Herrera que fuese Silva el alcaide de aquella fortaleza, y no lo admitió; habían ayudado á hacerla muchos canarios trayendo piedras y agua para el barro, y muy contentos por alguna poquedad ó niñería que les daban, y lo que más estimaban cuchillitos y hachuelas; traían leche, higos, carne y habas y otras cosas de la tierra, y había muchos niños que venían á ver, y eran muy ligeros en saltar y correr, y no dejaban estos de recelarse.

Fabricada la torre, quiso retirarse de Canaria Herrera; habiendo en el interin dado sus viajes á Lanzarote, dejó alcaide y gente de armas y orden de que no perdiesen la ocasión sus soldados que serían bien premiados, según se aventajasen les habría la mejor presa y repartimiento, y así todos querían servirle y los canarios ya disimulaban estorsiones, tanto que salieron del fuerte una madrugada cincuenta hombres ó más á hacer presa de buena cantidad de ganado qua andaba paciendo junto de Agüimes

y parece traerlo allí de propósito; aquel día no vino nadie á la torre ni pareció hombre alguno; túvose por ello mala señal y así en toda la noche nadie durmió; á la mañana vieron venir desde la torre á el parecer la gente que el día antes había salido, la cual traía por delante mucho ganado, y venían canarios peleando detrás de ellos, y llegados más cerca, hicieron alto á pelear y defender la presa del ganado de cabras, y visto esto por los de la torre, salieron todos sin quedar nadie en ella á socorrer, á tiempo que había muchos canarios desde aquella noche enterrados tendidos en la playa, que no tenían más que la cabeza descubierta y tapada por delante con un mato de una yerba seca que tiene espinas, que hay allí muchas, y estos y los otros y todos eran celada de canarios que tenía su amigo el tuerto Tarira; en fin, murieron todos los cristianos y los primeros el día antes y pocos cautivos que llevaron á Gáldar algunos, y los vestidos se pusieron los canarios para hacer su disfraz y añagaza; fueron á la torre, había en ella unos enfermos, pocas mujeres y unos niños, á todos quitaron la vida; porque el engaño que usaron fué tal que admite alguna disculpa, porque venían vestidos á lo español y delante desplegada la bandera á son de marcha; derribaron la torre, quemaron la madera aparte y no quedó piedra sobre piedra. Había una caravela en el puerto, que por lo que les pareció lo que pasaba en tierra, dieron á la vela la vuelta á Lanzarote. Mandó Herrera saber lo que había pasado, cogiendo a uno ó dos espías que dijeron haber muerto á los treinta de rehenes y más de doscientas personas; fué muy llorada en Lanzarote y Fuerteventura esta desgracia, cual madre sus hijos, marido, hermanos, conocidos, todo caía en maldiciones á Herrera y Doña Inés Peraza.

CAPÍTULO IV

Quéjense de Herrera á los Católicos Reyes los vecinos de Lanzarote y Fuerteventura.

Buscando ocasión los más sentidos contra su señor Herrera, se fueron á España con secreto en un navío español que allí fué venido y parecieron en la presencia de los Reyes católicos don Fernando y Doña Isabel hasta doce personas de las de más autoridad de Lanzarote y Fuerteventura, puestas las acusaciones que habiendo hecho paces con el faraute de Telde, dádosele rehenes y hecho una torre, fué para hacer robos y quebrar el pacto de paz por sus intereses, y siendo la fuerza y gente canaria tanta que ninguna fuerza bastaría á sujetarla, salvo el poder de un

rey con grandes ejércitos, fueron mandados á parecer ante el Consejo á sus descargos Herrera y Doña Inés, y no pudiendo negar lo procesado, les fué dada una gran reprehensión y sacase á su costa los cautivos y rehenes si algunos hubiese vivos, y tuvieron á bien venderles á los Católicos reyes el derecho de las tres islas que estaban por conquistar y quedarse con las cuatro de Bethencourt, y así otra vez volvieron á Lanzarote Herrera y Doña Inés.

CAPÍTULO V

Pasa á España Diego de Herrera y D.^a Inés Peraza.

Aunque los Sres. Reyes D. Fernando y D.^a Isabel estaban muy embarazados con guerra de Moros y del Rey de Portugal D. Alonso V, que pedía derecho á las Canarias por ser casado con Infanta hermana de la Reina D.^a Isabel, vinieron á darse batalla junto á la ciudad de Toro que fué sangrienta entre portugueses y castellanos, aunque fueron á Portugal bien ligeros: y atendiendo á que no se dilatase la conquista despacharon para ella provisiones á Sevilla á el Asistente Diego de Melo á su cumplimiento y oficiales: y por Capitan General á Juan Rejon, caballero natural de León y su acompañado con título de Dean á el Licenciado D. Juan Bermudez y por Alférez Mayor de la gente de á caballo á Alonso Jaimez, caballero aragonés; diósele luego el despacho por medio del coronista Alonso de Placencia; diéronse los navios necesarios y armas y todos aprestado con seicientos hombres de guerra y treinta hijo-dalgos que servían á caballo escuderos, sin otros aventureros que hubo muchos á el bando que se mandó echar prometiéndoles repartimientos.

Salió la armada Real para la Gran Canaria del Puerto de Sta. Maria año de 1469 á 23 de Mayo; tuvieron buen tiempo la vuelta del Nordeste á Sudoeste y vispera de Sr. Juan Bautista descubrieron la Gran Canaria y amanecieron surtos el dia 24 de Junio en la playa de la Isleta abrigada del Norte de una montaña alta pedregosa; saltó en tierra la gente, dióse orden de decir misa, y dijose la primera del Licenciado D. Juan Bermudez á Ntra. Sra. de Gracia y después se hizo allí una hermita; después de misa hizo una plática el Deán Bermudez en orden á la reduccion de los infieles que causó mucha devoción y exhortó á los soldados y lo mismo al General Rejon y el Alférez Mayor Alonso Jaimez de Sotomayor hizo venir á tierra y escuadrónar la gente y comenzó á marchar con banderas y forma de ejército en campaña.

Los espías que iban delante trajeron un canario viejo que estaba cogiendo marisco, y no se veía más gente, que parecía no haber nadie en la Isla. Preguntósele por el camino de Telde que está dos leguas y media de camino al sur por la misma ribera; dió algunas razones que se podían entender de que no fuesen más adelante por el peligro de una sierra que se había de pasar onde les esperaba una gran enboscada, que fuesen más adelante onde les llevó y hicieron alto y así plantaron su Real en ribera distante una legua onde se dijo la misa; era un hermoso valle de gran cantidad de palmas y dragos, higueras y sauces y agua que corría siempre á la mar de un arroyo llamado Geniguada; esto es á la falda de un cerro que corre de Norte a Sur por legua y media poco más hasta encontrar con el paso peligroso de un risco alto y tajado que cae á el mar; tiene esta ribera de ancho de dos á tres tiros de piedra onde se situó el Real llamado de las Palmas; dispúsose hacer Iglesia en una casa canaria; tenían otras casas canarias metidas debajo de tierra á modo de madrigueras y por fuera se conocía por un monton de tierra y pocas piedras á el rededor; y media legua sería de donde se dijo misa que había otra pequeña las paredes de piedra y sobre el enmaderado toco el terrado.

Dispuesto ya de no ir á Gando, que fué el designio con que se desembarcó el dia de San Juan, y ahora por acuerdo de D. Juan Rejon y el Dean y Alonso Jaimez y personas practicas se acordó fabricar una torre y con diez tapias y mucha gente en poco tiempo hacian mucha cerca estando todos contentos por la amenidad del sitio y tener toda conveniencia de agua, leña y los navios presentes á nuestra vista. Dentro de cuatro dias se juntaron más de quinientos canarios de gran esfuerzo de la parte de Telde con su faraute ó reyezuelo llamado comunmente de los españoles el Guadardheme de Telde; venía tambien el esforzado Mananidra, hombre alto de cuerpo, de señaladas fuerzas y victorias que había tenido contra Herrera, y antes que cargasen más canarios que al tercer dia se descubrieron en el mal paso del cerro por las espías, fué acordado por el Deán y Rejon y Jaimez que fuese el ejército á amanecer sobre ellos; comenzó la caballería á alcanzarlos buenamente por aquel valle que se venían entrando como si fuese suya la victoria, andaba valeroso Jaimez y otros que hicieron bien su deber.

(Continuará)

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 103



LAS PALMAS, 23 DE ENERO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 3.

EL TEIDE

Confieso mi ignorancia. La letra muerta de los libros no había sabido enseñarme lo que es un monte grande.

Yo creía que así como los juguetones cabritos se parecen á sus madres las barbudas cabras y los pequeños lechoncillos se asemejan á los obesos cerdos de largas orejas y blanquísimos dientes, así los montes y las colinas se parecían á las montañas inmensas que hieren con agujas de nieve la cúpula azul de los cielos. He aquí mi error: suponía que entre lo pequeño y lo grande no hay más diferencia que el tamaño... y así es generalmente. ¡Pero qué diferencia entre lo pequeño y lo inmenso!

He visto de cerca el formidable coloso:

caprichosas nubes ocultaban las nevadas faldas, estaban bajas como humilladas ante tanta grandeza; y por encima de las nubes, como si flotase en el espacio, la enhiesta cumbre del Teide abría el cielo y cerraba el panorama. Nunca he visto terminar un horizonte de una manera más magnífica. En mi país, detrás de una cumbre hay otra cumbre; detrás de una colina otra colina y encima de las crestas de las sierras están siempre los festones de los celajes.

¿Qué tierra es esta que está más alta que el cielo?... A primera vista parece que allí termina la mansión en que vivimos y que detrás del volcán se acaba la creación y empieza Dios.

¡Cómo brilla aquel gigante! Y es frío y es ardiente. Y atrae y aterra.

¡Teide, eres como los hijos de los menceyes, tienes el exterior de nieve y el alma de fuego! Mirándote á tí comprendo el heroísmo de Plinio, aquel sabio poeta que murió por escrutar los secretos del Vesubio; entiendo la locura de Empedocles que se arrojó al cráter del Etna... y ¡siento amor inmenso á la madre Naturaleza y penetro en el espíritu de los que sufrieron martirio por la santa causa de conocer el globo

en que vivimos! Colón, atravesando el solitario Atlántico; Magallanes, muriendo por explorar una isla; La Perouse perdido para siempre en la inmensidad del Pacífico, y Livingstone sucumbiendo á la terrible fiebre, en las orillas del Benguelo, en las entrañas del conti-



nente negro.

¡Teide, al contemplarte hay que caer de rodillas como cayó Humboldt cuando te vió por vez primera; y así de hinojos recordar los libros sagrados y escuchar la elocuencia de tu excelsa cumbre que parece decirnos: «¡Gloria á Dios en las alturas!» Y nuestra pequeñez contesta: «¡Paz en la tierra á los hombres!»

LEOPOLDO PEDREIRA.



LA SOCIOLOGÍA

I

Tal es el nombre (bárbara mezclanza, por cierto, de griego y latín) de una ciencia aun casi en mantillas, pero que ha afianzado su derecho á la vida con incontrovertible fuerza. Ha probado su existencia como el filósofo probaba el movimiento, esto es, andando. Y con tal supremo argumento, claro es que han ido enmudeciendo poco á poco todos sus detractores, dejando el camino expedito á este nuevo orden de conocimientos.

Pero es natural que haya nacido en forma vaga é indeterminada, á manera de nebulosa preñada de mundos, pero sin separarse ni escindirse, sin lograr independencia respecto de otros núcleos y confundiendo á menudo con ellos. Su labor actual, pues, una vez demostrada su viabilidad, es afirmar su personalidad y grangearse su puesto en el estadio de las ciencias. Ha sido englobada en la Biología, deducida de la Psicología y explicada por ella y, finalmente, confundida con la Psicología colectiva. Estas ciencias, al disputarse la paternidad y la tutela de la recién-nacida, han tratado de aniquilarla. La Economía Política, á última hora, reivindica también la suprema dirección de la nueva disciplina. Ciertamente, al leer cualquier autor de la ya rica literatura sociológica, sobre todo aquellos que analizan, contienden y se esfuerzan por deslindar el contenido de esta ciencia, se cae en cierto invencible desaliento, muy semejante al escepticismo. Pero, no hagamos el Sancho. Aunque veamos mil veces caído, humillado y molido este arrogante D. Quijote, tengamos un poco de fe en sus destinos. El que ahora cumple no es enteramente baldío, aunque sí muy fatigoso: ganar palmo á palmo el terreno á costa de tropiezos y derrotas, que le obligan muchas veces á volver sobre sus pasos y á rectificar su camino.

Por otra parte, relaciones de parentesco y de afinidad han obligado á la Sociología á presentarse como ciencia materialista. Al fin y al cabo ha nacido entre la gran florecencia del materialismo contemporáneo. ¿Morirá con él ó sabrá acrisolarse y sobrevivir á su bancarrota, ya vislumbrada en lontananza? Podría suceder que, gracias á la índole intrincada del hecho social, el materialismo le dejase en el misterio y viniesen en pos de él nuevas direcciones que, aprovechándose del estudio acumulado, dirigiesen esta ciencia por más despejados derroteros y le asegurasen una longevidad envidiable. Hoy es el objeto preferente del pensamiento moderno y el yunque donde caen repercutiendo cuantas novedades van despuntando en las demás ciencias.

Y esto se alcanza fácilmente porque la importancia de las ciencias suele medirse hoy por su eficacia en la vida y ninguna está abocada á consecuencias más prácticas que la Sociología. La presente cuestión social, cuestión apremiante, de hechos más bien que de principios, es obvio que le pida orientación, luz, soluciones salvadoras. ¡Singular situación la de la bisoña ciencia! Apenas se ha conquistado el suelo que pisa ya es llamada con urgencia á los más altos oficios, á dirigir, á alumbrar, á dar lo que no tiene. Y se verá en el caso de hacerlo sopena de morir.

No ha logrado apenas desvincularse por entero de la placenta de otras ciencias, como queda apuntado, y ya surge en su contenido otro problema de diferenciación interna. ¿Es la Sociología un legajo ordenado en que se sumen todas las llamadas ciencias sociales? ¿Es un recabado, una síntesis, una como Filosofía suya? ¿Es una teoría universal de las mismas? A tantas demandas habrá que añadir: ¿es esta una ciencia ó un cuestionario, un cuerpo de doctrina ó un programa? Intentemos estereotiparla en el estado actual de su existencia, marcando con la precisión y claridad que nos sea posible sus diferentes direcciones, trabajo no tan fácil que pueda verse libre de deficiencias y omisiones.

II

La teoría orgánica, *lato sensu*, campea hoy en la Sociología. Todos los autores, quiénes en más, quiénes en menos, desde Spencer hasta Prisco, se han forjado la Sociedad como un organismo, concepto que han ido exornando con todo género de apelativos, pues mientras unos la reputan como organismo ético, otros la consideran como organismo animal, ó como organismo psíquico, ó jurídico, etc. etc.

Pero la teoría llamada *orgánica* por antonomasia es la que ha estudiado la Sociedad como organismo biológico (1). De antiguo venían usándose una serie inabarcable de metáforas acerca del *cuerpo social*, tanto por los filósofos como por el vulgo. No se acertaba á declarar con tan entera precisión ninguna de las relaciones ó de las partes sociales, como representándolas con los nombres de *cabeza*, *corazón*, *brazos*, *sangre*, *músculos*, etc. de la sociedad. En la ciencia moderna también ha tomado carta de naturaleza. Ya se sabe que la división del Poder en las escuelas liberales ha buscado por fundamento la distinción psicológica de las facultades humanas. Las grandes metáforas han corrido siempre con suerte en la historia del pensamiento humano, y tal vez más de una teoría haya levantado legiones de adeptos más bien por su ingeniosa envoltura metafórica que por su positivo fondo de verdad.

(1) Comite, Spencer, Li linfield ect.

Pues bien, la teoría orgánica ha desvestido la metáfora y la ha tomado al pie de la letra. Como predecesor tiene á Comte, que más bien fué su adivino. Ingenio tan profundo como Spencer se ha consagrado á ella por entero, malgastando un caudal inmenso de lógica en defender lo que es falso por su base. Otros muchos se han asociado á sus esfuerzos y la verdad es que, por un momento, ha logrado deslumbrar como una brillante función de pirotecnia. Consigo traje la autoridad y la tutela de la Biología, á la que debe su vida y también sus síntomas de muerte. Lozaneaba aquella ciencia ganando todos los días terreno al misterio de la vida, sorprendiendo sin cesar con descubrimientos nuevos, tendiendo á espaciar siempre sus horizontes y á hacer más vastas sus generalizaciones, con la fuerza de absorción, en fin, propia de toda nueva disciplina, y no es extraño que la Sociología despuntase esfumada y desvanecida en aquella atmósfera de prestigios. Acabábase de sentar como recabado y síntesis de las observaciones biológicas, *que todo organismo es una colonia de organismos más simples*. ¿Por qué no aplicar este principio á la Sociedad? La tentación era muy seductora por la apariencia científica con que deslumbraba. Así se hizo y con ello quedó incorporada por completo á la Biología. Aun se concretó más la tesis y se afirmó que la Sociedad es un organismo animal: la Sociología quedaba, pues, reducida á un capítulo de la Historia Natural.

La teoría era propensa á concepciones fantásticas y, una vez que sus defensores se dieron á soñar analogías, surgieron estas por doquiera. (1) Se aplicó á la Sociedad el tecnicismo antropológico y tal ha sido su influencia que aun los que más la han repugnado conservan inconscientemente resabios suyos. Prueba de ello lo familiar que se ha hecho entre las personas cultas hablar de *patología social*, *etiología*, *profilaxis*, etc. del delito y aplicar, en fin, cuantas voces de este género puedan expresar algún hecho social. Al hombre no podía menos de considerársele como célula de este organismo y, tratándose de descubrir funciones, órganos y aparatos, no se titubeó en llamar con sentido real, *circulación* al cambio económico, *mecanismo morfológico* á la organización jurídica, *sustancia intercelular* á los productos que se destinan al consumo, *et sic de caeteris*.

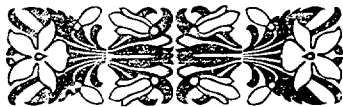
Aunque no es ocasión de hacer la crítica de esta teoría, no debo pasar en silencio alguna de las razones por que no debe prosperar. De antemano y con solo observar la estructura arquitectónica de tal sistema, surge un presentimiento de duda. No suele la ciencia darnos un cuerpo acabado de doctrina con tan

poco tiempo de experiencia: y esta concepción de la Sociología se desarrolla, de buenas á primeras, con una perfección sorprendente, con todos los problemas, si no resueltos (¿qué disciplina los tiene?) en camino de resolverlos. Por otra parte, la Sociología queda enteramente absorbida en la Biología y hay que advertir que, por más que el materialismo evolucionista de nuestros días es esencialmente monístico, no llega á identificar todos los fenómenos en uno, ni todas las ciencias en una. En la lógica evolucionista claro es que cada ciencia se explica por otra, hasta llegar á una irreductible, la Mecánica, ó las Matemáticas. Pero esto no quiere decir que la Química, por ejemplo, sea un capítulo de la Física y ésta otro de la Mecánica. Como que la evolución debe acaecer por un proceso indefinido de diferenciación de unos seres á otros, de la misma manera que el vegetal, por ejemplo, ha quedado diferenciado del animal en el inescrutable transcurso de la transformación biológica, así también deben irse diferenciando unas de otras las particulares disciplinas, conforme se van aislando y escindiendo sus objetos respectivos: tal es la embriología de la Ciencia en la concepción evolucionista.

Por otra parte, la teoría orgánica contradice á una elemental inducción de la misma Biología, á saber, que el agregado es *cualitativamente* distinto de los elementos que le componen. Si esto es indudable ¿cómo se pueden atribuir al organismo social las propiedades del humano? ¿qué ley de lógica autoriza esa descabellada transferencia de principios de un orden á otro? ¿de qué manera se logrará justificar semejante peligrosa aplicación de la Anatomía, Fisiología, Patología y demás ciencias antropológicas á la Sociedad, sin previo estudio del sér y del obrar de ésta? Hipótesis ingeniosas, fogosidades del talento ó tal vez del genio son estas que cautivan por su apariencia, seducen por su somera y artificial perfección, admiran por un momento en ateneos y revistas y caen á la postre después de haber contribuido más bien á acentuar el escepticismo respecto de la ciencia que á abrirle alguna pequeña vereda que la oriente y encamine.

FR. LESCO.

(Concluirá)



(1) Aunque hablo de esta teoría en tiempo pasado, como si fuese ya histórica, es porque la juzgo *virtualmente* fenecida. Sin embargo, aun vive y no con poca lozanía.

La ermita de la Virgen de La Luz

Mucho ha cambiado en pocos años el Puerto de la Luz.

Nuestros abuelos le conocieron tal como nos lo describe don Domingo J. Navarro en sus *Recuerdos de un noventón*, un desierto de arena que tenía, como el africano, sus llanuras y sus depresiones, á veces también su calor infernal y hasta su simil del horrible simoun cuando soplaban fuertes los vientos del Sur.

Sin remontarnos á aquella época ya lejana, aún los que todavía no vamos para viejos recordamos el Puerto perfectamente conservando en gran parte el aspecto de un desierto, con escaso número de casas y por temporadas gran cantidad de miserables chozas de estera habitadas por pobres pescadores.

La concesión del puerto de refugio vino á cambiar la faz de aquel pedazo de Las Palmas, y desde que con el comienzo de las obras empezó á aumentar el movimiento de buques en sus aguas, inicióse la transformación que se ha realizado en pocos años tan rápida y completa que el extenso arenal se ha convertido en un barrio populoso animado durante todo el día por la actividad incesante de la industria y de las transacciones mercantiles.

* * *

Como recuerdo del Puerto antiguo, queda en pie, aparte de los ruinosos castillos, la vieja ermita que antes dominaba el caserío del Puerto, y ahora, oculta por las nuevas construcciones, pasa ya inadvertida á la vista del viajero poco curioso y no acostumbrado á escudriñar los rincones en que pueda dar con alguna reliquia del tiempo viejo. El grabado que acompaña á estas líneas reproduce una fotografía de aquel sitio, tomada hace algunos años, cuando aún eran pocas las casas construidas en las inmediaciones.

Primitivamente estuvo dedicada la ermita del Puerto á la Virgen del Rosario. El cambio de dicha

advocación de la Virgen por la de Luz fué debido á una tradición ya casi olvidada por el pueblo, si no enteramente olvidada, y que ha conservado D. Domingo

J. Navarro en su antes citada obra *Recuerdos de un noventón*.

Cuenta esa tradición que una luz misteriosa se aparecía muchos años ha, saliendo á la prima noche del castillo del risco de Guanarteme, bajaba de allí en dirección al castillo

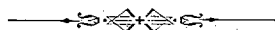


de Sta. Catalina, seguía después la orilla del mar hasta llegar á la ermita de la Virgen, y, deteniéndose en ella algunos instantes, tomaba luego la falda de la Isleta, llegaba á la punta del Arrecife y desaparecía en el mar. Añadíase que aunque algunos habían intentado acercarse á ella, nunca pudieron alcanzarla.

La fama de la luz misteriosa se extendió tanto y llegó á ejercer impresión tan poderosa en el pueblo, que hizo variar, no solo el nombre del puerto—que hasta entonces se había denominado de las Isletas y en adelante no se llamó sino de la Luz—sino también el de la Virgen de la ermita, que, siendo, como queda dicho, del Rosario y patrona de la fiesta de la Naval, no se conoció desde entonces con otro nombre que con el de Virgen de la Luz.

El día solemne del año para la ermita de la Luz es el de la tradicional fiesta de *la Naval* que se celebra el segundo sábado de octubre en conmemoración, según se cree de la batalla de Lepanto, de recuerdo tan glorioso para la armada española. En tal día es inmenso el número de personas que de todas las poblaciones de la isla baja al Puerto de la Luz y acude á visitar la imagen de la Virgen de su ermita; muchos van á cumplir devotamente la promesa hecha en momentos de angustia en que la fe sencilla ofreció consuelo al espíritu.

F.



CAVILOSIDADES

Hay espíritus de conformidad tal que parecen respirar á su gusto en la atmósfera formada por las nieblas de la metafísica más complicada, más fantástica y más desligada de la realidad. Sus sueños de alucinado viven sólo en el misterio y la obscuridad. En cuanto reciben el choque de la luz de lo real mueren miserablemente, como algunos microorganismos que perecen tan pronto como un rayo de sol atraviesa la gota de líquido turbio en que viven y se agitan.

*
**

Las analogías y semejanzas que presentan las cosas en su aspecto son para el poeta fuente caudalosa de hermosas imágenes; pero para el filósofo son origen solamente, por lo general, de espectros sin consistencia ni contenido, que extravían al pensador elevándole á las regiones de la fantasía loca y de la lógica exagerada sin asiento en lo real.

*
**

La mayoría de los filósofos aniquilan á las ideas para manejarlas á su sabor. Se parecen en esto á los anatómicos, que sólo estudian las funciones de la vida en los cadáveres.

*
**

Al elegir los caminos que conducen á la verdad nos dejamos dominar casi siempre por nuestros gustos, nuestras preferencias irreflexivas, nuestras preocupaciones arraigadas. Decimos que sólo aspiramos á la verdad, pero á pesar de ver abierto y claro ante nosotros el camino recto que á ella conduce, nos introducimos por las intrincadas veredas que entenebrecen con su sombra los árboles frondosos y los arbustos que bordeaban los campos de nuestra primera ignorancia, porque sentimos la esperanza secreta de que esas oscuras veredas han de pasar rozando las regiones fantásticas de nuestros sueños y las cavernas donde nuestros antepasados, los prejuicios viejos, han de acogernos con alegría y besarnos como á hijos. Y el camino recto y claro continúa desierto, y los hombres se detienen en las veredas tenebrosas, sin ánimos para seguir la marcha á la verdad.

*
**

Nuestra sensibilidad suele ser el traidor que entrega á los sitiadores el baluarte en que nuestro orgullo se defiende.

*
**

Muchos que no pueden pagar las obras del ingenio con su comprensión las pagan con sus aplausos, y los autores son tan vanos que, generalmente, aprecian más la calderilla ruidosa de la ignara aprobación que el oro puro de la comunión espiritual.

*
**

Las grandes pasiones, que templan á algunas almas como el agua al acero, obran en otras como en el mismo acero un baño de ácidos corrosivos.

*
**

Para muchos son una misma cosa la belleza y la bondad. Bueno, y entonces ¿cuál es la causa del atractivo, de la sugestión poderosa que ejerce en nosotros

muchas veces la maldad sin proporcionarnos ventaja ninguna?

*
**

¡Qué vano empeño el querer imponer á los demás *nuestra* razón! Los demás tienen motivos excelentes para tener distinta razón que la *nuestra*. Si nos resolvemos á decir lo que razonamos que sea sin la pretensión de hacerlo aceptar y sostener por los demás como si ellos mismos lo hubieran pensado: no pueden tener afecto de padre por hijos que no son suyos. Contentémonos con que nuestras razones sean aprovechadas por los otros, si hay en ellas algo de aprovechable, como materiales que transformen en su inteligencia para obtener productos *distintos* de los nuestros; porque no hay en el mundo entero dos íntelectos que tengan la misma forma, la misma potencia, y que trabajen del mismo modo. Pretender otra cosa sería como si el horno dijera al telar:—¿Por qué no cueces pan?—Y el telar le respondiera:—Y tú, ¿por qué no tejes?

ANTONIO GOYA.



LA VIRGEN DE LOS DOLORES
escultura de Luján Pérez existente en la Catedral-Basílica

"NUESTRA SEÑORA"

Al escribir en otra parte un breve juicio sintético de la nueva novela de los hermanos Millares, hice constar la extrañeza que me causaba el silencio con que nuestra crítica la había acogido.

Nuestra crítica no se ha dado por aludida, tal vez ó sin tal porque *nuestra crítica* no existe. ¿Merece llamarse así, con tan alto nombre, la gaceta ligera donde los periódicos acostumbran dar cuenta en cuatro renglones de las obras que van saliendo? Eso está al alcance de cualquier repórter, pero eso no es criticar. Se consigna una impresión buena ó mala, casi siempre buena, sin fundarla, sin razonarla, y adelante. A lo sumo, se dice que el libro nuevo *viene á enriquecer la literatura*, frase de plantilla como tantas usadas en la prensa. Escrito esto, la pluma que lo escribió pasa á ocuparse en otros menesteres graves.

Naturalmente, yo no pretendo ejercer con autoridad la noble y alta función de juzgador literario; yo no voy á poner cátedra. Mis aspiraciones no llegan á tanto, porque no llegan mis fuerzas. Bástame señalar la deficiencia y tratar de suplirla en la medida que mis medios consienten. Los Sres. Millares tienen derecho á que los que escribimos para el público nos detengamos un poco ante sus obras y digamos con lealtad el concepto que nos merecen.

Nuestra Señora no es propiamente una novela regional; su acción lo mismo pudo ocurrir en Atlántica que en cualquier rincón del mundo civilizado. Lo único que tiene de *indígena* es el habla de los personajes, la copia fiel de los modismos isleños; esto aparte, nada hay riguroso y exclusivamente propio, á no ser los nombres de cosas y lugares, muchos de ellos también desfigurados. Los tipos de Andresito Valerón y de la Hartleit se dan en todas las latitudes: el proceso de la pasión que concluye por conquistarlos y perderlos, es el sentimiento humano, universal, una nueva variación del eterno tema.

Pero en cuanto á la Hartleit, he de manifestar que me enamora, casi tanto como á Valerón. Y no sabría decir porqué me cautiva, si por lo hermoso de su carácter ó por su aureola de víctima y de mártir que marcha resignada al sacrificio. En lo físico se parece á Marianela, y en lo moral ofrece una comprobación de la ley de la herencia. Los autores han tratado con sumo arte esta

figura idealizándola, esfumándola, colocándola en el último y superior término del cuadro, circuida de una penumbra misteriosa. Cierta belleza mística, emanada de las excelencias del espíritu, algo como un reflejo de la grande alma soñadora de Guillermo Hartleit, la envuelve é ilumina. Es una sombra adorable que pasa, agobiada por el destino, por la fatalidad hereditaria.

La novela es ella, nada más que ella ejerciendo sobre Andrés su poder fascinador. Lo demás resulta episódico y secundario; pero entre esas cosas secundarias y episódicas, los bellos rasgos de observación y de estilo abundan.

Jamás los hermanos Millares labraron joya literaria tan fina y rica como *Nuestra Señora*. Las descripciones, exuberantes de color y de verdad, los caracteres, admirablemente trazados, la pintura del medio, el *spécimen* psicológico de la protagonista, una maravilla de análisis hondo y certero, acaban de acreditarles como talentosos noveladores. Las páginas finales en que se describe la agonía y muerte de la pobre huérfana, las torturas de su amador infortunado, dan una impresión de realidad dolorosa á la cual sólo llegan los maestros.

Sospecho que una parte de la obra, no la menos bella ciertamente, ha sido *vivida* por los autores. En ella canta la juventud su canto triunfal; surge, en sentidísima evocación, el pasado lejano de la vida universitaria con sus alegrías, afanes, placeres y adivinaciones, trayendo ráfagas de frescura deliciosa. La pluma se ha retardado y se ha encariñado con esas escenas retrospectivas, dibujadas largamente, amorosamente, mientras los recuerdos venían á dictarlas en enjambres alegres....

Nuestra Señora no es una novela regional, pero es una hermosa novela. Se lee con interés creciente, hace gozar, meditar y llorar. Los que esto consiguen son verdaderos artistas, los que conciben y vivifican en el Arte un tipo de mujer como el de la pobre huérfana, la hija de Guillermo Hartleit, esa Marianela Gretchen, son acreedores al espaldarazo de la consagración suprema.

Hace tiempo que yo, en mi admiración personal, se lo dí.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



EL MARQUÉS DE LA FLORIDA

El árbol de la familia Benítez de Lugo le tuvo el 1.º de Abril de 1837, como primera fruta amarga, según quejidos de las ramas; él inculcó en la savia el acíbar de la democracia que refinaba su privilegiada inteligencia calcinando su corazón.

Debió ser déspota porque á su sangre habían llegado moléculas de la del Conquistador de Tenerife, Fernández de Lugo, cruel exterminador del feliz pueblo guanche, y, por el contrario, sus sentimientos le hicieron inscribirse en la sociedad «Amigos de los pobres», socorriendo por las calles de Madrid á los coléricos de 1865, enterrando á los que del cólera morían, uniéndose á los que con la cólera vivían, ira producida por el voluntario extrañamiento que adoptaron en vista de la peste las linajudísimas personas que por acuerdo nacional fueron desterradas tres años después. Debió ser conservador para mantenerse consecuente con la fortuna que heredara y con las ideas de los ascendientes que fueron Caballeros de diferentes Órdenes Militares, Maestros de Campo, Señores de Fuerteventura, Bormujos y Algarrobo, Marqueses de la Florida...; y todo lo olvidó para sentar plaza de demócrata, y trabajar uno y otro día hasta conseguir que en la gobernación del país desapareciese esa vinculación en familias que de vicio en vicio y de yerro en yerro hicieron á España grande exterminando mucho y embruteciendo más, é hicieron á España chica desposándose con el fanatismo unas veces, con la imbecilidad otras y divorciándose de la libertad siempre. Debió ser piedra engarzable á riquísima sortija llevada por joven de familia pergamínera, y su matrimonio lo hizo meses antes de morir á impulsos del corazón, prefiriendo en su juventud á las explotaciones de su título, de su figura y de su talento, el título de jurisconsulto, la figura adquirida trabajando por ideales políticos, el talento empleado en conocimientos financieros que tanta falta hacían, y hacen, en España.

Su memoria se calificó de privilegiada, más por creación que por nacimiento, pues lo mismo en su juventud que en sus últimos años sistematizó los ejercicios mnemotécnicos, adquiriendo, á fuerza de repe-

tidos voiceos, muchos conocimientos útiles y otros que no lo eran tanto cual los nombres de los ciento y pico de Condados de las Islas Británicas. Su poder volitivo resalta en todos los actos de su vida públicos y privados, lo mismo al afiliarse al antiguo partido progresista combatido por todos y perseguido por O'Donell, que al defender la inmunidad parlamentaria hollada por un delito impune... (1) Su entusiasmo le colocó á la cabeza de los amotinados en la célebre noche de San Daniel, arengando á sus compañeros y provocando la *sangrefobia* de la Guardia Civil; y le condujo á cons-

pirador activo del movimiento insurreccional que tuvo episodio triste el 22 de Junio de 1866, escabulléndose de las persecuciones del Gobierno escondido en las caballerizas de su íntimo amigo el Duque de Abrantes.

El punto de partida de su biografía científica se puede fijar en Canarias á los 10 años de edad que comenzó el bachillerato. En 1859 se trasladó á Madrid aprobando con notas de «Sobresaliente», y ganando premios, las asignaturas correspondientes á estudios jurídicos y de filosofía y letras. Un año antes de morir recibió el diploma de miembro de la *Sociedad Geográfica de París*. En aquellos tiempos de lucha no estaba el ánimo para escribir libros, sí para publicar artículos

políticos atacando la vergonzosa gobernación de entonces, didácticos expresando las reformas convenientes, y literarios para solazar un momento el alma, harta de negruras....

Para asuntos de familia regresó á Tenerife en 1868. Dirigió *El Progreso de Canarias*, y la censura tachó párrafos de sanguinaria intención en muchos de los editoriales que escribiera, entre los cuales se hallaban los titulados «Lo convexo y lo cóncavo», «La herencia de Narvaez», «González Bravo» y otros varios que íntegros conserva, sin haber visto la luz pública, mi querido amigo Luis Maffiotte. Dejó sin terminar una serie de artículos sobre «La libertad en Canarias» donde se revelaba como maestro en Filosofía de la Historia. Entre sus papeles existen versos inéditos que podrían componer un volumen, y una



(1) 3 Enero 1874.

recopilación de cuentos publicados en periódicos, y los cuales estaba corrigiendo para editar un libro. Y á fuer de imparcial, y queriendo su memoria como la quiero, yo, que tanto incienso he quemado por los extraños, le honro y me honro rectificando á sus lisonjeros biógrafos y diciendo la verdad. No era autor castizo; descuidaba la forma, porque su imaginación calenturienta le guiaba la pluma, atropellándose los pensamientos por la facilidad de concepción como se atropellan las olas cuando pasan por los canales y estrechos que unen los mares.

Como filántropo verdad, y no filántropo de *una peseta* la línea en periódicos de gran circulación, además de ciertas acciones citadas consignaré que protegió á los deportados á Canarias antes de la Revolución; que hallándose estudiando en Madrid empenó un reloj para socorrer á los jefes polacos que huyeron de la persecución rusa; que rehusó la Cruz de Beneficencia y la Encomienda de Carlos III *porque no se consideraba con méritos suficientes para semejante honra*, y, por último, que perteneció á la Junta directiva de la *Sociedad Abolicionista española*.

Derrotado en las elecciones para las Constituyentes de 1869, y otra vez en la Orotava dos años después, salió diputado en 1872. Hé aquí el relato de su gestión hecho por Villalba Hervás, el que fué queridísimo amigo mío, el republicano tinerfeño de corazón, cuyos últimos días entristecieron nubes de incienso quemado por amigos políticos en aras de un ídolo saturado de fervor dinástico:

«En aquel Congreso, uno de los más dignos de alabanza que registra nuestra historia parlamentaria, y en el que parecía revivir el alma de los Muñoz Torrero y Ruiz Padrón, de los Argüelles y Mendizábal, se distinguió por su ardiente liberalismo, por su espíritu reformista, por sus vastos conocimientos y su palabra fluida y elegante, siempre urbana y cortés, con frecuencia áticamente incisiva, no pocas veces enérgicamente elocuente. Como no debía su elección al favor del Gobierno sino á la libre voluntad del pueblo, y como á nada aspiraba para sí, votó en algunas ocasiones contra la mayoría radical de que formaba parte, entre ellas en la ruidosa cuestión de la pena de muerte, de la que por convicción y por sentimiento era decidido é implacable enemigo. Esta nobilísima conducta; su enérgica actitud y ardientes protestas en favor de la integridad del territorio canario, cuando el Gobierno de la Unión Americana quiso negociar en veinte millones de reales la compra del islote *Graciosa*; su célebre voto particular brillantemente sostenido, en el proyecto de ley sobre abandono del Peñón de la Gómera, proponiendo que formase parte de Canarias la factoría que debía establecerse en la Costa occidental de Marruecos; sus desvelos, en fin, por los adelantos generales de nuestras islas le granjearon nuevas y cordiales simpatías, realizadas por la animadversión de ciertas individualidades que no consideran el mérito ajeno sino como un estorbo ó como un reproche.»

Lo más original en esta época y en esta raza que

hace de lo poco vulgar objeto de burlas, y con mucha ignorancia acuña en el troquel del ridículo lo que no se sabe y no se medita, fué la proposición de ley que presentó con otros cuatro diputados pidiendo la enseñanza oficial del espiritismo. (1) Su creencia en los fenómenos de éste procedía de su fuerza magnética con la cual levantaba pesadas mesas sin contacto material con ellas. Eso le llevó al Espiritismo... quizá también á su consoladora y bien meditada filosofía, quizá por esto no vió en los fenómenos más que influencias de espíritus y no *algo desconocido* que avanza desbrozando el bosque virgen de la fuerza vital. ¡Hasta hace tres siglos y medio se ignoraba que la sangre circulase!

Como hombre de valor cumplió su deber en la *parlada* del 3 de Enero y días siguientes. Era entonces Presidente de la Comisión de Presupuestos y en el Gabinete que se incubaba para sustituir al de Castelar se le adjudicó la cartera de Ultramar. Veamos lo que dice el Diario de Sesiones inmediatamente después de anunciar el Diputado Sr. Calvo la entrada de la fuerza pública en el edificio:

«*El Sr. Benítez de Lugo*: Que entre y todo el mundo á su asiento.

El Sr. Presidente: Ruego á los señores diputados que se sirvan ocupar sus asientos y que sólo esté en pie aquel que haya de hacer uso de la palabra.

El Sr. Benítez de Lugo: He pedido la palabra. (Eran las siete y veinticinco minutos de la mañana.)

El Sr. Presidente: La tiene V. S.

El Sr. Benítez de Lugo: Es para rogar á los señores Diputados de la izquierda y del centro que han votado conmigo, yo que no puedo ser sospechoso porque he consumido un turno en contra de la política del Sr. Castelar, que en este momento la Cámara entera dé un voto de confianza al Sr. Castelar.

Muchos diputados: Por unanimidad.»

Desde este instante no fué posible entenderse. Los soldados entraron en el salón y entre protestas y vivas se vió obligado el presidente á levantar la sesión.

Este fué el último acto político que realizó en Madrid nuestro biografiado; días después en nombre de la Cámara llevó los documentos probatorios del golpe de Estado á los Supremos Tribunales de Justicia y de la Guerra... pero no se consiguió poner contra á la vaina de Pavía.

Murió á los treinta y nueve años, y yo que como sobrino suyo soy parco en los elogios, y como de su sangre me permito ciertas extralimitaciones, me será concedido que como tinerfeño diga algo y como canario exprese más.

(1) Lo referente á esta proposición y la base del programa se puede ver en la pág. 245 de mi obra *La Enciclopedia del Año*.

A mi isla censuro porque á la Palma debió su entrada en la política con el acta de Diputado Provincial. En el hermoso valle de la Orotava, donde nació, es la naturaleza tan pródiga en bellezas, que sus moradores, extasiados en ellas, conocieron por los palmeros y después por la prensa de Santa Cruz de Tenerife al hijo talentado que eligieran más tarde diputado á Cortes mediante lucha reñida; quizá debido el conocimiento á que del éxtasis les arrancara el clamor de los extraños, pues una vez fallecido, en Santa Cruz ocupa modesta sepultura; sobre una losa deletreé su nombre cuando estuve... y allá, en el *Eden* creado por Dios, leí los de *angelicos* señores orlando nuevas calles. Ruego al Ayuntamiento que no resucite aquel nombre en virtud de esta alusión, porque si bien es pobre de espíritu la madre que honra á un hijo cuando se lo recuerda un pariente, no creo que haya madre que quiera ganarse así el Reino de los Cielos.

Bástanos á los que vivimos venerando su nombre leer la siguiente descripción debida á la correcta pluma de Villalba, su hermano de ideas:

«No decoraron sus funerales los símbolos de ninguna religión positiva... Pero siguió sus restos hasta la postrera morada un numerosísimo acompañamiento;

NUPCIAL

¡Salve, ninfa gentil y apasionada
Que esperas en el fondo ensombrecido
Del voluptuoso camarín, la alada
Caricia de mis labios! ¡Bendecido

Tu amor, que ha florecido
Y dió al alma su esencia regalada!

Alba virgen de espléndida hermosura,
Ya vislumbro tu vesta, entre la sombra
Que te envuelve en fantástica clausura...
Ya siento tu escarpín sobre la alfombra...

Ya mi labio te nombra
Y ensaya la canción de mi ternura...

Reconozco el santuario; la pureza
Del perfumado ambiente que respiro;
Los tapices de artística fineza,
Y aquel diván de raso donde aspiro

Tu aliento, donde admiro
Tu gallarda y helénica belleza.

Es este el aposento silencioso,
La alcoba perfumada donde olvida
Mi espíritu sus luchas... El reposo
Del templo sacrosanto que aquí anida,

A preludiar convida
El himno de la dicha vagoroso.

Aquí, dulce alma mía, han roto el vuelo
Mis cálidas endechas, y he sentido
Latir la sangre con febril anhelo
Al ver tu hermoso cuerpo, con descuido

Por el cendal ceñido
Como una estatua entre un girón de cielo.

Vengo á juntar mi boca con tu boca
En connubio feliz; vengo á adorarte;
El ansia de cariño que me aloca,
Tú nada más la sacias, sin hastiarte

Este retiro aparte
En que egoísta mi pasión te invoca.

hombres de diversas localidades, de todos los partidos y creencias, incluso dos respetables sacerdotes católicos, superiores á la coacción y al miedo. Nunca habíamos visto aquí una manifestación que tan á lo vivo significase el triunfo moral de una gran idea y la apoteosis de grandes virtudes públicas y privadas. En casi todos los semblantes se dibujaba profundísimo pesar; ninguno dejaba translucir un sentimiento innoble ni menos acusaba indiferencia, mil veces más amarga que el odio.

La losa sepulcral cubrió los inanimados despojos de Luis Francisco Benítez de Lugo, alumbrada la fúnebre escena por los últimos rayos crepusculares de la tarde del 4 de Mayo de 1876.»

Por su carácter, por su espíritu elevado, que para alimentarse no le bastaba respirar la enrarecida atmósfera de rencillas locales, desdigo á cuantos supongan que, en caso de no haberse malogrado y llegando á ocupar poltrona ministerial ó aprovechando su legítima influencia, alzase pabellón tinerfeño á costa de las prosperidades de otras islas. Estoy seguro que hubiera combatido preferencias y parcialidades y habría enlazado todos los trozos de la provincia de Canarias con cadenas eslabonadas por cariños mutuos y forjadas en fraguas de severa justicia.

R. RUIZ Y BENÍTEZ DE LUGO.

Tú lo sabes, mi bien: en mis excesos
Y arrebatos de amor, busco la fuente
Que fluye de tu boca en dulces besos,
Para gozar la sensación ardiente
Que ilumina mi frente

Y derrama el placer dentro mis huesos.
No hagas caso del mundo: es un cobarde
Que teme confesar con fe sincera
El ímpetu viril con que hace alarde
De su vigor, Naturaleza entera.

¡Cuando el amor impera,
Al par que el alma la materia arde!

Es la ley de la vida, que proclama
El amor como un símbolo fecundo
A cuya eterna y refulgente llama
Se estremecen los átomos del mundo,

Y en arcano profundo
Forman constante y perdurable trama.

¡Nada como el amor, núbil doncella!
El rima las palabras con acentos
Que chispean cual rápida centella,
Y al calor de viriles ardimientos

Labra los sentimientos
Dejando en pos inolvidable huella.

Acércate!... Te espero!... Te deseo!...
Es fecundo el deliquio que estremece
Las fibras de mi ser... El centelleo
De tus negras pupilas desvanece

Mi mente, que enardece
Y estalla en las estrofas de Himeneo!...

¡Qué sutil y fecundo, hermosa mía,
Es el rayo de amor que has infiltrado
En lo hondo del ser, donde dormía
Esta pasión intensa que ha brotado

Cual germen fecundo
Por el radiante sol del mediodía!

L. RODRÍGUEZ FIGUEROA.

HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

Desbaratados algún tanto los canarios, sobrevino la retaguardia del de Telde, Maninidra, haciendo maravillas con una grande espada de palo que igual á otro, Adarcoma, de un golpe derribaban á un hombre y quebraban piernas á los caballos, y desaxarretó dos de ellos mejor que con espada de acero bien templada. Acudió Rejón con esfuerzo á socorrer donde hacía gran estrago Maninidra, y resguardándose de uno de sus desatentados golpes, porque era arma larga que no había entrarle golpe de espada, le entró con tanta ligereza y valor que le dió una peligrosa lanzada en el muslo; acudió Jaimez á socorrer á Rejón, porque cargaron lluvias de palos y piedras por sacar su Capitán, mas fué preso Maninidra y llevado á el Real á curar por Jaimez que lo sacó de la batalla. Llovían por instantes más y más, que parecía plaga de tantos canarios como se aparecían con lanzas tortadas y mazas de palo y piedras braceadas que escondían una de ellas en una tapia. Viendo llevar preso á Maninidra, el faraute de Telde, fué tanto el empeño que hizo con su gente que se entraba por las lanzas y sujetaban á un caballo y jinete que lo hacían venir á el suelo, y anduvieron á socorrerse unos á otros porque ya asidos no se podían valer; eran diestrísimos en acemeter y retirarse y volver cuando veían la ocasión; allí murieron treinta de los atrevidos y más valientes, entrados ellos mismos por las armas de acero; fueron alanceados y acuchillados más de sesenta, y de los españoles siete muertos y veinte y seis heridos, y quedó la victoria por nosotros, que hasta que no cayó Maninidra no la reconocíamos, antes ellos la juzgaron por suya siempre. Fué Maninidra curado y sanó de la herida del muslo y otras que tuvo.

Retirados los unos y los otros, quedaron tan escarmentados de la refriega pasada que no se atrevían a socorrer á ninguno de los suyos muertos ó heridos, y fueron de en adelante más humanos y más procuraban de defenderse que á ofender. Los nuestros acabaron su torre comenzada y hicieron casas; derribaron palmas, hacían de ellas tablas para edificios; hubo tres de grande altor; derribaron luego dos y dejaron una pa-

ra memoria y servir de guía a los surgideros y á los que pescaban con la noche, y sin éstas otras muchas más no de tanta altura. Venían á el Real algunos á hacerse amigos y querer ser cristianos y parecían bonísimos, dóciles y afables y cuitados, mas á otros les parecían taimados y socarrones que espiaban todo.

CAPÍTULO VI

*Prosigue la conquista el capitán Juan Rejón**por sus Altezas.*

Estando pacíficos en el Real haciendo algunas cabalgadas de ganado y mantenimiento de granos y otras cosas que los mismos canarios ofrecían juntamente con la paz, que parecía estaba toda la isla ya conquistada, hubo aviso que parecía una armada de navios que había pasado vuelta de Poniente por la parte que mira la isla á el Norte hacia el puerto que llaman de la Agaete; y fué así verdad, porque de allí á dos días vinieron á surgir siete carabelas á el puerto nuestro de las Isletas tocando cajas y trompetas y disparando artillería. Mandó Rejón á reconocerlas, y por las banderas y gallardetes supimos eran portuguesas. Conocido el daño, hizo Rejón una exhortación, como lo usó siempre de animar los soldados por la honra de los Reyes de Castilla y fe de Dios; prometieron todos á una voz que eran contentos de hacer cada cual su deber como buenos; mandó poner doscientos castellanos escondidos en los malpaises ó piedra pómez en la falda de la Isleta frontero del desembarcadero, y aunque había picazón de viento y mar, pretendieron salir á tierra más de trescientos portugueses, y ya iba en marcha á encontrarlos Jaimez y se trabó una escaramuza y salió la emboscada antes de tiempo, mataron muchos portugueses y se ahogaron cuatro lanchas de gente y perdieron dos que les quitaron y otros retirados se embarcaban á prisa que apenas acertaban á huir, dejaron armas y vestidos, y aunque daban voces á las embarcaciones para que los socorriesen, no se podía y murieron más de la mitad.

Habiéndose embarcado bien arrepentidos de el arrojo, quedaron los espías de los castellanos cuidadosos para otro asalto, mas viniendo el día, á el amanecer vieron un canario metido en el agua haciendo señas á las carabelas; fué cogido esta espía y llevado á el Real y dijo ser enviado por el rey Ganet Arthemý ó Guadarteme á saber del capitán de aquellos navios que porque no echaba la gente que ya estaba dispuesta toda la isla para acometer por las espal-

das á los castellanos y matarlos á todos, que en eso habían quedado y dádoles refresco de carne, leche, pescado, y que habían venido por mandado de su rey á echarlos de allí y que quedase libre la isla de castellanos, y esta nueva se había divulgado por toda la tierra para animar gente y apellidarlos y que había sido el placer de sumo gozo. Supimos de algunos portugueses que era venida aquella flota de siete carabelones por mandado del rey D. Alonso V de Portugal para apoderarse de la isla, diciendo que tenía todo el derecho á ellas todas. Este canario dijo que quería ser cristiano; bautizóle el Deán y fué padrino Jaimez de Sotomayor.

Quedaron los castellanos tan admirados de verlo que de improviso les vino sin pensar, que ya estaban siempre en vela, dormían armados, arrimados á el tercio de la pica y sin desnudarse en mas de un mes que estuvieron surtos los carabelones con acometimientos de venir á tierra; mas no osaron jamás. Recelábamos tambien de los canarios y así se hacían de noche apostar fuera de la centinela, todo era cuidado y asombro por el gran riesgo de lo que se había prometido, y como el día de la batalla los canarios amigos de los castellanos los vieron ir á el Puerto y no volver, no supieron el suceso y para ello fué enviado la espía que los españoles cogieron y era así mismo á avisar á toda la Isla, y así no se admitían tanto como primero, aunque algunos se venían por su voluntad á hacer cristianos.

Idos los navíos portugueses y sabido ya con mas experiencia los castellanos la amistad de los canarios, ordenó Rejón fuese ó no voluntad del Deán que siempre la iba á la mano el que obra-se, los de un bando que sólo sabía gobernar la Iglesia, los de otro que eran crueldades y así andaban en parcialidades unos y otros; determinó de talarles los sembrados, destruirles los ganados á fin de allanarlos que muchas veces lo parecían. Venían los canarios llorando á el Real con los brazos cruzados, así niños como mujeres, diciendo ser gran crueldad quitarles la comida á aquellas criaturas y que así pereciesen todos; esta acción de destruir los panes fué sentida á par de muerte de todos los canarios y entonces conocieron poderio y fuerza superior, todos querían ser cristianos.

Allanadas ya las mayores dificultades en las fuerzas de los canarios, alguna vez que salía como otras Rejón á correr la tierra le dejaron en peligro ciertos soldados de la facción del Deán, y otra vez no lo socorrieron; disimulaba por no venir á rompimiento, tanto que esto se descubrió por haber ya descomedimientos en solda-

dos contra Rejón que servía con voluntad á su Rey, habiendo esto durado siete ú ocho meses dióse aviso de todo á sus Altezas, de uno y otro y dispúsose de enviar otro Gobernador á Canaria tocante en la disposición ó fundación de la Ciudad, Iglesia Catedral y tribunales que habían de ponerse y en la tocante á la Conquista como lo estaba fuese Rejón y el Deán y el nuevo Gobernador.

CAPÍTULO VII

Viene á Canaria Pedro de Algaba por Gobernador y remite á España á Rejón.

En este tiempo llegó navío en que venía el Capitán Pedro de Algaba por Gobernador de Canaria, y como hallase la tierra inquieta del Real sobre estar encontrados el Deán Bermudez y Rejón, se hizo harto en apaciguar con mucha prudencia y sagacidad estas inquietudes; mandóse que fuese reconocido el Capitán por legítimo conquistador y así fué mandado que lo obedecieran, y las entradas á los enemigos se hacían siempre á voluntad de dicho Capitán Rejón y no por el Deán; y así el Alferez Jaimez y los demás salían á correr la tierra.

Aconteció haber mucha falta de alimentos en toda la Isla, de que perecíamos de hambre, y así no se procuraba por otra cosa que el marisco y palmitos, que se destruyeron infinitas palmas porque cada semana iban trescientos hombres con hachas á derribarlas, y otros á cargar en costales y seis de á caballo para custodia á el pago de Tamaraceite, y un navío flamenco que trataba en orchilla, traía algún bizcocho de Lanzarote; llegó á tanto extremo que no se podían valer de necesidad los pobres canarios y soldados; aunque los amontados en lo más agrio de la Isla tenían carne y cogían mucho pescado; solo el Real era lo más apretado.

Determinóse de enviar á pedir socorro de bastimento y comida á Diego de Herrera y á doña Inés, rogándole de parte de sus Altezas les prestase hasta la primera ocasión que viniese de España, y para ello ninguno mejor que Rejón dijeron todos; aceptólo, y fuese el capitán Rejón llevando consigo que se lo suplicaron fuese su padrino á dos vecinos de Lanzarote que fueron los que depusieron contra Herrera ante sus Altezas, llamados Luis de Casañas y Pedro de Aday que vinieron de España con Rejón, ó fuese por esta ó por otra causa, llegando que se supo en Lanzarote, vino Hernán Peraza con gente y armas y mucha fuerza contra Rejón, sin quererle oír ni admitir una palabra.

(Continuará)

Estudios demográficos de Las Palmas

Mortalidad en el mes de Diciembre de 1900

I.—INFECCIONES

Difteria	1
Eclampsia	1
Fiebre tifoidea	1
Septicemia	3
Sífilis	1
Tuberculosis	15

TOTAL. . . . 22

II.—OTRAS INFECCIONES Y PADECIMIENTOS DE NATURALEZA NO DETERMINADA

(por aparatos y sistemas)

Circulatorio	Arterias	2
	Corazón.	5
Digestivo	Estómago é intestinos.	7
	Peritoneo	1
Respiratorio.....	Bronquios	1
	Pulmón.	11
Nervioso.....	Cerebro y médula	8
	Meninges	1
Urinario	Riñón.	1

TOTAL. . . . 37

III.—OTROS Y ACCIDENTES

Atrepsia	4
Diabetes	2
Inanición	1
Neoplasmas	2
Vejez	1

TOTAL. . . . 10

Total general. . . 69

Abortos 8

Distribución de la mortalidad por barrios

San Bernardo	1
Santa Catalina	1
San Cristóbal	1
San Roque.	1

Marzagán	2
San Nicolás	2
Tafira	2
San Juan	3
San Lázaro y Mata	4
Puerto de la Luz	6
Vegueta	7
San José	8
Triana	9
Arenales	11
Hospitales	11

Total. . . . 69

Natalidad en Diciembre de 1900

Nacimientos	116
Defunciones	69

Aumento de población. . . 47

Matrimonios 37

L. MILLARES.

El Museo Canario

Revista semanal

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO

DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Año VI de su publicación

—Precios de suscripción—

En las Islas Canarias, un mes	1 peseta.
En la Península, islas Baleares y po- siones españolas, semestre	8 pesetas.
En el Extranjero, un año.	20 pesetas.

Dirección y Administración

Calle de Domingo J. Navarro, 1—Las Palmas.

Diríjase toda la correspondencia al Director de
EL MUSEO CANARIO, D. José Franchy y Roca, calle
de Domingo J. Navarro n.º 1—Las Palmas.

Imp. y Lit. de Martínez y Franchy

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. Núm. 109



LAS PALMAS, 30 DE ENERO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 4.

CANARIOS NOTABLES

DON JUAN PADILLA

Sigamos resucitando muertos para enseñanza de vivos; sigamos, para formar nuestra galería de canarios ilustres, el curso de esas vidas paralelas que van á dar en lo infinito después de haber recorrido luminosas trayectorias...

Escribamos nuestro Plutarco del pueblo, á fin de que el pueblo sepa por donde marcharon sus buenos hijos en busca de provecho y gloria para él.

El patriota, cuyo retrato apenas bosquejado, ofrecemos hoy, no fué uno de esos hombres que meten ruido y fijan la atención pública con el estrepitoso triunfo de arrogantes audacias; fué el obrero callado y humilde, el héroe de la modestia y de la virtud escondida en que pocos reparan; porque pocos ven los méritos ocultos. A veces los silenciosos, los tímidos, los solitarios, guardan una potencia de voluntad que no poseen los inquietos, los atrevidos y los bullidores; voluntad reconcentrada, actuando continuamente en círculos limitados, persiguiendo un fin con constancia insuperable de benedictinos...

Nada de galardones cívicos ni de palmas triunfales para estos trabajadores que pasan sin ser vistos y se retiran sin ser notados; como se aíslan, como se encierran en su conciencia, como realizan una labor tranquila y casi doméstica, aunque de resultados sociales incalculables, su obra queda innominada y su memoria no brilla, solo despierta suavísima ternura...

Pero... creedlo; su esfuerzo exento de resonancia contribuye al progreso general en mayor escala que las deslumbradoras y ensordecedoras empresas de los otros. Lo que fundan es más sólido; lo que labran es más firme. Su reposo aparente es más productivo que ciertas

engañadoras actividades ardillescas. Ellos saben muy bien dónde van, lo cual no suele ocurrirles á los individuos dotados de infatigable actividad física y de incontenible movilidad externa.

El Dr. Juan Padilla era el tipo perfecto del *vir bonus*. Las altas ideas competían en él con los nobles sentimientos, y el amor á la patria con el amor á la ciencia. Valiendo mucho, su desconocimiento de los méritos propios era tal que ponía empeño en obscurecerse y eclipsarse, como otros lo penen en exhibirse, y lucir. Fuera del hogar doméstico y de la cátedra, don Juan casi no sabía por donde se andaba. Su aspecto abstraído, huraño, llamaba la atención. Aun me parece estarle viendo, con aquel



entrecejo fruncido y aquella inalterable expresión seriosa del rostro que á primera vista impresionaban mal. Pero cuando se ganaba su confianza, cuando se le penetraba y exploraba, ¡qué tesoro de bondad se descubría! ¡qué fondo de pureza y de honestidad! ¡qué limpidez de conciencia!

Hablo por propia observación directa, pues le traté de cerca y me enseñó muchas cosas, entre ellas el idioma francés, como enseñaba cuanto sabía, gratuitamente, por afición. Yo puedo decir que nunca conocí naturaleza más bondadosa, más sana, ni más honrada. Aquella ecuanimidad, aquella placidez beatífica, aquel fondo sereno, jamás enturbiado, sólo lo poseen los justos y los niños, privilegiados de Dios. No fué hombre de luchas, por que no fué hombre de pasiones; pero no por ello dejó de abrir hondo surco y depositar benéficas semillas.

Su obra es el Museo Canario. No se le debe á

él solo, pero se le debe principalmente á él. Con el Dr. Chil, su compañero de juventud y de estudios, D. Domingo J. Navarro, D. Amaranito Martínez de Escobar, D. Francisco Cabrera Rodríguez y algunos más, levantó aquella honrosa fundación científica, de la cual nos ufanamos los canarios. Allí estaba en su casa, y allí había que verle entregado por completo á la tarea de ordenar, clasificar, disponer, reformar, con la vista en todo, con la tranquila actividad de un sabio de gabinete ó laboratorio proveyendo á las necesidades y á los adelantos de la compleja instalación.

Aquello había llegado a ser para el doctor Padilla fin principal, fin único. No salía de su domicilio más que para encerrarse en los salones del piso alto del Ayuntamiento y pasarse horas y horas consagrado al culto de la ciencia. Su esmero minucioso advertíase en los menores detalles de la ordenación y arreglo del valioso material científico. Cuando él murió creí que se desplomaría el Museo; por fortuna, todavía quedan, aunque muy pocos, buenos patriotas y entusiastas amantes del saber que continúan la obra.

D. Juan ha enseñado francés á varias generaciones. Decía como Jesucristo; *dejad que los niños vengan á mi*. Y los niños, y aún algunos grandes ó por lo menos talluditos, acudían todas las tardes á las salas del Museo Canario, más que para aprender, para enredar. Alegre é irreverente turba estudiantil hacía irrupción en aquel recinto donde reinaba de ordinario religioso silencio y donde el santo hombre, en medio de las osamentas guanches, pontificaba. Sin desarrugar el entrecejo, severo y paternal, el doctor Padilla emprendía con sus alumnos el tiroteo gramatical del método Ollendorf.—¿Tiene Vd. el sombrero?—*Oui, Monsieur, j'ai le chapeau...* Los chicos entreteníanse en enseñar la lengua á las momias tendidas en sus urnas de cristales, ó en descomponer las colecciones mineralógicas; pero al fin, gracias á la santísima cachaza de don Juan, que debía sufrir mucho con estas irreverencias, aunque lo disimulaba, aprendían á chapurrear la lengua de Molière.

¡Tiempos benditos! ¡Cuán lejanos ya, y cuán distantes de los actuales! Recordándolos me doy cuenta de que al pasar se han llevado consigo toda mi juventud. Aquella figura familiar y venerable del Doctor Padilla, mi vecino, mi amigo, mi maestro, resucitada, pasa un momento al lado mío, y le tiendo los brazos, como si intentara—¡necio de mí!—retenerla.

*
**

Renuncio á las apuntaciones biográficas. ¿Para qué? Eso es lo de menos. Quise tan solo hacer historia interna, un poco de psicología. Otra cosa aquí no cuadraba. Ya he dicho que don Juan Padilla no fué un luchador, un hombre de acción avasalladora y estruendosa, sino un trabajador callado, un obrero de la ciencia, un estudioso de gabinete, un solitario. Médico distinguido, no ejercía porque se le sublevaba el temperamento; ciudadano honorable, de múltiples y nada vulgares aptitudes, no quiso aceptar ningún cargo público. Su humildad corría parejas con su virtud clarísima. No se conocía, ni conocía á los demás; no veía las cualidades propias ni la doblez y la maldad ajenas. Por eso vivió fuera del siglo, como un desterrado.

Lo que tal vez nadie sepa es que aquel buen señor tan pacífico, tan tímido, incapaz de dar un lancetazo porque le hacía daño la vista de la sangre, había asistido á una revolución y se había batido en una barricada. Pues sí; en sus años de estudiante, hallándose en París cuando el movimiento de Julio, tuvo que coger un fusil é irse á matar cristianos, con su colega el doctor Chil, otro hombre nada guerrero á fe mía... Y la pólvora se les subió á la cabeza, y cumplieron gallardamente su deber... D. Juan contábamelo á veces en voz baja, como quien confía un secreto, una calaverada de la juventud. ¡Á él mismo le parecía mentira!

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.

IDILIO

TRADUCCIÓN DE ANTERO DE QUENTAL

Quando nós vamos ambos, de maos dadas,

¿Cuándo, con nuestras manos enlazadas,
nos vamos á coger por las colinas
violetas y azucenas nacarinas
con nocturno rocío aljofaradas;

ó contemplando el mar desde escarpadas
rocas vemos las nubes vespertinas,
que semejan fantásticas ruínas
allá en el horizonte amontonadas?

¡Cuántas veces, de súbito, enmudeces!
Fulguran tus pupilas luminosas,
siento temblar tu mano y palideces;

murmuran viento y mar sus oraciones,
é invade la poesía de las cosas,
lenta, nuestros amantes corazones.

ANTONIO GOYA.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

I

CLIMA

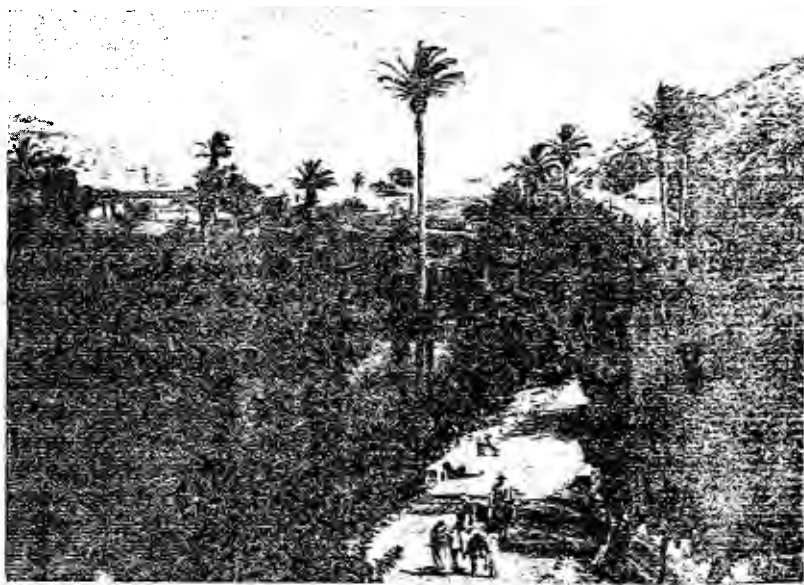
El clima es á las localidades lo que el género á la especie, dice Michel Levy, y esta verdad científica se encuentra á cada paso palpablemente comprobada en la Isla de Gran Canaria.

El clima en su acepción general comprende el conjunto de todos los agentes que obran sobre nuestro ser, caracterizado por la semejanza de condiciones. La imposibilidad de poderlo determinar con precisión por líneas geográficas en los países continentales, donde no son tan rápidos los accidentes del terreno, es mucho mayor en esta Isla, que presenta, en su corta extensión de 1376 kilómetros cuadrados, una serie de climas con especiales circunstancias y condiciones particulares que le dan un caracter excepcional y la distinguen de los demás países del mundo. No obstante, ya que no los podemos señalar bajo el punto de vista geográfico, climatológicamente considerada puede dársele el lugar que legítimamente le corresponde entre los templados; pues, como dice d'Avezac hablando de las Canarias, «no existe región alguna del globo cuyo clima sea constantemente tan suave y benigno.» Y el Dr. D. Juan Bta. Bandini, que desempeñó la primera cátedra de agricultura que se instaló en Canarias, en el Seminario Conciliar de la Diócesis, y que debía conocer perfectamente sus cualidades climatológicas, se expresa en estos términos: «El clima es muy templado y benigno; y todas las estaciones guardan cierta regularidad que hace muy agradable y sana su morada. Los más rigurosos inviernos no impiden jamás se vean adornados de rosas muy fragantes los campos, y de variedad de flores las casas: desconociéndose en este suelo afortunado hasta el nombre de invierno, de estufa y de chimenea para calentarse, pues, según observación constante de muchos años, ni aún en los inviernos más rudos ha bajado de los 60 grados el termómetro de Fahrenheit. Deben exceptuarse, no obstante, algunos parajes de cumbre, donde el frío es más intenso y llega á helarse el agua.»

Verdad harto demostrada por la notable regularidad de las oscilaciones atmosféricas y por la vitalidad de los seres impresionables á los cambios más insignificantes de temperatura, á quienes la menor alteración contraria á su economía parti-

cular basta para que dejen de existir. La propagación prodigiosa y no interrumpida de la grana ó cochinilla (*coccus cactis*) sería suficiente por sí sola á demostrar nuestro aserto. Este insecto exige para su desarrollo una imperturbable regularidad en los agentes meteorológicos, durante la larga serie de días que han de transcurrir desde su nacimiento hasta su recolección. La mayor ó menor intensidad del calor ó del frío, el aire más ó menos fuerte, acelerar ó interrumpe su desenvolvimiento, y hasta la orientación de la hoja en que habita y de la que se alimenta influye de una manera notable en su existencia. Repetidas experiencias han dado ya á conocer de un modo exacto, los lugares á propósito para esta clase de industria, determinados particularmente por las montañas, que son como las barreras que los limitan. De estos datos indudables, puesto que son el resultado de un hecho experimental, partiré muchas veces para sentar ciertos principios de no pequeña importancia. Esta región, que llamaré *cochinillífera*, se distingue de las demás por la insignificancia de las variaciones meteorológicas y constante regularidad del clima; ventajas que no existen en el decantado de la Madera, ni mucho menos en la parte más meridional y templada de la Península Española y la septentrional del Africa. En ninguna de estas regiones se logró aclimatar la grana á pesar de los repetidos ensayos que se hicieron, especialmente en aquella Isla, que habría visto desaparecer con esta industria la penuria que afligía á sus habitantes después de la pérdida de sus famosos vinos, que tanto renombre alcanzaron en el mundo.

En Gran Canaria obtuvo este difícil problema tan fácil y ventajosa solución que ella sola exportaba más de treinta y cinco mil quintales por año. Más aún: en la famosa exposición universal, celebrada en París en el año de 1867, la cochinilla de Gran Canaria obtuvo el primer premio no obstante la competencia que le hi-



VALLE DE SAN ROQUE (LAS PALMAS)

cieron la de Honduras, Méjico y Guatemala. Una observación casi constante hecha por los cultivadores del nopal bastará para formarse una idea exacta de la admirable regularidad que distingue la región de la cochinilla.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)

LA SOCIOLOGÍA

III

De antropomorfismo también, aunque de distinta índole adolece otra teoría (1) esbozada posteriormente, cuya lontananza se esfuma y desvanece en los limbos de la Psicología. Tanto por ser incipiente cuanto por no haber sido aun esplanada por entero, bastará una ligera indicación para conocerla. Asimismo viene del campo positivista, pero procede de diverso punto que la anterior y emplea método también diverso. Para ella el organismo social no es biológico. Si hubiese admitido tal supuesto también se hubiese reducido á aplicar á la Sociedad las leyes generales de la vida y á clasificar su organismo. Arranca, antes bien, del estudio del *hecho social* en el cual pone como base el impulso *consciente* del ser humano. Es, por lo tanto, su elemento irreductible, «la comunicación y modificación de un estado de conciencia, debidas siempre á seres conscientes». De aquí que su punto de partida sea la Psicología. Agréguese á esta base la importancia que se da á la *ley de la imitación*, como ley que reputa fundamental en la vida de relación, y se echará de ver que la teoría de que hablamos es puramente psíquica y considera á la Sociedad como el desarrollo evolutivo del espíritu humano.

Por razón de sobreponer el factor individual al social, se ha visto combatida dentro del vasto círculo del Positivismo como un retroceso á la preocupación antropomórfica de pasadas escuelas, á la Metafísica y á la ilusión teleológica del espiritismo.

IV

No tan filosófica y trascendental como las anteriores, sino más bien autorizada en cierta inspección de la Historia hase formado otra teoría, (2) que hace de la Sociedad el efecto natural de los choques entre las razas y los grupos humanos. Como puede fácilmente observarse el punto de vista es distinto. El elemento social es el grupo étnico y la actividad que da origen á la Sociedad es, de una parte la simpatía del grupo por sus congéneres, la invencible repugnancia, de otra, al extranjero. La tesis del *poligenismo* es fundamental

en esta concepción de la Sociología. Trás el choque y la lucha se consolida un estado social, garantido por el Estado civil, que nace para mantener el equilibrio de la naciente Sociedad.

El Derecho Político recibe exagerada consideración, pues como el Estado es la forma definitiva de la Sociedad y las demás formas son puramente transitorias, el estudio de éstas viene á tener importancia en cuanto sirve de precedente á la constitución interna y externa de un Estado. Achácasele también el resabio de antropomorfismo que en vano trata de ocultar.

V

Los que creen en la clarividencia de Marx y le siguen casi como si fuera un profeta, tratan de ampliar el determinismo económico con que explicó la historia humana, al concepto de la Sociología. Para los tales no hay síntesis que tan acabadamente abarque y dilucide cuantos hechos y problemas sociales quepan, como esa luminosa teoría que han dado en llamar *materialismo histórico*. La primitiva fase de la vida social es la industrial, que se revela por el instrumento de cultivo, verdadero resorte de todo el dinamismo de la civilización. Conforme el instrumento evoluciona, progresa todo el orden de las relaciones humanas. A un estudio particular de éste, corresponde un sistema proporcionado de producción y, por ende, todo un sistema económico distinto, sobre el cual gira la infinita variedad de los fenómenos sociales.

El *marxismo* es, por lo que se ve, enteramente evolucionista y, en cuanto aplicado á la sociedad, del todo socialista, pues no otra es, ni puede ser, la consecuencia del evolucionismo cuando se predica del orden social.

Su estructura evolucionista se advierte claramente en las más de sus afirmaciones, pero singularmente en su método, pues sancionando como igualmente adecuadas todas las formas históricas de sociedad, como producto de su tiempo, confía en conquistar su ideal, que es la propiedad colectiva, por la evolución laboriosa de todos los momentos, más bien que por el desquiciamiento de la revolución.

Todos los sociólogos convienen en que el fenómeno social es por naturaleza más complejo que el individual. Ahora bien, el antropólogo no suele poner la causalidad de los actos humanos en un orden estricto de fenómenos. Como dice con agudeza un autor, explicar la Sociología por el fenómeno económico, es como limitarse en Fisiología á afirmar la fundamentalidad de la función nutritiva. Es, pues, incompleto el marxismo, sobre todo si se echa de ver que los hechos sociales guardan entre sí relación de serie, en la que uno cualquiera, eslabonado con todos los anteriores, se explica asimismo por todos ellos y no por uno solo. Así se infiere que resultaría más íntegra cualquier

(1) Tarde...

(2) Cumplowicz.

doctrina sociológica que, sin dejar de reconocer la fundamentalidad de un orden de fenómenos, tratase de establecer la progresión serial de los restantes.

VI

Además de estas direcciones, solo en esbozo consideradas en el presente trabajo, cabría hablar de la amplia, varia y heterogénea concepción *contractualista* de la sociedad, teoría ya vieja pero que se renueva sin cesar, y de cuya historia solo es un capítulo el credo rousseauniano. Pero, por ser conocidísimos sus principales puntos tanto como los argumentos con que autores de todas las escuelas han venido demoliéndola, bien merece dejarla en silencio en obsequio de la brevedad.

Tal es el estado actual de la ciencia que la acometividad reformista del Sr. García Alix ha instaurado en la enseñanza superior en España. Claro se ve que la Sociología va despuntando bajo el peso de todo género de determinismos; del telúrico, del cósmico, del antropológico, del biológico, etc. Pero, al mismo tiempo no se ha dejado seducir de ninguno y quizá lleve dados los primeros pasos para emanciparse en tiempo lejano de todos ellos.

Solicitada á la vez por el socialismo, fuerza expansiva antes que sistema filosófico, quizá ligue á él sus destinos. Al mismo tiempo que reciba impulso de él, le devolverá luz y orientación é irá tejiendo poco á poco su propia tela, al compás que las clases desheredadas vayan conquistando su ideal. Sobre el quicio de sus errores, el socialismo va dando vuelta al orden social existente. No cabe negarlo, y fuera puerilidad querer desvanecerlo tachándolo de utópico. Cuando al empuje de necesidades nuevas sobreviene un movimiento tan general y poderoso, lo práctico es encauzarlo, y no aspirar á detenerlo á rigor de dialéctica. La Sociología ha de servir de algo al socialismo, si quiere salir con vida de la penumbra en que la mantienen las disputas de los filósofos.

¿Ha sido del todo acertada la innovación ministerial? ¿Traerá á nuestros estudios savia de vida que pueda trascender provechosamente en el pensamiento español? Ello depende de tres cosas. Primero, del carácter vacilante é inseguro que aún distingue á esta naciente disciplina. Segundo, del modo como se la enseña. Tercero, de las personas que la aprendan y del uso que de ella quieran hacer. Bien podría, considerando tales motivos, ser fuente de grandes provechos, ó ser enteramente inútil ó más bien dañosa; pero, en este último caso, reconozcamos que más seríamos culpables nosotros mismos que no el estado embrionario de este estudio. Si dan nuestros maestros universitarios en la flor de enseñar Sociología de la manera como enseñan otras muchas ciencias, contaremos con una importación muerta del extranjero, tan ridícula como

tantas otras que sirven de envanecimiento á necios y charlatanes. Porque en España, á vuelta de decir que estamos perdidos por no extranjerizarnos, sucede precisamente una cosa casi contraria y es que padecemos maniática superstición por todo lo extranjero; mas, al traerlo á casa, lo traemos muerto y lo encerramos en una vitrina cualquiera de nuestro museo intelectual. Creemos que la ciencia es una cosa misteriosa, un organillo estupendo que á toda costa hay que adquirir por ahí fuera para que nos llamen civilizados y, una vez importado, nos contentamos con dar mecánicamente al manubrio. El símil es de un maestro mío; pero, por lo exacto, no acierto á sustituirle por otro. Si va á enseñarse así la Sociología, repito, y no se agrega el calor y la vida de la observación propia, el estudio y la contrastación de cuanto se piense y diga fuera (ya que no pensemos nada nuevo) en nuestro ambiente social, nos van á resultar bueros doctores, atiborrados de opiniones, sistemas y refutaciones, que invadirán los ateneos, dándole al consabido manubrio y sentando plaza de sabios sin dejar de ser unos insignes majaderos. Y si por añadidura, como es posible, se creen llamados á hacer estudios sociales solo los abogados, la clase profesional más inculta, rutinaria y ramplona de nuestra sociedad, entonces la Sociología vendrá á ser en España una vulgaridad científica más, entre las muchas que, como cascote, entorpecen nuestra educación. Solo una juventud dotada de verdadero espíritu filosófico podrá sacar el fruto debido del nuevo estudio, sin ligarlo á ningún fin profesional, ni convertirle en adorno de la pedantería.

Ahora bien, su mancha originaria, el materialismo, parecerá también á muchos un peligro del que conviene precavernos. Indudablemente lo es, pero solo para aquellos que piensan que la ciencia, como el vestir, está sujeta á moda. Estos tales abrazarán siempre el último error, no por convicción sino por vanidad. Buscan el sistema de reciente novedad para no ser menos que otros y para singularizarse entre los más. No tienen redención y hay que dejarlos. En cambio, los estudiosos de acrisolada vocación, esa aristocracia escolar, hoy tan escasa, apenas corre otro peligro que el que puede temerse siempre en la limitación humana.

Estudiemos, pues, Sociología sin timidez, gatzmoñería, ni pusilanimidad. Ella, de por sí, no es materialista, y puede suceder que tras sus nebulosidades actuales llegase á las serenas playas del más puro espiritualismo. La verdad siempre conduce á Dios, vaya por vías derechas, ó se alcance por tortuosos senderos. Contentémonos de ir la bordeando, mientras no se depura y acrisola. Si Sto. Tomás viviese, seguramente haría con ella y con todo el movimiento científico moderno, lo que hizo con Aristóteles: cristianizarlo.

FR. LESCO.



UN CAMPESINO DE LAS "MEDIANÍAS"

La pintoresca indumentaria clásica de nuestros campesinos va desapareciendo á toda prisa. En las inmediaciones de Las Palmas no es ya frecuente ver un labrador vestido con zaragüelles y las piernas al aire. Los pantalones á la moderna han desbancado á las *nagüetas*. Para encontrar aquellas figuras típicas hay que subir á los *altos* ó internarse en la *medianía*. De las *medianías* de Gáldar es el tipo que copia este grabado: un recio campesino en traje de invierno. La amplia *camisuela*, hecha en el viejo telar con la mejor lana del ganado, le cubre hasta las rodillas. Las piernas, en otras estaciones al descubierto, se abrigan con las *polainas* de lana negra. Los zapatos *resolaos*, la *cachorra*, el largo palo y el cigarrillo de *camisa de millo* en la boca completan las particularidades de su indumentaria.

La mortaja de Soterita

La noche, de fines de septiembre, era calurosa y me había echado de casa en busca de aire fresco que respirar. Andando á la ventura por las calles, al llegar al puente de piedra alcancé un entierro. Debía de ser de algún pobre que no hubiese tenido muchos amigos, pues el ataúd era modestísimo y el cortejo poco numeroso y nada lucido.

Con esa vaga curiosidad del que no tiene nada que hacer empecé á pasar revista á las caras de los acompañantes por si encontraba algún conocido á quien preguntar el nombre del muerto, y acerté á ver la faz bonachona de Don Atanasio, el anciano beneficiado que indefectiblemente asistía cada noche á un entierro por lo menos.

Diéronme en aquel instante ganas de cumplir una de las obras de misericordia extendiendo mi paseo hasta la placetilla de los Reyes, el sitio en que sedepide el duelo, é incorporándome al acompañamiento, me puse al lado de Don Atanasio y le pregunté:

—¿Quién es el muerto?

—Don Romualdo, aquel viejecito raro que tenía tantas excentricidades....

Recordé que, en efecto, había oído decir que don Romualdo estaba muy malo. Era un tipo extravagante, tanto por su figura como por lo que la gente llamaba *sus cosas*. Riquísimo, según la fama, aunque lo cierto era que, sin llegar á tanto, tenía lo preciso para gozar un mediano pasar, vivió siempre en la más extrema miseria. Contábase que en su casa nunca se había encendido lumbré y que el gasto de su alimentación no excedía jamás de una docena de cuartos por día. Añadíase que él mismo se lavaba la ropa y se pegaba los botones y que siempre se había acostado á oscuras. Eran, por supuesto, cavilaciones de las gentes, porque nadie había logrado penetrar en el recinto misterioso de la vivienda de Don Romualdo, cuya puerta solo se abría para darle paso al viejo avaro por las mañanas cuando salía á hacer sus mezquinas compras y por las noches cuando iba á pasar un rato en la tertulia de la botica, donde era siempre la víctima de las bromas más ó menos inocentes de sus escasos amigos.

—Era en el fondo—añadió Don Atanasio—un infe-

liz que solo amaba al dinero y unicamente hablaba mal de los curas; pero, aunque se hubiera peleado con su sombra por una perra chica, era incapaz de quedarse con nada que no le perteneciera estrictamente. Voy á contarle á usted un caso que le dará idea juntamente de su mala voluntad á los curas, de su avaricia y de su respeto á la propiedad ajena.

«Usted quizás no se acordará de que Don Romualdo tenía una hermana que vivía con él, la pobre Doña Sotera, que en paz descansa, que murió hace años. Pues verá usted lo que sucedió:

«Se puso Doña Sotera muy malita y como había sido siempre una buena cristiana, cumplidora fiel de los preceptos de la Iglesia, su confesor, temiendo que Don Romualdo no le avisara á tiempo, fuese allá á prestarla los últimos auxilios. ¡Santo Dios, la escandalera que le armó Don Romualdo cuando le vió llegar á su casa!—¡Fuera de aquí!—empezó á

vociferar sin permitirle que pasara del zaguán—¡No quiero curas en mi casa!—Y cuando ya el sacerdote se marchaba sin atreverse á insistir, siguió tras él Don Romualdo hasta la puerta de la calle, para gritarle allí con acento ridículamente trágico:—Desde los egipcios vienen ustedes engañando á la humanidad y todavía ésta no lo ha conocido.

«Cuando me enteré de lo que pasaba, co-

mo yo tenía alguna amistad con D. Romualdo y me pinto solo para estas situaciones difíciles, allá me fui, y arrostrando los primeros ímpetus de la cólera del viejo, logré al fin amansarle y que me permitiera ver á su hermana. Aún llegué á tiempo. Momentos después expiraba Soterita.

«Había que vestir aquel cuerpo antes que le entrara la rigidez cadavérica. En la casa no había otras personas que Don Romualdo y yo, y á él parecía no preocuparle el caso. Me decidí, pues, á obrar por mi cuenta; abrí un ropero y estaba escogiendo las piezas que mejor me parecían para la última *toilette* de Doña Sotera, cuando me interrumpió Don Romualdo:

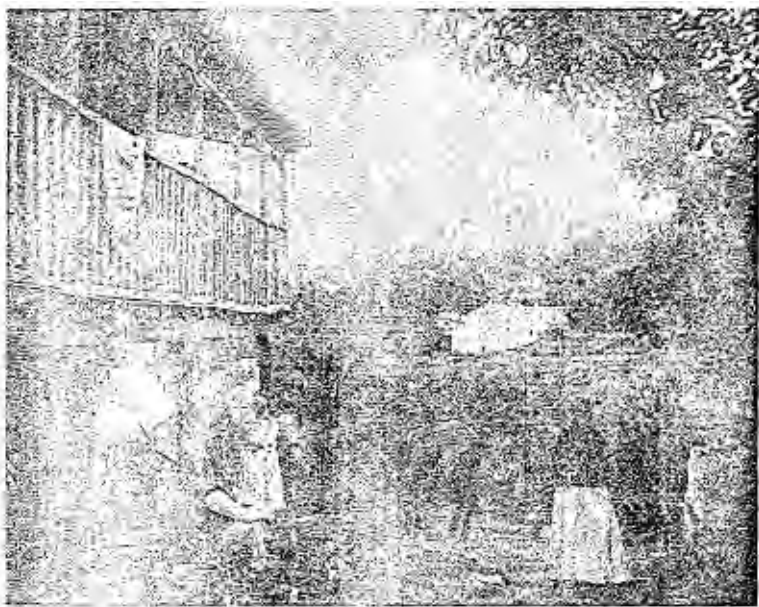
—¿Qué está usted revolviendo ahí?

—Voy á sacar la ropa para amortajar á Soterita.

—¿Ropa para enterrarla?

—Naturalmente, hombre.

—¡Ah, no señor! ¡Esa faltaba! ¡Lástima de ropita para que se pudra en la tierra! Yo creo que envuelta



UN PAISAJE DE LA VEGA DE SANTA BRÍGIDA.

en una de las sábanas que tiene en la cama irá bastante bien.

«En vista de que no había manera de convencerle, salí á la calle y recorriendo las casas conocidas de la vecindad, pidiendo aquí una prenda y allí otra, completé el traje. Gracias á eso tuvo mortaja decente la hermana de Don Romualdo.

«Por la noche fuimos juntos al entierro. Cuando el cadáver fué depositado en la capilla del cementerio, y yo, después de haber encomendado brevemente á Dios el alma de Soterita, me disponía á salir, me detuvo Don Romualdo para decirme:

—¿Pero no la desnudamos?

—¡Hombre! ¿Está usted loco? ¡Desnudarla! ¿Y para qué?

—Pues para devolver la ropa á esas señoras que la prestaron.

«Y no fué poco el trabajo que me costó convencer á Don Romualdo de que aquellas señoras accedían con la mejor voluntad del mundo á que las ropas se pudrieran bajo la tierra juntamente con el cuerpo de Soterita.»

J. FRANCHY Y ROCA.

Literatura regional

“NUESTRA SEÑORA”

Lo que fué un presentimiento es una realidad. Fui siempre creyente fervoroso en la posibilidad de un arte regional canario y *Nuestra Señora* viene á confirmar mi fe. Los que dudaron, los que vacilaron, hoy carecen de motivos para sus dudas y vacilaciones. El verbo habla por las fecundas obras de su amor. Sale á flor de tierra el oculto tesoro y en explosión de ardiente claridad, dibuja la silueta, primero, contornea y determina la forma, luego, de este modo especialísimo y *sui generis* de la gente atlántica, que en sí lleva el germen prolífico, la virtud eternamente fecunda de producir por el material ambiente y la psicológica naturaleza, lo que la historia engendró en los errantes bardos de la Provenza, lo que el carácter hizo en la familia catalana, lo que los hombres conocen narrado en lengua lemosina y aprendieron en aquel decir dulcísimo que balbucea en labios de Lulio y continúa con inextinguibles acentos en el Montserrat y sus estribaciones, en el Turia y sus floridas márgenes.

Toda la labor literaria de los hermanos Millares se esclarece en esta su última obra. A tan magno empeño torpezas de mi entendimiento con pesares de mi voluntad asignéle una significación muy otra de lo que en sí tenía. En *escenas y paisajes* ví tan sólo una colección de cuadros disolventes, enamorándome de la pureza de líneas y vigor del colorido. No supe ver, no pude adivinar los materiales del magno edificio, los elementos analíticos de la feliz y gloriosa síntesis. *Pepe Santana* parecióme ya un destello poderoso del nuevo día que clareaba. *Santiago Bordon* al través de muchas bellezas rayanas en lo sublime, conceptuábalo como una observación incompleta, fronteriza de la falsedad, la ficción y el convencionalismo. Aunque mal me esté el decirlo, *La deuda del Comandante* tívela siempre como maravilla de arte delicadísimo y sutil, y muestra clarividente, pulida y rica de filigranas de los ocultos procesos por donde el mundo físico viene á formar como las entrañas del mundo moral y el pensamiento humano adquiere la firmeza de las montañas que rodean su escenario y los afectos se mueven á compás del

continuo y bravío oleaje del mar fiero, indómito y perseverante que envuelve á la isla como la eternidad inmensa al tiempo. *Los inertes* éramos nosotros. Nosotros en tiempo pretérito. Nosotros vistos en las cunas de nuestras padres, sin sospechar siquiera que aquellas cunas son los sepulcros de nuestros nietos. En todas estas apreciaciones incurrí en manifiesto error. Lo que eran partes de un todo tomélo como conjuntos perfectos, como totales acabados. La equivocación no ha podido ser más enorme. Me advierte de ello *Nuestra Señora* y le estoy agradecido.

No es necesario á la crítica hacer grandes esfuerzos para cumplir su misión. No urge al entusiasmo romper lanzas en ponderación de una obra que el juicio público, al parecer adverso, ha consagrado á su manera. Dos corrientes intensísimas han desarrollado la opinión. La corriente que pudiéramos llamar *caricaturista*, por cuya virtud el último trabajo de los Millares viene á ser algo así como un museo donde se perpetúan momias y esqueletos de realidades estrictamente personales; y la corriente que quiere darse humos de *trascendental*, bajo cuyos auspicios los tipos y la acción de *Nuestra Señora* entran de lleno en las regiones de la metafísica, en el campo de las abstracciones puras por donde la realidad va como una sombra gigantesca y la vida resuena como el eco de una voz lejana y perdida. Unos afirman que el *realismo* impera todo el procedimiento artístico. Otros sostienen que el simbolismo es el medio de expresión. Los partidarios del primer veredicto ven en ese *realismo* la copia baja, servil y esclava de particularidades, contrastes y rasgos exactos encarnados en un ser que tuvo y tiene su partida de bautismo en la parroquia y su nicho en el cementerio. Los adeptos al segundo parecer aceptan el *simbolismo* como una vaciedad más ó menos sonora, mejor ó peor dispuesta, pero al fin vaciedad sin antecedentes, vaciedad donde ninguna existencia es posible, mundo de quimeras, con flores sin aromas, con troncos sin savias, con luz sin calor, con aire sin oxígeno, donde la inercia es cifra del movimiento y el espectro apariencia del ser.

Estas dos tendencias, estas dos opiniones, estos dos juicios, no son ni pueden ser admisibles. En uno y otro existe cierto conocimiento rudimentario, cierta percepción embrionaria; conocimiento, percepción que las precipitaciones en el estudio no permiten llevar á su completo desarrollo, y que si llegaran á ensancharse un mucho y depurarse un poco, constituirían á nuestro modo de ver la crítica perfecta, colocada como áurea corona al mérito positivo, al valor indiscutible de los autores de una producción, que significa en las letras regionales el mayor esfuerzo del pensamiento canario, dicho sea sin mengua ni desdoro de otros á quienes debe nuestra literatura insólitas mercedes mal admiradas y peor reconocidas.

Las corrientes de la época han establecido una regla fundamental, un canon permanente, faro esplendoroso del discernimiento en la composición estética. Así como no se da ciencia de particulares, no se da arte de expresiones aisladas. Son los particulares ocasiones que dan pretexto á la verdad universal, única verdad acepta á la ciencia, y son los detalles ó las individualidades elementos que provocan, incitan y hi- ren la inspiración, la que una vez en marcha olvida á poco su punto de partida, rindiendo el albedrío á la inteligencia soberana, ávida en el arte como en la ciencia, de lo general, de lo absoluto, de lo fijo é inmutable. Detesto y maldigo del empirismo acaparador, me hiela la sangre y el alma todo eso que no va mas allá de los sentidos y abomino maldiciendo el positivismo contemporáneo, que desahucia al ideal de sus salomónicas tiendas para expenderlo en sucursales á los necios que á céntimos lo reclaman de los mercaderes indecentes que lo distribuyen sujeto á número, peso y medida. Todas esas aberraciones, todas esas monstruosidades, esos bazares desordenados donde las alas se cotizan pagadas á precio de aire y algunos destellos se detallan vendidos á precio de luz inspiran honda repugnancia, aversión profunda, la repugnancia, la aversión que inspira un cuerpo decapitado de hermosura rara y peregrina, de miembros donde el carácter dejó la virilidad de su numen, carácter que no puede completarse con la expresión porque desapareció el rostro, terso espejo, diamante de aguas purísimas donde irradia el foco de la espléndida armonía de la vida.

Lo que es en la ciencia un análisis sin síntesis, es en el arte el detalle sin combinación. El análisis que no se prepara á las reconstituciones engendra una ciencia falsa, del mismo modo que el arte que no se dispone al conjunto produce un arte absurdo. Prodigiosa y áspera labor es del medroso y enteco pensamiento humano ese procedimiento inductivo, esa ascensión penosísima de lo concreto á lo abstracto, de lo relativo á lo absoluto, del fenómeno á la ley, del efecto á la causa; pero al paso que los obreros adelantan su faena, y los trabajadores aumentan su tarea, las nuevas tierras, las nuevas atmósferas, los cielos nuevos endulzan las fatigas de la marcha, y el hálito sutil del ideal que respira cerca, y ese *ser más delicado que el ser real* tanto más próximo cuanto más se rasga la pesadumbre que lo sepulta ó el velo que lo nubla, olean la frente con la emanación divina de la verdadera vida y del verdadero ser.

Entonces, y ya dentro de esta universalidad es cuando se establecen esas comunicaciones fáciles, ligeras, instantáneas por donde la luz sin sombra que de

lo alto viene penetra y hace diáfanos y transparentes almas y cuerpos, cosas y hombres aparecidas al entendimiento con todas sus concordancias y con todas sus diferencias. Este es el momento artístico por excelencia. El fuero santo, la liberalidad sin límites concedida al artista, por cuyas celestes gracias, asesta con golpe de titán todo su enorme esfuerzo á lo discorde y vario, á lo transitorio y caduco, hácele libar en las flores vanas del árbol de la apariencia no del de la realidad el tesoro escondido, el *ser más delicado que el ser real*, la miel sabrosa, la penetrante esencia de la belleza única é infinita, que baja al mundo moral para dar idea de las bellezas particulares, como la luz desciende al universo físico para dar idea de los colores, que se resuelven en el rayo blanco, que á todos los compendia y por el que todos alcanzan la variedad inagotable de sus tonos y matices.

¡Y qué prodigio más raro! Mientras más avanzamos á la luz, los objetos á la espalda dejados salen delante á nuestro encuentro distinguiendo y clareando las entrañas de sus naturalezas, sus nativas y peculiares esencias. Los principios obtenidos por deducción forman así como una catarata rauda y bulliciosa que se precipita torrencial, bañando en sus aguas benéficas la multitud indefinida de las cosas, aparecidas como plantas flotantes en el líquido elemento, mostrando el secreto de sus raíces, la formación de sus hojas, el perpétuo germinar y encantadora florecencia á la luz pródiga de un sol abrasado que quiebra sus rayos y desmaya sus resplandores en las gotas salpicantes y en las espumas hirvientes y rumorosas. Desde este punto los horizontes borran sus vagos contornos, las costas desvanecen sus pesarasas siluetas. El paisaje se despliega en una extensión infinita. Queda arriba el océano de luz; abajo el océano de agua; y entre uno y otro abismo, entre uno y otro infinito, el dominio sereno, el reposo beato del entendimiento que en sencillos principios contiene el conocimiento de inmensas multitudes, como las fórmulas algebraicas expresan en leves signos las grandes cantidades hasta lo indefinido, las cantidades pequeñas hasta la nada.

Así, así se ha concebido el plan trascendentalísimo de *Nuestra Señora*. Así ha surgido á la realidad todo aquel caudal cuantiosísimo de fría observación, de experimentación pacientísima, de análisis escrupuloso, de estudio sólido, de nimios detalles congregados por el trabajo asiduo, por la voluntad fuerte, como hoja bien templada, resistente y flexible; y cuando todo esto fué hecho, una intuición maravillosa, una mirada que en sí lo abarca todo completó la labor, alumbrada al público en forma de novela y al público ofrecida envuelta en las áureas mantillas y finísimos encajes de primores de dicción y estilo. Tal personaje, se dijo, es don Fulano, don Zutano tal otro. Y es la verdad, pero la verdad á medias, la verdad que se resiste, la verdad que lucha, la verdad que forcea por no caer rendida ante estas revelaciones del arte, ante esta sublime impersonabilidad artística que obra el prodigio de representar en Fulano y Zutano, no tal ó cual persona determinada, sino el espíritu de un pueblo, el carácter de una raza, toda una sociedad que nace, vive y muere, se transforma y resucita conservando íntegros los rasgos que la determinan y especifican en su modo regionalista, en su constitución privativamente nuestra. No es don Fulano don A, ni don Zutano don B. Don Fu-

lano, don Zutano, aisladamente son nadie. Juntos y en combinación son algo, son mucho, somos todos nosotros, es el pueblo de *Atlántica*.

¡Bien haya el filósofo que encareció el *nosce te ipsum*! ¡Triste suerte la de los escritores que han logrado la felicidad suma de dar con el alma de una nación, región ó pueblo! La pintura cuanto más perfecta, cuanto más aproximada la fotografía menos ha querido el original admitir su copia; al mostrársele la imagen á tanta costa hallada piensa que se trata del retrato del vecino. Y es que el hábito de la conciencia, la interior reflexión, el estudio psicológico no se avienen con este temperamento nuestro de suyo propenso á la frivolidad, sin que un ardite le importen las propias meditaciones y en nada le preocupen las ajenas. En ocasión inolvidable, el genio preclaro de Galdós se quejaba de esta desidia con certero impulso y acometedor denuedo. No es posible llevar la pereza hasta el ultraje y con sólo leer la cubierta de un libro juzgar y decidir en un instante y porque si del mérito ó demérito de lo que representa el colosal esfuerzo, los ardimientos devoradores, las tormentosas perplejidades de un cerebro que ha consagrado sus fatigosos días, sus angustiosas noches á la producción de ideas que vienen y van, de formas que se iluminan y desvanecen, de planes que se forman y destruyen, combatiendo con ansias mortales, por el pensamiento único, por la forma adecuada, por el plan perfecto.

No sostengo yo, libreme Dios de exageraciones ridículas, que los hermanos Millares hagan con nuestro pueblo lo que Homero hiciera con el pueblo helénico, lo que Dante con el saber de la edad media, lo que Milton con el llanto del humano linaje, lo que Cervantes y Zorrilla con el Caballero de la triste figura y el Don Juan, lo que Victor Hugo con la nación francesa, lo que con nuestra historia contemporánea el laureado autor de los *Episodios Nacionales*. Afirmino que, si en *Nuestra Señora* surge á la vida del arte toda la idiosincrasia moral, toda la intimidad psicológica, todo el ambiente físico y social del tipo canario, y si esto precisamente es la materia del arte regional, ese arte está creado y anda gallardamente por sus propios pasos sobre el terreno florecido que le prestan llano las trescientas ochenta y tres páginas de la última novela.

Consta de tres partes la obra de los Millares. Llamo yo á la primera, *Atlántica fuera del medio ambiente*, á la segunda, *Atlántica castiza*, á la tercera, *Atlántica cooperada*. En la primera parte hay cambio de aires. En la segunda cambio de tierra, en la tercera cambio de ideas. El paisaje modifica pero no destruye los caracteres. La sangre desvía pero no altera la raza. El conjunto mereciera llevar á secas este solo nombre: *Atlántica en cuerpo y alma*. Por lo demás, el procedimiento, y perdóneme D. Luis, es lo que en Patología pudiéramos apellidar diagnóstico diferencial.

Comienza la escena en la calle de Tallers y termina en el valle de Nuestra Señora. Da principio la acción en las exaltaciones de un *espiritismo* burlón y concluye en los deliquios de un espiritualismo místico. Entre uno y otro lugar, entre una y otra tendencia discurre un pueblo entero representado por unos cuantos personajes. Es el éxodo de la familia canaria, es el génesis de la tierra afortunada ¿y porqué no decirlo? el apocalipsis de esta nuestra alma visionaria y fantaseadora, alma perezosa, alma muerta, capaz solo

de mover la indolencia de los cuerpos por los impulsos morbosos de un romanticismo ciego, bastante poderoso á suscitar las tempestades de la pasión, en un momento, y dejar luego que la laxitud y el desmayo, el hastío y el cansancio se encarguen de llevar la materia á la impasibilidad de la piedra y el espíritu á la *nirvana* quietista de una eterna soñolencia.

La primera parte es de exposición y preparación. En ella resaltan tres figuras: la Galvez, Andresito Valerón y Guillermo Hartleit. La Galvez (Gertrudis) es la cubana mórbida, entrada en años y carnes, mujer hecha para el erotismo, de temperamento voluptuoso, de gustos y *caprichos* raros, viuda, que en todas partes busca lo que le falta, y en ninguna encuentra lo que la basta. Por el recuerdo del Brigadier, interesa el amor del hijo de éste, el propio Andresito Valerón. Mujer astuta aviva el alma antes que los sentidos. ¡Si conocería ella á los canarios! Andresito, sensualista refinado, es tímido con timidez rayana en la pusilanimidad. Ella, la Galvez, en plena tertulia de las de Portillo, adopta todas las posiciones, suficiente provocativas sin ser indecentes y suficientes indecentes sin ser escandalosas. Valerón se sorprende. Presiente algo. Más tarde el pie de la cubana oprime su pie con pisada tan leve que no puede ser una indicación clara, tan convulsa que no puede pasar por mero accidente casual. Andresito presiente un no sé qué confuso, algo vago. El no sabe lo qué es, pero espera. Antes de terminar la *soirée*, antes de despedirse de doña Ricarda, la Sra. de Portillo, musa que con reminiscencias andaluzas, preside la cursilería catalana, poco allí en usanza, Valerón ha forjado toda una historia de pensamientos, deseos y obras. Si los signos no mienten era aquello pan comido. Pero todavía duda, todavía vacila, aun no sabe á qué atenerse. La realidad le habla y no entiende la realidad. La pasión la arrastra y no comprende la pasión. Gertrudis se revela á su espíritu como una sorpresa asombrada. No supo definirla, no pudo penetrarla. El deseo encendió su sangre, el ansia quemó su frente. No se dió cuenta de más. Todo este psicologismo va entre líneas, discretamente marcado, con insinuaciones naturalísimas que tienen el inconveniente de pasar inadvertidas para aquellos que en el libro no pasan más allá de la letra y no ven más allá de lo negro.

Puesto en movimiento Andresito, el instinto ciego, la propensión inconsciente le arrastran al principal, número tantos de la calle de Mendizábal. Valerón queda desconcertado ante el cambio de táctica de la Galvez. Créese víctima de una alucinación, piensa que se ha equivocado. La americana, á un tiempo le atrae y le repele, le llama y le despide. Un sentimiento varonil determina en el hijo del Brigadier esta transformación extraña: el deseo se ha convertido en contrariedad, la contrariedad en desesperación, la desesperación en propósito de vida ó muerte, de vencimiento ó derrota, porque así lo exige el decoro, el amor propio de un hombre de su raza. ¡Si conocería Gertrudis á los canarios!

Los atrevimientos que luego siguen, los avances que más tarde se dan, son sugeridos por el medio ambiente, van disueltos en la atmósfera de la Ciudad Condal, es algo que nos invita en el *Paseo de Gracia* y nos arrastra en las *Ramblas*, algo que se incendia en las solitarias y misteriosas alamedas del *Parque* y se disuelve en cenizas negras y fétidas en las faldas de Monjuich ó en el *Restaurant de Miramar*.

La Galvez dispone el tálamo de sus impuros amores, en el catafalco de la muerte rodeado por todas las pompas fúnebres y todos los aditamentos tétricos. ¡Qué originalidad, ó mejor qué excentricidad tan rara! Pues bien sin ese singularismo extraño jamás Andresito hubiera dado tiempo para que á sus manos llegaran el bastón y al bolsillo de su chaleco el reló del Comandante que tuvo la fortuna de conceder el estado de viudedad á aquella peligrosa arpía traída á *Nuestra Señora*, para enseñarnos en el proceso de una aventura los resortes que ponen en acción el alma de un hombre que bajo algunas fases encarna y personifica toda una sociedad.

Otro personaje sobresaliente, culminante, que se destaca con luz clara y claridad vivísima es Guillermo Hartleit, canario por el *jus soli*, alemán por el *jus sanguinis*. ¿A qué viene, qué objeto persigue en la novela este carácter singularísimo? ¿Es el dato fisiológico, el antecedente lógico que explica la complexión, la entidad psicológica de Anita Hartleit? ¿Es la luz que matiza con tonos de subido idealismo toda la composición? Nosotros pensamos que no. Valerón es lo real, el *documento humano* comprendido en su rígida inmovilidad. Guillermo la tendencia, el impulso y el fin, la nota particular, la marca de fábrica que revela vigorosamente todo el ser espiritual del grande é ilustre vástago de los Valerones. Andresito es todo lo externo. Hartleit todo lo interior. Naturalezas diversas, obrar distinto, el boticario es la consecuencia entre la idea y el procedimiento. El *germanismo* que alienta su corazón le preserva de las irregularidades, de las anomalías *valerianas*. En cambio, los nervios y los músculos del hijo del Brigadier, los reclamationes de la sangre, los apegos de la tradición, le libran de los extravíos, de los vértigos y alucinaciones mentales que sufre su preceptor en Barcelona. Estas naturalezas en la forma opuestas, en el fondo sino idénticas, semejantes, parecen destinadas á vivir la misma vida en unión indisoluble, en consorcio maravilloso, representando la unión de cuerpo y alma, el consorcio del ideal y sus revelaciones, la encarnación perenne de la vocación de raza en cuerpo de pueblos.

Cuando ambos amigos se despiden en la escala del trasatlántico anclado en aguas de Santa Cruz, Hartleit abraza muy fuerte á Andresito diciéndole al oído: ¡mi hijo querido, adios!—Yo no sé si esta escena recuerda al caballero del Santo Graal, engendrando en Elsa fantástica el imperio teutónico. Lo que sí sé es que desde este instante luce en todo su esplendor el asunto de la obra y tierras adentro en el edén hespérico comienzan á recorrer la vida, el pequeño Quijote, el andante caballero don Guillermo Hartleit, símbolo de la idealidad, y el tarascoso Sancho, fiel escudero de la idea, truhanesco instinto que en la naturaleza brutal se ahita y pasea por los campos de Atlántica su importantísima y rediviva persona bajo el nombre preclaro del Sr. don Andrés Valerón, padre de nuestros abuelos y abuelo de nuestros nietos.

La segunda parte de la novela es un estudio acabado de nuestras prácticas sociales de antaño por las de ogaño escasamente modificadas. Valerón que regresa de la Península atormentado por los recuerdos de la Galvez, curó de su mal de amor merced á los untos de aquel hombre *clima* bautizado con el apodo de Don Francisco María, el genio de las adaptaciones, de las tibiezas, de las templanzas que la dormilona madre pereza amamantó á sus pechos. La excelsa adusta

y campanuda Brigadiera trata de convertir al hijo de sus entrañas en algo ilustre para el brillo de los blasones de su casa y pergaminos de su linaje. Esta divina señora, reputada como una de las figuras mejor trazadas de la obra, es un personaje simbólico y parece haberse desprendido de la vida corriente para depositar en las páginas del libro, todo el encanto, toda la infinita delicadeza, toda la seriedad graciosa é inimitable compostura que son el ser de la mujer canaria. En ella quedan estereotipadas las grandes virtudes que el cielo da con la fresca espontaneidad que la tierra presta. Las sombras que ciegan, las penumbras que entristecen efectos son de extrañas causas. Esas causas señalan debilidades de carácter, impertinencias de genio, poquedades de inteligencia, forman así como las nubes del fondo de un cuadro, como las manchas del sol que el telescopio divisa en su disco y los ojos no distinguen en sus rayos. Los dejos exclusivistas de la Brigadiera podrán repeler; su altanería de clase, sus arrogancias de temperamento, sus energías que suenan á rigores, sus rigores que trascienden á crueldades, hasta cierto punto molestan y hasta cierto punto agobian. En su bondadosísima nuera D.^a María de la Pardilla encuentra la Viuda de Valerón su complemento. A una y otra les viene como anillo al dedo, el dictado exactísimo que á la primera otorgan los autores concediéndole todos los vasallajes bajo el señorial título de *Perla negra*. Y lo es D.^a María, y lo es la Brigadiera, cuyas contrariedades lograron la habilidad de arraigar en Don Andrés el ímpetu súbito que la niña del procurador provocara en el alma impresionable del incomparable sucesor de los Valerones. En lo alto y en lo bajo, en lo serio y lo entretenido Andresito es igual. La resistencia provoca todos sus actos y determina todos sus bruscos acaecimientos. Lo fácil, lo natural, lo que carece del atractivo de las oposiciones dejan sin objeto sus actos volitivos. Verdad que en esto el protagonista de la novela, hombre al fin, se confunde con los demás hombres, pero fuera de nuestro modo de ser en el corriente de la humanidad si la privación es causa del apetito, los obstáculos serán alicientes, estímulos del obrar pero no elementos primordiales y determinantes como acaece en la complexión moral de este insólito y magnífico caballero, digno por sus rarezas, nuestras hermanas, de las mercedes de la fama.

¡Oh insigne y nunca jamás bien ponderado Valerón! El espléndido cielo, el mar bravío, la paradisiaca tierra de *Atlántica* te reintegran al seno de la naturaleza tu augusta madre, la matrona de los ardores que calcinan y las suavidades que embelesan. Tus memorables hechos y extraordinarias hazañas tienen su página en la historia, página que has escrito con los laureles de guerreros vencedores, la sangre de mártires inmolados, diademas de doncella, sacrificios de madre, letras de tus escritores y poetas, inspiraciones de tus sabios y artistas, y con tanto haber escrito aun dejas en blanco la leyenda de tus genios ignorados, de tus talentos desconocidos, muertos á manos tuyas, brutal Neptuno, que te alimentas devorando eternamente los hijos que procreas á quienes tu ceño adusto y letal indiferencia enjilla el cuerpo y atrofia el alma.

El matrimonio de D. Andres con la honestísima y agradecida dama Doña María de la Pardilla es uno de los tantos matrimonios, con los que significar quiero que es un matrimonio infeliz. Valerón y su hermosa



IGLESIA DE TACORONTE.

costilla se repelen, no ligan ni pueden ligar, por la razón sencillísima de la igualdad monótona, absorbente y miserable de naturalezas. El viene de una impresión ciega, arrebatada. Ella procede de una vulgaridad, tan vulgar como cualquiera otra. El es el hombre de apetitos y ella la hembra de satisfacciones. El desvío de él vale tanto como la impasible indiferencia de ella. Doña María es la materia inerte en estado de reposo. Don Andrés la misma materia en estado de movimiento. Mientras se pudo, la nuera de la Brigadiera conservó un destello de pensamiento. Luego sobrevino la abundancia de carnes, sumergiéndose el espíritu en una como negación y entregóse el cuerpo al sueño aplastante, largo, interminable, dando señales de la vida por las fuerzas de la fecundidad. Era buena, buena como el pan la hija del procurador. Don Andrés dió pronto en tierras del hastío; al huir de su esposa huye espantado de sí mismo. La igualdad le irrita, le cansa, le anonada. Es la semejanza productora del amor la más acorde, la más preciada de todas las armonías. A esa semejanza tiende Valerón. Pecador en el mundo donde lo uniforme subyuga quiere ser redimido en el mundo donde lo vario salva. Mientras la *perla negra* llena la casa de chiquillos, el padre de las criaturas atesta su cerebro de ideas. Cuerpo y alma, espíritu y materia han deslindado sus fronteras. Uno y otro se aprestan á la lucha. ¿Qué faltaba para romper las hostilidades? La ocasión. La ocasión se llama aquí Ana Hartleit.

En este estado las cosas; el Diputado provincial

D. Andrés Valerón, continúa acentuando cada día su gráfica personalidad. Un proyecto sigue á otro proyecto y una inacción á otra inacción. Quererlo todo y no hacer nada. Concebir propósitos y no realizarlos. Cambiar, cambiar incesantemente en la imaginación planes y más planes, renovar, renovar sin descanso en la voluntad aspiraciones y más aspiraciones sin tocar nunca el terreno de la práctica, este es el carácter de Andresito. Queda, pues, definida toda su compleción, psíquica ó fisiológica. ¿Es Don Andrés Valerón materia con incipientes de espíritu? ¿Es espíritu con embriones de materia? Si nos atenemos al dato antropológico, Valerón es un hombre como los demás hombres. Si seguimos las indicaciones etnográficas, Valerón es ni más ni menos que un canario, flor y nata de todos los canarios y prototipo de la gente atlántica.

Mas en el terreno artístico, dentro de las áureas páginas de *Nuestra Señora* ¿qué es hasta este preciso instante el vástago ilustre del Brigadier? Para mí una mera forma, un conglomerado admirablemente dispuesto por los elementos básicos que la abstracción poderosa ha desprendido de un gran todo. Hasta este momento, y permítaseme la expresión, solo conocemos al grande Valerón en su anatomía, solo conocemos al insigne *atlante*, revelado por un procedimiento histológico. De aquí adelante, la acción es interesantísima, corre apresurada á su término y en su veloz carrera va reconstituyéndose por síntesis lo que se descompuso por análisis, en una serie de fulgurantes deducciones, ímpetus y arrebatos, acentos de pasión y voces de agonía, gritos del combate y ayes de los vencidos, angustias supremas y supremos deliquios que suenan en el secreto de la cámara nupcial entre los regocijos de Himeneo y las epitalámicas estrofas en que la virgen poesía celebra las místicas bodas y santos desposorios del ideal inaccesible y sublime con la exuberante y rica naturaleza.

Es el ideal, la *divinidad soberana*, el sol, que se levanta en el horizonte amplísimo y transparente al terminar la segunda parte de la novela. Tierra, mar y cielo suspiran encendidos amores. La luz llega en su plenitud, derramándose infinita en el espacio inmenso. Es la alegría, es el sol, es el ideal, es Anita Hartleit, la musa solitaria y triste, la ungida pasionaria, el símbolo, la encarnación de la idea, que arriba á las atlánticas playas para ceñir á su frente de alabastro la corona que la tejen los menudos mirtos de nuestros bosques y las encendidas rosas de nuestros jardines.

Antes de conocer Anita á Valerón ya era el constante compañero de sus noches de ensueño y el cuidador afanoso de sus días en que cerraba los ojos para ver sin mirar las risueñas imágenes de sus noches. El espíritu de amor no encontró símil mas delicado para revelar sus tendencias expansivas. Este presentimiento adquiere todas las grandiosas proporciones del poder de creación. El hálito deífico de lo inmaterial busca su forma. Ha brotado para animar un cuerpo y viene enamorado á la cárcel de barro, al lugar del destierro. ¡Misteriosa, incomprensible unión entre lo grande y lo pequeño! Quien ha gustado sus contemplaciones, concibe como han concebido los hermanos Millares.

José ROMERO Y QUEVEDO.

(Continuara)

Imp. y Lit. de Martínez y Franchy

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 110.



LAS PALMAS, 6 DE FEBRERO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 5.



UN PAISAJE DE TAFIRA.

(Fot. de Luis Ojeda)

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Desde el momento que se verifica la operación de la pega, ó lo que es lo mismo, desde que la cochinilla madre se pone en la hoja para que se propague en ella, se puede fijar y se fija, sin temor de equivocarse, la época de la recolección, á no ser que sobrevenga uno de esos accidentes bastante raros que apresuran ó retardan el desarrollo del insecto.

Esta observación natural nos lleva á sostener la misma idea de Fleury, que no admite sino una climatología sumamente limitada, es decir, una climatolo-

gía de localidades. En Gran Canaria, donde cada valle, cada montaña se puede decir es una estación con sus caracteres especiales que dominan completamente, obsérvanse fenómenos de naturaleza orgánica de los que se pueden sacar hechos prácticos de grande importancia; uno de ellos, y por cierto notable, es que el cuerpo en ciertas localidades y condiciones meteorológicas es mucho más sensible á las impresiones de frío y calor que no corresponden á la observación termométrica. Influencia de localidad que tiene su empleo en terapéutica, pues es sabido que el clima es uno de los agentes más poderosos y que producen sus efectos; un clima, dice Fonssagrives, «es un medicamento y frecuentemente un medicamento enérgico; tiene por consiguiente, según su naturaleza y según la enfermedad á la cual se aplica, sus indicaciones y sus contra indicaciones que sopena de empirismo, exigen con cuidado á ser rigurosamente determinadas.»

En Gran Canaria es tal la variedad de climas que si bien, como he manifestado, es el tipo de los templados, se nota en unas regiones una regularidad de temperatura primaveral y todos los fenómenos meteorológicos parece que se han asociado para no interrumpir aquella suave armonía que reina en todas las estaciones del año. Sucédense estas unas á otras sin oscilación sensible, como en Telde; vientos fuertes y calores intensos en el Ingenio, Agüimes, Carrizal y Juan Grande; calor insoportable, frios, vientos húmedos ó secos según las estaciones, grandes perturbaciones atmosféricas como en la vasta caldera de Tirajana los quidos reflejándose unos y chocando otros contra aquellas rocas producen intensos efectos; en las altas regiones de la Isla tenemos estaciones deslindadas y grandes perturbaciones atmosféricas. En todas estas localidades hay sus climas especiales y basta una montaña para imprimir un caracter particular y tan es así que el vegetal que no fructifica en un punto, cuyo desarrollo es incompleto, se le cambia diez ó doce metros y se produce: los mismos labradores tienen tal práctica que en una misma hacienda cultivan el mismo fruto en distintas épocas, pues de no hacerlo así perderían sus cosechas ó habría de ser muy irregular el fruto, y así es que mientras en un punto está en aptitud para la recolección, en otro se halla verde, siendo plantado en el mismo día, en igual calidad de tierra y recibiendo el mismo cultivo, fenómeno que depende de la orientación y disposición orográfica. El vegetal en su desarrollo lo demuestra y hay localidades aparentes á su indole propia. Así el castaño, por ejemplo, que vive en las altas regiones de la Isla, baja en algunas localidades hasta las partes cálidas; en Las Palmas, en la Hacienda de Pambaso de D.^a Clara de León de Mujica existia uno extraordinaria por su tamaño, pero no daba cosechas. Con el guayabo acontece lo contrario: este vegetal propio de las costas y que no fructifica en las altas regiones, hay localidades donde se produce bien; yo los ví en la Vega de Enmedio, pero al abrigo de las brisas, y daban sazonados frutos. Por eso hago presente estos hechos para corroborar lo difícil que es la aplicación del medicamento clima y para cuyo estudio es preciso echar de lado la poesía, las simpatías de localidad y las erróneas apreciaciones, como el Sr. de Belcastel al hablar de la Orotava. La Orotava tiene su aplicación pero no su generalidad; lo mismo digo de los demás puntos y otro tanto de las cuatro estaciones climatológicas, superiores á cualquiera región del mundo, que son Las Palmas, Telde, Tafra y el ex-Monte Lentiscal, lo mismo que las demás localidades cada una de las cuales tiene su aplicación y produce su resultado favorable ó adverso segun las condiciones terapéuticas.

En vista de hechos tan palpables y dignos de tomarse en consideración, fácil es calcular las conse-

cuencias terapéuticas que podemos deducir de ellos. Por lo pronto creemos haber dado un gran paso al determinar una zona climatológica, de propiedades peculiares, que conocida de los médicos inteligentes puede conducirles á resultados satisfactorios en el tratamiento de muchas dolencias.

La altura, la naturaleza y la extensión del terreno, la ausencia ó presencia de la vegetación, el mayor ó menor vigor de ésta, la existencia ó falta completa de nieves y de aguas, las condiciones, dirección y predominio de los vientos y sus cualidades físicas influyen en el estado de la temperatura. De suerte que podemos decir con Levy: que las causas que contribuyen á modificar los climas en proyección horizontal, producen también sus efectos en los otros climas superpuestos y elevan ó deprimen la columna termométrica. He tenido motivos de examinar en grande escala este fenómeno en Canaria, aunque me ha quedado siempre el sentimiento de no haberme provisto de buenos instrumentos para apreciar con toda exactitud las variaciones atmosféricas. Sin embargo, no omitiré referir las impresiones de que yo mismo he sido objeto en una de las varias ascensiones que he hecho á las sierras de la Isla.

Habíamos algunos amigos proyectado una expedición á una de las partes más elevadas de ellas conocida vulgarmente con el nombre de *La Cumbre*. Con este objeto salí de la ciudad de Las Palmas el 26 de Junio de 1866, por la tarde, en dirección á la de Telde, de cuya población habré de ocuparme bastante en otros lugares. Allí comencé á experimentar en mi organismo tan grata impresión, producida por su deliciosa atmósfera saturada del aroma de los naranjos y tan ricamente oxigenada por las emanaciones de los numerosos árboles que pueblan aquellos campos, que como por encanto cedió la excitación nerviosa que hace años me aqueja, con especialidad cuando me hallo en centros populosos. Aquella noche dormí con un sueño tranquilo y no interrumpido, y al siguiente día por la tarde continué mi viaje en dirección á Valsequillo. A medida que ascendía el terreno que pisaba adquiría mi imaginación una extraordinaria lucidez, recordando perfectamente cuanto acerca de este fenómeno había leído hacía años en Bernardino de Saint Pierre, Humbolt, Buffon y Chateaubriand. Eran las cinco de la tarde cuando me reuní á mis compañeros de expedición que me esperaban en la deliciosa *vega de los mocanes* y que como yo, disfrutaban ese bienestar que sólo se siente por completo en presencia de una naturaleza rica y variada. Desde allí seguimos á Tenteniguada, al pie de las últimas montañas, donde llegamos al empezar la noche, después de dos horas de continua ascensión por un terreno quebrado, pero delicioso, poblado de alquerías y pequeños grupos de casas y cortado por profundos barran-

cos cuyas cuencas encierran pintorescos valles. En este oculto país posée una magnífica propiedad mi amigo el Sr. D. Baltasar Llàrena, que debía ser el punto de nuestra estancia. Conozco á su apreciable familia, á la que he dado varias veces mi asistencia facultativa, y en este concepto he podido apreciar las condiciones constitutivas de cada uno de sus individuos, su indole y temperamento, sobre todo al hijo político, jóven de veinte y nueve años que padecía de ataques nerviosos al corazón que se le han desarrollado con gran intensidad cuando le ha sobrevenido un empobrecimiento de la sangre. Sorprendíame en gran manera el aspecto de salud y robustez que se notaba entonces en él, aunque todavía llevaba poco tiempo de campo, debida única y exclusivamente á las propiedades climatológica del país, como mas tarde tuve ocasión de examinar.

Efectivamente. la disposición geológica del terreno que no permite las aguas estancadas, la abundancia de las corrientes, la atmósfera en un estado higrométrico que refresca de contiínuo la superficie cutánea y pulmonar, favorecen poderosamente al organismo y contribuyen á realzarlo de un modo vigoroso. Y ahora que me ocupo de las aguas de aquella localidad debo manifestar que me sorprendió su transparencia, su ligereza y las admirables cualidades digestivas que poseen. Por grande que sea la cantidad ingerida en el estómago, ni pesa, ni fatiga y su misma frescura agradable incita á usarla siempre, sin que fastidie ni cause extrañeza, sea cualquiera la hora en que se tome. Recuerdo con placer una preciosísima fuente que cae desde una altura, formando una pequeña cascada para perderse luego corriendo sobre menudas guijas entre juncos y helechos. Allí, bajo los árboles frondosos que la tejen como un verde y espeso pabellón, al lado de los buenos amigos que me hospedaban, pasé una mañana cuyas horas habría deseado prolongar indefinidamente. En aquel sitio me acordé de tantos infelices que arrastran una existencia lánguida en esos climas que la moda ó el capricho han hecho célebres, y que ignoran existe una comarca donde una naturaleza rica y vigorosa ofrece sus más preciosos dones. Es verdad que faltan en ella los edificios que necesidades ficticias han hecho necesarios, y sin los cuales no les parecés ser posible aliviar sus dolencias: pero yo les aseguro que en aquellas rústicas habitaciones, en aquel terreno desigual, bajo aquellos árboles seculares, junto á aquellas fuentes, entre aquellos sencillos campesinos, es donde se recobran la salud y robustez que con tanta ansia y á costa de tantos sacrificios se buscan sin enormes dispendios y sí con algunas aunque leves y acaso convenientes privaciones.

Desde las tres de la mañana del siguiente día estaba pronta nuestra caravana, encontrándose entre los expedicionarios varias señoritas y entre ellas una jó-

ven de veinte y tres años y una jovencita de trece. Ignoraban éstas que ellas iban á ser objeto de más observaciones con su piel delicada y su poca costumbre en sufrir la intemperie. Una de ellas tomó un sombrerillo de paja un poco roto por el ala, circunstancia que le hizo abandonarlo; pero á instancias mías y exponiéndole que á pesar de su deterioro ningún otro tocado la resguardaría como aquel de la influencia del sol, le tomó de nuevo. Realmente era mi objeto observar lo mismo que ella quería evitar, puesto que en ello no corría peligro ninguno la salud de mi buena amiga, al mismo tiempo que esto me proporcionaba una ocasión de estudiar en su rostro delicado la influencia de la luz y del calor solar.

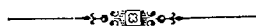
Por su parte no se descuidaron en prevenirme tomase un buen abrigo, pues el frío en aquellas horas debía ser penetrante. Más yo que, en la posición en que nos encontrábamos, sentía un fresco delicioso, rehusé la oferta y solo después de reiteradas instancias consentí en tomarlo.

Así prevenidos montamos á caballo y emprendimos nuestra marcha á las cuatro menos cuarto. A medida que íbamos subiendo la cuesta de los Alfaques, llena de escabrosas é interminables cuestas, se hacía el frío tan intenso, que al internarnos ya en los vértices de las Cumbres, creí que los pies y las manos se me congelaban, en términos que cuando llegamos á la Caldera, situada ya en la cima de las más altas montañas, me encontré sin resistencia. Eran las seis de la mañana; todos mis compañeros sufrían como yo, especialmente nuestras bellas y jóvenes amigas que durante todo el viaje habían guardado un silencio profundo. Cuando estuvimos en la acequia de los Marteles hicimos alto junto á aquella agua tan cristalina y deliciosa y para entrar en calor comenzamos á hacer violentos ejercicios. A poco la sangre circulaba libremente, los miembros habían recobrado su elasticidad y un apetito voraz se despertaba en todos sin excepción haciendo completo honor á un abundante y suculento almuerzo que puso el colmo á la alegría que todos sentíamos, terminado el cual y reanimadas las fuerzas nos dispusimos á continuar nuestra excursión.

Es indudable que el organismo había sufrido en todos una extraordinaria modificación. Los pulmones funcionaban con notable facilidad, la imaginación concebía con viveza y recordaba la memoria con maravillosa facilidad; la sangre, que el frío había hecho refluir á los órganos centrales, había vuelto á la periferia y los movimientos se ejecutaban con facilidad y soltura.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)





La lente de aumento

Ya pasados algunos meses de la muerte del chiquillo, fué cuando Pepe Santana experimentó, primero vagamente, más tarde con ansiedad dolorosa, la necesidad de reconstituir el rostro olvidado de su hijo.

Al principio, el dolor por la inesperada pérdida no le pareció tan horrible como él lo había imaginado cuando, todos en buena salud, torturaba estupidamente su espíritu ocioso con la ficción del drama de la muerte. Entonces, amedrentado por las espantosas creaciones de su fantasía, llegaba á levantarse del blando sillón, su cómplice, llamaba á grito herido á los muchachos y con los ojos dilatados por la trágica visión, los labios contraídos por la angustia, erizada la piel por invisible soplo de terror, solo lograba calmarse cuando los dos mayores acudían desde el fondo del huerto y le besaban llenándole de babas, mientras Margarita con el pelo en desorden, mal cubierto el seno, asomábase al corredor azorada y despavorida, llevando en brazos á Cristobalito.

Pero llegó un día el trance real de la muerte: los tres chicos enfermaron de sarampión y, entre las malas noches, la fatiga, el sueño, el desorden de la casa y de la vida, el cansancio físico y la tensión dolorosa del espíritu, la pérdida del pequeño después que los otros entraron en convalecencia, resultó extrañamente mitigada.

Aquello fué brutal: la bestia cansada durmió deliciosamente la noche misma de la muerte. Fué un sentimiento egoísta del que ahora, pasando el tiempo, dábase cuenta exacta al evocar inútilmente la figurilla insignificante del chiquillo que recordaba arrastrándose á gatas por el suelo. Veíalo al cerrar los ojos á los pies de la madre que *rondaba* los calcetines, con el cráneo redondo, los cabellos ralos, las piernecillas torneadas, lanzando á intervalos un grito agudísimo de triunfo y regocijo; pero el rostro, aquellas facciones familiares que á toda hora contempló, difundíanse en una mancha lechosa, sin líneas, que más y más se ensanchaba cuanto más porfiado é intenso era su esfuerzo para limitarla.

Solo el grito persistía, estridente, agudísimo, de puro timbre infantil, brotando de una boca invisible, de un agujero negro que se difundía vago y sin contornos hasta confundirse con la mancha lechosa del rostro, un círculo pálido, sin expresión, como el disco de la luna.

Y ahora, en la obsesión triste y tenaz de su dolor tardío, comprendía como nunca la pérdida irremediable del pobre Cristobalito, cantábala en versos vulgares que le parecían maravillas de expresión y por encima de todo sufría el remordimiento de no haberlo querido más, de no haberlo sentido más hondamente, de haber experimentado cierto consuelo al pensar en la curación de los otros, de casi haber expresado con palabras su conformidad, de haber escogido—¡sí, escogido!—en el fondo de su pensamiento la víctima!

—Si de los tres ha de morir alguno, que sea el más pequeño!

Si; esta fué la frase tremenda. Tal vez no la pronunció; pero forjóse en su pensamiento en aquellos días de angustia y de zozobra. La misma frase que ahora vibraba en su dolorido cerebro despertando el remordimiento, avivando la llaga y el afán de rendir culto fervoroso é intensísimo á su recuerdo, al de la víctima escogida por él mismo y ofrecida en holocausto á la deidad sanguinaria, al de la figurilla borrosa y descolorida que se arrastraba por el suelo, de piernas rollizas, de cabeza redonda y apenas re-

cubierta por los ralos cabellos, lanzando su grito de triunfo salvaje y estridente, levantando hacia arriba, hacia la altura, hacia él, el rostro, una mancha lechosa cuyas líneas se difundían escapando rebeldes al molde conocido, al contorno familiar tantas veces contemplado y cuya huella habíase borrado para siempre.

Fué entonces, — una tarde, — cuando Canabuey, penetrando en el despacho, tímido y torpe, contrariamente á su hábito, llegóse al anti-



LAS PALMAS.—FACHADA POSTERIOR DEL PALACIO EPISCOPAL

guo amigo y tomándole entre las suyas la diestra mano, díjole con voz en la cual despuntaba un dejo de emoción sincera:

—Mira tú, Pepillo, te matas y á todos nos traes geringados... ¡pero muy geringados!... con estas encerronas y estas lloronas que no son dignas de hombres hechos y derechos. Yo, — la verdad sea dicha, — no sé qué es eso de morirse un hijo, ni siquiera si los tuve; pero en eso de llorar créome que ninguno otro padre me majaría. Ya me figuro que debe ser muy serio por lo que tengo visto en otros, y te digo que tú has llorado lo bastante... sí señor... has llorado más de lo natural...

Y Pepe sonreía melancólicamente, mecido por la charla del zaino á quien siempre tuvo por un ser inferior, incapaz de sentir las sutiles espinas de una conciencia delicada, ni de escribir un simple pareado á la memoria del niño muerto. Lentamente substráíase á la realidad y, en el despacho sombrío y húmedo, la voz del pobre Canabuey llegaba á sus oídos, monótona y vulgar, confundida con el rumor distante de la acequia y, sin atender al discurso, vagaba su espíritu por el trillado campo de sus pensamientos, deletrean-

do maquinalmente los renglones de su última estrofa escrita:

¿Será verdad que nunca hemos de verle?
¡Nunca!—Por vez primera
entendiendo el infinito. Algo tan grande
que no cabe en la tierra!

Sin poder remediarlo contentábase y deleitábase aquel pensamiento artificioso, expresado después de muchas tentativas y que él tenía por profundo, original y acertadamente expresado. La verdad era que él nunca tuvo gran fe religiosa; pero como otros muchos, sentíala en los trances de apuro y cuando escribía en verso; pero en aquel momento, sin entenderlo bien y sin confianza, complacía aquel emplazamiento para el otro mundo, donde según la inspiración del poeta había de entender el concepto metafísico del infinito por el goce real de la eterna gloria.

De pronto, algunas palabras de Canabuey agitaron, deshaciendo las brumas de su éxtasis y volvió á distinguir el rostro pecoso de su amigo, los ojos amarillos y truhanescos y la boca enorme donde anidaban sucios por el sarro los innobles dientes.

Canabuey, el ser inferior, ofrecía un consuelo real; pero, eso sí, bajo la promesa de curarse aquella geringada melancolía. ¡Un retrato! Un retrato de su hijo: muy imperfecto, muy borroso, pero al fin un retrato! Y en pie, frente á la mesa, en la inquieta oscilación del polvillo que el sol poniente incendiaba al meterse por los cristales, rompía la cubierta de un paquete, mientras Santanita, con los ojos fuera del casco y la piel erizada tendía ambas manos en actitud de súplica ferviente.

Fué un impulso verdadero, sin mezcla de artificio, espontánea é irremediable, en que tomó parte toda su alma y toda su carne. Más tarde al recordarlo y analizarlo quedó contento de sí mismo. Aquél además valía mucho más que los versos trabajosamente hilvanados en largas horas de forzada inspiración.

En un segundo entendió todo: era un hecho olvidado aunque reciente.

Canabuey, contagiado por la manía fotográfica que entonces comenzaba á hacer estragos en Atlántica y sin recursos para poseer una *maquinilla*, obtuvo de Eduardito Angulo el favor de que le prestase la suya, —un objetivo de primera con el cual podrían fotografiarse los habitantes de la Luna si de noche hubiese luz suficiente,—y entregado á la grata tarea de echar á perder placas, había *sacado* un grupo de la familia Santana.

Allí, sobre el verde fondo de las plataneras, destacábanse el señor Santana sentado en el banco rústico con la inseparable cachimba entre los ya contados dientes, á su derecha Margarita con Cristobalito en brazos, á la izquierda las dos chiquillas Pepa y Soledad algo estiradas con el traje largo, detrás y pretenciosamente apoyado en el respaldo con el cigarro entre los dedos, él, Pepe, sonriendo estupidamente al objetivo, y en el suelo, con caras expresivas de asombro, Pepillo y Lolita, sorprendidos en mitad de sus juegos.

Era, según el artista, un grupo magnífico, una verdadera obra de arte, rica en preciosísimos detalles; las venas de las hojas de las plataneras distinguíanse con portentoso relieve, los pelos de la barba de Pepe podían contarse, la berruga del Sr. Santana estaba hablando.

Y Pepe, de pie, en el rayo de luz polvoriento que penetraba por la ventana, devoraba la fotografía, huyendo de los otros, fijándose en el chiquillo, forzando la energía de sus ojos, metiéndolos en el papel, sin resignarse á la realidad de su triste desengaño.

No era ilusión, nó: el rostro del chiquillo resultaba una mancha blanquecina, sin contorno definido, borrosa, imagen fiel de aquella otra que resurgía rebelde en su recuerdo. El propio Canabuey lo confesaba. Ya lo había advertido antes: sin duda el chico se había movido, dábale la luz muy de frente haciéndole *clisar* los ojos, y él, Canabuey, atento á los personajes más importantes del cuadro, habíalos enfocado con grande esmero, sin prever—ninguno lo previó—que aquel muñeco llegase á ser la figura principal. Pero de todos modos, allí había algo del niño, había sido él mismo; la luz que se reflejaba en su rostro había impresionado la placa...

Y en su inocente y caritativo afán de consolar al amigo, abría la llave al chorro inagotable de su palabrería, cayendo en explicaciones científicas de las que no lograba levantarse.

Entonces comenzó para Pepe Santana un nuevo suplicio con la constante y estéril contemplación del retrato. La misma mancha lechosa, desleída y sin contornos, formando irritante contraste con las líneas minuciosas de las otras figuras. Allí estaban la cachimba y la berruga del abuelo, la barba perfilada del padre donde se descubría la huella del cosmético, los cuerpecillos rígidos de las muchachas, los rostros asombrados de los niños. La falla comenzaba á observarse en la madre: su figura aparecía algo borrosa y como anegada por la luz, privada del relieve de las sombras, sosteniendo en sus brazos el cuerpecillo del niño muerto, rematada arriba, sobre los hombros, por una mancha lechosa y diminuta.

Y de nuevo su deseo, degenerando en manía hacía-le clamar:

—¿Pero, cómo era? ¿Cómo era, Dios mío?

Al propio tiempo irritábanle los consuelos de Margarita, á la cual se había franqueado en una crisis nocturna de tremenda angustia. Ella era feliz: cerraba los ojos y le veía, en todos los rincones de la casa tropezaba con él. Pero sobre todo, lo que ella decía y de lo que él, adorador eterno de la forma, protestaba.

—¿Qué importa el rostro? Quiérole mucho que eso basta.

¡Eso no! El lo quería en forma humana, carne de su carne, sangre de su sangre, tal como lo conoció, tal como lo hizo, tal como debió verlo cien veces al paso, sin mirarlo, casi sin quererlo, convencido de que sobraba tiempo para conocerlo y amarlo.

Un día creyó resuelto el problema por intermedio del fidelísimo Canabuey. Envuelto en sendos papeles trájole el célebre objetivo de Eduardito Angulo, aquel con el cual podrían fotografiarse los habitantes de la Luna, si de noche luciese el Sol. Era una *biconvexa acromática* de grande aumento al través de la cual, el rostro del chiquillo considerablemente ampliado había de aparecer en sus menores detalles.

Pepe se encerró en su despacho, palpitante de emoción, convencido del triunfo. Iba á arrancar á la muerte la imagen de la vida.

Así, aplicada la *biconvexa acromática*, concentrando todos sus sentidos en el de la vista, permaneció por breve espacio. Y de pronto, dejola coer, el cabello

erizado, los ojos muy abiertos, revelando en su rostro un horror inmenso.

Allí estaba, de allí había surgido la imagen; pero la lente al ampliarla, engrosaba las asperezas de la cartulina, las sombras invisibles, las blancas lagunas, todo lo imperfecto del arte humano, y en la mancha lechosa del rostro surgieron dos puntos negros que

simulaban las órbitas vacías y una hendidura transversal que parecía reír como las mandíbulas desdentadas de una calavera... lo único que materialmente quedaba de los ojillos negros y de la boquilla sonriente del chiquillo feliz, muerto al comenzar la vida.

LUIS Y AGUSTIN MILLARES CUBAS.

MI SUICIDIO

Quise quitarme de enmedio, porque había adquirido la triste convicción de que Amelia me engañaba.

¿Se llamaba real y verdaderamente Amelia aquella ingrata? ¿Pensar que ha tenido mi vida en sus manos, y que no se á punto fijo su nombre! Esto os admirará, jóvenes; pero el tiempo os hará conocer cosas no menos extrañas.

Joven era yo también por aquel entonces. Apenas me persuadí de mi desgracia, determiné matarme. Mi primer pensamiento fué ir á levantarme la tapa de los sesos en su misma escalera, pero reflexioné enseguida que Enriqueta—¿llamaríase por ventura Enriqueta?—se burlaría de un servidor de ustedes. Cada quisque tiene su amor propio.

—No, me dije, nada de escándalo. El pájaro herido oculta su agonía entre los matorrales. Quiero morir en un rincón, abandonado, olvidado.

Encaminé mis pasos al hotel *Lion d'or*, donde una camarera bastante agraciada acudió á preguntarme:

—¿Qué va á ser, caballero?

—Nada.

No tenía hambre, y resolví acostarme en seguida. Tuve un sueño agitado. A cada instante creía oír sonar la campanilla, creía ver pasar á Victorina—¿se llamaría Victorina?—del brazo de mi rival.

Entonces me exasperaba y golpeaba con el puño cerrado la pared, los hierros del catre ó el mármol de la mesa de noche. Cuando me levanté, sentíme exánime. Pero no importaba, puesto que iba á morir.

Busqué una cuerda. Yo había creído que nada sería más fácil que encontrar un cordel para ahorcarse. ¡Error profundo! En todo el establecimiento no había lo que necesitaba.

La camarera me preguntó:

—Pero, caballero, ¿qué quiere Vd. hacer con esa cuerda?

Por fin, con un cordelillo de cáñamo en la faltriquera, me dirigí á un bosque cercano, donde conocía un sitio oculto en que más de una vez me detuve á soñar. ¡Ningún paraje tan á propósito!

Mientras caminaba, pensaba en Berta,—creo que decididamente se llamaba Berta. Medía la cuerda,

calculaba su resistencia. No era la que me convenia; parecíame corta y poco firme. Nadie sabe cuánto influyen estas pequeñeces en el curso de nuestras ideas.

Otra contrariedad. En el lugar elegido encontré un hombre que se ocupaba en atar otra cuerda precisamente de la misma rama en que yo había pensado atar la mía. Estaba de espaldas.

—¿Qué hace usted ahí? le pregunté.

Se volvió.

—¿Y á usted qué le importa?

—¿Piensa que no adivino su propósito? exclamé.

—Y si fuera cierto que pensara suicidarme, ¿á quién le importaría sino á mí mismo?

—¿Suicidarse?

Le miré. Era un muchacho simpático, de fisonomía abierta y palidez interesante.

—¿Querer matarse á sus años!

Y adivinando en aquello un amor desdichado, añadí:

—Tal vez por una bribona...

—¡Caballero! gritó.

—¡Pobre necio!, pensé. Todavía intentará defenderla. Está visto: los enamorados son todos unos mentecatos.

El desconocido callaba.

—¿Quiere usted que le dé un consejo? Deje ahí la cuerda—ya había observado que era más fuerte que la mía,—y váyase á su casa. Algún día me lo agradecerá.

El otro meneó la cabeza.

—Quiero morir.

—No haga usted una tontería irreparable, insistí con dulzura. Cuando esté enterrado, no habrá remedio y será en vano que se arrepienta.

—Es que usted no sabe lo que me pasa.

—Lo adivino.

—No, no puede usted adivinarlo. Una mujer á quien adoraba, caballero, una mujer por la cual...

Y me contó su historia. ¡Cosa extraña! Era exactamente igual á la mía. Semejante identidad me dejó meditabundo.

—Quién calla otorga, me dijo Carlos.

Acababa de saber su nombre.

—Dé ninguna manera,—protesté. Nada hay en su

historia que justifique el empleo de esa cuerda.

Y como Cárlos empezara á mostrar interés, seguí:

—Vamos, amigo mío, sea usted razonable. ¿Por qué había usted de ser más afortunado que los demás á quienes diariamente engañan sus queridas?

—No son engañados de un modo tan indigno.

—Perdone usted.

—Que no.

—Pues sí.

—Repito que no.

—Si... pardiez! Harto me consta. Todo se reduce á que busque usted otra querida, mejor que la infiel.

—¿Mejor? ¡Imposible!...

—¡Vaya!

—No la encontraría.

—Sí.

—¡Oh, no!

—¡Que sí!

—No.

—Si... en los primeros momentos se cree eso; pero dentro de un mes...

—¿Qué ventaja obtendría usted matándose? O la mujer que le abandonó tiene corazón, ó no lo tiene. Si lo tiene...

—¡No lo tiene!

—¡Claro! ¿Cómo había de tenerlo? Se sentirá halagada con su muerte de usted, que á toda mujer envanece ser causa de un suicidio. Además, el público dirá, por toda oración fúnebre: —¡Valiente tonto! Y tendrá razón el público.

Sentíame elocuente. Era que defendía mi propia causa al defender la de Cárlos. Tanta fuerza de persuasión desplegué, que al fin el joven cayó vencido en mis brazos, exclamando:

—Haga usted de mí lo que quiera.

—Pues bien, le dije con un suspiro arrancado de lo más hondo de mi estómago, vámonos á almorzar.

Llévele conmigo al hotel. Por el camino se nos despertó un apetito terrible.

La mesa á que tomamos asiento excitábale más todavía con múltiples estímulos: los blancos manteles, los panes dorados, la perspectiva de las viandas, la cristalería, en la cual quebrábanse las luces de los candelabros.

Cuando nos trajeron un magnífico *chateaubriand* con patatas, cuando lo partimos en dos mitades y devoramos los primeros bocados rociándolos con un buen Burdeos, nos miramos silenciosos y nuestros ojos hablaron así:

—¿Verdad que no es mala la vida?

—Si no llego á encontrarle á usted!... suspiró Cárlos lleno de agradecimiento.

Y yo por mi parte, pensaba:

—¡Caramba! qué suerte haberle encontrado!

—¿Sabe usted, dijo el jóven, que ha sido una extraordinaria casualidad la que nos reunió al mismo sitio del bosque?

Yo callaba.

—Sería el diablo quién le llevó á usted allí tan de mañana?

—No me creará usted, le dije... Yo también iba á ahorcarme.

Mi compañero rompió á reír exclamando:

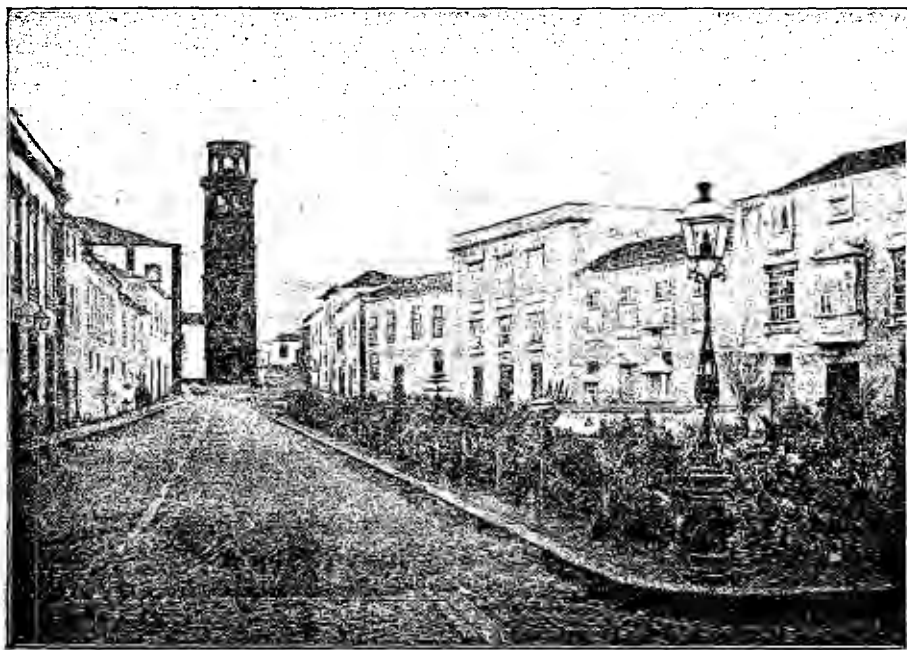
—Esa es buena.

Y chocamos los vasos.

PAUL PARFAIT.

Por la traducción,

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



LA LAGUNA.—PLAZA DE LA CONCEPCIÓN.

“NUESTRA SEÑORA”

(CONCLUSIÓN)

La tercera parte de la novela describe y canta los amores de la Hartleit ó suspira y llora con hermosas lágrimas el advenimiento á nosotros de la secreta fuerza que pone en labios de la raza el verbo de la idea eterna, de la idea pura, tranquila y beata como la imaginara Platón. Este fragmento de la obra revela una intensidad dramática de primer orden. Más que leerse se devoran sus páginas. Valerón, siempre el mismo, siempre igual, no abandona sus instintos. La materia y el alma, ciegas en él, obran el milagro de adelgazarse para mejor ascender al ideal, ofreciéndose digno de sus favores. La lucha es desesperada, cruenta, tormentosa. Parece que el alma de Hartleit llega á materializarse. Parece que la tosca materia de Valerón adquiere un subidísimo tinte espiritual. Las dos naturalezas transigen. Para su íntima penetración necesitase que por parte y parte el sacrificio rebase los humanos límites y antes de estrechar el indisoluble vínculo se repitan las oblaciones y sobre el ara la carne purifique sus debilidades y el espíritu tolere las miserias del cuerpo que ha de envolverle. La escena pasa entre nubes de aromas, que como incensarios despiden las flores silvestres, entre cánticos de júbilo que arrullan las auras y cantan las aves, entre rompimientos de luz, que ahuyentan la noche y esclarecen el día y todo este aparato litúrgico dispuesto severamente por el gran sacerdote, por el sumo pontífice Amor que junta y une para siempre la naturaleza canaria al ideal romántico.

El combate desesperado que sostiene Valerón será modelo de acabado estudio psicológico, con esa psicología apurada hasta las heces en la copa de la realidad. El afortunado amante de la Hartleit ha esclarecido la fisonomía borrosa de *Santiago Bordon*, progenitor y ab origen, que como una nebulosa estrellas, llevaba en sí todos los rasgos de los eximios Valerones. Las inconsecuencias que noté un día, todo aquel naturalismo que reputé ficción, quedan desvanecidas, disipadas, sorbidas por la gloriosa claridad, por el abismo de luz que despiende *Nuestra Señora*.

Nuestras costumbres sociales dan á los autores material de buena ley discretamente usado en la construcción de la obra. El pensamiento trascendentalísimo de la misma es definir y fijar los elementos integrantes, la constitución moral del pueblo canario explicada igualmente por la propensión de nuestros hábitos y la tendencia de la aspiración constante que figura como el resorte oculto que mueve, agita y determina toda nuestra personalidad. Los medios de expresión son en esencia genuinamente regionales,

clásicamente canarios, observados con minucia, expresados con espontaneidad, combinados con arte y discreción suma, coloristas, profundos, intensos, compendiadores, penetrantes, esclavos y siervos del plan general, del plan único, que discurre sin tropiezos, lisa y llanamente desde la calle de Tallers, en Barcelona, al cementerio de Santa Brígida, en Gran Canaria.

¿Por qué á esta obra meritísima se niega su significación merecida en nuestra literatura regional? ¿Tenemos algo, no ya superior, sino que igualarse pueda á *Nuestra Señora*? ¿El poco ó mucho regionalismo que en nosotros existe no cae de lleno, no se refleja como en corriente clarísima, en esta composición que, aparte su valor literario de subidos quilates, tiene para nosotros el inapreciable encanto de ser por excelencia el libro en que se cuenta y narra todo lo que de nuestra individualidad y cosas que nos rodean cabe decir al arte literario?

La acción es vulgar, la acción afecta sombra de generalidad gastada. Esto se ha dicho. No estoy conforme. La acción es sencilla. Esquiva la trama complicada, la trama que labraron el auge del autor de *La Torre de Nesle* é hiciera entre nosotros popular á Fernández y González, á Ortega y Frías y á tantos proveedores de la novela por entregas. En esto muestran los Millares un gusto refinadísimo. Un algo que los asemeja á Pereda, Galdós, á Daudet, á Zola, y antes que á nadie y más que á nadie al arte clásico, al arte de los griegos que tuvieron el prurito de la sencillez, y han sabido imponerla al través de los siglos y las naciones á cuantos culto rinden á la belleza severa, graciosa é infinitamente amable.

¡La acción tiene carácter de generalidad! ¡El asunto es trivial, gastado! Aquellos que no saben lo que se dicen no merecen las deferencias de refutaciones prolijas. Pero admitamos el aserto, juicio ó lo que sea. En conclusión ¿qué se deduce? Que no hay materia vieja para el talento viril, que lo original vence y pone su silla fabricándola con lo ya consumido por el uso y el amaneramiento y que este remozar lo anticuado y descompuesto delata la posesión de cualidades que si no son las del genio se le parecen mucho. Es justo nuestro regocijo y legítimos nuestros entusiasmos al exaltar y festejar con todo género de alabanzas y ponderaciones las excelencias magníficas de esta obra que abre con llave de oro el edificio soberbio de nuestra independencia literaria y regionalismo artístico.

Esto de sabor y entidad regionalista ha sido en absoluto negado y controvertido duramente. La acción es incolora, la acción es indiferente, la acción puede desarrollarse sobre cualquier tierra y bajo cualquier cielo, no tiene tinte especial, carece de matiz propio. Estas afirmaciones son exactísimas. En efecto, la acción es eminentemente, preponderantemente humana. La serie de actos que produce un hecho, la serie de hechos que tejen una acción afectan siempre un carácter de generalidad tan ilimitada, tan absoluta que en su seno no caben ni pueden haber distinciones específicas. El hecho no tiene patria. Los hechos no se separan por fronteras, ni se distancian por mares. Lo que aquí acaece, acaecer puede en el universo mundo. Para ello solo se necesita entidad de naturalezas en todas partes y en todos los lugares la misma Providencia que dispone, combina y relaciona los actos de la humana especie por la norma inescrutable de su amor y sabiduría. Dos pueblos, dos naciones tenderán á manifestarse con finalidades distintas y por procedimientos característicos y propios de cada una; pero los individuos que componen esos pueblos ó naciones solo pueden distinguirse por sus caracteres, por su constitución íntima y peculiarísima; y esto precisamente es lo que acontece en *Nuestra Señora*, donde la acción, como toda acción resulta humana, y donde los tipos por su envoltura externa, y los personajes por su complexión interior, son canarios en cuerpo y alma, cuerpo fabricado con el limo de esta tierra, y alma infundida por el genio de la raza, que aquí aparece con las modificaciones y variantes impuestas á ese gran actor por la disposición del escenario y los recursos de la escena.

Cuanto más saboreo las páginas de esta novela más se arraiga en mi espíritu la convicción firmísima, la fe inquebrantable en la posibilidad, y más que en la posibilidad en la realidad hermosa de la existencia robusta y lozana de nuestro regionalismo literario. Cómo ese regionalismo apenas surgido del mar y clareando el horizonte alumbraba ya cielo y tierra, es cosa que no me explico. Ello de algún modo habrása verificado, pues en este orden de cosas todo es accesible, todo puede suponerse menos el misterio. Para mí lo que aparece milagro es un efecto naturalísimo de la penetración de elementos subjetivos y objetivos que á unidad se reducen en la mente é inspiración de dos escritores que piensan con el pensamiento de un pueblo y sienten con el corazón de ese pueblo mismo.



CAMPEÑINOS DE TENERIFE.

Donde hayan sorprendido el secreto confieso ignorarlo. Aparte los rasgos de Valerón para determinar su persona *viviente* en el terreno artístico, cuanto de esto sobra es exclusivamente de nuestra propiedad colectiva. La Hartleit es algo más que ese idealismo ficticio sin fundamento ni *re*. Es el ideal que despidió en sus sepulcros á las generaciones muertas y arrulla la cuna y endereza los pasos de las actuales. El presentimiento firme, tenaz, ciego, arrebatador es el impulso que nos lleva al mañana. El presentimiento—y aquí encontramos un tesoro de diligentísima observación—es la fuerza secreta, la fuerza impulsiva que nos pone en movimiento. Esa fuerza se estaciona, se aletarga, duerme largos, profundos sueños y siestas más ó menos anonadadoras; pero al fin despierta, al fin resurge y continúa su camino en la misma dirección con igual entusiasmo, con iguales bríos hasta que de nuevo cae en el marasmo para tornar á las andadas. Cuando la ciudad le combate va al campo, cuando el monte le hostiga desciende al llano, y en la ciudad, en el campo, en el llano ó en el monte corren tras sus huellas la turba inmensa de las almas que una vez go-

zaron su presencia no resisten sus nostalgias y añoranzas. Es el ideal de un pueblo. Es el ideal canario.

Jamás les perdonaré á los hermanos Millares la muerte que les plugo dar á la protagonista de *Nuestra Señora*. Para quien se haya obsesionado en el simbolismo de la novela, la muerte de la Hartleit humanizada repercute en el cerebro con todos los espasmos y desgarradoras grandezas de la tragedia. Bajo el árbol que destila rocíos, sobre la tierra húmeda y fangosa, en medio de la tempestad desolada, la caída de Anita produce el espanto que produciría al alma devota la transfiguración en demonio de la imagen sagrada á cuyos piés ora. Muere la Hartleit con muerte de exquisito realismo, según la carne. Su agonía es parienta de la agonía de Luis Gonzaga en *León Roch*. El acabamiento de su vida es el acabar dulcísimo, es la extinción sosegada de la lámpara solitaria que arde en el templo vacío. Es humano, es intensamente humano este postrer momento de la protagonista. La medicina escrupulosa, la poesía honda y sentida la mandan á la eternidad con todas las reglas de la ciencia y el arte. Yo no escatimo méritos. No discuto el desenlace. Lo que hago es no resignarme á la caída y muerte de la Hartleit y menos acepto el día de su muerte y las irreverencias de su sepelio. El campo verde, el aire transparente, el cielo azul y claro, el sol llamante no son digna pompa de aquella ilustre y adorada muerta. Si había de recibir tierra en el pueblo inmediato, si era indispensable que tal aconteciera, esto debió acontecer en día de la Ascensión. Para dormir el último sueño cuadraba á Anita ir al Campo Santo en andas, libre de la opresión del ataúd, vestida de blanco, coronando su frente todas las estrellas de la noche y desaparecido su cuerpo bajo una lluvia de rosas y pasionarias. Cuando la fosa quiso apresarla, la muerta debió resucitar y en su resurrección dormirse en almo reposo, significando así que en nuestro pueblo no muere el ideal, que cuando no se siente, descansa, y cuando descansa vive y vive para no morir.

Quiérase ó no, Valerón ha cobrado eterna vida y su nombre lo repetirán las gentes hasta que haya desaparecido el último canario. Los demás personajes de la novela al través del tiempo se esfumarán como luces de la tarde en el crepúsculo. Lo inmortal, lo que no perece es Ana Hartleit, la *Mignon* hespérica, la *Atala* de Atlántica, la *Margarita* canaria que en el sueño del poeta cubre de flores la tierra que aprisiona su cuerpo en Santa Brígida, y en la realidad histórica es el signo de la ilusión divina, del ideal santo, de la voz vibrante que desde el seno de su sepulcro donde la lloran los sauces y la cantan las aves llama á inmortalidad feliz la dilatada prole de todos los Valerones.

José ROMERO Y QUEVEDO.

HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

Rejón se le mostró cariñoso, y como riéndose de que mirase su Señoría que no venía á enojarle antes con todo rendimiento de parte del Real de Canarias á pedirle prestado bastimento que haría un gran servicio á sus Altezas, y aquellos hombres que eran sus vasallos venían á echársele á sus pies y que le pedían el perdón: esto era en Arrecife, puerto de Lanzarote, que allí vino Herrera después á pelear; tuvieron palabras con un y murieron los dos vasallos que habían ido con Rejón y eran de los más interesados en enviar socorro que así se lo ofrecieron entre ellos y sus parientes á cargar el navío de cebada y trigo; no fué posible querer Herrera darle ni oído habiéndose apartado el capitán Rejón solo con Herrera y con términos comedidos que era su servidor y se le daría por ello buena paga, más se indignó Herrera y se enojó Rejón y díjole que no era afecto y servidor de sus Altezas y que le prometía que lo sabrían bien pronto y que semejante atrevimiento no quedaría sin castigo, en esto braveó Herrera y Rejón se volvió á Canaria bien sentido.

Llegó á el Puerto de las Isletas á Canaria y fueron de el Real á recibirle el Deán y Pedro de Algaba y Alonso Jaimez y otras personas y juzgando hallar buena acogida supieron lo sucedido. Dijo Rejón que aquella afrenta no se había hecho á todos los del Real antes sí á sus Altezas en cuyo servicio estaban: y que no admitía sufrimiento; y que luego se había de volver á castigarla y enmendar su mal término: respondióle el Deán y Pedro de Ayala diciendo no irá Vuesa Merced; y si vosotros Señores no quereis yo quiero y Pedro de Algaba volvió á decir luego vos sois el todo, y dijo Rejón, sí, y aquí sosegó la disputa y quedaron quietos.

Fueron todos acompañándole y sentidos el Deán y Algaba, aunque de mala gana, ordenaron de que echado Rejón de Canaria que quedarían quietos y pacíficos; dijo el Deán pues señor capitán D. Juan Rejón ha parecido bien á todos estos Señores que algún día se tome satisfacción de la mala acogida y que por nuestros dineros no se nos diese cosa alguna, y cesen pesadumbres, y el día siguiente le convidó á comer el Gobernador Algaba y á el Deán Bermudez, to-

dos tres á la mesa comieron bien y regaladamente y por sobremesa salieron de una cámara seis hombres armados y otros dos y le pusieron hierros en los pies á el Capitán Rejón; admirado de el modo les afeó mucho aquello y que no era menester para ello tanto ruido, que iría en buena hora preso y quizá más perderían sus mercedes, que él nada había descervido á sus Altezas; el Alferez Jaimez que lo supo se fué con otros caballeros conquistadores en casa de Algaba diciendo que como Judas lo habían preso y otras cosas á este modo y que resueltamente su merced mandase soltar á el Capitán Rejón ó de no que ellos le soltarían; hubo mucho ruido y grandes voces; y hubo favor á el Rey, mas el Capitán Rejón se asomó á la calle en la Plaza de San Antón á una ventana de la recámara y dijo á voces Señores Vuesamercedes se aquieten que no he descervido á sus Altezas y estoy salvo y contento de ir preso y dar mis descargos, y así no hubo más por habérselo rogado á ellos y que presto volvería con honra y reputación.

Con la mayor priesa que podían por el miedo que tenía el Deán, de Rejón que era mucho por ser natural tímido y apacible, y el Gobernador Algaba fulminaron proceso, de que no admitió nunca parecer del Deán para dar batalla, que era hombre cruel y que hacía crueldades y robos en los canarios, que todos hubiéranse ya reducido-se, y por su soberbia se ausentaban; y todo lo sustanciado era de esta manera; y que usurpaba la jurisdicción temporal y espiritual y que quería el todo de la conquista, y tenía mandado que se hiciese lo que él mandaba, y que intentó ir á castigar á Lanzarote á Herrera, y con toda la prisa posible lo embarcaron en el navio que había venido sin los bastimentos.

Toda la gente y Capitanes acompañaban á su Alferez Jaimez que le amaban todos mucho y como el Deán Bermudez viese que era hombre altivo y de palabra que nada callaba, que parecía que procuraba descomponerse, quedóse solo, sin querer traer tantos consigo, y siempre muy afecto de Algaba que lo estimaba en mucho.

Llegó á España preso el Capitán Juan Rejón, pareció ante sus Altezas, sobre el proceso dió sus descargos de palabra, no más dijo lo procedido con Herrera en Lanzarote; diósele por libre de todo lo contra él fulminado, y nuevas provisiones y mercedes de fiel servidor de la Corona Real y Conquistador y digno de mayores cargos, y mandándole volviese á proseguir la conquista de Canaria y la acabase como la había comenzado; dándole sus provisiones para ello tocante á el Real servicio y navíos aprestados de todo lo

necesario de bastimentos y gente y dió la vuelta de Canaria.

CAPÍTULO VIII

Vuelve Rejón á Canaria y quitale la vida á

Pedro de Algaba.

Volvió el Capitán Juan Rejón á Canaria año de 1483 á dos días de Mayo víspera de Santa Cruz; á el Puerto de la Isleta llegó de noche y desembarcó con luna, y treinta hombres de guardia y mandó á el navio en que vino se alargase á fuera por no ser sentido, y vino á el Real y fué sentido de la centinela y lo callaron en gran secreto por ser muy amado de sus soldados que era la gente que él había traído, aposentóse Rejón á casa de un escudero Pedro Hernandez, alcayde de Rejón, que vivía en la Plaza de San Antón pared en medio de Jaimez Sotomayor: el día siguiente de la Cruz estando el Deán en misa mayor á tiempo de Sanctus entró en la Iglesia de San Antón acompañado de sus treinta hombres Juan Rejón: onde fué grande el bullicio que todos tuvieron y acabada la misa hizo prender á el Gobernador Pedro de Algaba y poner en hierros y después á el Deán Bermudez; hubo á el principio algo de resistencia, mas se apaciguó presentando la Cédula Real ó provisión ante Esteban Perez Alcalde Mayor por sus Altezas; la tomó en sus manos y besó y puso sobre su cabeza y mandó pregonar en la Plaza de San Antón públicamente á voz de pregonero, que era del tenor siguiente:

«Nos D. Fernando y D.^a Isabel por la gracia de Dios Reyes de Castilla, León y Aragón, habiendo visto un proceso que Nuestro Gobernador de Canaria Pedro de la Algaba hizo y fulminó contra D. Juan Rejon Nuestro Capitan de la conquista de ella; fallamos que lo contra él intentado no hubo lugar y lo restituimos á su honra y buena fama y le damos por libre y le mandamos que vuelva á la dicha Isla de Gran Canaria y acabe su conquista como le estaba encargada y para ello y para lo demás á Nuestro servicio tocante le damos poder y facultad»

Habiéndose todo leído y pregonado no solamente se aquietaron los ánimos alterados antes, si le siguieron todos; y obedecieron disimulando otros. Los apasionados contra el Deán y el Gobernador Pedro de la Algaba hablaron mal, tanto que lo sintieron más que la prisión; así dispuso Rejon fulminar proceso contra él y halló muchos testigos que dijeron intentaba el Gobernador Algaba entregar las Islas al de Portugal y que había recibido tales y tantos regalos y dineros para principio de pago. y hechos los car-

gos concluyó en sentenciarlo á muerte y mandó ejecutar la sentencia sin embargo de apelación; mandó hacer cadalso en la Plaza de San Anton y con tambores y atabales y á la voz de pregonero le quitaron la cabeza pregonando su delito por traidor á la Corona Real, y á el Dean mandó llevar á Lanzarote porque no perturbase la gente que no era muy parcial y amiga de alteraciones.

(Continuará)

DEL DICCIONARIO DE UN ESCÉPTICO INFORMAL

ABNEGACIÓN.—Tontería del prójimo en provecho nuestro.

ACCIONAR.—Verbo que, además de los servicios que presta á los oradores y á los cómicos, sirve para mostrar y lucir los guantes y las sortijas en los paseos y demás sitios en que se reúne la gente.

ANFITRIÓN.—Un tirano que reúne en su mesa á unos cuantos esclavos para obligarles á comer lo que el quiera y como él quiera.

AVARICIA.—Crisol maravilloso que convierte la riqueza en miseria.

COBARDIA.—Manía que consiste en mirar al peligro con microscopio.

CORAZÓN.—Un órgano que muchos convierten en violín de notas románticas y cursis.

DESPRECIO.—Un bálsamo con el cual, el que sabe usarlo, puede curar grandes heridas del amor propio.

DIALÉCTICA.—Chisme con el que algunos revuelven las palabras para que como espuma floten sobre ellas las ideas, mientras otros lo usan para revolver de tal modo las ideas que las deshacen, dejándolas convertidas en palabras.

DOTE.—El esp-juego de alondras que sirve para que muchos pajarracos se pongan á tiro del matrimonio.

ELOGIO.—Moneda de curso universal en cambio de la cual damos nuestra estimación, nuestra amistad, nuestra vida, todo.

ENVIDIA.—Un desmayo del orgullo.

ERUDICIÓN.—El arte de reducir á polvo las bellezas que nos dejaron los antiguos.

ESTRATEGIA.—La ciencia que enseña á permanecer sin peligro en un sitio fuera del alcance de las balas, mientras se matan los demás.

EXORDIO.—El toque de atención para que huyan los prudentes: detrás viene el resto del discurso con todas sus deplorables consecuencias.

EXPERIENCIA.—Sirve admirablemente para dar buenos consejos á los demás, sin que impida cometer por cuenta propia muchas tonterías.

FAMA.—Una señora tuerta. Cuando mira con el ojo sano ve mucho; pero la mitad de las veces mira con el ojo huero y no ve nada.

FAVOR.—Una cosa que debe hacerse pocas veces y no recibirse nunca... para ser libre de veras.

FUROR.—Animalada muy frecuente en el hombre: en los demás animales es más rara.

FILÓSOFO.—Un titiritero que hace juegos de manos con las ideas, para engañar á los demás, y que al fin acaba por engañarse á sí mismo.

GALANTERÍA.—La indecencia dicha á las mujeres con finura y con arreglo á las prácticas de la buena educación.

GENEROSIDAD.—El abandono ó el desprecio de lo que no nos interesa.

GUSTO.—*Gusto artistico*: Cualidad que distingue á las personas que aplauden nuestras obras.

HERENCIA.—Cordial mágico que nos consuela de la muerte de aquellos á quienes heredamos.

ILUSIÓN.—Una cosa que hace vivir y sin la cual, aunque parezca mentira, se vive.

JOYA.—Reciben este nombre los adornos salvajes que usan los indígenas europeos.

LOCURA.—Para los viejos los placeres que sólo pueden soportar los jóvenes: para los pobres los placeres que sólo pueden procurarse los ricos.

MÉDICO.—Cuando el enfermo se cura: un intruso que cobra los derechos que pertenecen á la naturaleza.—Cuando el enfermo muere: el *puntillero* que acaba la obra que no ha podido terminarla naturaleza.

MUERTE.—Muchos la creen *punto final*, algunos sólo una *coma*; otros el comienzo de un *paréntesis*, los más una serie de *puntos suspensivos*; pero nadie está seguro de pensar con buena ortografía.

NACIÓN.—Potaje que se hace con mil cosas diversas y caldo de sangre.

SENTIDO.—*Sentido común*: á pesar de llamarse común es la cosa más rara que se conoce. Sin embargo, se llega á asegurar que hasta en las mujeres se han dado algunos casos de él.

SÉR.—*El sér*: maniquí que visten con diferentes trajes de máscara los filósofos.

SOLEDAD.—El único sitio en que se puede estar con tranquilidad.

ANTONIO GOYA.

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 111.



LAS PALMAS, 13 DE FEBRERO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 6

Las pintaderas de Gran Canaria

I

Los sellos ó pintaderas de los antiguos habitantes de la Gran Canaria son, entre los objetos que se conservan como muestra de la civilización de aquel pueblo, de los que más dudas y discusiones han suscitado á los aficionados al estudio de las antigüedades de estas islas.

La circunstancia de ser la Gran Canaria la única isla del archipiélago en que se han encontrado y la falta de noticias exactas sobre el uso á que se les destina-

ba, ha dado lugar á tan diversos pareceres sobre estos curiosos objetos que casi pudiera decirse que cada autor que de ellos ha tratado les ha asignado una significación distinta.

El doctor Verneau, que ha hecho un minucioso y concienzudo estudio de las pintaderas, las describe en la siguiente forma:

«Su color varía entre el de *ladrillo* y el negro más ó menos puro. Algunas son amarillentas y otras tienen un tinte que tira á carmín. Estas diferencias en la coloración provienen de la naturaleza de la tierra empleada para su fabricación y sobre todo de la manera cómo han sido cocidas. En efecto, las pintaderas, aun las de color más claro, presentan en algunos sitios manchas negruzcas. Estas manchas no pueden provenir en el mismo objeto de la naturaleza de la tierra, sino de la mayor ó menor cantidad de calor que cada una de las partes del objeto ha recibido.

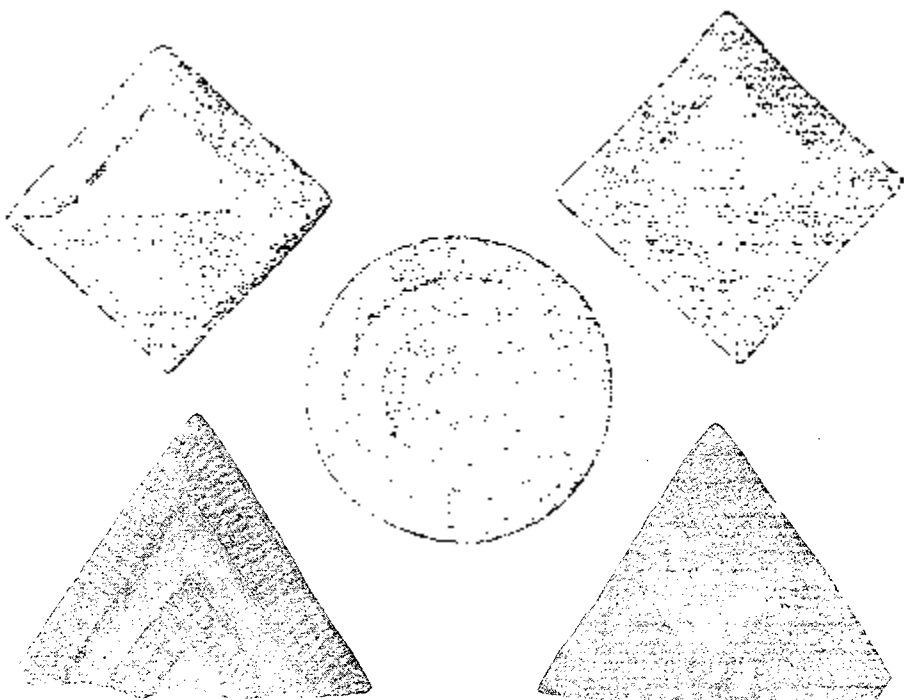
«Las pintaderas se componen de dos partes: una base, cuya superficie inferior es más ó menos plana, y un apéndice ó mango que servía para agarrar el objeto.

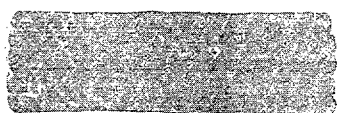
«La base presenta por los bordes un espesor que oscila entre 4 y 8 milímetros y que aumenta desde la arista al centro; la superficie plana muestra adornos variados. La cara superior, más ó menos regular, no ofrece ninguna clase de dibujos, y presenta hacia el centro un mango cuyo alto algunas veces pasa de 20 milímetros; de suerte que

la altura total varía entre 25 y 41 milímetros.

«El mango, que afecta en ocasiones la forma de un cono truncado, y en otras la de una pirámide truncada, presenta generalmente una depresión, de modo que el ancho es tres veces mayor que el espesor del mismo, excepto en un pequeño número en las que los bordes están redondeados, siendo la superficie superior convexa. Desde el vértice á la base el mango se va ensanchando de modo que en algunos llega á confundirse con ella, y presenta casi siempre en el centro ó cerca del vértice un agujero de tamaño variable y que podía servir para pasar un hilo y suspenderlo. Existen, sin embargo, algunos que no presentan ninguna perforación.»

El Museo Canario posee una numerosa y variada colección de pintaderas, que en la actualidad asciende á más de ciento treinta ejemplares diferentes, encontrados en distintos puntos de la isla; la mayor parte





proceden de Gáldar, Telde, Agüimes y Tirajana.

En ellas, la base, parte la más característica de las pintaderas y la que mayor interés ofrece, es de forma muy varia: las hay cuadradas, rectangulares, romboideas, triangulares, circulares, semicirculares, etc. Sus dimensiones son también diversas: varían desde 20 á 100 milímetros.

La superficie inferior de la base presenta dibujos geométricos en relieve, tan variados como la figura de la misma base. Dichos dibujos están constituidos generalmente por series más ó menos regulares de cuadrados, triángulos, rombos, círculos, etc. en hueco y en relieve. Hay algunos de una regularidad casi perfecta, como se observa en una pintadera de base cuadrada en la que el dibujo consta de cuadrados alternados salientes y entrantes que semejan un tablero de ajedrez.

En las pintaderas circulares la forma más fre-

cuente del dibujo es la de círculos concéntricos, de los cuales los salientes suelen estar constituidos por series de triángulos, rombos ó cuadrados.

En las rectangulares presenta á veces triángulos en relieve opuestos por el vértice dejando en medio rombos en hueco; en otras, dos ó tres hileras de triángulos ó rombos pequeños en los bordes longitudinales y en hueco el espacio restante.

Algunas cuadradas aparecen divididas por una diagonal presentando dibujos diversos en cada uno de los triángulos.

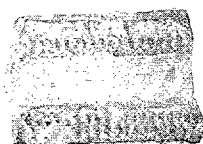
Uno de los ejemplares más curiosos de la colección del Museo es una doble pintadera ó sea una pintadera que consta de dos bases unidas por el mango; una de las bases es circular, la otra rectangular.

Otro ejemplar raro y digno de especialísima mención por la circunstancia de ser único, es una pintadera de madera encontrada no hace muchos años en Arucas y que figura en la colección con el número 216.

La base de esta pintadera es de forma semicircular; su diámetro mide 75 milímetros, el dibujo, bastante regular, está formado por cuatro sectores en hueco, separados entre sí por líneas de puntos salientes; líneas de iguales puntos forman el diámetro y la semicircunferencia.

Los grabados que acompañan á este artículo reproducen la base de varias pintaderas del Museo. El activo é inteligente bibliotecario de este importante centro científico, D. Francisco Cabrera Rodríguez, ocúpase actualmente en confeccionar el catálogo general de las colecciones que el mismo posee, y en dicho catálogo, que en breve empezará á publicarse en esta revista, ilustrado con gran número de grabados, se encontrará la descripción detallada de cada una de las pintaderas á que he hecho referencia.

J. FRANCHY Y ROCA.



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Cuando nos separamos de aquellos lugares el sol estaba ya bastante alto y el día avanzaba con rapidez. Aún teníamos que subir al Saucillo, una de las eminencias más elevadas de la Isla sobre la misma cumbre. El cuadro que allí se descubre compensa y aún excede en mucho á las penalidades que el ascenso ocasiona. Desde su cima se puede examinar de un golpe de vista la parte más importante de la Isla con sus numerosos pueblos, sus bien cultivados valles, sus hermosas vegas, sus extensas llanuras, sus antiguos pinares, sus profundos barrancos y sus terribles precipicios. Después recorrimos las mesetas centrales y aún habríamos pasado á contemplar la parte del poniente, la más escabrosa y menos visible de la Isla, desde la cumbre, si el calor ya bastante intenso no nos hubiera empezado á molestar. Acogímonos á la sombra de unas enormes rocas buscando junto á los altos helechos el fresco que el aire nos negaba. Todos sentimos la exaltación de los órganos periféricos, la actividad de los órganos exteriores y la depresión de los centrales. Buscando cada uno los medios de pasar lo menos mal posible aquellas horas, llegó la de comer, lo que hicimos al pie del estanque de los Navarros. Los dispersos se reunieron entonces y para ponernos á cubierto del sol, especialmente las señoras que eran sin duda alguna las que más sufrían, lo que se revelaba claramente por los capilares del rostro en gran manera inyectados, improvisamos unas cortinas de helechos sostenidos con cañaheja (*ferula communis*? *Thapsia villosa*?), la que abunda en aquellos sitios. El apetito no había disminuido y las provisiones que habíamos llevado se consumieron en algunos minutos. Es verdad que la franqueza y la alegría entraron por mucho en aquella ocasión para estimular la necesidad que no era pequeña.

El sol descendía ya, y era preciso levantar el campo para, antes de nuestro regreso á Tenteniguada acercarnos á examinar desde una altura inmensa la famosa cuenca de Tirajana, tan celebrada por los naturalistas que han recorrido la Gran Canaria. Llegamos, en efecto, á la meseta llamada Morro del Cuervo, especie de palco natural desde donde se domina uno de los cuadros más sublimes que la Providencia haya puesto á la vista de los hombres para que comprendan su grandeza. Al descubrirlo y abarcar de una sola mirada aquella concavidad gigantesca de más de 35 kilómetros de circunferencia con sus bordes casi tajados hasta una profundidad imponente, un sentimiento unánime de sorpresa nos hizo enmudecer á todos: nuestras miradas vagaban atónitas en aquellos abismos como queriendo arrancar á las rocas el secreto del terrible

cataclismo que debió producir aquel fenómeno geológico. Recordé allí la Atlántida de Platón y encontré tan cierta la tradición egipcia que ninguna duda me quedara de su existencia si alguna vez la hubiera abrigado. Pero ¿cómo se verificó ese hundimiento? ¿Cuándo? He aquí lo que se ignora, pero el hecho es indudable, y los sabios que lo han negado ó puesto en duda ni han examinado la Caldera de Tirajana, ni el barranco de Telde, ni han contemplado la parte del O. E., ni han subido al Teide, ni han visto las Islas de Lanzarote y la Palma. A haberlo considerado como yo habrían cambiado de opinión. Bory de Saint-Vincent no es un visionario ni un compositor caprichoso de cartas geográficas; la Atlántida debió existir, existió y si al trazar los contornos de aquel desconocido continente pudo equivocarse, abrazando mayor ó menor extensión de terreno, diseñando más ó menos exactamente las costas, eso no desvirtúa la esencia del hecho. El mismo Platón pudo haber sido engañado por los sacerdotes egipcios en la descripción de los pueblos que existieron en aquel mundo ignorado, en la ponderación de sus riquezas y carácter de sus habitantes; pero en el fondo de esa relación más ó menos adornada con las galas de la poesía, entre el exagerado colorido con que unas imaginaciones naturalmente vivas recargaron aquellos cuadros, se descubre un viso de verdad, que ante los escombros que de ella restan no se puede científicamente negar. Hércules no fué un semidiós: pero ¿se negará que pudo existir un hombre dotado de fuerza tan colosal que llevase á cabo hechos maravillosos y extraordinarios que le conquistasen el respeto de sus contemporáneos hasta el punto de acercarlo á la divinidad? Sansón no es un mito, nadie niega su existencia; su historia fielmente conservada en los sagrados libros se ha transmitido hasta nosotros; ¿quién duda que si la tradición se hubiera encargado solamente de revelarnos su existencia exagerando su fuerza y sus proezas, no habría sido colocado por la posteridad al lado del Hércules pagano?

Sin embargo, en contra de mi opinión se halla la del Barón Dr. en Filosofía K. Von Fritsch, el que ha hecho los trabajos geológicos más importantes sobre las Canarias; sus superiores conocimientos, el exámen detenido y concienzudo que ha hecho de las Islas, harán que su opinión sea de un gran peso en las ciencias. En su primer viaje que hizo el año 1862 tuve el gusto de tratarle, después le debí la fineza de haberme obsequiado desde Alemania con los trabajos publicados sobre las Canarias y en 1872 tuve el gusto de volverle á ver y apreciarle más de cerca y estar convencido del gran favor que dispensó á mi patria tan eminentemente sabio como noble y distinguido caballero, de cuya amistad guardo el más grato y profundo recuerdo (1).

(1) Leyendo las obras completas de Platón, me dejé llevar de aquellas ideas sublimes: el relato es escrito de mano maestra, seduce á todo el que lo lee y yo admirando su descripción y ver analogías en las Canarias, le tomé como un verdadero historiador de la catástrofe

Hoy el fondo de esa inmensa dislocación es un valle escabroso pero bien cultivado, á un lado del que se levantan los dos pueblos de San Bartolomé y Santa Lucía, y al cual se descende, desde las más elevadas eminencias, por cuestas bastantes pendientes y por veredas muy difíciles, familiares solo á los habitantes del país, como son el *paso del Perro* y el de *la Lajilla*, siendo los mejores caminos el Paso de la Plata y las Vueltas de Taidia.

Me arranqué con pena de aquellos lugares, llenos para mí de objetos dignos de un profundo estudio, pero nos obligó á ello el aire húmedo que empezaba á hacerse sentir. Ya habíamos sido sorprendidos por un magnífico fenómeno de espejismo. Habiendo dirigido mi vista al horizonte, descubrí la taza de plata de Cádiz; pero dudando de este fenómeno, interrogué á uno de nuestros compañeros de expedición que hacía poco tiempo había ido á la Península y al preguntarle qué le parecían aquellas nubes, me contestó «esas no son nubes sino la imagen de Cádiz»; y efectivamente, no se engañaba, pues en varias veces que me he embarcado con rumbo á dicha ciudad se me ha grabado profundamente el aspecto que ella presenta al entrar en su preciosa bahía, el mismo que tuve el gusto de contemplar desde aquellas cumbres. Antes de emprender el descenso hicimos alto por algunos momentos en la casa de unos pastores donde tomamos leche y cuajada en abundancia; pero empezaba á anochecer y nos despedimos de la Cumbre con sentimiento, después de un día tan agradablemente pasado en el seno de la franqueza y la amistad, á la vista de una naturaleza imponente y fecunda en espectáculos grandiosos. Si aun vivo algunos años más, quiero recorrer de nuevo aquellos sitios con mayor detención estudiándolos en sus más insignificantes pormenores, buscando un rayo más de luz que esclarezca puntos todavía sepultados en la sombra de la duda. Ignoro si me estará reservada tal fortuna, pero en todo caso habré hecho algo por la ciencia y dejado el camino abierto á otros más inteligentes ó más dichosos.

A las nueve y media de la noche nos hallábamos de regreso en casa del Sr. de Llarena ante una mesa cubierta de magníficos manjares, cuyo delicioso perfume excitaba vivamente el apetito. Avanzámonos todos á ellos con un ansia devoradora, cual si no hubiésemos comido en todo el día.

Ya en aquella misma noche, y á la mañana siguiente, sentíamos en la piel un ardor molesto y una excitación general en el organismo, especialmente nuestras amables compañeras, cuyos rostros y manos, en

los puntos que el guante ó el tocado no habían cubierto, en gran manera congestionados, presentaban manchas escarlatinosas con tensión y dolor en la piel. Mi amiga la del sombrero roto había sufrido más que ninguna otra, pues los rayos solares al penetrar por la rotura habían producido en su cara una erupción flictenoídea con fuerte tensión y suma sensibilidad al tacto. Estos fenómenos terminaron al fin más ó menos pronto por una esfoliación de la epidermis, volviendo la piel á su estado fisiológico.

Ahora bien ¿qué consecuencias terapéuticas podemos deducir de estas condiciones climatológicas é hidrológicas? Innumerables, sin duda. Las congestiones crónicas y latentes de los órganos centrales, con especialidad los parenquimatosos, hallarían en estas circunstancias su cura radical. La atonía general y parcial, debida á la falta de incitabilidad nerviosa, la alteración y modificación de los fluidos por pereza de nutrición, las demacraciones, todas las enfermedades en fin que principian á desarrollarse debidas á ciertos vicios adquiridos ó congénitos que aún no han hecho su explosión pero que comienzan á disponer la economía para ello, como por ejemplo la tisis, el cáncer, la gota y aun las afecciones escrofulosas y huesosas, encontrarían un poderoso agente modificador que impediría su desarrollo reaccionando favorablemente el organismo por medio de aquellos poderosos agentes naturales, únicos que producen efectos ciertos y seguros contra ese fárrago de charlatanismo que con unas cuantas píldoras y brebajes pretende salvar un individuo que necesita reconstituirse en todas sus partes.

La Gran Canaria, por su posición geográfica, su figura, la dirección de sus montañas, la colocación de sus valles, las corrientes de los vientos, la ausencia ó presencia de aguas corrientes ó estancadas, la amplitud y calidad de su vegetación, lo bien situado de las localidades, ofrece una serie de climas tan variados, que se hallan en ella desde el caliente hasta el frío con todas las temperaturas intermedias, en tal manera que en su corta superficie se puede encontrar y se encuentran en cada una de las estaciones del año temperamentos suaves, benignos, en donde los seres más impresionables á cualquier mudanza meteorológica viven y se desarrollan con una robustez y lozanía que prueban lo inalterable del clima en que se encuentran, y fuera de los cuales estarían expuestos á perecer en fuerza de las violentas oscilaciones atmosféricas que se experimentan en las altas regiones de aquella Isla.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)

atlántica, pero más adelante, tratando á célebres geólogos en los diversos congresos de ciencias á que he asistido y con sus observaciones, estoy convencido que el *Timeo* de Platon, es una sublime composición literaria, la que desaparece en presencia de los hechos, como lo he probado en mi capítulo sobre Platon.

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 111.



LAS PALMAS, 13 DE FEBRERO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 6

Las pintaderas de Gran Canaria

I

Los sellos ó pintaderas de los antiguos habitantes de la Gran Canaria son, entre los objetos que se conservan como muestra de la civilización de aquel pueblo, de los que más dudas y discusiones han suscitado á los aficionados al estudio de las antigüedades de estas islas.

La circunstancia de ser la Gran Canaria la única isla del archipiélago en que se han encontrado y la falta de noticias exactas sobre el uso á que se les destina-

ba, ha dado lugar á tan diversos pareceres sobre estos curiosos objetos que casi pudiera decirse que cada autor que de ellos ha tratado les ha asignado una significación distinta.

El doctor Verneau, que ha hecho un minucioso y concienzudo estudio de las pintaderas, las describe en la siguiente forma:

«Su color varía entre el de *ladrillo* y el negro más ó menos puro. Algunas son amarillentas y otras tienen un tinte que tira á carmín. Estas diferencias en la coloración provienen de la naturaleza de la tierra empleada para su fabricación y sobre todo de la manera cómo han sido cocidas. En efecto, las pintaderas, aun las de color más claro, presentan en algunos sitios manchas negruzcas. Estas manchas no pueden provenir en el mismo objeto de la naturaleza de la tierra, sino de la mayor ó menor cantidad de calor que cada una de las partes del objeto ha recibido.

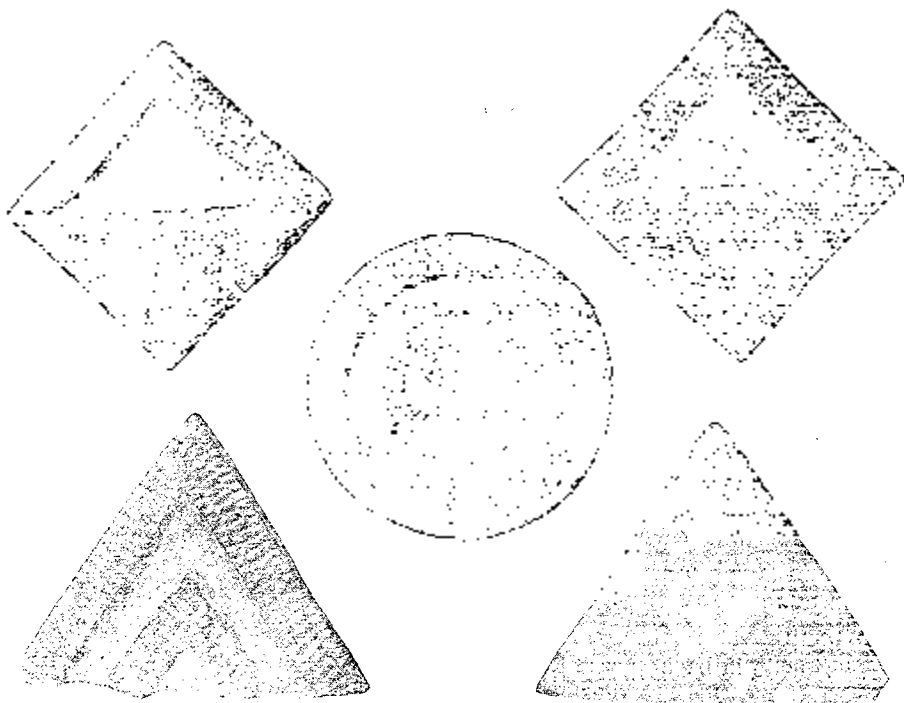
«Las pintaderas se componen de dos partes: una base, cuya superficie inferior es más ó menos plana, y un apéndice ó mango que servía para agarrar el objeto.

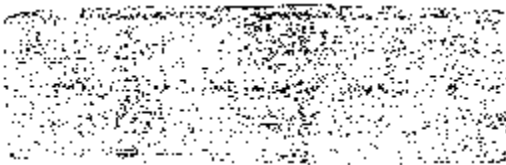
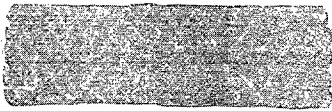
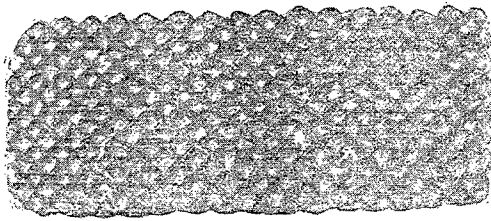
«La base presenta por los bordes un espesor que oscila entre 4 y 8 milímetros y que aumenta desde la arista al centro; la superficie plana muestra adornos variados. La cara superior, más ó menos regular, no ofrece ninguna clase de dibujos, y presenta hacia el centro un mango cuyo alto algunas veces pasa de 20 milímetros; de suerte que

la altura total varía entre 25 y 41 milímetros.

«El mango, que afecta en ocasiones la forma de un cono truncado, y en otras la de una pirámide truncada, presenta generalmente una depresión, de modo que el ancho es tres veces mayor que el espesor del mismo, excepto en un pequeño número en las que los bordes están redondeados, siendo la superficie superior convexa. Desde el vértice á la base el mango se va ensanchando de modo que en algunos llega á confundirse con ella, y presenta casi siempre en el centro ó cerca del vértice un agujero de tamaño variable y que podía servir para pasar un hilo y suspenderlo. Existen, sin embargo, algunos que no presentan ninguna perforación.»

El Museo Canario posee una numerosa y variada colección de pintaderas, que en la actualidad asciende á más de ciento treinta ejemplares diferentes, encontrados en distintos puntos de la isla; la mayor parte





proceden de Gáldar, Telde, Agüimes y Tirajana.

En ellas, la base, parte la más característica de las pintaderas y la que mayor interés ofrece, es de forma muy varia: las hay cuadradas, rectangulares, romboideas, triangulares, circulares, semicirculares, etc. Sus dimensiones son también diversas: varían desde 20 á 100 milímetros.

La superficie inferior de la base presenta dibujos geométricos en relieve, tan variados como la figura de la misma base. Dichos dibujos están constituidos generalmente por series más ó menos regulares de cuadrados, triángulos, rombos, círculos, etc. en hueco y en relieve. Hay algunos de una regularidad casi perfecta, como se observa en una pintadera de base cuadrada en la que el dibujo consta de cuadrados alternados salientes y entrantes que semejan un tablero de ajedrez.

En las pintaderas circulares la forma más fre-

cuente del dibujo es la de círculos concéntricos, de los cuales los salientes suelen estar constituidos por series de triángulos, rombos ó cuadrados.

En las rectangulares presenta á veces triángulos en relieve opuestos por el vértice dejando en medio rombos en hueco; en otras, dos ó tres hileras de triángulos ó rombos pequeños en los bordes longitudinales y en hueco el espacio restante.

Algunas cuadradas aparecen divididas por una diagonal presentando dibujos diversos en cada uno de los triángulos.

Uno de los ejemplares más curiosos de la colección del Museo es una doble pintadera ó sea una pintadera que consta de dos bases unidas por el mango; una de las bases es circular, la otra rectangular.

Otro ejemplar raro y digno de especialísima mención por la circunstancia de ser único, es una pintadera de madera encontrada no hace muchos años en Arucas y que figura en la colección con el número 216.

La base de esta pintadera es de forma semicircular; su diámetro mide 75 milímetros, el dibujo, bastante regular, está formado por cuatro sectores en hueco, separados entre sí por líneas de puntos salientes; líneas de iguales puntos forman el diámetro y la semicircunferencia.

Los grabados que acompañan á este artículo reproducen la base de varias pintaderas del Museo. El activo é inteligente bibliotecario de este importante centro científico, D. Francisco Cabrera Rodríguez, ocúpase actualmente en confeccionar el catálogo general de las colecciones que el mismo posee, y en dicho catálogo, que en breve empezará á publicarse en esta revista, ilustrado con gran número de grabados, se encontrará la descripción detallada de cada una de las pintaderas á que he hecho referencia.

J. FRANCHY Y ROCA.



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Cuando nos separamos de aquellos lugares el sol estaba ya bastante alto y el día avanzaba con rapidez. Aún teníamos que subir al Saucillo, una de las eminencias más elevadas de la Isla sobre la misma cumbre. El cuadro que allí se descubre compensa y aún excede en mucho á las penalidades que el ascenso ocasiona. Desde su cima se puede examinar de un golpe de vista la parte más importante de la Isla con sus numerosos pueblos, sus bien cultivados valles, sus hermosas vegas, sus extensas llanuras, sus antiguos pinares, sus profundos barrancos y sus terribles precipicios. Después recorrimos las mesetas centrales y aún habríamos pasado á contemplar la parte del poniente, la más escabrosa y menos visible de la Isla, desde la cumbre, si el calor ya bastante intenso no nos hubiera empezado á molestar. Acogímonos á la sombra de unas enormes rocas buscando junto á los altos helechos el fresco que el aire nos negaba. Todos sentimos la exaltación de los órganos periféricos, la actividad de los órganos exteriores y la depresión de los centrales. Buscando cada uno los medios de pasar lo menos mal posible aquellas horas, llegó la de comer, lo que hicimos al pie del estanque de los Navarros. Los dispersos se reunieron entonces y para ponernos á cubierto del sol, especialmente las señoras que eran sin duda alguna las que más sufrían, lo que se revelaba claramente por los capilares del rostro en gran manera inyectados, improvisamos unas cortinas de helechos sostenidos con cañaheja (*Azferula communis*? *Thapsia villosa*?), la que abunda en aquellos sitios. El apetito no había disminuido y las provisiones que habíamos llevado se consumieron en algunos minutos. Es verdad que la franqueza y la alegría entraron por mucho en aquella ocasión para estimular la necesidad que no era pequeña.

El sol descendía ya, y era preciso levantar el campo para, antes de nuestro regreso á Tenteniguada acercarnos á examinar desde una altura inmensa la famosa cuenca de Tirajana, tan celebrada por los naturalistas que han recorrido la Gran Canaria. Llegamos, en efecto, á la meseta llamada Morro del Cuervo, especie de palco natural desde donde se domina uno de los cuadros más sublimes que la Providencia haya puesto á la vista de los hombres para que comprendan su grandeza. Al descubrirlo y abarcar de una sola mirada aquella concavidad gigantesca de más de 35 kilómetros de circunferencia con sus bordes casi tajados hasta una profundidad imponente, un sentimiento unánime de sorpresa nos hizo enmudecer á todos: nuestras miradas vagaban atónitas en aquellos abismos como queriendo arrancar á las rocas el secreto del terrible

cataclismo que debió producir aquel fenómeno geológico. Recordé allí la Atlántida de Platón y encontré tan cierta la tradición egipcia que ninguna duda me quedara de su existencia si alguna vez la hubiera abrigado. Pero ¿cómo se verificó ese hundimiento? ¿Cuándo? He aquí lo que se ignora, pero el hecho es indudable, y los sabios que lo han negado ó puesto en duda ni han examinado la Caldera de Tirajana, ni el barranco de Telde, ni han contemplado la parte del O. E., ni han subido al Teide, ni han visto las Islas de Lanzarote y la Palma. A haberlo considerado como yo habrían cambiado de opinión. Bory de Saint-Vincent no es un visionario ni un compositor caprichoso de cartas geográficas; la Atlántida debió existir, existió y si al trazar los contornos de aquel desconocido continente pudo equivocarse, abrazando mayor ó menor extensión de terreno, diseñando más ó menos exactamente las costas, eso no desvirtúa la esencia del hecho. El mismo Platón pudo haber sido engañado por los sacerdotes egipcios en la descripción de los pueblos que existieron en aquel mundo ignorado, en la ponderación de sus riquezas y carácter de sus habitantes; pero en el fondo de esa relación más ó menos adornada con las galas de la poesía, entre el exagerado colorido con que unas imaginaciones naturalmente vivas recargaron aquellos cuadros, se descubre un viso de verdad, que ante los escombros que de ella restan no se puede científicamente negar. Hércules no fué un semidiós: pero ¿se negará que pudo existir un hombre dotado de fuerza tan colosal que llevase á cabo hechos maravillosos y extraordinarios que le conquistasen el respeto de sus contemporáneos hasta el punto de acercarlo á la divinidad? Sansón no es un mito, nadie niega su existencia; su historia fielmente conservada en los sagrados libros se ha transmitido hasta nosotros; ¿quién duda que si la tradición se hubiera encargado solamente de revelarnos su existencia exagerando su fuerza y sus proezas, no habría sido colocado por la posteridad al lado del Hércules pagano?

Sin embargo, en contra de mi opinión se halla la del Barón Dr. en Filosofía K. Von Fritsch, el que ha hecho los trabajos geológicos más importantes sobre las Canarias; sus superiores conocimientos, el examen detenido y concienzudo que ha hecho de las Islas, harán que su opinión sea de un gran peso en las ciencias. En su primer viaje que hizo el año 1862 tuve el gusto de tratarle, después le debí la fineza de haberme obsequiado desde Alemania con los trabajos publicados sobre las Canarias y en 1872 tuve el gusto de volverle á ver y apreciarle más de cerca y estar convencido del gran favor que dispensó á mi patria tan eminente sabio como noble y distinguido caballero, de cuya amistad guardo el más grato y profundo recuerdo (1).

(1) Leyendo las obras completas de Platón, me dejé llevar de aquellas ideas sublimes: el relato es escrito de mano maestra, seduce á todo el que lo lee y yo admirando su descripción y ver analogías en las Canarias, le tomé como un verdadero historiador de la catástrofe

Hoy el fondo de esa inmensa dislocación es un valle escabroso pero bien cultivado, á un lado del que se levantan los dos pueblos de San Bartolomé y Santa Lucía, y al cual se descende, desde las más elevadas eminencias, por cuestas bastantes pendientes y por veredas muy difíciles, familiares solo á los habitantes del país, como son el *paso del Perro* y el de *la Lajilla*, siendo los mejores caminos el Paso de la Plata y las Vueltas de Taidia.

Me arranqué con pena de aquellos lugares, llenos para mí de objetos dignos de un profundo estudio, pero nos obligó á ello el aire húmedo que empezaba á hacerse sentir. Ya habíamos sido sorprendidos por un magnífico fenómeno de espejismo. Habiendo dirigido mi vista al horizonte, descubrí la taza de plata de Cádiz; pero dudando de este fenómeno, interrogué á uno de nuestros compañeros de expedición que hacía poco tiempo había ido á la Península y al preguntarle qué le parecían aquellas nubes, me contestó «esas no son nubes sino la imagen de Cádiz»; y efectivamente, no se engañaba, pues en varias veces que me he embarcado con rumbo á dicha ciudad se me ha grabado profundamente el aspecto que ella presenta al entrar en su preciosa bahía, el mismo que tuve el gusto de contemplar desde aquellas cumbres. Antes de emprender el descenso hicimos alto por algunos momentos en la casa de unos pastores donde tomamos leche y cuajada en abundancia; pero empezaba á anochecer y nos despedimos de la Cumbre con sentimiento, después de un día tan agradablemente pasado en el seno de la franqueza y la amistad, á la vista de una naturaleza imponente y fecunda en espectáculos grandiosos. Si aun vivo algunos años más, quiero recorrer de nuevo aquellos sitios con mayor detención estudiándolos en sus más insignificantes pormenores, buscando un rayo más de luz que esclarezca puntos todavía sepultados en la sombra de la duda. Ignoro si me estará reservada tal fortuna, pero en todo caso habré hecho algo por la ciencia y dejado el camino abierto á otros más inteligentes ó más dichosos.

A las nueve y media de la noche nos hallábamos de regreso en casa del Sr. de Llarena ante una mesa cubierta de magníficos manjares, cuyo delicioso perfume excitaba vivamente el apetito. Avanzámonos todos á ellos con un ansia devoradora, cual si no hubiésemos comido en todo el día.

Ya en aquella misma noche, y á la mañana siguiente, sentíamos en la piel un ardor molesto y una excitación general en el organismo, especialmente nuestras amables compañeras, cuyos rostros y manos, en

los puntos que el guante ó el tocado no habían cubierto, en gran manera congestionados, presentaban manchas escarlatinosas con tensión y dolor en la piel. Mi amiga la del sombrerillo roto había sufrido más que ninguna otra, pues los rayos solares al penetrar por la rotura habían producido en su cara una erupción flictenoídea con fuerte tensión y suma sensibilidad al tacto. Estos fenómenos terminaron al fin más ó menos pronto por una esfoliación de la epidermis, volviendo la piel á su estado fisiológico.

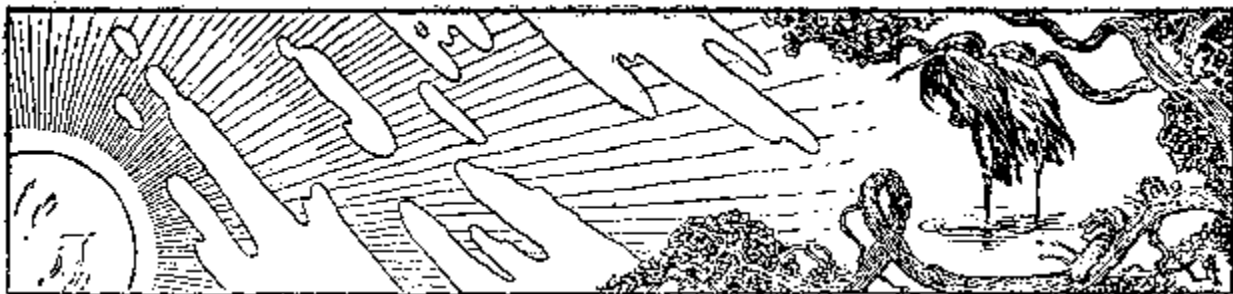
Ahora bien ¿qué consecuencias terapéuticas podemos deducir de estas condiciones climatológicas é hidrológicas? Innumerables, sin duda. Las congestiones crónicas y latentes de los órganos centrales, con especialidad los parenquimatosos, hallarían en estas circunstancias su cura radical. La atonía general y parcial, debida á la falta de incitabilidad nerviosa, la alteración y modificación de los fluidos por pereza de nutrición, las demacraciones, todas las enfermedades en fin que principian á desarrollarse debidas á ciertos vicios adquiridos ó congénitos que aún no han hecho su explosión pero que comienzan á disponer la economía para ello, como por ejemplo la tisis, el céncer, la gota y aun las afecciones escrofulosas y huesosas, encontrarían un poderoso agente modificador que impediría su desarrollo reaccionando favorablemente el organismo por medio de aquellos poderosos agentes naturales, únicos que producen efectos ciertos y seguros contra ese fárrago de charlatanismo que con unas cuantas píldoras y brebajes pretende salvar un individuo que necesita reconstituirse en todas sus partes.

La Gran Canaria, por su posición geográfica, su figura, la dirección de sus montañas, la colocación de sus valles, las corrientes de los vientos, la ausencia ó presencia de aguas corrientes ó estancadas, la amplitud y calidad de su vegetación, lo bien situado de las localidades, ofrece una serie de climas tan variados, que se hallan en ella desde el caliente hasta el frío con todas las temperaturas intermedias, en tal manera que en su corta superficie se puede encontrar y se encuentran en cada una de las estaciones del año temperamentos suaves, benignos, en donde los seres más impresionables á cualquier mudanza meteorológica viven y se desarrollan con una robustez y lozanía que prueban lo inalterable del clima en que se encuentran, y fuera de los cuales estarían expuestos á perecer en fuerza de las violentas oscilaciones atmosféricas que se experimentan en las altas regiones de aquella Isla.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)

atlántica, pero más adelante, tratando á célebres geólogos en los diversos congresos de ciencias á que he asistido y con sus observaciones, estoy convencido que el *Timeo* de Platon, es una sublime composición literaria, la que desaparece en presencia de los hechos, como lo he probado en mi capítulo sobre Platon.



LA MULA-ÁNIMA

Una de las preocupaciones más arraigadas entre los campesinos de la Argentina, en la región próxima á los Andes, es la que se representa en el título de este artículo: la mula-ánima.

Rafael Obligado tenía el propósito de consagrarle un canto poético, que no sé si ha llegado á escribir. De labios del autor de *Santos Vega* oí yo el relato de las aventuras de esa extraña bestia encantada, vagando eternamente por las asperezas de la cordillera, entre la nieve, bajo el rayo melancólico de la luna, llevando á los lomos fantasmas blancos é impalpables.

Historia de hechicería, su condensación caprichosa constituye una de tantas formas de la superstición popular. La población de los campos en todas partes presenta los mismos caracteres, caracteres cuyas manifestaciones difieren, pero cuya similitud de fondo al punto se echa de ver. Las brujas del Mediodía, los singulares mitos del Norte, formados de bruma, vaporesos y metafísicos, no son á la postre más que aspectos distintos que toma la cándida fantasía del pueblo, ese eterno niño medroso, al traducir las visiones de sus sueños.

También en la Pampa infinita hay brujas; no ha podido barrerlas el *pampero*, viento ciclónico que arrebatada en sus trombas las rancherías y hace cabecear violentamente al ombú. También por los contra-fuerzas gigantescos de las ciclópeas formaciones andinas vagan errantes, como habitantes de un mundo fantástico, seres de ensueño, seres de pesadilla. La mula-ánima destaca allí su silueta inquietante, dominadora de las heladas soledades. El viajero extraviado la ve venir, llegar, alejarse, sin poder tocarla jamás. Es un alma en pena, según la creencia de la sencilla gente

campesina. Está sentenciada á caminar sin tregua hasta el día de la redención, llevando sobre sí ginetes aéreos é invisibles.

El gaucho, ese nuevo centauro, en cuyo ánimo fuerte ninguna otra cosa pone miedo, habla de ella con temeroso respeto. El caballo veloz que le lleva en sus correrías por la llanura sin límites, si acaso llegara á verla retrocedería asustado. Nadie ni nada conserva la serenidad ante el misterio del otro mundo que va con la mula-ánima. Su paso silencioso y lejano traza una huella espectral desde las ingentes cumbres hasta las cabañas del llano donde, al pensar en ella, un terror religioso sacude á las buenas gentes. Sólo el condor la roza con su ala blanquísima, tan pura como la nieve.

Y la bestia encantada sigue, sigue su ruta incierta por entre las escabrosidades de la cordillera, deslizándose, batiendo el hielo con sus cascos luminosos, como avanzada de una cabalgata de místicas Walkyrias que nunca aparecerá. Sobre su grupa una forma indefinida se mantiene y prosigue un viaje loco, sin itinerario y sin término.

¿No pudiera verse en esa fantasmagoría altamente religiosa y poética un símbolo del destino humano? Así vamos nosotros, sin saber adonde vamos; nuestras cabalgaduras en vez de conducirnos rectamente al puerto de refugio, al templo de asilo, nos llevan á naufragar en las playas de la Muerte. Esta es la primera etapa del viaje: hacia la muerte, sí, caminamos; la mula-ánima camina hacia la redención. Nosotros, sin falta ninguna, llegaremos.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



DON AGUSTÍN MILLARES



Fué este ilustre historiador de Canarias un hombre verdaderamente excepcional entre nosotros. Dotado de inquebrantable perseverancia, de inteligencia poderosa, de enérgica y decidida voluntad, conservó hasta los últimos instantes de su vida, en medio del general decrecimiento y de la

apatía letal que nos consume ahogando en gérmen los mas grandes entusiasmos y esterilizando las más nobles iniciativas, aquella fe en los ideales, aquel respetuoso culto á las gloriosas tradiciones, aquel ardimiento en la lucha y aquella constancia en el trabajo, virtudes características de una generación ya extinguida de hombres entusiastas que fervorosamente lucharon por el engrandecimiento de la Gran Canaria.

Preciso es tener en cuenta el lamentable estado de postración en que se encontraba esta ciudad durante el primer tercio del siglo, y el aislamiento y la incuria en que vivían nuestros abuelos, tranquilos moradores de aquel «poblachón triste ó indolente de levíticas costumbres» descrito por la correcta pluma de nuestro inolvidable cronista D. Domingo J. Navarro, para comprender la importancia de la inmensa labor realizada por aquellos esclarecidos patricios que, venciendo innumerables obstáculos con la fuerza irresistible de la perseverancia y la fe y llevando á todas partes los beneficios de su poderosa y fecunda iniciativa, crearon museos, abrieron colegios, hicieron exposiciones, fundaron ateneos y sociedades artísticas, establecieron cajas de ahorros para los artesanos y asilos para los menesterosos, y dieron vida á importantes publicaciones, cambiando así el aspecto moral de este país y preparando el advenimiento de su prosperidad material.

Digno representante de aquella benemérita generación, D. Agustín Millares, leal y desinteresado patriota, periodista infatigable, literato de vasta ilustración, músico, poeta é historiador, tuvo siempre su inteligencia y su actividad al servicio del país, de tal modo que bien pudiera decirse que en el valioso legado de sus diversas obras dejarnos como el compendio y suma de las tradiciones y los ideales de este pueblo, de sus recuerdos más gloriosos y de sus más nobles aspiraciones.

¿Qué menos, por consiguiente, debemos hacer nosotros los jóvenes, recién llegados al campo de la lucha social que inclinarnos con veneración y respeto ante las cenizas de los grandes hombres de ayer y glorificar su memoria, recor-

dando su vida como provechoso ejemplo de virtudes y de abnegación?

*
**

Nació D. Agustín Millares en esta ciudad el 25 de Agosto de 1826 en el seno de una modestísima familia penosamente sostenida con el asiduo trabajo de un cariñoso padre. Era éste, D. Gregorio Millares, un humilde profesor de música, que, llevado de su entusiasmo artístico y soñando tal vez con la satisfacción de ver un día á su hijo maestro en el arte á que había consagrado sus amores, empeñóse en la tarea de iniciarle desde pequeño en sus misterios y bellezas. Poco tiempo bastó para que la vocación artística de aquél, despertada por la enseñanza paterna, le impulsara á ensanchar el campo de sus estudios, llegando en algunos años á aprender cuanto en Las Palmas pudiera entónces enseñársele, incluso la carrera del Notariado que siguió en la Escuela que existía aquí por aquel tiempo.

Pensó entonces en ir á Madrid, y vinieron providencialmente favorables circunstancias que, unidas al creciente entusiasmo del solícito padre al ver los rápidos progresos de su hijo, decidieron el viaje de éste á la Corte. En aquél ambiente más propicio que el del rincón humilde en que naciera, á la realización de los ideales de la inteligencia, saturóse su espíritu de los poderosos alientos de la vida moderna y se abrió á las ambiciones de los seres privilegiados que, poseídos de la fe y ayudados de la esperanza, emprenden la conquista de la gloria.

¿Tal vez si un desgraciado suceso no viniera entonces á apartarle del camino comenzado, su nombre que es legítimo orgullo de las Islas Canarias fuera gloria del arte universal! Pero ¿quién sabe si no le estaba asignada la misión de reconcentrar su espíritu en el estudio de la pasada vida de su pueblo, aplicando á ella los adelantos de las ciencias históricas para depurarla de viejos errores á la luz de la moderna crítica, y elevar á su país el monumento á cuya realización solo podía alcanzar su laboriosidad infatigable?

Solo dos años pudo permanecer en Madrid ampliando en el Conservatorio su educación musical. Murió su padre, que dejaba en el desamparo á una viuda con siete hijos pequeños, y aunque manos amigas le brindaron generosa protección si quería continuar en la Corte sus estudios, anteponiendo á todo el celoso cumplimiento de sus deberes filiales, despidióse tranquilo de aquel porvenir que se le presentaba halagador y sonriente, y regresó á su tierra.

Y empezó entonces aquella vida ejemplarísima y de portentosa actividad, durante la cual ni un solo día dejó de trabajar sin descanso para los suyos y para su país. Dedicado durante al-

gún tiempo á dar lecciones de música, con las cuales se proporcionaba el diario sustento, no abandonó, sin embargo, sus antiguas aficiones, ni dejó de cultivarlas con cariño. Nombrado socio de mérito del Gabinete literario, prestó constantemente su valioso concurso á aquella sociedad que era entonces floreciente centro de cultura. Iniciador ó patrocinador entusiasta de toda empresa que tuviera por fin principal difundir la ilustración en el pueblo, con el objeto de allegar recursos para la organización y fomento de una orquesta, para el establecimiento de una academia de música gratuita y para la fundación de una sociedad filarmónica, escribió varias obras teatrales que él mismo se cuidaba de enseñar á sus discípulos, dirigiendo luego los ensayos y las representaciones. Llamado por su patriotismo á la defensa de los intereses del país y por sus convicciones á la lucha en pró de la causa de la libertad, fué periodista en aquellos revueltos tiempos, acaso más dichosos para las ideas que los actuales. Colaboró en *El Porvenir*, primer periódico que se publicó en Las Palmas, allá por el año de 1852. Redactó después *El Canario* fundado por la Junta revolucionaria de 1854. Dirigió más tarde simultáneamente dos periódicos, *El Omnibus* y *El Canario*, y como si esto no fuera bastante á agotar las energías de la más incansable actividad, aún le quedaba tiempo para organizar la Biblioteca del Municipio, para dirigir la orquesta y la capilla de la Catedral, para pronunciar discursos en las veladas del Gabinete literario, para tomar parte en los trabajos de la Sociedad de amigos del país, para escribir novelas, poesías y piezas musicales y para registrar archivos y acopiar los materiales de su *Historia de las Islas Canarias*.

Algunos años después, al hacerse cargo de la Notaría que desempeñó hasta poco antes de su muerte, abandonó la vida activa del periodismo y las contiendas de los partidos políticos para dedicarse con asiduidad al ejercicio de su profesión; pero lejos de olvidar en el disfrute de una posición desahogada las tareas en que siempre se había complacido su espíritu de artista, fué entonces precisamente cuando recrudeciéndose sus aficiones, dió más claras muestras de su fecundidad inagotable en el cultivo de las bellas letras y de la ciencia histórica. En el término de diez años,—¡laboriosidad verdaderamente pasmosa, aquí donde nada estimula al trabajo intelectual!—dió á luz la *Historia de la Gran Canaria*, las *Biografías de Canarios célebres*, la *Historia de la Inquisición en las Islas Canarias*, y las novelas *Eduardo Alar*, *El último de los canarios*,

Esperanza, *Historia de un hijo del pueblo* y *Aventuras de un converso*, tres obras históricas y cinco novelas, con la aparición de las cuales coincidía la publicación en diversos periódicos de la provincia de un sinnúmero de cuentos, narraciones y leyendas, artículos y poesías.

Su inmensa labor literaria fué coronado por la publicación de la más importante de sus obras, la *Historia general de las Islas Canarias*. Obra de grandes dificultades la de escribir la historia de estas islas, en realizarla había puesto sus empeños desde los días de la juventud. Y desde entónces, con la firmeza propia de su carácter, sin descansar un momento, examinando cuantos archivos se abrieron ante su patriótica solitud, consultando viejos documentos y apolillados códices, recopilando noticias y adquiriendo libros raros y olvidados manuscritos, llegó á reunir una suma tal de materiales, que al fin pudo dar cima á sus intentos, publicando la primera *Historia general de Canarias*.

Cualquiera que fuese el juicio que á una crítica rigurosamente científica pudiera merecer esta obra, es indudable que ella representa un notabilísimo progreso sobre cuanto hasta la fecha se había escrito relativamente á Canarias, de cuya historia solo existían trozos de mayor ó menor mérito literario en las antiguas crónicas, meras recopilaciones de datos, y aun en la obra del ilustre Viera y Clavijo, cuyo título claramente expresa que no fué escrita con pretensiones de hacer una verdadera historia general.

* *

¡Hermoso ejemplo, como he dicho al principio, el que nos ofreció con su vida aquel hombre que á los setenta años de edad aún pudo conservar en el corazón los entusiasmos y en el cerebro el vigor y la entereza de los años juveniles! ¡Hermoso ejemplo para esta moderna generación que, padeciendo una verdadera anemia de las fuerzas intelectuales y dando inequívocas muestras de cansancio y decrepitud en plena eflorescencia de la vida, constituye una sociedad en prematuro y al parecer irremediable estado de descomposición espiritual!

¡Ah! Los que tengan fuerzas para proseguir la lucha, recuerden si alguna vez desfallece su ánimo, estas frases alentadores y elocuentes de Millares:

«Creer y esperar es la divisa de la humanidad. ¿Por qué la duda? La utopía de hoy es la verdad de mañana. Hagámonos dignos del porvenir, y ese porvenir es nuestro.»

J. FRANCHY Y ROCA.





róquis y notas

EL CARNAVAL EN LAS PALMAS

Para quien está acostumbrado á la *triste alegría* del carnaval callejero que en estos tiempos se celebra en las

ciudades europeas, el Carnaval en Las Palmas reviste especial originalidad.

No tiene las abigarradas muchedumbres ni presenta la orgía de colores que hicieron célebre el Carnaval de Venecia, y que inspiraron á Paganini la obra más brillante que brotara de su violín mágico, y que dieron asunto á mil maravillas del pincel y de la pluma; no hay en él el espectáculo de la interminable fila de coches en el Prado y las pedigueñas estudiantinas por todas partes que caracterizan el Carnaval madrileño; no hay en él nada que se parezca á la enorme aglomeración de gente que se estruja en la Rambla de Barcelona en los días de Carnestolendas, no; su encanto proviene de su carácter íntimo, casi patriarcal, de su verdadera alegría.

Las casas se abren, no para dar en ellas fiestas limitadas á cierto número de invitados que deban divertirse ó aburrirse en pretenciosos saraos durante un número de horas marcado de antemano, sino que se abren durante todo el día á todo el mundo ó poco menos. En ellas se entra, se bebe—esto copiosamente—se baila á los sonos del piano que toca el primero á quien se le ocurre, y cuando así le parece á quien de tal modo entró, se va para visitar otra casa, y otra y otra, hasta que el alcohol ó el cansancio producido por el baile ó la noche avanzada le obligan al descanso.

No hay necesidad de vestirse de máscara para tener y usar este *derecho de visita y bebida*, y, cosa rara: á pesar de las libaciones continuas y de los abusos á que tal costumbre se presta, no se da el caso de que la justicia tenga que intervenir en actos punibles en Carnaval.

Otra costumbre carnavalesca importada há pocos años de la vecina isla de Tenerife consiste en la *lucha* con *huevos-tacos*, huevos rellenos de serrín, de

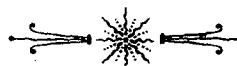
papelillos de colores y aun de harina con que se apedrean las gentes de buen humor; diversión á que se dedican con bélico furor las muchachas, que aprovechan el momento para vengarse de las felonías cometidas por el sexo feo.

Pasar por debajo de un balcón guarnecido por un pelotón de tales amazonas es ir á una derrota segura bajo la lluvia de proyectiles que estallan sobre la nuca, sobre la nariz, en todas partes, dando salida á su contenido de serrín. Hay algunos espíritus graves, algunos pensadores profundos y fastidiosos que se enfadan y encuentran tal *sport* poco grato ¡Desgraciados! Sobre ellos cae con mayor ímpetu que sobre nadie el fuego graneado de los *huevos tacos*, sobre ellos se ceba más implacablemente el granizar carnavalesco.

Tartanas y coches de todas clases, llenos de combatientes, cruzan por las calles, llevando en sendas cestas los proyectiles con que han de sostener la batalla á que les provocan las aguerridas y hermosas huestes que pueblan los balcones, y en el interior de las *fortalezas* resuena el chocar de las copas, los *sostenidos* de los cantantes—que abundan prodigiosamente en tales días cual si brotaran por generación espontánea—y las notas del piano que marcan el compás á los que bailan.

Así transcurren los tres días. Poco á poco, al avanzar la noche del martes, cesan los cánticos, se cierran los pianos y se apagan las luces. Allá arriba, en los barrios altos, aún se divierten los pobres y los trasnochadores. De las entreabiertas puertas de las casas humildes salen rumores de voces y guitarrero; alterna el exótico wals con la *isa* que nos recuerda la jota, y la voz que da al viento las notas melancólicas de la *malagueña del país*, que habla de amores, parece que canta el fin del Carnaval, el fin de la alegría.

ANTONIO GOYA.



Las colonias penitenciarias

EN CAÑARIAS

Mucho se ha declamado por los antropólogos contra las colonias penitenciarias; mucho se ha escrito en contra de la institución. La escuela positivista italiana, con el fatalismo que supone en la naturaleza del hombre, con la negación del libre albedrío, y la imposibilidad de regeneración y enmienda en el *criminal nato*, niega en absoluto ventaja alguna al sistema, pues el verdadero delincuente, el *congénito*, el que lleva en la sangre la levadura del delito, y en la frente el estigma de Caín, sigue tan criminal en la colonia penitenciaria como lo fué en la sociedad que le arrojó de su seno. Es más: las colonias penitenciarias representan para dicha escuela, la selección de la raza para vigorizar el crimen. Llevado á un determinado sitio el hombre delincuente por predisposición innata; tratado como un hombre normal; dueño de un campo y de una choza; consintiéndole establecerse y escoger su compañera, elige, como es lógico, entre las mujeres que encuentra á su alcance, y que son ó una ramera, ó una ladrona, ó una homicida, y con ella funda su hogar. El resultado de ese ayuntamiento no desmiente su origen: un fruto podrido, igual á la suma de tendencias mórbidas acumuladas por ambos cónyuges. O lo que es lo mismo, la colonia vendrá á representar al poco tiempo un plantel del crimen, un vivero del delito, perfeccionado por los antecedentes de raza y por el deletéreo ambiente en que se respira. De aquí la necesidad ineludible de la pena de muerte, que dicha escuela establece, como *credo* de su doctrina, como medida previsor de represión social, y la ineficacia de los establecimientos á que aludimos.

Pero todo se exagera, por regla general en las determinadas escuelas; todo se extrema, ya sean criminalistas, literarias, políticas ó económicas. Entre *La Tierra*, de Zola, ó *La Muerte*, de Octavio Feuillet, está *El Nabab*, de Alfonso Daudet, donde al lado de los infames, que servilmente explotan al protagonista, se halla este mismo, fruto vigoroso del pueblo, ó aquel empleado, cuyo nombre no recuerdo, dechado de honradez y de hidalguía. Entre la monarquía absoluta y las repúblicas del Sur de América, se encuentran países perfectamente regidos por unos y otros Gobiernos. Entre el proteccionismo rabioso de los Estados Unidos y las teorías del libre cambio, se hallan los sistemas intermedios, que allegan la riqueza á los países.

Indudable es que á la escuela positivista italiana le asisten fundadísimas razones para lo que afirma: el criminal congénito no se enmienda, como no se enmiendan de un golpe, desde luego, sin transición, los animales carniceros; pero indudable es que se modifican en la continuación de los tiempos. Entre el toro bravío del circo de lidia y el pacífico buey, media un abismo; entre el tigre y el gato, el lobo y el

perro, la cebra y el caballo, no existen términos de comparación. Y, no obstante, son animales procedentes del mismo tronco, pero á los que, el medio en que han vivido por un largo periodo de tiempo, ha llegado á modificar: que imposible parece que el templado y luciente acero, se componga de la misma materia que el tosco y quebradizo hierro.

No hay que negar que de las tres grandes jerarquías de delincuentes, *el criminal nato*, *el de ideación* y *el pasional*, el único redimible en la verdadera y genuina acepción de la palabra, es el último; pero de la misma suerte que la Medicina moderna con sus adelantos, arranca á la muerte millares de seres que al reproducirse empobrecen la raza, y, no obstante ello, constituye el mejor blasón de la Humanidad este esfuerzo. Aunque es innegable que en las Edades primitivas el tipo del hombre era más vigoroso que en la Moderna, puesto que abandonados á sí mismos, el débil tenía que desaparecer para que subsistiese tan sólo el fuerte, tampoco es posible discutir que tal selección natural sea el bello ideal de la vida. Lo contrario sería suponer más perfeccionado el sistema de las tribus salvajes, que el de las naciones civilizadas; preferible el de la madre espartana que ahogaba al nacer al hijo raquítico, que el de la cristiana que, mediante á sus desvelos, le imprime un hálito de vida; preferible á la doctrina del Crucificado, la del supremo egoísmo.

La humanidad, al subsistir, se ve obligada á llevar á cabo la misión que le está encomendada en este mundo. Ni ella se creó á sí misma, ni el tipo del hombre; en general, es el del ser eminentemente bueno, como no lo es el del criminal: rectas y torcidas tendencias, generosidad y miseria, valor y cobardía, constituyen nuestra compleja naturaleza, y por eso el hombre, para cumplir verdaderamente su misión, se ve forzado á respetar la vida de los demás, en tanto en cuanto directamente no se pone en peligro la propia; por eso la pena de muerte, verdaderamente ineludible en ciertos casos, se evade siempre que es posible; por eso al lado del cadalso se alza el presidio, por eso la colonia penitenciaria es indispensable. No es su único fin la regeneración del delincuente, imposible en ciertos casos: su verdadero objeto es el de servir de medio de transacción escogido por el hombre para respetar la vida de un semejante por una parte, y amparar la suya propia por la otra.

Obsérvase que los que atacan el sistema, lo estudian tan sólo bajo su faz exclusivamente antropológica, pero no económica ni social. Afirman que el verdadero criminal no se regenera, pero olvidan decir si se regenera ó no el país donde las colonias penitenciarias se establecen. Citan el caso de tal ó cual empedernido criminal que ha tenido una recidiva, cuando todo se había hecho para obtener su enmienda, pero se abstienen de decir si Sydney y Melbourne han surgido espontáneamente del suelo ó han sido resultado de la colonización penitenciaria. Ven el problema bajo un



BARRANCO DE AGAETE.

aspecto, pero por sus afecciones de escuela, rehusan el estudiarlo bajo otro.

Dada la existencia del delito, indispensable es la represión. Dada la imposibilidad de suprimir de la existencia á todos los criminales, precisos se hacen los presidios; y antes que sujetar en los mismos á los delincuentes á la vida horrorosa de la celda, mucho más humano es utilizar en un fin benéfico su actividad. Esto es indudable.

Nuestra patria, por inexorable destino, ha parecido condenada, durante todo el siglo que hace unas horas acaba de fenecer, á constituir un paréntesis entre los pueblos cultos. Primero Francia, y casi coetáneamente los demás países que caminan á la cabeza de la civilización, sintieron la necesidad, no sólo de las colonias penitenciarias, sino también de esos otros establecimientos destinados á la corrección de criminales jóvenes. Hoy la antropología criminal divide á los degenerados en dos grandes categorías ó familias: la de los *criminales natos* y la de los *criminaloides*, ó criminales de ocasión; clasificación, esta última, que abarca á los criminales de ideación y á los pasionales; y para estos últimos, los *criminaloides*, ha ideado ciertos correccionales donde logra obtenerse su regeneración y enmienda.

En este terreno, nadie como los Estados Unidos de la América del Norte ha llegado á un tan alto grado de perfección; sus casas de reforma, *Probation system* (sistema probatorio), han alcanzado fama universal y dado resultados asombrosos. Aprovechando las aptitudes del criminal, han logrado obtener un militar distinguido del que abandonado á sus instintos hubiera degenerado en un innoble asesino; un ban-

quero notable del que hubiera llegado á peligroso estafador, ó un policía admirable del que, sin una dirección adecuada, hubiera concluido en presidio por sus asaltos nocturnos contra la propiedad. ¡De tal suerte pueden aprovecharse las aptitudes individuales, por más pecaminosa que sea la actividad psíquica en el hombre!

Elmira Reformatory se llama el establecimiento modelo, que al efecto han construido, destinado á recibir individuos de dieciséis á treinta años, y en el cual han gastado la enorme suma de 1.885.565 dollars; y aun cuando en España, dada la situación financiera de la nación, sería casi pueril pensar en establecimientos de este género, ya que ni aún ha podido hacerse lo que el Código civil regula, para

represión de jóvenes viciosos, tiempo es ya de que se comenzara por la colonización penitenciaria que nada cuesta, y que, por el contrario, podría convertirse en breve tiempo en importante fuente de ingreso para el Tesoro público.

Existe en esta tierra española, tal vez más amante de la patria grande, que muchas de las provincias que forman parte integrante de su territorio, una isla que por lo benéfico de su clima, lo rico de su suelo y los grandes veneros de riqueza que encierra, está clamando á Dios por población. En poder de unos cuantos terratenientes que no viven en ella; con escasísimos habitantes dedicados al pastoreo; discurriendo por sus grandes quebradas y profundos barrancos cuantiosos manantiales que se pierden en el salado mar; despoblada de arbolado, lo que fatalmente aleja de su abrasado suelo el agua de la lluvia, sus extensas llanuras se asemejan á las de la árida Castilla ó mejor á las de la costa africana que se halla bastante próxima, pudiendo considerársela como la antesala del Desierto. Nada más triste que sus campos yermos, atravesados tan sólo por una piara de dromedarios, de los que hay gran número en el país por su facilidad para resistir la falta de forraje y la general carencia de agua. Habiéndosela llamado Herbanía (isla de la hierba), cuando el normando Sire Juan de Bathencourt tomó de ella posesión con sus denodados aventureros, no presenta hoy el más ligero vestigio de verdura, pues en ella, por sino fatal, la presencia del hombre civilizado ha sido el anuncio de la destrucción y de la muerte.

Y sin embargo, se trata de un país fértil, susceptible como el resto de la provincia de adelantamiento.

inusitado y rápido. Con unos cuantos cientos de hombres dedicados á explotar sus aguas, se convertiría en un verdadero país fructífero, pues tiene suelo superior al resto de las demás islas, es de mayor extensión superficial que Gran Canaria ó Fernando Póo, y mucho menos quebrada que el resto del grupo. Infinitas veces, con un ligero impulso, un país como un hombre se redimen. Hace veinte años, la provincia gemía en un verdadero aniquilamiento: sus hijos tenían que emigrar á América; la vida, por las circunstancias de los cultivos y los mercados de Europa, se hacía imposible, y bastó tan sólo que un hombre eminente viera claro en el problema, y la construcción de un puerto trajo la vorágine del movimiento del mundo entero, á éste, que se suponía país perdido para siempre.

Tal vez supongan algunos utópico esto que decimos, pero no es así. La isla de que tratamos, la más pobre del grupo, da, en los años excepcionales de lluvia, cuantiosas cosechas. Creemos imposible que los propietarios de esos inmensos terrenos inexplorados, donde existen magníficas canteras de piedra blanca para construcción, muy semejante, casi igual á la del Colmenar, que tanto se emplea en edificios suntuosos; con magníficas minas de cobre, yacimientos de cal, yeso y canteras de marmol; con alumbramientos de aguas potables, de excelentes condiciones para el cultivo, y con fecundos terrenos de greda, que sólo esperan el agua prolífica para devolver centuplicada la simiente que en ellos se lanzase, pusieran obstáculo alguno para ceder sus terrenos por un período más ó menos largo de años, mediante el beneficio incalcula-

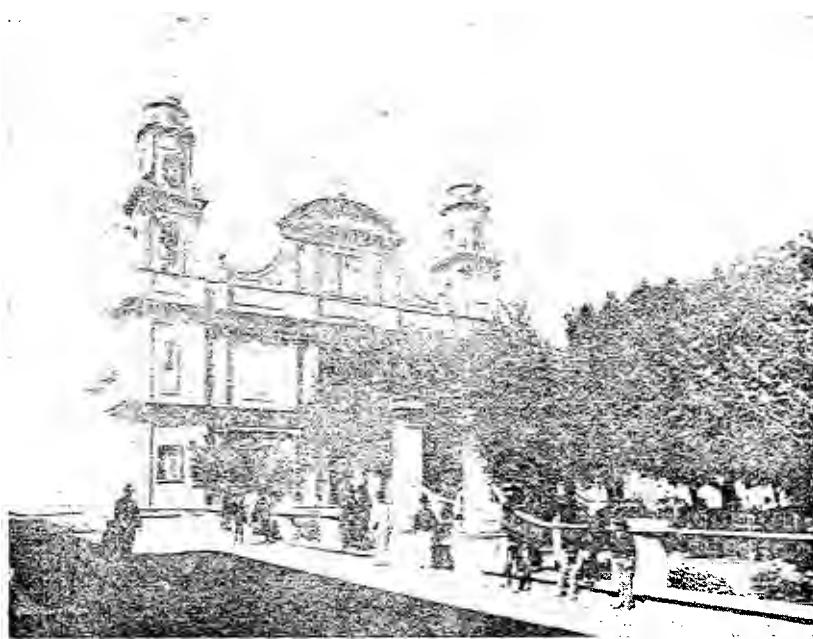
ble que habría de sobrevenirles de la fecundación de un suelo hoy infructuoso. Y precisamente ahora que soñamos con nuestra misión colonizadora en África; que hemos obtenido el reconocimiento de nuestra soberanía en Rio-Muni; que deseamos llevar población á esos insalutíferos climas, que ciertamente tienen los inconvenientes de los americanos, sin que se sepa que presenten sus inmensas pecuniarias ventajas, comencemos el ensayo por la colonización penal de la isla de Fuerteventura, que es el país á que nos referimos en Canarias, la que disfruta de elementos de vida perfectamente conocidos y ciertos, y temperatura inmejorable, y aclimatada que sea esa triste población penal, reclusa hoy en nuestras inmundas cárceles y presidios, verdaderas sentinas del vicio, llevémosla á poblar ese territorio del continente, y no á poblar sus necrópolis.

Como isla relativamente pequeña que es, un simple cañonero haría el recorrido de la costa, imposibilitando la fuga de los reclusos. Unos cuantos establecimientos de beneficencia para la asistencia de los enfermos; la ligera reforma de las poblaciones, importantes en otra época y hoy casi abandonadas y en ruina por la emigración á América, para habitaciones de los colonos, y se vería surgir la riqueza y la prosperidad al impulso del esfuerzo de los presidiarios, que obtendrían su regeneración y enmienda los reformables, y regenerarían el suelo los que no lo fuesen, pagando unos y otros su tributo de sudor y esfuerzo á la madre tierra.

FRANCISCO PENICHER Y LUGO.

Juez de Instrucción.

(De *El Foro Español*, de Madrid.)



IGLESIA DE SANTIAGO DE GÁLDAR.



HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

Mucho hablaron de la brevedad de la venida de España de Juan Rejón, del que se dijo que la cédula real fué falsa, que los testigos contra el gobernador lo fueron, y que sólo por venganza le quitó la vida; ya había émulos claramente contra Juan Rejón, y mayormente los tuvo después de la vuelta de las carabelas.

Hacia sus entradas contra los canarios con gran reputación, sin haber quien le fuese á la mano; tanto los oprimía que se venían á entregar á el Real con bastimentos, diciendo que eran pocos los canarios que quedaban y esos presto se darian todos y que no les maltratasen; solamente se mostraba piadoso con los rendidos y así por esta parte fué loado; iban los unos á convocar á los otros que se viniesen a ser cristianos que serían bien tratados y acabarían de trabajos, y lo hacían porque querían por mal. Y teniendo aviso Sus Altezas del estado en que estaba ya la isla en orden á la cristiandad, se intentó de enviar obispo á la isla para mayor aumento.

CAPÍTULO IX

*Llega á Canaria el primer Obispo Don Juan de Frias,
de Lanzarote.*

Por mandado de Sus Altezas vino á Canaria por obispo el señor don Juan de Frias; fué muy bien recibido por Juan Rejón con mucho acompañamiento; hospedóle en su casa, y en suma, se holgó de su venida por el aumento de la fe, y asimesmo le mandó á entregar muchos canarios que, sobresaltados de la muerte del Gobernador, venían más de temor que por amor.

Habiéndose ya dado cuenta de la muerte de Algaba y destierro del Deán, y que era solo por vengarse Rejón, enviaron Sus Altezas á un caballero natural de Jerez de la Frontera, llamado Pedro de Vera con provisión real á todos, así al capitán Juan Rejón, Alférez mayor, y Estéban Pérez, alcalde mayor, y capitanes, oficiales, aventureros y demás personas le reconociesen y obedeciesen por capitán general de la conquista de la Gran Canaria. Llegó á el Puerto de la Isle-

ta, onde estuvo dos días por su voluntad, sin venir á tierra, en el navío. Luego que fué llegado se supo todo y, viendo que no venía, fué Rejón y el alférez Jaimez y todos los caballeros conquistadores y otros muchos desde el Real á el Puerto, y le envió Rejón un mensajero á el navío dándole la bienvenida é que su merced gustase de venir á tierra; y luego vino y abrazó á Rejón y á Jaimez y á muchos, á todos haciendo muchos cortejos y mostrando gran contento y cariño, agradeciéndoles mucho su presencia; trajéronle á el Real de Las Palmas muy bien cuidado, y él enseñó sus provisiones á Rejón; fueron obedecidas y, vistas muy bien, no se halló cosa en contra, y hospedóle y regalóle en su casa y Rejón se mudó á otra. Rogóle y porfióle mucho el capitán Vera que no se apartase que en ella cabían ambos; él insistió en ello, diciendo que la posada era corta, que mejor estarían apartados.

Después de largas conversaciones y dos días después, dijo el capitán Rejón á el capitán Vera: «Me parece que Sus Altezas están mal informadas de mi buen proceder y así procuraré ir á España en el navío que vuesa merced ha venido.» Respondióle Vera: «Cierto que no es navío para eso, porque en él me ví en mucho peligro, porque hace mucha agua,» y dijo que presto vendría otro nuevo que esperaba de bastimento, gran velero, y que en él iría con mucho gusto y más sosiego y que en el interin gozaría de sus favores y consejos de hombre tan práctico, y que en ello hacía mucho servicio á Sus Altezas y á él gran merced; estimólo en mucho Rejón y hizo lo que el gobernador Vera le mandó con gran voluntad.

Hacia sus entradas contra los canarios el capitán Vera, todo por consejo y voluntad del capitán Rejón, con mucha paz y concierto. Después de cuatro meses llegó el navío que se esperaba con bastimentos y en él un hijo de el gobernador y capitán Vera, llamado Hernando de Vera, con gente para la conquista; y Rejón fué muy gozoso con algunos amigos suyos y se llegó á el Puerto á ver el navío, y entró en él acompañado de Hernando de Vera, el cual, habiendo estado dentro le dijo como tenía orden del gobernador su señor de prenderle y llevar á España; mandó que nadie le hablase ni le viese, poniéndole guardas; y luego el capitán Vera hizo proceso con escribano de cómo había degollado á el capitán y gobernador Pedro de la Algaba, sin tener poder para ello, y de el destierro del deán Bermúdez, su compañero.

(Continuará)

El Museo Canario

Revista semanal

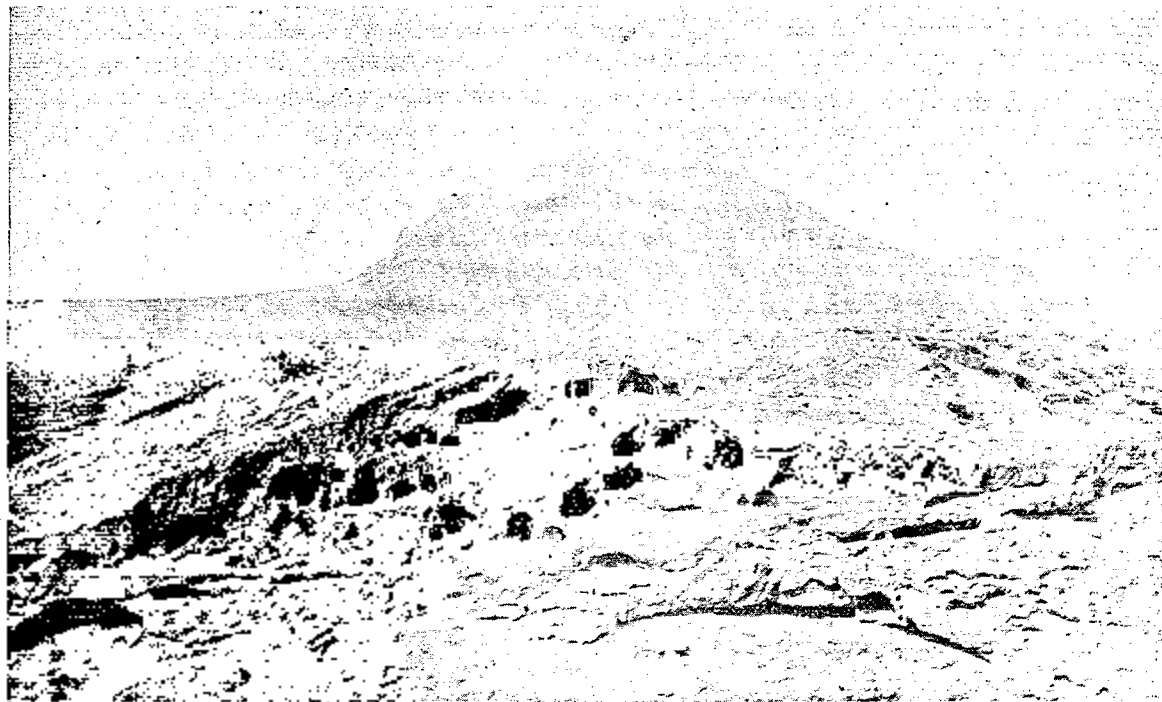
AÑO VI. NÚM. 112.



LAS PALMAS, 20 DE FEBRERO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 7



AGUMASTEL

De grandes é interesantísimos sucesos estuvo lleno el glorioso reinado de los Reyes Católicos, para que en su historia, ocupada en esa época en las famosas batallas ganadas por la reina de Castilla á Don Alfonso de Portugal defensor de los derechos de la hija de Enrique IV, dejase de pasar inadvertido el suceso histórico realizado por los portugueses enemigos de Castilla y los canarios perseguidos en sus hogares por un general castellano, en la solitaria playa galdarense que hace poco más de un siglo cambió su nombre aborígen de *Agumastel* por el castellano de *El Juncal*.

Fué por 1478... En la Península ibérica, castellanos y portugueses defendían en lucha sangrienta los derechos de Doña Isabel y de la Beltraneja á ocupar el trono vacío por muerte del rey impotente. En la Gran Canaria, el general Rejón, enviado con una flota por la Reina Católica á conquistar el pequeño reino ante el cual se había estrellado la codicia de Bethencourt el Grande, acababa de levantar en el valle del Guiniguada el Real Campamento de Las Palmas y disponíase á atacar á aquella noble raza que se apercibía heroica á la defensa en las cumbres y repliegues de sus montañas, dispuesta á sucumbir antes que ceder al invasor un palmo del jardín paradisiaco puesto por Alcorah para morada de sus hijos en las infinitas soledades del Mar Tenebroso.

Sabedor Alfonso V de Portugal de que á las Canarias había enviado la reina de Castilla á Juan Rejón

para que conquistase á Canaria, isla en la cual sus guanartemes habían fundado un reino, poderoso en su pequeñez, rechazando con bravura increíble cuantos ataques le dirigió Bethencourt y ganando con sus victorias sobre el conquistador de Lanzarote y Fuerteventura el título de Grande; envidioso de las conquistas que hacían los monarcas de Castilla y León; deseando poseer el archipiélago que la fama pregonaba como afortunado paraíso; y, sobre todo, hostilizar á la reina Isabel que á pesar de su juventud daba muestras de talento y valor extraordinarios y puesta al frente de su ejército exterminaba á los partidarios de la hija de su tío Don Enrique, (la Beltraneja), llamada por ellos *Excelente Señora*, derrotando á los portugueses y reconquistando las villas y castillos que habían caído bajo su poder; determinó enviar también una flota con cuatrocientos infantes á las islas de Canaria para que conquistasen para su corona el reino que Rejón se disponía á atacar desde el real campamento del Guiniguada.

Propusieron los portugueses apoderarse de la Gran Canaria, uniéndose á ellos con el ofrecimiento de *ayudarles á rechazar las tropas castellanas*, para luego posesionarse del reino en nombre de Alfonso V. Para esto, no pudiendo desembarcar por Las Isletas, puerto defendido ya por Rejón, determinaron ir directamente á Gáldar, capital de la isla y corte de su rey ó Guanarteme. Así lo hicieron, dirigiéndose al

Norte con sus siete navíos, tropas, víveres y municiones, echando anclas en el puerto de Agumastel.

Creo conveniente, para conocer la situación del puerto y población de Agumastel, dar algunas noticias acerca de lo que era entonces el cantón de Gáldar y la corte de Gran Canaria.

Tenía Gáldar veintidós grandes barrios y distritos, (*) diez de los primeros formando el centro principal de la población galdarense y los demás dividiendo el dilatado espacio comprendido entre la cadena de montañas que nace al N. O. de las rocas de Sylba y va á morir con las de Tamadaba al sur de San Nicolás, más allá del cabo del Descojonado, y la costa N. y N. O. de la Isla, desde el cabo del Descojonado á las playas de los Bañaderos.

Sobre la punta del Guanarteme, entre el mar y las montañas que cierran la llanura por el sur, recortaba en el cielo sus enormes facetas de pirámide egipcia el Ajódar, guardián eterno del pueblo de Andamana que se agrupaba al abrigo de sus faldas, hoy áridas y por cuyos flancos entonces trepaban los zarzales, retorcián sus troncos espinosos las euforbias y sacudían sus verdes cimeras los almácigos y los robles; elevadísimo monte que se levanta sobre las playas del norte de Gran Canaria como baluarte inexpugnable, como formidable fortaleza y atalaya de un pueblo que se agrupaba á sus plantas en torno del alcázar de sus guanartemes, para defender su libertad, sus leyes, su religión y sus costumbres, del poderoso conquistador que avanzaba por el valle del Guiniguada á usurpárselas en nombre de una religión nueva, de una civilización nueva.

Al pié del Ajódar y extendiéndose por sus faldas estaban situados los barrios que hoy se conocen con los nombres de Calvario y Rojas, y los que seguían por la parte meridional de la localidad hasta las orillas del arroyo de Gáldar, llamados actualmente San Sebastian, Audiencia, Toscas y Tapias. Por el NE, N, y O de Gáldar se encontraban los de *el Cabuco*, (único de la ciudad que conserva su nombre aborígen), de las Cánteras, dividido por varias barrancas en 5 *colomos*, y el de la Coruña.

Siguiendo por la costa de nordeste á oeste, toda ella cubierta de monte bajo, encontramos el distrito del Clavo y el de Sardina con su *Cerco de Gáldar*, sus caserías y cementerios; y, siempre alrededor de Gáldar, de Norte á Sur, por el Este, aparece sobre las crestas de la montaña Pelada, entonces cubierta de almácigos, un caserío, que con el que está situado en la punta de Marques, (al sur del puerto de Sardina y en el distrito de Agumastel), formaba la población cazadora y pesquera que surtía á Gáldar con su industria. Subiendo por el puerto y barranco de Agumastel se halla, á 75 minutos del centro de la Corte, la población grande de *Agumastel*, situada en anfiteatro en la falda meridional del monte de Almagro, toda ella formada de hermosas grutas y algunas casas de piedra seca. De este barrio distaba poco el de Agaete, entre los cuales se hallaban sus cementerios...

* *

No bien habían fondeado en Agumastel los siete navíos portugueses, cuando ya en Gáldar por noticias

(*) Capítulos de milímetro inédito *Noticias históricas de la Real Villa de Gáldar* publicados en el tomo VIII de *El Museo Canario*.

llevadas á su rey por el guaire de este distrito, se había formado un ejército que al mando del propio guanarteme Tenesor Semidan el Bueno, tomó precipitadamente las alturas de los puertos de Agumastel y *La Paz* separados por la punta de Marquez, desde donde comenzó un formidable ataque por parte de los canarios con hondas en las que disparaban pedernales afiladísimos sobre las tropas lusitanas, las cuales, en medio del mayor asombro de los aborígenes que creían fuesen soldados de Rejón enviados á atacar la capital de la Isla, desembarcaron sin disparar un mosquete bajo aquella lluvia de pildras que les causaba grandes heridas y no pocas bajas.

Atonito el Guanarteme ante aquella extraña conducta de los extranjeros y viendo llegar un parlamentario que haciéndose entender pedía paz, ordenó cesaran las hostilidades, recibíéndole en la gruta conocida hoy en el nombre de Cueva Lapa, el cual seguramente no es otro que el de la Paz. Por medio de intérpretes pudieron los portugueses hacer ver á los canarios sus intenciones de auxiliarles contra los castellanos. Los canarios, creídos de buena fé, los recibieron entonces llenos de júbilo, conduciéndolos en triunfo á Agumastel donde, mientras se enterraba á los muertos con grandes muestras de dolor por parte de los aborígenes, haciéndoseles honores y dándoles sepultura en la misma gruta que servía de panteón á los guaires de Agumastel, y se curaban solícitamente los heridos, eran obsequiados con leche de las *aridamanas* del Almagro, propiedad del rey, con *gofio*, frutas y pasta de miel de abejas con manteca de los mismos rebaños. Llevados por el Guanarteme á Gáldar y alojados en su palacio, hicieron el famoso tratado en el cual, para arrojar de la isla á los castellanos, convinieron atacarles en el mismo cuartel de Rejón; que saliera para esto inmediatamente la flota con las tropas lusitanas del puerto de Gáldar donde había fondeado cerca de la Caleta de Abajo, y se dirigiera á Las Isletas, y los canarios, por tierra, caerían al mismo tiempo sobre el real campamento castellano.

Viera y Clavijo dice ocupándose de este ataque de las fuerzas aliadas:

«Cuando el general *Rejón* y el deán *Bermúdez* avistaron al frente del puerto la escuadra muy empavesada, tocando clarines y disparando artillería, ni dudaron fuese de portugueses, ni desconocieron sus designios. Así no habiendo dejado en el real más que la guarnición competente, hicieron desfilar hacia el puerto el resto de las tropas y pusieron doscientos hombres en emboscada tras los matorrales y peñas de las *Isletas*: precaución útil, porque estando á la sazón el mar alterado y no teniendo los portugueses otras lanchas que las precisas para el desembarco de doscientos hombres, sucedió, mientras volvían á bordo, que los combatientes que estaban en tierra creyesen que ellos solos eran bastantes para derrotar á los españoles: esta imprudencia los perdió, y el general Rejón se aprovechó de ella, embistiéndoles vigorosamente, antes que pudiesen recibir otro refuerzo de la escuadra.»

Continúa el historiador hablando de la derrota de los portugueses y huida de la escuadra casi deshecha por el temporal, y más adelante escribe:

«Entre tanto, se había apostado un cuerpo de *canarios* sobre cierta eminencia que al mismo tiempo dominaba el Real de Las Palmas y descubría el puer-

to de las Islas. Bien observaban los bárbaros el silencio del campo español y las maniobras de la escuadra portuguesa. Bien veían que las playas estaban cubiertas de tropas vacilantes. Pero como no podían conocer la derrota de sus aliados, aunque la sospechaban, resolvieron despachar una espía á lo largo de la ribera para que examinase el estado de la invasión. Esta espía fué hecha prisionera por un soldado de á caballo, y entonces se supo la confederación concluida entre los canarios y portugueses: noticias que desde entonces llenaron á Rejón de mayores desconfianzas y le determinó á hacerles menos generosamente la guerra, talándoles las mieses y los higuerales, robándoles las ovejas y cautivándoles los hijos. Los portugueses tentaron nuevos desembarcos en la Isla infructuosamente, y los canarios se fueron retirando de los conquistadores sin atreverse á descender á las llanuras, contentos con dejarse ver en cuadrillas por los cerros más altos ó con hacer por las noches algunas tímidas irrupciones contra los que se fortificaban más y más."

*
**

Este episodio histórico de la conquista de la Gran Canaria, recuerdan el poblado y puerto de Agumastel que aún se conservan en el mismo estado que los dejaron sus moradores al ser arrancados de sus hogares y exterminados por el general Pedro de Vera de órden de una reina más poderosa y con el pretexto de enclavar una cruz sobre la enorme pira de sus cadáveres destrozados, la Cruz del Redentor que abrió sus brazos, silenciosa, sobre la desolada tierra que en un tiempo se llamó *afortunado Paraíso*.

Todavía se conserva Agumastel. Parece que en la brisa que rueda por las áridas lomas del monte, por el fondo sombrío de la barranca donde junto á los charcales salobres levantan sus rígidos brazos los *cardones* y crecen los juncos amarillentos que le dan su nombre, flota el espíritu de la noble raza vencida y exterminada; que en el interior de las grutas que muestran en la loma amarilla sus bocas vacías... resuena el *¡Sansofé, altacaite, faya!*, (*) del leal guanarteme Tenesor, al dar el abrazo de paz al traidor jefe lusitano que venía á robarle su reino con la falsa promesa de defenderlo contra el conquistador castellano.

Siguiendo en dirección á Agaete por el camino que une á este pueblo con la antigua capital canaria; no bien se oculta tras las faldas de Almagro el blanco caserío de la ciudad de los Guanartemes, agrupándose en piña á los pies del Ajódar, desparramándose luego y perdiéndose en el mar de verdura que semeja su vega, á la vista del viajero surge muda y desolada junto á la desolación infinita de la árida llanura,

la que fué hace quinientos años población populosa, el barrio más importante de Gáldar cuyo gobierno entregaba el gran *Sábor* en manos de un *gaire Guaire*.

Agumastel surge desde una de las vueltas de la carretera que cruza la solitaria llanura, escalonado, en anfiteatro, sobre las estribaciones del Almagro, bordeando luego el barranco de las Cruces hasta muy cerca de su puerto, donde aprisionada entre un semicírculo de altas rocas, el mar sin oleaje recoge las aguas salobres que corren continuamente por bajo los resecos junquerales. En la aridez del monte donde solo crecen algunos *cardones* y *tabaibales*, las innúmeras grutas de Agumastel de agrupan con sus puertas eternamente abiertas al Poniente como si todavía aguardaran en el ocaso de aquel *majec* con el que se hundió para siempre la libertad de aquel pueblo, el retorno de sus moradores... de los cuales aún se encuentran en su interior vestigios, cenizas, troncos de sabina carbonizados que conservaron siempre el fuego sagrado, molinos para hacer gofio, cacharros primorosos y *pintaderas*, restos de su civilización, sus huellas, los recuerdos de su paso por la peña atlántica donde ni sus huesos reposarán en paz... El cementerio de Agumastel, hermosa gruta llena de momias colocadas cuidadosamente, respetuosamente, á lo largo de sus paredes cubierta de pinturas, fué hace años descubierto por los obreros que construyeron la carretera que atraviesa aquellos lugares. La piqueta y el azadón hábilmente manejados hicieron polvo los despojos de aquel pueblo que desapareció por haber querido ser libre y que ni muerto tiene derecho á reposar en paz en un rincón de la tierra que le perteneció.

Agumastel y su barranco perdieron su nombre primitivo por el de las Cruces. Para mí es ésta la población aborígen más completa que se conserva del pueblo canario. A su puerto le llaman hoy del Juncal... Por aquellos lugares hay todavía *algo rico* que trae á la memoria el recuerdo melancólico de los que fueron... Los pastores de Almagro que habitan hoy en algunas grutas de Agumastel y usan muchos utensilios de los aborígenes desenterrados intactos de las cenizas, y que cuidan sus rebaños de cabras y ovejas en la misma montaña donde los hijos de Andamana cuidaban de sus *tarahanis* y *aridamanis*, y que llaman al zurrón de piel de cabrito *joli*, como ellos llaman á sus rebaños, al caer de la tarde, para conducirlos al aprisco que á los otros sirviera también de refugio, y en medio de la quietud serena de la noche el grito canario, enérgico, vibrante, con el gallardo acento de la lengua que supo gritar á Tenesor rendido *¡Foretrocquenay!*, resuena como una evocación en el fondo de la sombría barranca y en la infinita soledad del monte: *¡Guafah! Guafah! Guafah!*

(*) ¡Seáis bienvenido, valiente, hombre poderoso!



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS de la ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Se ha establecido por algunos meteorologistas la siguiente clasificación de los climas:

Primer clima ó clima inferior

EXPOSICIÓN DEL NORTE

Límites.—Desde el nivel del mar hasta 1500 pies sobre él.

TEMPERATURA CALIENTE

Máximum del calor en las costas al nivel del mar 30°
Minimum id id 16°1

Diferencia de temperatura con la del nivel del mar, según la altura de las situaciones, de . . . 1° á 2°

Estado de la atmósfera.—Brisas regulares variando del N. N. O. al E. N. E. Cielo casi siempre sin nubes. Algunas lluvias de Noviembre á Enero.

EXPOSICIÓN DEL SUB-ESTE AL SUD-OESTE

Límites.—Desde el nivel del mar hasta 2.500 pies sobre él; y aun más en ciertas localidades.

TEMPERATURA MUY CALIENTE

Máximum del calor en las costas al nivel del mar 33°,3
Minimum id id 18°,8

Diferencia de temperatura con la del nivel del mar según la altura de las situaciones, de . . 1° á 2°,5

Estado de la atmósfera.—Calma algunas veces interrumpida por vientos del O. ó del S. E. Cielo casi siempre sin nubes. Lluvias muy raras aún en el invierno.

Segundo Clima ó Clima intermediario

EXPOSICIÓN DEL NORTE

Límites.—Desde 1500 pies de altura hasta más de 5.000.

TEMPERATURA HÚMEDA

Diferencia de temperatura con la de las costas, según la altura de las situaciones, de 2° á 8°.

Estado de la atmósfera.—Brisas frescas variando del N. N. O. al E. N. E. Cielo casi siempre cubierto de nubes, sobre todo durante [el día. Brumas y neblinas frecuentes en estío. Tempestades y fuertes lluvias en invierno.

Observación.—Las nieves

que en la estación invernal llegan algunas veces al límite superior de este clima, se deshacen casi al instante.

EXPOSICIÓN DEL SUD-ESTE Y SUD-OESTE

Límites.—Desde 2.500 pies hasta cerca de 4000 y algunas veces menos, según las localidades.

TEMPERATURA CALIENTE Y SECA

Diferencia de temperatura con la de las costas, según la altura de las situaciones, de . . . , 3° á 6°.

Estado de la atmósfera.—Calma algunas veces interrumpida por los vientos del S. E. muy calientes. Cielo casi siempre sin nubes, solamente algunas neblinas en los valles poblados de árboles. Lluvias raras, tempestades instantáneas en invierno.

Observación.—La nieve llega raras veces al límite superior de este clima y se deshace al instante.

TERCER CLIMA Ó CLIMA SUPERIOR

Observación preliminar.—Las nubes se quedan ordinariamente estacionadas bajo la zona en la que se halla comprendido el tercer clima, y las brisas del mar ejercen poca influencia en esta altura:

Límites { 4000 pies hacia el sur } hasta la cima
de las mayo-
res alturas
Límites. Desde { 5000 pies hacia el norte } (11424 pies)

Temperatura.—Bastante caliente y seca durante el día; fría y algunas veces húmeda durante la noche.

Diferencia de temperatura con la de la costa, según las diferentes situaciones, de 9° á 18°

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)



UNA VISTA DE LA OROTAVA.

DON LUIS NAVARRO Y PÉREZ



De los grandes patriotas canarios cuyas semblanzas vamos escribiendo aquí, puede decirse lo que ha dicho Lamartine de los hombres de la Revolución. Cada uno llegó á su hora y cumplió su mandato, una especie de mandato de la Providencia, retirándose luego con la satisfacción incomparable del deber cumplido. La resultancia de su obra total fué el engrandecimiento de la Gran Canaria, que por ellos salió de los limbos oscuros de una semi-barbarie y empezó á vivir libre y próspera, dichosa y fuerte.

No conocieron rivalidades ni odios, así es que su acción desenvolvióse libremente, sin obstáculos. Unidos en el culto á la patria común, trabajaron juntos para servirla y encumbrarla. Estas inquinas de ahora, estas enemistades atroces, estas pasiones bastardas que nos dividen y nos matan, fuéronles desconocidas. Nadie estorbó á nadie.

Del Castillo, Jurado, Bravo, laboraron en los campos de la política, dentro de los cuales consiguieron, á fuerza de patrióticos esfuerzos, dejar bien servidos los intereses de la Isla; Déniz, Padilla, Melián y Caballero, ejercieron una influencia interior, que dió por resultado elevar el nivel de la cultura, fundar centros civilizadores, fomentarlos y prosperarlos; Millares y don Domingo J. Navarro representan ejemplos vivos de heroicas virtudes, ejemplos cuya falta irremediable tenemos que llorar sin consuelo en la presente degeneración de la raza; López Botas, el extraordinario López Botas, vino á ser en su tiempo, con su impetuosa actividad, su energía férrea, sus vastas iniciativas, sus planes gigantes, nuestro barón Hausmann, el transformador de Las Palmas. Y así de los demás.

¿Qué misión llenó un poco más tarde, agregado al grupo de los canarios distinguidos, el Dr. D. Luis Navarro y Pérez? Recordadlo, que no hay entre los hijos de Gran Canaria que hoy somos hombres ninguno capaz de haberlo olvidado. Recordad su figura, desaparecida hace pocos años, cuando más vigorosa se destacaba, gallarda de líneas, pura de contornos, luminosa, brillante, aun diría que centelleante. La intelectualidad de D. Luis Navarro dejó en pos, al extinguirse, resplandores de ocaso que todavía alumbran. Se puso el astro; mas su reflejo queda en nuestros cerebros deslumbrados y el tiempo, aunque lo debilita, no lo puede borrar.

Aquel artista disfrazado de médico era un clásico, un ateniense, un refinado de los mejores tiempos de la cultura helénica. El influjo que le cupo ejercer no se asemeja al de sus antecesores y contemporáneos los otros meritorios patricios, llamados á ocupar un puesto

en nuestra galería histórica. Era dicho influjo de muy diferente índole. El Dr. Navarro llegó también á su hora debida para desempeñar altísimo magisterio en el seno de la sociedad canaria, que ya había salido de la rudeza ó ignorancia infantil. Tuvo sus pujos de político, pero la politiquilla local no le absorbió. Yo creo que hubo de tomarla al estilo de un *dilettante*, como grato pasatiempo, ó que la aprovechó para lucir sus admirables dotes de esgrimista literario, de periodista de batalla.

Maestro de periodistas fué D. Luis. En una época en que la prensa estaba lejos de la evolución que luego la ha cambiado de forma y de fisonomía, en una época en que el periodismo político, encendido en pasión, batallador y bravo, constituía nuestra única escuela de prensa, el doctor Navarro batíase en las columnas de los periódicos locales—nadie presentía aún los diarios,—desde aquellas columnas convertidas en barricadas. Y se batía con una serenidad y con una corrección supremas, como los aristócratas que empuñan el fusil en las revoluciones.

La enemiga entre canarios y tinerfeños había llegado á su colmo, un colmo de mal gusto y de ridiculez. Nos enviábamos pelotazos de una y otra parte; los de Tenerife cantaban himnos al Teide, los de acá contábamos por los dedos los vapores que venían al puerto, y les dábamos con las cuentas en la cara á *nuestros jurados enemigos*. Ellos se burlaban del pobre Guiniguada, seco como un espárrago, y nosotros llamábamos Añaza á Santa Cruz creyendo haber dicho una gran cosa. En medio de aquella guerra, que parecía una guerra de teatro con armas de palo, con escopetas de morondanga, el doctor Navarro esgrimía elegantísimamente su espada cincelada, adornada de piedras preciosas. Su espada era su pluma, maravillosa pluma que yo hubiera querido heredar.

Entonces le conocí, y de él aprendí mucho. Sus artículos cortos, llenos de intención y de malicia, correctos hasta no poder serlo más, justos y brillantes, esmaltaban nuestras hojas políticas. Cuando él escribía en el viejo *Liberal* era día de gala. Conociásele al punto el estilo, y leíasele con avidez. Personalidad literaria bien definida, ponía una marca inconfundible en sus trabajos. La pureza, que no purismo, de la forma, el donaire y la buena ley del chiste, siempre urbano, siempre decente, la ática gracia, la inagotable vena humorística, la estupenda facilidad de producir, constituían sus caracteres principales como escritor público, y se repetían en su oratoria.

El doctor Navarro sentíase llevado a la política por vocación muy fuerte; pero solo á la política elevada, á la política de ideas. Cultivóla en Madrid, durante los años que siguieron á la terminación de su carrera, y no hay duda que habría ocupado un puesto de primera fila en el gran escenario nacional si voluntariamente no hubiese resuelto venir á oscurecerse en la vida

vegetativa de su provincia, de su isla. Aquí brilló, pero hubiera brillado más allá. ¡Lastima que un talento tan hermoso, tan expansivo, tan cultivado, tan resplandeciente, no luciera en competencia con los más señalados de la nación!

Y habría lucido, lo repito. ¿Quién que conociera al doctor Navarro dejó de reconocer sus eminentes facultades? ¿Quién no se le quitó el sombrero en homenaje á su inteligencia privilegiada? ¿Quién no le rindió pleitesía? ¿Quién no deploró, como yo ahora, su alejamiento de los centros nacionales donde se consagran y consolidan las reputaciones?

En Madrid triunfó desde el primer momento. Discípulo, y más que discípulo, amigo entrañable del marqués de Toca, el primer médico de su tiempo, llamado estaba á heredar su clientela. El marqués quería tanto á Navarro, tenía en Navarro tan ciega confianza, que en cierta ocasión digna de ser recordada no vaciló en enviarlo como reemplazante suyo á casa de unos nobles clientes, á casa de los condes de Santiváñez.

Nuestro novel doctor fuese allá en el mismo coche del ilustre médico su maestro, y al punto de llegar encontróse bruscamente detenido. El carruaje se paró, D. Luis se asomó á la portezuela, y vió que dos polizontes habían trepado al pescante y sostenían á un hombre derribado sobre el asiento. Aquel hombre era el cochero y el cochero estaba muerto, muerto de muerte fulminante. El percance causó tal impresión en la sensibilidad delicada del joven Galeno, que pensó por un momento abandonar la carrera recién concluida y hacerse abogado.

No creo que tuviéramos hoy motivos para lamentarnos del cumplimiento de esta resolución, caso de haberla llevado á cabo D. Luis Navarro y Pérez. Con todo de haber sido don Luis un médico excelente, paréceme que habría hecho un mucho mejor jurisconsulto. Su admirable palabra, dedicada á la defensa del derecho y la justicia, hubiera dado lustre á nuestro foro, honrado ya por letrados insignes. D. Luis tenía que descollar en cuanto estudiase ó emprendiese; pero su verdadera vocación eran las letras. Escritor, orador, profesor, sépase que no ha habido entre nosotros quién le supere. Cánovas se llamaba desterrado de la literatura en la política. D. Luis podía confesarse desterrado de la literatura en la medicina.

Como médico, sus éxitos en la Corte fueron numerosos y halagüeños. Ganó y desempeñó la cátedra de Anatomía en San Carlos, que hoy tiene á su cargo el Dr. Calleja. Condiscípulo de éste, de Cortezo y de Cortejarena, trabó amistad estrecha con ellos, que aun le recuerdan cariñosamente, viviendo en comunidad la alegre vida de estudiantes. Fué D. Luis Navarro ateneísta activo, de los que mas bullían, hablaban y discutían en aquella docta casa, donde tampoco ha muerto su memoria. Lanzado á la política, a la única que le agradaba, la seria, la impersonal, la doctrinal, dirigió un diario cuyo título era *La Opinión*, si no estoy trascordado, órgano conservador que respondía á las inspiraciones del conde de Cheste, amigo íntimo también de nuestro D. Luis.

Los rigores del clima madrileño pusieronle

en la necesidad dolorosa de regresar á Gran Canaria; digo dolorosa, por las razones que más arriba van expuestas. Aquí fundó *La Verdad*, periódico donde reflejaba su ingenio y que fué el primero en pedir la Restauración para curar los males de España. Muchos de sus artículos reproducíanlos los periódicos conservadores de Madrid. Restaurada la Monarquía, el Dr. Navarro y Pérez, fué nombrado alcalde de Las Palmas.

Fiel á sus convicciones, no dejó de ser nunca canovista entusiasta y ferviente; pero desengañado al cabo, viendo que era imposible hacer en Canarias política de altura, concluyó por meterse en su casa. Sus resabios de periodista le hacían salir, sin embargo, á veces, para entretenerse en aquel gracioso juego de alfilerazos de la politiquilla menuda, juego arriesgado en que no tuvo rival.

Sé que escribió algo, mas véome obligado á declarar que no conozco ó no recuerdo sus obras. ¡En cambio, cuántos y cuán soberbios discursos le oí! Hablaba de una manera pasmosa, con fluidez y castidad, acompañadas de una acción sobria y elegante. Su vena oratoria era continua, siendo además amenísimo conferenciante, seductor *causeur*. Cuando hablaba, aunque fuese con tono familiar en las tertulias de nuestras farmacias, luego formábase á su alrededor un corro atento y curioso. No tenía las fogosidades exaltadas de un tribuno, pero tenía el don de cautivar con la palabra, don irresistible. Por la limpieza de la dicción, por la impecabilidad gramatical, por la afluencia y la abundancia, recordaba á Martos. ¡Si se conservaran sus oraciones, qué puros modelos de elocuencia encontraríamos en ellas!

Como profesor de historia en San Agustín, tal vez perjudicáronle sus dos cualidades preeminentes, la ciencia y la facundia. Explicaba su clase en el colegio como un catedrático de Universidad, por todo lo alto. Elocuentes desarrollos narrativos, extensos juicios, magníficas síntesis históricas, puntos de vista filosófico-críticos, golpes de erudición y adornos anecdóticos, daban á sus conferencias un tono remontado y solemne. El catedrático olvidábase de la edad de sus alumnos, y los alumnos, en su inconsciencia infantil, dormíanse al arrullo de aquella armoniosa música, ó le exasperaban con su inquietud irreverente. No obstante, don Luis les hacía aprender historia.

¡Notable, notable orador! Imposible no rendirse á aquella su exquisita manera de decir. Yo recuerdo haberle oído un día hablar como perito ante el tribunal de la Audiencia, en un mezquino incidente vulgar, y obscurecer á los letrados, y embobecer á los jueces y al público, que á duras penas se reprimía para no aplaudirle.

Y un hombre tal, un maestro tan eminente, de tanta influencia en el desenvolvimiento de la cultura isleña, no sólo sufrió en vida los más amargos sinsabores y las más negras deslealtades, sino que ne ha obtenido en muerte la más modesta mención honorífica. Su nombre está olvidado, borrado, perdido. ¡Oh, ingratitud de los pueblos!

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.

RINCONES DE LAS PALMAS



Paisaje de San Roque

Acuarela de FEDERICO VALIDO

CARICIAS POPULARES

Al acabar de hablar Don Cayetano Marín sonaron algunos aplausos, pero fríos, sin entusiasmo, aplausos de amigos complacientes. Había sido el discurso una disertación razonada, ordenada rigurosamente, científica en grado sumo, y en ella había hecho el médico Marín una exposición clarísima de los estragos que hace en el cuerpo humano el alcohol, siguiendo paso á paso las enfermedades que á él se deben, desde su comienzo hasta su término en la imbecilidad, en la locura y en la muerte miserable del bebedor. Pero la oratoria del médico carecía de calor comunicativo, de los arrebatos grandilocuentes que enloquecen á las masas, de los períodos sonoros, campanudos, que se precipitan como una cascada de palabras y terminan en una explosión grandiosa, á guisa de función de fuegos artificiales, que acaba lanzando alaire una lluvia graneada de fuego, de colores vivos, de bengalas lucientes, de truenos y de estampidos.

No, la oratoria del médico no era de las que arrebatan á las muchedumbres, y menos que en cualquier otro había de producir efecto en el público que le escuchaba. Era éste, el público, compuesto casi en su totalidad de los obreros del puerto: cargadores de carbón, boteros, gente del muelle que habían acudido al circo atraídos por la novedad de un mitin á que se les había convocado especialmente, un mitin de propaganda contra el uso de las bebidas alcohólicas.

En el aburrimiento de la ciudad provinciana aquel mitin dominguero era un recurso para pasar la tarde. En las graderías del circo se agitaba inquieta aquella gente de muelle, esperando que tras el discurso tan aburrido para ellos del médico Marín, oyeran la voz de alguno de sus oradores favoritos, de alguno de los tribunos de las clases populares.

Los deseos de los rudos obreros se vieron cumplidos. Hacia la tribuna formada en el escenario avanzaba el abogado D. Nicolás Moreno. La figura del orador predisponía ya en favor suyo. Era el hombre alto, fornido, de amplias espaldas y levantado pecho, que cubría en parte la barba negra, larga, abundante, y llameaba en sus ojos un fuego que parecía acrecerse cuando su voz robusta y bien timbrada atacaba los *crescendos* de sus períodos. Moreno tenía sobre estas cualidades naturales el instinto de ponerse intelectualmente á la altura de sus oyentes. No decía nada determinado y fijo; no estudiaba ni analizaba realmente nada; no hacía más que pronunciar frases grandiosas, elocuentísimas y poéticas, pero vacías de sentido, sobre cualquier punto acerca del cual se le antojara ó le conviniera disertar. Por eso era idolatrado por la multitud.

Al presentarse en la tribuna el abogado, le saludó

el público con un aplauso entusiástico, con el gozo anticipado del placer que iba á disfrutar.

¡Qué palabras las que salieron inmediatamente de aquella boca! «¡Temblad,—decía—temblad por vuestros músculos, por vuestras fuerzas, que hoy os sirven para ganar dignamente vuestro pan, para defender vuestra honra mancillada, para ayudar á vuestro padre caduco, para mecer al hijo idolatrado; temblad por vuestras fuerzas; temblad por la salud y la alegría; temblad por vuestra vista que se ofuscará, por vuestra sangre que se envenenará; temblad por vuestra razón y por vuestra vida, pues de todo eso se apoderará el tirano á quien os entregáis, ese tirano que bate sobre vosotros sus negras alas y alarga hacia los hijos del trabajo sus garras teñidas de sangre!»

Los aplausos estallaban gigantescos á la conclusión de los párrafos, sin pararse nadie á considerar si estaba bien el pintar al alcohol como un tirano que tenía alas negras y garras, como si fuera un pájaro.

Con el discurso de Don Nicolás se acabó el mitin. Ya no había quien se atreviera á hablar, ni se le habría escuchado, caso de que lo hubiera, porque todo el público, en pie sobre los asientos, aplaudiendo, gritando y golpeando en las tablas del circo, seguía aclamando á Moreno que, al marcharse á la calle, arrastró tras sí á una porción de cargadores que le victoreó con entusiasmo.

*
* *

Allá por la noche, todavía saboreaba Moreno el triunfo alcanzado por la tarde.

Era el abogado hombre ambicioso, y hacía tiempo que tanteaba la mejor manera de entrar en la política batalladora de su tierra. No se limitaban sus aspiraciones ni siquiera al cargo de diputado á Cortes: quería más; pero bien se le alcanzaban las dificultades que tenía que vencer para dar este paso importantísimo de su futura vida pública. Estaba la política de su pueblo secuestrada en manos de unos pocos que habían hecho del caciquismo una máquina admirablemente organizada para detentar el poder. Los diputados elegidos, ruedas secundarias de la máquina, eran siempre los mismos; y contra esta costumbre, contra esta ley impuesta por los mangoneadores de la política, se habían hasta entonces estrellado las ambiciones de Moreno.

Pensaba el abogado que quizá le fuera necesario hacerse elegir concejal en las próximas elecciones municipales, aunque el cargo le repugnaba sobre manera creyéndolo muy inferior á sus méritos, porque en el Ayuntamiento podía emprender una campaña que, al mismo tiempo que le atrajera el favor de las

clases populares, le proporcionara ocasión de imponer condiciones á los caciques, amenazándoles con tirar de la manta que encubría algunas atrocidades administrativas de que eran autores los caciques mismos. Después ya se pensaría en la diputación á Cortes, aunque hubiera que desbancar á alguno de los diputados *vitalicios*.

Acariciando estos proyectos ambiciosos se iba encaminando poco á poco el abogado hacia el Barrio Alto. ¿Qué le llevaba allí? Ni él mismo lo sabía con certeza, pero había en ello mucho de instintivo. En el Barrio Alto, lleno de tabernas y de mujeres alegres, estaban á aquella hora, como todos los domingos, los obreros del puerto que por la tarde atronaban con sus aplausos el circo.

Cuando Moreno entró en la calle Larga, que atravesaba de extremo á extremo el Barrio Alto, salían de las tabernas cantos báquicos, veíanse en las aceras grupos de obreros y gente de mar conversando alegremente, cantando, alborotando. Uno de los grupos, al conocer al abogado, le llamó con insistencia, le victoreó y, quieras que no, le introdujo en una de las tabernas más espaciosas. En vano fué que Moreno se resistiera; la ola popular le arrastró, y aquellos energúmenos, alzando sus copas de ron, gritaron á coro: «¡Viva Don Nicolás! ¡Viva el amigo de los pobres!»; y se empeñaron á porfía en ofrecer á Moreno una copa «de lo que quisiera».

Y no le sirvieron protestas ni recordar que aquella misma tarde había condenado el vicio de la bebida. Sin saber cómo, se encontró con una copa en la mano, y sin saber cómo también, quizá por el afán de terminar pronto aquella escena, la apuró de un trago entre los aplausos de los circunstantes.

¿Cómo á aquella copa siguieron otra y otra? No es fácil averiguarlo. Entre la escandalosa gritería de los marineros y los trabajadores, iban las copas de alcohol barato á manos de Moreno, y éste, rechazando algunas y bebiendo las más, peroraba, haciendo una segunda edición, en estilo familiar, de su discurso de la tarde. Hambriento el hombre de popularidad, era aquella manifestación ruda y cariñosa de la gente que le rodeaba un néctar delicioso que bebía ávidamente y que no le hacía reparar en el alcohol infernal que tragaba al mismo tiempo.

Sobre los ruidos de aquella orgía en que como en un mar tempestuoso se iba á pique la serenidad de Moreno, resonaba un canto pausado, de cadencias majestuosas, que entonaban con gran maestría musical tres marineros alemanes, después de haber bebido una cantidad incalculable de botellas de cerveza. El terceto se componía de un tenor feo y rechoncho, de un bajo lampiño y flacucho y de un barítono de admirable barba rubia, hermosó ejemplar de varonil belleza germánica.

A media noche, Moreno y los quince ó veinte cargadores del muelle que le rodeaban estaban ya borrachos. Entonces se les ocurrió bajar á la parte central de la población. En el estrecho y empinado callejón por donde caminaban haciendo eses, se asomaban á las ventanas los vecinos, alarmados por los gritos atronadores y aquellos cantos del terceto alemán, que se había agregado espontáneamente á la expedición. Los alemanes ya no cantaban tan bien como antes: el tenor cantaba un tono más bajo y el bajo un tono más alto de lo que les correspondía. Sólo el hermoso barítono cumplía á conciencia su deber.

Siguiendo al grupo alborotador iban los dos guardias municipales de servicio en el Barrio Alto, que dejaban en paz á los borrachos porque no se atrevían con tantos; pero tan pronto llegaron al final del callejón y se vieron en la parte mejor de la ciudad, tocaron sus pitos, y al momento tuvieron á su lado bastantes municipales y serenos para emprender la tarea de meter en cintura á los cargadores que acompañaban á Nicolás Moreno.

Pero la tarea no fué nada fácil: los trabajadores se resistían heroicamente á dejarse llevar á la prevención. El mismo Moreno, en quien la borrachera y la compañía de los cargadores había desarrollado flamantes pujos de combatividad, peleaba con furia, gritando:

—¡Esto es un atropello brutal, un atentado á la libertad del ciudadano! ¡Protesto! ¡Abajo la tiranía!

Y todo el coro de borrachos gritaba con ímpetu:

—¡Abajo la tiranía!

Pero la autoridad municipal triunfó al fin, y don Nicolás Moreno, los cargadores del puerto y hasta los filarmónicos marineros alemanes, dieron con sus cuerpos en el Ayuntamiento.

El pobre abogado hizo su entrada en la Casa del Pueblo hecho una lástima. Ya no sólo no tenía fuerzas para resistirse á los municipales, sino que le faltaban hasta para andar, teniendo que ser conducido casi en vilo entre dos serenos.

Por consideración á don Nicolás, á quien todo el mundo conocía, se le separó de los demás y se le introdujo en el cuarto destinado á botiquín municipal; á los demás se les metió en la prevención.

En el gabinete del botiquín dieron á Moreno agua con amoniaco, y aquello aclaró brevísimos momentos su inteligencia, y por ella pasó como un relámpago el sentimiento de la muerte de su vida política. En aquel pueblo, más hipócrita que virtuoso como todos los pueblos medianos y pequeños, su borrachera indecente y la batalla sostenida con los municipales al bajar del Barrio Alto le hundían para siempre. ¡Cara pagaba su afición á la populachería!

La acción del amoniaco duró sólo un minuto. Volvió la borrachera á apoderarse imperiosa de Moreno, que

estremeciéndose en el sillón en que se hallaba sentado gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Abajo la tiranía!

Y de la prevección vecina, de la sala que los chuscos del pueblo llamaban la «Cámara de meditaciones» se alzó un clamor formidable, salvaje, un conjunto de voces aguardentosas que contestó aullando:

—¡Viva Don Nicolás! ¡Abajo la tiranía!

Sobre los últimos ecos del grito subversivo se elevaron los pausados compases del terceto alemán. El tenor, por atacar con brío los agudos, prorrumpía en gallos horrorosos; el bajo, al pretender dar las notas graves, producía sólo un gorgoteo indefinible, una especie de gruñido que se ahogaba en cerveza más abajo de la garganta. Sólo el barítono seguía impasible, cantando con absoluta afinación, como una máquina que no pudiera emborracharse ni contagiarse de la locura de los que le rodeaban.

ANTONIO GOYA.



PALACIO EPISCOPAL DE LA LAGUNA.



HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

Luego se fué en casa de Rejón y le inventarió sus bienes, que son estos: cuatro caballos con sus sillas y frenos, cuatro adargas, cuatro pares de corazas, cuatro cotas de malla, doce paveses y doce rodela, tres docenas de lanzas y una caja grande ó arca de aparejos de jineta, cascos, riendas, cabezadas, muchas espuelas, estribos, látigos, cinchas, pretales, riendas diferentes, dos adargas aforradas en seda y clavazón dorada, dos arcas de ropa asaz buena, dos jarros de plata, cuatro tazas y un salero, doce cucharuelas, dos paños de corte ó reposteros y otros dos no tan buenos, mesa y sillas. Sólo la cama le llevaron á el navío, y también doce cubiletes de plata le quitaron, dos bufetes, doce sillas y otras baratijas de la casa. Todo se puso en almoneda, y con brevedad lo remataron; lo más llevó por sí de ciertas cosas precisas para alojarse el gobernador Vera. Consolaba á Rejón por mensajeros y á sus amigos de que aquello le era forzoso hacer, que Sus Altezas estarían bien mal informados, que por tanto servicio le premiarían confesando la verdad y mostrando que por ello le pesaba. Proveyó el navío de regalos para el viaje á costa del capitán Rejón y despachóle á España, remitiéndole preso á Sus Altezas, y á Esteban Pérez y á Rui Diaz.

Los capitanes, alféreces, oficiales, sintieron la liberalidad en la falta de arrojo, refiriendo los peligros á que se expuso y los libró el buen Rejón, y llegaron á quererse dividir y hubiera de haber motín de soldados contra el gobernador Vera.

CAPÍTULO X

Prenden al Capitán Rejón, remítelo á España el Gobernador Pedro de Vera.

Queriendo, pues, el Gobernador Vera proseguir en las entradas que solía, parece que hallaba estorbos en los naturales que estaban todos no tan diligentes en convocar y llamar á los suyos á ser esclavos de los más robustos, porque le

parecía no se viese el fin de la conquista: acordó de echar fuera del Real y de la Isla los que más osados le parecían, y previniendo dos navíos, por saber la oposición que había de tener en ello, convocó Pedro de Vera á todos los canarios cristianos que venían á el Real y díjoles que era voluntad y servicio de sus Altezas que se hiciesen entrados en Guaneche ó en los Guanches. Comenzaron á recelarse y así por sosegarlos les prometió de cumplir el buen trato y fe de mirar por ellos y primero se lo juraría por Ntro. Dios (como ellos que gentiles juraban por el Tirma y por amago). Haciendo el Gobernador ir todos á la puerta de San Antón, hizo á un clérigo poner sobre una patena una hostia por consagrar detrás del altar mayor y cerca de la puerta hizo á voluntad de ellos, y que fuesen á Tenerife y serían siempre con socorro y las presas para ellos y que se volverían á Canaria. Fué luego creído este juramento, y andaban unos á otros apellidándose; juntaron más de los que se juzgaba, y á haber otro navío, fueran más de doscientos que eran los que voluntariamente querían ir; y este día se fueron á embarcar á las Isletas y Pedro de Vera escogió algunos ciento, y los demas quedaron muy tristes y más Pedro de Vera por no tener navíos para los otros.

Salieron la mar afuera cerca de noche y había algun viento, que navegaban bien, mas después de dos días, no viendo tierra los canarios en viaje ó travesía tan corta (que se vían las olas batir desde Canaria), juzgaron ser engañados y dijeron que los volviesen á Canaria ó que les desfondarían los navíos, y, al vivo á ejecutar, habiendo uno cogido una hachuela y otros otras armas que hallaron, y teniendo miedo la poca gente que con ellos había, pues no eran más que marineros y piloto, dando la vuelta para Canaria, arribaron sobre Lanzarote, porque iban vuelta al noroeste á España, que era la orden que les dió Pedro de Vera. Pues como se viesen sobre el puerto del Arrecife, andando á la vela un navío más cerca de tierra, todos los canarios se arrojaron al agua y nadando salieron á tierra; los del otro navío surgió con ellos y vinieron á tierra y dieron los marineros disculpa de no haber ido á donde eran enviados, que era á Tenerife, por la tormenta; aunque algunos canarios hubieron de poner las manos á otros del navío, casi fueron contentos de verse libres de ellos.

Alzáronse del Arrecife los dos navíos con la ropa y todo matalotaje y quedaron en Lanzarote los huidos. Diósele aviso á el capitan Diego de Silva, portugués, que á la sazón era casado con Doña María hija de Diego de Herrera, y sabido

en Canaria, fué mandado del Gobernador Pedro de Vera no fuese á ella ninguno de aquellos pena de la vida. El buen Silva, acordándose de Guadatheme y su buena acogida, les correspondió bien; ninguno de estos volvió á Canaria hasta que estuvo pacífica, y de aquí algunos voluntariamente pasaron á España y otros á Portugal, que después volvieron; dióles buena acogida vistiéndolos y dándoles onde estuviesen todos juntos.

Los amigos compañeros que quedaron en el Real preguntaban cada instante por sus deudos; deciales Pedro de Vera que aun duraba la conquista ó el asalto, que presto vendrían; á tiempo que llegaron á saber de Lanzarote como quedaron desnudos en tierra y los navíos se habían alzado; hubieron de desesperar y se fueron á el monte renegando contra los castellanos prometiendo primero morir que vivir entre gente tan depravada y traidora; convocaron contra nosotros graves injurias, indignándolos á todos y así fué después la conquista muy sangrienta.

Y siempre que se hacía entrada costaba peligro el hacer algo de provecho, y habiendo ido en busca de ganado á la costa del Bañadero, costó de los españoles siete y más de cuarenta heridos, y de ellos muy poco ó ningun daño y vinieron huyendo á el Real y quedaron muy sentidos de ver la poca palabra y fidelidad; y tuvo el Gobernador Vera arrepentimiento de lo que había hecho. Dió aviso á sus Altezas de la falta que había de gente y cómo los canarios amigos se habían alzado y todos rebelado, y que se venían á el Real á acechar y á matarnos, y otros á desafiar y retar hombre á hombre con gran desahogo diciendo palabras feas y de provocación.

Sabido eso por sus Altezas sintieron mucho la rebelión y no tomándolo bien lo disimularon por su amor mucho á el Gobernador Vera por ser buen caballero y valeroso.

CAPÍTULO XI

Incíase á Canaria socorro de España para la Conquista.

Acordaron los Reyes Católicos de inviar á el Gobernador Vera socorro á Canaria de armas, víveres y gente, y aprestáronse tres navíos que los Maestros de ellos fueron: Mosén Pedro Francés, decía ser pariente de los que vinieron con Bethencourt y fué casado en Lanzarote; otro Cristóbal de Medina que se casó en Canaria, y otro Sebastián de Garay que casó lo mismo; vendrían poco más de doscientos hombres de á pié y á caballo y cincuenta hijos-dalgos aventureros á la fama del pregón de que repartirían tierras

y propiedades; parientes y amigos de capitanes y oficiales que primero habían venido y eran soldados veteranos que habían servido en la batalla contra el de Portugal Alfonso V. Un navío de estos se perdió en la Arrecife de Lanzarote, mas la gente salió y llegaron á Canaria; fueron bien recibidos y los canarios admirados dijéronles sus espías que era mucha más gente que la que había venido, y preguntaron:—¿Pues en que vinieron? que en dos pequeños navíos no puede ser.—Respondieron que aquellos navíos eran diferentes á los otros, porque lo que descubrían fuera del agua era la cabecita no más y que el cuerpo sería como la Isleta. Diéronles crédito, temieron y se retiraron y fueron á hacer junta ó consejo de lo que harían y en él presidió el esforzado Doramas, por haberse hospedado en un bosque de grande arboleda él y otros sesenta que hacían rostro contra Guanartheme con seiscientos cuando vino sobre él, por haberse hecho capitán sin su voluntad, mas dándole disculpa que por los españoles y defender la patria lo hacía, mas siempre se recelaban unos de otros. Acordó Doramas y los suyos hacerse fuertes contra nosotros en un alto risco que está junto á un pueblo llamado Arúcas. Lo mismo hizo el Señor de Telde y el de Gáldar que temieron irían á hacerles algún daño con tanta gente de refresco.

Pues para que temiesen y castigar algunas de sus insolencias se dispuso de ir á darles un asalto. Juntó el Capitán Pedro de Vera toda la gente que vino y de la que aquí tenía y formó su campo en busca de el enemigo la vuelta de Arúcas, y llegando á una loma alta, se vió á vista á el enemigo que estaba fortificado sobre unos riscos pendientes; los caballos iban delante haciendo más campo de gente que la que íbamos; comenzó á bajar hacia ellos por la cuesta abajo que dicen el Valle de Tenoya, subimos las lomas altas que van hacia Arúcas, onde se vinieron á el encuentro y con coraje se venían á meter por las armas; el Doramas se señaló con su espada de palo tan fuerte como una partesana, tan grande que un español después no podía jugarla con dos brazos aunque era bien fuerte y alentado; y él la volvía y revolvía con una en forma de rueda que nadie le podía entrar ni aún con lanza porque desharretaba los caballos y así se guardaban de él. Tiraban lanzas de tea, todo á puño, que pasaban el escudo y un hombre parte á parte, y lo peor, fuertes pedradas á brazos muy grandes y ciertas como tiradas con ballesta.

Fué Dios servido que no perecieran aquí los cristianos porque realmente hubiéramos todos de perecer sino fuera Vera y otros caballeros que,

como desesperados y hombres sin remedio, todos á una arremetieron con Doramas solo, y enristrándole las lanzas lo mataron dándole la primer lanzada por el costado, que si fuera uno el que á él acometiera no le matan, porque dando un salto se escapa luego; cercáronle y así le dieron fin y con la batalla, pues viéndole muerto huyeron los canarios; deshizo el fuerte que tenían allí en Arúcas ó cerca. El Gobernador hizo cortar la cabeza á Doramas y traerla puesta en una lanza y hizo ponerla en la Plaza de el Real que era la de San Antón.

CAPITULO XII

Viene á Canaria el Capitán Juan Rejón y pasa á la Gomera onde lo mataron

Pocos días después llegó á el Puerto de las Isletas un navío de armada que esperaba á otros en que venía el capitán Juan Rejón; turbóse Pedro de Vera, puso espías por toda la marina y que no saliese á tierra; alegráronse los amigos viejos que aquí vieran ser causa de alguna desgracia, mas se atajó con buen consejo.

(Continuará)

DONATIVOS AL MUSEO CANARIO

Diciembre de 1900

Una concha bivalva semi-fósil, del género *Pecten*, clasificada con el nombre de *pecten corallinoides*, encontrada en las escavaciones hechas en la plaza de la Feria de esta ciudad. Donada por D. Mannel Naranjo y Sánchez.

Un molusco del género *Nassa*, clasificado con el nombre de *nassa reticulata*, encontrado en esta ciudad. Donado por D. Manuel Naranjo y Sánchez.

Un pájaro de Africa, conocido aquí con el nombre vulgar de *cardenal amarillo*. Donado por D. Bartolomé Apolinario.

Un pez del género *Torpedo*, clasificado con el nombre de *torpedo marmoratus*, conocido con el nombre vulgar de *tembladera*, cogido en las playas de San Cristóbal. Donado por D. Juan Bautista Santana.

Un trozo de carbón mineral con una especie de esponja adherida al mismo, extraído del fondo del mar en el puerto de la Luz. Donado por Don José Champsaur.

Una espátula blanca, cogida en esta isla. Donada por D. Manuel González Avilés.

El Museo Canario

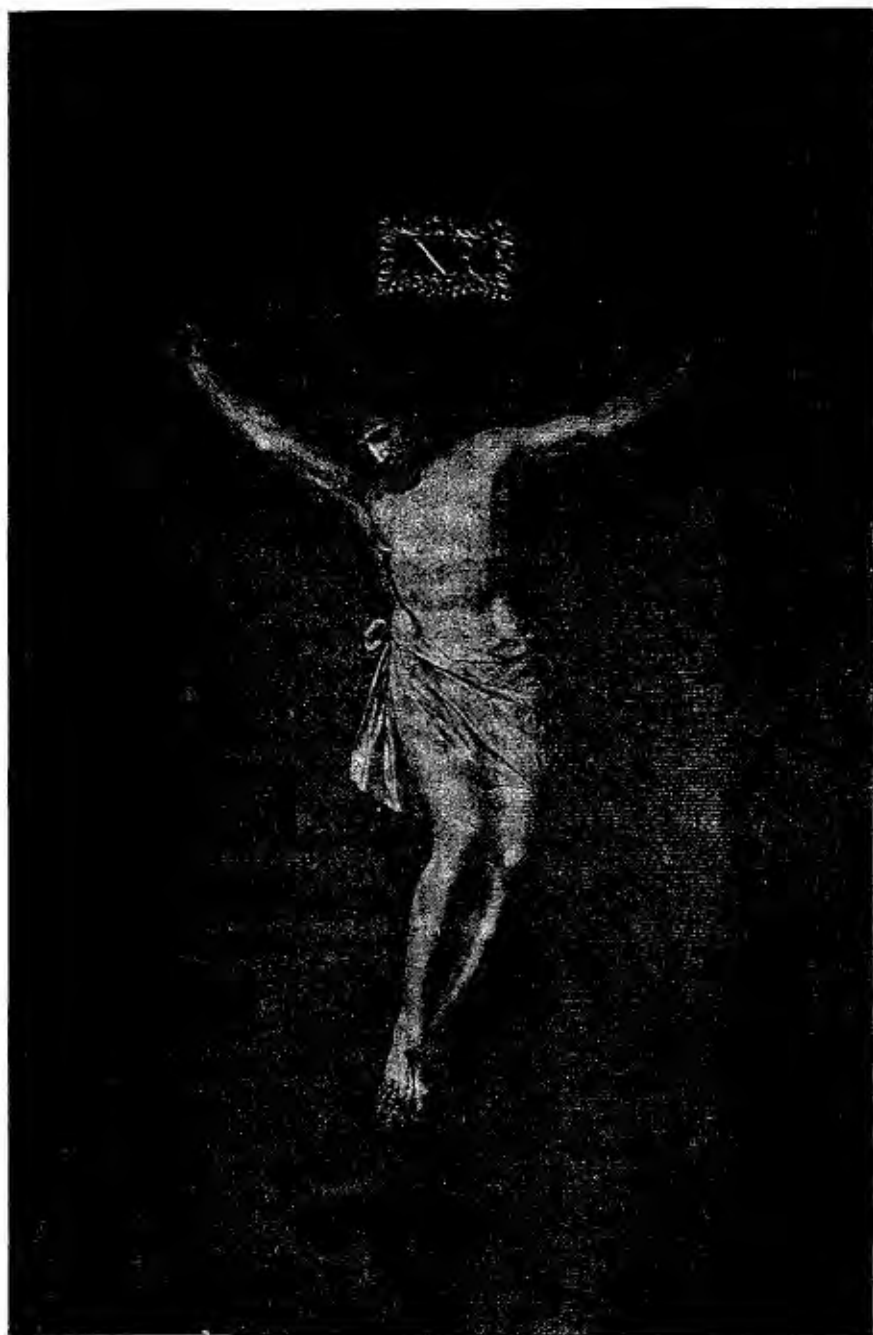
Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 113. ☼

LAS PALMAS, 27 DE FEBRERO DE 1901.

☼ TOMO X. CUADERNO 8

Imágenes de Luján Pérez



Cristo crucificado

ESCULTURA EXISTENTE EN LA SALA CAPITULAR
DE LA CATEDRAL-BASÍLICA.

EL CRISTO DE LUJÁN PÉREZ

Sin el reverdecer perenne de la leyenda que perpetúa en la patria el Cristo de la Vega, ni el renombre artístico que rodea en el mundo al de Montañés, el de Luján Pérez, que expuesto á la admiración pública pudo enardecer la fantasía de nuestro pueblo romántico y crear la estética de nuestras generaciones rezagadas, ha tenido el triste y nunca bien llorado privilegio de sufrir y penar largamente las añoranzas y nostalgias de la celebridad, en el frío y desamparo de la Sala Capitular de la Basílica de Canarias, estrecha prisión de su mérito é incómoda cárcel de su gloria.

Contrista el ánimo esta ingratitud del destino, este nuestro gran pecado de indiferencia y abandono. Vino á nosotros y nosotros no conocimos esta maravilla del arte y este soberano poder del artista. Si la divina gracia del genio dispensó sus halagos y trató llana y familiarmente á algún hombre de esta tierra, sin duda alguna fué á Luján Pérez, cuya figura gigantesca solo ha de contemplarse entre el abismo de sombras espesas y brutales que le circundó, y el abismo de luz infinita, clara y diáfana de sus obras, obras que si en su valor absoluto no llegan á lo más encumbrado, en su valor relativo, pesando los medios de que su autor dispuso, no se achican ni ceden la palma ante las de los maestros más excelsos. Este hombre prodigioso es palabra eterna y ejemplo vivo del más amplio, fecundo é indiscutible atributo que puede encarnarse en la humana naturaleza. En la historia de su vida y el estudio de sus esculturas cobra plasticidad la alta procedencia del don de sus inspiraciones, en tan sublime grado concedido, que casi pudiera afirmarse haberle sido otorgado para proclamar la omnimoda independencia del arte, y dar, aunque lejano, trasunto de la idea por cuya virtud concebimos que todo ha podido nacer de la nada, menos la divina omnipotencia de quien todo procede.

Por incontrastable y avasallador impulso interno, por algo que en su alma debió ser lo que el hambre y la sed en nuestros cuerpos, Luján Pérez no dió paz al cincel en su vida dilatada, más laboriosa que larga. Todo se lo debió á sí. No consta que la cultura extendiera los horizontes de su talento, ni el estudio ensanchara los medios de la ejecución. El tecnicismo de su arte surgió de los senos de su numen con el mismo vigor y espontaneidad que del punto centelleante de la idea escapa el rayo de luz de la palabra. No tuvo modelos para encauzar su tendencia, y careció de preceptores para dirigir su vocación. El singular esfuerzo de su voluntad difundió claridades meridianas en los túneles lóbregos que forman la vía por donde el pensamiento marcha descontentadizo á alumbrar su obra. Si algo determinó su acción hay que buscarlo en la estatuaría que encontró aquí á su paso, estatuaría sin filiación conocida, sin escuela determinada, amalgama monstruosa, que comenzaba por borrar la forma en el disparate de lo extravagante y concluía por extinguir la expresión en las contracciones de lo inverosímil.

Mucho tardó la Europa culta en dar la mano á la expresión cristiana para llevarla á la forma helénica. En la vida del arte no se registra síntesis más tras-

cendental y fecunda que esta síntesis bautizada con el nombre de Renacimiento, dicho sea á despecho de los vagos y discutibles errores en que pudo caer y en gracia á las ignominiosas y ciertas cargas que vino á redimir. Fué el Renacimiento algo tan inesperado, algo de modo tan raro advenido á la historia de las bellas artes, que hoy mismo, ese fenómeno triturador formidable de la absorción artística y ungido precursor de las cristalizaciones de los nuevos procedimientos, nos resulta tan fuera de las previsiones humanas como aquel otro fenómeno del siglo quinto que destruyó la unidad política, dando vida á las modernas nacionalidades.

A nosotros nos halaga la fortuna de recorrer tan inmensa distancia en tiempo por demás breve, sin inseguridades en la marcha, ni tropiezos en el camino. Antes de Luján Pérez en punto á artes plásticas nada teníamos; después de él nada hemos hecho. Cuanto de la escultura narran nuestros anales va del Guiniguada al Guadalquivir, sin aureolas de maestros ni estelas de discípulos, con su solo nombre resellado con aquella individualidad sobresaliente, que si bien le privó de la fortuna de ser imitador le recompensó con la gloria de ser inimitable.

El Cristo de Luján Pérez, inestimable joya que tiene la dicha de poseer nuestro Excmo. Cabildo Catedral, es la obra artística de más empuje y brío que atesora el archipiélago y la mejor de su autor. Si en tal ó cual condición técnica puede igualarle, superarle tal vez, otra producción del mismo asunto, en la magnitud y verdad de la concepción, en la energía y delicadeza del pensamiento, en el arrebató y constancia del entusiasmo y calor estéticos ni reconoce rival ni pueden mal pararle comparación y paralelos. Vió el genio de Luján lo que solo al genio es dable ver, escandeció su alma tan voraz incendio que hasta la identificación se compenetró con la idea y tan alto batió sus alas, que al invocar la materia acudió ésta solícita y dócil y en cuanto en lo humano es posible prestó forma real, perfecta y verdadera á todo el orden teológico que compendia el misterio de la Redención.

Es el asunto magno, difícil, y digámoslo de una vez, imposible como ninguno. La luminosa niebla del mundo sobrenatural deslumbra hasta cegar los ojos del artista. La sombra de la Divinidad es impenetrable, sujeta, abisma y detiene el pensamiento; solo el corazón con la ciencia de amor, á trechos y débilmente, provoca rompimientos de luz en la enmarañada y oscura senda. El estudio atento y macizo de la naturaleza, á la corta ó á la larga, logra esculpir el cadáver del hombre y contar en la muerte el accidente de la vida. Pero la historia de la Crucifixión de Cristo ni se dibuja, ni se cincela por los medios vulgares del conocimiento, ni con los recursos mezquinos de la finitud. Sirven al arte las enseñanzas de la realidad, por ahí advienen todas las expresiones; pero si sobre el Crucifijo no se proyecta el resplandor de Dios, como brotado de su propia esencia, si hasta nosotros no llega ese infinita claridad, la obra realizada nos dará el suplicio, agonía y muerte de un hombre, nunca jamás la consumación del martirio de Cristo que es Dios.

Cuantos cinceles trataron el tema tropezaron siem-

pre en fatales escollos. Unos por el exceso de expresión pecaron contra la belleza, otros por abigarrado prurito estético faltaron gravemente á la índole del asunto. Luján Pérez sostiene donosamente el equilibrio; es sobrio, reflexivo y vigoroso. La anatomía de su Cristo con su pureza de líneas y santidad de forma secunda de modo admirable su casi-miraculosa intuición. Ni los dolores cruentos del sacrificio horrible, ni las agonías tormentosas de la muerte permitieron al escultor canario velar ni desfigurar la infinita belleza en aquella Humanidad Sacratísima. Mueve los músculos del Cristo más que la contracción del martirio de la carne, los deliquios y extenuaciones de un amor infinito, infinitamente sacrificado. Pudo el pueblo judío descoyuntar los huesos y rasgar la carne de su Dios, mas al arte verdadero y eminentemente cristiano jamás le será lícito ejercer de verdugo, disimulando las perfecciones resplandecientes de Aquél que es prototipo y ejemplar de todas las perfecciones. Así lo estimó Luján Pérez; así tuvo alientos para expresarlo. Muy parco fué en llagas de pies y manos, no prodigó el rojo y cubrió previsor y piadoso las huellas de cilicios y disciplinas. Sobre el cuerpo admirablemente ejecutado, que abandona la muerte á celestial reposo, discurre un hilo de escarlata brotando de la herida junto al corazón, que viene á perderse en el sudario. Esta sencillez de expresión es de un efecto prodigioso. La efusión sanguínea tiene vida y extraordinaria fuerza reveladora. Realízase el fin artístico por el contraste discretamente marcado. Llégase al valor de la sangre por la sublimidad del cuerpo que la vierte. La herida del costado lo dice todo. Este solo detalle integra casi el conjunto de la obra.

En las costillas y espacios intercostales nótase la labor de pulimento, el trabajo anatómico correcto y escurpulooso, describiendo huesos y señalando cartílagos, trabajo que se completa á maravilla con la ejecución de los músculos torácicos y pectorales llevados tan al detalle que casi precisa las inserciones y permite adivinar la dilaceración de los tejidos. Juzgamos en este fragmento el mérito más extraordinario del Cristo, no ya por lo que á la parte técnica atañe, que es acabadísima, sino por la valentía, serenidad y soberano impulso con que se reducen todas las dificultades, surgiendo la idea fresca, natural, espontánea, beata y santificadora.

Las extremidades inferiores completan con las superiores el grandioso conjunto. Perspectiva, proporciones, disección, si así nos fuera permitido decirlo, del dermato esqueleto y del sistema muscular, indicando con cautela los puntos en que el autor quiso y alcanzó felizmente reforzar la expresión lógica y ordenadamente, sin violencias ni exageraciones, actitudes severas y gallardísimas, magestad y gracia en las curvas, genialidad y vigor en las rectas, condensación pasmosa de los elementos analíticos en unidad armónica y espléndida revélanse holgadas y fluidas en esta parte de la composición.

Nosotros entendemos, tal vez con aparente inconsecuencia, que mientras en las artes acústicas se impone á la crítica el procedimiento inductivo, cuadra mejor á las plásticas el procedimiento sintético. La escultura ha de aquilatarse en la resultancia general trabando el primer eslabón del raciocinio en la impresión inmediata, que aquí, más que en alguna otra arte es siempre decisiva. El sentido de la vista mal auxilia á los grandes conjuntos ópticos. El escultor tiene una acción limitadísima, porque no puede multiplicar los medios de expresión por indefinido número de figuras. Lo que en extensión pierde, lo gana en intensidad y las grandes intensidades se deslustran y desmejoran, cuando no se extinguen y desaparecen por un análisis impertinente que con frecuencia extravía el camino en su retorno á la síntesis.

Como en todas las producciones del genio, en ésta de Luján Pérez existe una parte que pudiéramos llamar recopilación de motivos. Esta parte la constituyen el cráneo y rostro. Verdad que la gloria de la forma se debe á Grecia, la de la expresión al arte de los pueblos cristianos, la de esos dos elementos al arte de los pueblos venidos del siglo décimo sexto acá, pero la gloria inacabable inmortal por condensar todos esos elementos se debe á este Cristo nuestro, á la espiritualidad exquisita de su cara inefable, al poder mágico de su semblante deífico, al respeto profundo con que la muerte reverente pasa sin tocar aquella frente nobilísima, al declinar humilde y lleno de magestad de aquel cuello sabiamente cincelado, á la lánguida y dulcísima expresión de aquellos ojos cerrados, cuyos párpados cayeron más que al cesamiento de la vida al blando sueño de amor. No lo dudamos, otros habrán logrado sublimar á las cumbres del arte cuanto de estético existe en el cadáver del hombre. Donde Luján Pérez ha llevado la expresión de la muerte de Cristo, ahí, desengañémonos, ahí, no ha llegado nadie.

¡Lástima grande que este Cristo no tenga su leyenda como el Cristo de la Vega y su renombre como el Cristo de Montañés! Lástima grande que estas Afortunadas, conocidas por genios insignes que se nombran Cairasco, Iriarte, Galdós no lo sea también por otro, tal vez de todos el más preciado, que se nombra Luján Pérez. El cultivo de las Bellas Artes en Canarias ha preterido malamente su mejor ejecutoria, ocultando á la noticia de los extraños lo que más realza el propio patrimonio. Mas día llegará en que subiendo la justicia á lo alto del Tabor transfigure con resplandor eterno y aureola inmortal la celebridad oscurecida del escultor canario y entonces generaciones sonrojadas por nuestras ingratitudes, piadosas y devotas ante el Cristo de la Sala Capitular, digan como el Apóstol ante la Divinidad: «Bueno es que nos estemos aquí»

José ROMERO Y QUEVEDO.



CANARIOS NOTABLES

DON MIGUEL DE ROSA



¡Médicos los del tiempo pasado!

Los de hoy resultan, frente al tipo legendario empequeñecidos, una mezquina miniatura de lo que fueron, con hongo—un sombrero de copa descaperuzonado—y americana—una levita sin faldones,—condenados al suplicio de la sonrisa eterna, afables

con los chicos hasta humillarse al beso, coleccionistas de historietas galantes para recreo de muchachas, y religiosas para satisfacción de viejas, vulgarizadores sacrílegos del misterio científico hasta el punto de discutir diagnóstico, pronóstico y terapéutica con el jefe de la casa, cuando no con la cocinera. El médico ha sufrido la suerte de los Reyes: perdió su poder absoluto, democratizóse, y hoy es un médico constitucional que receta con intervención y anuencia de Cortes permanentes donde tienen voz y voto la familia, los deudos, los criados y cuantos tienen lengua y piensan que Dios se la concedió para hablar de lo que no entienden.

¡Médicos, los otros... los del tiempo pasado! Traje negro y severo en el cual resaltaban las prendas características que eran los símbolos profesionales: levita, de paño en invierno, de alpaca en verano, sombrero de copa y bastón de madera de Indias, con puño de oro y borlas. En tal envoltura iba enfundado el cuerpo altivo, de faz seria y grave, de fría mirada, y así iban con andar solemne y desdenoso ademán, dejando á su paso la impresión respetuosa, casi terrorífica, de un sacerdote guardador incorruptible de las llaves del otro mundo. Añadan ustedes á esto, la palabra seca, breve y sentenciosa, casi silencio, y comprenderán la razón del miedo saludable que inspiraban y de la fe ciega, verdadero fanatismo, con que los mayores delectaban sus *répites*.

Este era el patrón que yo conocí, la figura que aun resurge en mi cerebro apenas lo excita la fiebre, mezclada al olor nauseoso del vomitivo de Le Roy y de las hojas de sen con chocolate, armas con que de ordinario nos atormentaban después de tocarnos la frente y mirarnos la lengua á distancia y con las cejas fruncidas.

No trato de discutir méritos ni de comparar talentos: pero sí es preciso hacer constar el hecho positivo de aquella fama de hombre superior que por tantos años sostuvo la peregrinación de los enfermos de toda la isla hacia el despacho del Dr. Rosa.

No hay ejemplo en esta tierra de tan intensa adoración. Yo he visto en mis días levantarse y caer ídolos; he visto á las turbas rendirse humildemente implorando la fórmula que en signos ca-

balísticos encerraba la energía formidable engendradora del milagro; he oído el murmullo de alabanza crecer como las olas coronado de gloriosa espuma; las prensas han sudado el reclamo... pero nunca se vió como entonces, tan intenso y espontáneo impulso de fe, ni tanta constancia en la corriente, ni tanta mansedumbre en la idolatría.

Por fortuna, aún vive mucha gente de aquel tiempo que no me dejará mentir y recordará como yo que en el trance de apuro, desde que la palabra «grave» resonaba en la alcoba del enfermo, surgía como una necesidad imperiosa la consulta con D. Miguel, y si los deudos andaban fríos en sus relaciones con el médico ó las habían cortado en un momento de coragina, ya podría ser duro y firme de carácter ó de alta alcurnia ó de gran fortuna ó de rígido espinazo, que, á pesar de todo, disimulando dolor, ira y vergüenza, tomaba el sombrero y acudía humildemente á D. Miguel, el cual, afortunadamente, nunca supo negarse al deseo, ni dejó terminar la súplica sin apretar la mano y echarse á la calle con el solicitante.

Si el caso era de cirugía ó de parto, entonces la necesidad de su presencia, á juicio de los clientes, revestía caracteres excepcionales. Y entonces, el médico de cabecera, salvo casos muy contados, era el primero en ceder el puesto de honor y peligro, de buena ó mala gana, no tanto por lo que tenía de honor como por lo que tenía de peligro y más que nada temeroso de la suerte loca que á todas partes parecía seguirle.

Todavía recuerdo haber oído á D. Manuel González, uno de nuestros médicos más eminentes, reír á carcajadas contándonos una de las tantas aventuras resueltas en favor de Rosa por la buena fortuna, su inseparable compañera: Don Manuel con otro compañero habían trabajado muchas horas para sondar un enfermo sin haberlo conseguido. El trabajo había sido á conciencia é inteligente como de tan hábil cirujano; pero todo fué inútil... Quejábase desesperado el paciente y juzgándolo caso perdido, con un poquito de malicia en el fondo, propuso la consulta con Rosa. Llegó; sus compañeros le cedieron el puesto, y, empuñando una vieja sonda metálica, su *fetiché* para casos de apuro, realizó de un golpe, con facilidad desesperante la maniobra... La sonda pareció colarse por sí sola... Fue todo esto tan rápido y tal la impresión de regocijo que el éxito le produjo, que no pudo morderse la lengua y gritó en medio de los alaridos de júbilo del enfermo, á sus asombrados colegas:

—¡Chambones!

Después todos rieron, y con buen acuerdo, pues el tono corregía lo duro de la expresión, y el propio Don Miguel era el primero en confesar que se trataba de una de las tantas sorpresas que la práctica de esta maniobra como la de reducción de hernias tiene reservadas para descrédito de profesores y vanagloria del último que llega.

Otra vez, ya en sus últimos años, cuando ha-

bía olvidado el sabor del laurel por el de la retama, aconteció un caso análogo que relato con las omisiones y reservas naturales. Vivía por entonces en el país un distinguido profesor, el Dr. Moreno, al cual iban los enfermos de la capital en procesión y venían los de los campos en cabalgata. Entre sus muchos admiradores figuraba en primera fila un viejo curtidor, patriarca venerable entre los del gremio, que sufrió un doloroso accidente de retención urinaria. Los esfuerzos de su médico, —¡del gran Moreno! como el decía, —fueron inútiles para sonarle, y al fin reclamó consulta. Llegaron otros médicos *de los nuevos* con todo el flamante arsenal de los modernos catálogos: sondas flexibles, otras rígidas, de muleta y acodadas de todos calibres y curvas, exploradores y bujías filiformes, y sin embargo... todo fué inútil. Entonces fué llamado Rosa, el cual mirando con algún desprecio y mucha desconfianza aquellos modernos enseres con los cuales no estaba familiarizado, empuñó su sonda vieja cubierta de orin, y de un golpe, —nunca se supo cómo, —pasó la próstata y penetró en la vejiga. La orina fluyó á borbotones, y nunca orejas de sediento escucharon con tanto placer el rumor de la fuente cercana, como en aquella ocasión los del patriarca curtidor se extasiaron al choque sonoro del líquido sanguinolento con la palangana. Lanzó un feroz aullido de bestia satisfecha y gritó:

—¡Viva er señó D. Miguel Rosa!

Después alzando las manos al cielo como poniéndolo por testigo de la maravilla, añadió:

—¡Ni er gran Moreno!

Por esta vez, ni Rosa dijo «chambones» ni los compañeros se dieron las manos riendo. Los tiempos habían cambiado mucho, los clientes perdían la fe, el incienso no llegaba diariamente á las narices del médico, y Rosa se marchó satisfecho de su triunfo, de la humillación injusta de Moreno y de las alabanzas del patriarca.

Pero no hay que recordarlo en la decadencia: para entender su gloria y su dominio de triunfador hay que imaginarlo, por lo que cuentan las crónicas, en los días de su llegada.

Había estudiado la medicina en la facultad entonces celeberrima de Montpellier y ganado por méritos un puesto importante en el Hospital de Nîmes, que desempeñó por algunos años. Con tal base adquirida y con sus aptitudes excepcionales llegó á esta tierra importando las operaciones de la alta cirugía de aquella época, toda la técnica de los partos distócicos y el cloroformo.

Con menos elementos era seguro su triunfo... ¡Figúrense mis lectores hasta donde llegaría con tales armas en su equipaje! Porque es la verdad que en aquellos tiempos, fuera de las proezas legendarias del *médico Roig* y del trabajo realmente científico del ilustre D. Domingo J. Navarro, más aficionado á la medicina que á la cirugía, ésta se limitaba á la dilatación de abscesos y extirpación de tumores superficiales, realizadas por los barberos ó practicantes bajo la mirada del médico; la obstetricia se concretaba á la aplicación sistemática del consejo *esperar, esperar y esperar siempre*, y en cuanto

á la anestesia era maniobra penable, cosa de brujos, de inmensa exposición y de la cual pocos resucitaban: el operado apretaba los dientes ó el cirujano le apretaba las ligaduras que le retenían amarrado á la horrible mesa de operaciones. Lo demás era tentar á Dios.

Pero, no triunfó solamente por lo que traía; fué también y principalmente el hombre.

Todo en él se juntaba para asegurarle la dominación absoluta de las turbas fascinadas: guapo y arrogante mozo, —lo cual nunca sobra, —seguro de sí mismo por la conciencia que tenía de la superioridad de su educación científica, con fe en su buena estrella y en su fuerza sugestiva de hombre dominador, acostumbrado al triunfo, poseyendo ese raro don de gentes que con fácil oportunidad le hacía adaptarse al medio, encontrando sin violencia la palabra y el gesto propio para hacerse entender, amar y obedecer de grandes y pequeños, franco y campechano á veces, agrio é intratable otras, llegó á donde pocos llegaron, á donde no llegará ninguno de los de hoy, á dominar por cariño ó por fuerza á la turba doliente que en vano pretendió al principio sacudir el yugo recurriendo á los otros. Siempre, tarde ó temprano, llegaba la hora de la angustia suprema, y el ansia formidable de la vida los arrojaba á los pies del médico. Desde ese momento ya podía morir el enfermo porque se habían agotado todos los recursos humanos: el enfermo moría en regla.

Al fin todos concluyeron por resignarse á soportar sus caprichos, y los pocos que hacían pinitos de independencia se consolaban murmurando la frase consagrada, que ha quedado de repertorio:

—¡*Mimosidades* de D. Miguel!

Fuó republicano y sufrió la obsesión de los triunfos políticos.

Sus enemigos le hicieron Alcalde de Las Palmas y dos veces diputado á Cortes.

Tenía una cruz de Beneficencia por servicios prestados durante la fiebre del 62.

Le ofrecieron un alto puesto en Ultramar, que rehusó.

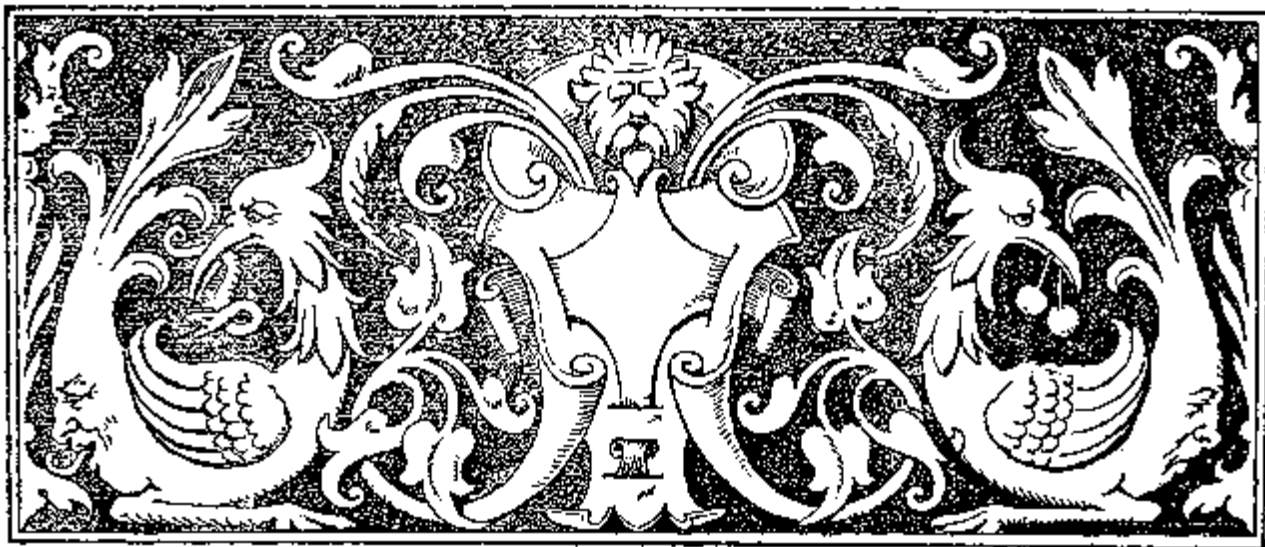
Nada de esto le dió nombre. D. Miguel de Rosa llega á nosotros y pasa á la posteridad como médico.

Ganó mucho dinero. Dejó de cobrar muchísimo, más del que ganó. Al morir, su familia quedó en la miseria, y él mismo, en sus últimos días, conoció por vez primera que el dinero servía para algo más que para darlo.

¿Imprevisión? ¿Generosidad? ¿Quién sabe!

Pero siempre que muere pobre uno que ha podido morir rico, se me ocurre pensar que no ha muerto tan pobre, que no ha perdido por completo su dinero, que *alguien* lo guarda para ponerlo en el platillo el día del juicio de Dios y de los hombres, frente al otro platillo donde sus contemporáneos, los espíritus mezquinos, arrojaron á manos llenas los grandes pecados del culpable: el orgullo... las pequeñeces... las *mimosidades*...

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS.



Desde Madrid

ARTE Y LETRAS

Introito.—*Electra*, de Pérez Galdós.

Me parece tarea difícil la que me impongo. Hablar quincenalmente del movimiento intelectual y artístico en España es, á veces, imposible, porque transcurren meses y meses de un silencio desolado, en los cuales parece que el arte ha muerto y que ya se han agotado los cerebros de los escritores. La novela no se cultiva; los versos van quedando reducidos á entretenimiento de rimadores y coplistas, y la crítica á desagües de malas pasiones sin un acento de sinceridad ni una vibración de sentimiento; solo el teatro sigue nutriéndose de malas obras, porque son las únicas que producen dinero.

La música española sigue á la altura del teatro. Está encanallada con aires de tangos tabernarios y compases de *schottis* de merendero. Solamente la pintura ha sabido mantener á gran altura el honor de su estirpe, la magestad serena de su arte, á pesar de que la prostituyen la desnaturalización del dibujo y la violencia del colorido en las acuarelas para revistas ilustradas, que corrompen las letras y ultrajan las tradiciones de la pintura.

No se publica nada; apenas se estrena; poco se pinta y acaso si se escribe música para los teatrillos por horas y los organillos callejeros.

¿Qué revistas de arte se pueden hacer? Habrá que esperar para ello á que Galdós publique una novela, Guimerá ensaye un drama, Sorolla pinte un cuadro y Querol esculpa un bronce.

Porque, al hablar de arte, de arte español, ¿hemos de revistar solamente las suertes de Mazantini?

¿hemos de historiar los escamoteos de los *enterradores*?

Estas cosas, sin embargo, tienen más gracia, representan una audacia inconcebible, tienen más parentesco con el terruño que las ideas, me parece que conservan mayor fuerza de arte que los versos de Zúñiga, los sainetes de Arniches, y los monigotes que dibuja el lápiz de Tovar.

Procuraré salir del compromiso como pueda, y á Roma por todo.

Electra, de Galdós, ha sido un triunfo ruidoso y colosal para el maestro. Me sublevo contra el público que se ha ido tras el sentido político; briosamente esbozado en los últimos actos, para no comprender y sentir el valor estético, la honda poesía, sugestiva y silente, que flota, como una ráfaga de perfumes primaverales de los campos en flor, sobre la escena.

Aun más me indigna la actitud de la crítica, anodina y anticuada, de nuestros grandes diarios. Canals ha respirado con todos los odios de un sectario, cuando yo esperaba de su cultura la impresión serena de un alma conmovida hasta la entraña. Y los críticos menudos, los alguacilillos de la prensa, que llevan el signo de autoridad en las fiestas teatrales é imponen su voluntad en los estrenos sin que se subleve irritado el público contra tanta necedad en auge y esa oligarquía en funciones, han dicho, entre aspavientos de horror, casi bostezando de sueño todavía, que los

dos primeros actos de *Electra*, en donde se hace la exposición de caracteres y toma fuerza inicial la acción, les parecen cansados, largos, sin interés, soñolientos:

¡Santa ignorancia! Quizás el cuarto acto con ser de una grandeza de concepción tan soberana y de una intensidad dramática verdaderamente admirable, que Menéndez Pelayo ha puesto á la altura de los mejores de Shakespeare y superando á los más perfectos de Schiller, no resulte tan saturado de poesía, respirando tanta ternura, un ambiente de delicadeza vaga, de ensueño alegre, como el primer acto cuando entra *Electra*, la niña inquieta, vivarachita, inconstante, como mariposa loca, alegrando con sus voces, con sus risas, con sus juegos, con aquella franca explosión de alegría, en medio del cuadro sombrío de una familia recelosa, moralista, acartonada, semejando un chorro de luz, un golpe de agua, un rayo de sol, una desordenada irrupción de juventud y de vida.

Y más que nada encántame el segundo acto. Es tan suave, tan íntimo, tan sentido, que se necesita tener un pensamiento educado, una sensibilidad activa en continua vibración y un corazón esponjado, humedecido con ternuras eternamente reverdecidas, para poder gustar la belleza latente, viva, pero secreta é interna que encierra. Es un aliento de poesía que pasa, un hálito de amor maternal que nada dice pero que estremece lo más hondo del ser, cuando, primero jugando con las muñecas y después con los hijos de Máximo, aquellos chicos *con las uñas sucias de arañar la tierra*, *Electra* siente surgir en su corazón vagos cariños de madre, el grito de la naturaleza que invita, el ansia de la vida que clama, en un inconsciente impulso del instinto.

Para mayor grandeza de este poema de amor, de amor infinito, en que van encerradas todas las ternuras de la tierra, Galdós lo hace discurrir en silencio, sin voces, sin histerismos, interno, esotérico, pero intenso, caliente, gallardamente humano. *Electra* juega con las muñecas, les dice no sé cuantas ternuras, y siente por los niños pequeños un afecto muy grande, una predilección irresistible, y en su charla, en sus juegos, en sus besos, en sus lloriqueos de muchacha contrariada, hay más poesía delicada, más magestad dramática, que en los hipos románticos, en los llantos desolados, en los gritos efectistamente trágicos, que no perduran, que hieren cruelmente los nervios, pero no rozan suavemente el corazón como una caricia, con que espantan y torturan el sentimentalismo cursi del público la hembra despreciable con su hija en brazos en las escenas de *La Pasionaria*, que humedece los pañuelos y escalda las manos.

En la obra de Galdós la naturalidad es admirable, y por eso es más difícil, y sin embargo más sugestiva

para los que la comprenden, la fuerza poética que expande *Electra* al sentir los primeros desprecios, las primitivas ansias de madre, mientras que en el drama de Cano se falsea la vida, se retuerce la verdad, y en medio de un artificio despreciable, el hinchado lirismo del estilo quiere arrancar las lágrimas y estrujar con violencia los corazones.

**

No hay crítica verdadera en la crítica profesional, en los que tienen el encargo de juzgar las obras de arte en las columnas de la prensa diaria, que no son artistas para sentir, ni son intelectuales para pensar.

Se les escapa á sus nervios agarrotados en el aprendizaje del teatro con los efectismos románticos, las delicadezas de una poesía vaga, que no está en el exterior, sino en lo más íntimo de la vida y en el alma de las cosas, y á sus cerebros entenebrecidos no llega más que el resplandor de las candilejas y el chorro de luz cruda de los reflectores eléctricos que alumbran escenas de terror y montones de ruina, no viendo con el pensamiento, en la vida interior, las sordas luchas, los trágicos cataclismos, que suenan pavorosamente dentro, pero que al exterior no dejan escapar ni un eco, ni un grito, ni un clamor.

ANGEL GUERRA.



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Estado de la atmósfera.—Viento flojo y caliente durante el día, sobre todo en las mesetas superiores y las cúspides de las montañas; calma durante la noche, aunque esta calma es frecuentemente turbada al nacer el sol, por borrascas súbitas y pasajeras que se manifiestan en las mayores alturas.

Cielo sin nubes, aire muy enrarecido, sol ardiente, noches frías, lluvias muy raras en estío, tempestades instantáneas en invierno.

Observaciones.—Las nieves se acumulan sobre las altas cimas, pero lo más frecuente es que se deshagan al instante ó desaparezcan barridas por los vientos. La nieve no es permanente sino sobre el pico de Teide durante dos meses mas ó menos; muchísimos inviernos hay en que sólo dura dos ó tres semanas. El hielo existe todo el año en la gruta de la Nieve á 9312 pies de elevación sobre el nivel del mar. Hiela algunas veces por la noche, hacia fines de Diciembre y en el mes de Enero sobre las rocas aisladas y á la sombra, pero estos casos son raros y no se manifiestan casi nunca á menos de 7.000 pies.

El hombre, hallándose en contacto con todos los agentes recibe directamente las influencias del medio en que se halla, y por lo mismo experimenta su acción.

Dividida la Gran Canaria en dos secciones por la cordillera de montañas que se extiende del N. E. al S. O., á medida que nos acercamos á la parte sur el país ofrece un aspecto diametralmente opuesto al del norte, pues que las brisas continuas que van de las regiones septentrionales son de distinta naturaleza que las que soplan en aquel territorio, como procedentes del Africa. La disposición orográfica de la isla, la calidad y color del terreno, los vientos más ó menos frecuentes que recibe modificados por las localidades, imprimen al reino orgánico un carácter peculiar, principalmente en las enfermedades que aquejan al hombre y cambian la acción de las medicinas empleadas para curarlas. En tesis general y á fin de facilitar el estudio, acepto la división de Mr. Berthelot, hecha, se puede asegurar, con datos casi matemáticos; pero fisiológica, patológica y terapéuticamente hablando no guardan la relación que sería de desear; pues parece increíble, haya en Canaria localidades donde algunos años, cuando las cumbres están heladas y las nieves bajan hasta la Vega de San Mateo, existe una temperatura de 20 grados centígrados; hecho que depende de su peculiar situación y de los vientos que recibe. Comparemos si nó dos puntos en los que se halla invertido el orden climatológico, que es lo que como médicos nos

importa conocer. Tomemos el pago de Marzagán-Ginámar, rodeado de una cintura de lomas, con un suelo de naturaleza volcánica y arenoso, de color negruzco, preservado de los vientos del norte, recibiendo solamente los del sur, y comparémoslo con el pago del Carrizal, cerca del Ingenio, situado sobre una loma al sur de la isla, expuesto á fuertes vientos de todo el cuadrante y cuyo terreno duro y resistente refleja con viveza el calórico y la luz. Examinemos el estado fisiológico y patológico de cada uno de ellos y encontraremos, por decirlo así, fenómenos opuestos. Los habitantes del primer punto, por su disposición local y su constitución, se adaptan á los medios tranquilos en que viven: sus movimientos revelan la pereza, los músculos no presentan resistencia, la piel expuesta á la intemperie se halla siempre sobrecitada, la transpiración es muy frecuente y la respiración cansada: de carácter astuto y vengativo, no carecen de viveza y de imaginación. Las enfermedades en aquella localidad toman un aspecto particular: los enfriamientos les producen muy comunmente repercusiones; las pleuresías, los reumatismos locales, y en especial los musculares, y el hígado se afecta con preferencia á cualquiera otro órgano. La tifoidea se ofrece casi siempre con el carácter abdominal de forma hepática y las membranas del encéfalo son atacadas, acompañándose toda la sintomatología de un gran aparato cerebral. Como consecuencia terapéutica la medicina diaforética en los primeros casos es la base del tratamiento y en el segundo los evacuantes del aparato digestivo son la indicación general, salvo las circunstancias especiales, que por lo común se manifiestan siempre en cualquiera enfermedad.

Los habitantes del Carrizal, expuestos de continuo á fuertes brisas, tienen una piel contraída por la activa evaporación que se obra en su superficie, haciéndose así más densa la epidermis que pierde por ello mucho de su impresionabilidad. Son en extremo ágiles; gustan de la vida nómada y, habituado su organismo á la aridez de que se hallan rodeados, prefieren la naturaleza en que han nacido y se han criado á los lugares poblados de vegetación. La respiración es activa, los músculos están bien nutridos, la constitución es enjuta, el temperamento es nervioso, la imaginación viva y sumamente impresionable. De aquí el que las enfermedades estén casi indicadas como he tenido ocasión de observarlo varias veces. Con los tiempos frios son raros los derrames en las cavidades, las pleuresías son pocas, pero en cambio son frecuentes las pulmonías. Las tifoideas presentan el carácter abdominal de forma hepática pero con frecuencia el aparato nervioso domina el estado patológico particularmente las meningeas acompañándose de delirio, de sobresalto de los tendones, convulsiones y hasta cierta rigidez tetánica. Los evacuantes intestinales están marcados, continuándolos hasta producir una fuerte excitación del tubo digestivo, acom-

pañados de enérgicos revulsivos en las extremidades, sin olvidar los calmantes adecuados que tranquilicen la irritabilidad nerviosa.

De tanta importancia es la exposición en Canaria que hay más analogía entre Gáldar y el Carrizal, á pesar de ser éstos pueblos más opuestos entre sí por su posición geográfica que Telde y Marzagán-Ginámar que están poco distante el uno del otro y solo se hallan separados por lomas de poca elevación. La convalecencia no deja de ofrecer también diferencias notables; en Marzagán-Ginámar es lenta y más propensa á recaídas. Para llegar el organismo á adquirir allí su estado fisiológico pasa primero por una pequeña serie de ligeros recargos, fenómenos que no se observan en el Carrizal, en donde las enfermedades presentan con frecuencia la forma franca en todos sus periodos: la convalecencia marcha de una manera constante y, en el caso de alguna variación contraria, la recaída ofrece siempre síntomas alarmantes.

Así es que, atendiendo á estas circunstancias, no puedo aceptar del todo una clasificación climatológica en Gran Canaria, aun cuando hay sin embargo caracteres que guardan entre sí gran analogía; caracteres que importa siempre estudiar y conocer. La disposición de una localidad tiene tal influencia en el reino orgánico, particularmente en las enfermedades, que si nos limitáramos á observar la forma patológica que presentan éstas en dos puntos situados á corta distancia creeríamos hallarnos, así se puede afirmar, en climas ó países opuestos; y no obstante se encuentran á la misma altura variando únicamente la orientación. Hecho es este de gran influencia y que merece por lo mismo el que me detenga un poco en su exámen.

Recorramos el pago de Tafira, desde las casas del primer grupo hasta la cuesta inmediata al segundo. La exposición de esta interesante localidad es al Norte, la vegetación toma el carácter alpino y los frutos conservan un aroma delicado y un gusto esquisito. En la pera, en la ciruela y el melocotón que he tomado, desprendiéndolos yo mismo del árbol, me llama la atención lo esquisito del fruto, por lo poco fibroso y lo rico que es en materias sacarinas y aromáticas. El helecho se encuentra, aunque raquíptico; y algunas flores, particularmente cier-

ta clase de rosas, hallan en aquella localidad un suelo privilegiado. El color de las hojas de las higueras, la disposición de sus tallos y la forma de su fruto dan un carácter especial al árbol comunicando á aquel un gusto desagradable, debido á las condiciones particulares del suelo en que vejetan. Viviendo el hombre en estas circunstancias, recibe su organismo el sello especial de los agentes que le rodean, que así mismo influyen y caracterizan las enfermedades.

Las fiebres en general toman allí la forma inflamatoria, y sobre todo las tifoideas van acompañadas de congestiones activas. Es muy comun verlas unidas á ligeras congestiones pulmonares con tendencia á una verdadera pulmonía que si no se ataca con tiempo es casi seguro su desarrollo. La inyección de los vasos de la esclerótica, así como una pesantez en la cabeza de caracter congestivo indican cierta plasticidad de la sangre. De tales individuos podemos decir en tésis general que las inflamaciones cactivas y francas encuentran en Tafira una localidad favorable á esta forma patológica.

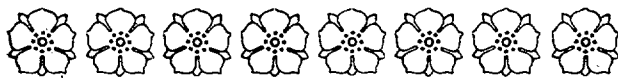
Pero demos vuelta á la montaña del mismo nombre, examinemos aquel punto donde llaman el Fondillo hasta San Francisco de Paula y observaremos un cambio completo: La vegetación ofrece otro aspecto; la alhulaga ó aliaga (*Sonchus spinosus*), el balo (*Loranthus Canariensis*) se hallan como en su tierra clásica, el helecho (*Pteris aquilina*) ha desaparecido; las tuneras (*Opuntia tuna*, *opuntia ficus indica*, *opuntia coccinillifera*, *opuntia vulgaris*) abandonadas á sí mismas toman formas especiales que no tienen en la vertiente opuesta.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuad)



VISTA DE GRANADILLA.



HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

Hubo por nuevas que en su pleito y acusaciones sobre quitar la vida á el capitán Algaba por cosas de Portugal, no hubo quien le probara lo contrario; y aunque de su propia autoridad no tenía título para degollarlo, sin embargo, fué quito y dado por libre y servidor de sus Altezas, y con nuevo título de Conquistador de la Isla de la Palma, embarcóse en el Puerto de Santa María; trajo su mujer, hermana del Alférez Mayor Alonso Jaimez, que se alegró mucho de ir á ver á su hermana Doña Elvira, y cuatro hijos, el mayor de doce años y una niña pequeña y demás familia; ofrecióse á Pedro de Vera que iría á el Puerto Jaimez; llevó un barco lleno de refresco, fueron muy bien recibidos unos de otros; dió á su hermana y sobrinos sus abrazos; refirióle lo que en España había pasado y cómo y lo mismo se le dió á D. Juan Rejón, el cual no habló palabra en el agravio que se le hizo, ni refirió cosa que pudiese sospecharse venganza, antes con mucha risa abrazó á Jaimez y á otros camaradas, invió á Pedro de Vera que no venía á renovar pasiones, antes á dar á su esposa alivio en el mareo, mas que se despediría luego del Puerto; despidióse su hermana con lágrimas y él se enterneció; algunos se fueron con él, mas no estaba en sus voluntades.

Llegó Jaimez á el Real y fué muy estimado de allí en adelante de Pedro de Vera y no se hacía nada que no fuese lo que Jaimez quisiese; estimóle el ruido que pudo causar Rejón, porque antes de ver á Jaimez intentó salir á tierra y se puede creer la causa porque no tenía ánimo doble ni cauteloso, antes sí intrépido y ejecutivo manifestando la causa, y esa fué la de su perdición.

Habiendo salido del Puerto de Canaria la vía de la Palma, llegaron á vista de la Gomera, y pareciéndole algún tanto salir á tierra para dar alivio al mareo á los hijos, mujer y criadas, y no consintió más que ocho soldados y esto fué en el Valle de la Armigua; llegaron ganaderos á conversar y saber quién fuese, regaláronle con leche y otras cosas de refresco y llegó la nueva de que estaba el capitán Rejón en el valle á el señor Hernán Peraza, hijo de Diego de Herrera, y se

dió por ello muy ofendido y hizo venir á ciertos gomeros de quien tenía más confianza de los bandos de Armigua y Apala, que eran afectos algo á el Señor más de los otros dos bandos Orone y Agana le querían muy mal, tanto que intentarían muchas veces de irse ó matarle y temiendo no se le fuese con Juan Rejón á la Palma, mandó se lo trajesen preso y el capitán Rejón que los vió venir armados les preguntó qué á onde iban y como dijeron que á prenderle se defendió de ellos y un gomero le tiró un dardo que le atravesó, de la cual herida falleció al día siguiente.

Teniendo ya Hernán Peraza aviso de la resistencia, venía ya con su gente de guardia y hallólo muerto y á su mujer y hijos llorando sobre el difunto; dijo que él no lo había mandado y que le pesaba mucho la desgracia de un caballero tan gran soldado; hizo llevarle y darle sepultura, procurando consolar á la viuda, jurando que tal cosa no consintió y si hallara los matadores hiciera descuartizar, mas otros decían lo contrario porque lo mandó traer vivo ó muerto, y los que lo mataron eran los amigos que allí tenía Peraza; juró por muchas veces que Dios lo castigase si no era aquello así, hospedolos en su casa y regaló lo mejor que pudo y sepultó en la Capilla Mayor de la Parroquia haciéndole suntuoso entierro; hizo curar algunos heridos de los ocho soldados castellanos.

Doña Elvira invió á Canaria la nueva en un barco y á llamar á su hermano que lo sintió en extremo, llevó consigo algunos camaradas que quisieron ir con él, y llegados á la Gomera, la viuda refresco los lloros y el Jaimez le dijo á Peraza que no eran acciones aquellas de caballero y que se le daría cuenta á Su Magestad, y él afirmó á fe de caballero no tenía culpa y que de su inocencia ponía á Dios por testigo. La viuda le hizo su requerimiento y vino á embarcarse en el navío que llevaba Rejón, dando la vuelta á Canaria.

El Gobernador Pedro de Vera puso todo el cuidado posible en el regalo de los niños y Doña Elvira; muchos caballeros conquistadores lloraron á su buen amigo Rejón, que eran tantos los que llegaron á el navío que no daban lugar á desembarcarse; poco tiempo estuvo en Canaria porque presto se presentó la vuelta á España con todo lo necesario á el viaje en el navío que había venido.

CAPÍTULO XIII

Pasa á España la viuda D.^a Elvira de Sotomayor.

Habiendo llegado á España la Sra. Doña Elvira, entró arrastrando lutos, llevando sus hijos de mano, postrándose á los pies del Rey, y se querelló criminalmente de Peraza, y dada información de ello de ocho testigos, fué nombrado Juez que

viniese á ponerle preso en la Gomera y llevado á España; llegó el Juez para embarcarse en el Puerto de Santa María y estuvo detenido dos meses diciendo que era por enfermedad, y era á ver si algunas personas podían alcanzar con la viuda algún favor, mas no siendo posible, volvió ella á dar nueva queja de su justicia, diciendo que ciertos religiosos procuraban estorbárselo; mandóse con todo rigor á el Juez que fuese, lo cual efectuó con brevedad en una carabela ya aprestada. Dióle Su Magestad á la Sra. Viuda muchas mercedes y en ellas son veinte mil maravedises perpétuos cada año en la ciudad de Sevilla y dos pares de casas en que viviesen ella y sus hijos, que fueron confiscadas á su Real Cámara de ciertos herejes que el Santo Tribunal había quemado, y en ellas vivieron siempre.

Llegado el Juez á la Isla de la Gomera, no dejó de dar cuidado á unos y á otros contento; propúsole á el Señor la demanda de que tuviese por bien parecer ante sus Altezas sobre lo que se imputaba; mostró buen semblante, aprestándose luego para España en la misma carabela; llegó á presentarse, hubo ruegos á la Señora y ella más aclamaba con que no se daba oído á la súplica. La prisión era rigurosa, la causa grave y todo era temores y arbitrios; entraron los religiosos á pedirle á la Reina con grandes súplicas afirmándole que Hernán Peraza estaba inocente, que eran informes de sus enemigos; tanto pudieron estas certificaciones que le hicieron discurrir una buena traza y fué casarle con una dama suya que le daba ciertos desvelos; súpolo el Rey y dificultábalo por la justicia que se debía hacer; la Reina por su interés afirmaba que era inculpado y dió el medio de casarlo y así se hizo con Doña Beatriz de Bobadilla; asimismo á Hernán Peraza se le mandó que no se llamase más Rey de las Canarias ni él ni su padre Diego Herrera, sino Señor de las cuatro que hubo de Bethencourt. Asimismo fuese él y todos los gomeros cómplices en la muerte de D. Juan Rejón á servir por todo el tiempo de la voluntad de sus Altezas y á ayudarle á la conquista de Canaria á su costa. Volvió casado á la Gomera y recibieronle todos mostrando buena voluntad en lo aparente; mas el natural de la Señora y su hermosura ganó la voluntad á algunos; era discreta y sabía gobernar vasallos, aunque le valió poco.

Pocos días de haber llegado á la Gomera contentísimo en extremo con su esposa y haber negociado mejor de lo que se juzgó, mandó pregonar por toda la Isla el bando de que se juntasen los cómplices pena de muerte mandado por sus Altezas; halláronse entre ellos ochenta que se em-

barcaron con su Señor á Canaria, y quedó la Señora muy sola y llorosa. Desembarcó en el Puerto de la Gaete, que está á el poniente de Canaria; entró de noche con luna por no ser sentido de los canarios y fuese al torreón de quien era Alcaide por Pedro de Vera, Alonso de Lugo; alegróse de su venida y socorro; había mandado el navío á el Puerto de la Luz dando aviso á el General Vera de su llegada y la causa de no haber ido primero á besarle las manos, el no renovar la causa pasada por el Alferez Mayor Jaimez y otras cosas de su satisfacción en que ponía á Dios por testigo de que no mandó matar á Juan Rejón; lo cual pudiera haber indignado más á su cuñado Jaimez.

Llamó el General á su Alferez, mostróle la carta y la buena atención de Peraza y que ya aquello se había pasado. Dijo Jaimez: «Vuesa Merced se sirva de mi parte que sea muy bien venido á servir á sus Altezas, que todos venimos á ello y aquel que más bien lo hiciere él será más bien premiado, y que ya no hay á que referir eso, que fué excusado.» Mucho se lo estimó Pedro de Vera que no hacía nada sin consultarlo con Jaimez, y Peraza estimó á todos y así fué correspondido siempre en Canaria.

Dióle orden el General que se entretuviese allí con D. Alonso de Lugo haciendo en los canarios sus entradas en el modo que hubiese lugar; juntaron ciento cincuenta hombres que iban á correr muy bien la tierra y poniendo espías avisaron á Lugo que unos quince ó diez y seis hombres habían entrado ya casi de noche en una cueva junto á el pueblo de Gáldar que mira al nacer de el sol; fueron espías de españoles sobre ellos, cercaron la cueva, cogieronlos medio dormidos que no pudieron ser señores de sí, fueron llevados á la torre de la Gaete; supose que el uno de ellos era el Señor de la Isla, el Guanartheme; fué avisado Pedro de Vera y el Real que alegró la nueva de la prisión grandemente; pidió el General que se le llevasen, que había deseado verle y no había sido posible; despachó luego por el y señalando día para ir á recibirle y defenderse de los suyos, lleváronse delante espías de una y otra parte por el camino de la mar que mira á el norte; viniéronse á encontrar casi á medio camino de más de tres leguas de cada parte junto á el lugar de Arúcas y la mar cerca del Bañadero. Causó grandísima alegría el ver á el Rey Guanartheme; echóle los brazos el General Vera haciendo grandes cariños y dando gracias á Dios de ver el que nos había hecho y hacía tanto mal, de que ya se acabarían todos y tendría fin la conquista.

(Continuará)



La vida en Las Palmas

Nada que pueda servir de tema interesante y fecundo para la crónica ha ocurrido en la última semana. El tránsito del carnaval á la Cuaresma con todas sus consecuencias de tristes reflexiones y paráfrasis del *memento homo...* es asunto ya demasiado gastado para que yo intente traerlo una vez más á los puntos de mi pluma pecadora.

No; renuncio con el mayor gusto á entristecer á mis lectores, y aunque soy uno de los hombres que de menos locuras carnavalescas tienen que arrepentirse y hacer penitencia durante los días cuaresmales, no gusto de aguarle á nadie sus fiestas.

La gente se divirtió de firme en los días de Carnaval, é hizo bien puesto que no le faltaba buen humor y los *huevos tacos* andaban este año baratitos y abundantes.

Aseguran muchos que las fiestas de Carnaval decaen aquí visiblemente de año en año. No hay que creerlo al pie de la letra. Habrán perdido mucho en su aspecto artístico, pero en punto á alegría... que lo diga un inglés que, después de haberse hartado de *juerga* durante los tres días, exclamaba entusiasmado el miércoles de ceniza, todavía lleno de serrín, harina y papelillos de colores por fuera y de cerveza por dentro:

—En los carnavales de Las Palmas se divierte uno más que en la mejor fiesta de Londres.

*
**

Por fin abrirá sus puertas en esta temporada el Teatro de Tirso de Molina. No cuajó el proyecto de venida de la Sra. Tubau, y viene, en cambio, la Sra. Cirera, que es de esperar haga una campaña provechosa para sus intereses, pues coge ahora al público ansioso de espectáculos.

Si además ha de ser provechosa para el arte la temporada teatral de la Compañía Cirera, pronto hemos de verlo.

*
**

La desgracia que aflige á gran número de familias pobres de las islas de Lanzarote y Fuerteventura castigadas este año por los rigores de una pertinaz sequía que, dejando improductivos los campos, obliga

á abandonar sus tristes hogares á un sinnúmero de jornaleros, ha encontrado al fin eco entre nosotros.

La naciente Asociación de la prensa de Las Palmas ha tomado la iniciativa para acudir al socorro de aquella desgracia y prepara con tal benéfico fin una velada literario-musical que debe celebrarse en esta semana.

Simpática, por ser fiesta de caridad, resultará para el público la primera fiesta que la Asociación de la Prensa organiza. ¿Cómo dudar que á su noble iniciativa se corresponderá generosa y espléndidamente?

FÉLIX DEL SAUCILLO.

PAPEL IMPRESO

Libros recibidos

Como me los contaron... cuentos por Rafael Jiménez con una *carta... prólogo?* de José Franchy y Roca.—Luarca. 1900. Un folleto de 175 páginas.

Unos y otros ó sea los de arriba y los de abajo, por Pedro Sánchez (M. de Lara).—Las Palmas 1901.—Un folleto de 93 páginas.

Conquistas de los canarios españoles en la Mar Pequeña de Berbería, por Leandro Serra y Fernández de Moratín.—Santa Cruz de Tenerife 1900.—Un folleto de 95 páginas.

Periódicos y revistas

El porvenir agrícola de Canarias.—Bajo la inteligente dirección de D. Enrique V. Madan, infatigable propagandista y campeón del fomento de la agricultura canaria, ha empezado á publicarse en La Laguna esta revista semanal, consagrada, como su título indica, á la defensa de los intereses agrícolas de esta provincia.

La Mensajera del Océano, revista mensual ilustrada de colombofilia, ha inaugurado en este mes su publicación en Las Palmas, dirigida por el entusiasta é inteligente colombofilo D. Santiago Cullen y Verdugo, Comandante de Infantería.

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 114

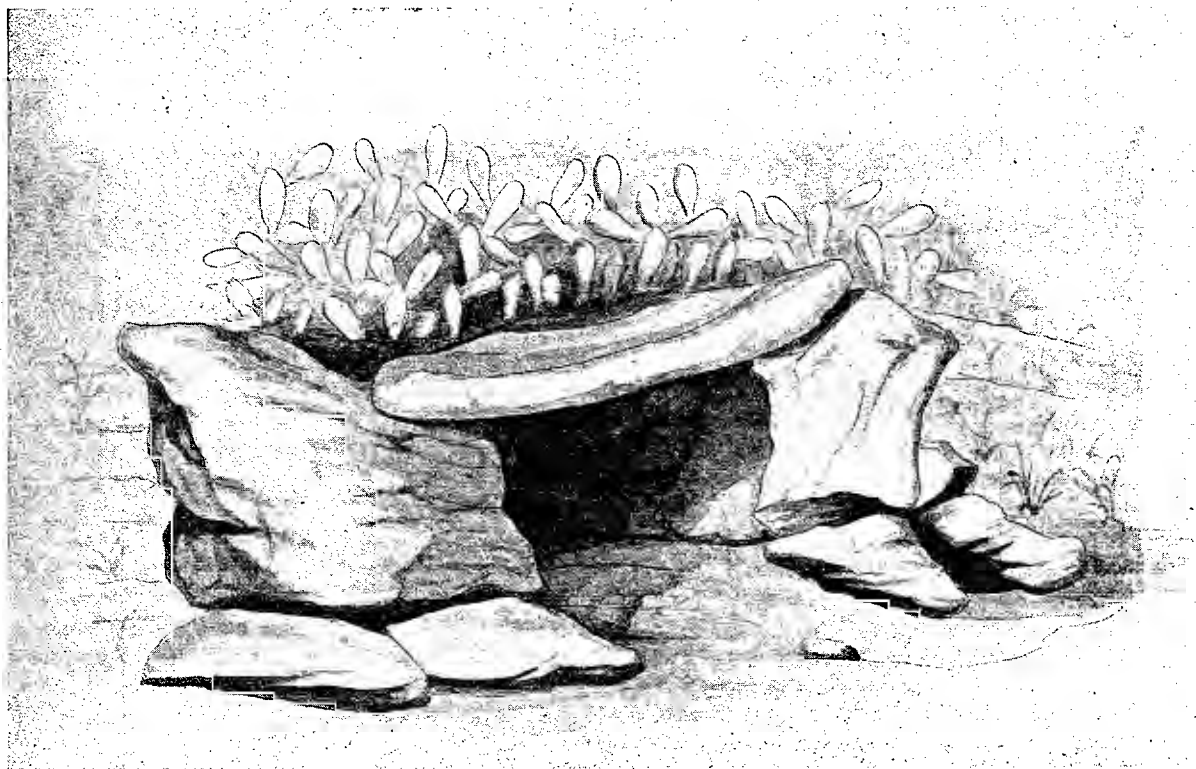


LAS PALMAS, 9 DE MARZO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 9

Antigüedades canarias



El dolmen de Tirajana ⁽¹⁾

Siempre recuerdo con agrado la impresión que produjeron en mi espíritu esos monumentos cuando en 1875 visité el hermoso país de Bretaña, con ocasión de haber asistido al Congreso para el Adelantamiento de las Ciencias, celebrado en la rica é ilustrada ciudad de Nantes, donde se inauguró con tal motivo el espléndido edificio del Museo de Historia Natural.

(1) Las palabras Dolmen, Cromlech, Menhin, son neologismos arqueológicos admitidos en las ciencias, sacados del patuá bajo breton ó del gaélico (país de Gales) y significan *mesa de piedra, círculo de piedra, piedra ancha*. A pesar del origen céltico, estas denominaciones no indican que estos monumentos megalíticos (*) llamados también Drúidicos, sean obra de los Celtas ó de los Druidas. Según el baron de Botssetten, la palabra Dolmen es formada de dos vocablos bretones *daul* ó *dol*, mesa, y *men* piedra, y significa mesa de piedra.

(*) Megalítico, término de Arqueología que significa «grandes piedras». Los Dólmenes, los Cromlechos, los Menhins, son monumentos megalíticos.

En aquel congreso presenté una memoria sobre la religión de los primitivos canarios y la época de la piedra pulimentada ó neolítica, de la que exhibí soberbios ejemplares que fueron estudiados con especialidad por Mr. G. de Demortillet, profesor de la Escuela de Antropología de París y Director del Museo de las Antigüedades Nacionales instalado en el castillo de Saint Germain en Laye, y por Mr. E. de Carthailac director de la Revista «des Matériaux pour l'histoire de l'homme», encargado de la inspección y conservación de esos monumentos, á quien tuve el gusto de tratar en el Congreso de Antropología y Arqueología prehistórica celebrado en París en 1900, y recordando con satisfacción nuestras gratísimas expediciones y las interesantes conferencias que hizo en presencia de aquellos monumentos tan raros como extraños, me preguntó por las piedras pulimentadas, las que, á no haber sido por mi personalidad, las hubieran puesto en duda como oriundas de Gran Canaria; sublimes

ejemplares que se custodian en el Museo Canario, y le dan, en unión de otros valiosos objetos, la justa y merecida reputación que tiene en el mundo científico, como lo confirma la opinión de los sabios que han escrito sobre este importante Establecimiento.

*
* *

No sé por qué, pero es lo cierto que todas las ruinas hablan al alma de un modo elocuentísimo, y sobre todo si no hemos visto nada semejante, ni la historia lo consigna; de ahí la afición á las investigaciones paleontológicas, antropológicas y arqueológicas; y á las antropológicas especialmente y con más empeño, por tratarse del hombre, cúspide del desenvolvimiento orgánico al través de las épocas geológicas según unos, y emanación de Dios, según otros, como última creación, sin eslabones que lo enlacen con la madre común, la Tierra.

Las Islas Canarias no podían eximirse del movimiento actual, por ser ley sociológica, á pesar de la resistencia de acero bien templado que presenta este país á la cultura científica; sin embargo, por índole orgánica, aunque rarísimos, algunos han entrado por el camino de la ciencia, y el estudio del pueblo aborígen (1) se ha hecho por los procedimientos seguros y positivos que determina la Antropología.

Entre los monumentos más notables que presenta la isla tenemos el Dolmen, monumento megalítico de primer orden y perfectamente caracterizado. Están formados generalmente por una ó varias piedras naturales de colosal volumen que descansan horizontal-

(1) Ha sido preciso determinar con exactitud los términos para no dejar la más leve duda: así Autóctono, palabra de origen griego, significa *de la tierra misma*. Indígena, que ha nacido en el país: y aborígen, que siempre ha sido de la tierra, y si bien se dice que la diferencia entre las palabras autóctono y aborígen es etimológica, hoy se ha aceptado la opinión de Littré, según la cual la palabra Autóctono trae al espíritu la antigua idea, que el hombre nació de la tierra, mientras que Aborígen no implica en nada la cuestión de origen.

mente sobre dos, tres ó cuatro piedras, ó también sobre una porción de medianas piedras sueltas, sin cemento que las una, encontrándose algunos de estos monumentos cubiertos de tierra.

Los dólmenes han sido clasificados en dos grupos: el primero es el de los que no están cubiertos de tierra, se presentan aislados ostentando inmensas moles formando una habitación; y al segundo pertenecen los dólmenes cubiertos de tierra ó túmulos, conocidos con el nombre de Dolmen-Túmulo, que también poseemos en Gran Canaria.

* * *

Hecha esta superficial reseña voy á tratar del Dolmen de Tirajana, cuyos datos, dibujo y cálculos me han sido facilitados por mi buen amigo el Sr. Don Julián Cirilo Moreno, ayudante de Obras Públicas y persona de gran ilustración, á cuyo favor debo reconocimiento.

Este Dolmen es una verdadera mesa unida al risco, que sirve de vestíbulo á una pequeña cueva y sostenido que es un Dolmen (y así se ha confirmado en el Congreso de París) pues la cueva no merecía los honores de tal material de construcción. Hállase situado en un terreno inclinado rodeado de casas canarias. Este monumento sirve de vestíbulo á una pequeña cueva poco profunda, teniendo un espacio interior de dos metros sesenta centímetros por tres de fondo; su altura es de dos metros treinta centímetros formado de enormes piedras basálticas; las piedras largas que sirven de techo tienen tres metros, uno de ancho y cuarenta centímetros de espesor y sus paredes guardan la misma proporción. Las aguas del invierno han arrasado piedras y tierra, y encima se ve hoy un bosque de tuneras que la da caracter. Su volumen, calculado el peso específico del basalto, corresponde á diez y ocho toneladas.

DR. CHIL Y NARANJO.

Dibujo de J. Cirilo Moreno.



Letras del tiempo viejo

ANTE LA TUMBA DE VIERA Y CLAVIJO

¿Esta es la tumba del insigne Viera?
¿Este su grande y digno mausoleo?
¿En donde están la trompa, el caduceo,
la lira y el laurel que antes ciñera?

¡Ay! todo es sombra ya, nube ligera
que el aire disipó. Quien fué recreo

del orgulloso Atlante, ora es trofeo,
pero grandioso, de la Parca fiera.

¡Oh, virgenes! llegad, derramad flores
sobre este humilde túmulo sagrado
donde descansa un sabio sin temores.

Decid, decid con labio inmaculado:
«De todos los poetas y oradores
el más florido al Éter ha volado».

RAFAEL BENTO Y TRAVIESO.





“NUESTRA SEÑORA”

Carta abierta á los Sres. D. Luis y D. Agustín Millares Cubas.

En Las Palmas de Gran Canaria.

Mis queridos amigos: Sin perjuicio de consagrar á ustedes mi prometido artículo en la *Revista Contemporánea*, me apresuro hoy á trazar á vuela pluma estas líneas, acusando á ustedes recibo de su hermosa novela “Nuestra Señora”, que he leído y releído con el deleite que experimento siempre que saboreo las originales creaciones que á ustedes deben las letras españolas.

Confieso ingenuamente que no me agradó el título de la nueva novela “Nuestra Señora”... ¿No es “Nuestra Señora” parte de la sublime trilogía en que Victor Hugo pinta los tres *anagkés* que pesan sobre el hombre?—“Los Trabajadores del Mar” son la lucha con la fatalidad de la Naturaleza; “Los Miserables” la lucha con la fatalidad social; “Nuestra Señora de París” es la lucha con la fatalidad religiosa.

¿Qué atrevimiento, decía yo, arrebató á Victor Hugo el título de una de sus obras para ponerlo á otro libro!

Y, sin embargo, leída la novela, preciso es confesar que la “Nuestra Señora” que domina á Andresito Valerón (el protagonista de la obra de ustedes) es completamente distinta de la “Nuestra Señora” de Victor Hugo: la “Nuestra Señora” de Victor Hugo es la Nuestra Señora de los creyentes; la Nuestra Señora á quien Valerón obedece es la Señora del siglo XIX, la naturaleza, el instinto, que dominan al hombre cuando la Fe no lo dirige, ni lo acompaña la Filosofía.

Se destaca en la novela de ustedes, aparte de la sangrienta ironía del título, la nota que, como observa muy bien el P. Blanco García, es predominante en la Literatura de la centuria última: la tristeza, el pesimismo, el hastío, el dolor y el vacío que causa la falta de ideales y de creencias. Así la tragi comedia de Valerón termina en catástrofe; pero catástrofe fin de siglo, mezcla de sangre y lodo. Y la acción que, en frase de ustedes, “se desarrolla con arreglo al canon uniforme é insulso de nuestros tiempos prosáicos y burgueses” produce penosa impresión, hiere con un punzante humorismo que, más que del estilo de la obra, nace del curso de los hechos y de la condición de los personajes,

Una novedad encuentro en “Nuestra Señora” que coloca, en mi humilde juicio, esta novela sobre cuan-

tas ustedes han publicado: en “Pepe Santana” “Santiago Bordón” “La Deuda del Comandante” “Los Inertes” y en la rica colección de “Escenas y Paisajes”, todos los *documentos humanos* que ustedes presentan (incluso el momentáneo filántropo de “La Viuda de Juan Suárez” “que es más bueno que Dios”) son *hombres orgánicos*, tipos despreciables, ó, cuando menos, insignificantes, pero en “Nuestra Señora” hay dos *personajes cerebrales, nobilísimos, poéticos*. Harleit y su hija Anita. Estos dos elevan los caracteres dan á “Nuestra Señora” un tono menos crudo que el de las anteriores producciones de ustedes y hacen que esta última novela se aproxime á la factura simpática y templada de Alfonso Daudet, más que á los radicalismos de Zola y los medanistas.

El plan de “Nuestra Señora” es admirable y denota hasta que punto dominan ustedes la Psicología, “la Ciencia del Porvenir” como ustedes dicen. La Naturaleza, eterno Proteo, según tantas veces se ha repetido, domina á Andrés Valerón bajo tres formas distintas: en Barcelona, en medio de la vida irregular del estudiante, cuando la sangre hierve, la carne se rebela, los labios sienten sed inacabable de caricias y la pasión vence al corazón y al entendimiento, Valerón se entrega á la viuda de Moralino, mujer de eroticismo sáfico, de refinamientos á la Pompadour, é insaciable como Mesalina, aquella emperatriz que después de las noches de orgía, entre gladiadores é histriones, volvía—según Tácito—*lassa sed non satiata*, al imperial Palacio.

Después, el regreso á Gran Canaria: el sol de África, la espléndida naturaleza Atlántica y el barranco de Nuestra Señora “rincón sombrío y deleitoso, cámara propicia al amor ó á la tristeza, con suavísima alfombra de mantillo y hojas secas, y toldo de verbenas, rumoroso é inquieto, más allá del cual se divisan los pedazos de la techumbre azul, infinita.”

Y allí María y Andrés se encontraron:

“Estaban de pie, el uno frente al otro y él la contemplaba vorazmente, de arriba abajo, besando con la mirada los párpados caídos, la roja pulpa de los labios, las mejillas morenas, redondas y firmes, las maravillas del busto, el relieve tentador de las

«caderas. Era la hembra sensual, eterna soberana del hombre, la diosa omnipotente que desde el principio del mundo preside con ademán gallardo la fiesta universal de la carne.»

Andrés confunde el amor con el apetito; se casa con María, pero como no la ama, se siente vencido por el hastío y la repulsión que pintan ustedes de mano maestra.

El hombre, ha dicho Bacón, es mitad ángel y mitad bestia. Y cuando Andrés se sintió satisfecho como bestia empezó á pensar como ángel.

El país canario, que impele á la sensualidad y al amor físico, mueve también á la idealidad y al misticismo: el ambiente cálido, las brisas marinas cargadas de sales, y el aire de tierra, saturado de aromas, las noches serenas alumbradas por constelaciones invisibles en Europa; los días esplendorosos, de sol brillantísimo; el suelo volcánico y la vegetación magnífica; todo eleva un himno de amor, impulsando á un germinal eterno. Pero las cumbres altas que la nieve corona semejan immaculados altares que se elevan á Dios; el hálito inflamado de los volcanes imita espirales de incienso; la inmensidad del Océano hace sentir la inmensidad divina; en lontananza se entreven las costas del Continente negro, que es un enigma, y, salpicando aquí y allí el paisaje, crecen los seculares dragos, que son un misterio; la palmera, esbelta y gentil, despliega al sol su pompa airosa, como si fuera un himno oriental que la tierra entona al astro que la fecunda; la erguida pita y el nopal adusto guardan las vides aromosas que dan malvasía; el maizal muestra sus doradas mazorcas y sus enhiestas panojas semejantes á marcial trofeo; el cafetal luce sus hojas lustrosas parecidas á lanzas de esmeralda y los platanales se visten también de rozagantes y sedosas hojas, mientras la azucarada caña elabora su jugo dulcísimo.

Cuando Andrés Valerón se siente hastiado de sacrificar en aras de Afrodita, la Venus sensual, es vencido por el idealismo, por Cyterea, la Venus del amor psíquico. Busca un *alma gemela de la suya* y se enamora de Anita.

Pero Andrés está casado con María: el escándalo sobreviene, y tras el escándalo la catástrofe. Anita

muere... y Andrés lloró con amarga tristeza sintiendo la cobardía invencible del hombre miserable y débil.

«... Nuestra Señora sonreía, palpitaba, tendíase alborozada y estática en el lecho colosal y espléndido de los grandes amores. Las hojas susurraban, los pájaros reían, el agua cantaba, el viento corría despertando rumores en el llano, los valles y los montes, y el soberano pontífice, el sol inmenso y llameante derramaba sus bendiciones desde la altura infinita.»

Cuando hace tres años escribí mi primer artículo de homenaje á ustedes, no tuve la pretensión ridícula de «descubrir el Mediterráneo». El mérito de sus escritos de ustedes es descollante y solo pueden desconocerlo los que no los hayan leído: el eximio compositor Saint-Saens ha dado á conocer—con sus traducciones al francés—dos hermosas producciones de ustedes, que corren impresas allende les Pirineos; me consta que el venerable Pereda tiene á ustedes en grande estima y que hasta mi atrabiliaria y antipática paisana doña Emilia, *la inevitable*, reconoce que, si ustedes no brillan hoy como astros de primera magnitud, es por vivir confinados en esa peña atlántica.

Ustedes, como sus paisanos Pérez Galdós, Guimerá, Pinto, Iriarte, Viera y Clavijo y Núñez de la Peña, superan en la descripción á los mejores escritores peninsulares; y, en cuanto á caracteres y á observación psicológica creo que figuran ustedes á igual altura que los tres grandes triunviros de la novela española contemporánea (Galdós—Pereda—Valera).

En la novela que motiva estas líneas, la carta y los consejos de Hartleit, la petición de la mano de Anita por Pérez Porriño, y el monólogo de Andrés Valerón que sigue á la petición, son magníficos.

En cuanto á las enseñanzas que se desprenden del libro, son tales que no vacilaré en escribir en la cubierta de «Nuestra Señora» aquellas palabras que escribió Daudet al frente de su obra «Sapho: A mis hijos, para cuando cumplan veinte años.

Soy de ustedes admirador y amigo.

LEOPOLDO PEDREIRA.





CAVILOSIDADES

El cascote que quedó del derribo de las verdades de ayer nos servirá para edificar las verdades de mañana. Para que éstas tengan por completo el aspecto de cosa nueva bastará con que ocultemos los viejos materiales con un ligero revoque de lógica.

* * *

Los espíritus delicados tienen ideas adaptadas á su modo de ser, hechas á su medida, por decirlo así, mientras que las inteligencias vulgares usan solamente las ideas ordinarias y uniformes que toman en los bazares baratos de ideas hechas.

* * *

«La verdad está en lo hondo del pozo,» dijo Demócrito; y hay muchos pensadores que fiados en esto, construyen y ponen en movimiento muy ingeniosas norias intelectuales; nada les falta: la rueda gira sobre su eje, los cangilones suben y bajan, pero el agua de la verdad no sube. Es, sencillamente, que han puesto á la noria una cuerda demasiado corta, y los arcaduces suben vacíos porque no han llegado al fondo del pozo.

* * *

Los necios endiosados tienden á endiosar á los necios. Por eso es de temer la influencia que ejercen los que han llegado por medios bajos y ruines, extraños á la inteligencia, á ocupar injustamente posiciones elevadas en que se ejerza mando de hombres y juicio de capacidades. El necio con mando, por cierto misterioso *espíritu de cuerpo*, por simpatía instintiva, y mucho por cálculo y deliberado intento, otorga los puestos de preferencia á los que no pueden hacerle sombra por su talento.

* * *

Las hipótesis son escalas que fabrican los hombres para alcanzar verdades, inaccesibles por otros medios; pero el error de muchos de estos carpinteros consiste en permanecer en la escala, enamorados de su obra, tomándola como fin, no siendo más que un medio; cuando una vez llegados al último escalón debieran abandonarla y darle un puntapié como á cosa inútil ya.

* * *

Tenemos que contemplar á la Justicia desde muy lejos para reconocerla. Desde que nos colocamos tan cerca de ella que los rayos de su luz dan calor, por poco que sea, á nuestras pasiones y á nuestros intereses,

ya no conocemos á la matrona, y damos su nombre á cualquiera otra cosa que nos convenga.

* * *

La *bilis* literaria, cuando no va acompañada por el talento, no da otro resultado que poner en ridículo á quien de ella padece.

* * *

Así como el tiempo y la distancia embellecen en la memoria los paisajes que ya no vemos, la Muerte embellece también á los hombres que en vida nos parecían poca cosa. Gracias á que el olvido vacía pronto las salas de los museos de antigüedades que formamos con los recuerdos.

* * *

La ley económica de la oferta y la demanda nada tiene que ver con la estupidez y el mérito de los hombres. A pesar de que la primera abunda muchísimo más que el segundo, suele tener la misma estimación en el mercado, y aún son más frecuentes los casos en que la estupidez alcanza exceso de cotización sobre el mérito, que aquellos en que éste logra alguna ventaja sobre la necesidad,

* * *

La falta grave de muchos hombres consiste en despreciar á los pigmeos sin tomarles antes la medida y cerciorarse de que no son gigantes encogidos.

* * *

El que recita sus discursos aprendidos de memoria no es orador, sino un comediante que tiene el mérito de escribirse sus monólogos y el de trabajar sin apuntador.

* * *

Es más útil estar bien enterado de las locuras de los hombres que de su sabiduría; porque navegando por el mundo, más veces se tropieza en aquellas que en ésta.

* * *

Si algún día la ciencia humana llegara á cerrar todos los caminos por donde llega la muerte, brotaría de repente una falange de ingenieros que le abriera anchas carreteras para que viniera á aclarar nuestras filas y á librarnos del tedio de la vida, restituyendo en ella el temor: lo único que la hace llevadera y aguantable, lo único que la hace emocionante y bella.

* * *

¿Quieres que te abra mi pecho, que te muestre hasta el fondo de mi alma? ¿Para qué? Nada verías. Sólo yo veo en aquellas obscuridades, y veo poco.

ANTONIO GOYA.



Desde Madrid

ARTE Y LETRAS

SUMARIO: Inmortalidad de un verso.—Los poetas que quedan.—Los actuales que pasan.—Campoamor único.

Ha muerto Campoamor, y con su cadáver hemos enterrado el último poeta español.

El polvo vuelve al polvo, el alma vuelve á Dios. Pero, en los artistas, en los escritores, el genio no desaparece, no muere.

Queda vivo y palpitando en sus obras; deja detrás un rastro de luz, una estela brillante, que le presta eternidad de vida, que lo hace inmortal. Y una estrofa, una frase, una línea, un color, un sonido, revela toda la complejidad de un espíritu, lo caracteriza y da en tanta pequeñez la noción de lo grande, de la inmensidad, de lo infinito, profundo como el pensamiento, insondable y lejano como el ideal.

Parecen cosa tan deleznable, tan nimia á las almas vulgares los cuatro versos de un poeta, entretenimiento de cerebros débiles, solaz de mujeres marisabidillas y romancescas, y sin embargo el alma de la humanidad va en ellos, es lo más espiritual de la historia que flota sobre la mezquindad miserable casi siempre de los hechos; ahí, en esas cuantas estrofas, que á veces suenan ásperas como hierro de armadura medioeval en la entonación épica, y á veces dulces y lánguidas como ruido del agua en el remolino espumoso de la aceña, en los idilios y en las églogas, la humanidad ha llorado sus días de esclavitud, de peregrinación, de crucifixión, y ha cantado sus himnos de victoria, sus odas de júbilo, los psalmos de las supremas redenciones.

¿Quién se acuerda de guerreros y de césares? ¿Quién no maldice sus hechos brutales?

En cambio sobre el lago de sangre, con gritos de revoluciones formidables mezclado, con estallidos de blasfemia unido, surge el canto triste de los poetas, el dulce rumor de sus plectros de oro, y Homero, Virgilio y Dante los evoca nuestra memoria como las mayores figuras de la humanidad en los pasados siglos, en los días penosos del éxodo largo, de la cruenta jornada humana á través del tiempo poco misericordioso, expoliativo, cruel.

Y el alma, el genio de estos poetas, siendo tan grandes, los encontráis encerrados en cuatro versos esculpidos, en una frase lapidaria, cinco palabras que son una frase, pero allí hay un pensamiento, la voz de una raza, el grito de la humanidad entera de todas las edades.

Los poetas no mueren.

*
* *

¿Qué queda de los poetas del siglo pasado en nuestra España?

Poco, casi nada.

Quintana, que pareció el más grande, ha ido recorriendo su talla, empequeñeciéndose en la admiración de las gentes. El estilo rotundo y altisonante de sus odas, que vibraban batalladoras en aquellos días de graves luchas, de honda conmoción del alma nacional, nos parece ahora entumecido, rígido, frío, con toda la hinchazón retórica que presta la carpintería literaria. Ha muerto ya, de verdad.

Lista, Gallego, los pseudo-clásicos, al hoyo han ido, después de desvanecida, rota y maltrecha su gloria.

Queda aún, romántico, tormentoso, desesperado, el genio de Espronceda, llorando la vanidad de la vida, que pasa brutal y triste, y la inutilidad del amor, vano como la luz, como el sonido, aunque hay quien le busque afinidades de arte en las estrofas solemnes de Lord Byron; quedará siempre Becquer, el dulce poeta, el de las melancolías húmedas que lloran, el de las ironías alegres que escuecen el alma, dulce á ratos, á veces lúgubre, tan inspirado, tan sugestivo siempre, por más que su musa la reconozcan algunos oriunda de lejanas regiones, de allá donde cantó Heine en desengañado *Intermezzo*.

Y vivirá siempre en la memoria, en la boca de nuestra raza hispana, Zorrilla, el mago de las estrofas rítmicas, musicales, el de los versos de entonación caballerescas, que trajo á nuestros tiempos el eco legenda-

rio de las viejas edades, de los ciclos trovadorescos, el que hacía cantar, vibrar, sus rimas con un arte desconocido, intenso, y cuya musa parecía el alma del pueblo español, alma heroica, alma de caballero andante, alma retozona, maleante, loca, que se echa á los campos, á las aventuras trágicas con la lanza de *Quijote* y hurta los garbanzos á la olla rancia del domine *Cabra*, alma que entendieron Cervantes y Quevedo, que quedó presa en sus rasgos heroicos, epopéyicos en los cantos de *Ercilla* y en el *Romancero* y que quedó alegremente retozona y cáustica en los romances y letrillas de *Tirso* y *Alcázar*.

Quedó también Campoamor...

*
**

Hoy, en esta actualidad ¿qué poetas tenemos? ¿qué versos legaremos á la posteridad?

Pocos, ningunos. La patria tradicional está muerta, su alma, su alma atávica, está enterrada en los viejos monumentos de nuestra histórica grandeza y en los versos de nuestros antiguos trovadores, de nuestros anteriores poetas.

Núñez de Arce, el más grande de todos los actuales, quizás andando el tiempo corra la triste suerte de Quintana, el frío, el retórico, el ajustador de los consonantes. No dejará sollozos de un alma, estremecimientos de un corazón con vida en sus estrofas cinceladas, esculturales, marmóreas, pero frías, sin intensidad, sin nervio, sin corazón. Y esto lo digo, mientras á mis labios llegan sestinas del *Idilio* y unos cuantos tercetos de *Raimundo Lulio*, hermosos, sentidos, evocadores.

Ferrari, Grilo, Cavestany, no sé cuantos más, desfilan ahora también ante mi vista, en esta revisión de poetas, con sus lirás cascadas, con sus estrofas ñoñas, con sus *suspirillos líricos*, hueros, gárrulos como viento, como espuma.

Acaso de lo actual, aunque no se ha de salvar en lo futuro, yo no dejaría más que la *Canseira* de Medina, en donde parece que ha soplado una nueva musa, hermana de la de Bécquer, unos aires de tristeza poética, de dolorida melancolía que nos conmueve, que ella solita llora desconsolada, como el alma del pobre poeta.

*
**

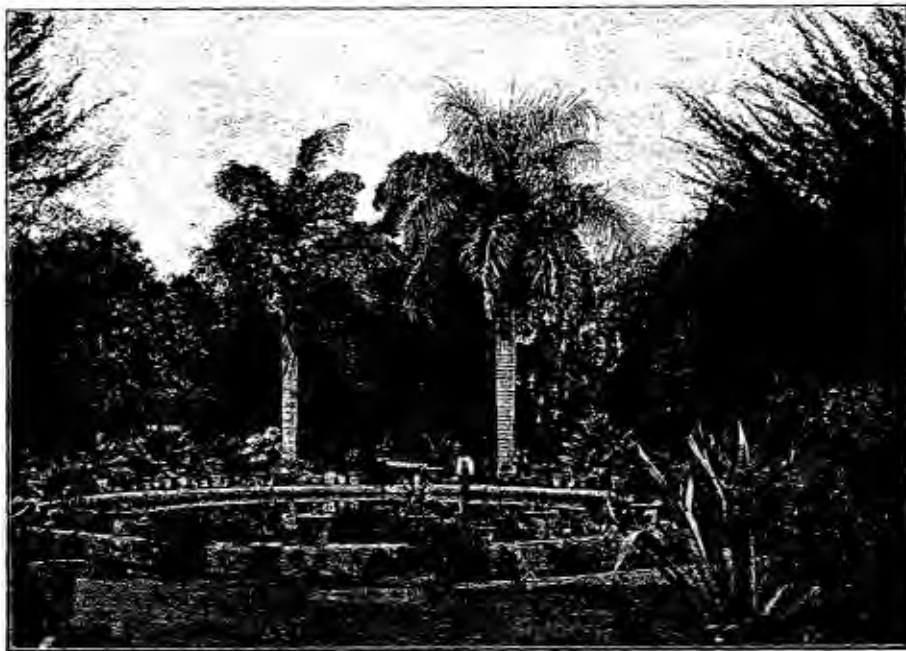
Muerto Campoamor, hemos enterrado á nuestro más grande poeta, al último.

No lo sabe el pueblo. Nuestras cándidas é indoctas muchedumbres, aunque así lo proclamen, no lo saben, porque no han sentido á Campoamor.

Poeta del pueblo fué Zorrilla, con sus melenas románticas y sus rimas llenas de música, que sonaban constantemente en la calle.

Campoamor era un poeta de estudio, un rimador extraño, con una estética especial, propia, originalísima y un humorismo, que no es el que estudia Taine en los escritores británicos, ni es el analizado en todos sus elementos por Ritcher, porque es nueva en Campoamor esta manera de sentir la vida y de expresar el arte, como la característica de su ideismo, esa ironía de su pensamiento, amarga, muy amarga, mientras las frases de sus versos eran dulces, muy dulces.

ANGEL GUERRA.



JARDÍN BOTÁNICO DE LA OROTAVA.

DON JUAN DE QUINTANA Y LLAREÑA



El esclarecido patricio cuyo nombre traemos hoy á esta galería de canarios distinguidos, pertenecía á una de las familias más antiguas é ilustres de esta ciudad. A su alto linaje enlazaba la nobleza de su alma y esa educación *trascen-*

dente que no se enseña en los colegios ni está escrita en ningún tratado, porque más que en los preceptos y reglas está basada en la nobleza de sentimientos, en la benignidad y dulzura de afectos, en la tranquilidad de la conciencia, y en ese buen gusto que constituye el difícil *arte de ser prudente*.

D. Juan de Quintana se distinguió siempre por su delicadeza en el trato social, por su carácter dulce y afable y por su verdadera modestia. Justo con el superior, franco con sus iguales, respetuoso con los inferiores, digno y considerado con todos, supo captarse las simpatías de todas las clases de la sociedad.

Educado con esmerada solicitud durante los años de la niñez, acudió en su juventud á la Universidad literaria de Sevilla, donde enriqueció su inteligencia con los conocimientos del derecho, con los cuales había de obtener más tarde legítimos y repetidos triunfos en el foro.

En 1850 obtuvo el título de Licenciado en Derecho. Desde esta fecha empezó á ejercer su profesión, desempeñando con acierto y rectitud importantes cargos con ella relacionados, tales como los de Juez de primera instancia de Guía en el año 1853; Juez de Paz de esta ciudad en los bienios del 51, 58 y 59; Fiscal interino de S. M. el 68, y Magistrado suplente de esta Excm. Audiencia Territorial en los años del 72 al 76. No hay que advertir que en todos estos cargos se distinguió siempre por su rectitud, moralidad, honor y delicadeza.

La grandeza de su patria y el bienestar de sus conciudadanos, fueron ideas que acarició toda su vida y le preocuparon constantemente;

así es que consagró toda su actividad á defender y acrecentar los intereses morales y materiales de esta ciudad, que sin duda alguna le debe no pocas reformas, pues jamás se negó á prestar su valioso concurso para todo aquello que pudiera ser beneficioso á Las Palmas.

Concejal de este Excmo. Ayuntamiento en distintas épocas y Síndico de la propia Corporación, prestó á ésta señalados servicios: también los prestó á la instrucción pública como Presidente de la Junta local de primera enseñanza. Fué Consejero provincial; Vocal de la Comisión permanente de Estadística, del Censo, de la Junta popular de salud pública. Y tantos otros cargos desempeñó, que sería prolijo enumerarlos.

La Real Sociedad Económica de Amigos del País de esta ciudad fué para D. Juan de Quintana objeto de atención preferente y de desvelos continuos hasta los últimos momentos de su vida. Desde que ingresó en ella el 16 de Junio de 1861, le prestó constantemente su concurso, ya como individuo de su Junta Directiva, en la que casi siempre figuró, ya con sus proposiciones é informes sobre agricultura, industria, comercio, y sobre todos los asuntos en que la Sociedad solicitaba oír su autorizada opinión. En todas las comisiones nombradas para informar sobre asuntos de verdadero interés para el país, D. Juan de Quintana aparecía en primer término.

Verdadera voluntad de hierro, cuando concebía y maduraba un proyecto, no cejaba hasta realizarlo. Su conducta desde el acto más trascendental, hasta el más insignificante, estaba inspirada siempre en el más ardiente y puro patriotismo.

Fué reelegido muchos años por la benemérita Sociedad para desempeñar el cargo de Vice-Director, y en Febrero de 1893 fué elegido Director, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en Diciembre de 1895, con aquella prudencia y rectitud que le caracterizaban.

En la disposición novena de su testamento otorgado ante el notario D. Vicente Martínez, legó á la Económica todos los libros de su pertenencia que sus herederos consideraran dignos de figurar en la Biblioteca de la mencionada Sociedad.

La Sra. D.^a Rosa de Quintana, cumpliendo fielmente la voluntad del testador, entregó al

que esto escribe, como Secretario de la Ilustre Corporación, el legado de su difunto hermano D. Juan, consistente en 510 volúmenes de obras muy selectas y estimadas de Literatura, Derecho é Historia, lujosamente encuadrados en su mayor parte, legado que aceptó con el mayor agrado la Económica, acordando construir para colocar tan apreciable donativo, un estante especial que lleva el nombre de D. Juan de Quintana.

Por lo que acabamos de exponer brevemente, se comprenderá que la Sociedad Económica tenía motivos más que suficientes para llorar la pérdida de su dignísimo Director, y profundamente afligida, depositó sobre su féretro riquísima corona, acordando consignar en sus actas sentidísimo recuerdo de homenaje y gratitud á la memoria del que en vida fué su paladín más esforzado, defensor constante de la Gran Canaria y honra legítima de la ciudad de Las Palmas.

Claro está que esta no es la biografía de don Juan de Quintana y Llarena, ni siquiera su semblanza.

Únicamente me he propuesto consagrar á su memoria estas justas frases de cariño obligado por la gratitud y la justicia. Honrado por muchos años con su leal y desinteresada amistad, pude apreciar sus preclaras cualidades, sintiendo en el alma que estas sinceras y bien merecidas alabanzas no estén á la altura de sus merecimientos. Lo que si puedo asegurar es que su recuerdo no se borrará de mi memoria y que la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas guarda con orgullo en sus anales el nombre de su distinguido socio don Juan de Quintana y Llarena.

FRANCISCO CABRERA RODRÍGUEZ
Secretario de la S. E. de Amigos del País.



HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO XIV

Remiten á Sus Altezas á Guanartheme Rey de la Isla de Canaria y se bautizó.

Contentos los españoles, cuanto tristísimos los canarios de Gáldar, y soberbios los de Telde, dueños de la otra mitad de la Isla, estábamos con cuidado de enviar á España á sus Altezas remitido á el *Rey Guanartheme*. Dispúsose navío bien guarnecido y entregado á uno de los caballeros conquistadores llamado Miguel de Moxica, vizcaino de nación, y juntamente á otros hijos-dalgo que habían venido aventureros, y con el Rey otros canarios de fama y gran esfuerzo, de su sangre real y parientes que no le dejaron, y por lengua á Juan Mayor que cautivaron en la torre de Gando y tuvo prisionero Guanartheme y trató como noble, y con esta ocasión le sirvió por su buen intérprete, y era natural de Lanzarote.

Desembarcaron en Sevilla, y fué tanta la gente que salía á verlos que no es decible, y por los caminos hasta el de Granada era sin cesar. Llegados á la Corte en Calatayud, dió Moxica sus recados y caballeros aventureros que á su costa con armas y caballos había venido y ido con Guanartheme, el cual se admiraba más de ver la grandeza del Reino, la gente, los palacios, tribu-

nales y aparatos que él nunca había visto; y el día siguiente fué mandado entrar á besar la mano á el Rey.

Era hombre robusto y alto, la barba negra y crecida, la vista hermosa, y entendido; entró á la presencia del Rey y luego se arrodilló, y por señas y también por la lengua Juan Mayor le pidió las manos á besar y se le llenaron los ojos de lágrimas, y el Rey le levantó y abrazó, y habiendo dicho que se sujetaba á un Rey y Señor tan poderoso, y que quería ser cristiano, el Rey fué muy contento, siendo sus padrinos los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, y le echó el agua el Arzobispo de Toledo Don Juan; púsosele por nombre Don Fernando Guadarttheme, hizose la solemnidad del bautismo como á persona Real, mandóle á vestir ricos aderezos de gala y alhajas de gran valor, y que se volviese á Canaria cuando fuese su gusto, y él se vino luego con los suyos, y que se hiciesen cristianos todos los canarios y se les diese por suya la tierra, prometiéndoles libertad y todo buen tratamiento, y el ahijado así lo prometió y juró; pidióle en retorno que le hiciese Su Magestad merced de darle para él y sus descendientes á Guayedra; concediósele, y la tal tierra Guayedra son unas montañas de volcán y riscos que no son buenos más que para ganados silvestres y es isleta desierta; juzgó el Rey que le daba una gran ciudad ú otra cosa buena y quedaron ambos gustosos. Y á Juan Mayor le dió perpetuamente el oficio de Vara de Alguacil Mayor de Canaria y mandó se le diese para el viaje todo lo necesario y encargó á Miguel de Moxica el regalarle. Y Moxica trajo doscientos vizcainos de socorro para dar fin á la conquista y todo prevenido salieron para Canaria; y tambien nueva orden de que Peraza se fuese á su Isla y que no llevase los gomeros que había traído.

CAPÍTULO XV

*Viene á Canaria D. Fernando Guanartheme
y dase fin á la Conquista.*

Habiendo llegado á Canaria, se holgó Pedro de Vera de lo bien que le había sucedido; fuese bien despachado y contento Peraza que era deseado de su esposa y vasallos que le recibieron como á quien viene de fuera. D. Fernando Guanartheme con el Alguacil Mayor fué á hacer algunas prisiones en los canarios, que andaban levantados haciendo muchos daños considerables; fueron á Gáldar, y allí hicieron tantos regocijos de ver á su Rey que no puede encarecerse la alegría de todos; allí supo como todos los nobles y la mayor fuerza de ellos estaban reacios en un risco por fortaleza que llaman Bentaiga; llegó allá con Juan Mayor, y éstos más se holgaron de verle. Y acordando D. Fernando Guanartheme de la promesa de su padrino, les pidió fuesen cristianos y todo lo demás que cumplió decirles; dijo todo lo que le había pasado y ellos á él, y toda la mayor parte lo hiciera temiendo el gran poder del de España y libertad y buen tratamiento que se les ofrecía en su tierra, mas no pudo Guanartheme conseguirlo de el muchacho del de Telde, que por muerte de su padre tenía la mitad de la Isla y la otra por su prima con quien estaba casado, hija del Rey Guanartheme hermano del presente D. Fernando Guanartheme que, habiendo muerto, le dejó por tutor desola una hija única heredera hasta que pudiese casarse y que en el interin mantuviese el Señorío de Gáldar; cuando le cautivaron y fué á España trataron los deudos y demás pariente de darle marido que era el dicho Rey de Telde Bentaigo, ambos muchachos, ella de 16 años y él de poco más de 18, queriendo todos hacer lo que D. Fernando les pedía por habérselo muchas veces propuesto, y por otra parte no querían desamparar á su Rey y Señor natural que les decía se acordasen de el engaño del general Pedro de Vera que invió á los canarios á la conquista de Tenerife, y los invió á vender, y que así no diesen crédito á los españoles, mucho sintió D. Fernando Guanartheme, por estar empeñado por su padrino, mucho hizo Juan Mayor en decirles la verdad.

Avisósele á el General Pedro de Vera la rebeldía de los canarios, con que dió orden de ir allá; dispuso la gente el Alferez Jaimez y la suya Miguel de Moxica y marchó la vuelta de este risco por la mar; saltaron en la playa de Tazartico, y pusieronles sitio muchos días y no era posible el darse; era un risco muy empinado por todas partes á modo de torre con anchura por arriba y una fuentecica bastante para darles agua; solo tenía una subida muy agria y fácil de defender; tenían todo género de sus armas y piedras grandes rodadizas para despeñar, con que no era posible acometer sin grave daño ó peligro manifiesto; acordóse rehacerse de más gente para darles asalto á la fortaleza enriscada, que nos habían allí muerto ya ocho hombres y herido á muchos sin ningún fruto; habiendo vuelto á escuadronar más gente fuimos á los canarios con más furia que la pasada y los hallamos mejorados en el fuerte llamado Axódar y enton-

ces el Gobernador Pedro de Vera por una parte y Miguel de Moxica con sus doscientos vizcaínos por otra, empiezan á subir la cuesta casi á pique con tanto ímpetu que los nuestros los hicieron poner en huida la cuesta arriba y á el llegar á unos malos pasos que en ella hay se esforzaron los canarios en tanta manera y volvieron sobre los nuestros echando á rodar muchas y grandes piedras, y tirando piedras, sin poderse valer de las armas, haciendo pedazos á los nuestros y muriendo muchos sin poder huir ni acometer, porque á el huir venían rodando las piedras y el acometer era meterse en sus manos; con que tuvieron esta victoria por suya con grandes ventajas. No bastaron las voces y súplicas de D. Fernando Guanartheme para que se aquietasen, porque más se encarnizaban en matar cristianos, y ellos le daban mayores voces que se apartase del peligro y él más se entraba á aquietarlos, y decían que aquel era el día en que acabarían á sus enemigos que venían á quitarles su tierra. Y D. Fernando constantemente perseveraba aplacarlos y no hubo remedio, aunque poco á poco fueron aflojando el arrojar piedras; juzgóse de no salir de allí vivos, porque no se pensó tal destrucción que harían las piedras. Murió después el buen Miguel de Moxica y la mayor parte de sus vizcaínos, y luego muchos caballeros conquistadores, que le causó gran sentimiento á el Gobernador Vera; pidióle á don Fernando que hiciese enterrar á los difuntos y así lo hizo, trájose el cuerpo de Moxica y los heridos para curar y al otro darle honroso enterramiento á el pueblo de Gáldar en una casa grande que estaba á una punta del lugar, y en otra allí cerca se decía misa y llamaron de la advocación de Señor Santiago, onde fueron enterrados los cristianos.

Cerca de este sitio se fabricó un castillo para guardia de el Real y mientras sanaron los heridos dispuso la orden de hacer otra embestida y dar fin á lo que tanto deseaba. Ordenó su gente y marchó en busca del enemigo día de Santa Efigracia 15 de Abril; tuvo aviso de que se habían recogido en otra fortaleza de Ancite y allí los cercó y hirió á muchos y les dió temor, y los cristianos se esforzaban por ganarles lo mejor. Fué segunda y tercera vez D. Fernando Guanartheme á pedirles la paz y no permitiesen morir como bárbaros pues podían ser cristianos y en su libertad; todos querían y estaban perplexos á rendirse, más quien quería ser Rey no admitía partidos, no fué posible reducirlo, tanto que lloró Guanartheme de ver el desastrado fin que se les amenazaba, diciéndoles que el poder del Rey de España era grande, que su palabra era tan firme como el sol á el medio día. Tampoco: más si él no quiso quisieron todos los canarios, y este mancebo se fué á un risco pendiente que hace un grande despeñadero y se arrojó por él abajo dando fin á su vida y vida á los que voluntariamente haciendo seña de paz á vista del ejército católico se entregaron á el Gobernador Pedro de Vera.

(Continuará)



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS de la ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Su fruto se distingue por su sabor y su frescura. La ciruela, la manzana, el melocotón, por lo raquíticamente que allí se desarrollan, dejan bien comprender que no es el clima aparente para ellos, al paso que la higuera, con especialidad la de fruto veraniego, toma otro aspecto y su fruto tiene un sabor gratísimo. Nada demuestra mejor las notables diferencias de una á otra localidad como la manera de vivir de ciertos animales: el lagarto (*Lacerta agilis*), animal muy impresionable á la influencia de los agentes metereológicos, sobre todo al frío, es raro en Tafira y los pocos que allí hay andan como llenos de temor, cuando, por el contrario, en el Fondillo están como en su verdadera patria y de su abundancia son pruebas los numerosos rastros que en todos lados se ven.

Los habitantes del Fondillo presentan también en sussintomas patológicos formas diametralmente opuestas: las fiebres toman el caracter bilioso, se nota pereza en los órganos digestivos y hay poca vitalidad en las mucosas. En las fiebres tifoideas domina por completo el hígado presentándose sub-irritaciones especiales de una naturaleza sui-generis tomando el carácter bilioso; la esclerótica revela siempre en su color el predominio de la secreción biliaria, la piel se pone árida y rugosa, y aunque á veces se halla exaltado el cerebro, es lo más común suceder la postración.

En Tafira predomina el temperamento sanguíneo con tendencia á las inflamaciones francas; la vida es activa en los órganos centrales, el apetito es más enérgico, consumen en su respiración más oxígeno y necesitan por lo mismo de un alimento que contenga mayor cantidad de cuerpos grasos.

En el Fondillo sucede lo contrario: las afecciones nerviosas y hepáticas dominan por lo general; la piel impresionada por el calórico es más morena, la respiración no es tan activa y es mayor la irritabilidad de los órganos periféricos.

He manifestado que la patología es especial, y de la misma manera que no puede haber una climatología extensa sino muy limitada, acontece lo propio con las enfermedades; éstas presentan matices únicos y exclusivos á las localidades, y al ver de la manera que unos patologistas quieren agruparlo todo bajo el punto de vista del diagnóstico y otros separarlo, formando por decirlo así una patología de los síntomas principales, es este, á mi parecer, un grave error sostenido en perjuicio de la salud del enfermo y á causa de esta

parte estar ligada la salud con la enfermedad, tengo que hacer algunas observaciones que servirán de punto de partida para lo sucesivo. La llamada *fiebre biliosa de los países cálidos* no puede ser admitida en Canaria, no existe, pero sí la *biliosa simple*; y al tratar de biliosas debe entenderse de esta la que se presenta con caracteres propios y es una *fiebre esencial* cuyos síntomas completamente deslindados constituye una enfermedad sin connivencia con las demás y lo mismo acontece con la *nerviosa catarral inflamatoria tifoidea*, las que, amalignándose, ofrecen entonces caracteres *adánicos* ó *adinámicos*. Preséntanse también estados tifoideos que no son la fiebre tifoidea por el aspecto tífico y algunas veces la fiebre tifoidea hasta sin fiebre, como aconteció con un caso que me refirió el Dr. D. Manuel Gonzalez, observado en el Hospital de San Martín, de cuyo establecimiento era el médico. Ahora, hechas estas reflexiones, veamos las diferencias que ofrecen y que realmente son notables.

Las circunstancias de localidad determinan también las necesidades de sus moradores. Una prueba de ello es el hecho conocido de que cuantos cerdos crían los habitantes del Fondillo y sus análogos, como los Hoyos y Marzagán-Ginámar, se consumen en Tafira; y las cabras y carneros, que crían los de Tafira, en el Fondillo, los Hoyos y Marzagán-Ginamar. Este cange de alimentación está en armonía con la localidad, con su estado fisiológico y patológico, y guardan perfecta relación con las costumbres é instintos de cada uno. Los habitantes de las tres vertientes que hemos mencionado son más impresionables; agrádanles las fuertes emociones; el baile, el juego, son sus más predilectas distracciones y la constante excitación les inclina ardientemente á las mujeres; por último, los licores alcohólicos les agradan en gran manera. A los de Tafira les gustan más las comidas grasas acompañadas de los alcoholes, y aunque á todos les agradan los mismos alimentos y modo de vivir, sin embargo, en los pueblos indicados se notan de una manera más clara las diferencias de las inclinaciones.

En las ferias es donde principalmente se observa la índole que cada clima imprime á los habitantes. En la de Ginámar, que se celebra anualmente el 8 de Diciembre y donde concurren casi todos los moradores de esa comarca, he visto que los de Tafira se meten en las ventecillas á comer carne de puerco en adobo y á beber con sus familias y conocidos; sus manifestaciones de amor las hacen obsequiándose con un pedazo de carne de puerco cargada de grasa, al paso que los de Marzagán, Hoyos, Fondillo y regiones limítrofes se ocupan en comer naranjas, beber ginebra y bailar, como si estuviesen poseídos de un verdadero vértigo, al aire libre; sus pruebas de amor las dan bailando á saltos delante de sus amadas al compás de sus sencillas músicas.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)



LA VIDA EN LAS PALMAS

VIERNES 1.º—La casualidad nos ha deparado al fin un buen alcalde. La casualidad digo, porque el señor Sintés ocupa en el Ayuntamiento el puesto de tercer teniente de Alcalde y ha sido necesaria una serie de especiales circunstancias en la vida municipal para que le correspondiera desempeñar la Alcaldía. Llegó á ella el Sr. Sintés sin haber mostrado empeño en alcanzarla, y ha logrado la fortuna, rara aquí desde hace mucho tiempo, de satisfacer á la opinión pública. El vecindario le elogia, la prensa le respeta y le aplaude. Solo le quieren mal los que han encontrado en la entereza de su carácter un obstáculo á la continuación de los viejos abusos que sus antecesores no quisieron ó no acertaron á corregir.

SÁBADO 2.—Velada literario-musical en el teatro de Tirso de Molina. Es la fiesta organizada por la Asociación de la Prensa á beneficio de los pobres de Fuerteventura y Lanzarote, las islas este año empobrecidas por la sequía. Resulta una fiesta brillante y hermosa. Tres distinguidas señoritas, Pilar Serra, Dolores Medina y Dolores Rodríguez Santurio, dan realce á la parte musical de la velada. González Díaz sobresale en la literaria pronunciando un elocuente discurso dedicado á Galdós y al gran triunfo escénico de su *Electra*. El orador termina pidiendo una estatua para el insigne hijo de Las Palmas. ¿Se la haremos?

DOMINGO 3.—Mal día para la crónica. El domingo entre nosotros es triste como entre los ingleses. Cesa el movimiento comercial, que es la vida de Las Palmas, y después de haber presenciado el desfile de la gente que sale de la Catedral de oír la última misa, la *de doce*, ya no sabemos qué hacer como no sea tomar un coche é irnos carretera del Centro arriba hasta el castaño grande de San Mateo, para comer á la vuelta en el espléndido Hotel Santa Brígida.

LUNES 4.—La tarea de educación del gusto público, emprendida por una parte de la prensa, no puede ser infecunda. Las revistas ilustradas son ya hoy un elemento importante de cultura. Por de pronto están realizando aquí una misión meritoria: la de ofrecer estímulo á las aficiones artísticas. La *Atlántida* publica en su número de este día varios trabajos de Néstor Martín, un joven, casi un niño aún, con espíritu de verdadero artista que solo espera una orientación acertada y la madurez de los años para manifestarse

espléndidamente. La pintura es el arte que más seduce hoy á nuestra juventud, en la que cuenta con valiosos representantes: Valido, artista vigoroso y original, Suárez, notable dibujante, Tejera, Massieu, Avellaneda, son buena prueba de ella.

MARTES 5.—Un bando de la Alcaldía viene oportunamente á recordarnos que tenemos Ordenanzas municipales y que éstas prohíben entre otras cosas las pedreas de los muchachos en la vía pública y hacen responsables á los padres de los desaguizados que los chicos cometan en las fachadas de las casas y en los jardines públicos. Dadas la fecundidad de las mujeres de nuestro pueblo y la poca importancia que suelen dar á que sus hijos vayan ó nó á la escuela, las plazas se ven con frecuencia ocupadas por turbas de muchachos que gritan y alborotan cuando no arman *guirrea* con grave riesgo de la integridad personal de los transeúntes. Si alguna vez se ven sorprendidos por un guardia, bástaless poner pies en polvorosa para dejarle burlado. Y en el caso poco probable de que sea atrapado alguno, todo suele reducirse á que le propine el agente un pescozón, con lo que solo se consigue dar motivo de chacota á los demás. Bien ha hecho el Alcalde en recordar el texto de las Ordenanzas. Deben aprenderlo los padres de los chicos y los guardias municipales.

MIÉRCOLES 6.—Los telegramas de Madrid nos enteran de que se ha resuelto la crisis ministerial. Obsinado Azcárraga en no seguir gobernándonos é imposibilitado Villaverde para formar ministerio, la Reina Regente ha tenido que llamar al poder á Sagasta. En otros tiempos la noticia hubiera producido gran sensación entre los políticos locales; pero ahora no hay motivos para impresiones fuertes. Los que habían de subir están ya arriba.

JUEVES 7.—¿Se quejaban ustedes de falta de espectáculos y distracciones públicas? Pues allí está Watry con sus ejercicios de prestidigitación, sus cámaras de diversos colores y su *fotoveramóvil*—otro nombre que le han sacado al cinematógrafo,—y esperando turno y teatro libre la compañía de la Cirera. Vean ustedes: después de habernos tenido olvidados todo el invierno... Y ahora que las noches van siendo más cortas...

FÉLIX DEL SAUCILLO.

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 115.



LAS PALMAS, 15 DE MARZO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 10



VISTA DE LA ATALAYA.

LA TALAYERA

En su rudeza selvática y en su enriscamiento montaraz, este tipo del país canario que os presento, lectores, merece ser conocido, como lo merecen las figuras desencuadradas, desalojadas, que se están retirando en medio del himno triunfal del progreso, pero que todavía viven. Viven aparte, guarecidas de la inundación en las alturas, mientras las aguas suben y ellas las ven subir con creciente espanto.

Hay un rincón salvaje de esta isla de Gran Canaria donde habitan mis heroínas con sus familias, al modo de tribu en el aduar. Se llega á la aldehuela mísera de su refugio, luego de vencer agrias pendientes, por caminos que se desarrollan entre vergeles, en subida rápida y agradable que á cada momento ofrece una sorpresa á los ojos cegados por el exceso de luz tropical. La majestuosa perspectiva de las montañas envuelve al viajero, quien no puede mirar á cual-

quier parte que sea sin que le abrumen con su grandeza las cumbres sucediéndose como gigantesca escalinata para ganar el cielo y apareciendo, por fingimientos del espejismo, más grandes aún de lo que son en verdad. Además, también por efecto óptico, dijérase que cada vez más se alejan y que mágicamente realizan un movimiento de traslación.

Arriba, arriba, que el ascencimiento es hermoso y el camino, aunque empinado, se hace suave por los goces que al ánimo brinda el paisaje encantador. Desde Las Palmas, á través de la serpeante carretera, no cesan de sucederse los campos labrados, los diversos cultivos. Las palmeras, con su pomposa elegancia, nos saludan al paso, tristes como desterradas, y nos envían, desde las cúpulas de sus copas cimbreantes, rocíos de perladas notas; orquestas de pájaros variopintos ocultos entre las palmas nos dan música divina. Los pájaros aquí compiten en número y belleza con las flores; por eso, por la copia de flores y de pájaros ha recibido nuestro país el

nombre delicioso de paraíso. Arriba, arriba. Ya se descorrió el velo blanco que ocultaba el perfil de los últimos picos, erguidos y aguzados como flechas, como flechas de nieve, porque en aquella altitud la nieve cuaja en diamantes deslumbradores; el azul cerúleo mezcla su pureza con la cándida blancura de los copos, semejantes á plumas de cisne llevadas por el viento. Caído el *velum*, parece la lejana sierra del fondo, con su resplandeciente crestería, una catedral ciclópea.

Arriba, arriba. Subimos sin cesar, por entre cercados y jardines. A cada revuelta nos volvemos para ver el mar que de todos los puntos se percibe ciñendo amoroso la isla y orlándola con el armiño de sus espumas. A veces nos lo esconden por un momento las montañas que se cierran y se abren ante nosotros en las alternativas de la ascensión, pero pronto reaparece, destellando su azul purísimo, más intenso por el contraste de las masas violáceas que le mandan su sombra desvanecida. El ronco grito del viejo Atlante va con nosotros; también él nos dice que subamos, que subamos.

A ambos lados de la vía las rosas silvestres abren sus incensarios y envían á la tarde moribunda sus perfumes, toda su esencia, de la cual beben hasta embriagarselas mariposas blancas. La vid extiende sus miembros retorcidos arrastrándose sobre la tierra negra en una zona de imponente hermosura, desolada y trágica, con sus volcanes extintos y su aspecto petrificado; pero esto no es sino un accidente, un término del cuadro inmenso; y más allá vuelven á mostrarse los vallecillos rientes, las verdes cañadas, los románticos barrancos, los picachos elevadísimos, las altiplanicies, las mesetas cubiertas de vegetación lozana, los blancos caseríos diseminados, asomándose por entre verduras... La paleta entera, todas las notas de color sucedense á la vista fascinada en aquella inmensa gradería que va hasta el mar, de la misma manera que se suceden los más variados cultivos y zonas vegetales.

Por fin llegamos á la Atalaya, el rincón salvaje adonde quería conducirnos, habitáculo de una tribu sórdida y bizarra cuya fisonomía no ha perdido aún ninguno de sus singulares rasgos característicos. Hasta allí no ha llegado la civilización con su rasero implacable. Como aquí hay muchos escondrijos de miseria en Gran Canaria; pero ninguno tan original. Allí se ha refugiado lo pintoresco de nuestra raza, barrido y borrado de todas partes. Allí está el curiosísimo animal de altura llamado la *talayera* por corrupción de su verdadero nombre, que se ha

encaramado á un risco y se ha encerrado en cuevas casi inaccesibles, llevándose consigo una tradición de bárbara altivez é intransigencia.

Las habitaciones, abiertas en la roca, parecen cubiles; tienen algo de la caverna primitiva. Ampara á una raza indomable en cierto modo, refractaria, impenetrable á la cultura. La *talayera*, la hembra, es todo; el macho, nada ó casi nada. Como en ciertos países americanos, el Paraguay señaladamente, los hombres en la Atalaya gozan el privilegio de no trabajar; su misión hállase reducida á tomar el sol cuando le hay. Y la cumplen á conciencia, por la mayor parte, estándose manos quedas, mientras ellas se mueven y se afanan. Las costumbres de la isla de San Balandrán imperan en aquella reconditez selvática, donde un feminismo avasallante anula al hombre al propio tiempo que lo endiosa.

También suele reinar por aquellos encubramientos el amor libre, el amor con alas, pero sin venda, sin solemnidades y sin sonrojos; Luisa Michel se quedaría en éxtasis si alcanzara á contemplar en tan impensado sitio una tan completa realización de su bello ideal. Aquellos campesinos viven perdidos en el seno de la maternidad sin límites de la Naturaleza. Nacen, crecen, vegetan y mueren confundidos con el terruño ingrato, limitadísimo, donde encuentran cuna, casa y sepultura. Puede decirse que forman, con sus viviendas, incrustaciones de la montaña. Las raras veces que baja la *talayera* á la ciudad para vender en el mercado público los productos de su rudimentaria industria, creyérase que algo esencial de la montaña misma baja con ella; no solamente se trae tierra de la altura en sus pies desnudos que desafían los guijarros y abrojos de los senderos, sino toda una visión de las cimas excelsas y toda una pasión de la soledad, odio instintivo al progreso, resistencia inconsciente á dejarse penetrar de las claridades que vienen de abajo y que la ciegan y la mortifican. Experimenta sensaciones dolorosas, en la imposibilidad de la acomodación, en el choque de su alma virgen con las refinadas impurezas de la vida culta. Pasa sin ver, y apenas terminados sus tratos, tórnase á su atrincheramiento mucho más de prisa que descendió.

A mí me parece descubrir un sentido oculto, un sentido simbólico, en esta pasiva lucha. La montaña se revela contra la ciudad, la ciudad no ha podido conquistar á la montaña. La *talayera*, indudablemente, es un símbolo.

La viérais venirse para Las Palmas los días

de mercado, á más que regular andadura, desgastando los caminos con su durísimo pie descalzo, un pie que ha adquirido consistencia pétrea y grandor exagerado, un pie fenomenal sin forma, semejante á la pata de un dromedario. Recorre kilómetros y más kilómetros, á grandes zancadas, resistente y ágil, sin dejarse vencer de la fatiga. Arremangada la enagua de percal sobre el refajo encarnado, cogida con una mano la cesta que carga á la cabeza y con la otra los zapatos *resolaos* que lleva por puro lujo, pues no se los pone nunca por temor de echarlos á perder, así atraviesa nuestra *talayera* los pueblos del tránsito y así entra, arisca y desenfadada, en la ciudad.

Lo común es que vengan por grupos más ó menos numerosos, cual si instintivamente se juntasen para defenderse de un peligro imaginario. Algunas traen á la gitana sus cachorros, y con ellos y con todo lo demás, menos los zapatos, hacen la jornada. Ni el sol ni la lluvia las acobardan. Hechas están á las mayores inclemencias, como á las miserias mayores.

Se encuentran entre estas campesinas tipos de cierta belleza rústica no exenta de atractivos, belleza que resulta de la alianza feliz de la salud con la fortaleza. Líneas duras, pero correctas, de estatuas labradas en granito; macizas construcciones sin gracia, pero vistosas. Formas opulentas, colores sanos, recia musculatura, busto erguido, un escultor podría tomarlas de modelo para representar la fecundidad y la fuerza triunfantes. Fuertes y fecundas son, en efecto, como muy pocas mujeres. La Atalaya es nuestro valle de Paz.

Cultivan, conforme he dicho, una industria elemental, cerámica incipiente, alfarería simplísima: fabrican utensilios de barro que en el lenguaje del país lleno de reminiscencias guanchesas llámanse *tallas*, *gánigos*, *tostadores*, *vernegales*. Hablan un castellano corrompido, degenerado, hasta venir á parar en una bárbara algarabía que pronuncian ásperamente, en gritos guturales y en articulaciones violentas. El habitante de Castilla que las oyese hablar por vez primera no encontraría semejanza alguna entre aquella jerga endiablada y el hermoso

idioma nacional. Son varoniles, bravas, resueltas, acometedoras. Cuando surge entre ellas, por cuestión de pantalones ó por incompatibilidad de caracteres, algún conflicto, lo dirimen como verdaderas heroínas á puñadas y á mordiscos, sin permitir—eso nunca—que los hombres intervengan en su defeusa.

En tales casos desátanse sus lenguas venenosas y se ponen cual digan *talayeras*, que es mucho peor que cual digan dueñas; vomitan por sus bocazas, en su habla enrevesada y bestial, injurias á borbotones, concluyendo por asirse de los moños y zarandearse furiosamente hasta que el cansancio las rinde ó queda el campo por una de las luchadoras.

Hánse familiarizado con *el inglés*, á quien miran como un ser superior por lo maniabierto y dadivoso. Cuando algún turista británico aporta por aquellas eminencias, todo el pueblo se solivianta y pone en movimiento. Los habitantes comienzan á salir de sus cuevas como ratas de sus agujeros; nubes de chiquillos sucios, desarrapados, famélicos, que parecen brotar de entre las piedras, siguen al viajero, le acosan con este grito angustioso repetido sin descanso: ¡*Un cuartito!* ¡*Un cuartito!*

Y el gran clamor de miseria sale de todos lados. Lánzanlo también los padres á la sordina; dijérase que las gallinas misma lo cacarean y que los cerdos lo gruñen: ¡*Un cuartito!* ¡*Un cuartito!* Si el inglés no abre la mano, corre el riesgo de que le apedreen, y para aquella gente es inglés, por extensión, todo extranjero y aun todo forastero, todo *caballero*.

El espíritu de la civilización moderna no ha soplado todavía sobre aquel recóndito campamento de bárbaros donde reina la *talayera*, magnífico animal de altura. Dificilmente se aclimata ésta en la ciudad; cuando se cree tenerla domesticada, escapa y se vuelve al monte á grandes trancos, tan zahareña como salió y siempre descalza, porque los zapatos le estorban.

FRANCISCO
GONZÁLEZ DÍAZ.





LA GLORIA LITERARIA

I

Una fantasía de Washington Irving

¿Merece la gloria literaria las penas sufridas y los trabajos empleados para alcanzarla? ¿Es esa gloria tan duradera, cuando se obtiene, que puedan admitirse sin contradicción las tan sobadas frases de «lego mi obra á la posteridad», «los siglos venideros me harán justicia», «escribió más para el futuro que para el presente», «su gloria será imperecedera», y otras por el estilo?

Cuestión es esta debatida ya repetidas veces, pero que no estará de más examinar con detenimiento una vez más, ya que el cambio de las costumbres literarias, la instrucción cada vez más extensa, por lo menos en superficie, el asombroso aumento de la prensa periódica, y otra porción de factores modernos que complican el problema, le dan diariamente nuevos aspectos y dificultan cada vez más su resolución.

Hace ya bastantes años que el célebre escritor norteamericano Washington Irving examinó una de las fases de este asunto en un precioso artículo que figura incluido en su *Sketch Book*.

Finge el autor tener en la biblioteca de la Abadía de Westminster un coloquio fantástico con un libro viejísimo que abre al acaso. El libro, que se expresa en un lenguaje anticuado y raro, empieza quejándose del descuido en que se le tiene, de que el mérito permanezca sumido en la obscuridad, y se lamenta amargamente de que nadie le haya abierto hace más de dos siglos.

Consuélele Irving de la clausura que ha sufrido, asegurándole que gracias á ella ha podido conservarse, pues si hubiera circulado de mano en mano, como desea el libro viejo, tiempo hace que, como otros contemporáneos suyos, se convirtiera en un puñado de polvo; y añade Irving, dirigiéndose al desvencijado tomo:

«Habláis de vuestros contemporáneos como si aún estuvieran en circulación; ¿pero dónde podremos hallar sus obras? ¿Qué oímos de Roberto Groteste, de Lincoln? Nadie trabajó más que él por la inmortalidad; se dice que escribió unos doscientos volúmenes; edificó como una pirámide de libros para perpetuar su nombre; pero ¡ay! la pirámide se derrumbó hace tiempo, y sólo unos pocos fragmentos hay esparcidos en varias librerías, donde apenas son turbados en su reposo ni por los anticuarios. ¿Qué oímos de Giraldus Cambrensis, el historiador, anticuario, filósofo, teólogo y poeta? Rechazó dos obispos para poder aislarse y escribir para la posteridad; pero la posteridad no se ocupa de sus trabajos. ¿Qué de Enrique de Huntington, quien, además de una sabia historia de Inglaterra, escribió un tratado sobre el desprecio del mundo

y de que el mundo se ha vengado olvidándole? ¿Qué se cita de José de Exeter, llamado el milagro de su siglo en composición clásica? De sus tres grandes poemas heroicos uno se ha perdido para siempre, excepto pocos fragmentos, los demás son sólo conocidos de algunos pocos curiosos de la literatura, y en cuanto á sus versos amorosos y sus epigramas, han desaparecido por completo. ¿Qué se conserva en el uso corriente de Juan Wallis el Franciscano, que adquirió el nombre del árbol de la vida; de Guillermo de Malmsbury; de Simeón de Durham; de Benedicto de Peterborough; de Juan Hanvill de St. Albans; de...?»

El libro protesta de que se le confunda con los escritos por autores que empleaban el latín y el francés, y hace constar que fué escrito en puro y elegante inglés, cuando ya el idioma había obtenido fijeza; pero el implacable Irving le contesta que la pureza y la estabilidad del lenguaje han sido pretensiones comunes á todos los autores, hasta los de épocas más remotas.

«El escritor, dice Irving, encuentra el lenguaje al que ha confiado su fama, alterándose gradualmente, y sujeto á los ultrajes del tiempo y á los caprichos de la moda. Mira hacia atrás y contempla á los primitivos escritores de su país, los favoritos de su tiempo, suplantados por modernos escritores. Unos pocos siglos les han cubierto de obscuridad, y sus méritos sólo pueden ser saboreados por los gusanos que devoran los libros viejos. Y esta será la suerte de su propia obra, la cual, por más que sea admirada como modelo de pureza, se convertirá en anticuada y rara, hasta que sea casi tan ininteligible en su tierra nativa como un obelisco egipcio ó una de esas inscripciones rúnicas que se dice existen en los desiertos de Tartaria».

No es mi ánimo seguir á Irving en todo el desarrollo de su ingenioso coloquio; pero con lo transcrito me basta para dar idea, mucho mejor de lo que sin su ayuda hubiera podido hacerlo, de este escollo del olvido en que se estrellan los sueños de gloria literaria, que infunden la sagrada sed de la fama á los escritores de todos los tiempos.

A esa corriente letal que arrastra prosistas y poetas, á esos desfallecimientos de la memoria de las tornadizas generaciones, vierten sus aguas tributarias los ríos de la moda que cambia, de la variación incesante de los idiomas que no tienen un punto de fijeza, de la vida, en fin, que no permite que nada se detenga, que nada se estanque, y que empuja las producciones como los séres al mar de la muerte para hacer lugar y espacio á los vivos que llegan.

ANTONIO GOYA.



DON EUFEMIANO JURADO Y DOMÍNGUEZ



¿Quién no le recuerda? Era una figura familiar y simpática que aparecía asociada siempre á las buenas iniciativas, á los proyectos salvadores, á todo lo que significaba bienestar y progreso para Gran Canaria, objeto de su fervoroso culto. Pero en este rasgó la personalidad de Jurado apenas se

distingue de la de los otros patricios inolvidables que parecen haberse llevado consigo al sepulcro una tradición, una historia entera de obras fecundas, de hermosas actividades.

Aquellas almas vivas como focos de pasión y de entusiasmo inmensos por la Patria pequeña, reducción de la grande Patria española que nos lleva en su seno, no se parecen, no, á estas almas muertas de ahora, las cuales duermen, sin señal alguna de próximo despertamiento. López Botas, Navarro, Millares, Castillo, Padilla, Déniz, el Dr. Rosa y tantos, tantos otros, fueron obreros infatigables. Su voluntad hizo milagros, su fé levantó montañas, su energía creadora llevó á cabo fundaciones que duran y perdurarán. Apenas si queda ya de la sagrada legión algún superviviente, olvidado por la muerte, perdido y como desterrado en medio de esta feria escandalosa que ha venido á sustituir al antiguo templo. Cuando el último desaparezca, camino del cementerio, parecerá que las ruinas del templo se desploman sobre nuestras cabezas, que en torno de nosotros cierra la noche, sin esperanzas de que vuelva á amanecer.

No faltará quien encuentre elegíaco en demasiada el tono con que voy escribiendo, á grandes rasgos, esta semblanza, ó lo que sea. Así me resulta, por inclinación natural de temperamento cuanto miro y cuanto pienso y cuanto escribo; pero ahora mi amargo pesimismo se justifica. Advertid los signos que ofrece la actualidad en que vivimos, y decidme si no es cierto que algo profundamente desconsolador está en el ambiente moral que respiramos, si el desfallecimiento y la atonía no anuncian una catástrofe.

Nuestra raza va siendo absorbida, y se abandona con pasividad musulmana, con indiferencia suicida. Nos sentimos marcados como esclavos y empezamos á ser extraños en nuestra propia casa, donde se asienta como señor el extranjero. Este mal necesario, de que resulta nuestro pobre y triste bien, no sería tan necesario si tuviéramos hombres capaces de hacer pueblo, ese pueblo que no existe, guiándole con acierto, cultivando sus buenas cualidades, borrando sus defectos, dándole la fisonomía que le falta, el al-

ma que no tiene. Carecemos de conductores. No vamos al porvenir con voluntad de salvarnos; nos quedamos estacionados en el presente contemplando el pasado y esperando el milagro de la resurrección de los muertos.

¡Ay! Los muertos no vuelven, y los vivos no se les asemejan.

* * *

Jurado era sobre todo un gran patriota. Bajo su aspecto helado, impasible, ocultábanse impetuosidades contenidas, perseverancias incansables. Había domado el carácter, y mostrábase frío en la superficie, cuando allá dentro, muy dentro, manteníase, más intenso cuanto más sofocado, el calor de los nobles cariños y de las santas pasiones.

Frió como un sajón, cachazudo como un gallego, era sin embargo un andaluz neto y puro, de la misma Antequera, donde hubo de nacer por los años de 1806 á 1808, según creo. No fué, pues, Jurado canario de nacimiento; pero como si lo hubiese sido. Nadie amó más que él á Gran Canaria, nadie le excedió en fervor patriótico, ni le aventajó en resolución para servir y honrar su pequeña patria adoptiva.

En Jurado había varios hombres. El que actuaba en la escena pública, ceremonioso, grave, rígido, con tiesura británica, y el de las intimidades, expansivo, afectuoso, todo sentimiento, todo ternura. Este le conocieron pocos, porque sólo sus amigos podían verle así, en el abandono de las expansiones, que no trataba de contener. Cuando no se vigilaba, cuando no se reprimía, mostrábase en todo el encanto de su índole sencilla, confiada, benévola, cándida, sin amargores, sin hiel.

Yo no conocí más que al primero, el de la máscara glacial. Estaba ya viejo, cargado de achaques y de alifafes; pero seguía en pié, seguía combatiendo con aquella su impasibilidad característica que imponía en derredor suyo el respeto y la reserva. Dijérase que aquel anciano fleumático ya no vivía sino con la inteligencia. ¡Error! A medida que avanzaba hacia la tumba, iba depurando los profundos afectos cuyo calor oculto animaba su gastada máquina.

Recuerdo yo la impresión que me causaba su oratoria, prodigada en *meetings*, en veladas y reuniones públicas. Semejaba el monótono caer de una lluvia fina y lenta. Hablaba bien, pero con frialdad desesperante. Sin moverse, sin descomponerse, al modo de quien enseña en cátedra, expresaba Jurado sus eternas creencias, su amor á la República, su republicanismo templado y doctrinal, en palabras medidas que se enfriaban al pasar por sus labios. Parecía en la tribuna una estatua que se movía y que parlaba: nada de vehemencias, nada de ímpetus fogosos, ni de arranques pasionales. El reposo intelectual se reflejaba en el cansancio físico, y aquella cal-

ma podía confundirse con el agotamiento; pero el espíritu aún vivía y brillaba. No sé si en sus lozanas mocedades fué joven Don Eufemiano; figúraseme que siempre debió ser viejo. De cualquier manera, le conocí como le describo, y en tal forma me lo hace presente la evocación, extrayéndole de las profundidades de la memoria. Cuando he oído á Pí y Margall, le he recordado más de una vez.

También era D. Eufemiano músico, y de los buenos. Por supuesto, bajo esta faz artística, no alcancé á conocerle. Cuentan sus contemporáneos que con la batuta en la mano la estatua aquella se animaba prodigiosamente; el hielo derretíase al choque de la inspiración, que es fuego. Entonces se olvidaba de ser grave, y era artista, es decir nerviosidad, desórden, enardecimiento, arrebatado. Entonces Jurado se escapaba de sí mismo, y se iba no se sabe donde, á los cielos del Ideal, tal vez. Cuando yo llegué á conocerle, no podía adivinarse al músico, al compositor, en aquel burgués calmo, de tanta cortesía y parsimonia. ¡Quién hubiera creído que tenía dedos para organista!

Ello es sin embargo cierto que fundó y dirigió en Guía la primera banda de música, y que compuso varias misas. Heredó la vocación, pues su padre, con quien vino muy pequeño á Las Palmas, había sido Maestro de Capilla en nuestra Catedral. Guía, dondó pasó Jurado una buena parte de su juventud, le debe grandes servicios y le paga en simpáticas, respetuosas memorias. Allí trabajó mucho por el fomento de la cultura en todas sus manifestaciones; creó, como queda dicho, una banda de música, la primera que hubo en la isla, organizó funciones teatrales y conciertos, á los cuales prestaba el concurso de su palabra ó de su canto. También cantaba D. Eufemiano; fué un regular barítono. Semejante influencia en aquellos tiempos de vergonzoso atraso en que era verdad que el Africa empezaba en Canarias, tenía que ser decisiva. Con ella se cimentó nuestro actual progreso.

Sabía mucho, sin tener títulos ni diplomas. No necesitó pasar por la Universidad, de donde salen tantos asnos cargados de reliquias, para atesorar una instrucción variada y firme. ¡Leyó en todos los libros abiertos, y pasó por todas las escuelas sin querer someterse á ningún maestro.

Como político, fundó en la consecuencia de las ideas su mayor orgullo. Viniendo del progresismo, metióse desde muy temprano en la Iglesia federal, y allí permaneció, recogido, creyente, practicante. No hubo manera de hacerle salir, de convertirle á otro culto. Murió agitando la misma bandera, después de haber reñido

por clavarla en la cúspide sendas batallas de la pluma y del verbo. Periodista á la antigua, tomó su profesión por lo serio, y dogmatizó, adoctrinó, escribió para convencer y para discutir. No convencería, pero obligaba á meditar la réplica. Iba á las polémicas periodísticas tan sereno y tan impasible como á salmodiar sus discursos en la plaza pública. Prefería ser lógico á ser elocuente. Dirigió *El Eco de Gran Canaria*, *La Moralidad* y *El Pueblo*.

Ocupó en nuestro país los más altos puestos y disfrutó excepcionales honores. Presidente del partido republicano, diputado provincial varias veces desde el 54, subgobernador, gobernador del distrito de las Canarias Orientales el 68, senador, capitán de la Compañía de Artilleros voluntarios de la Libertad y jefe de todas estas fuerzas, presidente del Casino de Instrucción y Recreo, donde los socios le querían y veneraban como á un padre, donde quiera que estuvo estuvieron con él las virtudes de gran ciudadano y los prestigios de un gran caballero.

No es preciso puntualizar sus servicios patrióticos. En el recuerdo de todos los buenos canarios están grabados. Bastará decir que, como los demás patriotas ejemplares a quienes nos proponemos rendir tributo de admiración y gratitud, D. Eufemiano Jurado edificó con sus obras, amestró con sus enseñanzas, preparó con sus esfuerzos los días que gozamos. Obrero de nuestro intelectualidad y de nuestra civilización, sus herederos somos todos nosotros. Confesémoslo, agradezcámoslo. Modesto en igual grado que cortés y afable, culto y prudente, nunca sufrió los desvanecimientos de la soberbia. Carácter entero, nunca desmayó. Las adversidades le encorbaron, pero no le rindieron. No era genial, pero era fuerte por la voluntad, invencible en su aparente pasivismo.

Queda otro Jurado, el íntimo, el de los humorismos delicados, el de los abandonos conmovedores, el de la amistad bonachona y transigente con sencilleces de niño y de abuelo, el que no olvidan nunca los de su tiempo y su círculo. Ese no he de tocarlo yo, porque no puedo, porque no debo. Yo solo le ví tarde y de lejos, *cuando se iba*, despacio, en una magestuosa retirada. Gracias que haya conseguido fijar algunos rasgos salientes de su figura.

Era uno de la falange escogida, que la Muerte ha licenciado, uno de la Guardia Vieja. ¡Amigos, figurémonos que sus sombras nos preceden tratando de guiarnos, alcémonos, y vámonos tras ellas!

FRANCISCO GONZÁLEZ DIAZ.



LA PRENSA DE ANTAÑO

EL PORVENIR DE CANARIAS

Revista de anuncios é intereses materiales, de administración, instrucción pública,
Número 6. —jurisprudencia y literatura.— Noviembre 14 de 1852

SE SUSCRIBE EN CANARIA: SE SUSCRIBE FUERA DE ESTA ISLA:
En casa D. Antonio Duran y UNA VES POR SEMANA Por medio de carita dirigida á la
Nacarro, á 4 rs. con al mes. LUIS DOMINGOS. Redacción franca de porte, á 5 res.

PESCA CANARIENSE.

Pesca de la costa de África. — de la ba-
llena. — de atún. — constancia.

PESCA DE LA BALLENA.

III.

Entre las varias especies de cetáceos, que se notan en el mar de las Canarias, parece que se encontraban con frecuencia hace años las ballenas y los cachalotes. Nada tiene de extraño que estas dos especies de septadores, antes que se hubiesen refugiado por decirlo así en los hielos de los océanos polares, habitasen la templada latitud de las Canarias, despertando la codicia de sus industrioses habitantes. En efecto, la conocida vejiga de su pesca les hizo pensar en utilizarla, y para ello se formó una compañía por acciones, con afluencia y auxilio del Gobierno, quien nombró de comisionado para su realización al Comandante General de la Provincia Marqués de Branciforte; cuyo jefe pasó á desempeñar su encargo á la Ciudad de las Palmas de Gran Canaria en Marzo de mil setecientos ochenta y seis, y después de haber descansado en el palacio episcopal, donde le hospedó sumuosamente el Ilustrísimo Obispo D. Antonio Martínez de la Plaza, salió para el sud de la isla, á cuya costa se habían dirigido ya desde la bahía de las Palmas las embarcaciones y lanchones con sus correspondientes útiles y pertrechos para dar principio á la pesca, que tuvo un resultado muy desgraciado, pues los balleneros canarios, de los cuales se monstran que dicen asistieron, no harmonizaron con éxito ninguno, aunque uno de los barcos pesqueros fue siguiendo algunos días hasta la Gomera. Como queda vis-

to á los empresarios no solamente no debió localles ningún ganancioso dividendo, sino, que perdieron su capital.

En mil setecientos noventa y cinco S. M. Carlos IV concedió á D. Cristóbal de Mujica, natural de las Palmas, el derecho esclusivo de la pesca de la ballena en el mar de las Canarias, encargándosele de que cualquier descubrimiento, que se para efectuarlo encontrase, lo pudiese en conocimiento del Gobierno, por la vía reservada. Estendiéndose el Real privilegio por espacio de diez años, no contando aquellos en que no hubiese rala de pesca. De la corte se trasladó el empresario con su Regia gracia á la Gran Canaria, y procedió á disponer los preparativos necesarios para ella, construyendo cuatro buques, y proveyéndose de los correspondientes útiles. El seis y ocho de Abril de mil setecientos noventa y nueve salió la expedición de las Palmas para las costas del sur de la Gran Canaria, en donde solamente se cogieron dos ballenatos de á nueve y media varas de largo, el primero el doce y el segundo el veinte y cuatro de dicho mes. De lo espuesto se infiere que el resultado no fué muy feliz, por lo poco que al buen éxito cooperaron los habitantes, y aun tambien algunas de las autoridades; ya sease por envidia, ya por mala inteligencia, ya tambien por desavencias y oposición al sugeto empresario.

En mil ochocientos uno se repitió la pesca sin ningún fruto, lo mismo que en mil ochocientos seis.

PESCA DE ATÚN.

IV.

Ciertos industrioses genoveses concibieron la idea de establecer una pesquería para hacer valer los atunes, que frecuentan las costas de la Gomera. Con este

D. F. M. Guerra, que lo instaló en la Plaza de Santa Ana núm. 8. De este cambio daba cuenta el periódico á sus lectores en una nota muy curiosa que da idea de la altura á que se encontraba entonces aquí el arte tipográfico. Dice así:

«La imprenta suplica á los S.S. suscritores se dignen disimular el retraso que ha sufrido la publicación del presente número: 1.º por la mudanza forzosa del establecimiento, y 2.º por la impericia de los nuevos brazos de que ha tenido que valerse; pues todos los oficiales, ecepto uno, acaban de empezar este precioso arte, y sin embargo, es muy notable la prontitud con que prometen aprenderle.»

Ignoro si sería porque no cumplieron lo prometido, ó por otra causa, por lo que poco después cambió de imprenta *El Porvenir*, trasladándose á la de don M. Collina, calle de la Carnicería núm. 3, la que debió de representar un notabilísimo adelanto en la tipografía canaria, pues tanto en los números sucesivos de aquel periódico como en varios libros y folletos que he tenido ocasión de ver de los que de ella salieron, se observa una impresión excelente.

La colección de *El Porvenir de Canarias* es sumamente interesante. Contiene, entre otros trabajos dignos de mención, estudios concienzudos sobre los Puertos francos,—recientemente concedidos á la sazón á estas islas por el Decreto de Bravo Murillo,—y sobre pesca, agricultura, beneficencia é instrucción pública; artículos políticos relativos á las cuestiones de capitalidad y división de la provincia—la «actualidad palpitante» de entonces;—revistas de Las Palmas, artículos históricos y literarios, poesías, datos estadísticos, etc.

De quiénes fueron los redactores de *El Porvenir* no tengo noticias exactas. Solo aparecían firmados los trabajos literarios, entre los cuales hay muchos—leyendas históricas en su mayor parte—de D. Agustín Millares, y composiciones en verso del mismo Millares, de D. Emiliano Martínez de Escobar, don Pablo Romero, D. Ventura Aguilar, D. José Manuel Romero y Quevedo y otros.

Poco más de un año vivió *El Porvenir de Canarias*. En su número 98, correspondiente al 29 de Octubre de 1853, se despedía de sus lectores en los siguientes términos:

«Imposibilitada cada día más la Redacción de llenar debidamente el objeto que se propuso con la publicación de *El Porvenir*, y distante éste cada vez más de las bases que se establecieron en su prospecto, si no en su esencia ó principios de conducta, si en sus formas, ú orden y mérito de sus publicaciones; antes que continuara haciéndose la Redacción merecedora de justos cargos, prefiere abandonar desde ahora una empresa que ha excedido á sus fuerzas y que se ha persuadido no poder llevar dignamente á cabo.»

J. FRANCHY Y ROCA.

Aunque desde fines del siglo XVIII había en Las Palmas una imprenta traída por iniciativa de la Sociedad Económica de Amigos del País y que regentaba D. Francisco de P. Marina, no tuvo esta ciudad periódicos hasta mediados del siglo XIX.

Excepción hecha de los *Boletines oficiales* que salieron á luz en 1840 y 1843 como órganos de las juntas revolucionarias entonces creadas, y que estuvieron consagrados exclusivamente á insertar los acuerdos de dichas juntas, el primer periódico que se publicó en Las Palmas fué *El Porvenir de Canarias*, cuyo primer número lleva la fecha de 10 de Octubre de 1852.

Publicóse en un principio semanalmente en cuadernos de ocho páginas, y más tarde dos veces á la semana en iguales dimensiones.

Los primeros números aparecen impresos en el establecimiento tipográfico de Ortega y Hermano, calle de los Reyes núm. 28, que fué el segundo de su clase en esta ciudad, traído en 1840 para reemplazar á la primitiva imprenta de Marina, ya inútil.

Al publicarse el núm. 8 de *El Porvenir*, los Hermanos Ortega traspasaron su establecimiento á

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS de la ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Desgraciadamente haré una triste observación. La cantidad de bebidas espirituosas, especialmente la ginebra, que se consume en esta isla es escandalosa: la estadística de introducción y la proporción en que se consume llama la atención, á tal punto que la Sociedad de Amigos del País, con un celo el más digno de elogio, trató esta cuestión que puede traer tristísimos resultados. Hay una idea falsa de este producto que solo el deseo de perturbar la razón la puede comprobar, y es que en Teror, Valleseco, Moya y Tirajana, regiones de la Isla donde las oscilaciones meteorológicas ocupan una gran escala, dicen, con un cinismo repugnante, que en verano beben ginebra para refrescarse y en invierno para calentarse. Ahora es digno de notarse este hecho, y es que los que antes se embriagaban con vinos del país sin estar adulterados, solían morir algunos viejos; mientras que los que abusan de esos vinos adulterados que llegan de otros países, y especialmente del ron y ginebra, sucumben prematuramente, siendo muy común el *delirium tremens*, aun en las personas que no llegan á embriagarse. Tales son los efectos funestos de esas bebidas compuestas en las que, por lo común, entran sustancias muy excitantes, como el enebro en la ginebra.

El clima en algunas regiones de la Gran Canaria considerado en general, es el tipo de los templados, y en algunas localidades se puede decir que es tan sumamente benigno que las perturbaciones atmosféricas son desconocidas, como sucede en la ciudad de Las Palmas y particularmente en la de Telde, donde los fenómenos de frío y calor jamás se hacen sentir con intensidad, como tampoco las grandes lluvias y vientos consiguientes á las estaciones. Los nocivos efectos meteorológicos son completamente desconocidos; las diversas fases del año se continúan sucesivamente con un método y una regularidad se puede decir inmutable. No acontece otro tanto en las partes altas y centrales de la Isla y mucho menos de las vertientes que miran al Norte. Allí se observa otro orden de fenómenos: las brumas, las lluvias, los vientos, el calor y el frío presentan una larga serie de vicisitudes. No obstante, haré observar que la disposición geológica del terreno, particularmente la orografía, la calidad del suelo, su color, su composición química, sus propiedades físicas, especialmente su permeabilidad, la disposición de los valles, su altura, su proximidad al mar ó su alejamiento, las corrientes de aire que en ellos se establecen, son causas todas que han de estudiarse en Canaria con detención, pues influyen

considerablemente sobre el clima. Citaré un hecho en corroboración de lo expuesto. Un amigo mio, D. Cristóbal del Castillo, poseía una magnífica quinta en la parte alta del ex-monte Lentiscal, donde construyó una elegante casa que adornó con exquisito gusto, y hace años que en aquella vasta propiedad había venido plantando árboles frutales de todos los climas y regiones. En efecto, había conseguido todas las buenas clases de frutas que se cultivan en el norte de España y Francia, no así los de la Isla de Cuba y otros países cálidos, que á tanta costa había hecho llevar, cuyo desarrollo se operaba con mucha dificultad, estando íntimamente persuadido que no llegaría el caso de fructificar, pues los tenía colocados en la parte del jardín y en posición de recibir las brisas del Norte. Viendo esto los mudó de situación unos cuantos metros en una pequeña cañada, quedando así al abrigo de las brisas; los vegetales como por encanto cambiaron de aspecto y se hallan hoy como si estuviesen en su tierra natal.

Tenemos también las causas accidentales, como las intemperies que producen en las estaciones ciertas marchas anormales como la lluvia, el viento, el calor, el frío, es decir, donde se hace sentir estos fenómenos con más ó menos intensidad y que dan origen á las épocas lluviosas, frías, secas, ventosas, pero que no impide por eso la regularidad fundamental del clima que es lo que distingue á Gran Canaria de los demás puntos del globo. En las vertientes del Sur los tumultos atmosféricos y accidentes que he enumerado no ofrecen esas grandes perturbaciones y la escala atmosférica se mantiene siempre bajo la influencia de una regularidad bastante sensible, excepto cuando nos hallamos en presencia del tiempo SE. en que la intensidad del calor es insoportable por la depresión que causa en el organismo.

Para demostrar nuestro aserto no hay que salir de la ciudad de Las Palmas. Todas aquellas casas cuyos propietarios tienen sus habitaciones al Norte conservan otros caracteres que los que durante su existencia han vivido al Sur. Las enfermedades, sobre todo, toman en ellos un aspecto particular. En los primeros he observado la forma inflamatoria, al paso que en los segundos es generalmente el sistema gastro-epático el que se afecta. Las tifoideas en las casas expuestas al Norte presentan generalmente el tipo torácico y en las expuestas al Sur el tipo abdominal. En un mismo barrio, en el de Vegueta, he visto palpablemente esta diferencia en enfermos del barrio de la Plaza del Mercado y del Hospicio, á un kilómetro de distancia uno de otro, pero con una notable diferencia de elevación en el terreno. El antiguo y práctico Dr. D. Antonio Roig, decía muchas veces hablando de la villa, hoy ciudad, de Guia y de la influencia que en ella ejercía la orientación, que para obtener la curación de las intermitentes le bastaba hacer trasladar los enfermos de las habitaciones del Norte, que reciben las influencias pantanosas del Barranco, á las del Sur.

Obrando estos fenómenos sobre el organismo, pro-

ducen efectos muy marcados. Así vemos que los individuos que desde épocas muy remotas habitan el centro de la Isla, en las partes altas expuestas al Norte y que reciben las impresiones meteorológicas más frecuentes, como los de los Altos de Guía, las Vegas de Santa Brígida y San Mateo, Artenara, Tejeda, Tenteniguada, Teror, los de la Cumbre, exigen mucha más elasticidad orgánica que los individuos situados en las costas, como Agaete, Gáldar, Guía, Costa de Lairaga, Arucas, Tamaraceite, ciudad de Las Palmas, Telde, Ingenio, Carrizal, Agüimes; y aun en las mismas costas expuestas al Sur como Arguineguín, Juan Grande y otros, son de una susceptibilidad extraordinaria á las impresiones de la temperatura fría: su organismo tiene muy poca elasticidad y energía para exponerse á frecuentes impresiones sin que sufra.

Tal es la influencia de la posición y del terreno, que los habitantes del pago de Marzagán-Ginámar, situado entre la ciudad de Las Palmas y la de Telde ocupando casi una estensa caldera al abrigo de las brisas del Norte y recibiendo muy directamente las del Sur por el barranco de Ginámar, no obstante ser todos trabajadores del campo y sólo alguno que otro propietario que vive del trabajo que emplea sobre su flaco terreno y estar expuestos por sus ocupaciones y condición social á las vicisitudes atmosféricas, se resisten á ir á trabajar á las partes altas y vertientes del Norte, porque se constipan y les dan, según ellos mismos se expresan, puntadas de costado, dolores en las articulaciones, y prefieren los trabajos en las costas y hacer las recolecciones de las cosechas en los puntos donde se sienten con mayor fuerza los nocivos efectos de los vientos del Africa, mas connaturalizados con su organismo á causa de la similitud de circunstancias, que ir á las altas regiones de la Isla donde con menos trabajo ganarían más pero donde se hallan expuestos á sufrir los males mencionados. Su misma organización, así en las masas como en las familias é individuos, y sus lesiones patológicas, demuestran el predominio del sistema nervioso hepático, consecuencia de la naturaleza del país que habitan.

En Gran Canaria el reino orgánico presenta caracteres generales, locales y hasta se puede decir individuales, cual en ningún otro país. Las plantas de esta región llevan un sello especial y las que son comunes á otras se distinguen por caracteres peculiares que las diferencian aun dentro de la misma Isla. Cada valle, cada montaña, cada paso es una verdadera región botánica.

El reino animal se resiente de las condiciones de la vegetación particular. La paloma salvaje (*columba laurivona* ó *columba livia*) y la perdiz (*perdix rufus*) tan abundantes en esta Isla, contrastan con las de otros puntos por muchas propiedades especiales que hacen que sus carnes sean en gran manera delicadas, aromáticas y nutritivas. La res vacuna (*Bos taurus*)

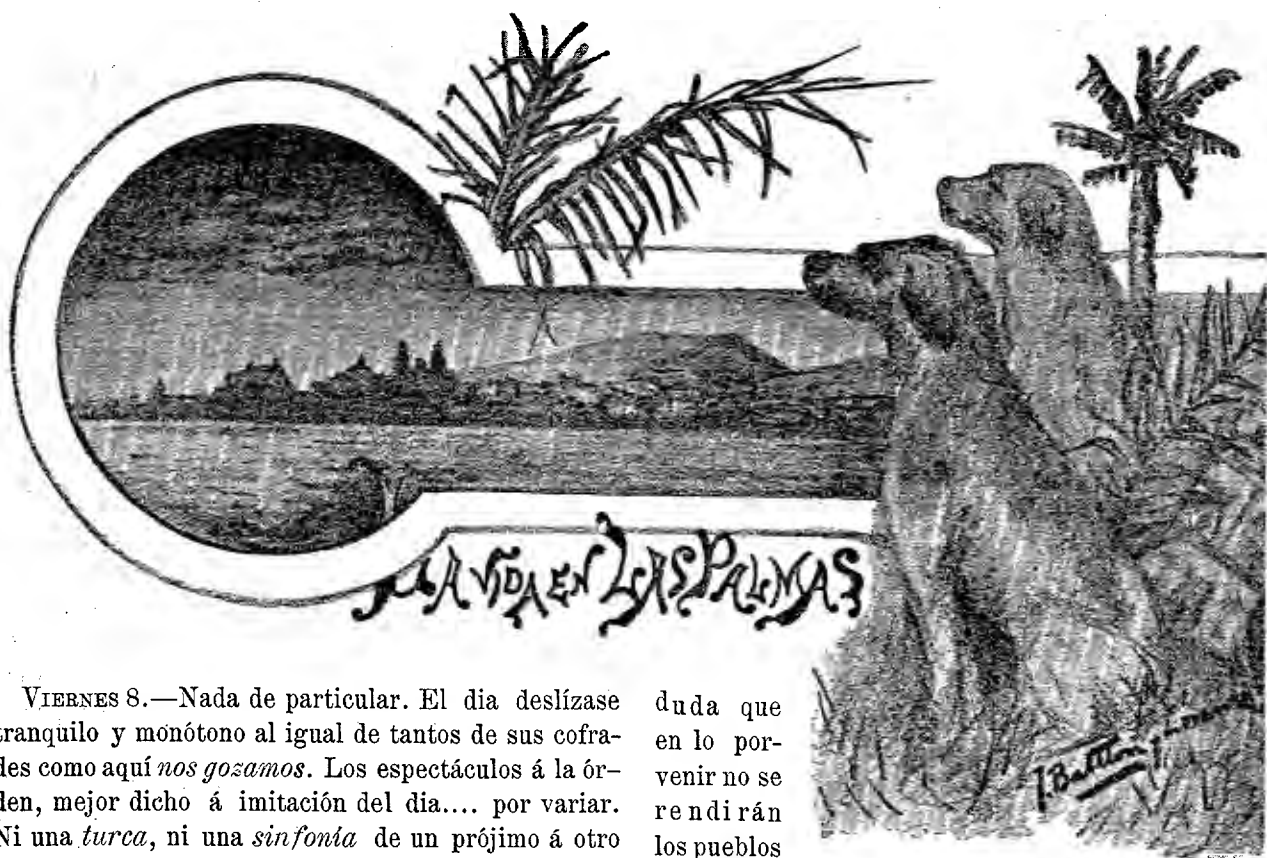
importada desde la conquista, ha recibido en su organismo una modificación favorable que hace se la mire como un tipo hermoso por su excelente índole, la abundancia de leche, su resistencia para el trabajo y por las escogidas carnes con que proveen al abasto público, debidas á las inmejorables calidades de los pastos. La cabra (*capra doméstica*) originaria de esta Isla, ofrece notables particularidades, que no he visto en las de los países que he recorrido, por su esbeltez y ligereza y la ubre que es un verdadero manantial por la cantidad y exquisita calidad de su leche.

Expuesto el hombre á todas estas influencias se modifica también gracias á la elasticidad de su organismo y revela en su constitución los medios favorables en que vive por la perfecta distribución de sus aparatos y el equilibrio en sus multiplicadas funciones. En este clima la pubertad y la menstruación guardan por lo regular bastante armonía con la organización humana, no obstante no ser extraño el que muchas jóvenes menstruen ya á los once años, sobre todo las que habitan en las costas. A favor de las condiciones expuestas, el habitante de esta Isla posee una completa independencia tanto en el orden físico como en el moral y pasa su existencia en medio de una serie de fenómenos regularizados que constituyen la felicidad de la vida.

Estas mismas influencias obrando sobre el hombre enfermo ofrecen caracteres especiales, pues la patología canaria recibe las influencias del clima en que se vive; y la regularidad en unos puntos, las perturbaciones en otros y sus estados medios, producen tales fenómenos patológicos generales y aún especiales que puedo asegurar, sin que se me tache de pretencioso, que constituyen una ciencia peculiar á este país por los caracteres radicales que las distinguen de lo general de otras regiones. Sin embargo haré notar que la marcha patológica sigue un orden bien caracterizado que nos señalan terminantemente la sucesión de las estaciones. Según las leyes de patología general reinan en el invierno las inflamaciones; en la primavera los catarros; en el estío las afecciones del tubo digestivo, particularmente las irritaciones, disenterías, las hiperemias del hígado, en una palabra excitación del aparato gastro-hepático y excitación enérgica en el sistema cerebro-espinal, sobre todo en las vertientes que miran al Sur; en el otoño la forma catarral acompañada de abundantes mucosidades debidas á las alteraciones meteorológicas que aun cuando á veces presentan una forma benigna se agravan de repente con fenómenos adinámicos ó atáxicos con tendencia á ampararse de los centros nerviosos, pero estos caracteres comienzan á ceder al entrar el invierno. Tal es la marcha de las enfermedades en los climas templados.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)



VIERNES 8.—Nada de particular. El día deslízase tranquilo y monótono al igual de tantos de sus cofrades como aquí *nos gozamos*. Los espectáculos á la órden, mejor dicho á imitación del día.... por variar. Ni una *turca*, ni una *sinfonía* de un prójimo á otro idem; el teatro cerrado, descansando Watry para ilusionarnos el sábado y domingo, segunda y tercera al par que últimas funciones que da, por ahora, aquí, el notable prestidigitador. ** ¿Olvido algo? Si, pero por lo sabido no quería tocarlo. La mayoría de los vecinos del Real de Las Palmas *saboreamos* hoy dos platos clásicos: potaje y salpreso. Es riguroso día de vigilia, aunque aquí, pocos son los afortunados mortales que, en cuanto á platos, no vivimos en perpétua cuaresma.

SÁBADO 9.—Mejor día. En la Prevención bostezan los guardias. No hay nada, pero á la noche no puede faltar la jarana. Noche de sábado abundan *las turcas, bicicletas, monas, chispas* y... la mar de nombrachos con que calificamos la embriaguez, planta que ha dejado de ser exótica aquí especialmente en los días de fiesta y sus vísperas. Dejo la Prevención y las *cavilosidades alcohólicas*, y sigo mi camino. Inmenso gentío invade la plaza de Cairasco. ¿Qué pasa en la pacífica ciudad? ¿Una manifestación en honor de Galdós? ¿Expansión por la subida de Sagasta? Nada de eso. Al gran canario le pasa en su casa lo que al herrero en la suya; en cuanto al político tampoco logra ya excitar nuestro sistema nervioso. Algo más práctico es lo que tan de mañana revoluciona á las muchedumbres. El «pan eléctrico» como han dado en llamarle, hace hoy su *debut*. El Café de Madrid lo reparte gratis: no podían faltar compradores. Si tuviera espacio me extendería ahora en consideraciones *pani-filosóficas*, parodiando, aunque sin arte, las hermosas «cavilosidades» de mi compañero y amigo Goya. Yo probaría con datos irrefutables la influencia del pan en la conquista de las naciones ¡Quien

duda que en lo porvenir no se rendirán los pueblos con pan antes que con dinamita, melinita y demás horrores? ** «Las Efemérides» de esta tarde publica el extracto de la sesión celebrada ayer por el Ayuntamiento. En ella se tomaron dos importantes acuerdos: pedir la supresión de la Diputación provincial y redactar el programa de fiestas para San Pedro mártir, nuestro patrón. Nada conseguirá el municipio en lo tocante al primero de sus acuerdos, pero al menos constará su protesta contra ese organismo muerto, rémora constante de todo progreso en la provincia. De fiestas poco puede hacerse dadas la falta de tiempo y no sobra de dinero, mas la voluntad que atesora el Sr. Sintés, suplirá esos dos grandes obstáculos.

DOMINGO 10.—Día de elecciones, pero nadie se da cuenta de ello. A nuestros ciudadanos les importa un comino el sufragio universal. Las puertas de los colegios electorales permanecen desiertas todo el día; en cambio la gallera tiene un lleno inmenso. Dios protege la inocencia. *San Cántaro* suple caritativamente á vivos y muertos. ¡Qué tiempos aquellos los de la *patriótica*! Entonces si que, estos días, eran de grandes emociones y los hoy desolados colegios presentaban aspecto animadísimo. Adivinábase desde luego á vencidos y vencedores, pero, á pesar de ello, gozábase de una incertidumbre deliciosa. Aquello pasó con la rapidez de un relámpago y volvimos á parodiar á Hamlet: *vivir es tenderse á la bartola*.

LUNES 11.—No se mueve una pajita, que diría el amigo *Jordé*, y sin embargo, allá en la corte se nos juega una mala partida. La *Gaceta* de hoy pública una Real orden nombrando Gobernador civil

de esta provincia á D. Bernardo Amer. Desconozco las cualidades que adornen á este señor, pero es de sentir la cesantía del Sr. Luengo, quien en los quince dias que lleva en el mando de la provincia ha hecho concebir grandes esperanzas. Sus primeras disposiciones han obtenido general aplauso. En auge el vicio y por los suelos la instrucción pública, ha mostrado deseos de cortar las alas al primero fomentando, en cambio, á la segunda.

MARTES 12.—Debut de la compañía dramática de la Cirera. *Mancha que limpia*, que es la obra elegida, alcanza una interpretación aceptable, sobre todo por la Sra. Cirera que dió gran relieve al papel de Matilde. Las opiniones de los críticos sobre la compañía se manifiestan con gran calor en los pasillos del teatro. Estas son muy encontradas, así que, tomando el término medio y metiendo yo mi cuchara, puedo dar el calificativo de buena á la compañía.

MIÉRCOLES 13.—*Adriana de Lecouvreur*, célebre drama de Scribe, prueba esta noche que la Cirera no desmiente su fama. En la gran escena del acto cuarto y en la final del quinto tuvo rasgos de gran artista, logrando entusiasmar al público.

JUEVES 14.—La preciosa comedia, arreglo del francés, *Divorciémonos* fué un éxito notable. En ella empieza á darse á conocer el primer actor Sr. Armengod. El público salió del teatro complacidísimo. Y nada mas. Por falta de distracciones públicas no podemos quejarnos ahora. Será por otras faltas...

Esta revista termina impresionada por el medio no ambiente.

OVLAC.

NEGROLOGÍA

Con profundo sentimiento hemos recibido la noticia de la desgracia que ha sufrido recientemente nuestro antiguo compañero el Dr. D. Victor Grau-Basas, socio fundador y conservador del Museo Canario, cuyo recuerdo se conserva vivo en este centro á pesar del tiempo que hace que el Dr. Grau se ausentó de este país. Su inteligencia y su gusto artístico estuvieron siempre al servicio del Museo, y el vacío que en él dejó al marchar á América no ha podido llenarse aun.

Un hijo del Dr. Grau ha fallecido á la edad de veinte y un años, cuando por sus condiciones de inteligencia y su amor al estudio era una esperanza de la ciencia.

La Redacción de EL MUSEO CANARIO se asocia al dolor que por esta irreparable pérdida aqueja á su distinguido consocio y amigo el Dr. Grau.



VISTA DEL PUERTO DE LA CRUZ.



HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

La parte ó risco por onde se despeñó llaman de Ancite, y llegando allí se abrazó con él un su amigo muy íntimo, y ambos se hicieron pedazos de el risco abajo. Frontero de este risco hay otro, Tirma, que por allí se arrojaron dos mujeres por no ser prisioneras de unos españoles que las siguieron hasta allí, por onde se arrojaron, y llaman el salto de las mujeres, y este el de el caballero.

Diéronse infinitas gracias á Dios Ntro. Señor por haberse concluido este deseado fin tan largo y trabajoso; todos los capitanes y caballeros dieron muestras de alegría dando sus brazos á los amigos canarios, haciéndoles el buen tratamiento que sus Altezas mandaron; fué esto Jueves día 29 de Abril de 1483 años en Jódar á las diez del día.

Trajerón los más nobles canarios la hija del Guanartheme de Gáldar, sobrina, otros dicen prima, porque dicen que aún no era hermano de su padre el Rey Guanartheme que socorrió á Diego Silva, y esta era su hija única hoy de toda la Isla y prima de D. Fernando Guanartheme; entregáronse la á Pedro de Vera y la recibió con notable agrado, mandóla aposentar y entregar á un Francisco de Mayorga, Alcalde Mayor y era casado con Doña Juana Bolaños; fué cristiana, llamóse Doña Catalina Guanartheme; y para el día siguiente se ordenó venir á el Real de las Palmas.

Hiciéronse fiestas de regocijo por toda la Isla y el Alferez Alonso Jaimez de Sotomayor levantó el pendón haciendo la ceremonia en nombre de los Reyes, y era el pendón que traía el señor don Juan de Frias cuando se daba la batalla mientras se peleaba, blanco, de tafetán delgado, pequeño con dos puntos de rabo de gallo, que quedó en Canaria por memoria, y esto fué en el Real de Las Palmas, dejando á la Sra. en Gáldar.

Dióse aviso de todo á los Católicos Reyes don Fernando y D.^a Isabel y cómo los canarios se habían bautizado y sido sus padrinos todos caballeros y nobles conquistadores, pidiendo á Su Majestad facultad de repartir á los que con sus armas, caballos y peones habían venido y á los aventureros, y demás oficiales. Remitióse la Cédula Real de repartimiento á el mismo Go-

bernador Pedro de Vera que los hiciese según las calidades de las personas hizo los repartimientos, mandó á cada uno sus títulos de tierras y heredamientos según habían servido, y vistolo por ellos, todos fueron muy contentos con sus tierras y aguas, particularmente los que habían servido sin sueldo, los cuales todos se quedaron vecindados en esta Isla, poniendo á sus heredamientos sus nombres, aunque fuese á un risco muy pequeño. Muchos de ellos después de la conquista de Canaria pasaron á la conquista de Tenerife, que no volvieron, y á la de la Palma, y allá también se les dieron á otros sus repartimientos. A los peones y pagados se les dieron asimesmo tierras y aguas según sus servicios, y éstos las vendieron y se fueron; el que tenia con qué irse no se quedaba, porque había guerras civiles en Granada y á la fama acudían; después de la conquista de Tenerife los caballeros conquistadores quedaron por los muchos frutos que les rendían sus tierras de vinos y azúcares, viniendo navíos á cargar á el Puerto de Gando, y así tuvieron mucha largueza.

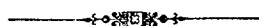
El Gobernador Pedro de Vera envió á España y á la Isla de la Madera á buscar frutales para plantar luego que se acabó la conquista con que en breve tiempo se pobló de frutos; parras, cañas de azúcar y todo género de árboles, legumbres, animales, asnos, caballos y yeguas, vacas, bueyes, conejos, perdices, menos liebres que no hay.

Hubo en las fiestas de regocijo, de jineta y escaramuzas; ocasión hubo en Gáldar de ochenta con hermosos caballos, y en Telde otros tantos, que fué la primer ciudad y principal de la Isla y la antigua prosapia de toda ella, segun nos decían los canarios, y Gáldar después por más fuerte y apartada de los mayores puertos y entradas que son por aquellas partes del sur; también había muchos en las fiestas de Arucas.

Acudieron á Canaria muchos moradores de España y Francia y personas de Génova, después de la conquista, que compraron muchas tierras y hicieron heredades; repartíanse á los vecinos granos para sembrar, como se daba trigo, habas y otras cosas que multiplicaban infinito.

Era mucha la grandeza y ostentación con que las casas de estos caballeros se portaban y á la fama venían á la tierra muchos á vivir de diversas partes, hasta que hubo nuevas de el descubrimiento de las Indias Occidentales, que no quedó ninguno de los que vinieron después.

(Continuad)



EL MUSEO CANARIO
HEMEROTECA

El Museo Canario

Revista semanal

Año VI. Núm. 116



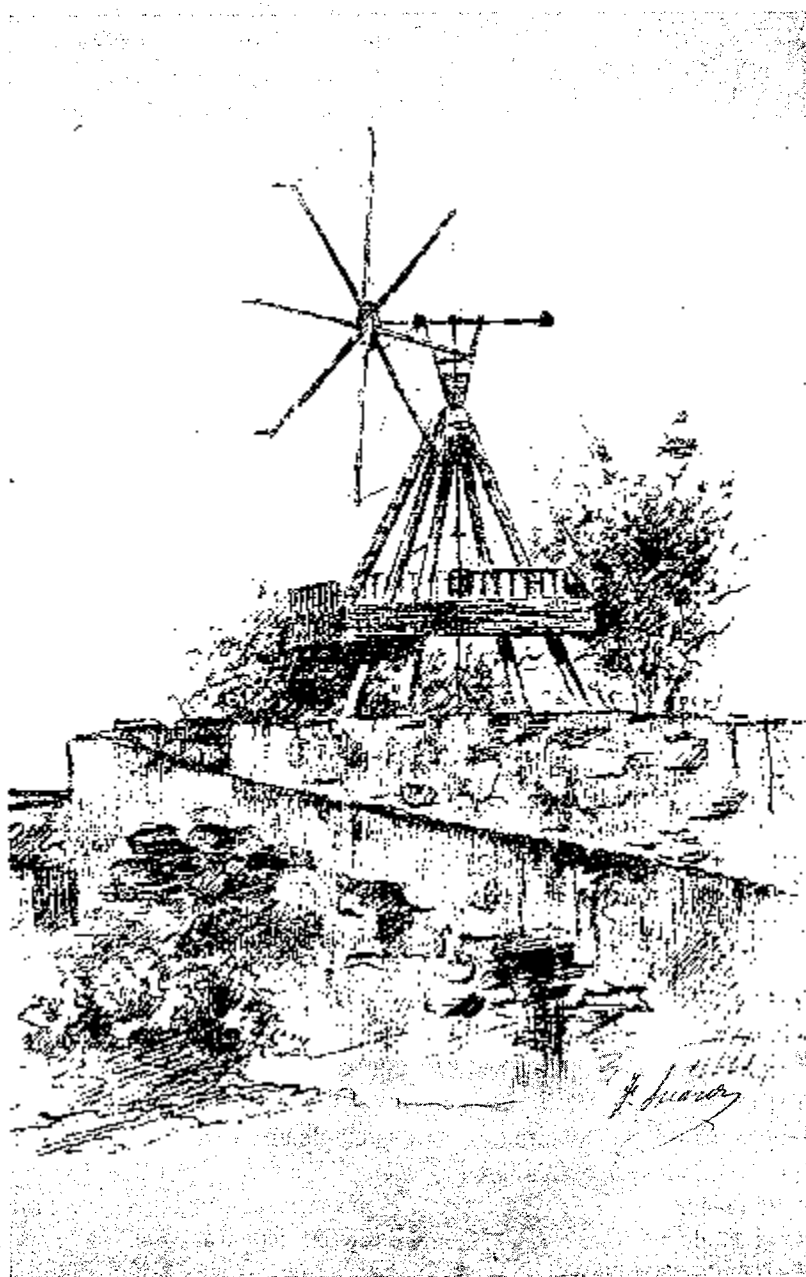
LAS PALMAS, 23 DE MARZO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 11

Apuntes artísticos de Las Palmas

por F. Suárez



El molino del Camino nuevo



formado; los males siguen en aumento, crisis sobre crisis, conflictos sobre conflictos, quintas, empréstitos secretos, negociaciones de diplomáticos vergonzantes, el militarismo y la empleomanía en crecimiento, y siempre marchando á paso de carga á un descrédito completo y á una bancarrota escandalosa.

«Y sin embargo de que este cuadro, á que acabamos de dar su verdadero colorido, salta á la vista á la menor y más sencilla observación, ninguno de los partidos que hoy se hallan manejando las riendas del Estado procura poner remedio á situación tan aflictiva y si la agravan progresivamente con ese quietismo criminal interrumpido solo por la actividad que se despliega llamando á las puertas de las naciones extranjeras, pidiendo de limosna un rey que salve á España, cuando ese rey, á más de deshonrarla, acabará de hundirla.

«Descentralización completa, vida al municipio, vida propia á la provincia, autonomía al individuo, libertad en todas sus manifestaciones, en una palabra, *democracia pura, propia y verdaderamente entendida*, tal es, condensado en breves frases, el programa político que vamos á defender.»

En cumplimiento del mismo, *La Tribuna* riñó grandes batallas contra los partidarios de la dinastía de Saboya, sostuvo vivas discusiones con *La Verdad*, órgano en Las Palmas de los defensores de la restauración borbónica, hizo acerba crítica del periodo de mando en la provincia del famoso gobernador Garrido Estrada, gran perseguidor de la prensa democrática y de los propagandistas republicanos y defendió constantemente la República como forma de gobierno de la nación.

La Tribuna se publicó bisemanalmente por espacio de año y medio. Su último número fué el 121 que lleva fecha del 14 de Marzo de 1871.

Fueron sus redactores D. Francisco Morales Aguilar y D. Eduardo Benítez y González; y entre sus colaboradores más asiduos figuraron D. Antonio Moreno, D. José Alzola y D. Julián Cirilo Moreno.

Sucesor de *El Federal* y antecesor de *La Moralidad* en la nutrida y brillante serie de periódicos pertenecientes á los memorables y extinguidos partidos democráticos de Gran Canaria, fué *La Tribuna* uno de los órganos más importantes de la juventud republicana de Las Palmas en aquellos revueltos tiempos en que se luchaba por las ideas.

Empezó á publicarse el 17 de Diciembre de 1869. Merecen ser conocidos algunos párrafos de su artículo programa, que reflejan el estado político de la época:

«Catorce meses—decía—van transcurridos desde que, en nombre de la libertad, se expulsó de España á los Borbones, y durante ellos poco ó nada se ha re-

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Algunos puntos de esta Isla, como la ciudad de Las Palmas y sobre todo en la de Telde, donde por la regularidad casi imperturbable de su clima se puede decir que reina una constante primavera, puesto que las oscilaciones meteorológicas son casi desconocidas, son muy distintos bajo el punto de vista patológico. Las enfermedades ofrecen en ellos caracteres muy marcados y exageran la acción estacional cuando los instrumentos no marcan el máximo y mínimo que se observa en París ó Madrid. Pero donde más se nota esto es en las aplicaciones de los medicamentos, es á la influencia del clima, con particularidad en Las Palmas, donde se necesita elevar las dosis relativamente á las empleadas en Europa, para que produzca los efectos que se desean, y en especial con los purgantes y el opio.

Preséntanse constituciones médicas ligadas á las atmosféricas. Esta constitución atmosférica que viene representada por el conjunto de los fenómenos meteorológicos imprimiendo un sello ó caracter particular á las enfermedades, origina las constituciones médicas y epidémicas. Aquellas pueden ser permanentes durante un período de tiempo más ó menos largo y estacionales; se observa con frecuencia que suelen combinarse ambas. Stoll vió establecida en Viena, durante medio siglo, una constitución médica *biliosa*, cuyo caracter se reconocía en las diferentes afecciones estacionales de otra índole. Según me manifestó el Dr. D. Manuel González, Broussonnet le manifestaba (1846) que después de 40 años la constitución médica de Montpellier había sido *catarral*; esta misma constitución encontró el Dr. González en Gran Canaria la que persistía en 1872. Ahora las constituciones médicas estacionales ó intercurrentes, una vez fijadas, no desaparecen tan pronto como cambian las circunstancias atmosféricas, sino van cediendo paulatinamente su lugar á las que vienen á reemplazarlas; de este modo se explica que las afecciones ocasionadas por los vientos del Sur no ceden sino con lentitud; aun cuando sean reemplazados instantáneamente por las brisas.

A pesar de usar todos nuestros campesinos vestidos tan ligeros que dejan expuesta gran parte de su cuerpo á la intemperie sin que por ello se resguarden más en la época de los frios, hechos que se notan en los habitantes de las costas, pues los de las medianías y cumbres se abrigan en la estación invernal con tejidos de lana, sin embargo se puede determinar con toda exactitud el lugar de su residencia atendiendo á la estación en que se observen, solo por los síntomas patológicos que presentan y que se hallan solamente invertidos.

Voy á demostrar esta ley general en Gran Canaria con la serie de hechos prácticos que durante cuatro años consecutivos tuve lugar de observar y que fijaron mi atención de un modo especial por lo notable y por la perfecta relación que guardan con el método de vida y los hábitos del cuerpo que se adapta y acomoda siempre á los medios que le rodean para existir.

Precisado á pasar largas temporadas en el ex-Monte Lentiscal, habitaba una casa colocada en el vértice de una loma que domina una larga extensión de la Isla, situada en el clima inferior é intermediario de Bertholot, y deseando olvidar á todo trance y alejar de mí los tristes pensamientos que por entonces me preocupaban, eché mano á la historia natural y particularmente á la patología y di principio á una serie de observaciones cuyo resultado forma hoy el núcleo de los presentes estudios.

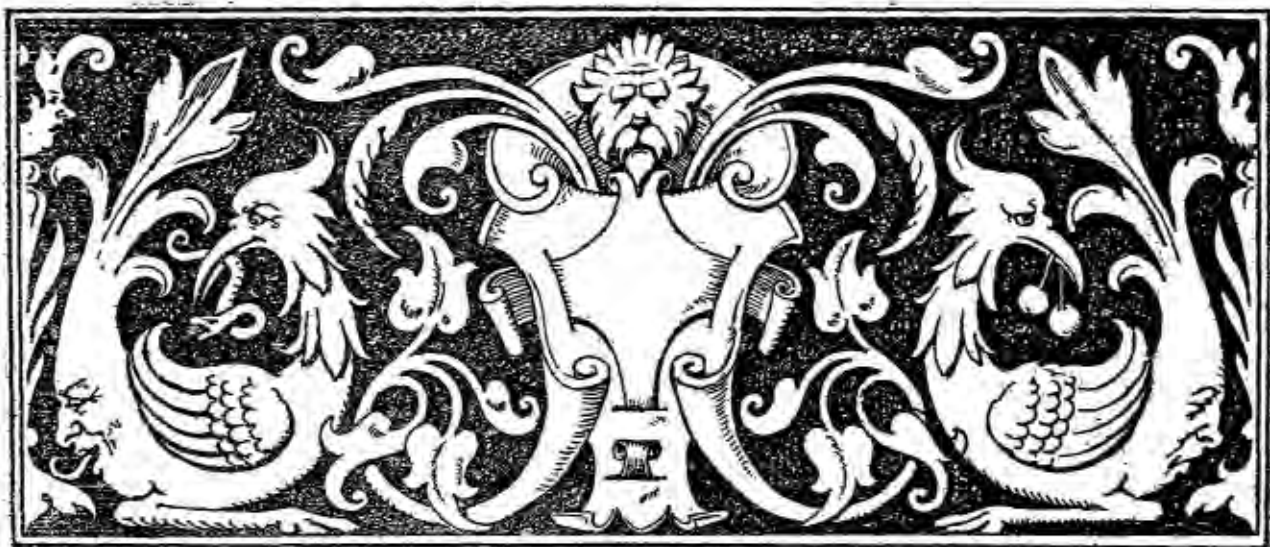
Enaquel campo se hallaban trabajando jornaleros de las partes altas de la Isla, sobre todo de la Vega de Santa Brígida, región donde se experimenta una larga escala meteorológica, y de las bajas como Marzagán, es decir, de las costas, donde se reciben en gran parte las impresiones africanas. Unos y otros ofrecían caracteres opuestos, á pesar de la corta distancia que los separa. Los primeros, sensibles en alto grado á las impresiones de los rayos solares, buscaban siempre en la sombra de los árboles y entre los arbustos, un refugio en las horas de descanso que son las de más intenso calor, en tanto que los de Marzagán parecían experimentar particular satisfacción en recibir su influencia y no contentos con esto eran precisamente aquellas las horas que muchos de ellos elegían para cazar y hacer ejercicios violentos ó coger la yerba que llevaban á la noche para sus animales. Los segundos, que los otros ejecutaban á la caída de la tarde, al tiempo de retirarse del trabajo.

Las lluvias producían asimismo efectos opuestos. A los de la Vega les agradaba y lo demostraban por las muestras de satisfacción con que la recibían sin resguardarse de ella, antes bien se complacían en mojarse; los de Marzagán, al contrario, abandonaban al instante los instrumentos del trabajo y corrían á refugiarse bajo el primer techo que encontraban ó se abrigan con sus pesadas camisetas de lana. La antítesis era perfecta; y estos hechos repetidos un año y otro me persuadieron de que estos fenómenos tenían su origen en la naturaleza misma de aquellos hombres modificada por los elementos climatológicos en que vivían unos y otros.

Los síntomas patológicos son también dignos de estudios interesantes. El calor producía en los de Marzagán supersecreciones biliosas acompañadas de cólicos y diarreas, al paso que los de la Vega sufrían constipados, que muchas veces tomaban el carácter de bronquitis, acompañados de incomodidad en la respiración, opresión y hasta dolor. Al tiempo de las lluvias se cambiaban los papeles: los Marzaganeros eran acometidos de fuertes constipados complicados muchas veces de un aparato inflamatorio que no era otra cosa que una bronquitis aunque más vulgarmente una laringitis; al paso que á los de la Vega les producían ligeros dolores en el vientre acompañados de supersecreción intestinal demostrada por largas y frecuentes evacuaciones. Tal es el efecto que el mismo agente produce en los habitantes de distintas localidades y los fenómenos que presentan.

DR. CHIL Y NARANJO.





LA GLORIA LITERARIA

II.—Lo perdido

Como si el olvido y el cambio que el gusto literario experimenta con el tiempo no fueran causas bastantes de decaimiento para las obras escritas, hay otra porción de acontecimientos históricos que conspiran en su contra, aparejándolas destrucción casi inevitable.

Tales son las guerras en las que el vencedor impone su lengua, sus costumbres y sus leyes al vencido, y para facilitar lo destruye las obras literarias del país sojuzgado. Esta destrucción es mayor cuando más grande es la barbarie del triunfador. La irrupción de los bárbaros septentrionales en los primeros siglos de nuestra era es indudablemente culpable de la desaparición de inmensa parte de la literatura clásica griega y latina.

Los saltos atrás que ha sufrido la civilización, las regresiones á la barbarie, han contribuido á esta obra continua de destrucción.

Nos ha dejado el Egipto sus monumentos de piedra que han podido desafiar á los siglos; merced á sus inscripciones y á algunos papiros desenterrados al desenterrar unas cuantas momias, hemos logrado formarnos una idea vaga de lo que fué aquel pueblo; no podemos dudar de que los egipcios poseyeron libros numerosos; creemos que Memfis poseía una biblioteca importantísima; pero nada de esto ha llegado hasta nosotros: todo fué destruido por persas y griegos, por romanos y por árabes.

Aún de los pueblos que han influido más directamente en la cultura occidental de Europa, hasta de aquellos griegos admirables cuyos descendientes intelectuales somos, han llegado hasta nosotros sus obras literarias escasísimas, incompletas, fragmentarias,

desfiguradas y mutiladas hasta el punto de no poder figurarnos qué parte pudo constituir del total lo que conocemos.

De lo que realmente escribió Homero de *La Iliada* y *La Odisea* ¿qué nos queda después de las mutilaciones que tuvieron que sufrir durante el largo tiempo que fueron conservadas por la tradición oral? ¿Quién podrá asegurarnos que Pisistrato y Aristarco, al compilar los dos poemas inmortales, tuvieron medios para acertar, y lograron el acierto?

Y si del padre de la poesía descendemos á los dioses menores ¿de cuánto estrago tenemos que lamentarnos!

Sabemos que muchos entre los antiguos comparaban con Homero á Empedocles, pero no podemos formar juicio de lo que éste valiera por los insignificantes fragmentos que de sus obras poseemos.

Diógenes Laercio asegura que Epicuro escribió más que ningún otro filósofo y que en su tiempo se conocían trescientos libros escritos por el famoso ateniense, pero no conservamos de ellos sino una parte pequeñísima.

Esquilo que decía: «consagro mis tragedias al tiempo», escribió setenta tragedias según unos, noventa según otros: nosotros no conocemos más que siete y algunos fragmentos.

Sófocles compuso más de cien obras dramáticas: nos quedan siete para admirarle. Escribió Aristófanes de cuarenta á cincuenta comedias: sólo once han llegado íntegras á nuestros días. Se cree que son más de trescientos los trágicos griegos de los que no ha llegado hasta nosotros una sola obra.

Todo contribuye á la destrucción: desde Omar entregando á las llamas los tesoros literarios almacenados en la biblioteca de Alejandría, hasta los copistas cristianos raspando los pergaminos antiguos para escribir las obras de los Padres de la Iglesia.

Y la obra de aniquilamiento se extiende por toda Europa: los turcos destruyen la civilización bizantina, los árabes por el Sur y las hordas germánicas por el Norte entran en las antiguas posesiones romanas á sangre y fuego.

Llegan con el andar de los siglos tiempos más bonancibles para las obras de la inteligencia, pero ¡qué lento es el progreso! Aún después de iniciado el Renacimiento é inventada la imprenta tiene la obra literaria que luchar, para sobrevivir, con infinidad de obstáculos.

Nuestro asombroso Lope de Vega compuso sobre mil quinientas comedias que entregaba, apenas escritas, á las compañías de comediantes que ejercían sobre ellas pleno dominio, cortando y reformando lo que bien les parecía, atribuyendo frecuentemente su paternidad á quien no había tenido arte ni parte en su

creación. Hoy sabemos que no poseemos todas las comedias de Lope, sabemos también que no las conservamos tal como él las escribió, y sospechamos por último que entre las que le atribuimos hay algunas que no son suyas.

De modo que hasta las obras de los genios literarios que han sido adorados por su generación, y que han vivido en tiempos cercanos relativamente á los nuestros sin que los estragos de la guerra hayan sido en los países en que florecieron tan grandes como los que acarrearón la desaparición de grandísima parte de los escritos de griegos y latinos, hasta estas obras que podemos llamar modernas no han logrado, á pesar de su fama, librarse de la destructora acción del tiempo.

Como otras tantas maldiciones, la guerra, la incuria, la barbarie, las costumbres se unen al olvido y á los cambios incesantes del lenguaje para hacer ilusoria la ambición de los que pretenden vencer á la muerte con obras que la fama haga imperecederas.

ANTONIO GOYA.



Vista de Güímar



ARTE PERIODÍSTICO

Negar la misión educadora de la prensa es negar una verdad, cuando ésta sirve ideales nobles y se ejercita honradamente. Fuerza social la mas grande que guia la opinión y empuja al pueblo, á la gran masa, en determinado sentido, es una de las instituciones públicas que merece mayor estudio y que conviene purificarla de vicios, esos que las circunstancias permiten en época de crisis social. No va, en verdad, la reforma por el lado de leyes que regulen sus funciones; no basta á contener sus desmanes el freno de hierro de la censura oficial, ni es necesario tampoco á su desenvolvimiento una amplia libertad que autorice todo escándalo y todo *chantage*. La censura previa, antiguamente establecida, atenta al libre ejercicio de la crítica, amengua el poder sano que la prensa representa ante los desmanes de los directores y administradores de los grandes intereses públicos, en todos los órdenes de gobierno, porque restringe la prudencial acción fiscalizadora de la pluma que denuncia con valentía vicios y defectos que puedan comprometer la salud y vida de un país; la libertad completa tambien es nociva, perjudicial altamente, porque consiente el alquiler de la pluma al poderoso, la venta al oro, para poner al servicio de mezquinos intereses y para entregar á las órdenes de liliputienses personalidades, lo más grande, lo más respetable, sin pudores de ningún género, sin escrúpulos de prostituir la conciencia pública, envenenada con escritos capciosos y con mentiras impresas, creando una moral acomodaticia, santificando las más graves y monstruosas aberraciones y sacrificando miserablemente el bienestar colectivo á la conveniencia personal.

No es el ropaje exterior de la prensa lo que es necesario reformar con lujos excesivos que recreen la vista, que son cosas baladís, de estética de taller y de perfeccionamientos mecánicos en

las deficientes rotativas en uso; no hay tampoco urgencia de reformar el arte periodístico, encauzando la habilidad dialéctica para defender con la misma pluma todas las ideas y servir al mismo tiempo contradictorios intereses, ni contener la facundia é inventiva que se desborda en columnas de prosa cerrada, escrita á escape y corriendo, sin que la lima suavice los tonos agrios y corrija las deficiencias artísticas; lo que urge en la prensa es moralizar, es imprimirle un tono de sinceridad honrada, y en lugar de ser los periódicos, como hoy, empresas mercantiles que especulan á la sombra de la política de baja estofa y de la información charlatanesca, que en nada contribuyen al mejoramiento social de las multitudes famélicas y hambrientas de lectura, pero irreflexivas, que seán escuela de costumbres, cátedras de moral, tribunas donde cada cual exponga ante el pueblo verdaderos programas para la obra de perfección intelectual humana.

Al contrario de esto que digo, nótese en la prensa de gran circulación una tendencia disolvente y malsana; engañase al pueblo á cada instante, explotando su ignorancia y halagando sus pasiones sin más ideal que el objetivo positivista del lucro, y nace esto de la facilidad del arte periodístico, de su divulgación al alcance de las osadías y de las concupiscencias que permite escribir sobre todo, que consiente la defensa de los más contradictorios intereses, no por la sinceridad de las convicciones sino por la habilidad de la pluma, movida por el arte y por el egoismo, y no se sabe aun si todos estos defectos nacen de la relativa libertad que se disfruta, malamente utilizada, y si pudiera ser corregida con la censura, que en manos de rencorosos políticos, corrompidos muchas veces, que para salvar las granjerías del poder y el *chantage* gubernamental, pudieran amordazar la prensa, hoy por hoy, única válvula de escape á la justicia acusadora de los oprimidos y vigoroso poder frente á las demasías de los hombres ensoberbecidos en las alturas.

ANGEL GUERRA.





HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

El primer ingenio de azúcar hizo el Gobernador Vera un cuarto de legua de la Ciudad del Real de Las Palmas; molía con agua era en el arroyo arriba que llaman Geniguada, y el segundo ingenio el del Alférez Jaimez de Sotomayor, y molía con caballos, en sitio que después fueron casas de morada de los Moxicas, Civerios y Lescanos, que todos fueron unos parientes, primos y hermanos, nietos y descendientes del factor Miguel Moxica; este sitio venía á juntar con el Monasterio de Señor San Francisco onde después hicieron casas otros caballeros conquistadores Quintanas, Venegas, Calderas, Zerpas, Padillas, Peñalozas y Pelores, y en este tiempo se abrieron los cimientos del convento de San Francisco de piedra y lo demás de tapias con pocas celdas y después fué la Iglesia de una nave con capillas á los lados.

Yendo en aumento los de los Ingenios se hicieron más, á su costa cada uno como estos dos primeros, y los frutos se aumentaban y la gente; hubo en Arúcas y barranco de Guadalupe quien hizo cuatro Ingenios: Tomás de Palenzuela; y en Tirajana y llanos de Sardinias y en Telde hizo otros tres Alonso Rodríguez de Palencia, su hermano; los cuales y su padre y otros hermanos que murieron, se les dió como á caballeros conquistadores que sirvieron á su costa con sus personas, armas y caballos y gente pagada, peones, ginetes y dinero, repartieran en estas partes grandes pedazos de tierra; en las cuales partes después y en Arúcas en los ingenios han sucedido otros como Francisco Martel, caballero francés casado con la hija de un caballero conquistador llamado Santa Gadea. Y en el de Telde sucedió otros conquistadores, Alonso de Matos y Cristobal Garcia del Castillo. Y en la Gaete sucedieron otros caballeros Palomares y en Guia sucedieron Cairascos y Sotranis, italianos todos; á los conquistadores que ayudaron con sus dineros y peones pagados y casados con hijas de tales conquistadores, y á estos se les dieron grande repartimientos: solo los pobres hidalgos aventureros extremeños, vizcainos y castellanos que sirvieron sin premio teniendo el mayor riesgo y el cuerpo

al enemigo les taparon la boca con unos riscos pelados cerca de la cumbre, en Teldè, Agüimes, Tirajana y Guia y los más, como no podian aumentar, las vendían por nada.

CAPÍTULO XVI

Diversos casos después de la Conquista y prosigue Tenerife y Palma.

Volviendo, pues, á proseguir lo que pasó después de conquistada Canaria quedando por Gobernador Pedro de Vera, como está ya dicho, y por Obispo primero de Canaria el Sr. D. Juan de Frias, buen prelado, que asistia á todo con grande celo y en acudir al servicio y al aumento de la fe verdadera y predicación de ella; hallándose en el fuerte de la Gaete el Alcayde Alonso de Lugo, á quien se le dió buenos repartimientos por el Gobernador Pedro de Vera de tierras y aguas conforme á su calidad, era muy generoso y gastador con sus amigos y galan dispuesto de cuerpo y persona; era bien quisto por sí y por su hermano que le trajo á su esposa la Sra. D.^a Luisa de Fonseca (1) y á dos hijos pequeños. El cual plantó y edificó lagar, viñas y cañas; y en este tiempo adoleció su esposa de enfermedad de que murió: trájose á enterrar en la parroquia de Santiago de Gáldar con sentimiento de todos los caballeros que asistieron, como era justo.

Viéndose solo D. Alonso de Lugo empezó á vender toda su hacienda que era muy lucida, pasó á España (2) presentóse á Sus Altezas que lo estimaron mucho por ser gran soldado, pidióle hiciesen merced de la Conquista de Tenerife y la Palma; holgóse de concederle lo que pidió, con que aprestó con brevedad (3) juntar gente, municiones y demás pertrechos y después de algunos dias de navegación llegó con sus navios á el puerto que ahora llamamos de Santa Cruz: en el nombre de la cual salieron á tierra escuadrónada su gente. Comenzó á marchar. Los espías de la gente guanche de Tenerife apellidaron la Isla en un punto que se juntaron tantos, no veian los cristianos por onde huir que apenas podía coger las lanchas para embarcarse y el Sr. Adelantado D. Alonso de Lugo perdió un caballo en la escaramuza y otro caballero conquistador le dió el suyo en que escapó herido en la boca de una pedrada y él y los que escaparon que fueron pocos, se embarcaron y los guanches lo siguieron hasta el agua á los pechos para ganarles las lanchas.

(1) Su hermano que la trajo de España se llamaba Andrés Suárez.

(2) Año 1490.

(3) Vino á ella año 1493.

Considerando la poca gente que tenía para empresa de tanta, acordaron de pasar á Canaria; consolóle el Gobernador Francisco Maldonado socorriéndole en su aflicción y dándole cien hombres de pelea y por Alferez á Juan Mellian, yerno del Alferez Jaimez de Sotomayor, gran soldado, y dióle cincuenta caballos suyos. También la Sra. D.^a Inés Peraza, viuda de Diego de Herrera y otras personas, le ayudaron con bastimentos, y viéndose ya sano de su boca, volvió segunda vez. Volvió allí á Santa Cruz onde echó su gente y fué marchando hasta la ciudad que hoy se dice de la Laguna, donde esperaban los guanches muy armados con dardos, piedras y montantes de palos de acebuche y sabina que partían á un hombre y á un caballo. Y allí se embistieron unos y otros, y ahora como hubo más caballos y otra gente que no la primera, que por bisoños y no saber pelear con isleños, se perdieron, fué Dios servido de darle victoria, hizo en fin, retirar los guanches, habiendo primero defendiéndose muy valerosamente, que puso mucho cuidado en apretar las manos á los cristianos. Fueron en su seguimiento hasta del todo ahuyentarlos y se hicieron fuertes en un cerro que llaman la Matanza, y cada dia venían de socorro de toda la Isla tantos que para un español venía á caber diez ó doce de ellos. Viendo esto Lugo cerró con ellos antes que cargasen más; fué esta guerra tan reñida que de ambas partes murieron muchos, y como los cristianos eran los menos, se sentía de dia en dia la falta y en ellos acudían como enjambres, y pareciendo (como era cierto) que fuerzas humanas ó ejército tan pequeño era imposible conquistarlos, fueron poco á poco los nuestros retirándose á tomar un sitio fuerte en la noche de aquella pelea, haciéndose reparos para asegurarse.

(Continuará)

DONATIVOS AL MUSEO CANARIO

Febrero de 1901

—Para el Museo—

Un coral cogido en aptamar estando pescando frente á las Salinetas (Telde). Donado por el Presidente Dr. D. Teófilo Martínez de Escobar.

Trece cráneos completos en muy buen estado y algunos de ellos típicos y momificados con el bálsamo correspondiente.

Un trozo de momia con unos piés dentro.

Dos pelvis completas.

Siete maxilares inferiores.

Un maxilar superior incompleto

Dos omóplatos.

Veinte y dos costillas que tienen el aspecto de pertenecer á un esqueleto.

Una clavícula.

Veinte y nueve vértebras.

Un trozo de columna vertebral.

Dos rótulas.

Un sacro.

Cuatro húmeros.

Tres cúbitos.

Dos radios.

Cuatro fémures.

Otro trozo de momia con sus tibias y peronés momificados.

Dos tibias sueltas.

Una tibia y un peroné unidos por momificación.

Varios huesos de los piés y de las manos.

Varios dientes sueltos.

Unos trozos de cuero de envolturas.

Una cabellera color castaño claro.

Dos trozos de tejido de junco.

Cuatro punzones de hueso.

Cuatro bruñidores; uno cónico y los otros tres planos; todos de piedra volcánica.

Tres asas de loza de barro.

Cuatro picos de loza también de barro de los aborígenes canarios.

Donado todo por el Doctor Chil y Naranjo y procedente todo de Guayadeque.

Para la Biblioteca

Dos Almanagues Náuticos correspondientes á 1899 y 1900, donados por el Dr. D. Teófilo Martínez de Escobar.

Miscelanie, varios cuadernos manuscritos encuadernados formando un libro. Donado por D. León Mateos Amador.

Relectio.—De Sacramentis in genere habita in Academia Salmanticensi. Anno 1547. Donador D. León Mateos Amador.

Gramática Araucana ó sea el Arte de la lengua general de los indios de Chile por el P. Andrés Febrés. S. J. 1884. Donado por el mismo señor.

Los Querandíes, breve contribución al estudio de la etnografía argentina por Félix F. Outes. Buenos Aires, 1897. Donado por el mismo señor.

Etnografía Argentina, segunda contribución al estudio de los indios Querandíes por Félix F. Outes. Buenos Aires, 1898. Donado por el mismo señor Mateos Amador.

El Museo Canario

Revista semanal

Año VI. Núm. 117. ☼

LAS PALMAS, 30 DE MARZO DE 1901.

☼ TOMO X. CUADERNO 12

Rincónes de Las Palmas



La calle de San Justo

Dibujo de F. Suárez.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Sin embargo, daré un poco más de extensión á la marcha que, segun las estaciones, sigan las enfermedades.

En Las Palmas, que es donde más ocasión he tenido de estudiar la marcha de las enfermedades, he observado que éstas marcan de una manera notable cada estación y no guardan un verdadeo equilibrio con las condiciones que posee eminentemente favorables á la vida, desarrollándose con una intensidad relativa á pesar de lo benigno de su clima.

En el estío se nota el predominio bilioso y domina la constitución patológica de la estación, lo que se demuestra por el tinte de la piel y el color característico de la esclerótica, siendo el soberano, en este periodo del año, el aparato hepático, los exantemas y las neurosis. A proporción que se va acercando el otoño empieza á ceder paulatinamente, desapareciendo por completo este estado á la entrada de la estación para ser reemplazado por la forma catarral. De suerte que hay una época intermediaria en que los dos elementos patológicos se hallan casi equilibrados en el organismo, pues se presenta un cierto tinte bilioso de la esclerótica acompañado de un ligero catarro; poco á poco y al encontrarnos en plena estación se presenta la forma catarral en todo su apogeo, desprendiéndose completamente del hígado la constitución patológica para fijarse con especialidad en la mucosa respiratoria. Esta es una época terrible para el médico, pues la mayor parte de las veces se presenta la forma catarral con un carácter benigno para hacer la explosión con síntomas nerviosos intensos, siendo en muchos casos el excitante para desarrollar el elemento tuberculoso, que, por desgracia, invade todos los paises y todas las clases sociales. Las afecciones mucosas y reumáticas, las disenterías y particularmente las fiebres intermitentes, bajo todas sus formas, predominan en él; pero el catarro es generalmente superabundante en secreciones.

Haré observar que las fiebres intermitentes siempre se han presentado en la isla debidas á los efluvios pantanosos, en especialidad en los barrancos. La mayor parte de los que se estacionaban en el de Azuaje, con el objeto de servirse de sus benéficas aguas, contraían intermitentes bastante graves. El Dr. González me manifestaba que en el barrio de la Goleta (Arucas) eran muy frecuentes y dependían de las aguas estancadas en su suelo formando charcos; cuando se hicieron desaparecer éstos, por indicación del Dr. Pano, cesaron las intermitentes. Parent-Duchatelet no creía que los efluvios producidos por la mace-

ración del lino en charcas, que en Canaria se llaman *rios*, produjese intermitentes. La prueba de lo contrario se observa en las charcas de la costa de Lairaga, pues dominan la patología de aquella región. Las intermitentes se hicieron más intensas y frecuentes cuando el cultivo de la cochinilla, como lo demostraré más adelante. Hasta el año de 1850 no se observaban intermitentes en Las Palmas, y tan era así, que el Dr. Roig tenía el convencimiento de que las observadas en esta población habían sido contraidas en otros puntos; después de esa época se han ido haciendo más comunes á pesar del mayor aseo que se nota en las casas y casi siempre se presentan *larradas* revistiendo formas neurálgicas. En muchas ocasiones las tifoideas se terminan por intermitentes.

Poco á poco va cediendo esta constitución y la entrada del invierno principia á reconocerse por las inflamaciones, que guardan al principio la forma catarral pero en la mitad de la estación son reemplazadas por las hemorragias activas y las congestiones cerebrales, pero el elemento patológico dominante son las inflamaciones francas. Concluyen en las mucosas para entrar en los parenquimas y serosas como las pulmonías pleuresías, artritis, pericarditis etc. etc. La estación sigue su marcha y comienza á ceder: entonces, al huir de los parenquimas, vuelven de nuevo á las mucosas, las hemorragias, las flegmasias de la faringe y particularmente las del aparato respiratorio, y como lugar de predilección la pulmonar, y he aquí que tenemos las enfermedades de este órgano tomar un carácter especial, pues aunque el catarro del otoño no es insidioso, es preciso no descuidarlo, pues éste generalmente va de la mucosa al parenquima; el de primavera viene del parenquima á la mucosa, marcha que el médico debe de tener muy en cuenta. El catarro y afecciones primaverales van cediendo al entrar el verano. El elemento patológico principia entonces á fijarse en el aparato gastro-hepático y á la mitad del verano hallamos que el hígado domina la constitución médica y alterna muy generalmente con los centros nerviosos.

Tal es la marcha que los patologistas han observado segun las estaciones; sin embargo, esto no impide que en cualquiera época se desarrollen todas las enfermedades del cuadro nosológico, pues el mismo Hipócrates, como nos lo ha dado á conocer Littré, lo habia indicado. Chomel observa juiciosamente al comparar las enfermedades de la primavera y otoño que las primeras siguen una marcha más franca y que las medicinas producen resultados más positivos. En Canaria he notado la misma marcha que indica este venerable maestro, y al comparar en Las Palmas las enfermedades de verano é invierno, las he visto siempre más francas, más características, produciendo las medicinas efectos más ventajosos que no en las de otoño y primavera.

A pesar de esto es preciso examinar en Canaria

con sumo detenimiento el aspecto orográfico de la isla, y más que nada las diversas exposiciones de los varios puntos cuyas cualidades se han de estudiar. Así pues, en Tafira todas las enfermedades ya sean las que señalan las estaciones y que he indicado, ya cualesquiera otras intercurrentes, siempre resalta el principio inflamatorio con tendencia á las congestiones, al paso que al dar la vuelta á la montaña del mismo pueblo y hallarse en el Fondillo y los Hoyos domina constantemente el elemento gastro-hepático y sobreexcitación nerviosa demostrada muchas veces por una perturbación del sistema cerebro espinal. En una palabra, en las costas que forman el perímetro de la Isla y en las vertientes expuestas al naciente y norte que reciben las brisas constantemente domina el temperamento nervioso-sanguíneo y en las de poniente y sur el hepático nervioso mucho más caracterizado; si tomamos el clima intermedio de Berthelot y el superior hallaremos que en las vertientes naciente y norte principia el sanguíneo; mas, cuando se llega á las altas regiones, entonces domina se puede decir la constitución hecho que se observa muy palpablemente desde Tafira hasta la Cruz de la Asomada, en la Cumbre, en cuyo trayecto se encuentran las Vegas de Sta. Brígida y San Mateo con sus numerosos pagos. Estos fenómenos resaltan de una manera notable en todas las enfermedades. He tenido motivo de examinar varias inflamaciones y me ha llamado la atención el que á medida que se va ascendiendo, el principio inflamatorio adquiere un carácter vigoroso. En un mismo día he observado varias artritis y pulmonías en Tamaraceite y Teror, en Tafira y la Vega de Sta. Brígida y la de San Mateo, en Telde y Tenteniguada, y tanto en estas como en otras varias ocasiones he visto en las enfermedades una sintomatología inflamatoria insignificante en los pueblos costaneros, pero no así en las Vegas de Sta. Brígida y San Mateo como en Teror y Tenteniguada el tipo de las inflamaciones es el mismo y tan intenso como si nos hallásemos en Madrid. Aún he visto más semejanza entre las inflamaciones de Madrid y las partes altas de Gran Canaria que entre éstas y las de París, á pesar de hallarse esta última población situada más al norte. Así, pues, podemos establecer por regla general que las pulmonías de Tenteniguada, Vega de San Mateo y Teror tienen algo de madrileñas, en tanto que las de Las Palmas y Telde tienen algo de parisienses, circunstancias que dependen de las condiciones especiales de estas diferentes localidades.

Pasando ahora á las vertientes opuestas, examinemos algunos de los pueblos situados en ellas, Carrizal, Aguatona, Ingenio, Agüimes y Temisa, penetremos en esa hermosa cuenca de Tirajana, sin ejemplar en el mundo por manifestarse allí la naturaleza en todo su esplendor, subamos por su dilatado barranco, en-

tremos en Santa Lucía, sigamos hasta San Bartolomé y veremos el elemento inflamatorio en su infancia. He tratado pulmonías en todas estas situaciones y constantemente he visto el elemento nervioso y el gastro-hepático dominar por completo el estado patológico.

Ahora bien ¿qué consecuencias terapéuticas podemos deducir de la observación de estos fenómenos orgánicos? Muchas y muy interesantes. Citaré un hecho á este propósito. Durante mi residencia en el ex-Monte Lentiscal por espacio de cuatro años, en distintas estaciones me consultaron enfermos de aquel punto y de los inmediatos. El primer año observé que los métodos curativos generales de las pulmonías no me contentaban durante el curso de la enfermedad, á pesar de no tener baja alguna. Entonces fijé la atención en los casos que trataba en Tafira, el Fondillo y Marzagán y debo decir que nunca conseguirá su objeto el facultativo que, atento solo á las reglas generales de la patología, no tenga en cuenta las circunstancias de localidad que las modifican. Las sangrias me producían en los de Tafira muy buenos resultados, pero en los de Marzagán excitaban el aparato cerebro-espinal en perjuicio de la marcha favorable de la enfermedad. Los contra-estimulantes, medicina heroica para los primeros, no aconsejo á ningún práctico los emplee en los segundos, pues no tan solamente se establece con dificultad la tolerancia sino que suelen verse síntomas alarmantes de intoxicación (ignoro si en la actualidad domina aún aquella constitución médica). No obstante mi afición á ellos y haberlo administrado en pociones calmantes, tuve que abandonarlos con harto sentimiento. Los revulsivos cutáneos, medicina que en Tafira produce resultados muy ventajosos y con los que nunca he visto síntomas del lado de la vejiga, no hay que contar con ellos en Marzagán. Recuerdo el caso de un enfermo, peón que trabajaba en la hacienda, que atacado de una pulmonía que le interesó el pulmón derecho y sobre todo el borde posterior, acompañada de fuertes dolores neurálgicos, viendo que la resolución marchaba con lentitud, le ordené un vejigatorio que cogiese todo el borde posterior del pecho. Pues bien; no obstante su temperamento algo sanguíneo y la forma especial de la pulmonía, en mala hora se lo ordené, porque si bien el enfermo curó, le sobrevino tal excitación nerviosa que lo perturbó. Sobrevinole además una inflamación consecutiva á la vejiga que me dió bastante que hacer. Al fin y á pesar de que antes los había aplicado y si no veía resultados favorables tampoco eran contrarios, renuncié á esos medios con los habitantes de Marzagán, á cuyo pago pertenecía el enfermo de quien he hablado.

Dr. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)



Desde Madrid

ARTE Y LETRAS

SUMARIO: Evolución a la ópera española.—Maestros fracasados.—El público.—Nueva orientación.

Quiérese provocar un renacimiento musical en España. A ello se inclinan los compositores, y las plumas de los periodistas se han encargado de reñir la batalla.

¡Fiat lux!...

Mas, estamos cansados de esperar ese advenimiento de la ópera española años y años, sin que llegue todavía, para que nunca llegue.

Creyóse que la zarzuela grande era un movimiento evolutivo, un impulso en la crítica gestación de la ópera nacional, y ya hemos visto, con harta tristeza, cómo se ha empequeñecido en lugar de engrandecerse, de ensancharse, con más vigor, con mayor inspiración, degenerando á la postre en las nonadas pasajeras del *género chico*, que ha corrompido en nuestro público el gusto artístico, encanallando el instinto musical del «ilustre senado», y de paso prostituyendo las letras con desplantes de chulos que traen al lenguaje los modismos tabernarios, y con tipos despreciables que exhiben, y no en lo alto de la picota para ajusticiarlos, todos los vicios de una completa patología social.

Ya nos hemos desengañado de que todo intento es vano, de que es orgulloso todo empeño.

Del género grande, en la corriente evolutiva, hemos caído, degenerando, con un salto atrás en la cultura artística, en el «arte canalla» de Hugo Le Roux, en una especie de imitación rufanesca del *vaudeville* parisiense, con el *género chico* que no ha pasado siquiera en España por la elegancia ligera, por el chispeante humorismo cómico de la opereta á lo Offembach.

Caimos en lo más bajo del arte musical. ¿Cómo levantarnos?

España, como nación, también ha caído maltrecha, y no da aún señales de resurgir, no lleva trazas de escuchar pronto su hora de resurrección.

Ya se sabe que las artes, como las ideas, siguen la suerte de los pueblos, espléndidas en los días triun-

fales, abyectas en los momentos de ruina para la patria.

* * *

Cuantas tentativas se han hecho han fracasado en España para instaurar la ópera nacional.

Suéñase ahora con un teatro propio, que ya levanta el opulento Berriatúa, un teatro magnífico que sea como un tabernáculo para el culto de la música netamente española, donde se conserve el autóctono rito artístico, donde se guarden las tablas de la ley musical, dictadas para nuestro pueblo, que sea algo así como Bayreuth para los idólatras de Wagner.

Pero ¿para qué? Es inútil la tentativa, si bien quedan á salvo, por mi parte, la generosidad y el patriotismo de la intención.

Música de ópera ha escrito Bretón, complicada, sujeta á los convencionalismos de las preceptivas, arreglada á los cánones de la nueva escuela y ajustándose á la crítica de los maestros más modernos, pero en *Garín*, en *La Dolores*, faltan el soplo ca-liente de la inspiración, el ritmo alado, la armonía serena que resuena nada más que pocas veces en el alma de los grandes artistas, de los genios gigantes.

Pareció también una esperanzas el maestro Granados, pero el estreno de *Gonzalo de Córdoba*, éxito fugaz como centelleo de fuego fatuo, nos reveló la sequedad del numen, la carencia absoluta de garras para aprehender una gran concepción y la torpeza de de un arte que no da relieves á los motivos desarrollándolos en la instrumentación.

¿Qué queda después de esto? Consideráseles como los primeros, y por lo tanto ya queda prejuizada la gente que abarrota los archivos de partituras sin originalidad, obedientes al calco, disimulando el plagio, el hurto, entre el desorden de una composición mala, inarmónica, deshilvanada.

Nada; autores sin alientos, mediocres, vacuos muchos de ellos que no salen de los tiempos de vals y de los compases de pasadoble, sin un ritmo nuevo, sin una frase intensa, sin un *leit-motiv* original, creado. No pasan del género chico, de la música ligera con tonos de aires callejeros y ritmos de tangos populares, Chueca, Chapí, Brull, Jiménez, Caballero y Vives; y cuando algo inspirado se advierte en sus composiciones vienen á depurarlo las críticas encontrando reminiscencias de otras partituras de los músicos italianos, reflejo de la liviana opereta de corte y estilo franceses.

Desengañémonos: cuando queramos oír música española, inspirada, cadenciosa, en que se derrame el alma de la música de nuestro pueblo, hay que oír la *Carmen* de Bizet.

* * *

Es más. Ya descontamos en el éxito de la futura ópera nacional, la labor de los autores que no se encuentran. Se me ocurre, sin embargo, decir, acogíendome al dicho del maestro Bretón, que no hay gusto en España para la ópera, que nuestro público no tiene educación musical. Se dice en voz alta que nada hay tan temible para los cantantes como el escenario del Real de Madrid y el del Liceo de Barcelona.

¡Santo error! No forman los espectadores inteligentes de esos teatros la mayoría, y por lo tanto no

son «el público». Del paraíso arriba están los juzgadores severos, los músicos inteligentes, los *dilletanti* catadores del arte bueno; pero de allí abajo, con raras excepciones, no se encuentran más que las figulinas lujosas, los narcisos de moda, todos los que asisten al espectáculo para ver y ser vistos, desprovistos de devoción artística, sin amor á la divina inspiración del músico y al soberano arte de los cantantes.

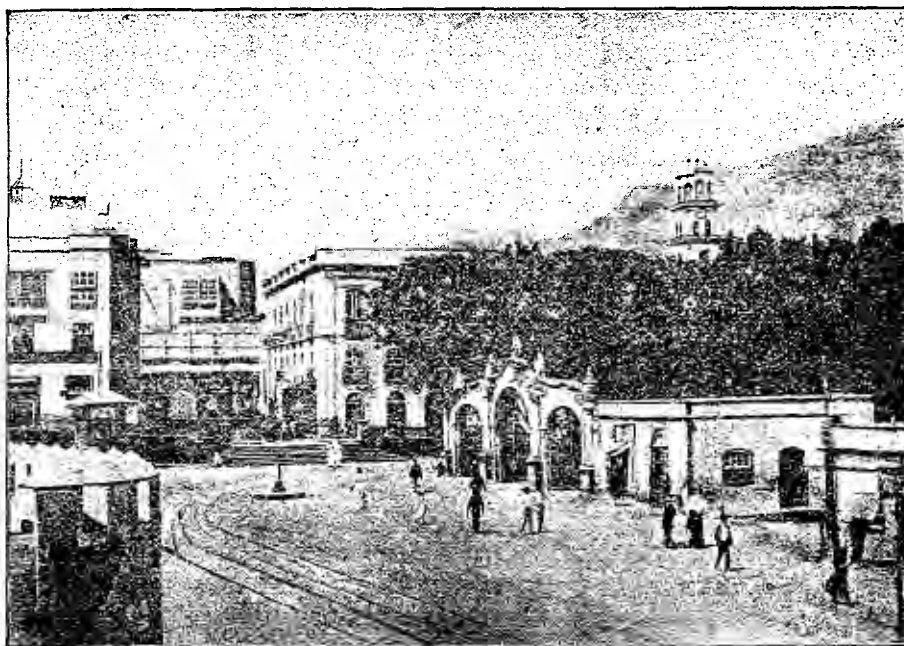
Por lo demás, nuestro pueblo, no es como el italiano, á pesar de ser ambos meridionales, con idéntica complexión étnica de latinos, un pueblo con instinto musical, que parece nace con el canto en los labios y con él muere, y que sabe sentir, percibir, saborear, recoger, hasta sus cadencias latentes, los ritmos vibrantes en la eterna armonía de la naturaleza, sonora como un arpa sacudidas sus cuerdas.

* * *

¿Quiere desterrarse la música italiana, toda melodía? ¿Se repudia la francesa, de transición ecléctica? ¿Renunciamos á la alemana, con sus procedimientos de armonía?

Pues, á crear la ópera nacional, la ópera española, y hagamos una nueva escuela, dándole á la música otra orientación.

ANGEL GUERRA.



SANTA CRUZ DE TENERIFE.—ALAMEDA Y CALLE DE SAN JOSÉ.

LA GLORIA LITERARIA

III.—La «débâcle» futura

Hemos visto ya que en la lucha por la existencia han tenido que perecer innúmeras obras de los tiempos pasados, y que otras muchas son como si no existieran por haber caído en el olvido. ¿Qué es lo que pasará en lo futuro con las obras antiguas que conservamos y con las que son producto de nuestro tiempo?

Consideremos, ante todo, que la extensión que ha adquirido la cultura, aunque ha aumentado considerablemente el número de lectores, no ha dado al hombre capacidad infinita ni facultades especiales para leer y retener en la memoria más de lo que pudieran nuestros antepasados, y que, sobre todo, al aumentar el número de los que leen se ha acrecido de un modo mucho más considerable, en relación, el número de los que escriben.

En las naciones que marchan en primera fila en el camino de la civilización, la producción literaria ha alcanzado vuelos tales que el ánimo se sobrecoge y se amilana al querer someterla á cálculo y medida.

En Francia é Inglaterra, por ejemplo, las prensas no cesan de vomitar libros y libros, que con las ingentes montañas que forman en poquísimo tiempo hacen casi imposible el aproximarse al acierto en la selección y en la crítica de los autores nuevos.

La colección Tauchnitz de autores británicos, que se edita en Leipzig, consta ya de más de tres mil cuatrocientos volúmenes, casi todos de novelas inglesas; y, sin embargo, no representa más que una pequeñísima parte de lo que el arte de novelar produce en nuestros días en Inglaterra.

La literatura alemana, que puede casi reducirse á lo escrito en el siglo que acaba de terminar, forma ya selva intrincada y frondosísima, en la que es seguro que se extraviará y desesperará el valiente que pretenda historiar las manifestaciones de la inteligencia alemana en el siglo XIX.

Continentes enteros, hasta ayer callados, como América, se presentan en el campo de las letras con enorme ejército de poetas, de novelistas, de filósofos, de críticos. La literatura norteamericana, nacida en esta centuria, se entrelaza con la inglesa aumentándola enormemente y dificultando su estudio, mientras que las letras de las repúblicas hispano-americanas vienen á acrecer el caudal de la literatura castellana.

Como si esto no fuera bastante, idiomas que hace pocos años no tenían personalidad literaria, por decirlo así, como el ruso, el noruego, el danés y el húngaro, presentan también sus escritores en la lucha por el renombre literario.

Así por todas partes un mar de tinta nos anega, así por todos lados millones de libros que brotan como espigas incontables de campos dilatadísimos desafían nuestra atención y hacen de día en día más dificultoso el empeño de formular ideas generales sobre el arte de escribir, clasificando debidamente á los que á él se dedican.

Pero al llegar este momento de confusión, parece que la naturaleza se dispone á ayudarnos á los hombres en la tarea de destrucción inevitable.

Ya se ha dejado oír la voz de alarma, ya se ha echado de ver que los papeles de clase ordinaria en que actualmente se imprimen casi todos los libros, están fatalmente destinados á destrucción próxima; que todo lo impreso desde la invención de las pastas industriales, en plazo breve convertiráse en polvo, y que dentro de algunos siglos nuestra literatura quedará reducida á una escasa colección de libros raros que hagan competencia á los incunables y á los manuscritos de la Edad media.

Un bibliófilo francés, Mr. Pierre Dauze, no excluye de esta destrucción futura ni á las ediciones llamadas de lujo tiradas en papeles especiales, de hilo, de Japón, de China. Todos estos papeles se obtienen hoy por medios mecánicos, en que el elemento mineral interviene en proporciones variables, y no pueden competir en duración con los antiguos papeles de hilo empleados en Europa ni con los antiguos japoneses hechos á mano. Las sustancias químicas y minerales empleadas en la actualidad en la fabricación de los papeles de hilo, Holanda y Whatman, hechos á la mano ó mecánicamente, introducen en ellos fermentos de descomposición prematura.

No hay que perder de vista que el empleo de los papeles de lujo es muy restringido, que la mayoría de las obras que parecen dar á sus autores derecho á la gloria están impresas en papeles que han de convertirse con el trascurso de algunos años en polvo que barran con la escoba los dependientes de las bibliotecas, y que aun hemos de dar gracias á esta causa de destrucción ante la inmensa avalancha de libros que se precipita sobre nosotros merced al asombroso incremento de la producción literaria que acelera cada vez más su movimiento vertiginoso.

ANTONIO GOYA.





HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

Hecho alto en este sitio, hizo juntar sus capitanes, oficiales y soldados de cuenta sobre la resolución que se había de tomar y acordó por los más que para otro año, dando aviso de ello á Sus Altezas y que se enviase más socorro, y otros eran de contrario parecer sino proseguir, lo cual era perderse ya estando de el primero; en aquel día y el siguiente hubo nuevas que entre los guanches había también pestilencia que en pie se caían muertos, y fué de la mortandad de el año antecedente que no hubieron de enterrar los cuerpos porque huían de cosa ensangrentada y de mal olor, así se apestaron todos y nada de este achaque tocó á los cristianos que fué particular providencia de Dios.

Sabiendo en el Real de los cristianos lo que pasaba en los guanches, salió Lugo con su gente y peleó valerosamente y al tercero día, y ahora reñían muy desmayados sin fuerzas ni valor; desbarataronlos por dos ó tres veces y á los que venían de socorro desmandados viéndose pocos y perdidos se huían y metían en las orillas de el mar; escondidos allí se dejaban morir como bárbaros, y el Adelantado los mandaba traer y hacía bautizar, lo cual hacían sin ninguna resistencia de bonísima gana y viendo que no se les hacía más mal que este, se entregaban pocos que más querían morir.

En el término onde estaba la Santa imagen que se habían estado quietos sin pelear á ver en qué paraba el vencimiento de los nuestros y viéndolos venir á onde ellos estaban y como entrasen á adorar la imagen y no les hicieron mal ninguno alzaban las manos al cielo y sabían que por aquel respecto no los agravaban, fueron todos amigablemente cristianos y los nuestros les amaban mucho y ellos á los nuestros y así tuvo fin aquella penosa y casi imposible victoria que siempre que se acometía á el enemigo todo era llamar á Santiago y á sus devotos cada uno y como por milagro de la Reina de los Angeles abogada de los pecadores se venció esta como las otras islas; cada uno lo atribuía á el Santo de su devoción.

Tomose el nombre por sus Altezas, puso justicias en todos los lugares y dejando la Isla apa-

ciguada intentó Lugo con menos gente pasar á conquistar la Palma, juzgando que por menor Isla fuese de menos fuerza y así mandó que los navíos que estaban en Santa Cruz luego fuesen á el Puerto de Garachico onde se embarcó con su gente y navegó vuelta de la Palma. Saltaron en tierra escuadrando el ejército, subió á onde había mucha gente palmera que se admiró de ver la gente cristiana con tales galas de plumas, armas y demás caballos con jinetes de lanza y queriendo resistirse á los primeros encuentros se empezaron á aflojar por haber entendido por la lengua el buen tratamiento que de parte de los cristianos se les prometió y así se entregaron gracias á Dios sin haber costado esta conquista ningun derramamiento de sangre, todos fueron cristianos.

El Sr. D. Alonso de Lugo alzó bandera por España; nombró justicias y oficiales y quedando todos pacíficos se volvió á Tenerife y fué bien recibido, y hecho fiestas por las victorias que Dios les había dado. Dióse aviso de ello á sus Altezas, hiciéronle merced de Gobernador de las dos con título de Adelantado, fué bien querido y amado de todos. Repartió todas las tierras y aguas conforme sus calidades y cantidades que habían gastado en ayudarle á conquistar; pasó lo mismo como en Canaria, caballeros con jinete y peones, caballeros aventureros sin premio que venían á la fama, que se les dió, en qué viviesen y cultivasen, vinieron á poblarlas castellanos pocos menos que en Canaria, porque se volvieron á España á las guerras civiles de Granada; hubo Franceses, Portugueses los más pobres, Ginoveses y Italianos los más ricos. A estos todos conquistadores dado y repartido por Cédula Real inviándoles á cada cual sus títulos en estas dos Islas Tenerife y Palma dándoles mucho contentamiento.

CAPÍTULO XVII

De la muerte que dieron los gomeros á su Señor

Hernán Peraza

A la sazón que pasaban estas cosas, antes que fuesen la conquista de Tenerife y la Palma, vino un barco en que avisaba á Pedro de Vera en Canaria la desgraciada muerte que los gomeros habían dado á su señor Hernán Peraza y cómo la Sra. D.^a Beatriz de Bobadilla lo avisaba y que, de miedo no hiciesen otro tanto con ella y un hijo suyo pequeño llamado D. Guillen Peraza, estaba retirada en una fortaleza. La nueva fué en Canaria de grande susto, y le obligó á el Gobernador Pedro de Vera á recoger cuatrocientos hombres de los conquistadores que fue-

ron más de su gusto y partirse luego á la Gomera.

Y para proseguir con más claridad advertiremos que en esta Isla de la Gomera desde el tiempo que se conquistó había entre ellos cuatro bandos en que se diferenciaban nobles y villanos, y estos cada dos de ellos se aunaban en fiestas ó regocijos ó en sus juntas; los nombres de los pueblos eran Agana, Arone, Pala y Amilgua; de estos últimos y su linaje había una hermosa gomera que era el ruido de Hernán Peraza, y ellos se afrentaron de tal cosa, porque ella no quiso

desistir de la correspondencia por mucho tiempo, llamada Iballa, de la cual estaba muy prendado y como los otros bandos, les dijese á estos que eran consentidores de Iballa, se dispusieron á emprender el caso siguiente: que aguardaron que su señor estuviese dentro de la tal casa, y al salir se arrojaron á él dándole de puñaladas. Corrió luego la voz y la Señora se encerró con su hijo de temor no les matasen, según andaban de soberbios.

(Continuará)



Estudios demográficos de Las Palmas

POR LUIS MILLARES

Médico-Director del Hospital de San Martín

Mortalidad en el mes de Enero de 1901

I.—INFECCIONES

Eclampsia	3
Fiebre tifoidea	1
Gripe	2
Malaria (procedente de la Costa de Africa)	1
Septicemia	1
Tuberculosis	10

TOTAL. 18

II.—OTRAS INFECCIONES Y PADECIMIENTOS DE NATURALEZA NO DETERMINADA (por aparatos y sistemas)

Circulatorio	Arterias	1
	Corazón.	7
Digestivo	Estómago é intestinos.	9
Respiratorio.....	Bronquios.	4
	Pulmón.	10
Nervioso.....	Cerebro y médula	12
	Meninges	1
Urinario.....	Riñón.	2

TOTAL. 46

III.—OTROS Y ACCIDENTES

Accidentes	1
Atrepsia	5
Neoplasmas	2
Vejez	2

TOTAL. 10

Total general. 74

NOTA.—Debe descontarse de esta cifra una defunción ocurrida en un buque durante la travesía é inscrita en Las Palmas, quedando por consiguiente reducida la cifra de mortalidad á 73.

Abortos 8

Distribución de la mortalidad por barrios

Hoya de la Plata.	1
Marzagán	1
San Bernardo	1
Santa Catalina	1
San Juan	2
San Nicolás	2
Tafra	2
San Lázaro y Mata	4
Triana	5
Vegueta	7
Arenales	9
Hospitales.	11
San José	11
Puerto de la Luz	16

Total. 73

Natalidad en Enero de 1901

Nacimientos	118
Defunciones	73
Aumento de población.	45
Matrimonios	26

El Museo Canario

Revista semanal

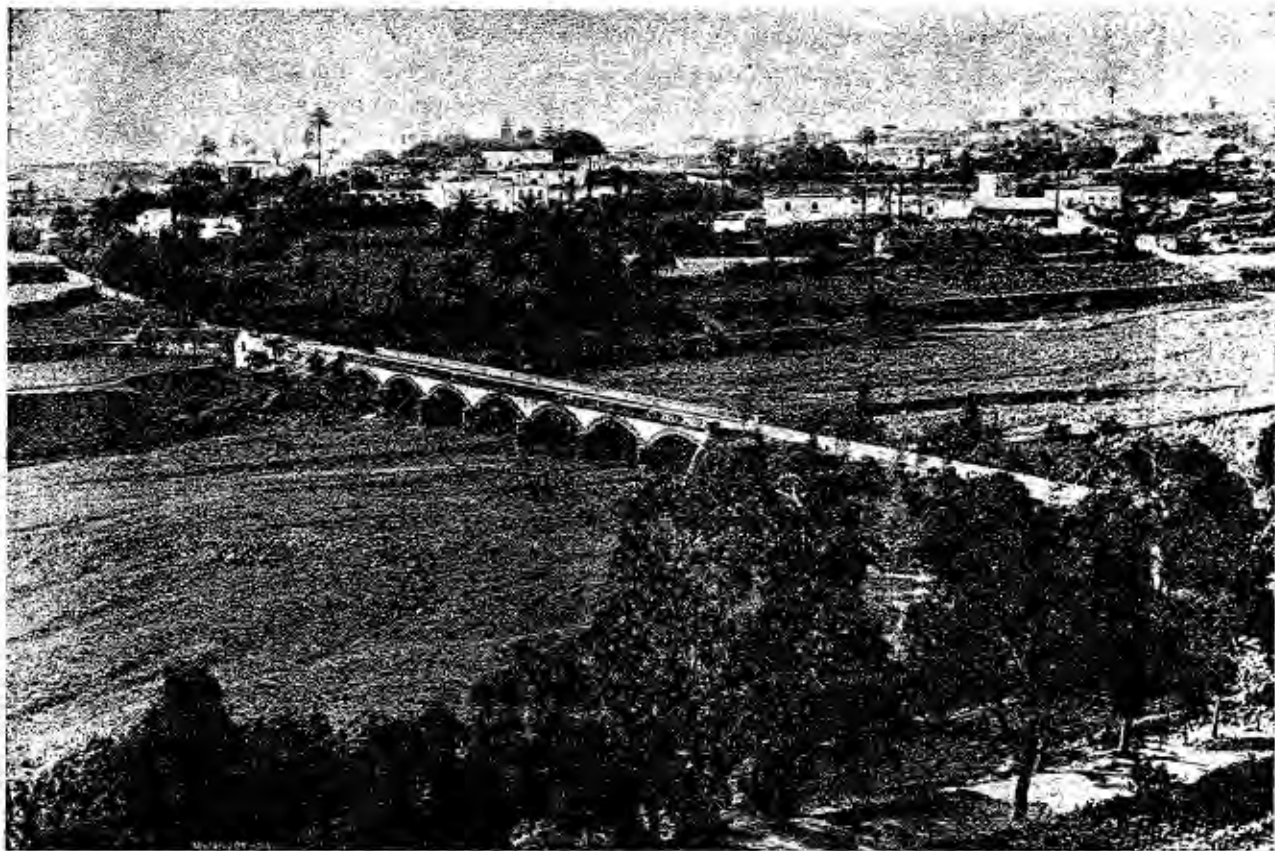
AÑO VI. NÚM. 118



LAS PALMAS, 6 DE ABRIL DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 13



VISTA DE TELDE.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS de la ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

También hay que desconfiar mucho en Tafira de los evacuantes del tubo digestivo, remedios heroicos en sus opuestos y convecinos los del Fondillo y Marzagán. En una palabra, los eméticos de ipecacuana añadiéndole diez centigramos de tártaro emético, lo mismo que los purgantes salinos, intercalados á veces con un ligero drástico y acompañados de una corta porción opiácea, son la medicina soberana en Marzagán-Ginámar: es decir, excitación del tubo digestivo con aumento de secreción, para derivar, y los opiáceos para calmar. La excitación y supersecreción del tubo digestivo es cuanto reclama la terapéutica de las pulmonías en Marzagán: las pequeñas sangrías

repetidas, los contra-estimulantes y los revulsivos cutáneos, en Tafira. La convalecencia guarda siempre, con este tratamiento un período regular, pues si bien los de Marzagán-Ginámar tienen en la sangre menos globulina, como tampoco se ha extraído, pronto vuelve el enfermo á recuperar su estado de salud.

No obstante lo dicho y teniendo en cuenta que en Medicina es muy perjudicial ser exclusivista, debe el facultativo emplear los medios que los casos requieran y su prudencia le aconseje, teniendo empero muy en cuenta las constituciones médicas reinantes, en las que vemos producir efectos realmente heroicos á cierta clase de medicamentos que se han considerado como verdaderos específicos; pero que á la desaparición de este estado no tan solamente son nulos en su acción sino hasta perjudiciales, como ha sucedido con la ipecacuana en las epidemias de peritonitis, y con el opio y sus preparaciones contra el cólera morbo-asiático.

Tal es la marcha climatológica de las enfermedades

en Gran Canaria: no se necesita poseer un ojo médico de primer orden para observarlas pues teniendo en cuenta la espontaneidad orgánica general y de familia, examinando con detención las localidades y las variaciones que éstas producen en los seres orgánicos que las habitan, son fenómenos puramente naturales que el hombre puede muy bien aprovechar con ventaja para su existencia y en particular para su salud, fácilmente se pueden prevenir las consecuencias desagradables que sin estas circunstancias resultarían, arrojando al facultativo en un piélago de confusiones, del que difícilmente saldría sin este guía tan seguro como eficaz, caso de que por incidencia ó por causas que no se hallen á nuestro alcance llegue á perturbarse, preciso es disponerse para que vuelva de nuevo á su estado natural de perfecta salud, interrumpiendo las causas que han sido el móvil de estos síntomas patológicos y caso de sernos desconocidas combatir la enfermedad por los medios que están al alcance y que aplicados de una manera inteligente siempre dan resultados favorables.

Sin embargo; como voy á tratar la climatología no puedo menos de hacer algunas observaciones antes de entrar en detalles. Todos los climas no convienen á la misma enfermedad y mi objeto es determinarlos. La higiene terapéutica es quizá la ciencia más difícil de tratar pues depende única y exclusivamente de la observación severa de los hechos sin tener de antemano ideas preconcebidas; un modificador de la naturaleza del clima, produciendo profundas mutaciones en el organismo es preciso deslindarlas de cualquiera otra clase de agentes para presentar el hecho real y positivo. «*Un clima*, dice Fonssagrives. *es un medicamento y frecuentemente un medicamento energético*»; por consiguiente tiene sus indicaciones y contra indicaciones que es preciso designar so pena de causar males irreparables pertenecientes al enfermo, á la localidad, á la familia y á la sociedad.

El clima ha dicho con sobrada razón el célebre higienista Reveillé Parise, «no es solamente el frío y el calor; es un ser colectivo que se compone de la temperatura, de la luz, de la electricidad, de la sequedad, de la humedad, de los movimientos del aire, de la naturaleza de los lugares, de las producciones del suelo, de la situación del terreno, de la cultura.» A estas añade Fonssagrives: «la altitud, la dirección de los vientos reinantes, la presencia ó ausencia de abrigos contra cada uno de ellos, la posición continental, riveriega ó insular» etc. etc. Sintetizando la acción de todos estos elementos y otros más que se presentan, no es otra cosa que la acción de los efectos cósmicos obrando sobre el organismo. Es tal la variedad con que se manifiesta esta acción, que sus diferentes elementos se combinan, se mezclan ó predominan unos sobre otros: así es que no puede existir una climatolo-

gía general. En esto acepto la opinión de Fleury que niega la posibilidad y utilidad de una climatología general y no admite sino una climatología de localidades. Efectivamente tan es así que no existe en Canaria dos localidades que se asemejen ni aún en las mismas poblaciones; los agentes cósmicos varían y siendo el hombre el reactivo más sensible, especialmente cuando sufre ciertas afecciones morbidas, que al instante resalta el cambio que ha sufrido de un local á otro, de una habitación á otra, en la misma casa se sienten en Las Palmas efectos que pertenecen á la variedad de los objetos que rodean al individuo, como lo iré manifestando. Así es que fijando la atención la identidad de climas no existe, es imposible encontrarse, pues tiene que presentarse modificaciones correspondientes ya del suelo ya de la atmósfera, las que obrando sobre los seres organizados los modifican é imprimen ese sello especial que caracteriza las localidades y los sitios; tan es así que se ha visto por la experiencia que dos localidades de la misma latitud poseyendo las medianas termométricas anuales estacionales ó inyectemerales muy análogas teniendo la misma altitud, colocadas á igual distancia del mar, etc., etc. En la una la tisis se paraliza con tendencia á modificar el organismo de una manera favorable, al par que la otra los precipita con una rapidez espantosa. En vista de esto, el clima es más bien la relación de la causa al efecto del organismo con los agentes que le rodean, dando lugar á sus multiplicadas manifestaciones; es un grave error la idea vulgar de que las mismas condiciones meteorológicas producen los mismos efectos y el empleo de esta condición como medio terapéutico es el mismo. En gran Canaria se nota á cada paso la falsedad de este principio, como se ve en las producciones del suelo, en el hombre y especialmente ensus enfermedades.

No pudiendo fijarme en cada una de las localidades, para no hacer indigesto el trabajo, tomo aquellas que por su importancia climatológica y patológica, merecen fijar principalmente la atención. Pero el hecho más notable, más sorprendente y que manifiesta las condiciones específicas del clima de la Gran Canaria es el resultado favorable de las operaciones quirúrgicas practicadas en Las Palmas puesto que no sobrevienen, como frecuentemente sucede en Europa y América, inflamaciones, erisipelas graves, delirio nervioso, tétano, podredumbre de hospital, reabsorción purulenta, etc., etc. Por tradición médica se sabe que jamás se complican las operaciones.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)





NUESTRA JUVENTUD INTELECTUAL

Pueden advertirse hoy en nuestra provincia, y el más míope los advierte, síntomas y señales de un gran renacimiento intelectual. Este renacimiento es tan considerable en relación con las condiciones del país que ya empieza a llamar la atención de los de fuera. Los escritores canarios, por fin, toman puesto entre los escritores peninsulares; los autores de nuestra región se abren camino en la literatura general española.

Que se nos atiende, que se nos considera, lo demuestra el hecho de no ser ya desconocidos por completo en los centros cultos de la madre patria y haber obtenido fácil ingreso nuestros trabajos en revistas y periódicos. Que la actividad de las inteligencias es grande, como antes dije, lo prueban diversas manifestaciones.

Antes no se escribía nada en Canarias; hoy se escribe mucho, y aunque de lo mucho escrito no poco merezca parecer, siempre quedará bastante. Lo prueba asimismo el aumento extraordinario que ha tenido la prensa periódica, sacada de mantillas, libre de andadores, emancipada, desarrollada y robustecida.

Estos progresos de la prensa pueden contarse entre los que más nos honran. El diario á sustituido al periódico, arraigándose, cambiando de aspecto. La vieja factura, el viejo *cliché*, han cedido el sitio á una confección esmerada, variada, *moderna*, en que predomina el buen gusto y un sentido perfecto de lo que debe ser el periodismo de nuestra época. Además, ha aumentado el número de publicaciones exclusivamente literarias, en que colaboran las artes del dibujo y del grabado. Esta manifestación de cultura alcanza actualmente proporciones extraordinarias publicándose aquí revistas que van en camino de competir con las mejores.

El concurso próximo á celebrarse en la Orotava implantará entre nosotros la fiesta encantadora de los Juegos Florales, reminiscencia de los tiempos feuda-

les y galantes en que se rendía culto á la poesía y al amor. Otra prueba hermosa de que el progreso intelectual de Canarias no se detiene; otra demostración convincente de que deseamos ensanchar los horizontes de nuestro espíritu y pedirle inspiraciones al arte, no contentos con que nuestra vida sea meramente comercial é industrial.

El certámen del *gay saber* tendrá un marco espléndido, un escenario incomparable en la tierra por excelencia de las flores, en ese jardín inmenso del valle de Orotava, donde se encuentran *las delicias del nuevo Paraíso*. Allí parecerá cómo que renace la caballería poética, y cómo que vuelven, con las lirás adornadas de rosas, los antiguos trovadores á continuar sus armoniosos cantos. No podría hallarse en todo el Universo una comarca más apropiada para presenciar la resurrección del espíritu caballeresco.

Nuestra juventud se lanza á batallar por las ideas; entra en la lid con decisión y arrojo. Se siente solicitada por la necesidad de tomar parte en el universal movimiento que lleva las legiones juveniles á la conquista del porvenir. Cree y espera. Solo puede echarse de menos en ella el ardor militante, la energía para sostener la lucha. Véase en esto, cómo en otras muchas cosas, el sello regional. Los jóvenes canarios aman tibiamente los ideales; los cultivan, los veneran pero no se esfuerzan por conquistarlos. Más bien son extáticos que apóstoles. Crayérase que los efectos del clima trascienden á lo intelectual.

Ni aun el estreno de *Ectra* con la explosión de entusiasmo que ha producido en la juventud de la Península ha podido determinar aquí un avance impetuoso en las filas de la gente nueva. Esta continua inmóvil, haciendo variaciones sobre temas gastados de literatura, sin comprender que es necesario ponerse inmediatamente á la obra marchar adelante, dar el asalto.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



LA PLAYA DE LOS BARQUITOS

Pocas playas del litoral de Las Palmas tendrán tan bellos atractivos como la apacible ribera de San Cristóbal, oculta al sur de la ciudad, tras las huertas de San José, donde tienen su nido, — entre el agua que sube mansamente por la playa rompiendo sus olas en espumas blancas contra los sillares carcomidos del castillo; y la llanura bañada de sol y sembrada de chumberas, — innumerables familias de pescadores, cuya vida, vida sencilla, de originales costumbres, no es lo menos que atrae en aquel apacible lugar.

El camino de San Cristóbal deja muy pronto atrás á la ciudad que va desapareciendo entre las palmas y platanales de la vega de San José para surgir de nuevo pintorescamente sobre aquella masa verdosa que forman los platanales y las palmeras en-

trelazando sus largas hojas. El camino avanza paralelo al mar, entre cercados de maizales cuyos paredones ostentan piedras ennegrecidas y mohosas, con inscripciones ininteligibles, y en su base restos de bancos de piedra entre cañones antiquísimos allí enterrados á guisa de cuñas, descansos que sin duda fueron de primitivos señores, frailes y oidores, en sus paseos por aquel retiro que invita á la silenciosa contemplación de la Naturaleza en calma.

Hay viejos cañones al pie de los tapias de las huertas, que tienen sus leyendas y su historia. Uno de ellos, condenado boca abajo á eterna inmovilidad, dicen que en un tiempo, haciendo retremblar los torreones de aquella playa silenciosa, vomitó rugiente lluvia de fuego sobre un barco pirata hundiéndolo en el mar.

A la izquierda del camino vamos dejando los muros blancos del cementerio que baten las olas con murmullos de oración funeraria, y por encima de los cuales se asoman las puntas de los cipreses y las cruces de mármol de los panteones, escondiéndose bien pronto tras las verdes cabelleras de las palmas agrupadas en medio del platanal que corre entre paredones negros y corraladas á lo largo de la playa hasta cerca del castillo de San Cristóbal.

La llanada se presenta entonces á nuestros ojos

bañada de sol. La playa de piedrecillas menudas por la que se arrastran las olas con un ruido incesante de risotadas sonoras, se ve cubierta de lanchas y botes de pesca cuyas quillas se hunden en un lecho de húmedas algas. Las chumberas abren sus flores amarillas al borde de los salobres charcales donde desaparece el agua de la fuente del santo entre junquales resecos por el sol. La ciudad escóndese á lo lejos, tras la verde frondosidad de las huertas de San José. Por los riscos arriba sube su caserío morisco,

en piña, cuya blancura herida por la luz deslumbra, y las torres de la catedral y de la Audiencia recortan sus contornos en el cielo sereno, suavemente azul, donde también dibujan sus hojas las palmeras que se agrupan en torno del cementerio



que alá se pierde entre heredades sembradas de norias y corraladas donde espigean los maizales tiernos resguardados de las emanaciones salinas que el mar despidе por macizos de chumberas y tarabales que corren á la larga entre los peñascales y las olas.

El mar, plácidamente adormecido afuera, se llena de espuma al llegar á la orilla, donde sus olas jugando retozonas á los pies del mohoso torreón de San Cristóbal, ruedan sin descanso por la playa hasta besar las quillas de los barquitos de la pesca, que puestos en fila á lo largo de ella se disponen á salir, abriendo sus velas que la brisa despliega empujándoles sobre las ondas azules como una bandada de gaviotas blancas.

Frente á ese mar adormecido; entre las olas que van y vienen cantando amorosas canciones y las montañas que repiten el eco en sus más hondas cañadas, que la carretera de Telde corta desapareciendo por la boca del túnel, está ese retiro encantador, *la playa de los barquitos*, marina hermosa de encantos llena, llena de poesía infinita, donde junto á los barquichuelos se agrupan rústicas viviendas entre viejas casonas, de arcos gibosos, ennegrecidos paredones que se resquebrajan y barandales de tea que se desmayan con los años, y donde vive un pueblo dedicado al trabajo, una tribu ruda, noble, sencilla, entregada á la vida de paz que allí se respira, sin idea de otra civilización que la

de la calada del *chinchorro* que llevan á la playa sobre la barca, repleto de pescado que salta coleando entre sus manos curtidas por la intemperie; sin otros

amores que los del mar que los duerme á la caída del sol con el mismo arrullo que les despierta al asomar la aurora, sin otro amigo que el viejo botecillo que cruza con él las olas en lucha por la vida, á cuyo vaivén se duerme y á cuya sombra oye contar las más

estupendas narraciones al viejo pescador; sin otro ídolo que la mujer que cría á sus hijos robustos para el trabajo y le trae del mercado el fruto de la pesca; sin otro pasatiempo que el de contemplar los domingos, jugando á la *brisca*, bajo las lonas de las velas, á las olas que juegan con los carcomidos sillares del castillo, y sin otra fiesta que la de San Cristóbal, el patrón de

aquel arrabal de pescadores, festejado entre ajijidos de alegría y estallidos de cohetes, entre el rasguear de las guitarras que marcan los compases soñolientos

de la *isa* y la canción que sale de sus pechos vigorosa y fresca entre las risotadas de las olas y el agudo tintineo de las campanas de la ermita.

Pocas playas tendrán en verano, en todas épocas, los atractivos y los encantos que tiene la de



los *barquitos*, oculta entre las palmas y los platanales de San José, en el apacible golfete que vigila la vieja torre de San Cristóbal donde los pescadores tienen su nido junto á las olas, su nido de amor, su nido de paz.

J. BATLLORI Y LORENZO.



EL BAJÍO

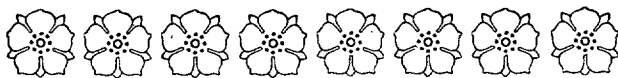
¡Oh bajío solitario!
Las imágenes extrañas
que desprende tu salvaje perspectiva,
me producen estupendas
gestaciones de cromáticas ideas,
y diluyen en mis ojos
el robusto plasticismo
de tus rocas desiguales y erizadas.

A las luces de la aurora
te despiertas negreando entre la niebla,
y blanqueando por la espuma
que en rizada nieve envuelve.
tu silueta vigorosa.—Te bendicen
con su canto las gaviotas,
y sombrean tus ciclópeos contornos
las agudas proyecciones de sus alas.
Cimentado en las profundas
oquedades de los marés,
te pareces á una bestia fabulosa
de mandíbulas feroces,
en las costas engendrada
por la cópula convulsa del abismo.
A la hora del crepúsculo sangriento

te enrojeces con su lumbre,
y en la luz de los colores,
taciturno te levantas remedando
la hecatombe de los circos,
y la olímpica soberbia de las fieras
embriagadas por la sangre.
Cuando ruge la borrasca,
son tus músculos saxosos
las enormes, recias fibras
que las bárbaras salmodias
de los mares multiplican y repiten.
Y en las bravas epopeyas del naufragio,
cual salvaje cementerio tú recoges
los cadáveres deshechos,
las entenas y el velamen
que te arroja como pasto
el sombrío hierofante de la Muerte.

¡Oh bajío solitario!
Tu silueta indefinida
en mis ojos se diluye
como múltiple fantasma,
como ensueño interminable
de colores victoriosos
y de sombras sepulcrales.

L. RODRÍGUEZ FIGUEROA.



HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

Llegado á la Gomera fué á visitar á la señora que estaba muy sentida y llorosa cargada de lutos y renovó sus lloros y el Gobernador Vera la consoló y prometió de servir con todas sus fuerzas y ante todas cosas mandó que se dispusiere las honras de el difunto y echar un pregón por toda la Isla que todos sus vasallos asistiesen á ellas pena de incurrir en muerte y proceder contra el que faltare como culpado, asistieron todos menos los que le dieron muerte, y después de misa prendieron á todos amigos y enemigos para mas bien hacer justicia y que no se levantasen como ya lo iban haciendo y esos presos eran de los bandos que no habien incurrido en la muerte aunque á todos halló Pedro de Vera culpados: En fin hizose la diligencia de información por la razon de la señora ante escribano público y hallóse ser de estos dos bandos de Pala y Amilgua y que estos se habían hecho fuertes en un punto llamado Jarajona y acabada la información, el Gobernador Vera se fué hácia allá con su gente y los hizo llamar por pregones que dentro de un término limitado pareciesen á alegar de su justicia y dar sus descargos si alguno tuviesen y de no-se procedería contra ellos como rebeldes y pertinaces matadores de su señor; y queriendo parecer dentro de los términos dados, mandó luego sitiarnos con la gente y los tomaron presos á fuerza de armas con muerte de muchos de ellos los cuales fueron luego traídos al lugar.

Traídos los rebeldes Gomereros y confesada la muerte aunque fueron pocos los matadores, los condenados á muerte fueron muchos, y á todos los de 15 años arriba, que no se perdonó á nadie. Fueron diversos los géneros de muerte porque ahorcó, empaló, arrastró, mandó echar á la mar vivos con pesas á los pescuesos, á otros cortó los piés y manos vivos, y era gran compasión ver tal género de crueldad en Pedro de Vera, á los niños y niñas repartió el Gobernador á su voluntad dándolos de regalo por esclavos á quien él quería; también llenó un navío de estos muchachos y envió á vender para gastos de la gen-

te de guerra. Y como el proceso ó información que hizo hacía cómplices á todos los gomereros que estaban en Canaria que habían ido á la conquista con su señor y otros después, que serían todos más de trescientos, en que habían avisado que se alzasen con la tierra. Callósele por entonces y hechas estas justicias despidióse de la Gomera y pasó á Canaria, onde dió aviso á los conquistadores de Guía, Telde, Arucas y otras partes que á estos prendiesen y aquí hizo lo mismo, ocupando muchas jorcas y empalizadas de cuerpos de hombres echó muchos vivos á la mar atados y llevados en barcos para que fuesen bien lejos.

Caso milagroso de un gomero que es digno de tenerlo muy en memoria y sucedió así: éste se llamaba Pedro de Aguachiche, que estaba en Canaria, sacáronle de la cárcel con otros para ajorcar, y estando todos colgados se cayó la horca y este quedó aun vivo, y mandó Pedro de Vera que lo volviesen á la cárcel, y el día siguiente lo sacaron atado y llevaron embarcado á echar con la pesga bien á lo largo, echáronlo y vino el barco y de allí á rato también Aguachiche, desatado y muy alegre y fuese á casa de Pedro de Vera y dijole: Señor, verme aquí, no me hagas mal por amor de Dios y de Santa Catalina, que yo no tengo culpa. Enojado Pedro de Vera lo mandó llevar á la cárcel, y al otro día mandó llamar á Juan de San Juan, Arraez de un barco, que se llevase á aquel gomero y se lo echase á la mar muy fuera á lo largo atado de piés y manos y mirase como lo ataba. El Araez lo cumplió mejor de lo que se lo mandaron la primera vez y ahora á la ley de Bayona junto á los roques de las Isletas. Venido el Araez y dió certificación de ello. A el día siguiente viene Aguachiche y éntrase en casa de Pedro de Vera, verme Señor como no tengo culpa, quedó absorto Pedro de Vera y preguntóle qué era lo que tenía ó cómo se libraba y él estando ante mucha gente dijo: Señor, yo antes que echar á mí á la mar llamar á Santa Catalina, y estando ya en el mar viene á mí una mujer vestida de blanco y me desata y pone delante de mí dos lumbres y el agua se me aparta y vengo andando y salgo fuera como hasta aquí. Oído esto se aturdió el Gobernador y los circunstantes tomaron mucha devoción á Santa Catalina de Alejandria y que muchos años había en su tierra esta devoción: Pedro de Vera le hizo vestir y después vivió muchos años y hallóse en la conquista de Tenerife y la Palma después.

CAPÍTULO XVIII

De las discordias que hubo entre el Obispo y el Gobernador Pedro de Vera.

Viendo todo lo que pasaba el Sr. Obispo primero de Canaria D. Juan de Frias hombre muy bueno llamado Santo por su virtud, visitando á el Gobernador le dijo que aquellos niños eran cristianos y no se podían vender ni enajenarlos que de sus prendas y cristiandad no era ya tanto rigor, respondiéndole que aquellos no eran cristianos sino alevosos hijos de traidores que mataron á su Señor, y que lo hecho estaba muy bien y que no se entrometiese en lo que no le tocaba. Volvió el Obispo y díjole que mirase que había de morir y dar de ello muy estrecha cuenta y que no era bastante disculpa aquella y le suplicaba enmendase el yerro. Viniéronse alterando palabras en que dijo el Obispo que de ello daría cuenta á sus Altezas para que lo remediasen, sintióse de esto algo el Gobernador Pedro de Vera y respondiéndole con cólera y dijo: Callad Obispo que andáis muy demasiado y os he sufrido mucho y os doy mi palabra que si adelante pasais que os haga poner un casco ardiendo sobre la corona. El Santo Prelado se ofendió mucho de esta razón y como vió ya el juego descubierto se reportó y calló, fuese á su casa muy triste con una melancolia. Dió orden luego de irse á España, pareció ante sus Altezas dió bastante información de su desdoro, sintióse allá muy mal de Pedro de Vera; nombrose Gobernador para Canaria y que remitiese preso á el dicho Vera que se le mandó parecer personalmente y así lo remitió D. Francisco Maldonado tercer Gobernador natural de Salamanca que vino año de 1488 que también dió tierras y repartió á conquistadores.

Como pareciese Pedro de Vera para que diese sus descargos, no tuvo algunos que dar y así tuvo larga prisión y muchos atrasamientos; siempre de Tribunal en Tribunal y todo se le atrasaba porque no fué bien recibido de Sus Altezas, trabajó mucho con sus amigos para que acallasen á el Obispo y no se podía conseguir; con que no tenía esperanza de buen pleito. Vino á ver a su padre que asistía en su prisión, su hijo D. Hernando de Vera, y viendo la poca negociación y como desesperado viéndole privado del Gobierno de Canaria y que no había perdón de Sus Altezas, hizo unos versos malos contra el Obispo y Sus Altezas que comunicó á sus amigos en Xerez de la Frontera, su tierra, y no siendo tan secretos como quisiera llegó á divulgarse tanto que se despachó juez de pesquisa contra ellos á Xerez y hecha infor-

mación del caso prendió á muchos de los culpados que dijeron que el Hernando de Vera había hecho y puesto el libelo y todos por encubridores se desterraron y sus bienes secuestrados. Y por cuanto el Hernando de Vera luego fué venido allí el pesquisidor se huyó á el Reino de Portugal, se le probó á el juez que lo había avisado y dejado juir fué por ello después degollado y que le dió consejo y favor y así también otros se fueron que eran cómplices aplaudidores de el libelo. Fué llamado Hernando de Vera por pregones y sentenciado á muerte. Lo cual sabido por su padre Pedro de Vera, que estaba en Sevilla en su pleito, recibió mucho pesar, tanto que se llenó todo el cuerpo de lepra que era lástima á sus amigos que iban á verlo. Fué Dios servido que á poco tiempo se lo llevó Dios que haya mérito de su alma.

Sentenciose el pleito de el Obispo que más lo seguía por la libertad de los Gómeros, que se dieron por libres de toda servidumbre y cautiverio dejando el derecho á salvo á los compradores para que pudiesen pedir á quien se los vendió todo el interés que dieron por ellos. Y el Obispo sacó un tanto que hizo pregonar en las gradas de Sevilla y Cádiz y envió á Canaria y demás partes é islas donde hubiesen Gómeros para que fuesen libres y en todos los puertos de mar para que fuese notorio y decia que sus Altezas lo mandaban así y que los suplicaba que los dejaran ir pues eran libres y en esto trabajó mucho después de los tres años que duró el pleito y no volvió á su Obispado.

CAPÍTULO XIX

De las calidades y propiedades de los canarios y la Isla.

La calidad y propiedad que tenían los Canarios era común á todos en el vivir en cuevas y casas fabricadas de piedra solo juntas y encallejonadas cubiertas de palisa y terrado, su mantenimiento cebada tostada molida y amasada su harina llamada gofio, con leche, caldo, miel silvestre, agua y sal, carne medio asada y cruda, sancochada si era gruesa para aprovechar la gordura ó sebo, también mariscos, frutas silvestres, mocanes que es vaga negra mayores que mirto su azofaifas, madroños colorados con muchas semillitas ó granilla y hanse de comer muy maduros estando verdes imitan á el alcaparrón, y otras varias como turmas, jongos, ñames, higos ásperos que no hay en España son blancos por fuera y ásperos como cuesto de cazón colorados por dentro y dulces cuando muy maduros y guardando en sartas de juncos, y apillados como panes majados y hechos pellas.

(Continuará)

LA GLORIA LITERARIA

IV.—Lo efímero de la gloria

Al contemplar todas las causas de muerte para la gloria literaria que quedan enumeradas sumarísimamente, habra muchos en quienes el desaliento insinúe con voz baja y persistente la inutilidad de toda obra, la falta de objeto del esfuerzo noble, la sublime aprobación de la ociosidad.

¿A qué trabajar, poniendo nuestra inteligencia en tortura, sufriendo con la fiebre de la generación de lo bello, si la gloria es fantasma que engaña á nuestros ojos cerniéndose en la lejanía, para desaparecer tan pronto como la muerte paraliza el movimiento de nuestra sangre? Si escribimos, hagámoslo *industrialmente*, sin procurar la obtención de la belleza pura, tendiendo sólo á sacar de nuestros afanes un lucro material, una remuneración en especie, y explotando la carencia de gusto de las masas, halagando sus miras rastreras y sus pasiones bajas. Así, quizás, razonan muchos, por desesperar de poder obtener de la vida lo que la vida no puede dar, por solicitar de lo humano lo que no es humano.

Todas nuestras obras, todos los productos de nuestra actividad son perecederos. En el planeta que habitamos los vegetales mueren para que en las mismas tierras donde florecieron nazcan nuevas plantas. Del mismo modo las obras del genio humano dan al viento sus aromas durante algún tiempo para decaer después y dejar que florezcan las de las generaciones venideras.

Pero del mismo modo que las plantas al morir enriquecen con sus despojos las tierras que tienen que sustentar los vegetales que han de nacer, así también las muertas literaturas han dejado á los tiempos posteriores herencia riquísima que disfrutaron los escritores que las sucedieron reemplazándolas, y que, después de acrecider por ellas, legán á los autores del porvenir.

La gloria literaria va pasando de los muertos á los vivos. Estos roban á sus antecesores ya olvidados sin escrúpulo ninguno en muchas ocasiones, á sabiendas de que se adornan con galas que pertenecen á los que ya no existen; pero casi siempre les roban inconscientemente, tomando sus materiales del montón común de ideas y procedimientos y metáforas y frases que fueron creación de los escritores cuyos nombres hemos olvidado, cuyas obras hemos perdido, pero cuyas invenciones han pasado en gran parte á formar carne y alma de las obras de los demás por infiltraciones continuadas.

No, no debe el que no se sienta con númen creador, cerrar sus labios y arrojar la pluma porque la gloria que ha de premiar sus afanes no sea tan duradera como quizás la soñó. Su ambición es injusta y contra naturaleza. Su gratitud, además, debe impulsarle á reconocer que ha recibido de los autores muertos y olvidados mucho más de lo que puede él dar al mundo como cosa nueva exclusivamente suya. Una gran parte de las bellezas de sus obras serán debidas al ambiente intelectual que él no creó, pero que res-

pira desde los comienzos de su vida, á las influencias misteriosas ó patentes de las obras muertas.

Locura es pedir á la vida lo que no hay en ella, locura pretender parar la carrera del tiempo. Escriba el poeta sus versos luminosos aunque no hayan de brillar eternamente; conténtese con que en lo futuro algo de ellos, lo mejor de ellos sin duda, lo más puro, pase á formar parte del fondo de poesía donde se bañen las almas de los poetas venideros, y dése por satisfecho si después de una vida consagrada al culto de la belleza ó de la verdad, en el momento de hundirse en la muerte, rodea su cabeza agonizante un nimbo de pálida lumbre, de gloria efímera.

Todo esto es muy amargo para los soberbios, para los endiosados, pero tiene una raíz profundamente humana.

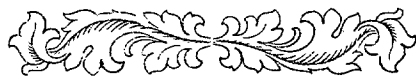
Esta concepción de la gloria implica la humildad cada vez mayor en el escritor, y exige en él una más grande pureza en los motivos que á escribir le impelen.

Como el pájaro canta, recreando nuestros oídos un momento, y formando parte en el concierto que entona la naturaleza, ha de cantar el poeta y escribir el novelista y el filósofo, por el mero placer que da la creación de lo bello y de lo verdadero, para unirse al coro inmenso de los que indagan la verdad ó celebran la hermosura.

Y la literatura, al formar como capas geológicas con las obras enterradas de las generaciones que murieron, presentará en la superficie una floración cada vez más maravillosa de las ideas, un bosque cada vez más espeso é inextricable de obras magníficas, que hundiéndose las raíces en lo pasado alcen sus frondosos brazos hacia el sol, hacia la luz, hacia la hermosura.

Y si los sonos de la trompeta de la Fama se apagan en la lejanía, si las coronas de laurel caen de sus manos y se pudren en la tierra que cubre los huesos de los muertos, quede á los vivos, mientras alienten, la satisfacción del bien cumplido, de la belleza adorada y ensalzada, de la vida vivida dignamente, que los haga dignos de reposar en los blandos brazos de la muerte, del olvido, del silencio, de la sombra, en el Nirvana augusto que envuelve los cuerpos, las obras y los nombres de tantos héroes del ideal que nos abrieron los caminos donde hoy nos agitamos.

ANTONIO GOYA.



EL MUSEO CANARIO
HEMEROTECA

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 119

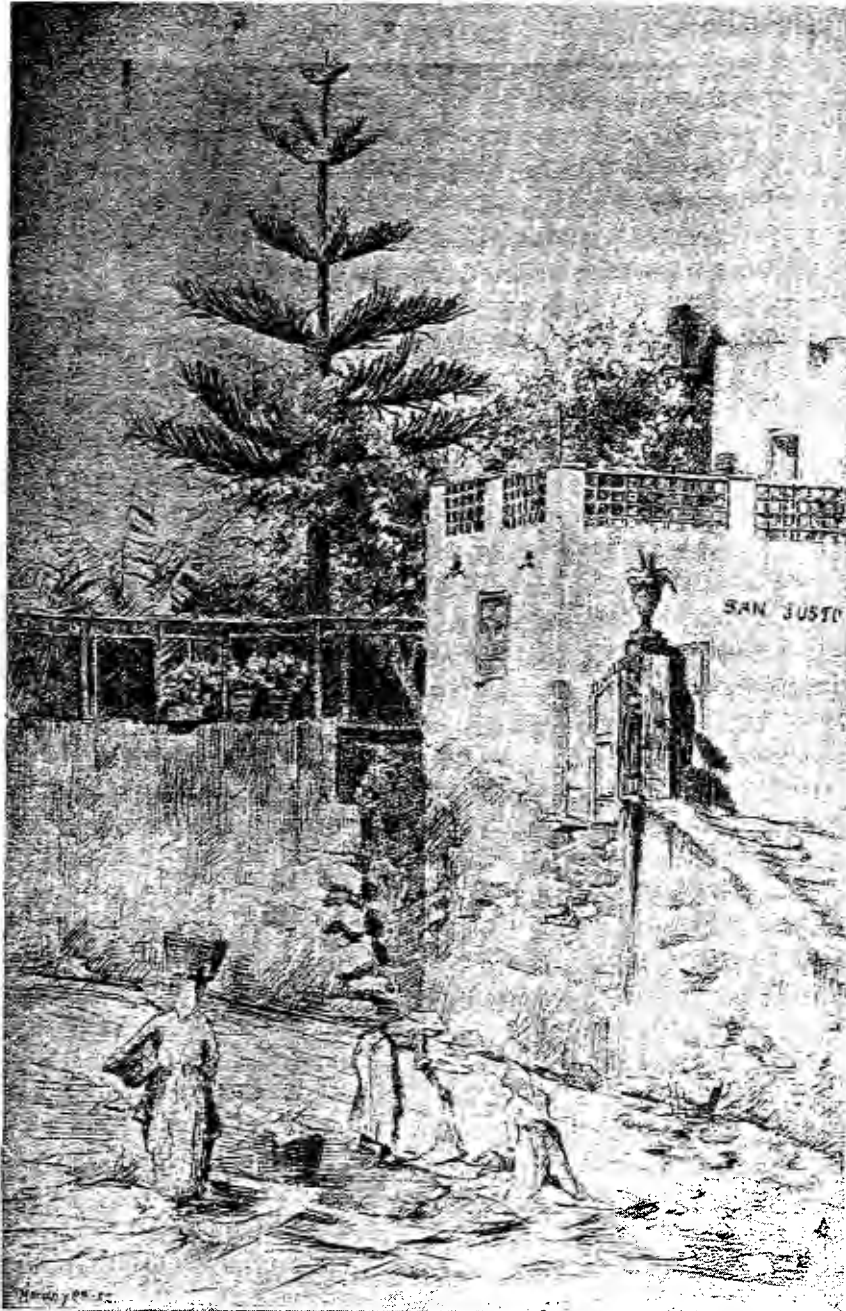


LAS PALMAS, 13 DE ABRIL DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 14

Rincónes de Las Palmas



El Guiuguada y subida á San Justo

Dibujo de F. Suárez.

LA TRADICIÓN DEL CRISTO DE LAS LÁGRIMAS

FRAGMENTO

Y cuentan que desde aquel año, el Cristo de las Lágrimas, salía la noche del lunes santo en medio del silencio que envolvía a la Vega solitaria, solo interrumpido por el toque de agonía de la campana del convento cuya vibración llenaba de temor a los moradores de la Real Villa que lo oían.

Y entre las tenebrosas sombras que agigantaban los contornos del inmenso cono del Ajódar a cuyos pies se desvanecían las siluetas del terroso torreón del alcázar de los Guanarthemes, de los campanarios de la iglesia Matriz llamada de los Conquistadores y las negrísimas torres del templo nuevo que se alzaban imponentes sobre las ruinas de aquel pueblo famoso, aparecía en los senderos de la Vega la fantástica procesión del Cristo de las Lágrimas, entre álamos negros y palmas que gemían sacudiendo sus cabelle-
ras;... y a la luz rojiza de los hachones que llevaban los frailes cantando los dolientes clamores del *Miserere*, en la faz lastimosa de la Santa imagen brillaban con extraño fulgor las lágrimas amargas, que brotaron a la vista del

drama sangriento de aquella tarde, corriendo temblorosa sobre las cárdenas mejillas, que la pátina del tiempo, al apagar el brillo del barniz daba expresión más cadavérica, más muerta... que la rigidez de los brazos aumentaba amarrados fuertemente sobre el pecho desgarrado y hundido sosteniendo el irrisorio cetro...

Los penitentes que venían desde lejos al convento a acompañar al Cristo de las lágrimas en la tenebrosa procesión, contaban que al pasar junto al lugar de la trágica escena donde se paraba el Cristo, y los frailes arrodillados cantaban el salmo L, de un color rojizo se teñían los fantásticos troncos de los árboles que se retorcían

con estridente chirrido, y de la negrura que envolvía las tapias de la Encarnación, de la espesa alameda, de la superficie de las aguas que se agitaban en el fondo de las albercas, oían aterrados la voz del maldito, del asesino, que en sus gemidos desgarradores clamaba misericordia...

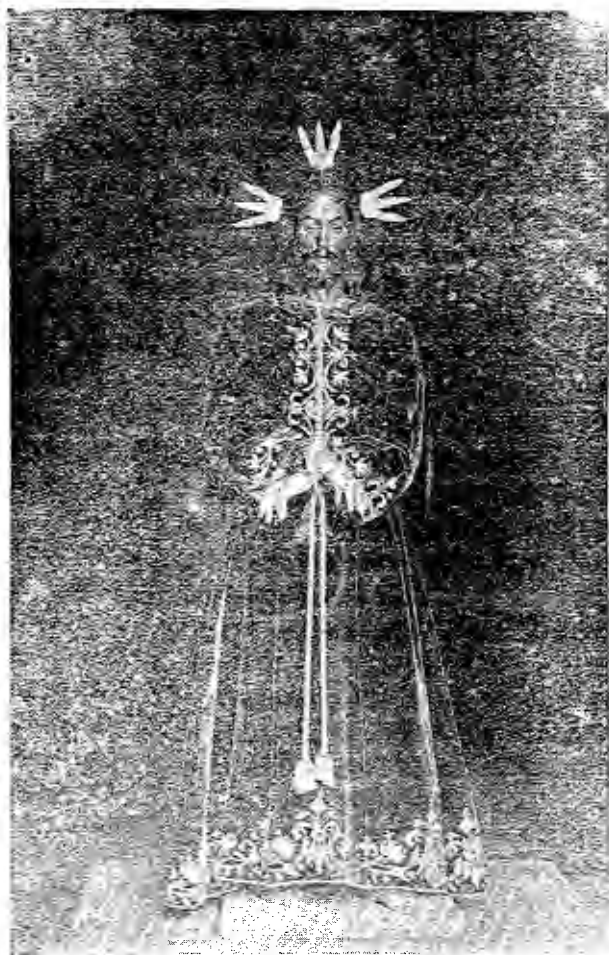
La tradición es esta:

A la vaga claridad de la tarde que se desvanecía tras un amontonamiento de nubes grisáceas que la luz del crepúsculo teñía de tonos rojizos; en medio de una quietud serena que a intervalos interrumpían los tañidos de las campanas de los santuarios de la vega, del monasterio e iglesias de la Real Villa, una multitud abigarrada, mezcla de nobles y colonos de la comarca, se formaba en dos alas para dar paso a las hermandades que abrían la marcha de la solemne procesión del Señor de la Humildad, cuya veneranda imagen salía en aquel instante del convento de San Francisco de la Vega.

Avanzaba la imponente comitiva en dirección a la Cuesta de Argüello que conducía a la Real Villa por San Sebastián. Las herman-

dades de Paz y Caridad con sus estandartes enlutados, el Alcalde real y Personero del Concejo de la noble población canaria con el Pendón; el clero, los penitentes con candelas encendidas y rodeando las andas del Señor de la Humildad y Paciencia, la comunidad del convento cantando el *Miserere*... cuando del fondo de la Vega, hacia la iglesia de la Encarnación, sintieronse dolorosos ayes y alaridos de rabia que interrumpieron la marcha y ahogaron las voces de los frailes.

Una joven negra llamada María, mujer de Juan Vizcaino, apareció corriendo por entre los álamos, hasta caer sin aliento al pie de las an-



das del Cristo, perseguida por el marido, que blandiendo en el aire un enorme cuchillo entró tras ella en el círculo que formó la multitud sorprendida, rugiendo como una fiera sedienta de sangre.

—Señor—gritó enronquecida la joven, arrojándose suplicante á los piés del trono,—Señor, salva Tú á la pobrecita negra que es honrada!

—Ah!... No me mates. Juan, que yo te juro que el hijo que llevo en las entrañas es tuyo, solo tuyo...

Todo esto fué rápido. Al rehacerse la comitiva del pánico que produjo la súbita aparición, y al acudir al trono en socorro de la joven, vió con terror que el negro, arrojándose con furor bestial sobre la infeliz mujer, le hundió muchas veces en la espalda la afilada hoja del cuchillo, exclamando mientras remataba á la víctima...

—No, no eres honrada! Mientes! me engañas-te... y así deben morir las malas hembras, así...

Los que vieron espantados la terrible escena, dicen que el negro, al levantarse de sobre el cadáver de su mujer fijó los ojos en la faz del Cristo, y al encontrarse con la angustiosa mirada del Redentor cambió de súbito la expresión airada de su rostro por el terror más grande.

Por las cárdenas mejillas de la sagrada imagen se vieron correr dos lágrimas que brillaron con fulgor extraño hiriendo los ojos atónitos del esclavo; y contrayéndose sus labios muertos en una mueca dolorosa se oyó en el silencio una voz

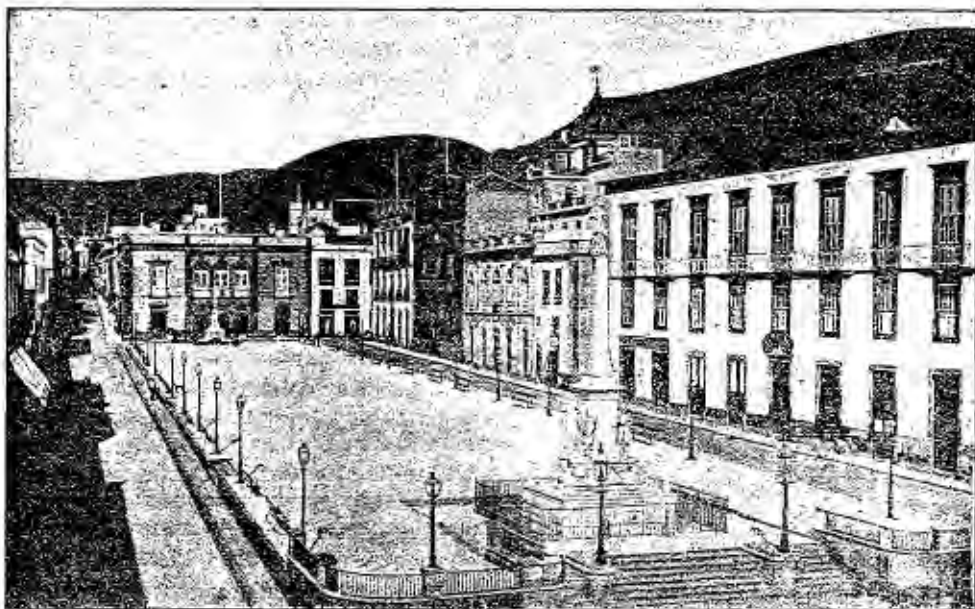
sobrenatural, como un eco lejano, que dijo... *Era inocente!...*

El negro, al ver las lágrimas correr por el rostro del Cristo, al oír aquella voz que le reconvenía, exhaló un aullido estridente, horrible, que retumbó en la Vega; miró con ojos de espanto enderredor, fijólos en el ensangrentado cuerpo de la negra repitiendo estas frases: Mi hijo... ella inocente... ella honrada... luego en el Cristo; y herido por el fulgor que despedían sus lágrimas, cayó desplomado gritando: *¡Perdón, Dios mío!...*

La tradición murió en el pueblo al derrumbarse muchos años después el famoso monasterio del cual sólo quedaron en pie algunos sillares carcomidos y el enorme drago cuyos rígidos brazos parecía que se alzaban sobre tanta desolación guardando aquellas tradiciones muertas y aquellas ruinas...

Yo recogí en una casucha cuyas paredes se resquebrajan hoy entre zarzales, los papeles mugrientos que me revelaron vagamente la tradición ignorada... El *Cristo de las Lágrimas* existe aún... Pero muerta la tradición ha muchos años, la bárbara brocha que ha profanado y sigue profanando todo lo que hay de bueno en nuestros templos, cubrió, impía, de vermellón, la moribunda faz de la imagen bendita...

J. BATLLORI Y LORENZO.



SANTA CRUZ DE TENERIFE.—PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN.

ROBINSON CRUSOE

Tres meses había transcurrido desde que le arrojó á la isla desierta, la más terrible de las tempestades.

Toda la tripulación había perecido, ménos él. Una mañana volvió en sí de un largo desvanecimiento que sufriera en las playas, frente á la cabaña construída con restos del buque abandonado. Sólo quedaba de la hermosa nave el esqueleto enorme encallado en la arena. Reinaba en torno una desolación sombría. Por ninguna parte descubríase señales del paso del hombre. El náufrago había vivido en el aislamiento más absoluto, empleando los primeros días en la construcción de la cabaña y almacenando luego en ella las cosas más indispensables para la vida, transportándolas del barco.

La tarea había sido larga, pero al fin tenía en su casa dos mil seiscientas cincuenta y tres cajas de carne en conserva y diez cajas de galleta, sin contar cuatro toneles de excelente ron de Jamaica fabricado con aguardiente de patata destilado en Berlín. Ciertamente que no es agradable tener que sustentarse á diario con carne conservada, pues á la larga resulta esta carne más incípida que las espinacas servidas por todo alimento en los refectorios de ciertas comunidades, pero también es verdad que no ocurren naufragios todos los días.

* * *

Después de considerar largamente su situación, el reverendísimo Tobías Samuel Robinson no se consideró muy desgraciado. Era un lógico y un optimista. Comensó por confesarse que siempre es una felicidad salvar la pelleja cuando los demás la pierden; después recordó que había sido enviado á Oceanía con el encargo de convertir á la secta anglicana toda una población de melanesianos que se comen los niños tiernecitos para asegurar la tranquilidad de los padres. Terminada su misión de hombre negro, los soldados rojos de S. M. Victoria hubieran protegido en el país salvaje el comercio y las rapiñas de docena y media de usureros británicos fundadores de factorías. No ignoraba el reverendo Robinson que así es como se coloniza, y pensó que podía muy bien hacer él solo lo que habrían hecho los soldados y sustituir con ventaja á los diez y ocho pillos disfrazados de comerciantes.

Por último, encantábale la idea de vivir algún tiempo lejos de Madama Robinson, que le había dado seis hijos y muy pocas de esas alegrías que el Señor disculpa sin aprobarlas. Imbuída en severos principios de economía, muy adicta, demasiado adicta á las sociedades de templanza, Madama Robinson prohibía á su marido el abuso del Oporto, del Jerez, de la ginebra y del brandy. En familia, el reverendo veíase condenado á tomar té con poco azúcar y panecillos con poca manteca.

Su aventura le permitiría, pues, reconfortar el es-

tómago, mientras allá en Inglaterra, la señora Robinson se ocuparía de casar á sus hijas.

* * *

No sabía á punto fijo donde había naufragado, y la inquietud procedente de esta duda le atormentó unos quince días á lo sumo. Orientóse, comparó las distancias recorridas con las que quedaban por recorrer al sobrevenir el naufragio, hizo sus cálculos y en ellos se extravió. Sería ridículo decir que perdió la carta, pues la carta era precisamente lo que le faltaba.

Al cabo de noventa días de soledad, empezó á sentirse aburrido. Tenía la Biblia para distraerse, pero hubo de confesarse que su lectura no era un entretenimiento muy agradable. Una partidita de ajedrez con su viejo amigo John Snobby, le hubiera interesado más. El juego impide dormirse leyendo el *Standard*. En cambio, la Biblia suele ser un gran soporífero. Comentando los sagrados textos, no había llevado muchas veces á su auditorio al país de los sueños?

Acordándose de que los más grandes sabios recomiendan el paseo como un ejercicio saludable, higiénico y poco arriesgado, paseó, pero como hombre precavido llevaba consigo un fusil y un paraguas. No salía nunca sin estas dos armas. En los bosques que recorría, los pajarillos huían espantados al aproximarse Robinson con su gran paraguas abierto. Tomábanle sin duda por un hongo ambulante.

Esto al principio. Más tarde se acostumbraron, y concluyeron por familiarizarse con él.

* * *

Cierta mañana, Robinson se internó mucho en sus exploraciones, y llegando hasta el sur, encontróse de pronto en medio de un valle, sorprendiéndole extraordinariamente percibir una docena de puntos negros que se agitaban sobre el fondo de verdura. Acercóse y vió que eran negros ocupados en preparar el almuerzo. Este debía ser substancioso, pues se componía de la mitad de un cadáver de mujer que estaban asando á fuego lento. De los pechos calcinados caían gotas de grasa en medio de las cenizas.

Un salvaje mudo y atento cuidaba del asado.

No muy tranquilo con lo que presenciaba, el reverendo Robinson se dispuso á tomar la vuelta; pero era ya demasiado tarde. Los negritos le habían visto y seis de ellos se dirigían á su encuentro. Por fortuna, al náufrago no le faltaba sangre fría. Cerró su paraguas y los caníbales se asombraron, deteniéndose un momento á examinar aquel hombre de piel blanca, á aquel extraño personaje, que podía extender y recoger sobre su cabeza una gran planta.

Sin embarazo, de nuevo se animaron y siguieron marchando hacia el santo hombre. Este se había sujetado el paraguas á la espalda y había empuñado su excelente Remington en el cual puso un cartucho. Tran-

quilamente, apuntó é hizo fuego. Un salvaje cayó en tierra, mientras los demás emprendían la fuga sin almorzar, prorrumpiendo en sollozos. Robinson se lamentó de que hubiesen abandonado su asado. Con mucho gusto se habría servido un filete de la mujer cuyo tronco habían dorado las llamas; pero no estaba acostumbrado á semejantes manjares, ni se hallaba en edad de adquirir tales costumbres.

* * *

Sin embargo, el negro herido solo lo estaba levemente. Robinson se compadeció, lo recogió, le cuidó y le puso por nombre Viernes en recuerdo del día en que había ocurrido este incidente.

Pronto fueron los mejores amigos del mundo. Comenzaron por entenderse con gestos, luego inventaron un lenguaje especial, una especie de idioma en que había algo de inglés, un poco de canaco y mucho de javanés.

El reverendo enseñó muchas cosas á Viernes, entre ellas la cocina británica y el arte de lustrar el calzado. Un día en que se aburría lo bautizó para distraerse. Por la noche, los dos estaban espantosamente borrachos.

Por su parte, Viernes sentía hacia su amo grandísimo respeto. El negro había conservado relaciones amistosas con los de su tribu. Llevólos á casa de Robinson que no quiso recibirlos sino uno en uno, tal vez porque no deseaba ver su domicilio invadido por semejante chusma. El hombre de Dios bautizaba á aquellos idólatras, y los neófitos volvieron por la noche cantando á su modo himnos al Altísimo.

Cada conversión valía á Viernes y al converso un litro de ron de Jamaica fabricado con aguardiente de patatas destilado en Berlín. Así recompensa el señor á sus elegidos.

Cuando todos los salvajes varones estuvieron bautizados, Robinson y Viernes se ocuparon de las señoras y señoritas de la tribu. La ceremonia fué más larga que para el sexo feo; á veces duraba dos ó tres

días. El pastor náufrago desplegaba tanto celo que iba enflaqueciendo terriblemente.

* * *

Alarmado del desmejoramiento que observaba en su bienhechor, Viernes, muchacho muy listo, reservó la conversión de las paganas y puso á Robinson en cura. Obligóle á comer carnes semicrudas y farináceas. Le mimó, le atibarró de golosinas. Robinsón se repuso, luego empezó á engordar y engordó tanto, que acabó por no poder dar un paso. El fiel Viernes había seguido atentamente los progresos de su gordura. Había instantes en que miraba al reverendo con ojos de *gourmet* y se relamía lleno de satisfacción.

Un día después de haber comido fuerte, Robinsón dormía su siesta, soñando que sus seis hijas estaban casadas y que la severa señora Robinsón se la pegaba con Thom Snobby. Lanzó un grito de espanto, su último grito. Viernes acababa de hundirle un cuchillo de cocina en la garganta.

.....
Aquella misma noche, los restos de Robinsón se cocían en un gigantesco fuego de eucaliptus. Cuando el misionero estuvo cocido á punto, Viernes, siempre cuidadoso de la persona de su señor, no cedió á nadie el honor de hacer pedazos el cuerpo.

Durante mucho, muchísimo tiempo, los salvajes guardaron memoria del gran banquete, y declararon que no hay carne más rica que la carne de un hombre de Dios.

* * *

Tal es la historia verdadera de Robinsón. Me la contó un forzado amigo mío, á quien se la refirió un canaco, el cual la sabía por uno de sus primos que era re-sobrino de Viernes.

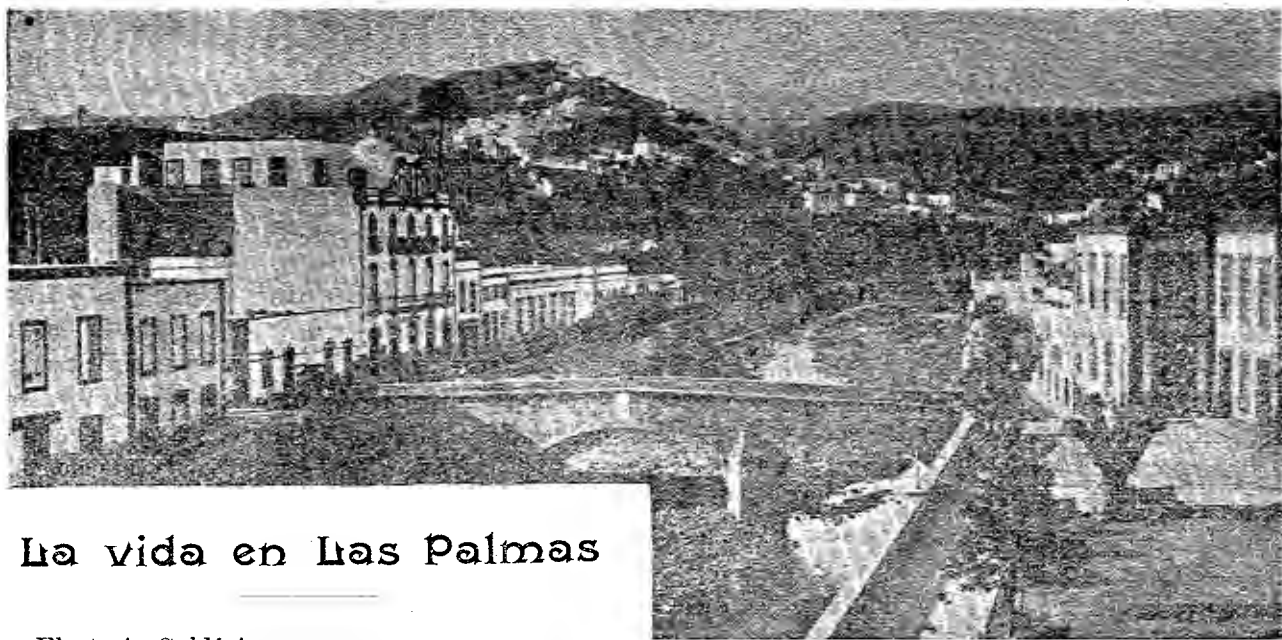
ROBERT CAZE.

Por la traducción,

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



VISTA DE ICOD.



La vida en Las Palmas

¡Electra! ¡Galdós!

Por fin se pone en nuestro teatro el célebre drama de nuestro insigne paisano, del gran Galdós. ¡Al fin! El pueblo de Las Palmas rinde con entusiasmo cariñoso, el tributo debido á su genio, á su gloria.

Un dibujo de Mérida representa á Wagner, rey de la música alemana, rodeado de un nimbo de gloria, los melomanos adoradores de su genio, los wagneristas más foribundos echados de hinnojos á sus plantas, deslumbrados por el resplandor brillante que irradia su gloriosa aureola.

Así representaríamos nosotros á Galdós. Teniendo por pedestal esta peña que le vió nacer, por alfombra



la azulada llanura del mar, por docel el espléndido cielo de las Canarias; entre las hojas de las palmas bajo cuya sombra se meció tantas veces su cuna... y á sus plantas todo un pueblo, su pueblo, borracho de su gloria, ebrio de sus triunfos, que son también los suyos, entonando un himno sin fin, de alabanzas inestinguibles, al gran canario, al glorioso paisano que

llena con su nombre, con su talento, con su gloria, toda la tierra.

¡Hosanna, Hosanna al hijo predilecto de las peñas afortunadas! Arrojemus á sus plantas todas las flores de nuestros jardines, agitemos en el aire las doradas hojas de nuestras palmeras y esculpamos su nombre con caracteres eternos en nuestra tierra, en nuestro cielo en nuestros corazones.

Se representa el célebre drama de nuestro Galdós. Aunque nos lo dieran á conocer como lo ha hecho aquella famosa compañía de zarzuela, á los uruguayos, no importa....

Aplaudimos, victoreamos, glorificamos en *Electra*, á nuestro hermano á nuestro gran Galdós.

* * *

El calor se ha entrado por nuestras puertas sin pedir permiso. Es un caballero que pisotea la urbanidad.

Bien mirado es que tiene confianza con nosotros. ¡Nos abandona tan poco tiempo durante el año!

Hay que sudar, sudar á litros el quilo, y los que, como yo, se encuentran ya *ex-quilados* licuarnos ó convertirnos en un gas inofensivo, es decir, en *gaz-pacho*.

* * *

La decoración varía por 24 horas, y los habitantes de Las Palmas presencian la noche del viernes una parodia del Diluvio.

El *Guiniguada* se vió con honores de *Amazonas*, y rugiente, encrespado, con facha de *enfant terrible*, amenazó sepultar en las *saladas* ondas todo lo que á su paso se oponía.

Y lo que es miedo, sí que infundió el pícaro con aquellos *saltitos* por los puentes y con su afán de dejar sin adornos al de «López Botas».

Pero todo pasó. Los desperfectos en la ciudad fueron reparados al día siguiente, y en cuanto á los sustos los hemos sudado con exceso.

* * *

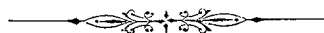
Las fiestas se aproximan, pero no unas fiestas de á *petacón*, á las que ya nos habían aclimatado la decidia de unos y la indiferencia de los más.

Los próximos festejos de San Pedro Mártir no serán un asombro de las naciones, pero sí mucho mejores de lo que pudieran presumir los cálculos más optimistas.

Verbenas en la plaza de Santa Ana y Alameda de Colón con soberbias iluminaciones, exposición de dibujo y pintura, *Kermesse*, batalla de flores, baile, gran retreta militar y otras muchas cosas que puedan arreglarse á última hora, he ahí lo que nuestro popular alcalde y la activa comisión de festejos han preparado en tan corto tiempo.

El entusiasmo y competencia de los organizadores nos auguran que todos los números del programa rivalizarán en brillantez; pero las mayores simpatías, los más atronadores aplausos serán para el número caballeresco por excelencia, para la batalla de las flores.

De esta y otros particulares de los festejos, hablaremos en el número próximo, pues en el de hoy falta espacio.



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS de la ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

El Dr. González me ha manifestado no haber visto complicaciones en el Hospital ni en su larga clientela particular; por lo que respecta á mí, que me he ocupado con especialidad de cirugía, que he tenido que hacer operaciones sumamente delicadas por la extensión y la localidad donde era preciso operar, hasta el presente no he visto ninguna complicación; la suturas por primera intención se llevan á término con una rapidez extraordinaria.

Hechas estas observaciones generales paso á tratar las particulares.

II

ATMÓSFERA

Para los físicos la atmósfera no es otra cosa que la masa de aire que rodea la tierra. Para el naturalista, y mucho más para el médico, debe ser objeto de especial estudio, no tan solamente la composición de ese mismo aire, sino la de los cuerpos que viven á expensas suyas y hasta las enfermedades que acarrearán según los cambios que ha sufrido. La química enseña su composición, que varía según ciertas circunstancias aunque siempre concurre para formar una mezcla de oxígeno, azoe y ácido carbónico, agentes indispensables y maravillosamente dispuestos para la conservación de los seres orgánicos que pueblan la tierra, que cambiando entre sí los agentes atmosféricos constituye ese admirable equilibrio entre las plantas y los animales, que á todos dá la vida sin usurparse ninguno un átomo de su existencia. La importancia de este agente es tal que Michel Levy dice á este propósito: «La acción del aire sobre la economía no tiene límites, es igualmente eficaz para fortificar como para perturbar la salud». Bajo este punto de vista y considerando su influencia en Gran Canaria trataremos esta cuestión y empezando por los modificadores atmosféricos lo seguiremos paso á paso.

ELECTRICIDAD

Todos los que se han ocupado de esta cuestión, cuyo porvenir y portentosos resultados no podemos calcular puesto que exceden ya cuantas esperanzas se habían podido concebir, están de acuerdo en afirmar que cada vez que se ponen dos cuerpos en contacto se desarrolla la electricidad bajo la forma positiva en el uno y negativa en el otro. La tierra y la atmósfera se hallan en posesión de ella y sus tensiones eléctricas deben ser más ó menos intensas según las condiciones del aire y la composición de los terrenos, pero se puede decir que la superficie del suelo y los cuerpos

que se hallan en él están electrizados negativamente al paso que la atmósfera lo está en sentido opuesto, siendo tanto mayor esta misma tensión eléctrica cuanto más se eleve el observador sobre sus capas superiores.

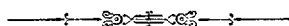
La electricidad atmosférica experimenta cambios diurnos según la temperatura y la estación, con las que guarda un perfecto equilibrio: en Diciembre y Enero la tensión es mucho más fuerte que en Junio y Julio en que está en su mínimo. Hemos de advertir que el estado higrométrico de la atmósfera así como las corrientes de los vientos, tienen gran influencia y hacen variar considerablemente la fuerza de las tensiones.

Este importante agente ha recibido en nuestros días una extraordinaria aplicación en las ciencias orgánicas, tanto para las experiencias fisiológicas como para la cura radical de un gran número de enfermedades. Entre sus innumerables propiedades sabemos que tiene una influencia notable sobre la circulación capilar que con la aplicación del fluido eléctrico las secreciones se modifican profundamente; que hay grandes corrientes en el organismo y que se llevan á efecto, gracias á su composición, una serie numerosa de reacciones orgánicas. En el hombre la tensión eléctrica varía según su nutrición, el estado de la sangre y sobre todo de su sistema nervioso.

Cuanto se han ocupado de la acción de la electricidad sobre nuestro organismo, ya en el estado patológico ya fisiológico, señalan un orden de fenómenos diametralmente opuestos, según que la electricidad es vítrea ó resinosa, en atención á la marcha de las corrientes. Así que la electricidad vítrea ó positiva activa la circulación capilar y las secreciones; la resinosa ó negativa las disminuye y hasta las paraliza: por consiguiente, siendo por sus elementos constitutivos nuestro organismo, un conductor de primer orden, resulta que no le puede ser indiferente el que la atmósfera se cargue de uno ú otro fluido eléctrico. En Canaria se halla á cada paso comprobado este fenómeno, pues las tensiones son intensas, en especial la atmosférica, atendiendo á la composición del aire que por la situación de esta isla rodeada de mar, está cargado de una gran cantidad de vapor de agua, el que en las orillas del mar se halla saturado de agua salada pulverizada en el movimiento de las olas y en su choque contra de las rocas pase en este estado á la atmósfera pero no puede elevarse á grandes alturas ni extenderse á largas distancias, lo mismo que por su disposición geológica y muy especialmente por la situación en el globo, es preciso tener muy en cuenta los cambios atmosféricos á que está sujeta y que ambos producen sus efectos sobre el organismo.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuad)





HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

La manteca y el sebo lo guardan en ollas y leñas olorosas para exequias de los difuntos untándolos y ajumándolos y poniéndolos en arena quemada los dejaban mirlados y en 15 ó 20 días los metían en las cuevas y estos eran los mas nobles, que á los demás ponían en los maipices ó piedras de volcan haciendo hoyos en las piedras y cubríanlos con un montón de ellas como torreoncillos que hoy se hallan y hallarán siempre porque no se vá á buscar aunque por codicias de palo dé buena madera en las Isletas han descubierto muchas casas y sepulcros llenos de estos mirlados. Comunmente en todas las Islas el vestir de pieles así en hombres como mujeres y el uso de las armas era uno mismo, llamado tomarcos. Los de Lanzarote tenían colgando por las espaldas hasta las corbas una ú dos pieles como capotillo ó media manta con que dormían y lo demás descubierto sin darle empacho ninguno. Las mujeres en todas las Islas era el mismo traje cubrirse hasta los pies con faldellín de pieles. Los hombres en todas las demás Islas cubrían sus partes verendas con unas empleitezuelas flecadas de palmas atadas por las cintas hasta medio muslo y peleaban así y también desnudos, poníanse otras veces un zamarrón con media manguilla y zapato de un cuero cocido por el pié, y en los muslos sajenos de cuero de cabra estragado y blando muy suave á modo de gamuza. El noble tiene cabellos y barba crecida, el villano cortadas barbas y cabello, y estos son los que matan la carne la asan y la cuecen y en los nobles es delito hacer sangre ni andar con cosa matadas ni muerta ni ensangrentada ni de herir ni sacar sangre sino es en la pelea, y si á el rendido perdonan tratan verdad fidelidad y la cumplen y aunque con sus astancias y libertades suelen ser causas que no se les guarde. Las armas son lanzas tostadas las puntas, y dardos y palos muy gruesos y espadas grandes como duelos pero mas largas y gruesas que palos recios acebuches, sabinas, palos de montaña y tea y lo que mejor les parecia; en los que mas confiaba era en las piedras tiradas á brazo con tanta fuerza que es cosa no creída lo que desbarataba una piedra, aun mas daño que la bala de ar-

cabus, tiradas á las tapias del Real de las Palmas las metían dentro mas de dos dedos, aunque estaba la tapia fresca, pero un español con otra piedra no hacía más que señalar donde dió: Cortaban una penca de Palma á cerce como con un hacha, de una pedrada, con los montantes de palo desgarrataban los caballos y cortaban piernas y brazos con gran facilidad. Con las lanzas y dardos arrojados pasaban un escudo y adarga herían muy mal á el español.

No salían ellos á buscar á el enemigo y cuando le juzgaban ventajoso dejabanlo entrar bien dentro y formabanle espía y emboscadas que quedaba atrás y jente que salía de improviso dando silvos gritos y disparando piedras y llegando mas á estrechar usaban de los palos apedillabanse unos á otros y se alentaban y se vencían eran crueles que hasta el agua á los pechos siguieron muchas veces á los españoles pero si tenía alguna emboscada se hacían desentendidos y dejabanlos retirar. Mas si eran vencidos de golpe juían todos á una y quedaban muy escarmentados y se finjían quebrados y advertían como la armarían y esto fué común en todas las conquistas. Si los seguían y buscaban peleaban grandisimamente hasta las mujeres que tiraban muchas piedras arrojadizas y dardos y mucho ayudaban venían con ellos á la pelea á traerles la comida y retirar los muertos suyos y á el pillaje de los caídos y dar armas á sus maridos é hijos y á dar voces y gritos y hacer visajes y echar retos y amenazas que causaban mucha risa, y siendo desbaratados retirábanse á las cuevas de los riscos onde peleaban como muy fuertes castillos arrojando piedras muy grandes. Hubo muchas poblaciones en Canarias que hubo diez mil según nos informaron, á la primera venida de Bethencourt y á la conquista cuando vino D. Juan Rejon había mas de seis mil después les fué dando á manera de peste que por último habría trescientos cuando se acabó de sujetar la Isla.

Hallaron los españoles dividida la Isla de Canaria en los señoríos uno en Telde á el Oriente puesto en medio de las Islas y punta de Maspalomas, y el otra en Galdar á la otra parte ó punta de poniente para la banda del norte onde asistía Guanartheme llamado el de Gáldar y á el de Telde llamaban también Guanartheme; decían ellos que fué primero de un señor muy antiguo que fundó en Telde; otros dicen que hubo tres Reyes y que el primero y más antiguo fué Alguín Arguinmas; no hubo más razón que de dos Señoríos y dos Reyes siempre divisos y quejábanse los de Telde que aquel y sus padres eran tiranos y que así plugo á Dios acabar con ellos.

(Continuará)

El Museo Canario

Revista semanal

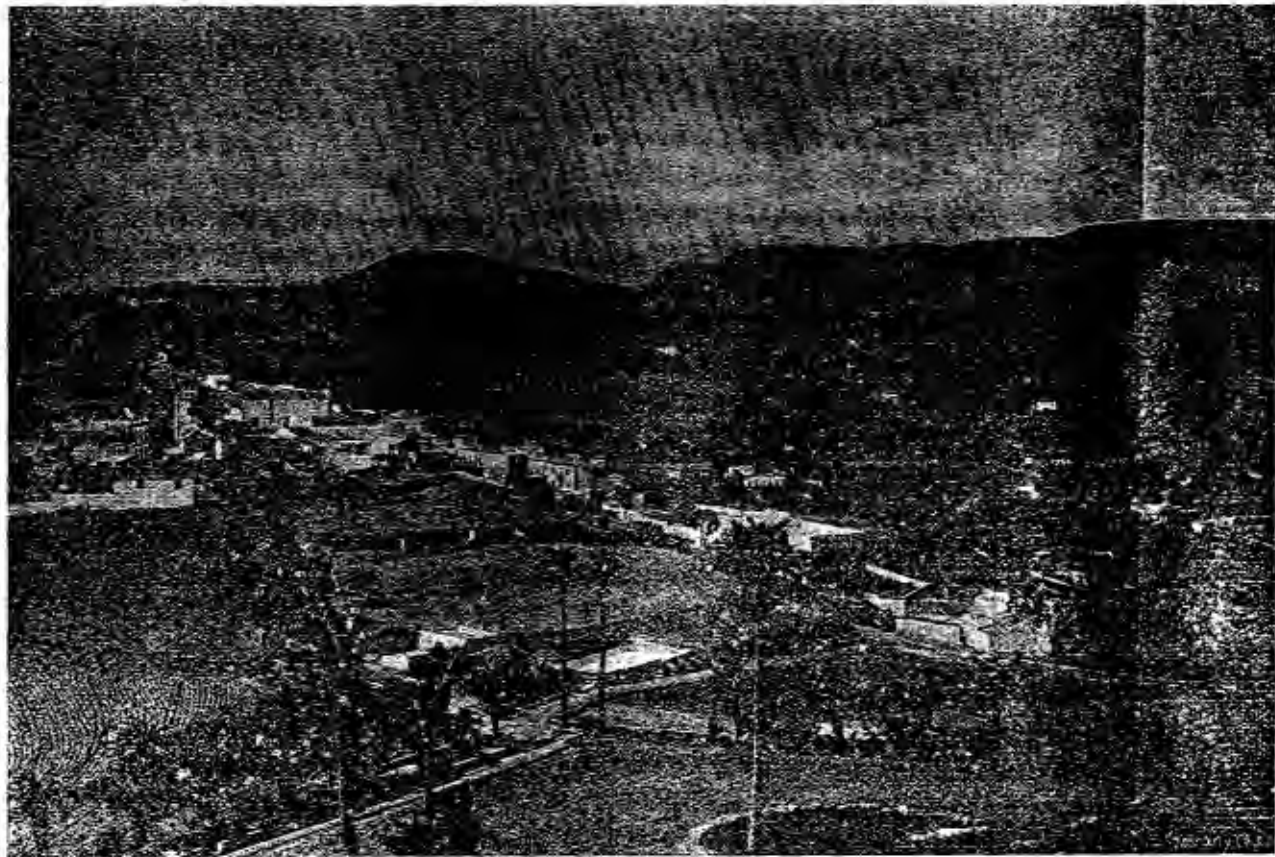
AÑO VI. Núm. 120



LAS PALMAS, 20 DE ABRIL DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 15



VISTA DE TAFIRA.

Tafira, *el pintoresco pago*, como han dado en llamarle gacetilleros y revisteros, es sin duda uno de los lugares más pintorescos de Gran Canaria. Hállase situado á muy poca distancia de Las Palmas. Encerrado en un semicírculo de volcánicas montañas presenta el aspecto de una decoración hermosa, sembrada de caserías blancas que se agrupan y se separan extendiéndose pintorescamente por la llanada cubierta de viñedos y maizales y las lomas coronadas de espesas arboledas. Es Tafira un refugio encantador, agradabilísimo, en la temporada veraniega, preferido, más que ningún otro, por las familias que abandonan á Las Palmas en días de calor y buscan en Tafira, en sus jardines deliciosos, en sus lindos *chalets*, hoteles, parques y quintas hermosísimas, el descanso y placer que dán al alma aquella temperatura primaveral, la

serena quietud de sus sombrosas arboledas y la contemplación de los paisajes que presentan sus montes salvajes cortados por barrancos llenos de álamos y palmeras y sus llanadas éternamente verdes en cuyos horizontes, sobre el azul del mar y del cielo, surge la Isleta encerrando entre sus montañas de lavas erizadas *las tranquilas aguas del concurrido puerto de Refugio de la Luz* (más frases hechas por revisteros y gacetilleros), donde se concentra el gran movimiento mercantil de las Canarias y cuyos ecos aturdidores llegan de vez en vez á turbar la apacible quietud que reina siempre en el *pintoresco pago*.

JUAN



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Cada vez que reina el tiempo Levante ó como le llaman en Canaria *tiempo de abajo* porque les llega del Africa (viento S. E.), he notado con gran trastorno, particularmente en los puntos donde se hace sentir más, que es en las partes altas. Las neuralgias algunas veces son insoportables; en estos casos se opera una relajación en todos los tejidos; las inflamaciones de las membranas céfalo-raquídeas toman caracteres alarmantes, las tifoideas reciben una depresión que las agrava y hace desarrollar hasta la forma comatosa de mal genero, y lo que es peor que las medicinas no producen efectos favorables. Estando en el Monte Lentiscal, cada vez que se presentaba el tiempo S. E. conocido en aquella localidad con el nombre de *tiempo de quema*, á causa de los grandes destrozos que hace en los viñedos, observaba una agravación en el estado de los enfermos que asistía: las medicinas eran en tales casos impotentes para realzar el organismo ó disminuir aquellas graves complicaciones. Por lo que á mi hace, sentía la cabeza pesada, el cuerpo en un estado de laxitud y de pereza inexplicables, la posición vertical me era incómoda, la respiración se hacía con dificultad, latidos tumultuosos del corazón, dolores en unas ligeras cicatrices que desde niño tengo en el índice izquierdo, y lo que más me incomodaba era un gran abatimiento moral, un mal presentimiento, temores involuntarios extraños en mí que sin ser ningún Cid tampoco he conocido el miedo.

Al principio me explicaba estos fenómenos por la rarefacción del aire que no tenía bastante oxígeno para desempeñar por completo la hematosis; pero observando con más atención que mis cicatrices me dolían demasiado, supuse debía ser la electricidad la causa de esta perturbación y no las del estado atmosférico que yo me había imaginado. Para convencerme interrogué á los que trabajaban en las viñas que sensaciones experimentaban en las cicatrices de que tenían llenas las manos por efecto del trabajo de la poda á que estaban dedicados y me dijeron sentían también, no obstante su poca impresionabilidad, los mismos fenómenos. Uno de ellos me añadió que desde el día antes de presentarse el tiempo de abajo le empezaba un fuerte dolor en la cara que le molestaba extraordinariamente en la cicatriz que le había quedado de un golpe que cuando joven recibiera. Todos ellos tienen por lo común las manos llenas de cicatrices y algunas profundas, de los golpes que con las labores del corte de los parrales sufren durante el tiempo de su aprendizaje. Pues bien; algunos de éstos no podían servirse de la mano herida sino con suma dificultad á causa de

los intensos dolores que les atormentaban: otros sufrían fuertes dolores de cabeza y el que habitualmente los padecía se sentía bueno únicamente al presentarse aquel tiempo y lo mismo acontecía á varias personas con otras dolencias. Uno á quien yo mismo había abierto un flegmon, que se le formó en el ano, no podía defecar sin sufrir horriblemente. Al consultarme este mismo algún tiempo antes acerca de esta dolencia le sospeché aquejado de una fisura, pero el exámen detenido que le hice me persuadió de que no existía tal lesión. En vista de estos hechos y temiendo que al variar el método curativo de los enfermos cambiando el estado atmosférico, cesasen también los síntomas alarmantes y me quedase un grave trastorno en la marcha de la enfermedad debido á la aplicación intempestiva de los medicamentos indicados por la agravación, quise resolver en mí mismo esta cuestión. Careciendo de instrumentos para medir las tensiones eléctricas me valí de los medios que tenía á mano. Ante todo debo advertir que estos tiempos de Sur se presentan con mal carácter por los meses de Junio, Julio, Agosto y aun Septiembre y solo dura uno, dos ó tres días; después queda la atmósfera inmóvil y en seguida aparece la brisa que no remedia los daños causados.

Lo primero que se observa en este tiempo es una pesantez en la atmósfera que se pone opaca, el sol penetra al principio con dificultad la capa atmosférica que reviste la superficie del suelo y se va descubriendo poco á poco hasta hacerse el calor insoportable; nada se mueve, las hojas de los árboles parecen como clavadas y oprimidas como si estuviesen sometidas á una fuerte presión, los pájaros procuran refugiarse en lo más espeso de las ramas y suspenden sus cantos; los perros jadeantes buscan la sombra y se hallan tan acobardados que miran con indiferencia lo que en otro caso escitaría vivamente su atención. Cuando yo ví la atmósfera de esta manera, tomé dos vidrios de bastante resistencia, me dirigí á una pequeña altura situada en la cúspide de una loma elevada donde la tensión eléctrica tenía que ser más intensa, cuando llegué al punto designado estuve un poco de tiempo en observación. La depresión era tal en aquellos momentos que los perros que siempre me acompañaban no quisieron, á pesar de mis insinuaciones, abandonar la sombra donde se habían refugiado; se contentaban con levantar la cabeza, menear la cola, volviendo á su inmovilidad anterior. Yo sentía un calor sofocante, la respiración cutánea, privada de las corrientes de aire, quedaba como ahogada y esto aumentaba mi malestar; la respiración era más corta y frecuente, sentía estrecha la cavidad torácica que estaba oprimida.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)



DARWIN... DEGENERADO

Era lo que nos faltaba que ver: Darwin incluído en el *índice* de Lombroso y de Max-Nordau, Darwin declarado anormal, Darwin tenido por sospechoso.

Nec plus nec minus. Ahí tenemos al gran naturalista formando parte del extraño pero sublime escuadrón que cada día se aumenta con un nuevo miembro y con un nuevo nombre. Ahí le tenemos entre la falange de los degenerados eminentísimos que centellean genio. Andando los tiempos, ¿cual de los grandes escritores ó de los grandes sabios dejará de figurar en la creciente lista? ¿Y quien no lo solicitará como un honor supremo?

No es grano de anís codearse con Miguel Angel, Wagner, Goethe, Colón y tantos otros desequilibrados que, apesar de serlo, treparon á las más altas cimas de la gloria tocando con la cabeza el cielo. En semejante compañía se está bien. Se puede ir á cualquier parte, aunque sea á la locura.

Para fundar, respecto de las excelsas figuras citadas, los diagnósticos retrospectivos que los confinan en los encasillados de la psiquiatría moderna, sin duda se han tenido en cuenta antecedentes más ó menos probatorios, razones más ó menos decisivas. Ciertos desórdenes orgánicos, ciertas manifestaciones irregulares del temperamento ó de la idiosincrasia, los caracteres mismos de sus obras, donde la fantasía toma vuelo desenfrenado y grandioso, pudieron quizá hacer creer que tales hombres adolecían de una anomalía patológica, y probablemente adolecieron. Partiendo de esa base, los clasificadores pseudo-científicos encontraron ancho campo en que cultivar y cosechar espléndidas paradojas.

Pero Darwin... ¿quién pudo imaginárselo nunca atacado del mal lombrosiano, llevando su *petit grain* de locura, yendo, con toda su blanca barba de patriarca y toda su imperturbabilidad de sajón, por el mismo camino por donde van, no se sabe á donde, los genios

en desequilibrio? ¿Quién lo concibió haciendo extraños visajes y cayendo en violentas crisis?

Cómo lo concebíamos era sereno, impenetrable, frío, todo entregado á su labor, que es labor seca y escuetamente científica, reñida con toda suerte de exaltaciones. Así le concebíamos y así lo veíamos en sus obras que se recomiendan por la profundidad y firmeza de los conceptos tanto como por la sencillez y claridad de la exposición.

Pero viene el Dr. del Grecco y descubre en Darwin una porción de síntomas degenerativos. Este eminente psicópata publica en el *Archivio de psicopatologia scienze penale, ed antropologia criminale* un artículo del cual resulta que Darwin está rematado.

¿Por qué? ¿Cuales son los hechos que toma en cuenta para deducir sus singulares conclusiones? Oid y... ¡asombrosos! En primer lugar, el afán de observación que Darwin mostró siempre, su prurito indagarlo todo y de anotarlo todo; luego su filantropía excesiva que le hacía insoportable la vista de la sangre, el afecto que profesaba á los animales, su ejemplar modestia y su firmeza de voluntad que no cedía ante nada ni ante nadie. Además de esto, ¡la facilidad con que se mareaba á bordo!

Por último,—y esta sí que es buena—la costumbre que tenía de sentarse estirando mucho las piernas, lo cual, según el Dr. del Grecco, constituye indicio seguro de padecer neurastenia, por ser una actitud *tanto c'ra ai neurastenico* (palabras textuales).

Así razonan los sabios: diríase que se proponen tomar el pelo á los simples mortales. Estos deducirían precisamente lo contrario. Verían en los hábitos y en las acciones de Darwin la manifestación de un espíritu perfectamente equilibrado, netamente científico, con todos los caracteres que á tal espíritu corresponden.

Pero los sabios... ¡oh, los sabios!... esos sabios que fundan procesos de degeneración en semejantes futezas deben ser los verdaderos degenerados.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



SANTA CRUZ DE TENERIFE.—CALLE DE LA NORIA Y TORRE DE LA CONCEPCIÓN.



ELECTRA

El estreno de *Electra* en el teatro de Las Palmas ha sido la gran solemnidad de estos días. La manifestación que con este motivo se celebró en el *Tirso de Molina* en honor del gran canario, gloria de España, fué espontánea, entusiasta, imponente.

Para nosotros el acto resultó por demás hermoso, animado, brillante, entusiasta; pero Galdós merece mucho más aún. Nuestro Galdós resulta festejado y honrado y aclamado por su ciudad natal, como lo ha sido en cuanta población se ha representado su célebre *Electra*, como lo ha sido en España y América, quizás más friamente que en ninguna otra parte... Y no es que la fiesta celebrada en el *Tirso de Molina* la noche del 6 del actual resultara indigna del genio. La fiesta como antes hemos dicho resultó brillantísima. Nunca hemos visto al *Tirso de Molina* tan engalanado, no hemos visto tampoco otro público igual al que aquella noche, llenándolo de bote en bote se agolpaba en torno del teatro aclamando al ídolo delirantemente, con entusiasmos, con amor, entre las marchas patrióticas y los himnos que se repetían sin cesar ahogados por la explosión jubilosa del pueblo que los coreaba con vítores y estrepitosas salvas de aplausos.

Pero si Galdós es *nuestro* antes que de nadie, si es nuestro hermano, nuestra gloria, nuestro orgullo, para festejar su gran triunfo, para honrar su nombre gloriosísimo, no basta con esa fiesta ni sobra con dar su apellido al *Tirso de Molina*. Nada ha costado bautizar al buque y á la calle que llevan el nombre de Pérez Galdós. ¡Es tan fácil cambiar el nombre de estos!

Si se quiere rendir un tributo de admiración al primero de los canarios, si se le quiere honrar dignamente, haga el patriotismo lo que debe á ese hombre glorioso, pero con sacrificios y con entusiasmo. Las palmeras de nuestros jardines desean entrelazar sus hojas

en torno de la estatua del canario ilustre rey de nuestra

literatura contemporánea. ¿Por qué no se la levanta? La estatua de Galdós coronando á Las Palmas, sería el mejor tributo que al genio puede rendir el pueblo canario. Y mientras tanto, ¿dónde está esa manifestación solemne, grandiosa, compuesta del pueblo en masa, presidida por las autoridades, organizada por ellas y por todas las sociedades y corporaciones de esta ciudad, que ha de ir, á la luz del día, ordenadamente, respetuosamente, á rendir un tributo de admiración y de cariño á Galdós ante la casa donde nació?

¿Dónde está esa lápida de mármol que recuerde á las generaciones venideras el lugar donde nació para derramar la luz y predicar el amor á la Verdad y al Trabajo, el genio portentoso de Galdós?

El dar su nombre al *Tirso de Molina*, cuesta lo mismo que sustituir el de la calle de la Carnicería por el de Mendizabal...

Volviendo á revistar la solemnidad verificada la noche del estreno de *Electra*, del magnífico drama de Galdós, no encuentro ya palabras, que pensamientos sobran, para ensalzar como se debe al inmortal canario y su obra grandiosa.

En los diarios de la pasada semana dejé mis impresiones de tan solemne fiesta. De una de ellas, escrita á la ligera la noche del estreno, tomaré algunos párrafos, para dar conocimiento á los lectores de EL MUSEO CANARIO del aspecto que presentaba nuestro teatro y el júbilo inmenso con que aquella noche el pueblo de Las Palmas saludó la obra del gran canario.

Fué día de grandes emociones.

El estreno de la célebre *Electra* de nuestro gloriosísimo paisano, llevó al teatro que desde aquellos momentos de delirante entusiasmo se rebautizó con el nombre de Benito Pérez Galdós, á una muchedumbre inmensa, ansiosa de vitorear, de glorificar y de aclamar al más ilustre de nuestros hermanos, al hijo más grande de Gran Canaria, al hombre más cálebre de nuestra España contemporánea.

El *Tirso de Molina* cedía su nombre al del canario ilustre engalanándose espléndidamente como no lo hizo en solemnidad alguna, como no se presentó jamás en ninguna otra fiesta. La soberbia fachada del coliseo que mira al Guiniguada, convertido aquella noche en hermosa ría donde entraba el agua del mar sin oleaje, mansamente, á reflejar sobre su superficie tranquila los destellos de luz que salían de los grandes ventanales y las luces que dibujaban los cornisamentos y los capiteles del edificio, lucía vistosamente engalanada con cortinajes rojos y escudos envueltos entre los colores de la bandera nacional y la bandera de Gran Canaria.

En torno del edificio, é invadiendo el paseo de Lentini, se apiñaba la multitud, el pueblo canario en masa, que no pudiendo traspasar los umbrales del Pérez Galdós lleno de bote en bote desde las primeras horas de la noche, permanecía de pié rindiendo homenaje al primero y más grande de sus paisanos, aplaudiéndole, uniendo su ovación entusiasta á los vítores y á los aplausos que resonaban en la sala de espectáculos, en el salón de Saint-Saëns, en todo el interior del hermoso teatro, en medio de los acordes del *Himno de Riego* y de *La Marsellesa*, innumerables veces repetidos por la banda municipal y la orquesta de la Filarmonía.

La sala del teatro al comenzar la representación presentaba un aspecto imponente. Lucía hermosamente engalanada con cortinas y guirnalda de follaje, entre las cuales se destacaban en medio de coronas de laurel, impresos con los colores nacionales en grandes tarjetones, los nombres de las obras del gran maestro de la Literatura española.

Sobre el palco de la presidencia ocupado por el Alcalde de Las Palmas y otras autoridades, se había colocado entre hojas de palmas y banderas el retrato del célebre Galdós. En muchas localidades vimos á las personas más distinguidas de Las Palmas en las Letras y en el saber, autoridades civiles y militares, personajes en nuestra política local, lo más selecto de esta ciudad mezclado con las clases más humildes, to-

das unidas por el mismo entusiasmo patriótico, para rendir el homenaje de admiración y de amor al egregio hijo de Gran Canaria.

En uno de los palcos principales vimos á la ilustre familia del gran maestro, su señora hermana, y la bella esposa é hijos del digno Capitán General de este distrito, D. Ignacio Pérez Galdós.

...En muchas escenas de la obra el público aplaudió entusiasmado vitoreando al maestro y á la Libertad. Pero cuando el entusiasmo subió de punto, cuando la manifestación llegó á ser imponente y grandiosa, fué al finalizar el tercer acto y durante todo el cuarto y quinto. De todas partes caían serpentinas sobre el palco escénico. El telón era levantado innumerables veces entre estruendosas salvas de aplausos; se obsequió á la señora Cirera con una hermosa canastilla de flores, el público de las *alturas* delirante arrojaba sombreros y serpentinas y el *Himno de Riego* y *La Marsellesa* volvían á ser ejecutados entre aplausos y vítores. Al finalizar la obra, las ovaciones y los aplausos no dejaron oír las últimas frases de los actores.

El teatro por un momento se convirtió en una red espesísima que formaban las serpentinas arrojadas de uno á otro extremo de la sala. Lluvia de confetti de todos colores caía sin cesar, llovían sombreros... Era necesario que aquel entusiasmo que brotaba del público y se manifestaba con palmas y vítores, lo condensara en frases elocuentes un orador canario, que sintiera en su pecho esos mismos entusiasmos por el genio de Galdós, esos mismos amores por el ilustre hermano, esa misma admiración, ese deseo de glorificarle. El público lo buscaba ansioso entre aquel mar de cabezas, y le halló.

González Díaz habló por él. González Díaz subió al escenario casi llevado por el aire, rompiendo la red de serpentinas, bajo aquella lluvia de confetti, y habló, habló con la elocuencia de los grandes oradores, con inspiración patriótica, con arranques sublimes, *electrizando* al público con sus grandes frases y sus grandes pensamientos, aumentando más y más el fuego patriótico que ardía en el corazón de todo aquel pueblo que prorrumpió con grito más entusiástico, coronando aquella imponente manifestación al genio, aquel homenaje conmovedor al primero de los canarios, al gran Galdós, en vítores y aclamaciones al autor de *Electra*, á España, á la Libertad, á Gran Canaria.

Las Palmas conservará un recuerdo perdurable de la solemnidad celebrada en honor del primero de sus hijos.

J. BATLLORI Y LORENZO.





HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONTINUACIÓN)

Estos Reyes tenían unos maestros ó consejeros hombres á su modo letrados llamaban Faican; no tenían libros ni historias, solo mandaban á la memoria cantares y corridos de hazañas de sus antepasados y sabían los de aquellas familias tenían maestros para esto y maestras para las niñas á enseñarles cantares y coser pieles y hacer tamarcos todo á costa del sustento que les daba el Rey y había casas ó cuevas onde asistían estas y estaban bien gordas y regaladas, sabían moler y tostar y salían para casarlas cuando las pedían y solo con la voluntad eran ya casados, y hacen un convite de carnes y bailes se celebraba el desposorio.

Ponían en cada lugar sus justicias con salarios, había provisión particular de ellos por si acaso hubiese guerras, de bastimentos armas de todos géneros que usaban, y tostadores y casolones de barro y tahonillas de mano llamados molinillos, cebada, higos, manteca, sebo, carnes saladas y otras cosas necesarias. Hacían justicias de los delincuentes, apedreaban y ponían de pechos sobre una piedra á el que sentenciaban á muerte y el verdugo cogía otra piedra á dos manos levantada y la tiraba á el cuerpo ó á la cabeza, el verdugo y toda su familia era hombre muy vil, no comía ni bebía ni comerciaba con ellos, á los españoles que cogían el mayor daño era trasquilarlos y hacerlos matar carne, y cocerla y asarla, y eran muy caritativos y bien partidos de lo que tenían regalando á todos no sabían de el interés de comprar ni vender, trataban entre sí las cosas de comer y otras que habían menester. Tenían dos sitios uno junto á otro que eran dos riscos que caían á la mar y eran cosas sagradas entre ellos porque teniendo delito se acogían á ellos y eran dados por libres de que no pudiesen allí ni sus ganados que entraban en sus términos ser presos llamaban á uno Tyrma y á el otro Amago tenía cada uno dos leguas de circuito, hacían sus juramentos por estos sitios diciendo Tis Tyrma, Tis Amago ó Tirmago.

A Dios llamaban alcoran, reverenciabanle por solo y eterno y omnipotente Señor de cielo y tierra, criador y hacedor de todo. Los Faicanes en-

señaban esto y ellos eran hombres honestos y de buenas costumbres y respetados á modo de sacerdotes, y eran los que en tiempo de necesidad llamaban la gente de el pueblo y llevando todos en procesión varas en las manos iban á la orilla de el mar, y también llevaban ramos de árboles y por el camino iban mirando al cielo y dando altas voces levantando ambos brazos puestas las manos y pedían el agua para sus sementeras y decían Almene Coran Válgame Dios, daban golpes en el agua con las varas y los ramos y así con esta súplica les proveía el sumo Dios y así tenían gran fé en hacer esto.

Tenían los Reyes casas de recreo y bosques porque toda la Isla era un jardin toda poblada de palmas porque de un lugar que llaman Tamaraceite quitamos más de sesenta mil palmitos y de otras partes infinitas y de todo Telde y Arucas. En las casas de juegos iban los Reyes y asistían á los bailes que los hacían con varas pintadas de Drago y zapateados y cabriolas, que eran muy diestrísimos cantaban canciones sentidas y lastimeras y repetían una cosa muchas veces á modo de estrivillo y esto usaban mejor los Gómeros porque oyendo cantar solían enter necerse y llorar si la cosa era trágica ó lastimera. Después de los bailes onde hacían zonzonetas con piedresuelas y tiestos de barro, y enseguida comían abundantemente de sus comidas y un guisado de carne y ajos silvestres á modo de cochifrito, y otras veces frita la carne y llamábanle Marona y era su relleno y manjar blanco, y leche cocida higos y otras cosas, tenían miel silvestre de abejas y colmenas no supieron conocer ni en Tenerife se hallaron abejas, no sabían sacar la cera. Después de bailar y comer se iban á la mar á nadar, y ellas mejor que ellos y todos juntos se regocijaban y de allí se venía cada cual á recoger á sus moradas. Linda vida si no se los llevara el Diablo. Hubo en ellos grandiosos nadadores que aventajaba el menor á el mejor español, porque presumían ser buzos de debajo del agua.

Tenían las casas de las doncellas recogidas que estas no salían á parte alguna salvo á bañarse y habían de ir solas, y había día diputado para eso y así sabiéndolo, ó no, tenía pena de la vida el hombre que fuese á verlas ó encontrarlas y hablarlas, llamábanlas Maguas ó Maguadas, y los españoles Marimaguadas que siempre controvertieron el nombre de las cosas y despreciaron sus vocablos y cuando se reparó para rastrearles sus costumbres por más estenso no hubo quien diera razón de ello.

Estas Maguas no salían de su monasterio sino era para pedir á Dios buenos tiempos, si alguna quería salirse fuera había de ser para casar y el Rey ó quien el mandase un pariente ó

noble la había de conocer primero y tenerla á su mandado y el día siguiente se la entregaba á el novio y ellos le reconocían por padrino y los hijos eran tenidos en más que los de otro matrimonio á modo de nobles. Cuando el Rey hacía viaje á alguna parte en los lugares onde se alojaba el dueño del hospedaje le ofrecía la mujer ó su hija lo que más apeteciese y si lo admitía, que pocas veces lo rehusaba, los hijos que aquellas pariesen eran nobles: tenían otra ceremonia de hacer nobles que era á estos tales niños cogerlos por la mano el Guanartheme y reconocerlos como padrino y el niño como ahijado era siempre tenido. Duraban los casamientos algunos días haciendo fiestas de las mismas de arriba. Descasábanse cuando querían pudiendo casarse cada uno como gustase y ponían ante el Rey ciertas quexesillas de ambas partes y conformes se apartaban. Araban la tierra cuando estaba bien llovida y mojada con palos puntiagudos como horquetas juntábanse muchos y apretaban arrancando grandes céspedes y las mujeres y niños contando los iban desbaratando con palitos ó gruesos cuernos de cabras y así plantaban sus granos que eran cebada común y otra sin paja á modo de trigo y habas; después tuvieron trigo y no lo estimaban porque no sabían hacer pan, el queso lo hicieron después que más estiman la leche cocida ó cruda que cuajada y queso. Ayudaban unos á otros en sus sementeras las tierras eran concejiles que eran suyas mientras duraba el fruto, cada año se repartían, tenían pósitos onde encerraban cebada y cosa de comer y era de los frutos como diesmo que daban en aquel depósito para los años faltos y hacer repartimientos de limosnas. Tenían asilos en los riscos y se conservaba el grano sin dañarse muchos años lo cual ahora no puede conseguirse sin que se pique de gorgojo. Las mujeres tejían esteras de juncos majados y curados para mantas y colchones y este era el ordinario ejercicio de todos los días, y empleitos de palma no sabían bien; hacían ollas y cazuelas de barro y tostadores de greda parda con arena, y molinitos que labraban con piedras vivas; tuvieron algunas herramientas que se hallaron en unas cuevas de Tirahaca á modo de picaderas de tahonas mayores que las ordinarias de España, y almadanas de partir piedra muy grandes vendría de fuera porque tuvieron trato con mallorquines.

Tenían también palos para sacar fuego y lo hacían tundiendo uno recio con otro blando y sacaban fuego mejor que con pedernal, usaban en los enfermos de sajar con piedras de pedernal blanco, de que tienen á el poniente unos riscos á

la parte de la Gaete, mejor que con lancetas sacan sangre, usan de purgas de titimalo, tabaiba, y cardon que es venenoso y ellos lo usaban con seguridad más no le di crédito, porque donde cae una gota alza una ampolla que labra como el fuego y no nace más allí el pelo.

Eran grandes pescadores con anzuelos de cuerno de carnero hechos con agua caliente, eran aún mejores que los de España, y hacían la cuerda de tomisa de palma y puestas en varas por cañas que no las tuvieron hacían nazas de juncos marinos que tienen muchos, tenían redes de juncos y tomisa de palmas, cogían gran cantidad de pescado en charcos, corrales hechos con piedras, usábanlo los más nobles.

Tenían muchas aves palomas zoritas ó salvajes que se crían en los riscos y pardelas que son aves marinas y cantan de noche que parecen niños ó gatos que lloran y quien no lo sabe parece que es gente, y muchas veces se atribuyó ser gente porque vuelan como lechuzas, hay músicas de pájaros canarios, mirlos, capirotes y jilgueros, y aves de rapiña milanos, cernícalos, y unas aves menores que pavos, tienen el pico amarillo y pies, son mayores que los de España que llaman quebranta-huesos, es ave muy sucia busca las inmundicias, cría en los riscos es ave tímida y llamanlos guirhes, hay cuervos, tórtolas y golondrinas y abubillas y estas tres vienen y pasan á Africa.

Los alimentos que siempre en su antigüedad tuvieron fueron cebada, cabra y higos después tuvieron puercos y ovejas razas sin cuernos ni lana á modo de cachorros y estos los vió Betthen-court y su gente como lo escribió el Licenciado Juan Le Verriél su capellán que escribió con certeza, más los españoles no vieron las ovejas razas aunque es verdad que había ovejas no como las de España y más ganado era mocho.

Los árboles eran muchos sus bosques prodigiosos había de palmas casi toda la isla llena y pinos muy grandes, dragos machos es árbol particular es formado en un tronco y de allí salen muchos gajos á modo de Y simplon ó Y griega y en lo alto hacen todos un prado muy verde con las hojas que no las tiene en otra parte que en el cohollo y son á modo de hojas de lirio y el árbol es muy grande, destila una goma cuando lo hieren con güeso y no con hierro y va poco á poco destilando aquella lágrima muy rubicunda llamada sangre; deste árbol hacían rodela para su defensa y eran grandes y pintadas de divisas.

(Continuara)



LAS PRÓXIMAS FIESTAS

Con gran entusiasmo siguen preparándose las solemnes fiestas que con motivo del aniversario de la incorporación de la Gran Canaria á Castilla se empezarán á celebrar desde el día 28 del actual.

Por revestir este año dichos festejos más solemnidad que en los anteriores, ocupamos una lámina de nuestra revista con el programa oficial de las fiestas para que lo conozcan los lectores de EL MUSEO CANARIO:

Día 28

A las ocho, diana por las bandas de música militar y municipal y las de tambores y cornetas del Regimiento de Infantería Canarias núm. 2 que recorrerán las calles principales de la ciudad.

A las doce, se enarbolará la bandera nacional en los Casas Consistoriales y demás edificios públicos, y en los consulares las de sus respectivas naciones, siendo saludada la insignia de la patria española con repiques de campanas en todos los templos y profusión de cohetes voladores.

A las ocho y media de la noche función de fuegos artificiales, gran iluminación del palacio de la Ciudad y Plaza de Santa Ana, amenizando el paseo dos bandas de música.

Día 29

A las nueve, procesión cívico-religiosa del pendón de la conquista, con asistencia de las Autoridades, Corporaciones, Cuerpo consular, funcionarios públicos y tropas de la guarnición. Estas y la artillería de la plaza, tributarán á la veneranda enseña los honores correspondientes.

A las diez y media, misa solemne á toda

orquesta en la Santa Iglesia Catedral Basilica, oficiando de pontifical el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de esta Diócesis. El panegirico estará á cargo del Pbro. Licdo. D. Pedro López Cabezas.

A la una se inaugurará la exposición de los trabajos ejecutados durante el año último por alumnos de la academia de dibujo, en las Casas Consistoriales.

A las tres, distribución de pan á los pobres en los establecimientos benéficos.

A las cinco, carreras de sortija en el paseo de los Castillos.

A las ocho, verbena en los jardines de la Alameda y plazas adyacentes de Cairasco y San Francisco, iluminadas espléndidamente á la veneciana.

Dos bandas de música cooperarán á la mayor brillantez de este acto. En los mencionados jardines se organizará también una *Kermesse* destinándose su producto á una obra benéfica.

Día 30

A las cinco de la tarde, *Batalla de flores* en la calle Mayor de Triana, engalanada en toda su extensión para este acto. Destinanse varios premios para los que más se distingan en la exornación de coches y fachadas de los edificios.

A las ocho de la noche, retreta militar á la que asistirán. precedidos de sus respectivas farolas, los cuerpos de todas armas del Ejército y Armada, cerrando la marcha una carroza alegórica de la conquista de Gran Canaria.

Día 1.º

A las diez de la noche, baile de etiqueta en los salones de la Sociedad *Gabinete Literario*.

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 121. ☼

LAS PALMAS, 27 DE ABRIL DE 1901.

☼ TOMO X. CUADERNO 16

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Después de notar todos estos fenómenos, coloqué los cristales en el suelo, de suerte que puesto sobre ellos no se rompiesen. Así lo ejecuté y encontrándome, de consiguiente, aislado, interrumpí la comunicación eléctrica entre la tierra y la atmósfera. Entonces la depresión fué extrema; apoderóse de mí una sofocación tal, una especie de agonía inexplicable que no podía soportar, un sentimiento tan molesto que no era posible expresar. Varias veces repetí esta experiencia y siempre observé lo mismo; por último, no convencido todavía lo bastante y queriendo persuadirme de que aquel malestar no era una preocupación mía puesto sobre los cristales saqué mi reloj y tomándole en las manos, puse en contacto la cadena con el suelo; poco á poco me fué abandonando aquel estado de angustia, hasta que al fin establecida la corriente eléctrica que había interrumpido, volví á encontrarme en mi estado anterior. Este hecho me confirmó en la opinión que ya tenía de la acción poderosa que aquel estado de la atmósfera ejerce sobre las personas impresionables y nerviosas, sobre todo en las neurosis.

Veamos ahora cual es el efecto que este mismo estado atmosférico produce sobre las enfermedades y cual debe ser entonces el tratamiento especial que ha de emplearse.

En la misma época de mis experimentos, en el verano de 1862, se padecía en toda la comarca del Monte, Tafira, Marzágán, Dragonal y la Atalaya, muchas fiebres tifoideas, algunas meningitis y una que otra hepatitis, salvo algunas enfermedades crónicas de carácter nervioso. Cuando se presentó aquella forma atmosférica, los enfermos que ocupaban el fondo de los pequeños valles donde más se hacían sentir los efectos del calórico, sufrieron una depresión general en los Hoyos y Marzágán-Ginámar donde las tifoideas de forma cerebral sintieron sólo una ligera perturbación, al paso que los que ocupaban las alturas de San Francisco de Paula y los que habitaban en los vértices de las lomas ofre-

cieron todos síntomas alarmantes, y en varios de esos mismos se complicó la tifoidea con hepatitis y meningitis acompañadas de delirio tan intenso que pusieron en grave cuidado á las familias, que acudieron á mi auxilio repetidas veces. No sucedió otro tanto con los habitantes de los valles más espaciosos en los que si bien la enfermedad no siguió los tramites regulares, tampoco hubo atraso notable permaneciendo casi estacionaria mientras duró aquella perturbación meteorológica.

Un fenómeno extraño pero que se explica facilmente por la electricidad, noté en aquella época: todos los enfermos que vivían en cuevas, especialmente los de la Atalaya, donde hay un pueblo enteramente troglodita, y en algunos puntos de Marzágán y San Francisco de Paula donde hay muchas familias que prefieren abrirse cuevas en las rocas á fabricar casas, no sufrieron alteración de ningún género, ni en los síntomas ni en el curso del mal. Esto se explica muy sencillamente: verificándose los fenómenos eléctricos en la superficie terrestre y con mayor fuerza en los puntos más culminantes, en nada afectaba el organismo de los que vivían en cuevas y las acciones y reacciones seguían su marcha ordinaria.

Preciso es ser muy prudente y reservado en el tratamiento de las enfermedades cuando se operan estos cambios atmosféricos. En estas condiciones hallaría mi maestro Rostan el triunfo brillante de su medicina expectativa, sin embargo de que no es razonable abandonar la enfermedad á ella misma. La marcha del tratamiento no debe interrumpirse cualesquiera que sean los síntomas consecutivos, pues aunque se presenten alarmantes no es realmente que la enfermedad se haya agravado sino la tensión eléctrica que la ha conducido á tal estado, en cuyo caso un agente intempestivo traería una grave complicación. Recordaré siempre un hecho especial. Tenía yo un enfermo de temperamento nervioso sanguíneo, de veinte y cinco años de edad, que ocupaba una habitación en el vértice de una loma y que padecía una fiebre tifoidea sencilla, sometile á un tratamiento evacuante, botellas de agua caliente en los pies, bebidas un poco aciduladas ó azucaradas y como alimento tres ó cuatro caldos simples al día. Con este sencillo tratamiento el enfermo marchaba perfectamente bien; cuando se presentó el tiempo de quema ó de abajo, inmediatamente, se puede decir, el vientre se puso timpánico, la secreción de bilis aumentó acompañada de un fuerte do-

lor de cabeza con delirio intenso. A vista de estos nuevos síntomas dispuse la administración de un purgante salino que produjese diez ó doce evacuaciones, vendas de agua sedativa en la cabeza y por bebida ligeras naranjadas ó limonadas en abundancia, pues no juzgaba conveniente los revulsivos en las extremidades, temiendo excitar el sistema nervioso; y mucho menos las sangrías y sanguijuelas en la región mastoidea, convencido de que en cuanto cediese la tensión eléctrica cesarian aquellos nuevos síntomas. Observé que la familia, aconsejada por alguno de los tantos Sénecas que pueblan esta Isla, no estaba contenta con mi método curativo, pues decían que yo administraba pocas medicinas, pretendiendo por último que otro práctico continuase dándole asistencia. Esta proposición, lejos de molestarme lo más mínimo, me produjo por el contrario inexplicable satisfacción: de esta manera se me presentaba la ocasión de comparar ambos tratamientos; ó condenar mis observaciones á un perpétuo olvido ó confirmarme en ellas y hacérmelas una ley para lo sucesivo. Ya preveía el juicio que el nuevo facultativo debía formarse, según la exposición de los síntomas y el tratamiento que había de emplear.

La familia llamó á uno de esos que extienden instrucciones para los médicos, que sin más informes dictan su fallo. El profesor que se atuvo á la consulta ordenó una bebida tomada en cortas dosis, bebida que, á juzgar por el olor á éter, debía ser antiespasmódica y calmante, una sangría del brazo, sanguijuelas en la región mastoidea y dos vejigatorios en las extremidades inferiores. El tratamiento no dejaba de ser enérgico, más de lo que yo había sospechado, pero más enérgicamente funestos fueron los resultados. A los dos días vino á mi casa el desgraciado padre, llorando y diciéndome que habían asesinado á su hijo (con este lenguaje se nos trata cada vez que se nos desgracia un enfermo), y que quería volviere á hacerme cargo de él. Al pronto vacilé: el estado era grave, ni podía ni debía pronunciar mi fallo decisivo, porque aun no había llegado para los enfermos que yo había tratado un caso tan comprometido; había notado alteraciones, sabía que mientras durase aquel estado atmosférico no convenía sino atemperar é impedir los estragos consiguientes en el doliente; así me lo aconsejaba mi prudencia y la práctica. Al fin, desesperanzado pero deseoso de observar y sobre todo de estudiar, monté á caballo y me dirigí á casa del enfermo. ¡Qué cambio tan enorme en dos días! Disminuída considerablemente la evacuación intestinal con la poción antiespasmódica y calmante, el vientre había tomado formas timpánicas considerables; la sangría, las sanguijuelas y los revulsivos de la piel causaron la explosión de los síntomas cerebrales que mis evacuantes intestinales habían contenido, tra-

yendo en pos de sí la pérdida total del conocimiento y violentas convulsiones en todo el cuerpo que ya por dos veces me habían puesto en grave compromiso con otros tantos enfermos de aquella localidad. Mis esfuerzos fueron inútiles y el desgraciado joven falleció al día siguiente después de una dolorosa agonía. Los enfermos que yo había seguido tratando, según mi sistema, experimentaron mejores resultados.

Durante este tiempo existe una tolerancia extraordinaria en el organismo que debe ser más bien una parálisis de las fuerzas y disminución vital en las funciones. A prevenir suavemente los estragos que tal situación pueda causar en el orden patológico, á reanimar las fuerzas del paciente, á realzar el organismo, debe tender el facultativo, no perdiendo jamás de vista que el más ligero descuido, ó cuesta la vida al enfermo ó produce un retroceso en el mal, agravando los síntomas y habiendo por consiguiente de empezar de nuevo con menos probabilidades de curación.

Citaré á este propósito el caso de un enfermo atacado de una gastralgia que le producía por seis ó siete días, casi periódicamente, intensos dolores. Aunque yo no le asistía, le aconsejaba siempre se atuviese á las prescripciones de su médico, sabiendo, como sabía, el poco caso que hace la mayor parte de los campesinos en observar el régimen facultativo que se les prescribe. Ocurrió á este tiempo uno de esos cambios de temperatura tan peligrosos, y como era natural, la dolencia tomó un carácter alarmante. Acudió entónces é su médico como era de esperar, y éste en vista de aquel estado le propinó unas píldoras que debía tomar por la mañana, al medio día y á la noche, una cada vez. Por las preguntas que ya le había yo hecho, más bien como amigo que como médico, había llegado á comprender la índole del mal, lo que unido á la circunstancia del tiempo, me movió á aconsejarle la prudencia en el uso de aquella medicina, que en mi concepto no debía ser otra cosa que cierta dosis de opio en altas cantidades, como por los resultados tuve luego tiempo de conocerlo, añadiéndole que entre tanto soportara con paciencia sus dolores hasta que cesase del todo el estado de la atmósfera, exponiéndose acaso á adquirir una enfermedad más grave. Las órdenes del médico eran, sin embargo, contrarias á las mías: habíale dicho á su cliente que las tomase sin cuidado mientras no sintiese incomodidad alguna y hasta la completa cesación del dolor. Como era consiguiente callé y esperé el resultado que no se hizo aguardar mucho tiempo. A los tres días fuí llamado á verle con urgencia. Acudí prontamente y le encontré con todas las señales de los efectos producidos por los narcóticos.

Dr. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)

¿DÓNDE ESTÁ LA CRÍTICA?

Varias veces me he lamentado de que no haya entre nosotros nadie que ejerza la crítica con espíritu ilustrado é independiente. Otros se lamentaron de lo mismo, y ya somos muchos á echar de menos la aparición de un verdadero crítico, látigo en mano.

Nuestra producción literaria solo obtiene el visto bueno benévolo de los periódicos que la anotan con un breve comentario, lisonjero siempre para los autores. Todo lo halla nuestra prensa excelente, óptimo si se trata de cosas de literatura regional (escribo *regional* dando la mayor latitud posible al término). Aquí no hay más que dos clases de crítica: la periodística, que no encuentra nada malo, y la de los corrillos y tertulias que no encuentra nada bueno.

Tan exagerada una como otra, solamente la primera merece ser tomada en cuenta, porque la otra es anónima é irresponsable. Esta última constituye el terror de los escritores, sobre todo de los principiantes. Cuando alguno se lanza á escribir por primera vez, cuando *se estrena* en el escenario de las letras, no hay duda que dice, ó piensa si no lo dice: —¡Me despellejarán en la esquina del Casino!

También hay exageración en esto. El despellejamiento suele reducirse á una cuchufleta ó una frase desdeñosa dicha á costa del neófito, después de lo cual el alegre concurso cambia de tema y no tiene seguramente *l'embarras du choix*, porque los temas no abundan.

Semejante crítica—llamémosla así—no pasa de ser un entretenido ejercicio de esgrima. Tintas, cintarazos, rasguños más bien; pero al aire. No hay lastimados, no hay contusos; nadie siente los golpes, nadie puede exclamar *touché!* como en los concursos de tiradores. A veces se dan palos, pero son palos de ciego: los que pegan no saben porque pegan.

Muy diferente es en sus procedimientos y en sus resultados la otra crítica, la crítica de los periódicos. Aunque no lleve firma, lleva la autoridad de lo que se publica, de lo que sale impreso. Contribuye á formar y á destruir reputaciones; las más de las veces á formarlas, por obra y gracia de un optimismo hermoso

que se funda en un proteccionismo extremado ó en una indulgentísima camaradería. Así como la censura libre y con frecuencia iletrada de los corros callejeros muerde siempre, los críticos de los periódicos siempre acarician. Aquellos ostentan por divisa: *¡garrotazo y tente tieso!* Estos exhiben por lema el verso latino: *¡date lilia!* Los primeros arrojan cardos sobre los escritores; los segundos arrojan flores.

No se vea en lo que estoy escribiendo ánimo de mortificar á nadie; cada cual está en su sitio, donde le llevaron y le pusieron sus gustos ó sus sentimientos, sus aficiones, sus compromisos. A muchos les inspira santo horror la literatura y no quieren que brote esa planta, según ellos, maldita: por eso sentencian y condenan en bloque á todos los escritores de la región. Otros, por el contrario, movidos de un anhelo generosísimo, creen impulsar el desarrollo de nuestras letras incipientes aplaudiendo y alabando cuanto las prensas lanzan á los consabidos cuatro vientos de la publicidad.

El hecho es que no sale por ninguna parte un crítico, fuera de esos sueltos é indocumentados con cátedra puesta al aire libre. ¿No habrá entre nosotros quien reúna las condiciones necesarias para ejercer el altísimo magisterio, cultura, serenidad de juicio, golpe de vista certero, y lo demás que por sabido se calla?

Claro que no tenemos Sainte-Beuves ni Clarines; pero hombres habilitados para ejercer una crítica respetable, les hay, aunque pocos. Sabemos donde están y sabemos porque no actúan. Ellos también sufren sin poder vencerlas las influencias del ambiente social. Aquí hay que censurarlo todo *sotto voce* y elogiarlo todo en alta voz, en la voz resonante y difusa del libro, del periódico, si se quiere vivir en paz. Merced á este cómodo procedimiento, se dan casos de individuos que ellos mismos se fabrican reputaciones artificiales y ellos mismos se encargan de destruirlas.

Las causas de que no se haga crítica verdadera entre nosotros son varias, pero la principal es esta: — ¡No me toque Vd. á la marina!

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



LAS BRUJAS DE JOAQUÍN SANTANA (1)



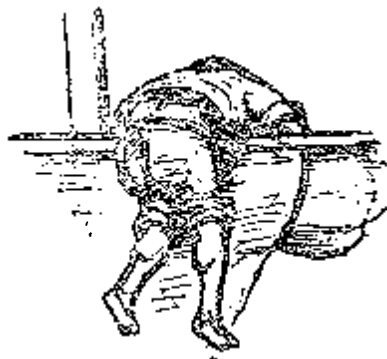
En una noche de Agosto, sentados al fresco en la puerta del Casino, y, ocupando, como de costumbre, la acera con nuestras sillas, el capitán de fragata retirado don Pablo nos contó lo siguiente:

—Ya saben ustedes que rodé por esos mundos durante mi juventud; pero cuando empecé á estar maduro me acogí á puerto y me vine á ser comandante de Marina de Las Palmas, donde he nacido, y de comandante estuve hasta que me retiré.

Yo ejercía entre la gente de mar, entre los marineros de la pesca de la costa de Africa sobre todo, una especie de dictadura con la que me arreglaba divinamente; y tengo la pretensión de creer que la tal dictadura era muy del gusto de la gente que me obedecía.

A veces hasta llegué á deshacer matrimonios mal hechos. Verán ustedes.

Yo conocía, como á casi todos, á un marinero formalote que había hecho la campaña del Pacífico ganándose en ella una cruz por su comportamiento en El Callao, y otra por una de esas acciones heroicas que tienen por escenario un palo y unas cuerdas y que ustedes los de tierra no conciben. Fué que en la travesía del Cabo de Hornos, en un temporal deshecho, salvó el barco en que servía tomando el rizo de una vela con riesgo infinito y con habilidad y con coraje.



Se llamaba el hombre Joaquín Santana, andaba en uno de los barcos pesqueros de la costa de Africa y yo le apreciaba bastante por su formalidad y demás. Sabía que se había casado con una tal Carmilla *la Maja*, de quien no tenía muy buenas noticias, pues se decía si tenía ó no tenía un lío.

Cuando hete aquí que me veo entrar un día en mi despacho al bueno de Joaquín Santana, muy turbado y con la lengua muy dificultosa para decirme lo que se le ocurría.

—¿Qué es lo que te trae por aquí, Joaquín?

—le pregunto.

—Pues misté, mi comendante;—contestó el marinero—yo á lo que vengo es á ver si usted me asepara de mi mujer.

—¿Separarte yo de tu mujer? ¿Qué dices, hombre? ¿Tienes algún motivo?

—Pues, mi comendante, el motivo es asina... que para mí sí es motivo, porque, mi comendante, mi mujer por las noches se va y me deja en la cama, ¡y no le echa la llave á la puerta, sino que la deja abierta!

—¿Y qué tiene que ver la puerta, hombre? Tu mujer no irá á hacer nada malo: irá á visitar á alguna amiga.

—No, mi comendante; si á mí no me importa cosa mayor adonde va mi mujer; pero, ya ve usted, ¡dejarme la puerta de casa abierta! ¡de noche! ¡cuando estoy solo en la cama!

Aquella mansedumbre me enfureció y le dije cuatro frescas; pero él no se dió por entendido, y siguió inculpando á su mujer por el grave delito de dejar la puerta abierta; y cuando yo le pregunté si tenía miedo á alguien me contestó:

—Las brujas, mi comendante. Sí, ríase usted todo lo que quiera. Yo en la mar todo lo que se me pida, mi comendante. Ya sabe usted que me gané la cruz en el Cabo de Hornos con aquel juriacán, en aquella noche de los demonios con el frío y el hielo que había en las vergas. Pues sí; en la mar todo lo que se quiera; pero en tierra no me gustan juegos, y ya ve, mi comendante: yo en la cama, solo en la casa... la puerta abierta... las brujas... de noche... náa, que yo quiero asepararme de mi mujer.

—Pues sí te separaré,—le contesté,
—pedazo de animal, cobarde. ¿Con que en vez de coger al *tiesto* de tu mujer y romperla á palos todas las



(1) Del libro, próximo á publicarse, *Cuentos de la vida y de la muerte*.

costillas que tiene, me vienes con brujas y con historias? Quitateme de delante si no quieres que te largue una de *toletazos* que te vuelva loco.

Enseguida, por medio del cabo Paz, que era mi policía para estos casos, me enteré de que la tal Carmilla la Maja era una *personaja* de lo más arrastrado, que tenía un querindango; y le dije al cabo que tanto ella como su marido Joaquín se me presentaran al día siguiente.

Con los datos que tenía no se extrañarán ustedes que en cuanto ví entrar en mi despacho, sonriendo con muy poca vergüenza, á Carmilla la Maja, que era guapa ¡eso sí!, la disparé como primer chupinazo:

—Valiente cara tienes de perra. Mira, aquí vamos á arreglar esto en un momento para que te separes de tu marido; porque si no os separais por las buenas os separo yo á estacazos.

—Señor,—dijo á esto el Joaquín—yo estoy conforme, para que no haya dificultad, en que se repartan los muebles.

—Bueno, pues á repartirlos. Habrá una cama ¿no es eso?

—Sí, señor, mi comendante. Pero la cama que se la lleve ella.

—Pues que se la lleve. ¿Qué más hay?

—Pues hay los cuadros de Gonzalo de Córdoba y de Zulema, que esos, mi comendante, los quisiera pa mí, porque me gustan; y como Gonzalo de Córdoba...

—Está bien; tú te llevas los cuadros.

En fin, que así, con pocas palabras se procedió al reparto. La mujer se llevó la cama y cuatro sillas y

una rinconera y alguna cosa más, y él se quedó con otras cuatro sillas y otra rinconera y los *cuadros* de Gonzalo de Córdoba y Zulema y no sé qué más. Y todo quedó arreglado en un momento sin expedientes ni papelotes, y yo tuve la satisfacción de saber al poco tiempo que Joaquín Santana se había embarcado en uno de los barcos de la pesca del *salado*, y que cuando venía á Las Palmas desembarcaba para comprar su provisión de tabaco, ron y *rapadura* y volvía á bordo para no desembarcar ya hasta el otro viaje, libre así de los líos de su mujer y sobre todo de las brujas, que siguiendo una superstición muy general entonces entre la gente de mar, tanto le atemorizaban en tierra.

Y mi contento subió de punto, porque yo soy así, un día de Enero ó Febrero en que me encontré en el Risco con un barullo que parecía una *juerga*, al preguntar por la causa de aquel holgorio y oír que me contestaban:

—Es que se ha muerto Carmilla la Maja.

—¿Sí? Pues que la entierren—me dije;—así quedará tranquilo del todo Joaquín Santana.

No volví á ocuparme del asunto. Llegó Mayo y con él la fiesta de la *Catumba*. Yo estaba muy embutido en mi uniforme de gala, en la iglesia de San Telmo, rodeado de los pilotos y de toda la gente del puerto, oyendo la misa, cuando veo que el cura se pone á leer unas amonestaciones y oigo con asombro:

—Joaquín Santana, viudo, con Fulana de Tal, viuda.

¡Ah, perro! ¿Con que después de haberme hecho á mí trabajar como un condenado en deshacer tu primer matrimonio, y venirme con el miedo de las brujas y el reparto de los muebles y los cuadros de Gonzalo de Córdoba, te me vuelves á casar? Vas á ver lo que es bueno.

Enseguida le digo á mi factotum el cabo Paz:

—Que se me presente mañana Joaquín Santana.

Se me presentó el hombre; y cuando le pregunté que por qué se casaba después de lo pasado, me respondió:

—Mi comendante; es que me hace falta mujer para mi casa; pero no tenga cuidado mi comendante: esta no es como la otra, es una mujer formal.

—¿Qué formal ni qué calabazas! Ahora te parecerá formal y á los cuatro días vendrás para que te descase por miedo á las brujas.

—No, señor, mi comendante; si usted la viera no diría eso.

—Pues á traérmela enseguida.

—Está ahí afuera, en la puerta, esperándome.

—Que entre, que entre. Vamos á ver á esa buena pieza.

Y entró la mujer, y después que la ví, dí mi consentimiento para el matrimonio sin temor de que Joaquín Santana volviera á tener nada que ver con las brujas.

¿Que por qué? Pues porque era vieja y fea como un demonio.

¡No, lo que es con esta no tendría motivo Joaquín Santana para tenerle miedo á las brujas!



ANTONIO GOYA.

(Dibujos de Uno.)

de D. Cirilo Alvarez



HISTORIA DE LA CONQUISTA

de la

GRAN CANARIA

escrita por

EL CAPELLÁN Y LICENCIADO PEDRO GÓMEZ ESCUDERO

(CONCLUSIÓN)

A los niños recién nacidos echaban agua y lavaban las cabecitas á modo de bautismo; y éstas eran mujeres buenas y vírgenes que eran las Marimaguadas, y decían que tenían parentesco como nuestros padrinos; no daban razón de esta ceremonia y era en Canaria y Tenerife, mas no supimos de otras islas, aunque los usos eran comunes; conocían haber demonio que padecía dentro de los volcanes de la tierra y que el alma del hombre no moría con el cuerpo, aunque otras veces ni lo afirmaban ni lo negaban; eran bárbaros sin ley ni secta; ni conocían oración, sino conocer que había Dios que les daba buenos años y castigaba y vengaba agravios; sus leyes eran los preceptos de sus mayores que amaban y obedecían con puntualidad, primero dejándose morir desriscados que darse vencidos; fueron en esto muy cabezudos todos los isleños. Otras más cosas particulares se podían traer, mas esto es lo más común y que se sabe.

Parece que por lo que los maxoreros y canarios creían admitían la inmortalidad del alma, que no sabían luego explicar; tenían los de Lanzarote y Fuerteventura unos lugares ó cuevas á modo de templos onde hacían sacrificios ó agüeros, según Juan de Le Verrier, onde haciendo humo de ciertas cosas de comer que eran de los diezmos, quemándolas tomaban agüero en lo que habían de emprender mirando al humo, y dicen que llamaban á los Magos que eran los espíritus de sus antepasados que andaban por los mares y venían allí á darles aviso cuando los llamaban, y éstos y todos los isleños llamaban encantados y dicen que los veían en forma de nubecitas á las orillas del mar los días mayores del año cuando hacían grandes fiestas, aunque fuese entre enemigos, y veíanlos á la madrugada el día del mayor apartamiento de el sol en el signo de cáncer, que á nosotros corresponde el día de San Juan Bautista.

Tenían por muy cierto que en el cielo está el Señor Omnipotente y en las entrañas de la tierra el Demonio á quien llamaban Galiot (otros dijeron Gaviota ó Guaiot) que padecía grandes tormentos, y en otro lugar que llaman campos ó bosques de deleite están los encantados llamados Maxios y que allí están vivos y algunos

están arrepentidos de lo mal que hicieron contra sus prójimos y otros desvarios; esto decían los más avisados Faicanes; había doce, seis en Telde y seis en Gáldar.

Muchas y frecuentes veces se les aparecía el Demonio en forma de perro muy grande y lanudo de noche y de día y en otras varias formas que llamaban Tibicenás; hacían cosas que parece que el demonio les ponía en semejantes riesgos de subir por peñas y riscos y traer maderos de grandísimo peso y en otras para hincarlos tan fuertemente que se ven algunos encajados en riscos que parece imposible á hombres.

Algunos dijeron que se casaban con cinco mujeres; como se ha dicho es falso; se casaban siempre con una mujer que le duraba hasta que uno de los dos muriese. Pedro Luxan en sus diálogos matrimoniales dice que una canaria tenía ó casaba con cinco varones; también fué falso, que mientras tenía uno no admitía otro sobre graves penas de adulterio que se castigaba con mucho rigor; antes siempre fué mayor la cantidad de mujeres que de hombres, que para uno había diez; tuvieron ley de matar todas las niñas que tuviesen como no fuese primera en el primer parto por haber venido á número de catorce mil familias y ser años estériles mucho antes de la conquista; cuando querían casar á la doncella estaba regalada y acostada en la cama por tiempo de treinta días para que estuviese gorda y barriguda, y si flaca nunca tenía marido; la noche antes del desposorio se la entregaban sus padres á el Guanartheme para que la hubiese y cuando él quería el día ó dos después se la entregaba por la mano á el marido. Las casas de mujeres religiosas eran sagradas para el delincuente; llamábanlas Tamogante en Acoran, que significa casa de Dios. Tenían otra casa en un risco alto llamado Almogaren, que es casa santa, y allí invocaban y sacrificaban, regándola con leche todos los días y que en lo alto vivía su Dios y tenían ganados para esto diputados; también iban á dos riscos muy altos, Tirmah en el término de Gáldar, y otro en Tirajana llamado Humiaya y riscos blancos (1). Juraban por estos dos riscos muy solemnemente, á ellos iban en procesión con ramos y palmas y las Maguas ó vírgenes con vasos de leche para regar, daban voces y alzaban ambas manos y rostro hacia el cielo y rodeaban el peñasco y de allí iban á el mar y daban con los ramos.

La cuenta del año no era otra que por las lunas. Tenían grandes higueras que no hubo en otra parte y eran todos de un género de higos blancos por fuera y ásperos y por dentro colora-

(1) Llamados hoy de la Santidad.

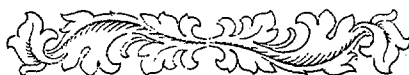
dos y bien maduros eran sabrosos; pasábanlos y hacían sartas de juncos y panes pisándolos y apretándolos; dicen que los mallorquines trajeron estos árboles y fueron de el fruto producidas. Cuando reconocían en la costa del mar haber cardume de pescado se arrojaban á nado hombres y mujeres y muchachos y la rodeaban y hacían venir cerca de tierra y con esterás de juncos poniendo piedras por la parte baja sacaban gran cantidad de sardinas y lisas que repartían entre sí; si llegaba mujer y traía niños, á todos daban su parte, y aunque viniese preñada le daban parte á la criatura.

Primeramente esta Isla de Canaria, según relación de los canarios, fué gobernada entre capitanes ó muchos señores y cuando vino á ella Juan de Bethencourt ya había un Rey solo llamado Artemy que murió en Agüimes en un reencuentro contra los franceses; este fué hijo de una varonil mujer llamada Andamana que siendo doncella quiso gobernar y aconsejar á los más valientes, y ellos despreciándola, escogió casarse con uno llamado Gumidafe, atrevido y valeroso, que en poco tiempo se señorearon la isla y tuvieron á Artemy, y éste tuvo dos hijos que fueron los Guanarthemes de Gáldar y Telde cuando vinieron los españoles, el uno llamado Egonagache Semidan, y el de Telde Bentagaihe, habiendo de hacer sus juntas en Gáldar habían de ir á ellas los de Telde por haber sido su gobierno siempre en Gáldar en las cuevas de Faracas junto a Gáldar; y el de Telde, siendo soberbio, negó el homenaje y de aquí hubo discordias, viéndose con más tierras y vasallos que juntaban diez mil hombres y el otro hermano seis mil y nunca lo pudo vencer. Tenía cada Rey seis capitanes de los más esforzados y valientes llamados Guaires, el de Telde tenía á estos cuando vinimos los españoles: Mananidra, Nenedan, Bentohey, Bentagay, Guanhaben, Antindana. Los de Gáldar eran, Adargoma, Tazarte, Doramas, Xama, Gaifa, Cataifa. Desde Tamarasaite hasta Arguineguin eran los términos uno de Gáldar y otro de Telde. Fuera de esto hubo otros muy esforzados que tuvieron entre sí grandes contiendas, como fueron Gariragua, de Telde, contra un Guaire de Gáldar, Adargoma, que lo venció; otro, Abian, gran ladrón de ganado y enriqueció de robos que hizo, era de Telde. Adargoma era mediano de cuerpo, muy ancho y robusto, de grandiosas fuerzas, y significa espaldas de risco; no hubo hombre que le estorbase beber una taza de agua aunque le tirasen del brazo á dos manos, la llevaba á la boca con mucho sosiego sin derramar sola una gota, y fué gran luchador. De Maninidra se cuentan muchas cosas: fué cristiano, llamóse Pedro, mu-

rió en la conquista de Tenerife. De otro llamado Nenedan, que por disgustos pasó con Diego de Herrera á vivir á Lanzarote, fué cristiano, llamóse Adan Canario. Tuvo el de Telde otro muy valiente en gran manera, mas en un desafío lo mató Adargoma de una pedrada en los pechos, llamado Aventaho. Bentagai desquitó á su amigo en otro desafío. Tuvo también á Xitama y á Garfa, Tixandarte, Gararona, Naira y otros muchos.

El Guanartheme de Gáldar, llamado Egonagache Semidan, tuvo muchos, como Athacaite, grandioso y desmesurado cuerpo, que significa gran corazón las mujeres le llamaban Arahisenen, que significa salvaje; y á Doramas que era más mediano y ancho de pecho y espaldas y de muy anchas narices, que esto significa su nombre. A este mató Pedro de Vera en Arucas de una lanzada. Levantóse contra los de Telde y cuando murió su Rey y no pudo señorearlos, aún más le temió el de Gáldar y acogíase en una gran cueva que estaba en un monte ó bosque de su nombre, de grandes y espesos árboles. Otro hubo gran luchador, Guanhaben, del pueblo de Tunte, que teniendo un desafío de lucha con Caitafa, habiendo estado casi dos horas forcejeando uno contra otro, le dijo Guanhaben viendo ser imposible vencerle: *«harás tu también lo que yo hiciere?»* sí, dijo Caitafa y corriendo uno tras otro se arrojaron por un alto risco, haciéndose ambos pedazos. Desafiáronse dos de estos, uno de Telde, que recibió un golpe á puño cerrado á voluntad de otro su contrario en el estómago y fué tan fuerte que por dos horas estuvo sin sentido y habiendo de recibir el retorno á voluntad del paciente le dió tal puñada en las quijadas que se las desbarató y de ello murió al tercero día en Gáldar.

En el lugar de Arucas se hallan, cavando la tierra, sepulturas con algunas cosas antiguas como ollas y vasos de barro tosco con manteca ya muy pasada de los tiempos y cebada tostada y gamuzas y en cierta parte una botijilla de barro de levante mas no vidriada llena de unas moneditas de áspero cobre pasadas de orin á modo de las blancas de Castilla; señalaban un león y de la otra parte un manojo de saetas que son armas de Aragón.—FIN.



ADQUISICIONES DEL MUSEO CANARIO

EN EL MES DE MARZO DE 1901

Día 15

25 cráneos: uno de ellos con un trozo de cuero cabelludo y cubierto con otro trozo de estera de forma especial y cuatro con fracturas osificadas y al parecer hechas por piedras.

26 costillas parte de un mismo esqueleto.

1 pelvis completa.

2 homóplatos.

2 clavículas.

2 brazos completos sin manos.

2 extremidades inferiores sin pies.

1 antebrazo momificado con parte de la mano.

1 esternón.

21 vértebras.

4 rótulas.

2 calcáneos.

2 astrágalos y varios huesos del metatarso.

20 punzones ó agujas de hueso.

1 trozo de cuerda en forma de trenza.

1 trozo de tejido.

2 bolsitas, una grande y otra pequeña incompletas.

3 cabelleras completas: una castaño oscuro, otra castaño claro y otra rubia.

8 bruñidores: uno largo en forma de mano de mortero, otro cónico y seis planos.

2 trozos de pieles curtidas.

2 tapitas de barro.

3 asas de idem.

1 trozo de jarro presentando la particularidad de tener el asa pegada al borde superior.

1 pico también de loza de barro.

1 cacerolita ovalada como si fuera un juguete.

7 trozos de vasos canarios de distintas formas, algunos de ellos con asas.

1 cacerola grande con dos asas, faltándole parte del fondo.

1 vaso canario, forma cónica, en buen estado, faltándole un asa.

1 vasijo da madera, incompleto, con un asa.

Todo procedente del barranco de Guayadeque.

Día 28

6 cráneos completos.

8 punzones ó agujas de hueso.

22 bruñidores de piedra volcánica.

2 bruñidores pequeños en basalto pulimentados.

1 muela de molino pequeña, al parecer juguete.

1 trozo de vasijo en piedra volcánica, también al parecer juguete.

1 tapadera en piedra volcánica.

1 muela superior de molino en varios trozos.

4 trozos de muelas superiores de molino.

Varios trozos de cacerolas, platos y vasos canarios y que quizá pueda formarse algún ejemplar completo.

Todo procedente del barranco de Guayadeque.

* *

DONATIVOS AL MUSEO CANARIO

EN EL MES DE MARZO

2 cráneos incompletos.

5 trozos de idem.

7 humeros.

8 cúbitos.

7 radios.

13 femures.

11 tivas.

8 peronés.

8 costillas.

3 clavículas.

3 esternones.

6 coxis.

11 huesos iliacos.

Varias vértebras.

Varios huesos del metatarso y metacarpo.

2 rótulas.

Todo procedente de donde dicen Cruz del Inglés, Monte Lentiscal, y donado por D. Eladio González.



EL MUSEO CANARIO
HEMEROTECA

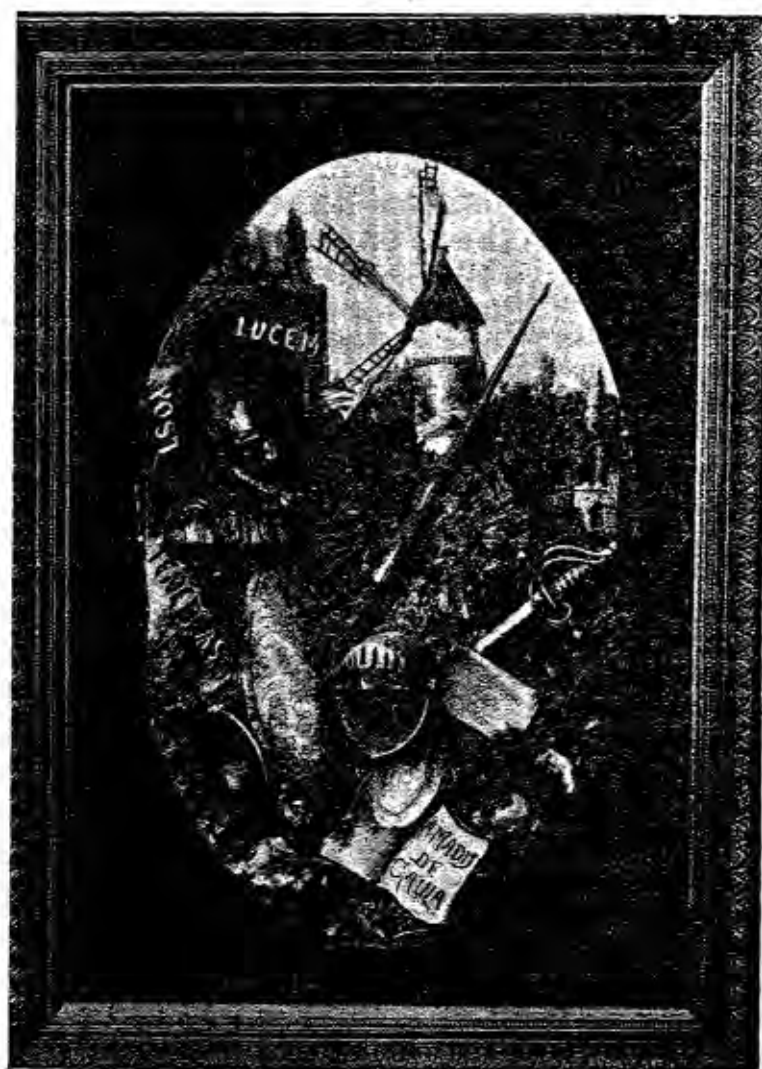
El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. Núms. 122-23 ☼

LAS PALMAS, 11 DE MAYO DE 1901.

☼ TOMO X. CUAD.º 17 Y 18



Alegoría del Quijote.

BAJO-RELIEVE ESCULPIDO POR MANUEL PÍCAR

Y ADQUIRIDO EN SEVILLA POR EL MARQUÉS DE JEREZ DE LOS CABALLEROS.

ESTUDIOS HISTÓRICOS Y PSICOLÓGICOS

ACERCA DE LAS ISLAS CANARIAS (1)

El pueblo canario no sólo ha revelado los rasgos de su originalidad en el desenvolvimiento de su vida interna, en sus costumbres, literatura, juegos, bailes y cantos, sino en el tipo particular de cultura que ofrecen las ciudades americanas por él fundadas, y, así también, en el sello isleño que supieron imprimir al movimiento progresivo nacional, en los reinados de Carlos III y Carlos IV, nuestros consejeros de la Corona, nuestros generales, nuestros diplomáticos, nuestros académicos, nuestros arzobispos y obispos.

El pueblo canario, aunque sea la fusión de los antiguos elementos indígenas y españoles, y de otros extranjeros que entraron en una menor proporción, y haya adaptádose á la vida europea y á la nacional, bajo la comunidad del trabajo y las demás condiciones de las sociedades modernas, conserva siempre inalterables los rasgos característicos que imprimen el medio geográfico, la raza y las tradiciones.

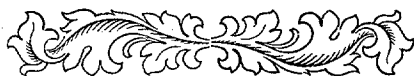
La familia canaria no ha perdido al través de cuatro siglos de civilización europea la conciencia de su vida como colectividad; ni ha dejado de constituir en su evolución un clima social. Si en parte se han desfigurado sus caracteres típicos con el régimen centralizador de las modernas constituciones españolas, reviven hoy en los cantos, juegos y bailes de la tierra, en la literatura regional y en el recuerdo glorioso de sus antiguos fueros y libertades. Sin haber germinado nunca en tierra canaria la innoble semilla del separatismo, no piensan los habitantes del archipiélago, sin embargo, en distintos órdenes de cosas, como piensan los peninsulares, ni sienten y quieren éstos al igual de aquéllos. Más que nuestro particularismo insular ha influido en estas diferencias la deformación por que pasa el espíritu nacional después de la primera invasión francesa, al implantarse en el suelo patrio leyes centralizadoras de sabor extranjero y de dudoso sentido moral, que han corrompido los organismos del Estado y han hecho declinar en el alma nacional la hidalguía caballeresca, el espíritu guerrero, el sentimiento religioso y los demás rasgos

que dieron al pueblo español los caracteres más salientes de su personalidad histórica, impulsándole á realizar la grandiosa epopeya de la evangelización de las Américas, la celebración del Concilio de Trento y la dominación moral de todo el mundo por la religión, por la ciencia, por la literatura y por las artes.

A los habitantes de las islas Canarias causa impresión dolorosa la desaparición de los grandes ideales de la patria, en medio del vocerío bizantino de la prensa y las intrigas del Parlamento. La degeneración va alcanzando á todo. La ola de inmoralidad que de día en día crece y se desarrolla invadiendo el campo de la política como el de la administración, el del teatro como el de la novela, el de las costumbres públicas como el de las privadas, llega también á estas Islas impulsada por la acción centralizadora y burocrática dominante, y está produciendo en nuestras ciudades y en nuestras aldeas, al par que profundo malestar social, honda perturbación en el espíritu público y en las costumbres. Aún los hombres que militan en los partidos más avanzados, animados de un alto patriotismo y de una gran penetración política, ven con repugnancia esas tendencias de nuestros gobernantes dirigidas á destruir la religión nacional, enervando las más vigorosas energías nacionales y llevando la incredulidad y el desaliento al palacio del rico como á la choza del pobre. A los hombres de todos los partidos causa viva indignación la corrupción que en las costumbres públicas produce el incumplimiento ó el falseamiento de la ley del sufragio; la impunidad en que queda la mayor parte de los delitos por la deficiencia ó errores de las leyes procesales; el aumento espantoso de la criminalidad, que resulta de esto, y la acción deletérea de una prensa que, por lo general, destruye todo sin edificar nada; vislumbrándose bajo tan funestos auspicios la ruina segura de nuestra civilización y de nuestras antiguas y patriarcales costumbres, de no haber una regeneración radical en la vida nacional ó un cambio en el régimen político de esta provincia en el sentido descentralizador y liberal que exigen los antecedentes históricos de este archipiélago.

(1) El presente artículo es parte del trabajo que con igual título acaba de enviar su autor á la Real Academia de la Historia.—N. de la R.

M. DE OSSUNA.



Las Sociedades Económicas

Y EL PROBLEMA DE LA REGENERACIÓN

Entre los acordes de un vals y los compases de una mazurka, en el último sarao del *Gabinete Literario*, acercóseme Rafael Ramirez y tomándome aparte, me dijo de buenas á primeras:

—Tengo un gran proyecto, para el cual cuento con su cooperación.

—Poco vale ella—le respondí,—pero ya sabe Vd. que siempre está al servicio de las causas buenas.

—Buena es esta, me parece. Y si no, escuche usted.

Efectivamente, mientras allá dentro, en los salones repletos de brillante concurrencia, proseguía la danza arrastrando y enardeciendo en sus giros alegres á la dichosa juventud, nosotros, que somos *piernas quietas y cabezas locas*, nos pusimos á hablar de asuntos serios, demasiado serios para tratados en medio del discreto bullicio de una fiesta mundana. El vértigo elegante del *pas de quatre* comenzaba á desarrollarse, la orquesta nos enviaba una apasionada invitación al baile, cuando mi amable interlocutor, que es todo inquietud y todo energía, como sabéis, se dejaba caer con estas concluyentes palabras:

—Se trata de un proyecto atrevidísimo, pero hermoso, que si se realiza, dará á Canarias gloria y provecho á la nación.

—¡Diablo! Usted me *intriga*, como dicen los galiparlangantes; pero ¿no sería mejor por el momento lanzarnos en la ronda diabólica del *pas de quatre*? Después hablaríamos.

—No, ahora, ahora mismo. Hablar nunca será tan pecaminoso como bailar. Recuerde Vd. al padrecito Claret:

*Jóvenes que estáis bailando.
Al infierno vais marchando...*

Esto no reza por ningún concepto con nosotros; pero conviene tenerlo presente. En cambio, hablando lo más que puede perderse es tiempo, y no es poco perder...

Hablamos largamente del proyecto de Ramirez y Doreste, que en efecto, grande y hermoso me parece. Grande por lo nuevo; hermoso por lo magno. El iniciador no había exagerado; cumplida la feliz idea en forma conveniente, quedaría Canarias honrada, España bien servida.

Dicho proyecto, dicha idea—dirélo llanamente,—reducese á promover una gran reunión ó congreso de todas las Sociedades Económicas del reino para encarar y resolver los principales problemas relacionados con el porvenir de la patria: el problema de la valorización del suelo y el problema del mejoramiento de la enseñanza pública. Entre esos dos términos, toda la existencia nacional está contenida. Si el pueblo español no trabaja, si el pueblo español no se ilustra, perecerá. Aumentar su riqueza y su cultura debe ser la obra que se propongan cuantos se interesen por su salvación.

Semejante obra está reclamando tiempo ha el concurso de las fuerzas vivas del país. Las So-

ciudades Económicas, creadas por la ilustrada y valerosa iniciativa de Carlos III, han llegado á ser fuerzas muertas. Infundir nueva savia, nuevo espíritu en esos organismos empobrecidos, fortalecerlos, rejuvenecerlos, será contribuir directamente á la regeneración española; mucho más si se lograra que el primer acto de la acción común de las mencionadas sociedades tuviera por objeto los fines prácticos, concretos é inmediatos expresados renglones atrás. Y si, sobre esto, se logra que sea nuestra Económica, la Económica de Las Palmas, quien lleve la delantera en la campaña, quien dé el primer impulso para el movimiento, quien haga la convocatoria para la gran reunión proyectada, secundándole todas las restantes, quedará probada la afirmación hecha al principio: honraremos á Canarias y serviremos á España.

La Real Sociedad se ha ocupado ya del proyecto, haciéndolo suyo; el público lo ha recibido con entusiasmo, la prensa lo apoyará con decisión. Sólo falta que se inicien los trabajos tendientes á recabar la ayuda de las demás asociaciones similares. Yo creo que se conseguirá, porque lo que se proyecta, lo que se propone, entra dentro de los fines fundamentales de las Sociedades Económicas de Amigos del País.

Fueron ellas creadas principalmente para promover el desarrollo de los intereses materiales, para trabajar por el fomento de las fuentes de producción y riqueza. En la actual crisis de la patria, crisis económico-político-social, crisis gravísima, crisis de múltiples aspectos, crisis que reclama el auxilio y la buena voluntad de todos, nada han hecho las Sociedades Económicas en cumplimiento de su vasto programa constitutivo.

Tan nula es su influencia, que se las da por estériles, por inútiles y acabadas. ¿A qué esperan para demostrar que todavía viven aunque débilmente, que aspiran a vivir mejor, á robustecerse, á tomar parte importante en la obra general de reconstitución y de reforma? O aprovechan este momento y se rehabilitan, ó tienen que resignarse á desaparecer.

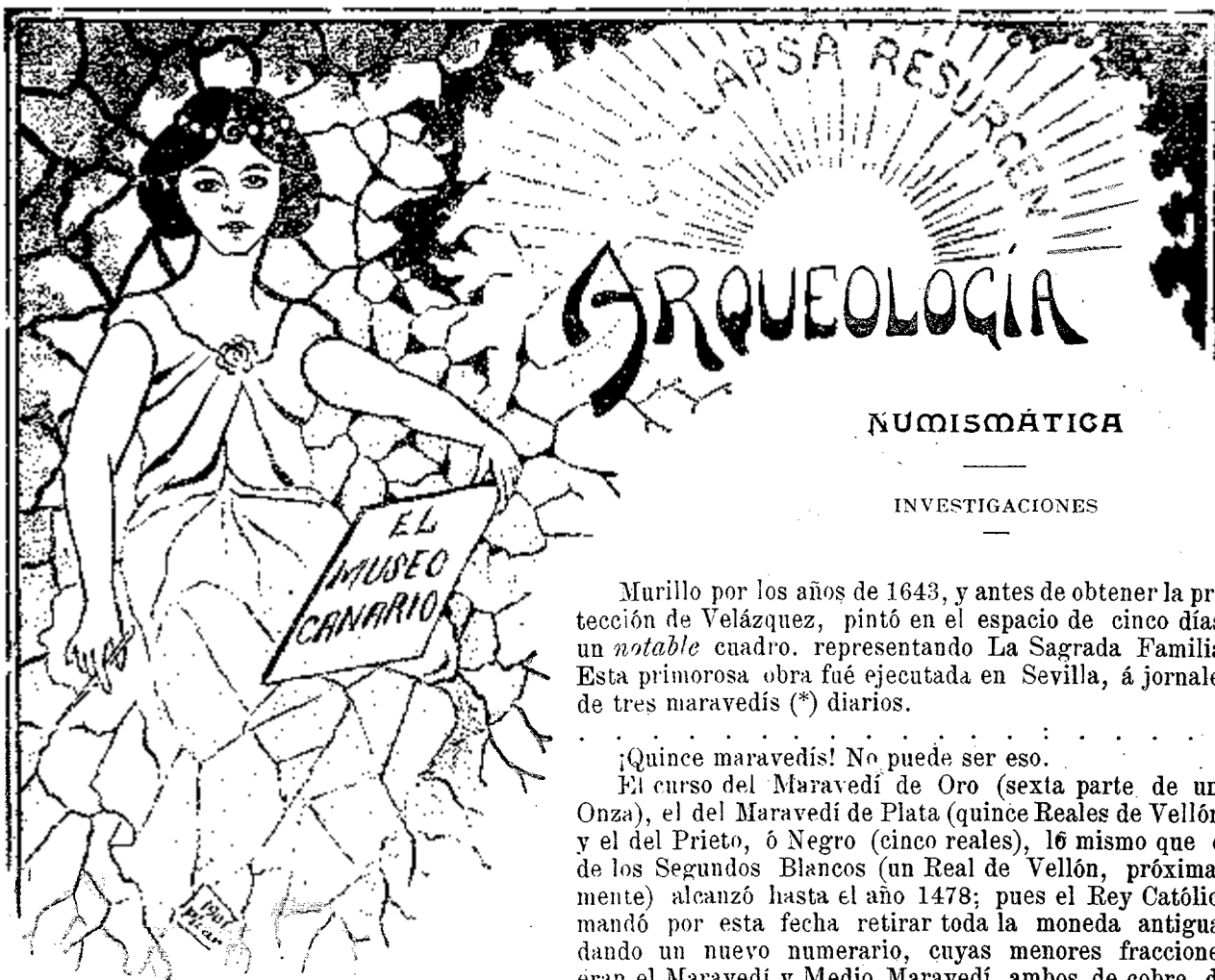
La rehabilitación, el influjo real y benéfico sobre el porvenir de España sólo habrán de lograrlo con la unidad de miras, de propósitos y de actos. El pensamiento de Rafael Ramirez y Doreste es el único medio de conseguir esa unidad.

Claro que al llevarlo á la práctica se tropezará con grandes inconvenientes; pero no hay obstáculos que no venzan una inteligencia ilustrada y un ánimo firme puestos al servicio de una buena causa. Y el iniciador es de los hombres acostumbrados á perseverar, á luchar y por consiguiente á vencer.

Comiencese desde ahora la propaganda, interesando en ella cuantos buenos elementos haya disponibles dentro de Canarias y fuera de Canarias; más tarde será la ocasión de fijar las bases del futuro Congreso y los puntos que deberán someterse á sus deliberaciones.

Sobre todo, no desmayemos y pongámonos á la obra.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



Murillo por los años de 1643, y antes de obtener la protección de Velázquez, pintó en el espacio de cinco días, un notable cuadro, representando La Sagrada Familia. Esta primorosa obra fué ejecutada en Sevilla, á jornales de tres maravedís (*) diarios.

¡Quince maravedís! No puede ser eso.

El curso del Maravedí de Oro (sexta parte de una Onza), el del Maravedí de Plata (quince Reales de Vellón) y el del Prieto, ó Negro (cinco reales), lo mismo que el de los Segundos Blancos (un Real de Vellón, próximamente) alcanzó hasta el año 1478; pues el Rey Católico mandó por esta fecha retirar toda la moneda antigua, dando un nuevo numerario, cuyas menores fracciones eran el Maravedí y Medio Maravedí, ambos de cobre, de un valor, el primero próximamente igual al de los cono-

cidos vulgarmente de Fernando VI, Carlos III, Carlos IV, Fernando VII é Isabel II, último maravedí emitido. Aquella disposición tuvo alguna tolerancia, pero en definitiva se hizo firme, por la Ordenanza de Medina del Campo de 13 de Junio de 1497, mandando cesar y extinguir toda la moneda de oro, plata y cobre que estuviera antes en circulación.

Según esto, para pagar en conciencia á Murillo, ó las Capuchinas de Sevilla, quebrantando las Reales Pragmáticas, le entregaban los jornales en maravedís de oro, ó de plata, ó abusaron descaradamente de la pobreza y desamparo del artista.

Veintitrés cuadros brotados de su inteligencia, atesora el ex-Convento de Capuchinas de Sevilla. ¿Serían todos ellos pintados á jornal de maravedís? En medio de estas tristes divagaciones, se me ocurre un pensamiento consolador.

La Dobra morisca, y aún el Suelto de Oro visigodo y el Aureo romano, pudieron llamarse maravedís con algún sobrenombre; algo de esto se desprende de los autores numismáticos.

Los pequeños cuadros de Murillo valen hoy de 15 á 20.000 pesetas; la Concepción robada por Soult alcanzó un precio de 123.000 duros; el San Antonio... es inapreciable.

Aunque le hubieran pagado los jornales en Doblas de Castilla ó en Coronas (esta última de valor de 350 maravedís) siempre sería un pago mezquino. Estas piezas, como sus cuadros, han subido de precio en la actualidad. ¡Oh, la vetustez!

Las Doblas, Florines, Coronas, Aguilas, Excelentes y Ducados, monedas que tenían de 20 á 25 pesetas de oro de toda ley, tras de su mérito arqueológico, han alcanzado precios fabulosos; su escasez, ocasionada por disposiciones de gobierno, por el crisol del platero que buscó sus muchos quilates, por el tiempo que destruyó su contextura delicada, han hecho subir su corto valor de aquella época á 300 y 500 pesetas en los Florines y Doblas; á 1.000 pesetas en los Ducados y Coronas y hasta 5.000 en las Aguilas y Excelentes.

El Maravedí de Oro se le llamó Suelto y valía tanto como seis Maravedises Blancos Burgaleses. (Tiempos de D. Alfonso el Sabio).

Una nota hallada en un escrutinio de monedas, hecho en el año 1763, dice: que el Maravedí de Oro tenía en valor efectivo, trece reales de vellón, once maravedís y un tercio de maravedí.

Otra nota: el Maravedí se componía de quince sueldos, correspondiendo á cada sueldo, treinta maravedís y un quinto de maravedí, á cada sueldo seis dineros, y á cada dinero cinco maravedís y una muy pequeña parte de maravedí ¿quién lo entiende?

(*) La Academia dice maravedís en el plural; un tratado de numismática dice maravedises.

Otra nota: (Tiempos de D. Alfonso XI) Cuatro sueldos á ocho dineros, hacen treinta y dos dineros, y componen tres maravedís de á diez dineros cado uno, y sobran dos, ¡vaya una gracia!

Otra nota: (Tiempos de Enrique IV) El Florín vale ciento y tres maravedís y el Real de Plata de Enrique III valía tres maravedís novenes, ó diez y seis de Enrique IV.

Tiempos de los Reyes Católicos: dos Blancas forman el maravedí, y treinta y cuatro maravedís forman el real de plata.

Diccionario General de la Lengua Castellana: Maravedí m. Moneda antigua española, que tuvo diversos valores. || Trigésimacuarta parte de un real de vellón.

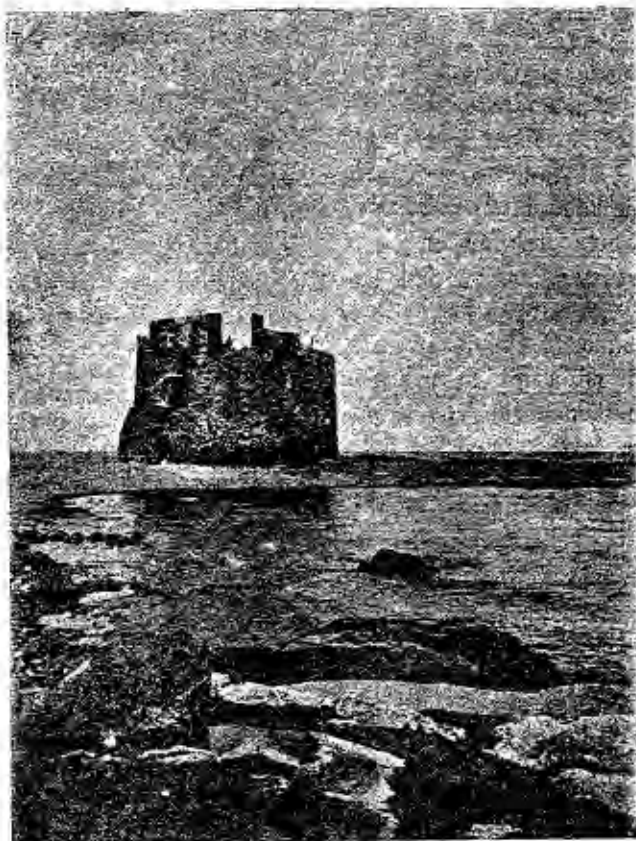
Con razón dice Pedro de Cantos: «Entre las monedas españolas, no hay otra tan intrincada y confusa como el Maravedí, porque hasta el nombre está lleno de variedades.»

Como final diré: que la palabra maravedí es de la lengua árabe y significa moneda y que siempre (estudio arqueológico) se aplicó en España á las piezas de plata y oro en general y nunca á las de cobre, hasta que nuestros Reyes, enamorados tal vez de la palabra, la incluyeron en el idioma, creando una moneda especial con este nombre, que según mi cuenta, empezó en los Reyes Católicos, y llegó como tengo dicho hasta Isabel II.

En consecuencia, ampliando estas noticias, aunque sintiendo cansar al lector, diré: que todas las cuentas que se pagaron expresadas en maravedís, en el tiempo de Murillo, 1617, 1662, fueron en la dicha pequeña moneda de cobre y que su «Sagrada Familia», valorada hoy en 15.000 pesetas, fué adquirida entonces (tiempos de Felipe III) en *tres cuartos y tres maravedís*, á más de unas sopas y una ensalada, que acostumbraban dar al medio día á los jornaleros aquellos espléndidos señores. ¡Valientes sinvergüenzas!

MANUEL PÍCAR.

Teror, Marzo de 1901.



LAS PALMAS.—CASTILLO DE SAN CRISTÓBAL.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

El enfermo presentaba síntomas alarmantes y su estado era más grave de lo que me había podido figurar, pues había tenido vómitos, boca sumamente seca y una sed insaciable; las evacuaciones alvinas no se ejecutaban y la orina se había suspendido y esto se acompañaba de un profundo letargo; los ojos inmóviles y las pupilas cerradas, el pulso lento, la piel fría y cubierta de sudor. Al instante reconocí que era el opio la causa de este grave estado. Hice traer inmediatamente un vomitivo enérgico para desalojar del estómago y aún de los vasos absorbentes el narcótico que podía contener; enseguida le administré una poción con base de tanino y café, y por último prescribí fricciones generales y rudas sobre la piel, al mismo tiempo que hacía compresiones regularizadas sobre el torax para activar la respiración. Así felizmente pude salvarle de la muerte.

¿Cómo explicar ahora esta acción tóxica instantánea cuando en el espacio de tres días ningún efecto había causado el narcótico? Según los principios que he consignado, nada hay más sencillo. Durante el período en que había reinado el viento llamado levante, las funciones del estómago eran incompletas, el movimiento peristáltico, lo mismo que las secreciones y reabsorción, se hallaban casi en estado atónico y el medicamento se había ido depositando como en un saco, donde, si bien creo fué en parte atacado por los jugos del estómago, no se pudo verificar la absorción sino en una mínima parte. Pero he aquí que de repente cambia el estado atmosférico y entonces se halla el estómago en posesión de una gran cantidad de sustancia, que ó ha de pasar en masa por el torrente de la circulación ó ser expulsada. En el primer caso pueden sobrevenir gravísimos accidentes capaces de comprometer la vida del enfermo: en el segundo se salva éste. El individuo en cuestión se encontró en el último, gracias á la prontitud con que le administré el vomitivo y acudí á neutralizar con el tanino los efectos perniciosos del tósigo que no pudo desalojar aquel revulsivo.

LUZ

Este agente tan necesario, bajo cuya influencia se llevan á cabo varias funciones orgánicas sin las que la existencia sería imposible, tiene por fuente el sol, la electricidad y una temperatura elevada. La física enseña que la atmósfera es un cuerpo transparente y que al atravesar por ella la luz solar la

hace pasar por tres órdenes de fenómenos: una parte es absorbida, otra la atraviesa libremente y la tercera es reflejada. Gracias á esta última propiedad podemos contemplar la hermosura de la bóveda celeste, que de otra suerte aparecería negra. El paso de la luz por las gotas de agua que se hallan en la atmósfera produce los magníficos cambiantes que presenta el arco iris y otros varios fenómenos análogos. Su rapidez es tal, que siendo la distancia del sol á la tierra de 38 millones de leguas, la recorre en ocho minutos y trece segundos. La luz reflejada se halla sometida á leyes que constituyen la parte de la óptica que llaman catóptica: lo mismo que la refractada que llaman dióptica. Si tomamos una cantidad de luz y la dejamos penetrar por una abertura en un cuarto oscuro, se observan los fenómenos siguientes: 1.º una acción luminosa sobre el aparato de la visión; 2.º la luz se dirige en línea recta; 3.º la temperatura se eleva; 4.º produce una acción química; 5.º si se la hace pasar por un prisma se descompone en una serie de colores que constituye el espectro. En una palabra, se ven en el rayo luminoso tres efectos primordiales: el lumínico, el calorífico y el químico. Por este orden de fenómenos se comprende la inmensa importancia que tiene sobre el reino orgánico y particularmente sobre nuestra economía y la superficie cutánea en el que por su acción especial produce, según algunos autores, el color que se observa en los habitantes de los diferentes países.

Bajo la influencia de la luz llevan á efecto los vegetales sus funciones, cuya marcha gracias á los trabajos modernos nos son perfectamente conocidas. En los lugares privados de este agente la vegetación desaparece, al paso que donde más se hace sentir presentan más á lo vivo sus propiedades, las resinas son abundantes y á ella deben su olor y su sabor. He pasado á las tres de la tarde en verano por entre los bosques de pinos de Canaria, único en su especie, y el aroma que desprendían sus resinas embalsamaban la atmósfera y calmaban la excitación producida por el calorífico. Lo resistente de sus maderas, llamadas teas, demuestra la libertad con que la luz los baña. A la luz deben las flores sus magníficos colores, sin que sea del caso explicar ahora bajo qué rayos se operan estos fenómenos.

En una palabra: la luz es la vida, su ausencia la muerte. La necesidad es tal que si en un cuarto oscuro se hace germinar una planta y por una abertura se le deja penetrar una cantidad de luz, se la ve dirigirse como atraída por un instinto particular á recibir sus impresiones para conservar su existencia.

La influencia del sol y de la luz es tan potente que se observa que las gallinas privadas de esos agentes y de la libertad de moverse al aire libre, no

sacan pollos y si salen algunos, nacen endeble y enfermizos, sucumbiendo por lo general, al poco tiempo. Esto se observa con frecuencia en Las Palmas.

Ella produce asimismo sobre nuestra economía efectos de suma importancia. Basta decir que hay un órgano especial destinado á la luz, que es el ojo, que posee la maravillosa propiedad de amoldarse á su intensidad, pues cuando es débil, la pupila se dilata y deja pasar una cantidad de rayos luminosos, cuando es intensa se contrae para disminuir su cantidad; pero ambos extremos suelen ser funestos, causando graves enfermedades en el aparato de la visión. La intensidad de la luz se aumenta con el color blanco y disminuye con el negro. Sin embargo, en Canaria, á pesar de blanquearse las casas con cal, las cataratas las amorosis y todas las enfermedades del aparato de la visión son raras y hay puntos donde son más frecuentes. En el ex-Monte Lentiscal, cuyo terreno es oscuro y de naturaleza volcánica, pocas veces fuí consultado para enfermedades de esta clase y nunca ví una catarata, lo que acontece en todos los puntos que guardan la misma analogía, pero en Taíra se observa con frecuencia varias dolencias de los párpados y del globo ocular. En Las Palmas tiene lugar un hecho importante. Las conjuntivitis y las keratitis se presentan algunas veces y con más frecuencia en el barrio de las Arenas, cuyo fenómeno depende sin duda del suelo formado de una arena blanquecina llena de cristales que refleja mayor número de rayos luminosos, observación tanto mas exacta cuanto que los pescadores, que durante una temporada van á ejercer su industria al Puerto de la Luz y llevan sus familias consigo formando una población de más de doscientas personas, padecen entonces varios de ellos de los ojos, al paso que cuando están en Melenara ó en otros puntos donde las arenas son negras, jamás se quejan de esta dolencia. Tal es ya la práctica que la experiencia les ha enseñado, que no se cuidan de este mal que saben habrá de cesar en cuanto varien de domicilio.

He tratado varias conjuntivitis que han resistido á todas las medicinas posibles y sólo con hacer ir á los enfermos al Monte Lentiscal se han curado sin necesidad de otro medio. También he observado que los habitantes del Ingenio y del Carrizal, punto que refleja mucho el calor y la luz, padecen de oftalmias crónicas que, por lo general, son blefaritis palpebrales granulosas, aunque sospecho que no sea aquella la sola causa y presumo que el vicio herpético entra por mucho en esta dolencia.

Segun la opinión de los fisiologistas, la luz tiene una acción directa sobre todas las partes del ojo. Influenciado este órgano por ella, se trasmite su acción al cerebro y de ahí provienen muchas enfermedades, con especialidad las que tienen por base las

excitaciones, al mismo tiempo que la oscuridad produce fenómenos diametralmente opuestos; al principio produce ésta tranquilidad en el cerebro, pero prolongada sin recibir la masa encefálica ninguna clase de sensaciones externas afluyen los recuerdos y las ideas, de lo que resulta que, no hallándose la vista en situación de colocar los objetos en el estado que realmente deben tener en una ocasión dada, se opera un gran desacuerdo en la inteligencia y es causa de grandes errores.

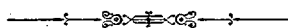
Aplicada la luz sobre la piel excita el tejido celular y le hace desarrollar con intensidad, activa la transpiración y tonifica la piel, fenómenos que se hallan poco desarrollados en las altas clases sociales y en los individuos que por sus profesiones se ven forzados á hallarse al abrigo de la luz, resultando de esto ese color pálido mate, esa impresionabilidad y propensión á contraer toda clase de enfermedades en oposición completa con los que se hallan frecuentemente en presencia de este agente, como resulta con los que se ocupan de trabajos á la intemperie. No obstante, el abuso de este elemento vital es origen de eritemas y muchas otras enfermedades que pueden producir tristísimos resultados. En fin, según los fisiologistas, se debe á la luz la variedad de coloraciones que presenta la piel de los pueblos, según se hallan más ó menos influenciados por ella desarrollando más ó menos pigmentum, base del color.

Atribuir, sin embargo, exclusivamente á la luz la propiedad de coloración de la piel no me parece muy aceptable. Estoy muy lejos de negar que tenga bastante influencia para modificar el organismo, pero hay otro orden de causas más elevado. Se necesitan condiciones cósmicas especiales, que modificando el organismo, obre entonces por trasmisión, y se perfecciona, según las localidades, este hábito orgánico contraído. Los importantes trabajos hechos sobre las razas humanas nos lo darían á conocer; pero son estas cuestiones de otro género que no pueden tener lugar en estos Estudios consagrados á otro objeto muy distinto.

Con todo, concretándome á la Gran Canaria, consignaré una observación notable por más de un concepto. Existe en la Isla un valle, del que me he ocupado, conocido con el nombre de Caldera de Tirajana. En ese punto, poco después de la conquista, hacia el año 1490, se establecieron grandes ingenios, haciendo venir negros de la costa de Africa para el cultivo de la caña y elaboración del azúcar.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuad)



LA ESPADA DEL BOER

Así hablaba un boer á su espada la víspera de la batalla, oprimiéndola contra su pecho y besando repetidamente su empuñadura, enhiesto sobre su caballo: ¡Oh espada mía, no me abandones, séme fiel y ayúdame en el combate! no desmientas la tradición heroica que dice que tu acero formó parte de una de las picas que los suizos usaron en la batalla de *Morgastén*. No has figurado nunca en el férreo cinto del guerrero, ni en el tahalí dorado del magnate, no has acompañado jamás al trovador en la cortesana zambra, ni ayudado al espada-chín en sus arrestos. Aun en la guerra tu misión ha sido de paz: has sido siempre honrada, fiel y modesta. Coadyuvaste á la libertad de un gran pueblo, en manos de un gran ciudadano, Guillermo Tell. No desmientas tu origen y no te arredres; quien dió la libertad jamás podrá proporcionar la esclavitud. Mucho más desigual y desproporcionada fué aquella campaña victoriosa, que no ésta en que vamos á mezclarnos. Tú como yo, aborreces la tiranía: si honrada fué la mano que te dirigió contra los austriacos, no lo es menos, yo te lo juro, la que va á empuñarte contra los ingleses. ¡Oh espada mía, seme fiel y ayúdame en el combate!

A mis padres he oído que allá cuando el decreto de Nantes obligó á mis abuelos á abandonar la Europa, uno de ellos te trajo en la cintura. Desde entonces, nos has acompañado en todos los sitios donde la ambición desmedida de Inglaterra nos ha obligado á habitar. Tú nos has defendido de las asechanzas bárbaras de las tribus indígenas; tú nos ayudaste contra los pérfidos britanos. Más tarde, cuando la paz nos consintió dedicarnos á las faenas agrícolas, fuiste primero hacha con que penetramos en el bosque, y posteriormente azada con que fecundamos nuestros campos. Así te heredé yo de mis mayores, y cuando la actual guerra nos ha obligado á proporcionarnos armas, por mis propias manos he forjado tu acero, y vuéltote á la antigua existencia. Con más orgullo te obsto que si hubieras pertenecido á uno de los grandes potentados de la tierra, pues entonces significarías tiranía, y con tu modesto origen quieres decir libertad. ¿Qué me respondes, espada, seremos vencedores? ¡Oh, no te amilanes y ayúdame en el combate!

Al estrecharte contra mi pecho, al besar tu pomo, siento estremecerse tus células de acero: tú no eres inerte cuerpo sin vida, vil materia inorgánica como todos suponen: tú alientas, tú tienes alma! Te siento palpar, y me comunicas tu entusiasmo cuando te abrazo. Me anuncias la victoria con tu misterioso movimiento. Sí, te oigo responder á mis palabras.

¿Qué me quieres? ¿A tu vez me dices que no me

arredre? ¡No me conoces! Si Guillermo Tell te blandió tanto en Morgastén que á su alrededor se juntó tal número de cadáveres que llegó un momento en que creyó imposible poder salvar aquella barrera de carne aun caliente y humeante, y tuviste que ayudarle para que saliese de la espantable fosa; si fuiste tú la que coadyuvaste principalmente á la derrota de Leopoldo de Austria, sentando con tu esfuerzo las bases de la libertad de un gran pueblo; si te cupo la gloria de que te empuñara Stanffacher, y que más tarde te blandiera entre sus robustas manos el heroico suizo, que en el momento de atacar Carlos *el Temerario*, Duque de Borgoña, se echó sobre sus caballeros y reunió sobre su pecho ocho ó diez lanzas, para dejar una brecha por donde pudieran acometer sus inermes conciudadanos aquella muralla de viviente acero; yo te juro que ahora han de ocurrir hechos tan altos, como ese de que tanto te ufanas, que si en el fragor de la batalla se hace preciso ir hacia la muerte, no han de faltar pechos boers que acometan el riesgo, que si preciso fuese distraer la atención de los ingleses y atraer sobre algunos de nosotros el fuego de sus cañones, no uno, mil de mis hermanos están dispuestos al sacrificio. ¿Qué es la muerte? Morir por la patria es nacer á la eterna inmortalidad.

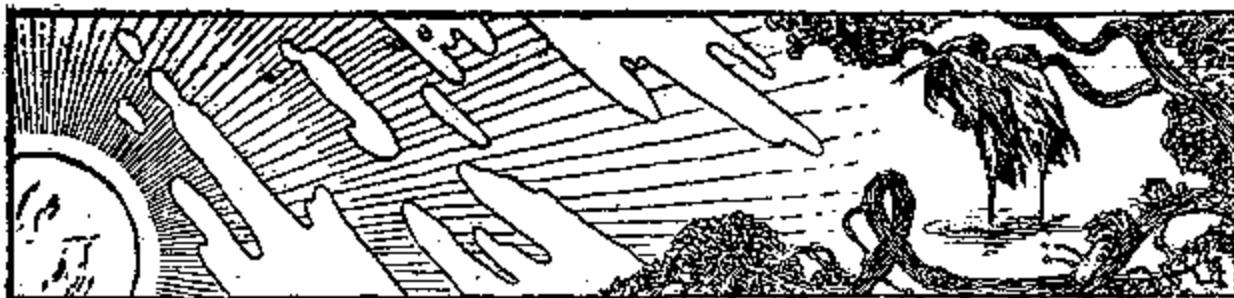
¡Oh espada mía, yo te ofrezco días de glorioso triunfo! Ya verás cómo nos portamos en la batalla, nada nos arredra, pues estamos dispuestos á edificar con nuestros propios huesos el monumento de la libertad del mundo.

Ya sabes quien soy, y no ignoras que há poco poseía un hogar feliz, una esposa amada y mis hermosos hijos. Nos viste despedirnos, y observarías que no hubo entre nosotros ni suspiros, ni lágrimas, ni luto. Nuestra separación fué alegre, y tal vez ¡ay! no volvamos á encontrarnos, y así ha sucedido porque partimos del principio de que aun la muerte es grata, cuando se muere como un hombre libre. ¡Pero no, venceremos!

Tú me lo anuncias con el violento palpitar de tu corazón de hierro. ¡Oh espada mía, ayúdame en el combate, protéjeme en la refriega, y á mi vez te juro devolverte á tu pristina forma, y hundirte victoriosa, libre nuestro pueblo, en las entrañas de la fecunda tierra.

FRANCISCO PENICHER Y LUGO.





Desde Madrid

ARTE Y LETRAS

SUMARIO: Expresión de las artes.—La arquitectura.—España monumental.—Madrid anti-estético.

Donde quiera que una idea ó un sentimiento se expresen con una línea, con un relieve, con un color, con un sonido, con una palabra, allí estará el arte, soberano y espléndido, encarnando la suprema belleza de lo espiritual y la eterna poesía de las cosas.

Desde lo grande á lo pequeño, siempre se hallará el orden mientras haya una idea viva ó una pasión latente.

Tan prodigiosa es la cúpula de San Pedro en Roma, alzándose en lo alto y perdiendo su remate de piedra en la inmensidad azul, símbolo de la grandeza de una idea absoluta, de un poder abstracto, y al mismo tiempo encarnación en las líneas del granito de la más grande aspiración humana, de toda la cristiana fé que busca el eterno bien en los cielos, como una frase de Shakespeare, como una estrofa de Dante, en que también la humanidad tiene un grito de rebeldía, un acento de amarga queja ó el himno á la esperanza de una próxima redención.

El arte lo abarca todo, crea como Dios, y como la naturaleza esculpe y pinta, se fecunda y canta.

Tal vez el más imperfecto, por la escasez de medios de expresión, sea la arquitectura. A eso obedece, sin duda, el concepto que de esta tuvieron los hebreos y los egipcios, considerándolo como secundario en orden al rango estético, si bien diéronle importancia poniéndolo al servicio de grandes ideales, dejando en la piedra esculpida la historia muerta de los viejos pueblos, y encerrando en líneas el carácter de los mismos, ligero, grácil, femenino, como el genio táico, en los frisos y en las columnas del Partenon,

pesado, truculento, magestuoso, como el alma del imperio faraónico, en las moles talladas de las Pirámides y en la sillería bordada á cincel de los templos de Memfis y Tebas y en las sepultas pagodas á orillas del Nilo sagrado.

Será la línea insuficiente á expresar una alta idea con ceñida concreción, y será también incapaz de exteriorizar con todos sus vagos matices un hondo sentimiento, pero yo no sé qué tiene que en medio de sus indecisiones parece que vuelan mejor los sueños del alma que la contempla y que el corazón adivina y comprende el pensamiento que el artista quiso encerrar, interpretando el espíritu de todo un pueblo.

* * *

Madrid es de una arquitectura desastrosa é inhábil. Hay una monotonía de líneas, una igualdad desesperante en sus construcciones. Recorrer sus calles cansa, como el viaje por una inmensa llanura uniforme y gris.

Nuestros arquitectos antiguos supieron hacer una España monumental. Ahí están Toledo, Sevilla, Córdoba, Salamanca, donde cien generaciones de artistas fueron dejando impresas en la piedra la evolución del arte y toda nuestra historia. Románica, gótica, árabe; después toda la explosión de los revolucionarios del renacimiento, así aparece nuestra España vieja.

Del arte nuevo no tenemos en nuestra nación más modelos que los de Barcelona y San Sebastián.

Madrid se rejuvenece, es verdad, pero renueva lo viejo, lo revive, lo reencarna, conservando su aspecto estrafalario.

No hay más que mirar sus templos sin gusto, sin arte, con sus interiores que nada dicen, con sus cúpulas que nada hacen soñar, ni aun mientras nos arrodillamos bajo el cimborrio de San Francisco el Grande, que encanta, es verdad, pero con sus galas de ornamentación, y porque dejan los ojos en éxtasis los *frescos* suaves del pincel de Ferrant.

Cánsanos enseguida la pobreza de estos templos madrileños, sin la magestad de los de Toledo y sin la gracia de los de Avila, donde no se advierte no ya la inspiración de una idea grande, como la que trazó el Escorial, ni siquiera el *sprit* artístico que concibiera la elegante contextura de la Giralda.

El arte arquitectónico de los templos madrileños es vulgar, es pobre de solemnidad. Sus naves oscuras parece que gravitan pesadamente y que angustian los corazones; los arcos y las columnatas, los atrios

y las cimbras de los pórticos cáense de aburrimiento, deslíense en una sosería cargante, abrumadora, y de dentro parece que nos corren, que nos empujan á la calle, la miseria de la ornamentación, los retablos de cartón piedra con sus barroquismos extravagantes, las hornacinas con relieves y escopladuras de torpe hierro, los púlpitos sin adornos, descarnados y miserables, cubiertos con paños, y no de las viejas sedas conventuales, y las tallas sin expresión, sin espiritualidad y sin vida.

Yo me he cansado en los días de la pasada Semana Mayor, de ir recorriendo todos los templos de Madrid, y huyendo del profano ruido de las calles donde las buenas hembras madrileñas envalentonaban con sus rostros encuadrados en la clásica mantillas, corrí á las iglesias á demandar un átomo de fé religiosa y un destello de arte para un alma fatigada, encontrando solo como Castelar en Roma, el desaliento y la duda.

ANGEL GUERRA.



ISLA DE GRAN CANARIA.—CALDERA DE BANDAMA.



LA TUMBA DEL DEÁN

Cual joya primorosa que labrara
el estilo ojival
luce su claustro de belleza rara
la vieja catedral.

El belto se levantan sus pilares
de un patio alrededor
que embalsaman narcisos y azahares
y rosales en flor.

Forman del claustro las gastadas losas
museo sepulcral,
y se pisan allí las viejas fosas
del clero catedral.

En sus letreros rudos y anticuados,
escritos en latín,
vensa nombres de obispos, prebendados
que dieron allí fin.

Por las altas ojivas recaladas
entra riente el sol
y á las pétreas imágenes sagradas
da nimbos de arrebol.

En un rincón del claustro dos amantes
se entregan al placer
de un íntimo coloquio, y palpitantes
el hombre y la mujer,

sienten cual si en sus venas se encendiera
de la sangre el ardor
y que el ambiente aquel de Primavera
les grita:—¡Amor! ¡amor!

Y excitan los perfumes de las flores,
con hilito sensual,
deseos, en los dos abrasadores,
y un delirio carnal.

Olvidanse del claustro en que se hallan,
del lugar de oración,

y con fuerzas escasas ya batallan
contra ciega pasión.

Olvidan que sus pie-^{huellas} huellan la fosa
de un famoso Dean,
«modelo de virtud» dice su losa,
de amor de Dios volcán;

que jamás á la carne miserable
su espíritu rindió;
de castidad ejemplo memorable,
milagro que vivió.

En el sepulcro en que jamás entraron
aire ni claridad
en los trescientos años que pasaron
de quieta obscuridad,

gastado ya el mortero que á la losa
marcada con la cruz
uniera con el suelo, entra olorosa
ráfaga de aire y luz;

aire y luz que la vieja tumbaorean,
que en su negra estrechez
la dormida materia espolvorean
de sol y brillantez.

Y cuando el soplo aquel de Vida llena
la mansión funeral,
de ardiente beso el estallido suena
como un grito triunfal.

¡Un beso que juntó labios tremantes
con divino temblor!

¡Un beso de los jóvenes amantes,
embriagados de amor!

¡Un beso que á la momia polvorosa
tiene fuerza á animar;
voz del Diablo temida y poderosa
emblema del pecar!

¡Un beso, tentación de la Lujuria,
de la infernal pasión
que en vida flageló el Deán con furia,
con santa indignación!

¡Y los restos tranquilos en la Muerte
va la Vida á turbar
con infernal conjuro? ¡Irá la inerte
ceniza á despertar?

Aun á la boca hundida y entreabierta
se agarran con tesón
labios pergaminosos, carne muerta
que olvidó la oración;

y al penetrar en la entreabierta fosa
el amor y la luz,
pasando por debajo de la losa
marcada con la cruz,

aquellos labios pronunciar parecen:
—¡Vade retro, Satán!—

¡Y de miedo á la Vida se estremecen
los huesos del Deán!

ANTONIO GOYA.



(Dibujos de Uno).

JUANUCO

Casi en la misma orilla del mar, en una playa dilatada y hermosa, se extendía el pequeño caserío de pescadores cuyas sucias viviendas de aspecto miserable delataban á la legua la indigencia en que vivían aquellas pobres gentes rudas y simpáticas.

De seis familias se componía la tribu pescadora y todas iban viviendo unidas estrechamente al calor de un afecto puro, sincero, generoso, prestándose apoyo mútuo y ayudándose reciprocamente las unas á las otras con cariño fraternal de seres que veían en cada semejante un hermano.

¡Consolador era el espectáculo ejemplar que daba á la ciudad espléndida donde hervía y fermentaba la malsana fiebre de odios y egoismos, el pobre aduar de pescadores!

Los viejos habitantes de aquella parte de la costa que hemos tomado como marco y escenario de este cuento, la habían bautizado con el nombre extraño de *Las sebas*, por abundar muchísimo esa especie de crin marina de acre y penetrante olor...

Pues bien; allí en el monton apiñado de barracas de *Las sebas* vivía Juanuco, como le llamaban sus compañeros, un mocetón fuerte, viril, robusto, alto, de complexión atlética, cara curtida por el sol y el aire del mar, ojos revoltosos y expresivos, pequeño bigote y cabello enmarañado, en desórden, rebelde á las caricias del peine.

Entre todos los pescadores, Juanuco era el más respetado por su carácter serio y rudo á pesar de ser sumamente bueno y noble en el fondo. Las mozas se disputaban su cariño y los hombres cada vez que se ofrecía hablar de él exclamaban con firme convicción:—Juanuco es un hombre para todo, corazón de oro y puños de gigante, frase gráfica que retrataba de cuerpo entero al novio de Guadalupe. (Ahora conviene conocer á ésta.)

Guadalupe sin ser bella era una jóven hermosa, de una hermosura salvaje que atraía. Alta y varonil, morena, con gracia ruda, de ojos grandes y rasgados de pupilas fulgurantes, que despedían un brillo extraño, algo así como de amor y celos, seno levantado, turgente, caderas amplias y bien torneadas y continuamente arrogante y gallardo de mujer sugestiva, de hembra sensualmente provocadora que pasaba excitando los nervios y encendiendo la sangre... Vivía también en *Las sebas* con sus ancianos padres y dos hermanos consagrada á las rudas faenas de la pesca.

Guadalupe y Juanuco hacía tiempo que eran novios; se amaban con toda el alma y ya estaba resuelto que en breve habían de jurarse amor eterno y fecundo ante el altar.

Y en el matrimonio pensaban...

* * *

Hacia ya cuatro días que el mar embravecido no cesaba de rugir con furia de monstruo indomable.

No recordaban los pescadores de *Las sebas* tempestad igual ni siquiera parecida. El viento bramaba y las olas como montañas querían escalar el cielo luciendo en el aire sus penachos de espuma para venir luego á estrellarse coléricas contra los peñascos de la costa azotados por el embate del oleaje... Hasta los viejos marinos que jamás habían temido las cóleras del mar, se mostraban sorprendidos y anonadados ante el espectáculo imponente, soberbio, pavoroso que presentaba el Océano.

Diariamente y á todas horas aparecían en la orilla restos de barcos náufragos, que el mar escupía á la costa. Los habitantes de *Las sebas* estaban aterrados, horrorizados: jamás habían visto al mar tan *rabioso*. ¡El mar que ellos tanto amaban por no ser propiedad de nadie, por ser de todos al revés de la tierra que es de unos cuantos poderosos que la explotan explotando al mismo tiempo á la humanidad entera!

Los pescadores iban perdiendo la esperanza de poder de nuevo dedicarse á sus faenas. El mar seguía bramando y el estado de aquellos infelices era muy angustioso, casi desesperado. Ya les faltaba hasta que comer. ¡Hacia cerca de dos semanas que las pequeñas embarcaciones de pesca estaban secas sobre la arena de la playa!

¿Quién se atrevía á echar la lancha al agua? Nadie. Lanzarse al mar en aquellos días de tempestad era buscar una muerte segura, sacrificándose inútilmente. Pero á pesar de todo, el sacrificio se imponía y era preciso realizarlo aun á costa de la vida, con valor, sin desfallecimientos ni cobardías, con serenidad de mártir, con abnegación de héroe...

* *

Reunidos todos los pescadores de *Las sebas* se

disponían á echar suertes con objeto de ver á quien le tocaba salir á pescar, cuando se presentó Juanuco y enterado de los propósitos de sus compañeros manifestó con una resolución firme y heroica que revelaba lo grande de su alma:—Ha llegado la hora de que yo hable con la franqueza que acostumbro. Aquí ya no hay pescadores, ni hombres, ni nada. Todos son unos... gallinas. Si, y unos cobardes. Ustedes antes que echar el barquillo al agua prefieren ir á la ciudad á mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan. Y eso, entiendan bien, eso no lo hago yo... porque tengo vergüenza.

La ira encendió el rostro de Juanuco y después de una pequeña pausa continuó hablando:—Hace días que la rabia me está mordiendo las entrañas al ver tanto hombre sin... Ahora mismo echo yo mi barquillo al mar y mientras ustedes van á pedir una limosna yo lucharé con esas olas fanfarronas que á tanta gente asustan. Y no me importa morir ahogado antes que pasar por la vergüenza de que un señorito me diga: perdone hermano...

¿Hay un hombre que me acompañe?

Nadie despegó los labios. Los pescadores ni siquiera levantaban los ojos para mirar cara á cara á Juanuco.

De pronto rompió el silencio Guadalupe y dijo con varonil acento: Juanuco, no te calientes la sangre; aquí los hombres no son capaces de acompañarte; pero no te importe, tu Guadalupe te acompaña á todas partes, á la vida ó á la muerte. ¡Vámonos!

Las palabras de Guadalupe dejaron estupefactos y como petrificados á los pescadores.

*
* *

En un dos por tres prepararon la lancha, pusieron en orden todos los necesarios utensilios de la pesca, y la lanzaron al agua.

Había que ver cómo bailaba sobre el lomo ondulante de las encrespadas olas la débil embarcación que con la proa hacia el horizonte navegaba mar adentro. ¡Las lágrimas de las mujeres y las oraciones de los hombres de *Las sebas*, que iban al *barquillo* donde Guadalupe y Juanuco, acaso sin pensar en el peligro que corrían, se prodigaban mil caricias, tiernas, y amorosas, insinuantes...!

Y desapareció la silueta de la lancha pescadora entre aquellas ingentes montañas de espumas que querían escalar el cielo para venir luego á estrellarse rebramando con ronco estruendo en los peñascos siempre erguidos de la costa solitaria...

*
* *

Habían transcurrido tres días sin saberse de Juanuco. El mar ya no rugía, acariciaba entonando su eterna y monótona canción.

En los pescadores de *Las sebas* renacía la esperanza á la vida. La alegría de vivir brotaba por todas partes potente, vigorosa, fecunda.

Era una mañana espléndida, luminosa; la tierra surgía gallarda y soberana de entre las sombras de la noche; el sol rasgando las nubes se levantaba sobre el horizonte solemne, magnífico, augusto... cuando en un acantilado de la costa fueron sorprendidos los cadáveres de Guadalupe y Juanuco, las piernas entrelazadas, los brazos rígidos al cuello, unidos, abrazados fuertemente por el amor y el deseo; los rostros lividos, ensangrentados; las carnes desgarradas, los ojos abiertos, muy abiertos, y los labios contraídos por una crispación suprema al darse el último beso de vida, de muerte, de amor...

JORDÉ.



LAS PALMAS.—VISTA INTERIOR DE LA CATEDRAL



BREVE RESUMEN É HISTORIA

MUY VERDADERA

DE LA CONQUISTA DE CANARIA ESCRITA POR ANTONIO

DE SEDEÑO, NATURAL DE TOLEDO,

UNO DE LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON

CON EL GENERAL JUAN REJÓN

Venida de Juan de Bethencourt á las Islas

En tiempos del Rey D. Juan el segundo de Castilla, vino á su Corte un caballero llamado Juan de Bethencourt á el cual el Rey hizo merced de la conquista de estas Islas; este caballero vendió ciertas villas que tenía en Francia y vino con gente francesa y de paz á las Islas, y con su armada aportó á la de Fuerteventura y Lanzarote, que están juntas, y ganólas fácilmente; y después de tenerlas pacíficas y guarnecida otra vez su armada vino á la Isla de la Gran Canaria onde tomó tierra á la parte del Sur en el puerto que llaman Arguineguin. Ya los canarios tenían noticias de navíos, porque 40 años antes de Bethencourt y estos franceses, habían aportado en Canaria dos navíos mallorquines con los cuales habían dejado y tenían contratación, trocando mantenimientos por ropa y algunas herramientas. Estos mallorquines edificaron dos Iglesias en esta Isla con la posibilidad que pusieron la una de Santa Catalina mártir, media legua de la ciudad de Las Palmas, que es adonde hoy está, y la otra San Nicolás con el mismo Santo en el lugar que llaman de la Aldea; pusieron en ellas unas imágenes de bulto labradas toscamente, que son Santa Catalina, San Nicolás y San Antonio Abad. Estos mallorquines dejaron prometido á los canarios de volver y traerles muchas cosas de los que les faltaban. Pues como estos canarios de Arguineguin viesen los navíos de Bethencourt, creyendo que eran los mallorquines los fueron á recibir con mucho regocijo á la ribera llevándoles refresco de mantenimientos, y visto esto por Bethencourt, ó porque no se fió de ellos, ó ya por mal aconsejado, puso en órden su gente y estando los canarios descuidados, dieron los franceses sobre ellos, hiriendo y matando á muchos, onde pasaron más de ciento los muertos; y sintiéndose de la burla tan pesada, continuaron el alcance los canarios sobre los franceses, con que Bethencourt estuvo á pique de no embarcarse aunque lo hizo con mucho trabajo dejando muertos en tierra más de doscientos. Desde aquí quedaron los

canarios con armas. Visto por Mosen Juan de Bethencourt la aspereza de la tierra y gente, dió vela y tomó la vuelta de poniente hácia la Gomera; tomóla con facilidad y lo mismo hizo en la del Hierro que está más al poniente; en esta Isla está el árbol que llaman del agua, que es lo principal de aquella Isla, sobre el cual está puesta continuamente una nubecita, y destila el árbol de sus hojas gotas de agua que se recoje en una alberca que está á su pie, de que bebel la gente de allí; es cosa de admiración.

Viaje de Juan de Bethencourt á España

Ganadas las islas de Gomera y Hierro por Mosen Juan de Bethencourt, y cansado de tantos trabajos pasados y falta de regalos y provisiones dejó en ellas algunos franceses y dió con su armada la vuelta á la isla de Lanzarote; dejó allí en su lugar á un sobrino suyo casado con hija del señor que era de Lanzarote, quedó con algunos franceses y de otras naciones, llegó Bethencourt á España y trató con el Duque de Medinasidonia de venderle la conquista de las Islas que le quedaban y no efectuándose esto en el Puerto de Santa Maria, pasó á Sevilla y se efectuó con un caballero llamado D. Diego de Herrera y D.^a Inés Peraza, su mujer señora muy varonil y de grandes ánimos; hizose la venta y Bethencourt se volvió á Francia teniendo ya hecho perdón de su Rey por disgustos de que se había ausentado.

Venida de Diego de Herrera á las Canarias

El General Diego de Herrera con D.^a Inés Peraza dispuso su viaje á las Islas trayendo gente y bastimentos necesarios á la conquista de las Islas que faltaban. Llegó á Lanzarote, tomó allí lengua y aviso de lo que había de hacer, hizo embarcar la gente que le pareció y la más que pudo, pasó á la isla de Canaria tomó puerto donde llaman el puerto y playa de Gando, que es á la parte del Sudeste. Saltó en tierra con su gente puesta en orden; supieronlo los canarios de Telde, que es lo más cerca de este puerto; estos avisaron á toda la isla, que luego se pusieron en arma; opusieronse algunos canarios, con que Diego de Herrera tuvo un reencuentro en que perdió mucha gente sin haber hecho alguno en los canarios por su mucha destreza y recato que tenían en acometer y si los canarios no fueran enemigos de crueldades allí acabarían con los españoles, que tuvieron ocasión bastante; obligóle á el Capitan ó General Herrera recojerse á sus navíos con pérdida de mucha gente y conociendo que toda la fuerza de la isla había acometido y

ocurrido por aquella parte, determinó de enviar gente á la otra parte de la isla que es á el poniente por la banda de Gáldar, donde era el asiento y casa del señor de la isla llamado Guanartheme y este nombre tenían los señores de Canaria, de unos en otros derivado. Y á esta facción envió Diego de Herrera á un yerno suyo llamado Diego de Silva, portugués de nación, con doscientos hombres en tres carabelas, el cual saltó á tierra en la costa de Aumastel y de allí subió á un alto ó cerro que ahora llaman los Palmitales y entonces eran montes espesos, á el cual hizo Silva poner fuego para descubrir camino lo cual sabido por Guanartheme y los suyos en el lugar de Gáldar, con gran furia vinieron sobre los españoles; usaron de otro semejante los canarios que fué poner fuego á el monte por donde había ya Silva entrado con su gente, y de tal suerte los cortaron que no pudieron embarcarse; pues como se viesen sitiados por todas partes de fuego, parecióle mejor ir talando lo que habían quemado y quedarse allí con gran trabajo; viendo que el estarse así era acabarse de perder arrojóse por la mejor senda que halló, puso su gente en orden y los canarios siempre peleando sobre ellos hasta llevarlos metiendo á el pueblo de Gáldar, entráronse dentro de una plaza cercada de pared en que los canarios hacían ciertos juegos, y juzgando Silva que allí se podía defender, lo procuraron con las balistas y otras armas, mas con flaqueza mucha por carecer de agua y vituallas; estuvieron así un día y dos noches y viéndose sin esperanza de socorro y que los enemigos y más la furia y rabia iba creciendo, todos pusieron sus esperanzas sólo en Dios que milagrosamente les socorrió de esta manera. Había en este pueblo una mujer, criada del Guanartheme, que había sido cautiva por los cristianos y vuelta cristiana, llamada Maria Tacirga; esta sabía el castellano lo bastante para entenderse, y llegándose cerca del corralón onde estaban cercados empezó á cantar en tono que la pudiesen oír; les dijo que no había otro remedio, para escapar con la vida si no era ponerse en las manos del Guanartheme, y que fuesen ciertos que no recibirían daño ninguno. Diego de Silva le rogó que ella fuese quien lo tratase y que viera cuánta era su pena y la de los suyos, y como Guanartheme diese la palabra de seguro ellos se pondrían en sus manos.

Generosidad heroica del señor de la isla onde ganó renombre de Bueno

Como Maria Tacirga viniese en secreto á el Guanartheme y le tratase lo que los cristianos querían hacer, usando de gran bondad respondió que les dijese que no hiciesen lo que tenían acordado, por estar los canarios muy indignados contra ellos, mas que él iría con ella á hablar con Diego de Silva y tratar de medios más convenientes á su libertad y que sería en esta forma que entrando el Guanartheme acometiesen todos los cristianos á él y lo prendiesen y por su rescate les darian la libertad, lo cual se hizo así, y preso Guanartheme, sobrevinieron tantos canarios y tan feroces en sus acometimientos por defender á su señor que era cosa espantosa ver la libertad y descompostura que tenían; dióles voces su Rey y empezaron á apaciguarse, diciendo que no fuesen ellos causa de que los cristianos le matasen y que procurasen la paz y de su rescate el cual se concertó de dejarlos ir libres hasta entrar en sus navíos; hecho esto, el Guanartheme llevó consigo á Diego de Silva y á los hombres principales de su compañía y á la demás gente hizo repartir por el pueblo onde fueron bien regalados de lo que podían y aquella noche el Guanartheme se bautizó siendo su padrino Diego de Silva que lo bautizó y puso por nombre de Hernando y de allí fué llamado comunmente de todos Guanartheme el Bueno, á diferencia de un sobrino suyo, después de muerto, que tuvo el mismo nombre de Guanartheme.

Otro día de mañana Diego de Silva trató de irse á embarcar y D. Hernando Guanartheme fué con él y sus canarios, y llegados á un risco alto que está sobre la mar que entonces no se podía bien andar por él y que por allí se había de bajar juzgaron los cristianos que era aquello para despeñarlos afligiéronse todos y lloraron mucho su desventura y Diego de Silva sobre que no les cumplían la palabra y fe; fuéles á los canarios esto de mucha afrenta asegurandoles la verdad y fidelidad de la palabra real, y viendo Guanartheme el temor de Silva le cojió por la mano y lo mismo mandó á sus canarios con los demás cristianos, lo bajaron poco á poco hasta la playa de la mar, de allí se embarcaron á sus navíos sin recibir algún enojo de los de la isla, antes muy favorecidos y regalados. De allí envió Diego de Silva á su ahijado D. Fernando de Guanartheme un capellar de grana y una espada platea-

da y otras ropas; habiendo visto los canarios que Guanartheme se había vuelto cristiano y libertado los presos habiendo primero afirmado que no escaparía ninguno, juzgaron que verdaderamente era cristiano sin haber duda sobre ello, y acordaron todos los más nobles matar á su Rey. Y para ello escondieron armas de que ellos usaban en la casa onde el Guanartheme con ellos entraba en Ayuntamiento ó concejo, y como ellos fuesen entrando les preguntaba que onde tenían su májido que es la espada de palo y ellos queriendo excusarse, hacía que la sacasen de onde la tenían escondida que era en el suelo cubierto con las hierbas y hojas de pino con que enramaban las casas de cabildo, y sacándola les reprendía su culpa y los perdonaba quedando ellos avergonzados de la traición; con esto se hizo amado mucho más que antes que siempre lo fué de todos sus canarios.

El paso ó risco por onde bajó Diego de Silva desde aquel día tomó nombre de la cuesta de Silva ó puerto, y se puede ir ya por él á caballo. Fué el primer cristiano que por allí descendió.

Diego de Herrera hace paces con los canarios y funda una torre en Gando

Vuelto Diego de Silva á el Puerto de Gando á dar cuenta de lo sucedido á su suegro, no por eso excusó Diego de Herrera de hacer alguna entrada por aquel puerto, aunque era más lo que perdía que lo que ganaba y visto esto procuró hacer paces con el Faicán de Telde que era como Gobernador y cuñado de Guanartheme, hermano de su mujer, Este era el Tuerto, llamado así en la conquista, y no estaba bien quisto con los de Telde, porque no le querían por Gobernador menos que no fuese el Sr. Guanartheme. Tenía Diego de Herrera sentada paz con los canarios, usó de maña y dijo que quería hacer una casa de oración, y fabricó una torre con almenas y saeteras en forma de castillo. Diego de Herrera tenía una criada mora natural de Canaria, la cual en su lengua avisó á los canarios de que las casas de Dios y templos suyos no tenían aquella fábrica de almenas y saeteras, y ella dijo lo que oyó á algunos cristianos, y que se guardasen de aquella gente que les armaban traición, que era lo que los isleños más sentían el que les faltasen á la palabra, onde se indignaban más; de allí adelante empezaron los canarios a recatarse de los españoles esperando á que se

quebrase el pacto primero por ellos para destruirlos totalmente como lo hicieron.

Diego de Silva que había traído su mujer y hijos se volvió á Lanzarote, dejando en la Torre de Gando un capitán con gente y armas que la defendiesen, con pensamiento de recojerse á proveer de lo necesario y volver á proseguir la conquista; en el interin mandó que saliesen á hacer presa de ganado en la tierra los soldados y de lo demás que pudiesen coger y que siempre se acogiesen á la torre. Pues como una madrugada el castellano mandase gente sobre un lugar que llaman Agüimes onde tomaron muchos ganados de cabras mansas, á los canarios no les faltaban centinelas dándose aviso unos á otros, vinieron sobre los cristianos, cógense todos los pasos por onde había de pasar de tal suerte cargaron sobre ellos que no quedó español con vida para que llevase la nueva á la torre; algunos quedaron prisioneros pero muy pocos; desnudáronles la ropa y vistiéronse la los canarios que procuraron caminar hacia la torre llevando una buena presa de ganados, y detrás de estos iban otros con tamarcos, que son zamarras de pieles que es su usanza, hacían que peleaban por quitarles la presa y los de adelante se iban llegando más á los del fuerte para ser socorridos con la presa que traían y así juzgaron el capitán y los que dentro estaban, y como los viesan cerca salieron desordenadamente á socorrerlos los que juzgaban ser los cristianos que venían defendiéndose, y habiéndose desviado de la torre por un buen trecho, acudieron todos los canarios, de golpe unos á coger la puerta de la fortaleza, otros á herir y matar; cautivaron pocos y los demás murieron; deshicieron el fuerte derribándole sin quedar más señal que muy poco del cimiento que hoy se ve; murieron aquel día ochenta españoles, cautivaron mas de ciento; y levantaronse con los rehenes que eran treinta muchachos de Lanzarote hijos de hombres principales que había dado Diego de Herrera: Este día fué prisionero el Alcaide de la torre Francisco Mayorga, el cual fué llevado á Guanartheme y tenido con mucho respeto y cuidado de hombre principal y el se lo agradeció en adelante.

(Continuará)



El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 124. ☼

LAS PALMAS, 18 DE MAYO DE 1901.

☼ TOMO X. CUADERNO 19.



UN PAISAJE DE LA ISLA DE LA PALMA.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Hoy después que aquellos establecimientos han desaparecido y ha transcurrido una larga serie de años, se hallan todavía en aquel punto dos razas enteramente distintas; la una, blanca, posee todos los rasgos del tipo castellano con sus caracteres, su manera de expresarse, sus modales y su delicadeza, cual si acabase de llegar de la Península Española; la otra raza, negra, no ha sufrido la más pequeña alteración en su parte física y la disposición de sus formas anatómicas marcando la región de donde vinieron sus antepasados, de los que, además del

color y las formas, han conservado sus preocupaciones, sin que el transcurso de los siglos (cosa rara) le haya hecho perder en su totalidad el acento africano de sus ascendientes. En presencia de estos hechos podemos deducir que si la luz fuese exclusivamente la causa del color, en esta época debían de hallarse ó no tan caracterizados los negros, ó los blancos tirando un poco al negro y ambas razas confundidas. Pero resulta todo lo contrario; en aquella localidad cada uno ha conservado sus caracteres propios y distintivos. Los negros han conservado tanto su color que su piel, de un negro intenso, brilla al sol como si fuese ébano. Como el hombre es el mismo en cualquier parte del mundo que habite, el orgullo de raza en Tirajana está en su apogeo y las familias que creyesen que en su sangre, como dicen, hay algo de negro se considerarían deshonorados. Hasta no hace mucho tiempo

los negros tenían en la Iglesia un lugar señalado solamente para ellos sin serles permitido mezclarse con los demás. Y eso que aquellos habitantes son muy buenos cristianos.

Son tan marcados los efectos de la luz en Canaria y produce tales modificaciones que la diferencia de una loma es lo suficiente para que cause un cambio notable en el organismo de sus habitantes. Veamos algun ejemplo.

Los moradores de Tafira son generalmente rubios, de ojos azules, ó pardo claro y cuerpo de naturaleza adiposo; los de Marzagán casi todos son morenos de ojos negros, enjutos de carnes, poco desarrollo en el sistema muscular y adiposo. Cualquiera que tomase un hombre de cada uno de estos lugares creería que se hallaban separados por un número considerable, de grados y sin embargo no los dividen sino unas lomas. Estos caracteres son más notables según las situaciones; así que en los pueblos del segundo y tercer clima cuyas exposiciones son al Norte, el pigmentum está poco desarrollado. Desde Tafira hasta la Cruz de la Asomada, Teror, Firgas, Moya, los altos de Guía y aun hasta la misma Guía el pigmentum de la piel es menos que en los individuos que ocupan el primer clima, como en Gáldar, Telde y demás puntos análogos. Si observamos los pueblos del Sur, el Carrizal, Ingenio, Agüimes, Juan Grande etc. etc, y los que se hallan en valles como Agaete, el pigmentum se halla más desarrollado. A pesar de esto es preciso no confundir que en Canaria hay muchos tipos de los primitivos habitantes y gran número participa casi por completo de esta noble raza y muchísimos que llevan apellidos muy europeos y que le siguen á una línea de enlaces con individuos del centro de Europa ó del Norte de España, se desmiente en sus formas anatómicas, en su constitución física y hasta en su índole tal procedencia.

Sin embargo, encuéntrase en todos los pueblos tipos verdaderamente blancos y hasta rubios, así como en Tirajana los hay completamente negros, según su respectivo origen; y hoy existe una mezcolanza de todas las razas y hasta una modificación se ha operado. Hace cincuenta años y aún menos existían en cada pueblo dos castas irreconciliables que, salvo algunas excepciones, era fácil distinguir en su origen; por fortuna se han ido mezclando en estos últimos años de un modo tan completo que dentro de poco será difícil reconocerlas. Antes de esta época hubo dos causas que modificaron profundamente el tipo que existía hasta principios del pasado siglo: el primero fué la introducción del elemento francés que llegó en 1810 cuando la campaña contra Napoleón; estos prisioneros de guerra se distribuyeron por los pueblos y pronto principiaron á dar sus resultados

los amables hijos de las Galias aunque muchos se casaron. Pero donde esto fué más notable fué en el risco de San Francisco, en la ciudad de Las Palmas. Todos por la casta y por la ocupación de marinos á la costa de Africa eran verdaderos beduinos; encalló un barco holandés por aquella misma época que llevaba una numerosa tripulación y muchos emigrados que iban para las posesiones de dicha nación; la mayor parte se refugiaron en el Risco y pronto las nuevas Dido diéronse á conocer por sus hermosos y robustos frutos conservando en algunos de sus caracteres los nuevos gérmenes de donde provenían.

Hablo en términos anatómicos y por lo mismo es preciso tener muy en cuenta esta circunstancia para una porción de enfermedades, particularmente las dermaticas, si el desarrollo del pigmentum es debido solamente á la influencia de la luz ó á la procedencia del individuo; pues para nosotros que admiramos las obras del Criador y colocado todo en el lugar que de antemano ha escogido no sé en qué se fundan, sobre todo en ciertos países, para deprimir á unos hombres porque el color de la piel sea más ó menos oscuro, pues conforme el pigmentum ha tomado mayor ó menor intensidad podía también haber tomado la estatura mas ó menos elevación, ó algun otro órgano haberse desarrollado con mayor ó menor fuerza. Para mí todos son mis semejantes y el mismo respeto me infunde un blanco que un negro ó un cobrizo con tal que guarde el decoro que la dignidad de hombre exige.

TEMPERATURA

Como la temperatura es el grado apreciable de calor ó de frío y tiene por carácter esencial el aumento de volumen que determina en los cuerpos debido á la separación de sus moléculas, la sustracción de este agente produce fenómenos enteramente opuestos: así pues, los distinguidos con los nombres de calor ó de frío según que produce el primero ó el segundo efecto. Las fuentes de donde proviene el calórico nos son harto conocidas, siendo las principales el sol, la combustión, la electricidad, las combinaciones químicas, el frotamiento, la percusión, el calórico propio de la tierra y por último los vegetales y animales.

El calórico es el tipo de los excitantes y su acción sobre nuestra economía debe ser radical. Así que sin este agente la vida no podría existir y de él saca la terapéutica aplicaciones que ningún otro puede suministrar.

Hace algunos años se publicaron en uno de los periódicos más ilustrados de estas Islas, *El País*, que se daba á luz en Las Palmas de Gran Canaria,

una serie de observaciones meteorológicas. Advirtiéndose entre éstas y las del Dr. Bandini diferencias muy notables, resultado en parte de la destrucción de los bosques que poblaban los montes y completa desaparición de los de las costas. Esto no obsta, sin embargo, á la proverbial benignidad del clima de Gran Canaria, cuya ciudad capital ha sido el punto donde se han hecho los trabajos meteorológicos que pondremos al finalizar los estudios sobre las condiciones especiales de la Gran Canaria, por hallarse consignados en los mismos cuadros varias observaciones sobre el estado del mar.

El Dr. D. Manuel González también tomó una serie de observaciones con un cuidado extraordinario y con buenos instrumentos, debe fijarse la atención en las diferencias sensibles que se notan entre éstas, las de *El País* y las del Dr. Bandini; son debidas, sin duda, á los instrumentos empleados ó á alguna otra circunstancia no fácil de apreciar. Las de *El País* eran defectuosas, y esto depende de que únicamente se hacía una sola observación, y eso al medio día, para deducir la temperatura media, lo que había de producir un gravísimo error; así es que yo no presento como realmente exactas sino las del Dr. González, como se verá en los cuadros meteorológicos.

Por los datos termométricos vemos la temperatura mantenerse casi constante en esta región, lo que no podemos decir si nos elevamos á las alturas de la isla donde se presentan fenómenos meteorológicos que se desarrollan en mucho mayor escala.

De aquí se deducen los cambios sensibles del calórico según los puntos de la Isla en que se hagan las observaciones, y el fenómeno raro de presentar ésta casi á cada paso, se puede decir, ese sistema de climas, superpuestos, modificados según la elevación de las diferentes regiones que presenta. Hemos de tener en cuenta que aun cuando la altura del sol sobre el horizonte, la latitud y otros motivos sean las causas principales de las oscilaciones termométricas, es preciso además hacerse cargo de la constitución del suelo y con especialidad la orografía, su composición química, la clase y extensión del cultivo, la calidad de la vejetación, el estado higrométrico de la atmósfera, la transparencia del cielo y particularmente los vientos que en Gran Canaria producen una considerable variación en la escala termométrica, sobre todo en las partes expuestas al Sur de la Isla y en los valles donde se dejan sentir sus funestos resultados.

Al hablar del calórico ó del frío se comprende de antemano que no me refiero á esas temperaturas extremas donde el hombre vive con gran molestia y rodeado de privaciones; tales extremos no se notan en esta Isla á la que concreto mis Estudios.

El calórico aplicado á la economía se hace sentir en la piel antes que en ninguna otra parte del cuerpo y uno de sus resultados principales consiste en la eliminación de una cantidad mas ó menos grande de transpiración y de sudor. Esta evaporación absorbe calórico suministrado por el cuerpo y de esta causa meramente física sostiene la regularidad de la temperatura en el individuo. Pongámonos en un medio frío; la piel cesa de secretar, pero la respiración redobla de energía y al combinarse el aire con la sangre produce una cantidad de calórico; esta reducción compensa la pérdida que sufre en la periferia del cuerpo por lo que podemos decir que la superficie cutánea y mucosa pulmonar son los únicos medios que tenemos para conservar el calórico necesario á la existencia. A estos hechos, que no son otra cosa sino el resultado de una serie de reacciones químicas y de fenómenos físicos y fisiológicos que pasan en nuestro sér, han querido en nuestros últimos tiempos atribuir una propiedad que distinguen con el nombre de caloricidad, la que sin embargo no ha sido aceptada por todos. No obstante expresar un órden complejo de fenómenos, me determino á aceptarla y en esta inteligencia procedo á examinar la acción de este agente en Gran Canaria.

La edad, el sexo, la costumbre, el punto donde se ha nacido y vivido y especialmente cierta disposición particular del organismo que es preciso tener muy en cuenta, hacen que el calor impresione más ó menos. Cuanto mayor sea su intensidad presenta el hombre más resistencia, pues la evaporación del agua que se opera en la superficie cutánea y pulmonar absorbe una cantidad notable de calórico y esto sostiene la irregularidad de la temperatura del cuerpo. De aquí el deseo de tomar bebidas refrigerantes en la estación calurosa. Cuando el aire es seco y caliente y se pone en contacto con el organismo ofrece, según los fisiologistas, dos órdenes de fenómenos: los unos pertenecen al estado físico, como la expansión de los fluidos y la dilatación de los sólidos, y los otros corresponden puramente al órden orgánico.

Veamos ahora de qué manera influye este agente en el cerebro y los fenómenos que en el produce.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)





PÁGINA ⁽¹⁾

.... Caminaba.... Su figura era gallarda, su andar reposado y voluptuoso. Con una mano se había levantado noblemente la falda, para impedir que el polvo maculase los bajos, bordados en crugiente raso granate con motas negras, y con la otra retenía por el largo tallo un encendido tulipán.

¡Qué seductora, qué atrayente! Allí, bajo el gran palio róseo y violeta del crepúsculo, como un pájaro sagrado bajo el toldo de un templo egipcio, semejaba la evocación de un genio. El vestido, apretado contra las caderas, parecía reventar con explosión de urgencia provocativa y delicada, y toda ella diríase envuelta en la magnificencia luminosa de una virgen imperial. A través de la finísima muselina de su chambera, veíase el prolongado nacimiento de su cuello, sonrosado y nacarino como el fondo de una madreperla. No llevaba corsé, y sus dos senos parecían esfumarse como dos magnolias de alabastro que un divino escultor redondease simbólicamente tras la sutileza de un tul marmóreo. Al andar, era rítmico, acompasado su paso, y su cuerpo se estremecía con esa suave ondulación de las curvas carnosas y contráctiles.

Ninguna la superaba. El lo sabía, y su orgullo de hombre y de artista le hacía sonreír satisfecho, con esa placidez del que ha encontrado lo que con más insistencia se busca en la vida: la hembra. Contemplándola, sus pupilas se hartaban con refinamiento puradísimo en inquirir las líneas más ocultas y ondulosas de aquella diosa que le hacía enloquecer de todas las locuras. En ciertos momentos, cuando se sentía obsesionado por el relieve exuberante y escultural de su figura, deseaba estrecharla entre sus brazos con interminable y mimoso halago. Pensaba que esto, á él, le sublimaría todo el ser, toda su naturaleza, el alma y el cuerpo. Vendría á infundirle algo así como el soplo de un éxtasis ultra-humano, inmenso, comprensivo de todos los universales deleites; sería la conquista del goce dionisiaco haciéndole olvidar las asperezas y pequeñeces de la vida.

Así pensaba, dejando al mismo tiempo que su orga-

nismo se penetrase de una inusitada ola de fluido vital, de una fuerza que le hacía más poderoso, más dominante, más altivo que el resto de los hombres. Sentíase fuerte porque él estaba en ella con plenitud de dominio, y ella en él con sumisión absoluta de quien se deja poseer por entero.

Su memoria repasaba la lista de mujeres que le habían impresionado en tiempos pasados, y se convenía de que solamente la que ahora veían sus ojos merecía el tributo de su adoración sacerdotal. La profunda sugestión de la beldad amada y amable, exaltada al supremo culto del espíritu y de los sentidos, obraba en el misterio de su vida sensible é intelectual la encarnación máxima de su ideal de hombre y de artista.

Esta fiebre inextinguible que alumbraba con sol perpétuo su imaginación y volcanizaba sus músculos, no era efecto del desenfreno bestial de sus instintos, sino consecuencia natural de su sensibilidad elevada á la gracia de la Belleza, iniciada en las percepciones harmónicas del plasticismo irreprochable, de la donosura serena, avasalladora de las formas paganas, cuya expresión más uniforme parecía haber concedido la Naturaleza á la que él amaba.

Como si al calor de sus sensaciones cristalizaran sus ideas, fuese agrandando la imagen de la mujer amada y amable, abriéndose en su alma como una flor emblemática, á manera de un poema de ritmo indefinidamente armonioso, como la concentración de un eusueño constantemente acariciado. Y poseído por el alucinamiento de su doble entidad mental y sensitiva, atraído por la mujer pura, educada, discreta, más la hembra gallarda, deliciosa, por ninguna superada en atractivos, acercóse á ella, y en medio del crepúsculo muriente, en pleno atardecer, como una ráfaga de fuego creador, dejóle un beso en los labios....

GUILLÓN BARRÚS.

(1) De la novela en preparación: *Alba*.

UNA REVISTA... MODERNISTA

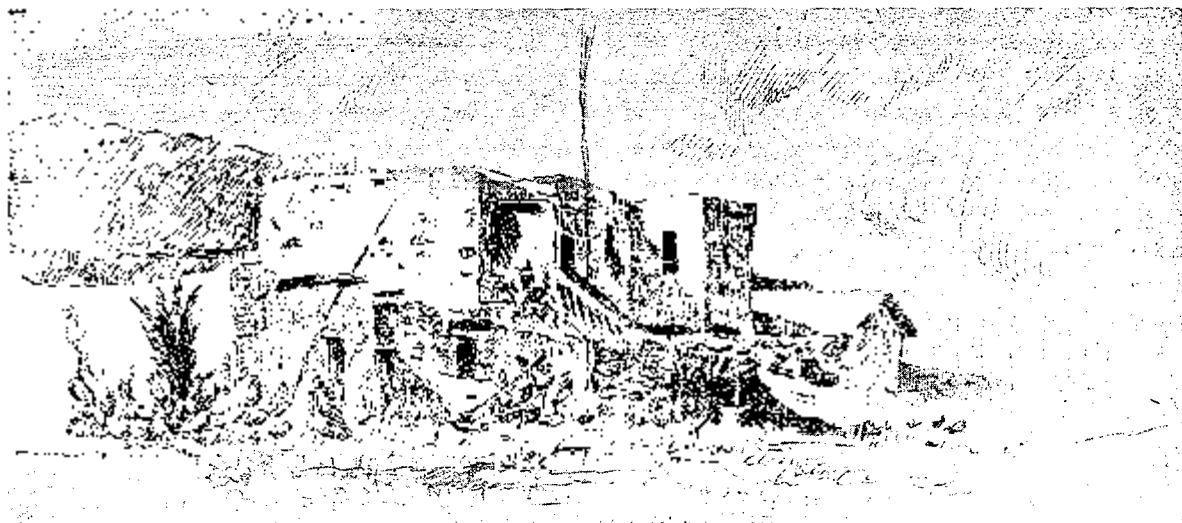
Antes de venir al mundo *Electra*, no la de Galdós, sino la otra, la revista fundada en Madrid por un grupo de revolucionarios de la literatura, precedieronla aleluyas innumerables. Y esas aleluyas anunciaban que la nueva *Electra* serviría los ideales modernos, que nacería como una criatura predestinada para encarnar en la juventud española los Evangelios de Zola, de Galdós y de Tolstoi. Su misión iba á ser augusta, redentora, purificadora, salvadora. Su programa se concretaba en una gran palabra: la palabra de las palabras, la palabra repetida por Goethe tres veces al punto de morir: ¡Luz! ¡luz! ¡luz!

el ideal á través de sus poéticos logaritmos, rastrear la idea por entre la malla de sus versos alambicados y vacíos, será perder el tiempo, cuando no se pierda la cabeza. Nada, nada, nada. *Nihil, nihil, nihil; rien, rien, rien; niente, niente, niente.* Deploro no poseer más variados conocimientos lingüísticos para decirlo en mayor número de idiomas.

Y como lo que se afirma hay que probarlo, allá va la prueba.

Tengo á la vista el número sexto de *Electra*, donde Manuel Machado publica una composición poética titulada "Versailles" (así, escrito en francés). La

RINCONES DE LAS PALMAS



Apunte de San Cristóbal.—Dibujo de F. SUÁREZ.

A dárnosla llegaba *Electra*, tan trascendental como otra Enciclopedia, código de vida, de salud y de verdad. Los que la escribieran seguirían los pasos del maestro, tomándole por Mentor. En sus páginas aprenderíamos á deletrear el pensamiento de la España futura, de esa España soñada, de esa España perfecta cuyo advenimiento muchos creen próximo.

Pero sale *Electra* revista, y sale oscura, profundamente oscura. Poetas modernistas, de un modernismo nebuloso é incomprensible, vierten en ella á torrentes su inspiración; como tales poetas, se proclaman definidores de la ley nueva, videntes del porvenir, y sin embargo sus versos parecen concebidos en las postrimerías de una orgía embrutecedora, en los espasmos de un colosal delirio.

¿Qué dicen? No dicen nada, amontonan frases sonoras, como ingeniosos juglares de las letras. Buscar

composición es de oro; júzguese por las siguientes estrofas, ó como se quiera llamarlas:

*Mas llegó la tarde;
de los galanteos
y los discreteos, apaga el rumor,
la hora tranquila de los camafeos.*

*Galanes y damas
se hablan al oído
lágrimas sin causa, suspiro perdido,
elegante pena,
galante dolor.*

*El cielo, en celajes
cortado, parece de encajes,
y el sol que se acuesta en la porcelana
de unas nubes grana
galán á la Luna
el campo cedió.*

Aplicando á estos versitos la crítica *cominera*, la crítica *cuantitativa* del dómine Balbuena, quedarían volatilizadas; pero no es menester tanto para que se evaporen. Su misma insustancialidad los hará disiparse. Niebla, humo, nada. Nada, la palabra definidora del ultra-modernismo.

El arte, para esos sectarios, es un *sport* en que los vocablos hacen oficio de pelotas, pongo por ejemplo. Pelotazo va, pelletazo viene; ¿quién recoge la pelota? Farándula ridícula, juego de despropósitos. Y eso llaman poesía del porvenir, como si el porvenir hubiera de pertenecer á los locos ó á los tontos.

Machado enjareta en tres versos seguidos tres palabras de igual terminación, para hablarnos *de la hora tranquila de los camafeos*. No contento con esto, también nos habla de *una pena elegante* y de *un dolor galante* (otras dos palabras terminadas con sílabas idénticas en dos versos consecutivos) y, por último, nos presenta un sol que se acuesta en *la porcelana de unas nubes de grana*. Después el sol, como astro muy cortés, cede el campo á la luna, le da las buenas noches, y *colorín colorao*.

Recuérdelo los lectores: todas estas cosas tan divertidas pasaban en Versailles (así, escrito en francés) bajo el reinado de Luis XIV y sirven para explicar el título de la composición. Lo imposible de justificar son los disparates, y lo imposible de ver es la trascendencia que deberían tener los trabajos insertos en publicación de tantas campanillas.

Dirán los interesados que la poesía del porvenir no se entiende por las mismas razones que no entienden todavía muchos la música de Wagner, llamada también del porvenir, pero ¡quia! no se entiende, sencillamente porque no tiene cosa alguna que entender... Repitiendo el estribillo: *la razón de la sinrazón que á mi razón se hace*, pararíamos en el manicomio, y siempre nos quedaríamos á obscuras. El caso es semejante.

Pero aun contiene el número sexto de *Electra* otro producto titulado *Salutación á Leonardo* en comparanza del cual resulta este que he examinado la diafanidad misma, la claridad suma. Firmalo Ruben Darío, y si no lo firmara, antes lo creyera yo brotada del cacumen de nuestro delicioso é impagable

Marca el Puesto que hijo del cerebro de aquel ilustre americano (lo escribiré con minúsculas para que los manes de Guzmán Blanco no se ofendan), Ruben es un condor, aunque á veces grazna horriblemente.

Tapémonos los oídos... pero no, tengamos paciencia y oigamos algunos de sus graznidos más recientes:

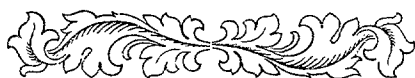
Y así, soberano maestro
Del Estro,
Las vagas figuras
Del sueño, se encarnan en líneas tan puras
Que el sueño
Recibe la sangre del mundo mortal,
Y el alma consigue su empeño
De ser advertida á través del carnal y divino cristal.
Los bufones
Que hacen sonreír á Monna Lisa
Saben canciones
Que ha tiempo en los bosques de Grecia sabía la
(risa
De la brisa.

Los leones de Asuero
Junto al trono para recibirte,
Mientras sonríe el divino monarca.
Pero
Hallarás la sirte,
La sirte para su barca,
Si es que vas en tu lírica barca
Solo con tu Gioconda
(El viento
Sabe la tempestad para tu cargamento)

Esto no es ya modernismo; es anarquismo poético. Rubén debió terminar su obra con un *Viva la anarquía literaria* y ponerse á hacer el *Elogio de la Locura*, como Erasmo.

Los trabajos en prosa del sexto número de *Electra* valen bastante más que los trabajos en verso: hay algunos notables, y otros malísimos; pero de todos modos, ese número viene cargado de electricidad... *negativa*.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.





BREVE RESUMEN É HISTORIA

MUY VERDADERA

DE LA CONQUISTA DE CANARIA ESCRITA P. R. ANTONIO

DE SEDEÑO, NATURAL DE TOLEDO,

UNO DE LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON

CON EL GENERAL JUAN REJÓN

(Continuación)

De esta pérdida total en Canaria quedaron los de la Isla muy ufanos y soberbios, con armas y despojos; quemaron la madera de la torre después de desbaratada, y de los cautivos que no eran nobles se preciaron de hacerlos carniceros por gran vituperio y bajeza.

Pasa Diego de Herrera á España.

La nueva de este disparate y pérdida de la torre de Gando, á Lanzarote llevó un carabelón que estaba en esta sazón allí surto con pocos marineros, los cuales reconociendo en tierra lo que pudo ser se hicieron á la vela. Sintiólo mucho Diego de Herrera y D.^a Inés Peraza su mujer y asimismo sus vasallos, y los que tenían sus hijos cautivos de rehenes tomaron contra Herrera grave indignación y mala voluntad, diciendo que á costa y graves daños suyos quería hacer la conquista. Con que hubo quejosos que fueron á España y dieron la queja á los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel, representaron muchos inconvenientes que tenía Diego de Herrera, la poca gente y falta de todo lo necesario de el socorro, y los graves daños recibidos y la fuerza de los canarios siempre cada vez más diestros en ardides y maldades de sutilezas, y cómo ya estaban proveídos de armas y mucha gente; yo oí afirmar á muchos canarios viejos que fueron entonces, y todos concordaban en esta verdad: que Guanartheme hizo reseña, cuando llegaron los españoles, de nueve mil canarios de pelea, más en el interín del principio de la guerra les fué dando una morriña de que iban muchos acabándose; otros dicen que fueron diez mil y más, llamamente más de dos tercios de ellos eran ya muertos cuando la conquista que fuera imposible ganarlos.

Pues como el Rey D. Fernando supiese estas quejas de los vecinos de Lanzarote ó informado que así fuese, envió á llamar á Diego de Herrera y le compró en cierta manera la conquista de las tres islas de Canaria, Tenerife y la Palma y á Diego de Herrera le quedaron las cuatro que estaban

ganadas, Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro, y aunque á S. M. no le faltaban en este tiempo guerras en España, determinó lo necesario para esta conquista de Canaria por más importante, encomendándole S. M. la capitania á Juan Rejón, natural del Condado de Niebla, muy honrado y valiente, dándole por compañero en las cosas de consejo á D. Juan Bermúdez, caballero natural de Sevilla; era clérigo, hombre de buen juicio, con título de Deán de Canaria y con orden que esta conquista la hiciesen disponiendo entre ambos lo que mejor importare y no pudiese uno por sí solo sin el otro; dióles también el Rey seiscientos hombres, treinta caballeros hijos dalgos, los demás ballesteros, y rodeleros y lanzas; vino por Alférez Mayor de esta gente Alonso Jáimez, hermano de la mujer de Juan Rejón. Embarcáronse en el puerto de Santa María, llevando su viaje vuelta de las islas; no venían los dos capitanes muy contentos entre sí por ser desiguales en todo, porque el Juan Rejón era soberbio, y la gente que él había llevado iba toda descontenta, la cual le era más afecta al clérigo, mayormente la gente común.

Doña Inés manda robar en Canaria.

En el interín que pasaba lo que hemos referido, D.^a Inés Peraza desde Lanzarote envió á hacer robos ó alguna presa á Canaria, en dos carabelones; llegaron á un puerto de Gáldar onde llaman el Bañadero, onde con todo secreto saltaron en tierra é hicieron cautivas tres mujeres; una era muchacha sobrina del Rey Guanartheme, llamada Thenesoya y las dos que iban á el baño con ella, la cual costumbre de baños era muy usada en los canarios. Llegados á Lanzarote, holgó mucho D.^a Inés y D. Diego, que era ya venido de España, porque con su rescate podía libentar á los cristianos que estaban en Canaria, el cual rescate había D. Fernando el Católico mandado á Herrera que fuese á su costa. Sabido por Guanartheme el cautiverio de su sobrina, recibió por ello grave enojo y mandó recoger á todos los cristianos que estaban en Canaria y había cautivos por toda la isla; remitiéronse los á Gáldar de todas partes onde estaban menos el Faicán de Telde el tuerto, que intentó hacerse reacio con armas y cautivos. Sabido esto por Guanartheme púsose en camino hacia Telde á castigar esta inobediencia; arrepentido el Faicán llevó los cautivos y armas á el encuentro, en medio del camino pidióle perdón y fué perdonado de Guanartheme, dejándole la mitad de las armas y el gobierno de Telde; llegados los cristianos á Gáldar los tuvo sujetos ó hizo que sirviesen de carniceros, y no bien tratados; á los nobles tuvo en estima y respeto.

Pocos días después llegó á Gando un carabelón onde Diego de Herrera invió á tratar del rescate de los cristianos, el cual se efectuó á trueque de la sobrina de Guanartheme que ya era cristiana y casada con un caballero francés llamado Mosen Bethencourt, pusieronle por nombre Luisa de Bethencourt, dióse por su rescate ciento y quince cristianos con los rehenes, que en todos era este número. Ella y las dos mujeres se embarcaron para Canaria y dejó concertado con Diego de Herrera y su esposo que de allí á ciertos días fueren por ella y una de aquella mujeres su criada, y al tiempo señalado fué un carabelón dispuesto á ello y se efectuó que D.^a Luisa Bethencourt se pudiese embarcar segunda vez la vuelta de Lanzarote. Afirma la hija del Rey Guanartheme que Luisa de Bethencourt se huyó casi á media noche y se levantó de dormir de su lado y no la sintió salir y á el abrir la puerta de la casa de su tío que era muy grande y hacía mucho ruido á el abrir, salió sin sentirla ni aún los perros que tenía fuera y en el patio que eran muchos y feroces lo cual se tuvo por mucho misterio; por la mañana que se halló menos, acudió el Guanartheme á la playa de la mar cuando llegaba la lancha y daba á la vela el carabelón; recibió gran pesar porque amaba mucho á su sobrina: estuvo con este dolor algunos días onde empezó á enfermar y murió dejando por heredera única que no tenía otro legítimo, á una hija niña de ocho años, y por tutor suyo y de la Isla á un sobrino hijo de hermano, mancebo cuerdo y de valor, el cual luego se llamó Guanartheme. Con título de Faican de Galdar puso la nueva Reina a un tío suyo hermano de su madre y de el Tuerto de Telde, llamado Guanache Semidan.

Viaje de Juan Rejón á Canaria

Habiendo llegado Juan Rejón á Canaria y los suyos, llegó á dar fondo y tomó tierra sin contradicción alguna en el Puerto de las Isletas y allí dijo el Deán la primera misa que se dijo en esta Isla, y por ser el sitio falto de agua, vinieron caminando á sentar el Real á un arroyo que sale á el mar llamado Guiniguada, donde ahora está la Ciudad llamada de Las Palmas; parecióle á los Españoles este sitio muy bueno y aparente para sus salidas y llanadas para defenderse y ofender; hicieron el Real de tapias con ánimo de mudarse después porque este no era lugar sano. Sabida esta nueva por los Canarios apellidáronse toda la Isla, vinieron sobre los cristianos, tuvieron algunas escaramuzas la gente de á

caballo y perdían igualmente. Y visto por los capitanes cristianos que los enemigos venían siendo en aumento, determinaron una mañana dar de improviso sobre los canarios onde hallaron la misma prevención de ofender y defenderse con mucha destreza y valentía; este día se señaló peleando un canario llamado Adargoma que teniendo en poco su vida y menos á los enemigos, se entró en ellos donde fué muy mal herido y prisionero, y en pocos días murió; hubo de ambas partes muertos y heridos y el mayor daño en los canarios por la ventaja de las armas. Llegada la noche se apartó la pelea, cada cual á su alojamiento; supose el suceso de Adargoma y los canarios resolvieron no dar cuartel á los españoles; de allí adelante aunque fuese á rendido lo cual era contra la piedad y natural de los isleños que lo tenían por gran villanía matar á sangre fría. Mas por la falta de mantenimientos y cizañas que no faltaban entre el Deán y Juan Rejón, había el Deán remitido á los Reyes el aviso y á su pedimento, nombróse nuevo Capitán y Gobernador para el proseguimiento de la conquista y tomase residencia á Juan Rejón y inviase preso á la Corte.

Llegó Pedro de la Algaba á Canaria con título por S. M. fué informado de la soberbia y altivez de Juan Rejón, no osó prenderle porque no hubiese algún motin entre los soldados y gente común que seguía su bando. Pero ordenóle que se fuese á Lanzarote en busca de mantenimientos, para que allí pudiese hacerse mejor la prisión que intentaba. Llegado que hubo Juan Rejón á Lanzarote onde tal mal quisto estaba de Diego de Herrera, como en Canaria de el Deán, fué mal recibido y tratado de palabras, las cuales el no sufrió (fueron causa adelante que dos hombres se matasen) y hicieron embarcar contra su voluntad otra vez á Canaria; aquella noche que llegó le llevó á su casa Pedro de Algaba Gobernador y con don Juan Bermudez el Deán y demás personas principales de el Real, cenaron juntos. Luego le prendieron pusieron hierros, y á buen recaudo; hubo algún alboroto pero fué leve y de poca importancia por no ser contra la justicia ni hombres principales del Real.

(Continuará)



El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 125.



LAS PALMAS, 25 DE MAYO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 20.

RINCONES DE LAS PALMAS



Apunte del paseo de Chil, por F. SUÁREZ.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Mr. Levy al tratar esta importante cuestión la resuelve terminantemente diciéndonos que los órganos periféricos se excitan y los centrales se debilitan. Bajo su acción los vasos capilares se inyectan considerablemente, la piel se rubifica y sube hasta un rojo escarlata muy encendido, como aconteció á mis jóvenes compañeras de expedición á la cumbre, al mismo tiempo que por una especie de tumefacción general afluyen los líquidos á la piel; y á pesar de la activa evaporación que se verifica en la superficie, queda, sin embargo, depositada y constituye el sudor que aumenta de un modo considerable con el

ejercicio. Concentrada la vida de esta suerte en la superficie, disminuye en los centros, la secreción urinaria es menor y las mucosas, principalmente la bucal y nasal, se resienten en gran manera de este estado. Rarificado el aire, la respiración es penosa; por lo tanto toma poco oxígeno y desprende poco ácido carbónico y la calorificación es mucho menor. A pesar de hallarse la vida concentrada en la periferia existe una glándula que ocupa por sí sola un gran espacio en la cavidad abdominal, el hígado, que aumenta en extremo la secreción de la bilis, previniendo de aquí esas diarreas biliosas mas ó menos abundantes, el tinte icterico que da á la piel y particularmente á la esclerótica cuando es absorbida una gran parte de ella. La boca entonces se pone pastosa y seca, la saliva toma un carácter viscoso, las funciones digestivas languidecen y el apetito disminuye, la digestión se hace mal y el resto del intestino se perturba: unas veces la

defecación es difícil por la consistencia de las materias, al paso que en otras se convierte en diarrea. El deseo de tomar líquidos refrigerantes es insaciable, é inmediatamente son absorbidos y pasan á la circulación eliminándose pronto por el sudor; disminuyen las sustancias grasas y el individuo enflaquece.

El sistema cerebro espinal se halla sobrecargado con tendencias á las congestiones, como se observa en los segadores; la inteligencia se entorpece, se siente desfallecimiento ó pereza y el sueño es frecuente. Otras veces llega la excitación cerebral hasta perturbar la razón y provocar el suicidio.

Examinemos la acción del aire seco y frío. La vida refluye á los órganos centrales, la respiración, fuente principal del calórico animal, redobla de energía; estando más condensado el aire el oxígeno ha de introducirse en mayor cantidad y el ácido carbónico, producto de la reacción química que pasa en el pulmón, tiene que ser considerable: cesando la perspiración y siendo casi nula, se puede decir que la evaporación ha disminuido ó desaparecido casi por completo el elemento que absorbía el calórico del cuerpo, el apetito es más enérgico y se hace necesaria una alimentación compuesta de materias grasas como se nota en los habitantes de los países fríos y en los de las altas regiones de la Isla. También ahora hemos de tener muy en cuenta no solamente la edad, el sexo, las condiciones todas que antes he consignado y concurren en el individuo, sino los medios en que se halla, como la tranquilidad ó movimiento de la atmósfera, su transparencia y demás circunstancias que influyen en él de un modo notable.

Cuando el frío es intenso sabemos sus efectos en las campañas seguidas en los países donde á una temperatura baja se unen muchas veces las privaciones. Efecto de aquél son las hiperemias de los órganos centrales, principalmente del cerebro y pulmón, los dolores en las extremidades, la turbación de la inteligencia, la lentitud en la circulación de la sangre que termina por coagularse; pero antes de estos efectos acomete un sueño irresistible y si no hay quien haga volver de él al individuo termina la existencia. Ahora bien ¿qué consecuencias podemos deducir para la patología de Gran Canaria de estos datos meramente fisiológicos y pertenecientes al terreno de la higiene?

Antes de entrar de lleno en esta cuestión es conveniente exponer lo que resulta cuando se cambia de una manera brusca de temperatura. Supongamos para ello un hombre en la cumbre en el mes de Enero. La temperatura marca tres ó cuatro grados bajo cero y mucho mas, y si no es sumamente intenso á causa de la altura depende de la cantidad de vapor de agua de su atmósfera debida á la posición de las Islas. En ese medio se vive bien, to-

das las funciones se ejecutan con regularidad y no hay sufrimiento. Si en la misma época se transporta instantaneamente, por decirlo así, á ese individuo á una temperatura de 30° sobre cero ¿qué resultaría? Una acción perturbadora, porque no pudiendo verificarse en la economía una reacción instantánea para ponerse en relación con el medio existente que le rodea, el organismo, interrumpido en sus funciones, se expondría á sufrir hasta la muerte algunas veces ó contraer graves enfermedades cuyas consecuencias son casi siempre fatales; pues no se ha dado el tiempo suficiente para llevarse á efecto las acciones y reacciones hasta establecer el equilibrio de las funciones del cuerpo. Es verdad que estos cambios intempestivos se emplean en los establecimientos hidroterapéuticos, pero las circunstancias no son las mismas, además de que los funestos resultados de ciertas aplicaciones perturbadoras no las hacen muy halagüeñas en los climas meridionales donde el organismo desde sus primeras relaciones con el mundo exterior no se ha acostumbrado á esas vicisitudes atmosféricas y estacionales.

Estos fenómenos del calor y del frío no dejan de ser sensibles según las estaciones y las localidades de la Isla. Todos los pueblos situados en las costas ó en el primer clima, cuya posición es en las lomas ó llanuras y que no se hallan al abrigo de esas corrientes atmosféricas por cordilleras de montañas, experimentan los fenómenos del calor seco. Los habitantes del Carrizal, Ingenio y Agüimes son el tipo de los hombres sometidos á él durante el período de su existencia. Expuestas aquellas poblaciones á todos los tiempos, exentas de resguardo donde los vientos son fuertes y el calor insostenible desde mediados de Junio hasta fines de Agosto con una temperatura durante el resto del año que no baja de 20°, donde se producía mal la cochinilla por las disposiciones locales, el organismo se ha modificado: sus habitantes son enjutos, secos, sumamente nerviosos é impresionables casi todos; no he visto jamás obesos entre ellos, y por el contrario hay muchos que no tienen sino músculos propiamente dichos.

A pesar de tener los canarios que nos describen Bontier y Le Verrier, una hermosa estatura y ser extraordinariamente fuertes y ágiles, el sistema muscular no está muy desarrollado. Yo he visto en esos hombres que se dedican á la extracción de las sales y las conducen á los puntos de consumo, tanto muchachos como adultos, una sequedad notable en la pantorrilla, de la que casi se puede decir que carecen, presentando una insignificante diferencia desde la extremidad superior á la inferior de la pierna; como la piel no tiene depósitos de grasas, los músculos superficiales, cuando hacen algún esfuerzo, se

designan tan claramente como si estuviesen cubiertos por una membrana; en fin, todos los músculos se hallan perfectamente señalados, y con especialidad la inserción de aquellos de que más uso se hacen.

La viveza de imaginación, su genio alegre y su afición á las fiestas públicas y bailes al paso que su compostura, á pesar del carácter vengativo con que injustamente se les califica, contrastan de un modo notable con la indole de los habitantes de los centros y de los valles con sus tejidos infiltrados de líquidos blancos como se vé en los de Teror, Tesén y sobre todo en Valleseco. Las enfermedades en aquellos pueblos demuestran mejor que nada la influencia de la activa evaporación que se opera en su superficie y la influencia del sol sobre el aparato céfalo-raquídeo; por eso es que sudan con dificultad, pero la secreción urinaria es abundante y todas las enfermedades tienden á ampararse de los centros nerviosos; las neuralgias son vulgares y hasta las inflamaciones, como acontece con las pulmonías, y pleuresias, presentan casi siempre síntomas alarmantes del cerebro y del hígado. Pero donde más señalado se ve es en las tifoideas; en esta enfermedad el aparato respiratorio y el circulatorio no entran por nada, al paso que el cerebro-espinal y hepático absorben todos y muchas veces se equilibran ó predomina uno de ellos; la piel se pone generalmente apergaminada y sin embargo tienen necesidad de tomar mucho líquido, á lo que están acostumbrados por la naturaleza del trabajo á que se dedican, pues van siempre provistos de una calabaza con agua sin la que jamás se ponen en camino, prefiriendo privarse de alimento antes que de aquel líquido.

Igual orden de fenómenos, aunque no tan señalados, se observa en Gáldar por su posición análoga á los pueblos antedichos. No sucede lo mismo con Telde, que, distando solamente dos leguas del Ingenio y teniendo una exposición análoga, coloca á sus habitantes en un estado medio entre los de las lomas y los de los valles rodeados de cordilleras. Es verdad que la extensión de su agricultura, sus abundantes riegos y de su arbolado hacen cambiar por completo las condiciones atmosféricas, lo mismo que en Teror y San Mateo y otros puntos análogos.

HUMEDAD

El estado higrométrico del aire es de suma importancia en Gran Canaria, pues hay localidades donde domina por completo la atmósfera, por lo que interesa mucho ocuparnos de este agente modificador.

La cantidad de vapor de agua que se halla en la atmósfera, cantidad que varía considerablemente y cuya propiedad no se hace sentir sino cuando es excesiva, constituye la humedad del aire. Muchas veces la atmósfera se halla cargada de él y sin embargo es insensible, al paso que conteniendo otras poca cantidad

del mismo vapor puede impresionar mucho nuestro organismo. Fórmase el vapor en la superficie de los líquidos, cualquiera que sea la temperatura, y la Física enseña que la cantidad de vapor es tanto mayor cuanto más elevada se halla su temperatura, pues no depende esto sólo de la disminución de la presión atmosférica sino también de las corrientes de aire que se forman y la activan considerablemente; además también el estado de rarefacción del aire que contribuye antes que todo á producirlo.

A pesar de esto, no es indiferente conocer la cantidad de vapor de agua que se halla suspendido en el aire y su calidad, pues resuelve la cuestión de si un lugar puede ó no ser habitado y en este caso qué medios deben emplearse para precaverse contra este pernicioso agente. Pero sobre todo es para el médico de un interés notable saber la cantidad de vapor de agua sensible á nuestros órganos que existe en el aire, menor en el invierno que en el estío, y que se halla reunida en aquella estación en las nubes que no son otra cosa que el vapor de agua más ó menos condensado.

Oigamos descurrir al sabio profesor Michel Ley sobre la influencia del aire pestilente en la vida del hombre. «El aire húmedo y caliente obra sobre el organismo por los principios deletéreos de que es conductor por excelencia. El calor reunido á la humedad provoca en las substancias orgánicas privadas de vida, un movimiento de fermentación pútrida y por consiguiente el desprendimiento de efluvios y miasmas tóxicos. Una vez formados hallan estos principios un vehículo en el vapor de agua que satura el aire que las corrientes atmosféricas llevan á largas distancias en varias direcciones, según las localidades. Si después de una prolongada sequía cae en las ciudades una menuda lluvia, inmediatamente que se humedece el piso de las calles, se desprende de él un olor fétido, porque conteniendo el polvo, de que está cubierto, materias vegetales y animales, trituradas y divididas por el continuo paso, se descomponen con rapidez á las primeras gotas de una lluvia caliente. Más tarde se presentan los resultados consiguientes al vicio miasmático del aire. Advertiremos, sin embargo, que las causas de insalubridad se encuentran en su maximum en el aire caliente y húmedo; por su acción directa debilita, relaja los resortes del organismo y le entrega desarmado á los ataques de los principios metélicos, apues al mismo tiempo que favorece la putrefacción de las materias orgánicas, se carga de sus productos gaseosos que absorbidos determinan una verdadera intoxicación. Así que Hipócrates ha dicho con razón: *De todas las épocas del año los tiempos secos son, en general, más saludables que los húmedos, y es menor en ellos la mortandad* »

Dr. CHIL Y NARANJO.



¡Nuevas albricias!

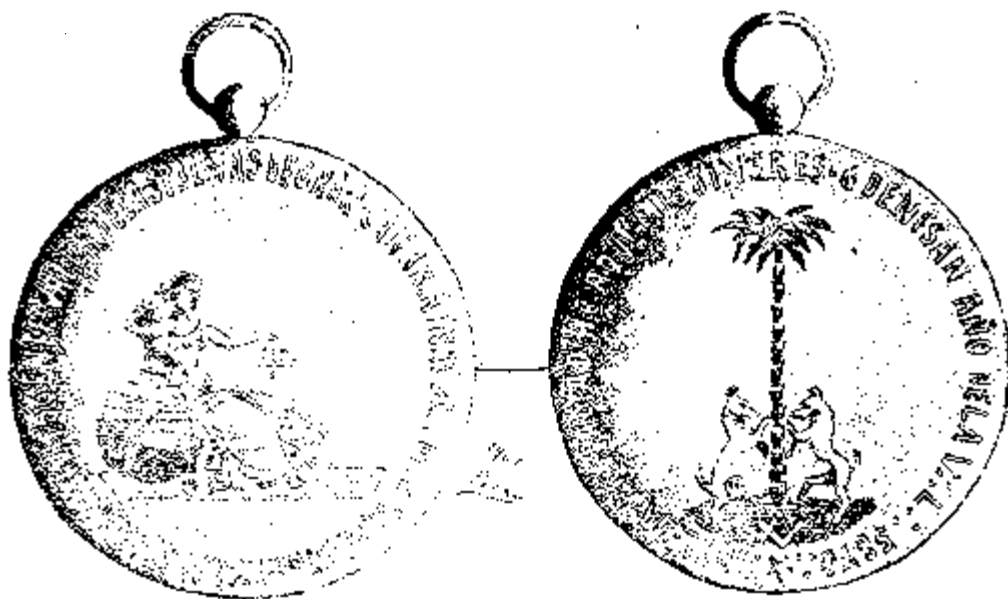
Ya pareció la medalla masónica. Hace algunos años buscaba sin resultado este curiosísimo ejemplar, raro por su corta emisión, investigando siempre, y en todos casos con soluciones negativas; últimamente, infantiles indicios me hicieron concebir alguna esperanza, y usando de la facultad numismático-atractiva, que tan perfectamente manejan los arqueólogos, el mejor éxito coronó mis deseos.

Enriquecida ya extensamente la serie autónoma local, entra hoy este nuevo ejemplar en las filas de EL MUSEO CANARIO, con los primeros honores del dibujo.

Un asiduo plumista, ocuparía una veintena de cuartillas con el relato de los incidentes del hallazgo; yo solamente expondré que la ignorancia es quien la ha conservado.

Una pobre anciana de un caserío inmediato al pueblo de Tejeda, la tenía pendiente del rosario hace unos quince años; no sé por qué razón la creía de Santa Lucía y le rezaba todas las noches para que la virtud de la santa le conservara la vista. Me contó cómo se la había regalado una nieta, indiana muy lista, y que en correspondencia de mi interés en adquirirla, me la cedería, á trueque por otra de las que yo tenía con este fin.

Ya presentado el último escondite, resultado final de mis indagaciones y solicitud, véase la clase.



Probablemente, lector incógnito, ignorarías la existencia de esta medalla; no es extraño, yo tampoco la conocía por más que soy del oficio, numismático, (entiéndase), no francmasón, aunque estuve á punto

(*) Véase el tomo 8.º de esta Revista, páginas 8 á 327 inclusive, que tratan de Medallas canarias; y Numismática general en los tomos VII, VIII y IX páginas 166, 230, 306 y 8, 38, 97, 169, 257, 327 y 81 y 332 respectivamente.

de hacerme por acomodamiento entre los indios, cuando atravesé la Pampanga; pero un compatriota veterano en el país, me explicó la *seña*, y eso me salvó.

Ya es bastante.

Esta medalla, que reproducimos en gran tamaño, es de cobre, estuvo dorada al galvanismo, tiene 25. mm de diámetro y 5. grs 20 cntgs. de peso, la argolla, como se ve, es movable y está en el mismo plano de la virola: en el anverso aparece una matrona con los símbolos de la igualdad, la abundancia y el trabajo, apoyando su brazo derecho sobre la esfera terrestre, que está ceñida por una banda donde se lee «AFORTUNADAS» y solamente se destacan en el mar, las Islas Canarias. El conjunto aparece orlado por la siguiente inscripción.

* AFORTUNADA NUM. 36 EN EL VALLE DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA INAUG EL 7 DE ABRIL DE 1870 E.: V.:

En el reverso aparece el escudo de Las Palmas, con el aditamento de un compás y un escuadro en la tierra, circulado todo por la siguiente leyenda.

* FIDELIDAD Y LEALTAD HE AQUÍ MIS TIMBRES—6 DE NISAN AÑO DE LA V.: L.: 5870.:.

¿Hay algo extraño aquí para alguno de mis venerables lectores? Seguramente sí: para mí también lo hubo ayer; esa palabra Nisan y la fecha 5870, me escamaron un tanto, por más que lo primero no se me ocultaba del todo, creo haber tropezado con ese nombre en el «Paulexico latino» (artículo tiempo), pero los números no me recordaron á Petavio y he aquí la causa de mi desconfianza y el motivo porqué molesté esta mañana temprano á un mi amigo, joven sacerdote muy ilustrado y de grandes recursos de ingenio, el cual con suma amabilidad se armó de libros latinos, y en un momento, me dijo lo que sigue. (*)

Nisan—nombre del primer mes de los hebreos, que empezaba en la primera luna nueva de Marzo ó de Abril—Moisés le llamó Abib, ó de las nuevas espigas, ó primeros frutos.

Entre los exegetas modernos, hay discrepancia de opiniones; unos dicen que Nisan corresponde á Marzo y otros á Abril; como se habrá visto, la causa de la duda arranca desde la antigüedad.

Ahora aparece también explicada la fecha 5870, salvo paracronismo; contando el tiempo por el sistema hebreo: de cualquier modo, también aparece esta fecha en buen sentido, dentro de alguna opinión, pues hay quien asigna al mundo catorce mil años de existencia.

Las letras E.: V.: del reverso, se refieren probablemente al Rito Escocés—(véase «Secretos de la masonería».)

La Logia á que perteneció esta medalla creo que está durmiendo.

No hagan ustedes ruido.

MANUEL PÍCAR.

Teror, Febrero de 1901.

(*) Haré constar aquí, que antes de dar este paso, consulté el monumental diccionario de Campano, (único que poseo) y nada de esto encontré.



CAÑADAS DEL TEIDE.



ALGO MÁS SOBRE EL MODERNISMO

No han agotado este tema las consideraciones que expuse en *El Museo Canario* con motivo de la aparición de la revista *Electra*. Lo que dije entonces referíase á un caso concreto, y el modernismo como hecho general pide mayor y más amplio examen.

Yo no seré por cierto quien descienda á analizarlo: quédese semejante análisis para los críticos de oficio y de cátedra. Pero sin penetrar muy adentro en el asunto, que sería como internarse en un recinto obscuro y vacío, bien puedo yo echar mi cuarto á espaldas sobre materia de tan palpitante actualidad.

Nada más actual, en efecto, que el modernismo. *Actualismo* también pudiéramos llamarle, si apreciáramos en él solamente la tendencia á reflejar con fidelidad, con exactitud, la vida moderna. Pero esto es lo de menos para la escuela literaria modernista: las apariencias engañan, y el modernismo viene á ser una cosa vieja remozada.

Sus cultivadores tienen parentesco con los antiguos sofistas y con los no tan antiguos gongorinos. Le tienen con los decadentes de todas las literaturas, en esas épocas en que se estancan y se corrompen las corrientes del gusto. Son simples *rhéteurs*, como dicen los franceses, aplicándoles una palabra intraducible: muchos ni siquiera eso, porque sólo conocen la retórica para agraviarla.

Ellos en literatura sólo consideran el elemento formal que cultivan de una manera caprichosa y extravagante, no como artífices en un taller sino como monomaniacos en un manicomio. Su juego literario es un juego kaleidoscópico. Su esfuerzo constante estriba en disimular la indigencia de ideas con la pompa, el número y el brillo de las palabras.

Diríase que han resucitado á Góngora y Marivaux; pero estos dos maestros, Góngora sobre todo, tenían personalidad, y sus descendientes no la tienen. El neo-gongorismo es una dolencia mental caracterizada, con fiebre y delirio que las más veces sólo inspiran tonterías.

El modernismo cuenta, sin embargo, hombres de alto pensar, verdaderos artistas. En estos la etiqueta expresa lo secundario, un apellido de libre elección: lo esencial es la enjundia que ponen en sus obras.

La escuela no representa por sí misma una decadencia; al revés, debía representar un gran progreso, y eso vale cuando se entienden y se interpretan á derechas sus cánones. Cuando los imitadores serviles, sin talento, sin cultura, sin gusto, sin sentido común, la desnaturalizan, entonces no significa nada, ó significa simplemente insulsez, necedad, pedantería. Hay quien escribe un artículo en modernismo para decir á vueltas de inaguantables tiradas, que ha tenido un mal sueño y que se ha levantado de mal humor.

Los modernistas son unos enamorados de sí propios, unos cultivadores del *yo* satánico. Todo lo subjetivizan, todo lo refieren á su personalidad borrosa y flotante, como una nube que va á deshacerse en lluvia. Lo moderno para ellos empieza y acaba en ellos mismos. No ven el mundo exterior más que por el prisma de sus ideas elementales, de sus sensaciones groseras y de sus anhelos eternamente malogrados.

Verlo así es como no verlo. *Somnia egri*, visión enfermiza. Los paisajes pierden su colorido natural y las cosas resultan deformes. Sólo queda la terquedad del maniaco haciendo caminar su pensamiento desolado en una sola é invariable dirección.

El verdadero modernismo, el único que yo comprendo, es el modernismo de Zola, de Pierre Loti: la observación y la interpretación amplísimas del medio contemporáneo recibido en poderosos y serenos temperamentos de artistas. Esos desdeñadores de lo clásico pueden justificar su desdén con sus obras *actuales*, donde se reflejan maravillosamente los panoramas del mundo moral y del mundo físico.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.





BREVE RESUMEN É HISTORIA

MUY VERDADERA

DE LA CONQUISTA DE CANARIA ESCRITA P. R. ANTONIO

DE SEDEÑO, NATURAL DE TOLEDO,

UNO DE LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON

CON EL GENERAL JUAN REJÓN

(Continuación)

El día siguiente le entraron en un navío, remitido á España llegó con buen viaje y después de algunos días esperando nuevas de su llegada y prisión por ir remitido al Príncipe, remaneció otra vez Juan Rejón en Canaria muy presto y de improviso saltó en tierra una noche en el Puerto de las Isletas. Admirados todos de esta mutación, publicó que traía nuevas provisiones y patente de Capitán y Gobernador; y como generalmente la gente común es amiga de novedades y él les tenía ganada la voluntad, sin más examen fué obedecido. El día siguiente hizo Juan Rejón prender á el Deán y á Pedro de la Algaba, contra quienes hizo un mal proceso y lo condenó á degollar, lo cual hizo ejecutar instantáneamente, sin apelación, ni hubo remedio alguno de dilaciones, y á el Deán mandó desterrado á Lanzarote.

Juan Rejón cuando llegó á España preso tuvo tal ardid y maña que se huyó de la prisión y escapó con tal brevedad que no hubo lugar de otro aviso que su llegada y dijo que traía nuevas provisiones. Quedóse en Canaria, solo, sin tener quien le fuese á la mano en sus tiranías y desórdenes, que fueron mucho mayores. Continuó sus entradas contra los canarios, en que tuvo algunas escaramuzas, sustentándose de los robos que hicieron él y los suyos, y siendo ya por los fines de el año de 1473.

Llegó á Canaria con gente y mantenimiento para la Conquista Pedro Cabrón, con orden de su Alteza, y vino asimismo el Sr. Obispo D. Juan de Frias, el primero que tuvo estas islas, los cuales recibieron mucha pena por ver lo que había escandalizado Juan Rejón con sus órdenes, y la causa y proceso que había falsamente hecho sobre el Capitán Pedro de la Algaba, diciendo que intentaba entregar estas islas á los Portugueses, siendo falso. El Obispo y Pedro Cabrón disimularon todo lo posible, dando aviso á su Alteza; el Obispo intentó la conversión de los canarios á la fe católica, lo cual hicieron muchos de buena voluntad y todos lo hicieran si con ellos se guardara la verdad y el trato que se les prometía.

Llegada de Pedro de Vera á Canaria.

Sabido por sus Altezas los negocios de Juan Rejón y sus tiranías, despacharon luego á Pedro de Vera, Caballero de Jerez de la Frontera, con nueva armada y largas comisiones para en justicia y en guerra, el cual, llegado á Canaria y salido en tierra, fué recibido por Capitán y Gobernador, y usando de su oficio con mucha cordura, fué en su puesto muy amado y obedecido de todos.

Acerca de las cosas de Juan Rejón hizo nuevas informaciones secretamente, y habiendo llegado al Puerto Rodrigo de Vera, hijo suyo, de el Capitán Pedro de Vera, con una carabela de mantenimientos; le avisó antes que saliese á tierra la orden que había de tener en prender á Juan Rejón, porque fuese sin alboroto; para ello dispuso el Gobernador que para recibir á su hijo fuese á bordo con otros caballeros Juan Rejón los cuales en llegando se tuvo preso á buen recaudo; descargóse la carabela y determinóse en remitirlo preso á España, llegaron á Ayamonte y á los guardas que llevaba Juan Rejón ó fuese por descuido ó soborno él volvió segunda vez á huirse de la prisión, y como no tuviese en parte alguna otro amparo que había dejado, así acordó lo mejor que pudo de volverse á su navío con su casa mudada; llegó á Canaria y tomó puerto en el de las Isletas, alborotóse toda la gente del Real, unos por amistad, otros por enemistad y algunos por temor, porque ciertamente era belicoso y en lo que emprendía tenía fortuna aunque le duraba poco; algunos de sus amigos le fueron á visitar, dióles á entender que traía la conquista de la Palma, pero que la gente y mantenimientos estaba por hacer, éstos le avisaron que no le convenía salir á tierra sino que se fuese á la Gomera. Habiendo llegado Juan Rejón á la isla de la Gomera, salió á tierra en el valle de Armigua onde unos gomeros le mataron, dicese que por mandado de Fernán Peraza, hijo de Diego de Herrera, el cual fué muy molestado por ello y de muchos gomeros se hizo justicia con culpa y sin ella; aquí se concluyó la vida é historia de Juan Rejón; y no faltó quien le disculpase de las culpas que tuvo harto notorias; púdosele alabar de valiente y buen soldado y no para Capitán aunque fué bastante mañoso y la soberbia le derrotó.

Sucesos de Pedro de Vera.

Después que Pedro de Vera prendió y envió á Juan Rejón á la Corte, ordenó con mucha cordura y diligencia la conquista de Canaria, y el Obispo con sus predicaciones hacía mucho fruto en la conversión de los infieles con gran colmo

que se juzgó en pocos días toda su reducción, más como entró la avaricia de por medio todo se atrasó; y fué así que asistían en el Real muchos canarios ya cristianos y éstos traían otros de paz y hacían que se convirtiesen, adoraban firmemente en todo lo que se les explicaba y en el Santísimo Sacramento, á quien con gran veneración amaban, y en esto mismo los engañó Pedro de Vera, porque intentaba inviar á España algunos de los canarios convertidos y familiares de los cristianos ó fuese por cautivos (como se dijo) ó por lo que él quisiese; éstos fueron escogidos y hay quien lo disculpe diciendo que por cuanto en lo adelante se pudiese recelar de ellos no fuesen contrarios y causa de sediciones, mas era ésto muy dificultoso, porque no faltaría en ellos su buena palabra.

Dispuso Pedro de Vera que quería inviar á Tenerife á hacer presa en la Isla y para ello dijo que fuesen tantos españoles como canarios y por seguridad de volverlos á Canaria hizo juramento de cumplirlo así sobre una hostia pero no consagrada; ellos no sabiendo la cautela, antes creyendo el juramento de que no había traición ni mal tratamiento antes volverlos á su tierra honrados y con aumento, embarcáronse repartidos en dos carabelas más de cien canarios mozos robustos y escogidos con algunos españoles, que entre marineros y otros serían cuarenta hombres, los cuales navegaron la vuelta de España dos días y dos noches y como los canarios no viesan tierra, estando Tenerife tan cerca que hasta el agua se ve batir en las peñas desde Canaria, entendieron la cautela y con gran furia se pusieron en armas contra los marineros y demás gente diciendo que los volviesen á Canaria ó que todos se perdían en la mar, y aunque les pesó, dieron la vuelta y arribaron á Lanzarote donde los Canarios desembarcaron y se fueron á Diego de Herrera que los remediasse en su trabajo dándoles en qué viniesen á Canaria; el cual no lo quiso hacer porque según venían indignados hicieran mucho daño á la conquista.

Mas hallándose allí en Lanzarote Diego de Silva, yerno de Diego de Herrera, por hacer reconocer el beneficio que había recibido de Guanartheme el Bueno, los recibió con mucho amor y les dió buen trato; de allí á pocos días se embarcó Silva y los llevó consigo á Portugal donde pidió á el Rey que se les diese donde vivir, el cual les concedió junto á el Cabo de San Vicente un pueblo que llaman Sagre donde creo que estos canarios se consumieron, á lo menos su memoria allí acabó, y quedaron portugueses.

Los canarios cristianos que quedaron en el Real y los demás que esperaban á sus amigos y parientes, vista su tardanza no juzgaban bien de ella y no faltaba quién les daba á entender mal de el negocio, el cual se confirmó con la vuelta de los navios, y luego que se entendió ser así se alzaron de la conversación de los españoles de los cuales se quejaban mucho, y fué esto causa de muchos y graves daños que se recrecieron de aquí, y que perdieron la vida tanto de una parte como de otra y hacíanse entradas; antes de venir nuevo socorro no hubo cosa notable de que se pudiera escribir sino fué la muerte de nn canario valiente llamado Doramas que Pedro de Vera mató en Arucas como adelante se dirá.

Socorro de Pedro de Vera y prisión de Guanartheme

Visto por Pedro de Vera la aspereza de la tierra y gente y que la suya cada día era menos, invió por socorro á su Alteza, el cual invió gente y bastimentos y con la mayor parte de este socorro vino Alonso de Lugo, el cual apartó en la Gaete y luego hizo allí una torre de tapias de la cual salía á hacer presas y fué mucha ayuda para la conquista; y como los canarios se vieron acometidos por muchas partes, iban perdiendo la tierra; después vino allí de la Gomera Fernan Peraza por orden del Rey y ambos lo hicieron valerosamente.

El Real de Las Palmas, que era el de Pedro de Vera, fué socorrido con tres navios de bastimentos con que se holgaron mucho y hicieron presas aventajadas; y al mismo tiempo por la Gaete hacian lo mismo Alonso de Lugo y Fernan Peraza hasta el valle y tierra de Galdar donde estaba Guanartheme sobrino de Guanartheme el Bueno. A este le prendieron en una cueva donde se había quedado desamparado de la gente del pueblo que toda se había alzado á la sierra; de esta prisión fué avisado Pedro de Vera en el Real de Las Palmas, tuvo aviso del día señalado salióle á recibir á el prisionero el cual fué bien hospedado hasta tanto que tuvo navio para España á donde fué remitido á los Reyes Católicos, invióle Pedro de Vera bien acompañado y seguro de cualquier peligro y los Reyes con este presente fueron muy alegres entendiendo que por este medio se acabaría la conquista de Canaria.

(Continuará)

niendo lo que se destruía y aumentando con nuevos cultivos los antiguos, ¿no tendríamos por lo menos la Quina al alcance de todos sin que la viéramos hoy á un precio tan alto que ha dado lugar á la falsificación con perjuicio de la existencia?

Pero no tenemos que ir lejos á buscar ejemplos de imprevisión, por desgracia los hay en Canaria. ¿Qué se ha hecho de aquellos famosos bosques de pinos sin ejemplar en el mundo? El fuego, el hacha y todos los medios destructores se han puesto á contribución para concluir con ellos. ¿Y si se hubieran regularizado los cortes y hecho nuevos plantíos, tendrían hoy que deplorar la carencia de maderas de construcción, lamentarían la escasez de cosechas por falta de lluvias? ¿No se ha llevado á cabo en nuestra propia época la tala y reparto de nuestro famoso Monte Lentiscal que era un recurso precioso para la Ciudad de Las Palmas como asimismo la Montaña de Doramas en 1820 y consumada en 1827?

La misma naturaleza se ha encargado de castigar aquella imprevisión y abandono. Roturados los terrenos del Lentiscal se produjeron aquellos famosos vinos que exportados para todos los puntos del globo les dieron mucha fama y no poco dinero. Pero esquilados los terrenos, consumido el humus ó mantillo que los despojos vegetales habían aglomerado y no habiendo abono que baste á saciar su terreno de arenas volcánicas, hace años se quejan de la escasez de las cosechas, de lo raquítrico de su arbolado, y el Monte Lentiscal volverá á ser lo que fué para nosotros hasta su desgraciada tala, ó habrán los propietarios de invertir crecidas sumas en abonos para obtener algún producto. Además de que si no se promueve la plantación de arbolado en las cercas, y se destinan á bosques los terrenos inútiles para el cultivo, jamás lograrán hacer aquel clima tan salubre como era, y como debe ser por sus favorables y providenciales condiciones.

Gracias á estas ventajas reconocidas por todos, se introdujo un nuevo elemento de riqueza con el cultivo de plantas de un orden distinto del antes conocido, cuyas anchas y robustas hojas alimentan una serie de insectos que constituyen una verdadera superficie de seres organizados, que tiene sus ventajas si bien no se halla exento de graves inconvenientes.

Sabemos que el cólera-morbo tiene su cuna en las márgenes del Ganges y desde allí parte para hacer sus horribles estragos como lo sabe harto bien desgraciadamente la Gran Canaria, en aquellos lugares donde existen elementos favorables de desarrollo. Y ¿quién duda hoy que si por acaso, que Dios no permita, llegase hasta esta Isla otra vez, no se lograría verle extinguido tan pronto como en 1851?

La fiebre amarilla se desarrolla en esas regiones

que bañan las aguas del golfo Mejicano y sus estragos son bien conocidos en las Canarias. Felizmente sabemos las causas y los agentes que favorecen esta enfermedad que siembra el espanto en los puntos donde se presenta. Aun no se ha olvidado la epidemia de fiebre amarilla de 1811 y 1812, ni los vecinos de Santa Cruz de Tenerife la horrible de 1862. Por tanto si vemos las simpatías que el país tiene para introducir y desarrollar estos terribles azotes ¿por qué se le ha de poner en las condiciones generadoras de esos mortíferos contagios cuando podía ser este clima el más privilegiado del globo?

En las Canarias es muy perjudicial dejar materias orgánicas á la intemperie sin ciertas precauciones, pues producen efectos mas nocivos que en cualquiera otro país por las circunstancias de que sus habitactes buscan para residencia las partes abrigadas de los vientos; allí es donde con mayor fuerza se ceban las enfermedades y hacen mayor número de víctimas. La historia menciona la terrible epidemia de la Modorra que diezmo á los Guanches de Tenerife después de la batalla de Acentejo que no podía ser otra que el tifus de los campos de batalla.

Tales son las maneras de obrar del aire caliente y húmedo, aire que domina en los valles de Gran Canaria, aunque no con gran intensidad, particularmente en aquellos puntos donde además de la abundancia de aguas se hallan poblados de series de pequeños pantanos como resulta en el Valle de Cáceres, en el Agaete, Mogán y en algunos puntos de la cuenca de Tirajana y aun en varias llanuras, según la clase del cultivo que allí se ejecuta: asi acontece en las Vegas de Arucas y Costa de Lai-raga; funestos resultados que se manifiestan por las enfermedades que se desarrollan en esos lugares cuyo carácter dominante es una depresión, una falta de vitalidad y una disminución considerable en el libre ejercicio de los órganos.

Pero ya que me he ocupado del aire caliente y húmedo, diré lo que pasa también con el frío y húmedo que se encuentra dominando algunos puntos como San Bartolomé de Tirajana, Teror, y ciertos valles como Valleseco y algunos otros lugares.

Es éste uno de los aires mas molestos é incómodos por sus efectos: el frío que contiene es mas penetrante, la transpiración cutánea baja á su minimum, se relajan los tejidos, disminuye el apetito, siéntese una depresión en todas las funciones, la circulación se verifica con dificultad y el fenómeno que mas resalta es ese cansancio, ese malestar que se manifiestan en todo el cuerpo y la predisposición á la forma catarral y á las hidropesías: observáse en fin un gran predominio de los líquidos blancos.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. Núm. 126



LAS PALMAS, 1.º DE JUNIO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 21.

RINCONES DE LAS PALMAS



Junto al Guiniguada, por F. SUÁREZ.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Después de esto, ¿qué resultados podremos esperar de la atmósfera que artificialmente se ha creado en estas Islas por la incuria y abandono de los que tanto esmero y solicitud deben desplegar por la higiene pública y privada? Mañana cuando ya no haya remedio, cuando los males hoy transitorios lleguen á ser estacionarios se echarán en cara su falta de previsión. Cuando las epidemias que en Canaria no han podido encontrar acogida por la pureza del aire, se ceban en los pueblos, acudirán á remediarla, empleando medios dispendiosos entonces, que hoy podían poner á poca costa.

¡Cosa increíble! ¡Fenómeno extraño! Parece que el hombre está condenado á vivir caminando de error en error y cayendo de uno en otro precipicio. Se descubre un nuevo producto de un gran valor real, fuente perenne, inagotable de salud y de riqueza entonces se establece un sistema de destrucción y abandono; parecele imposible concluir cuanto antes con ese precioso don. A pesar de todo siempre hay alguna Corporación, algún ciudadano, que trata de oponerse á este desórden, que quiere que todo se haga con cierto método, sobre prudentes bases reconocidas por la ciencia y por la experiencia pero casi se puede decir embriagados y perturbada la razón siguen impertérritos su sistema de destrucción y de daño. Lo que acabo de decir lo hemos visto ya con la ruina casi completa del árbol de la Quina de América del Sur, de la madera de Teck de los bosques de Malabar y de las pesquerías de perlas de Tinnevelly. Pero si la explotación de estas producciones se hubiese hecho con método, repo-

EN LA TUMBA DE LOS SAMOURAIS

«Aquí lavaron *la cabeza*; no os mojéis los pies ni las manos.»

Esto habían escrito con pincel, con lacre, en una tablilla de madera blanca al borde de la más fresca y deleitosa de las fuentes, sombreada por grandes árboles, á la mitad de la altura de una umbrosa colina que mira á lo lejos la bahía de Yedo.

No puede concebirse inscripción más lúgubre en sitio más bonito. Aquella agua, «donde nadie debe lavarse pies ni manos», corre límpida en un pilón de viejas piedras, sobre musgos acuáticos, frescos y exquisitos, de admirable verdura... Junto á la fuente prohibida hay arbustos de follajes delicados y una gran camelia silvestre que despliega en profusión sus flores sencillas, parecidas á eglantinas rosas. Es aquel un paraje apacible, apartado del bullicio del mundo. Toda la colina vese llena de sepulturas antiguas y de pagodas ocultas bajo arboledas. Al perfume de las plantas mézclase un religioso perfume de incienso que impregna el aire como si se estuviese en el recinto de un templo.

El cartelón no dice qué cabeza fué aquella que lavaron en aquella agua clara; dice tan sólo: «la cabeza». Pero todos lo saben. En aquel país, que tiene el culto de las leyendas y de los muertos, no se necesita precisar más...

Y yo también, aunque extranjero, lo sabía. Siendo muy niño, había leído en un manuscrito raro, la historia de los «cuarenta y siete fieles samourais», apasionándome por tales héroes caballerescos; como entonces leía poco, aquello me había interesado extraordinariamente, y me prometí que si los azares de la vida me llevaban alguna vez al Japón, iría á rendirles homenaje en su tumba.

Precisamente hice la lectura en días de noviembre hermosos y tranquilos como éste de hoy, coincidencia de estación y de tiempo que completa la asociación de mis pequeñas ideas de antaño, renovadas, con mis impresiones actuales. Lo curioso es el modo cómo yo me imaginaba este paraje,—que entonces me parecía lejano, lejanísimo, casi imaginario;—había previsto hasta los árboles enanos y las camelias salvajes florecidas en su derredor.

«Aquí fué lavada la cabeza»—(la cabeza del malvado príncipe Kotsuké, cortada por los buenos samourais con las formas más corteses, después de toda suerte de excusas previas; luego lavada en el agua de esta fuente, y llevada piadosamente sobre la tumba de Akao, el príncipe mártir.)

Ahora recordaré en pocas palabras esa historia, pues si así no lo hiciera no podrían comprenderme.

Allá por los años de 1830, el cortesano Kotsuké, después de haber insultado al príncipe Akao y de haberle negado una reparación, logró por medios perversos recabar del emperador una sentencia inicua condenándole á muerte y á la confiscación de todos sus bienes.

Entonces, cuarenta y siete gentiles-hombres, vasallos fieles y amigos del supliciado, juraron vengar el honor de éste aunque fuera al precio de su propia vida. Abandonaron mujeres é hijos, todo cuanto amaban en el mundo, y se consagraron en cuerpo y alma á su idea, á su propósito, esperando durante veinte años con tenacidad sublime el momento favorable, hasta que al fin, una noche de invierno, consiguieron sorprender y degollar en su palacio á Kotsuké, cuyos recelos poco á poco se habían adormecido.

Realizada la venganza, colocada la cabeza del infame sobre el sepulcro de Akao, ellos mismos fueron á entregarse á los jueces. Se les condenó á abrirse el vientre: ellos esperaban tal fallo, y después de abrazarse, lo cumplieron todos juntos cerca de la escalinata de una pagoda, á muy pocos pasos de la sepultura de su querido señor.

Aquí esta la pagoda, muy próxima á la fuente deleitable: una pagoda vieja y pequeña, de color rojo oscuro. Le da acceso una triste avenida en la cual crecen hierbas. Sobre los peldaños, que han lavado las lluvias de cerca de trescientos inviernos, no resta la menor huella de tanta sangre vertida; trabajo cuesta imaginarse la mortandad horrible, el estertor agónico de aquellos cuarenta y siete hombres, los cuellos medio segados, los vientres abiertos, las entrañas salidas, retorciéndose sobre un mar de sangre...

Tuvieron su recompensa póstuma, pues un emperador subsiguiente los declaró santos y mártires é hizo poner sobre su tumba cierto follaje de oro, símbolo del supremo honor. El Japón entero les tributa hoy un culto entusiasta; su nombre está en todas partes; desde muy temprano se les hace aprender á los niños y se canta en los grandes poemas.

El lindo sendero verde que conduce á la fuente se prolonga más allá, sube un poco más alto, por una pendiente muy suave.

Continuando, se encuentra primero la casita del bonzo adscrito al cuidado de las sepulturas de aquellos héroes y al cuidado de sus flores.

Llamo á la puerta, y aparece el viejo. Tiene una extraña fisonomía de guardián de tumbas, enjuta, fina, ascética y astuta al mismo tiempo; es alto y delgado, cosa rarísima en un japonés. Un gorro negro prendido bajo la barba—como el que usaba antes en nuestro Occidente el señor de Mefistófeles—le envuelve la cabeza, los cabellos, las orejas, dejando ver sólo la máscara encuadrada del rostro; y ese gorro muestra además, á cada lado de la frente, dos protuberancias inquietantes que parecen estuches arreglados en la tela para meter los cuernos...

Verde libros en que se relata la historia de los cuarenta y siete samourais con todos sus sencillos y sublimes detalles. También comercia vendiendo á los peregrinos barritas de incienso que desde hace tres siglos se queman allí diariamente.

Las sepulturas que me lleva á visitar ocupan una especie de esplanada cuadrada desde donde la vista domina un país ligeramente ondulado, tranquilo, con la mar por fondo. Rodea la esplanada una modesta barrera de tablas y una línea de grandes árboles funerarios, rectos y rígidos, como columnas de un templo.

Sobre las cuatro caras de este cuadrilátero se alinean las tumbas mirando todas al centro, que es un pequeño espacio vacío cubierto de una hierba rasa y como espolvoreada de ceniza de incienso. Cuarenta y siete piedras verticales, todas iguales, todas en bruto como menhires de granito, llevando cada una un nombre y la inscripción *Harakiri*, la cual quiere decir que aquellos hombres murieron con el género de muerte terrorífica de los hombres de honor, abriéndose el vientre con su propio puñal.

En dos de los ángulos del cuadrado siniestro se elevan piedras más altas: las del príncipe Akao y la princesa su esposa. Junto al príncipe, en una tumba muy pequeña, enterraron á su hijo,—su *mousko san*,—como le llama el viejo custodio. Y esa expresión de *mousko san* me hace sonreír, pues tal palabra y tal partícula unidas significan algo así como si en nuestro idioma dijéramos: «Aquí, al lado del príncipe, reposa su señor bebé.» Pero todo lo atañente á esta historia infunde á los japoneses tanto respeto que no encuentran fórmulas bastante expresivas para manifestarlo.

Delante de cada una de las piedras hay ramilletes de flores fresquísimas, cogidas por la mañana; y también hay montoncitos de cosas grisáceas, restos de barritas de incienso, cuyas cenizas todavía olorosas pasea el viento sobre la

triste hierba de las inmediaciones. Y esto desde 1702, sin interrupción, porque la conquista del espíritu moderno que en el Japón se ha llevado por delante tantas cosas, ha dejado intacto el culto de este pueblo por los muertos.

La hija de uno de los samourais, que era sacerdotisa, obtuvo permiso para ser enterrada también allí, al lado de su padre, y por eso aumentó con una más el número de tumbas. Tiene sus flores como las otras, sus flores y su incienso, su parte de recuerdos y de veneración.

Una enorme cantidad de pequeñas tiras de papel, blancas ó rojas, pegadas á las piedras sepulcrales, ó esparcidas entre la hierba contienen los nombres de los peregrinos que diariamente acuden de todos los puntos del imperio á rendir homenaje a los leales gentiles-hombres. Se cuentan entre ellas verdaderas tarjetas á la moderna grabadas en caracteres europeos sobre cartulina «bristol», y esta costumbre de dejar la tarjeta á la puerta de los muertos que no pueden recibir, sería chistosa si no fuese impresionante.

Los árboles desnudos del recinto, muy rectos, rígidos, como una fila de cirios gigantes, agitan sus cabezas sacudidas por un vientecillo de otoño. Y las cigarras cantan por doquier, al sol todavía cálido de noviembre.

En verdad, el sitio es de una melancolía extraordinaria y muy particular. La historia es hermosa para quien la conoce en detalles, admirable de heroísmo, de honor exagerado, de fidelidad sobrehumana, inexplicable como un viejo enigma cuando se conoce á los actuales japoneses degenerados. Evoca la idea de un pasado noble y caballeresco lanzando una sombra de respeto sobre ese Japón moderno que inspira tantas ironías.

Yo no ofrendé flores frescas á los cuarenta y siete héroes que aquí duermen. Al contrario, arranco una crisantema del ramillete colocado sobre la tumba del jefe, y me la llevo á Francia, lo cual constituye, bajo una forma inversa, el mismo homenaje rendido á la memoria de todos.

PIERRE LOTI.

Por la traducción,
FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.





Cosas de la tierra y de otros tiempos

Escrito esto en el sencillo y vulgarote lenguaje de la tierra, quedan suprimidas las *cursivas*.

Oh! Y qué felices los tiempos aquellos del templerio en nuestra bendita tierra! ¡Qué apacible, qué feliz y tranquila era entonces la vida! Ni lujo, ni plátanos, ni tomates, ni ambiciones... Aquello era una Jauja, un verdadero valle de Batuecas. Habrían entonces más sarna y gentes que no se lavaran la cara,—aunque también hoy las hay por ahí enriquecidas que llevan traje de lana y los pies sucios—, pero se vivía sencillamente, á la buena de Dios, sin envidias, sin ambiciones, casi sin penas.

¡Y cómo ha volado el tiempo! ¿Quién diría que el año 50 del siglo de los azucarillos y de la manteca de cerdo de Chicago, el azúcar era una medicina, una verdadera melesina en muchos pueblos del terruño? ¿Que para el despacho solo poseía la venta de Mariquita las Nieves la que hacía los bollos dormidos, seis libras escasas, y cuando llegaba algun chirguete á comprarla dos cuartos le preguntaba siempre, ¿mi niño, á quién tienes malo?... ¡Oh qué felices tiempos aquellos del año 50 en que en nuestra tierra no se conocían los fósforos, ni el café, ni la yesca, ni el petróleo... ni tantas cosas más, y los hombres solo tenían un traje de nanquin azul guardado en el fondo de la caja de barbusano para el día que se repicara con las cuatro campanas, y las mujeres llevaban manto y saya de á fiska vara y hacían los miriñaques con aros de pipa! Entonces las embarazadas se sangraban dentro de los cinco meses para tener buen parto, y los que padecían de flatos y tonturas también se sangraban, y haciéndose sangrías á cada nonada no se cogía ninguna enfermedad de las pocas que Dios mandaba en los tiempos aquellos en que el pan solo se amasaba por las fiestas pero la leche se comía por cuartillos sobada con gofio en gavetas de palo. No habían otros bailes que las folías, seguías y sorondongo, ni otros cantos que la isa y los aires de Lima; y el pastor cantaba trujanes detrás de la yunta y las madres dormían á sus hijos con el arrorró. No habían más contribuciones que el diezmo, si la cosecha de

millo y papas era buena, y medio rialillo que se pagaba todos los años el Jueves Santo, en los días que se hacían ayunos de veinticuatro horas y se comía frangollo. No se encontraba un médico ni había boticas, y los males se curaban con yerba ratonera, sangrías secas, manteca de ganado y parches de resina de pino. A una mujer que de sobreparto cayó una vez con calor y frío, le puso un vecino un parche de resina de pino, que la tuvo dos meses con la sábana pegada á las espaldas. No había gentes enriquecidas ni cursilonas que llevaran traje de seda y el ombligo sucio, pero no habían mendigos. No habían aparecido aun esas aves de rapiña de la Ingalaterra, mas por eso no faltaba el gofio, ni el potaje se dejaba de pouer al fuego. Era desconocida la belmontina, pero había aceite de tártago para el candil. Lo que no había era fósforos, y ahí vamos á parar. No sé cómo en el siglo de las luces hacían luz nuestros abuelos, que esto bien claro lo publicó *La Atlántida*, número 7, sino de cómo en este siglo, que así como era de las luces y otras cosas más, pudo serlo del fuego, del fuego... que hace el vapor, prendían aquellas benditísimas mujeres el fuego que hace la comida.

Veréislo: Era muy sencillo, casi sencillo, pero ¡caramba!, costaba un tiempo. Y si después de prendida la leña el fuego se amulaba, aquellas buenas almas, que no por lo buenas dejaban de encochinarse y enroñarse si se les hacía alguna matorrería, tenían que volver á las andadas.

Pues, nada. Miraban el sol á ver si estaba próxima la hora de ayantar, y entonces, cogían el pedazo de una media vieja de patente que siempre estaba colgada junto al templerio, sobre el poyo de las tallas, y lo llenaban de hollín; y entonces, pedernal y eslabón en ristre, dale que dale sobre el negro envoltorio de hollín y trapo, hasta que una chispa lograba prender, y soplando, soplando cuidadosamente, se encendía el trapo, se colocaba entre los tres teniques del fogar, se le echaban astillas de teas y rama seca de ajulagas, y el fuego se hacía, y el humo, hijo del fuego, que antes que el padre esté hecho ya está en el techo, como una pluma blanca saliendo por los abujeros de la

olla vieja que servía de chimenea, subía á dar un beso á las nubes sin saber que iba á ser la señal de un jubileo.

Pues el jubileo era que las comadres del pueblo que no querían romperse el alma sacando chispas del pedernal, acudían con sus caras de Pascua á la cocina donde primerito veían una chimenea echando humo, á pedir con voces elementadas una brasita, que llevaban en un tiesto para encender sus fogares respectivos.

Esto pasaba todos los días en nuestra tierra en los felices tiempos del templerero. Y, ¿á que no sabeis lo que era el templerero? Pues el templerero, cuando no era el rabo de un cochino ó de una vaca, era un taleguito... Déjenme explicarlo bien. Cuando en una casa se mataba, si no se moría, como todavía sucede en Fuerteventura, una cabra, un macho cabron ó un cochino, se recogían todos los huesos, se machacaban bien, y se guardaban en el taleguito. Pues bien: ¿Se acababa la carne y nuestra gente volvía pegar con los potajes de relinchones y los caldos de millo? Pues allí colgadito en la cocina estaba el templerero, el saco lleno de huesos y... tútano, el cual, cuando el agua del potaje ó del caldo estaba hirviendo, se introducía dentro por cinco minutos para que diera alguna substancia. Y este dichoso templerero, que duraba meses, y aun creo que años, colgado en las cocinas de la tierra canaria, iba también de jubileo de casa en casa y de barrio en barrio.

—Vecina, ¡buenos días! Que si me empresta el templerero pa el caldo é millo que lo tengo jirviendo.

—Tome vecina, y tráigalo á camino, que se lo

tengo que mandar á mi comá Maria er Pino la de allanfrente.

—¡Ah cha Antonia! ¿Por qué no me empresta el templerero, que á camino se lo traigo, poj el mío ya no da jugo mardito?

—Llévelo, cristiana; pero si allega más luego no lo jalla porque ahora mesmito lo trujo Antonia la de compá Pepe de ca de mi comá María er Pino la de allanfrente.

—Cha Peña; dice mi máire que aquí tiene el templerero y que muchas gracias.

—Las tiene tú en tu cara, condenao.

—Yo tengo en mi cara las que á usted le sobran.

—Pos las que tu tienes á mi me hacen farta.

—Pos, cha Peña, si su cara no hubiera venío á la mía, la mía no hubiera díó á la suya...

—¡Ah sinvergüenza! Vaya con er condenao muchacho que sabío es, jijo er demonio. La boba fi yo que tuve la curpa. ¡Vuelve acá, c... fallío!...

* *

¿Están ustedes? Ese es el templers... ¡Qué felices los tiempos aquellos del templerero! Nuestra tierra bendita era entonces afortunada, una Jauja... Entonces había más sarna y gente que no se lavara la cara, —aunque hoy también la hay por ahí enriquecida, que lleva traje de lana y las patas súcias,—pero se vivía con sencillez. No habian llegado á explotarnos los ingleses todavía pero sobraba el gofio y se pasaba el tiempo felizmente, á la buena de Dios, sin envidias, sin ambiciones, casi sin penas...

J. BATLLORI Y LORENZO.



GRAN CANARIA.—CUESTA DE SILVA.



BREVE RESUMEN É HISTORIA

MUY VERDADERA

DE LA CONQUISTA DE CANARIA ESCRITA P R ANTONIO

DE SEDEÑO, NATURAL DE TOLEDO,

UNO DE LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON

CON EL GENERAL JUAN REJÓN

(Continuación)

Viendo el Rey que Guanartheme quería ser cristiano y que todos los canarios lo hubieran sido si con ellos se hubiera tratado verdad, todo esto y otras quejas representó Guanartheme á el Rey por medio del intérprete español llamado Juan Mayor, que fué uno de los que cautivaron en la torre de Gando y era muy práctico en la lengua canaria y acompañó siempre á Guanartheme, y le tuvo en buen tratamiento. Fué bautizado siendo sus padrinos el Rey y la Reina á los cuales prometió Guanartheme de entregar la Isla en su nombre con la hija de Guanartheme el Bueno, que era su prima, á la cual todos los canarios guardaban, trayendo por capitanes á sus dos tíos los Faicanes, de Telde, hermano de su madre, y á el de Gáldar, hermano de su padre; con esta promesa invió su Alteza á Guanartheme á Canaria llamado D. Fernando, con todos los canarios que halló en España que habían poblado á Sagre, y con él vino también Miguel de Muxica, vizcaino que había sido factór del Rey en esta conquista. Trajo debajo de su mano doscientos vizcainos hombres de guerra aunque no fueron para lo que venían según les sucedió. Su Alteza hizo merced á Juan Mayor que fué por lengua, del Alguacilazgo mayor de Canaria y á Guanartheme hizo merced de los valles uno de Laumastel y otro de Guavedra, este sólo le quedó; los demás como muriese en la conquista de Tenerife y no quedó hijo varon todo se perdió y vino en poder de otros y por ser hombre corto no fué para sí, y menos para su prima hermana á quien su tío le había dejado encargada, la cual quedó desheredada de todo por no tener hombre.

Llegada de Guanartheme y Muxica á Canaria

Llegados que fueron á Canaria D. Fernando Guanartheme y Miguel de Muxica y demás vizcainos, D. Fernando procuró con los canarios con todo empeño de que se diesen á los Reyes católicos, los cuales estaban endurecidos y con-

tumaces con los tratos pasados y temiendo ahora ser engañados no lo quisieron hacer; había ya quedado poca gente y esta andaba en lo más áspero de la tierra. Acordaron los capitanes y D. Fernando Guanartheme de ir por la mar á dar sobre ellos y así fueron á un puerto que llaman Tasartico, onde acometieron á los canarios que estaban en la fortaleza de Ajódar que es sobre Tasartico; esta fortaleza es un cerro pendiente y alto un tiro de arcabuz, cercado en redondo un risco tajado con sólo una subida y arriba hay un llano y una fuente que de agua para beber cien personas. Y como D. Fernando y Pedro de Vera reconocieron el lugar y sabían la gente que estaba en él, que primero habían de morir que rendirse, porque tenían allí á su señora á la cual defendían y guardaban con grande amor, así no osaron pues subir á acometerles, lo cual no quiso Muxica seguir, pues antes llamando á sus vizcainos aparte acometieron á subir y no fué posible el poder estorbárselos todos los capitanes. Y yendo subiendo todos la cuesta de Ajódar, los canarios se estuvieron quietos sin pelear hasta que Muxica y los suyos subieron hasta onde no podían ser socorridos de los demás cristianos. Allí empezaron los canarios á bajar y arrojar grandes piedras á rodar despeñadas de tal manera que no valía el huir ni el esperar, que el mismo peligro tenían unos y otros, porque la gente principal de los canarios venía descendiendo por una parte del risco onde las peñas rodadas no alcanzaban y cuando fué tiempo hicieron señal que no echasen más piedras los de arriba y dieron en los que habían quedado vivos, con que no escapó ninguno de los que habían subido con Miguel de Muxica.

Después de hecho este disparate y esta mantanza, los canarios no se contentaron con lo hecho sino coger las armas de los ya difuntos y venir acometiendo sobre Pedro de Vera muy en orden y con gran furia y á todos los que juzgaron socorrer los vizcainos habían subido el valle arriba. Venían ciento y cuarenta canarios nobles que traían por capitán á el Faicán de Gáldar llamado Guanache Semidan y padre de Utendana de quien proceden los Cabrerías porque Francisco Cabrera casó con hija de Utendana, el cual canario fué muy esforzado y dispuesto tenían por refrán los canarios de cuando alguno presumía de galán y valiente le decían: han eres tu Utendana? mucho estrago hicieron en esta acometida los canarios y mucho valor mostraron y fuera mucho peor si D. Fernando Guanartheme no les dijera en su lengua: amigos y parientes, poniéndose delante de los cristianos con grande esfuerzo é instándoles se

estuviesen quedos, que mas os vale ser cristianos como yo lo soy y daros á el Rey Católico y no andar corridos, que sereis bien tratados. Respondieronle los canarios: Ea Guanartheme, salte á fuera tú y los tuyos y déjanos pelear que hoy en este día te haremos señor de Canaria y te casaremos con tu prima y vengaremos los engaños que estos nos han hecho. Dijoles D. Fernando Guanartheme: amigos no permita Dios que tal cosa yo acepte pues he visto la cara del de España á quien di palabra de guardar lealtad y morir por ella. Oído esto por Pedro de Vera se alentó mucho con los suyos y así procuró salir de aquel peligro con el amparo de D. Fernando y otros canarios que se llegaron.

Venida la noche los canarios desampararon con su señora aquel punto por falta de bastimento donde llaman Ajódar, y fueron hacia el valle de San Nicolás arriba hacia otra fortaleza que llamaban Bentaiga, onde es la comarca de Acusa y Texeda, onde se proveyeron de mantenimientos; esta fortaleza es toda de risco y en lo alto están unas cuevas onde hay capacidad de tener mucha gente y se sube á ellas por unos bien peligrosos pasos, tiene á el pie una fuente abundante de agua corriente que no se les podía estorbar. En esta fortaleza se estuvieron algunos días teniendo puestas sus espías sobre los cristianos y estos sobre los canarios.

En Gáldar estaban Alonso de Lugo y Fernan Peraza, los cuales habían hecho un torrejon sobre una casa fuerte la cual llamaban los canarios en su lengua Roma, onde hacían algunas entradas y escaramuza con los canarios que ya andaban derramados y ya eran muy pocos los que quedaban en toda la Isla que no llegaban á trescientos hombres de pelea, y por faltárles los mantenimientos no podían estar todos juntos. Y Dios perdone á quien fué causa de que no se rindiesen sin estos graves daños que no fueron pocos en Canaria que no hubieran sido tan difíciles de conquistar con pérdida de tantos cristianos.

Entregóse la hija de Guanartheme y feneció la conquista

Estando los canarios en Bentaiga y Pedro de Vera y los demás capitanes en Gáldar rehaciéndose los unos y los otros, hubo tratos y mensajeros de parte de D. Fernando sobre que se rindiesen y no quisieron venir en ello los canarios, antes sabiendo que los cristianos venían sobre ellos, y por tener ya poco basti-

mento acordaron salir de Bentaiga para Tirajana y por onde iban se reforzaban de bastimentos que podían hacer y se hicieron fuertes en un peñon llamado Ansid. Fueron en su seguimiento tres capitanes cristianos y con ellos Rodrigo de Vera por General, hijo de D. Pedro de Vera; acompañábale D. Fernando Guanartheme que sin pelear hizo más que todos con sus amonestaciones; pusieronles cerco por todas partes haciendo valerosamente sus acometimientos y D. Fernando por otro modo de que no fuesen tercios y brutos, que se entregasen al Rey de España y serían francos y libres y así procuró de paz visitar á su prima y hablar con sus tíos los Faicanes de Telde y Gáldar. Pactaron después de largas diferencias que se entregarían todos y á la prima su señora, mas que los españoles se fuesen á el Real de Las Palmas y que ellos irían en su seguimiento voluntariamente y que no había de ser á otra persona que á la del General Pedro de Vera en nombre de su Rey á quien todos obedecían.

Hecho ya este concierto, todos los españoles con sus capitanes se vinieron la vuelta de su Real y los canarios salieron de Tirajana acompañando á su Señora; traíanla en unas andas sentada en hombros de cuatro hidalgos de cabellos rubios, traía vestido un zamarrón que la cubría toda hecho de gamuza y la cabeza traía tocada ó aderezada á uso de las españolas que ya se les había dicho cómo se pondrían algunas cosas que les habían dado; venían junto á las andas un poco hacia atrás á los lados los dos tíos Faicanes, y delante y atrás muchos de los hidalgos que traían cabellos largos que era señal de serlo.

Sabiendo Pedro de Vera la venida de los canarios á el Real fué grande la alegría que él y los suyos tuvieron, y salieron á recibirlos á el camino de Telde onde llegaron los dos tíos y por medio del faraute ó lengua le dijeron á Pedro de Vera que en nombre del Rey católico se la entregaban como á hija que era de Guanartheme el Bueno que era señor de la tierra y Isla y que la diese en guarda á cristiano que fuese noble y la tratase bien, lo cual Pedro de Vera aceptó y prometió y estando presente Francisco de Mayorga Alcalde Mayor de Pedro de Vera y siendo el primer Alcalde pidió que se la entregasen para tenerla consigo en su casa.

(Continuará)

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 127



LAS PALMAS, 8 DE JUNIO DE 1901.



TOMO X. CUADERNO 22.

SOBRE "IRIARTE Y SU ÉPOCA" (1)

Durante el año 1897 dirigí al *Diario de Tenerife* una serie de veinticuatro *Cartas Bibliográficas*, consagradas á varios amigos míos, en las cuales describía algunos impresos y manuscritos referentes á las Islas Canarias, mi patria, á la vez que diversas obras de ingenios naturales de aquel archipiélago.

Entre esas *Cartas*, la tercera, cuarta y quinta, dedicadas al inspirado poeta isleño D. Antonio Zorilo, tratan, bajo el título de *Iriarte y López de Sedano*, de la ruidosa polémica habida entre ambos escritores con motivo de la traducción del *Arte Poética*, de Horacio, hecha por el primero; y reseñan cuantos libros y papeles se imprimieron entonces, ó circularon manuscritos, desde el borrador de la traducción, que se guarda en la Biblioteca Nacional, hasta los *Coloquios de la Espina* que en su defensa publicó Sedano.

Insertó dichas tres *Cartas* el *Diario de Tenerife* en sus números de 11 y 27 de Febrero y 12 de Marzo; y habiéndome aconsejado mis amigos la prosecución del estudio acerca del insigne canario, á la vez que componía otras cartas sobre diferentes asuntos, reuní antecedentes para nuevos artículos que habían de versar sobre las relaciones de Iriarte con Moratín el padre, García de la Huerta, Meléndez Valdés, Samaniego, Forner, etc.

Pero la aparición en las librerías de Madrid, hacia el mes de Octubre de aquel año, de la monumental obra *Iriarte y su época*, impresa á expensas de la Academia Española, que en público certamen la había premiado, si por una parte me proporcionó el inmenso placer de su sabrosa y amenísima lectura, por otra me impidió utilizar el trabajo hecho, que fué, naturalmente, á parar al cesto de los papeles.

Cuantos datos había acopiado y muchos más de que no llegué á tener noticia, hallémoslos en letra de

molde en las páginas de aquel libro; y no debo ocultar que la satisfacción de haber coincidido en casi todas mis apreciaciones con las del señor Cotarelo, aminoró bastante el natural sentimiento de haber malogrado dos ó tres meses de trabajo.

Sin embargo, ese mismo estudio, que me ha permitido poder apreciar, quizás mejor que muchos lectores, el grandísimo mérito de la obra del señor Cotarelo, también me ha servido para advertir alguna que otra noticia equivocada, tal cual omisión y dos ó tres errores de poca monta, pero errores al fin; lo que me anima á hacer unas cuantas observaciones que creo han de ajustarse á la índole de la *Revista Española*, cuyo ilustre director podrá, si quiere, utilizarlas en todo ó en parte, el día en que haga una nueva edición de su libro. Ciertamente no es ésta una fe de erratas, ni las mismas erratas tienen una importancia grande; y aunque me expongo á que con razón se me aplique lo que á la Cigarra dijo el Buey de la Fábula XXXVII del mismo Iriarte:

Si no estuviera lo demás derecho,

Usted no conociera lo torcido,

porque, efectivamente, casi todos los surcos del libro están derechos, al menos por esta vez no seré yo mismo quien eche mi trabajo al cesto de los papeles.

La nota 3 de la página 32, relativa á D. Domingo de Iriarte, dice textualmente: «D. Domingo era hermano gemelo de D. José, y nacieron, como va dicho, el 18 de Marzo de 1739, siendo bautizados algunos días más tarde, (Véase su partida bautismal en el Apéndice III, núm. 1).»

Busco el número 1 del Apéndice III y hallo la partida de bautismo de los dos gemelos *Domingo Gabriel Joseph* y *Joseph Gabriel Domingo*, nacidos en la fecha apuntada. Pero el Domingo Gabriel José no es el famoso diplomático firmante con Barthélemy de la Paz de Basilea, porque ese niño murió antes de cumplir los ocho años (no puedo precisar la fecha exacta porque la ignoro); el firmante de la Paz de Basilea se llamaba *Domingo Joaquín Raimundo*; nació el 20 de Marzo de 1747 y fué bautizado el 22,

(*) No se escribió este artículo para el semanario EL MUSEO CANARIO, sino para la *Revista Española*, importante publicación que en Madrid dirige el académico D. Emilio Cotarelo y Mori. Circunstancias, cuya explicación me reservo por ahora, me obligan á variar el deseno que daba á mis apuntes, escritos hace más de tres meses y de los que no debo ni quiero borrar una sola palabra.

apadrinándole su propio hermano D. Bernardo, niño á la sazón de unos doce años. Lo prueba la partida de bautismo, extendida en los siguientes términos:

«En la Yg^a Parroql. de Nra. Sra. Dom.^o de la Peña de Francia deste lugar y Puerto Juachin de la Cruz en veinte y dos de Marzo de mill setecientos quarenta y siete años. Yo D. Joseph Alexandro de Oropeza Presv.^o con licencia del Lto. D. Andrés Joseph Cavesa Abogado de los Rs. consejos Exor. Signodal deste Obpdo y V. Benefdo. de dicha Yglesia Bautisé a Domingo Joachin Raymundo hijo lexmo. de D. Bernardo de Yriarte y de D.^a Barbara Clea Nieves naturales deste dho lugar fue su Pad.^o D. Bernardo Simeon de Yriarte nació en Veinte de dho mes tiene Oleo y Crisma y lo firme
Joseph Alexand.^o de Oropeza.»

No he de insistir en demostrar lo evidente, pues claro está que cuando nació el segundo Domingo había debido de fallecer el primero. Sustitúyase, por tanto, la partida que se halla en el citado Apéndice, con la que queda copiada.

En la página 31, al principio del Capítulo II, tratando de los Iriartes que no salieron de Canarias, dice el autor del libro: «Fray Juan Tomás, dominico, Lector de prima en el colegio de la villa de Orotava, y D. José de Iriarte, que residió constantemente en el Puerto de la Cruz, extinguieron en ella (en la isla de Tenerife) su obscura existencia.» Y en una nota añade que el D. José falleció en el Puerto de la Cruz.

Aunque estos dos hermanos no vinieron como los otros á la corte, no por eso dejaron de hacer en su patria un lucido papel. El maestro Fray Juan Tomás (que gozó de gran renombre como consumado latinista) tomó activa parte en la gloriosa defensa de Santa Cruz de Tenerife, del 22 al 25 de Julio de 1797, contra la escuadra inglesa que al mando de Horacio Nelson atacó la plaza. Capturado en el convento de la Consolación, cuando el edificio cayó en poder del comandante Tomás Troubridge, fué por éste enviado, en unión del prior Fray Carlos de Lugo, al comandante general de las islas D. Antonio Gutiérrez á intimarle la rendición; y ellos fueron los que por segunda vez llevaron al enemigo la digna y lacónica respuesta de: *todavía tenemos polvora y balas para defendernos.*

Don José de Iriarte residió y murió, no en el Puerto de la Cruz, sino en Santa Cruz de Tenerife, desempeñando cargos muy importantes. Véase el siguiente párrafo que copio del *Nobiliario y Blason de Canarias*, por Fernández de Bethencourt, tomo VI, *Historia de la casa de Ascanio. Rama tercera: casa de Ascanio y Torres*:

«D. José de Iriarte y Nieves-Ravelo, nacido en 19 de Marzo de 1739, intendente general de las islas

Canarias, comisario ordenador de los reales ejércitos y caballero de la real y distinguida orden española de Carlos III con pruebas de nobleza; no tomó estado y murió en Santa Cruz de Tenerife el día mismo en que cumplía los 70 años de edad, 19 de Marzo de 1809.»

Ambos hermanos eran muy apreciados en Tenerife, tanto por sus prendas naturales y educación esmeradísima, cuanto por haber sabido utilizar en beneficio del país natal la influencia de los otros Iriartes residentes en Madrid. ¿Podrían servir estos datos para una nueva nota al Capítulo II de *Iriarte y su época?*

Al hablar de los amores del autor de las *Fábulas Literarias*, delicado punto sobre el cual «son muy escasas las indicaciones que existen», cita el señor Cotarelo á la *Orminta* que Iriarte celebró en algunas de sus composiciones, y una triste historia de amores que precedió á la de la misma *Orminta* (página 238); pero luego en las dos páginas siguientes, parece confundir ambas damas en una sola, Doña Narcisa Villalonga, aquella vecina de cuyas calabazas se quejaba D. Tomás en las décimas que se hallan en el Apéndice IV, número 23. No era, sin embargo, *Orminta* la Doña Narcisa Villalonga.

Bien claramente lo demuestra el manuscrito V. 383 de la Biblioteca Nacional (*Obras Poéticas De Don Thomas de Friarte, Entresacadas De algunos de sus Manuscritos. Madrid Año de 1780*). Allí se halla la Anacreóntica:

*Viéndome Cupido
Estar padeciendo
Por la bella Orminta
Sin fruto, sin premio,*

con una nota al tercer verso (suprimida en todas las ediciones de obras de Iriarte), que dice: «En la palabra *Orminta* se hallan las letras de los dos nombres de la Dama por quien se escribió esta Oda Anacreóntica». Y pocos esfuerzos se necesitan para adivinar que esos dos nombres son *Maria Antonia*. Si los escribimos, señalando las letras, sin repetir las iguales, tendremos:

MARIA ANTONIA;

ó, lo que es lo mismo:

MARI NTO,

letras que, ordenadas convenientemente, dan el poético nombre de *Orminta*, aplicado á una dama que no era, de seguro, Doña Narcisa Villalonga.

Entre las obras dramáticas que Moratin en su *Catálogo* atribuye á Iriarte, hay dos (*El Amante despedido* y *El Huérfano inglés ó el Ebanista*) que no sólo no se hallan en ninguna de las colecciones de obras de Don Tomás, sino que ni siquiera se citan en la advertencia *Al Lector* puesta al frente del to-

mo V, donde el autor enumera las que tradujo durante los años 1769 á 1772 para los teatros de los Sitios reales.

Iriarte menciona seis, á saber:

El Malgastador,

La Escocesa.

El Mal hombre.

El Aprensivo ó enfermo imaginario.

La Pupila juiciosa. Y

El Mercader de Esmirna

Pero después de este último título pone una &, que muy bien puede comprender ese desconocido *Aman-te despechado*, y, seguramente, algunas otras piezas dramáticas; de ninguna manera *El Huérfano inglés*, puesto que las ediciones que existen, que son tres y no dos, están traducidas en verso; y ya sabemos, porque el propio Iriarte lo dice, que las únicas piezas que para los Sitios reales tradujo en verso fueron la tragedia *El Huérfano de la China* y la comedia *El Filósofo casado*, cuyo autógrafo tengo la dicha de poseer.

Fundado en aquellas palabras del autor, niega el señor Cotarelo que la traducción en verso de *El Huérfano inglés* pertenezca á Iriarte (página 69, nota). Pero, ¿murió acaso Iriarte en 1772? En los diez y nueve años que vivió después de haber trabajado para los Sitios reales, ¿no pudo traducir en verso aquella comedia para otro teatro? Y, en fin, ¿tan poco vale el testimonio de Moratín? Bien sé que su *Catalago* contiene algunos errores; pero me parece difícil que tratándose de un autor como Iriarte, á quien Moratín conocía muy bien, éste le atribuyera una obra ajena. Lo único que, á mi juicio, puede asegurarse en absoluto es que *El Huérfano inglés* no se tradujo en verso para los Sitios reales; pero sin abandonar del todo la idea de que la traducción sea, efectivamente, obra del inmortal fabulista.

La última poesía de Iriarte no es el tristísimo Soneto:

Lamiendo reconoce el beneficio

El Can más fiero al hombre que le halaga;

porque aunque en el manuscrito J. 214 de la Biblioteca Nacional (*Poesías inéditas de D. Tomás Iriarte*) dice D. Bernardo que el autor lo dictó *algunas horas antes de su fallecimiento*, en cambio, en el tomo VII de la colección de 1805, dirige por el mismo Don Bernardo y su paisano Don Estanislao de Lugo-Viña, se asegura que fué *pocos días antes*. De todas maneras, ello es lo cierto que *una hora antes de morir* llamó el poeta al Padre Portillo, misionero del Salvador, para confesarse con él; y presentándose en aquel momento, sin ser llamado, el Padre Puerta, cura de la parroquia de San Juan, á que per-

tenecía Iriarte (cuya casa, que aún existe, era en la calle de la Cruzada, á espaldas de la iglesia), rechazó el moribundo sus auxilios, diciéndole jovialmente:

Señor, yo fui traviesillo,

Y tengo por cosa cierta

No irme al cielo por la Puerta,

Sino entrar por el Portillo.

Tomo esta curiosa noticia de *La Aurora*, semanario de literatura y de artes, de Santa Cruz de Tenerife, número 46, del 16 de Julio de 1848, en el que se inserta asimismo la décima:

Muy amolante señor;

Que amueles tu lira dura

la cual se halla como inédita en el Apéndice IV, número 37, y que, aunque en él no se dice, fué dirigida, según *la Aurora*, á D. Bernardo, cierto día que tocaba muy desafinado el violín con gran desesperación de su hermaco.

Y ya que de poesías inéditas se trata, si están muy en su lugar los escrúpulos del autor (página 494, nota) para no reproducir las seguidillas que en piezan:

cuando el papel te dieron,

y la glosa de la redondilla:

Dos finos amantes y

Capaces entrambos de, etc.,

publicar en 1895 por R. Foulché-Delbosc; y, en fin, las octavas de *Perico y Juana*:

Un día con Perico riñó Juana

Por no sé que disgusto ó fantasía;

composiciones las tres tan ingeniosas como poco decentes; en cambio, en el Apéndice IV se echan de menos otras varias, de carácter familiar casi todas, que se hallan en la Biblioteca Nacional y que si el señor Cotarelo omitió, quizás por no abultar demasiado el tomo, bien pudieran ocupar unas cuantas páginas de la *Revista Española*.

Al reseñar las diversas ediciones del poema *La Música*, se asegura (página 205, nota 3), que la de 1822, *Madrid, Librería de Ramos*, fué impresa en Burdeos. Tengo un ejemplar á la vista; á la vuelta de la anteportada se lee: «Hallase también en Lyon, Librería de Cormon y Blanc»; y al pie de la última página: «Imprenta de J. M. Boursy.» No parece Burdeos por ninguna parte.

Ante el número respetable de impresiones de las *Fábulas Literarias* retrocede el autor del libro; y retrocedería cualquiera, porque realmente es enorme, aun sin contar las muchas que se han hecho para las escuelas. Pero la nota 3 de la página 252, me da á conocer una cosa que yo ignoraba y que, por lo visto, se le ha escapado también al señor Cota-

relo, esto es, que en el año 1782 se hicieron dos impresiones de las *Fábulas*.

La portada de la primera, según la expresada nota, dice así: *Fábulas literarias en verso castellano, por D. Tomás de Iriarte. Dalas á luz un amigo del autor. Madrid, Imprenta Real, 1782*. Y como mi ejemplar, de ese mismo año, no contiene las palabras «en verso castellano», ni las otras: «Dalas á luz un amigo del autor», es de suponer que hubo dos ediciones en 1782, á no ser que el señor Cotarelo copiara el título, no precisamente de la portada del libro, sino del anuncio de la *Gaceta*.

Por mera curiosidad apuntaré aquí las ediciones que poseo:

- Madrid, *Imprenta Real*, 1782.
- Madrid, *Cano*, 1787 (tercera edición).
- Madrid, *Imprenta Real*, 1792 (cuarta edición).
- Gerona, *Oliva*, 1792 (es notable la errata del título en esta impresión, que dice EABULAS).
- Madrid, *Imprenta Real*, 18021 (quinta edición).
- Segovia, *Espinosa*, 1812.
- Valencia, *Mompie*, 1817.
- Isla de León, *Segovia*, sin año.
- Valladolid, *Cuesta*, 1874.
- Madrid, *Hernando*, 1876.
- Barcelona, *Jepús*, 1889 (retrato).
- Madrid, *Rubinos*, 1896.

Conozco además:

- Madrid, *Núñez*, 1815.
- Santa Cruz de Tenerife, *El Atlante*, 1838.
- Palma, *Gelabert*, 1840.
- Palma, *Gelabert*, 1843.
- Tortosa, *Ferreres*, 1845.
- New York (no recuerdo el año).
- Madrid, *Rosado*, 1880.
- Madrid, *Calleja*, 1891.

En junto, veinte impresiones, que no serán seguramente ni la décima parte de las que se han hecho.

Cuatro traducciones francesas se citan en el libro (página 253, nota 2); falta la del comandante Pellet, en verso, impresa en 1860. Hay además una inglesa (*Literary fables, translated by G. H. Devereux, 1855*); otra alemana (*Literarische fabeln... von Julius Speier, Berlin 1884*); y la imitación inglesa de John Belfour, 1804.

Citaré también algunas ediciones de obras dramáticas, omitidas en *Iriarte y su época*.

De *El Huérfano inglés ó el Ebanista*, la de Barcelona, Gibert y Tutó, sin año.

De *El Filósofo casado*, la del mismo impresor, igualmente sin año; y la de Madrid, Quiroga, 1795, de la que tengo ejemplar.

De *La Librería*, la de Salamanca, Tóxar, sin año, que poseo; y la de Valencia, Peris, 1817.

De *El Señorito mimado*, la primera, Madrid, Be-

nito Cano, sin año; y la de Barcelona, Piferrer, también sin año, de las que tengo sendos ejemplares.

De *La Señorita malcriada*, la de Barcelona, Viuda de Piferrer, sin año, que poseo; y otra que cita Salvá en su *Catálogo*, asimismo de Barcelona y sin año; pero que debe de ser distinta de la mía, pues las portadas difieren en algo.

Y, finalmente, de *Guzmán el Bueno*, la primera edición, hecha en Cádiz, año 1790. Es muy curiosa, pues nos da la noticia de que el autor de la música era el mismo Iriarte. Dice la portada:

Guzmán el Bueno, | escena trágica unipersonal, | con musica en sus intervalos, | compuestas ambas | por D. Tomas Yriarte | para representarse en Cadiz | Por el Señor Luis Navarro, | primer actor de la Compañía comica. | Con licencia: | En Cadiz, por D. Manuel Ximenez Carreño, | Calle Ancha. Año de 1790.

Al final se halla esta nota:

«Cádiz 5 de Agosto de 1790.—Imprímase.—Fonsdeviela.»

Hay otra edición, Sevilla, Aragón y Compañía, 1816; y yo tengo la de Madrid, Quiroga, sin año.

Dos reparos no más he de añadir á los apuntados arriba. Refiérese el primero al Zuaznavar que en prosa y verso (página 164) felicitó á Iriarte por su traducción del *Arte Poética*, y que el señor Cotarelo cree natural de Canarias y padre tal vez del escritor Don José María Zuaznavar y Francia. Ni padre, ni hijo, ni canario: el Zuaznavar amigo de Iriarte era el propio Zuaznavar y Francia, abogado de los reales consejos, de familia aragonesa y natural de Vizcaya. Por su amistad con Iriarte tuvo también con otros distinguidos isleños, entre los cuales se cuenta al insigne polígrafo Viera y Clavijo. En 1796 obtuvo la plaza de Fiscal de la Audiencia de Canarias; en Las Palmas estrechó aun más la amistad que le unía á Viera; contrajo allí matrimonio; escribió algunos interesantes opúsculos referentes al archipiélago; se jubiló en 1806, y aun vivía en Madrid hacia los últimos años del reinado de Fernando VII. Pueden leerse varios datos sobre Zuaznavar en la *Historia general de las Islas Canarias* por Don Agustín Millares, correspondiente de la Academia de la Historia, Introducción, § IX. Y si no parece demasiada satisfacción citarse á sí propio (como decía Sedano) me atreveré á decir que también una de mis *Cartas bibliográficas* trata largamente del escritor vascongado.

El último reparo es el más grave. El señor Cotarelo, sin duda por una ofuscación de que son víctima alguna vez los más claros entendimientos, atribuye á D. Vicente de los Ríos la carta dirigida á D. Bernardo de Iriarte, que se halla en el Apéndice VIII

número 4, letra *b*, firmada con la palabra *Tullido*. Esa carta no es de D. Vicente de los Rios.

Hallábase éste en Segovia enfermo de los ojos, cuando se imprimió el diálogo *Donde las dan las toman*, de Iriarte; recibió el libro el 16 de Octubre de 1778; escribió á D. Bernardo el 14 (carta letra *a*), acusándole recibo y ofreciendo escribir á D. Tomás; y el 28 decía al mismo D. Tomás, (carta letra *c*) que aun no había podido leer la obra por su enfermedad, pero que se le había hecho leer. Pues, ¿cómo ha de ser de Rios una carta escrita el 22, en Madrid, y en la que su autor dice á D. Bernardo (á la sazón en El Escorial) que había visto á D. Tomás tres veces en su casa nueva; que éste le había enviado su libro, y que volvería á verle para hablarle *de la carta que ha llevado Sedano*.

Sabe muy bien el señor Cotarelo, como lo sabrá quien se tome el trabajo de examinar el manuscrito U 169 de la Biblioteca Nacional (*Iriarte: Papeles originales*), que muchas de las cartas que entonces se escribieron sobre el famoso diálogo fueron dirigidas á D. Bernardo, quien las enviaba á su hermano, acompañadas de unas esquelitas en francés, algunas muy interesantes por cierto. Busquemos, pues, cotejando fechas, la esquila correspondiente á la carta del *Tullido* y tendremos que no puede ser otra que la de fecha 23, que dice así:

«Mon cher Frère. Voici une Lettre que j'ai reçue de Bails où il est question de votre Apologie critique-apologetique... Vous aurez chez nous demain (*esto es el 24*) l'abbé Bails, etc.»

Luego, Bails había escrito á D. Bernardo sobre el diálogo y le anunciaba su visita á D. Tomás para el día 24. Y esa carta es y no puede ser otra que la del *Tullido*, fechada el 22. Véase este párrafo:

«Si nuestro D. Thomás le hubiera dicho á Vm. que he estado tres veces por lo menos en su casa nueva de vms. hubiera vm. escusado darme las señas. Estuve, pues, poco después de trasladarse allí libros, muebles, pinturas, y todo lo demás: y hago ánimo de volver pasado mañana (*ó lo que es lo mismo, el 24*) que tengo libre la tarde, para hablar de la carta que ha llevado Sedano, porque el autor del donde las dan las toman, me envió, como debía su papel....»

Bien patente está que la carta es de D. Benito Brals; y no he de insistir en demostrarlo como pudiera, comparando su estilo, ortografía, letra y rúbrica con las cartas de D. Vicente de los Rios.

En poco ó en nada aminoran estos lunares el valor del libro *Iriarte y su época*. Seguramente el artículo que sobre sus infinitas bellezas se escribiera sería mucho más extenso que el presente. Yo lo hubiera hecho de muy buena gana; y si esta vez cambio el papel de apologista por el de *juececillo literario*, que

diría Galdós, es que tengo para mí que si es los reparos no logran acogida favorable en la *Revista española*, menos la alcanzaría un elogio inoportuno, tardío y, sobre todo, innecesario.

LUIS MAFFIOTTE.

Madrid 20 de Marzo de 1901.

LOS ÁRBOLES

Son los amigos del hombre, amigos pródigos y silenciosos que embellecen la Tierra y esparcen sobre los campos el tesoro de sus jugos primaverales.

Yo los amo con ese afecto de solicitud que en mí despiertan todas las cosas nobles de la Naturaleza. Mi sensibilidad poética recoge en ellos imágenes múltiples, tiende las alas á través de las frondas perfumadas de los bosques y arrietes, y se tonifica, revive más fuerte y benévola, como si en medio de los troncos seculares y de los ramajes entrelazados se sintiera poseído del éxtasis de la vida y de la fuerza.

Ellos han visto cruzar el espíritu de la Leyenda y han sido siempre los testigos solitarios de las ménadas en Grecia y de las walkyrias en las selvas drúdicas. Son guerreros augustos en las altas cumbres, donde la tempestad los azota sin vencerlos; y en los valles se me representan como los genios de la paz y la abundancia. Tienen un *alma pasiva* distinta, que los caracteriza y da á cada uno un predominio especial, una aptitud de sugestión insensitiva, que no se impone sino que se ofrece al ánimo con plenitud de cosa consagrada á todos y por todos.

No concibo que se tronche un árbol, ni aún que se le maltrate; como no concibo tampoco que no se siembren donde quiera que haya un metro de tierra. Aparte de la innegable utilidad material que reportan todos ellos, bajo el aspecto que yo los miro, constituyen algo así como un símbolo del estado moral, y más que moral anímico, psico-sensible, de los habitantes de una comarca, de una región ó de un pueblo. A mí me revelan un cierto estado de placidez humana, de sociabilidad y de excelcitud en los sentimientos. Tan es así, que sostengo el aforismo de que donde un hombre planta un árbol eleva su alma, la ennoblece y viriliza.

En Sajonia rige una ley que no permite la celebración de matrimonio alguno sin que los futuros esposos hayan ingertado ó plantado seis frutales y otros tantos robles ó hayas. Y otra ley estatuye que todo el que compra un terreno está obligado á plantar en sus lindes, cada año, un número determinado de árboles, hasta formarle una cerca. Esto indica lo que he dicho antes: cierta congratulación con la Naturaleza, con esa madre suprema que nos ha creado para la producción y no para la destrucción.

GUILLÓN BARRÚS.



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Al resumir Levy las influencias meteorológicas, lo hace de una manera clara y terminante, siendo curioso ver marcados en Gran Canaria los mismos fenómenos tan caracterizados y con una regularidad que parece increíble en una isla de la corta extensión de aquella. «Recopilando, ahora, dice el autor citado, las influencias meteorológicas que acabamos de estudiar, podemos afirmar que la electricidad en cantidad moderada obra como estimulante sobre el sistema nervioso; la luz sobre la hematosiis y la plasticidad, el calor sobre la piel, en el aparato hepático, cuya secreción actúa poderosamente sobre el cerebro que estimula hasta la irritación: que el frío favorece la hiperemia por la actividad de la respiración, de la digestión y de la nutrición: que la humedad modifica el tejido celular y las membranas mucosas y tiende á establecer el predominio de los fluidos blancos: que la sequedad conserva el tono de la fibra muscular, facilita la evaporación cutánea y contribuye á la armonía de la acción nerviosa. Estas influencias aumentan, se mezclan y se combinan debiendo agregarse constantemente á sus resultados orgánicos y funcionarios la del estado de las fuerzas vitales.

PRESIÓN

Rodeados totalmente de la atmósfera y penetrando el aire por todos los puntos accesibles, nuestro organismo es insensible, sin embargo, á la inmensa presión que sobre él ejerce; presión extraordinaria que, según los cálculos más exactos, equivale nada menos que á 17990 kilogramos, encuyo medio puede tener lugar la existencia. Hallamos el aire en el intestino y hasta en el tejido huesoso: le encontramos conducido por la sangre que se apodera de él al pasar por el pulmón, cuya presencia se demuestra en el apófisis mastoideo, frontal y en otros huesos. A la presión atmosférica atribuyen únicamente los fisiologistas llevarse á efecto la circulación venosa, y varias funciones de la economía como la locomoción.

La atmósfera no guarda siempre el mismo equilibrio y la columna de aire que nos rodea aumenta ó disminuye según las condiciones propias de la primera ó el lugar que el hombre ocupe, ya en las alturas ya en los valles ó ya en las entrañas de la tierra, como sucede á los mineros, ó en máquinas que le

elevan á alturas considerables donde el organismo tiene que sufrir y cuya acción continuada produce la muerte.

Como en Gran Canaria hay alteraciones considerables en la columna atmosférica, no producidas por las perturbaciones que pueda tener, pues jamás es alterada en su constante regularidad sino debida exclusivamente á la disposición geológica de la Isla en que nos encontramos á cada paso con una columna de peso mayor ó menor, según que estemos en las costas ó descendamos á los valles ó subamos á las cumbres, tenemos que detenernos sobre este poderoso modificador de nuestro organismo por los importantes resultados que podemos sacar para cierto número de enfermedades en que es preciso aumentar ó disminuir la presión atmosférica y para hacer resaltar más claramente los fenómenos que resultan con el aumento considerable de la presión, aunque en este país no tiene lugar, lo manifestaremos sin embargo para deducir las consecuencias terapéuticas que legítimamente se desprenden, y su influencia es tal que en Las Palmas las congestiones cerebrales y las apoplejías coinciden generalmente con los vientos del Sur y las altas presiones barométricas.

He manifestado en otro lugar que la Gran Canaria presenta una importante superficie costanera, bastante poblada, así como una parte considerable de las alturas, de donde resulta que los primeros sufren constantemente mayor presión que los segundos y menos alteraciones. Todos hemos observado una sensación agradable de bienestar, de vitalidad y sobre todo una especie de superabundancia de vida que coincide constantemente con la elevación del barómetro. Después de una gran serie de experiencias hechas por fisiologistas de primer orden, sabemos que con una presión que no pase de 76 centímetros la respiración es más libre, más despejada, la hematosiis se verifica con más energía, la nutrición se lleva á efecto rápidamente y todos los órganos se resienten de esa excitación general que se demuestra por la gran aptitud para los movimientos y la energía de las reacciones, la membrana del tímpano se halla empujada hacia dentro y es más tensa é impresionable al sonido.

Tales son los caracteres que nos ofrece el hombre sometido á una regular presión, cuyos hechos se verifican cada vez que el individuo se pone en circunstancias de recibir estas influencias.

En algunos trabajadores de Santa Brígida y San Mateo, que se acercaron á consultarme, tuve ocasión de observar estos fenómenos, debidos solamente al influjo de la presión atmosférica. Quejábanse de un malestar general, de una pereza que no les permitía trabajar con el vigor acostumbrado, y varios maestros que habían contratado algunas obras en aquellos pueblos se encontraron con una baja notable en el número de jornaleros que habían ajustado, los que se

marchaban por serles imposible resistir la fatiga del trabajo. Observé tambien en estos hombres que la musculatura no presentaba esa resistencia que generalmente se nota en los trabajadores del campo; el apetito era escaso, las digestiones tardías y difíciles y la nutrición se hacía mal; algunos se hallaban atormentados de insomnios y pesadillas. La posición de estos hombres y los escasos recursos de que podían disponer me impedían someterlos á un régimen reparador, además de que estaba íntimamente convencido de que la atonía general que dominaba su economía no podía realizarse con los medios farmacéuticos. Ya había yo observado que estos medios habían sido ineficaces en varias personas acomodadas que se hallaban en el mismo estado, que á pesar de haberlas sometido á un régimen reconstitutivo, cuya base eran los tónicos corroborantes así como las preparaciones de hierro asociadas á una alimentación reparadora y frecuente ejercicio análogo á sus costumbres y ocupaciones, no eran favorables los resultados, pues había cierta atonía en el organismo que con dificultad se reanimaba. Por tanto en las clases trabajadoras este método no podía tener efecto, pero considerando los resultados ventajosos que produciría sobre su naturaleza el cambio de presión atmosférica, en atención á que la superficie cutánea se estimula con el aire del mar y la pulmonar recibe más cantidad de oxígeno, produciendo su efecto tónico el vapor de agua salada, mi medicina poderosa fué el cambio de atmósfera, pero un cambio favorable para el individuo donde evítase la inminencia mórbida en que se hallaban aquellos hombres. Así les aconsejé que tomasen trabajo en la carretera de Telde, principalmente en la parte más cercana al mar, y les recomendé que todas las semanas, al pasar por el punto de mi residencia para ir á las Vegas, me viniesen á dar parte del estado de su salud. Los resultados fueron, se puede decir, sorprendentes, pues casi todos tuvieron que, á media semana, mandar á pedir á sus casas nuevo repuesto de provisiones, porque las que habían llevado, y con las que suponían tener para toda ella, pronto las consumió el voraz apetito que en ellos se había despertado. Las digestiones se hacían con gran facilidad, la cantidad de gases con que algunos se hallaban atormentados desapareció y las irregularidades de las secreciones intestinales concluyeron. En una palabra, el aparato dihestivo funcionaba perfectamente, la nutrición era rápida, la respiración se hacía con amplitud y la oxigenación de la sangre era enérgica; desembarazados los movimientos, tenían afición al trabajo y lo hacían con gusto; en fin, se había llevado á cabo una reacción favorable en todo el organismo, pues hasta la parte moral había recibido un cambio no pequeño y favorable: se entregaban al canto con frecuencia y un aire de satisfacción y de bienestar fué

el resultado producido en aquellos hombres sólo por la variación de atmósfera y demás circunstancias meteorológicas de las alturas de la Vega de San Mateo y Santa Brígida y después trasladarse al nivel del mar. Curas llevadas á efecto de una manera increíble para el ignorante, pero real para el que estudia el orden de los medios en que vive el individuo.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)

BREVE RESUMEN É HISTORIA

MUY VERDADERA

DE LA CONQUISTA DE CANARIA ESCRITA P R ANTONIO
DE SEDEÑO, NATURAL DE TOLEDO,
UNO DE LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON
CON EL GENERAL JUAN REJÓN

(Continuación)

Y así se mandó que la entregasen á Francisco de Mayorga, con gusto de todos los canarios por haber sido Mayorga muy amigo de su padre el Guanartheme que lo cautivó siendo Alcayde de la fortaleza de Gando y todo este tiempo lo hubo bien tratado, y ahora él y su mujer Juana de Bolaños lo pagaron bien en servir á la hija de el Guanartheme, la cual quiso ser cristiana y fueron sus padrinos Rodrigo de Vera y Francisco Mayorga y Juana Bolaños; bautizóla el obispo D. Juan de Frías, pusóla por nombre D.^a Catalina.

Fué el fin y remate de esta conquista dia 29 de Abril, dia de San Pedro Martir año de 1483 habiendo durado en guerra 38 años contando desde la primera venida de Mosen Juan de Bethencourt.

La edad que esta señora tenía cuando se concluyó la conquista eran diez años; era de color blanco, el caballo rubio. que era mucha hermosura entre los canarios y gentileza; tuvóla en su casa Francisco de Mayorga algun tiempo, hasta que con las nuevas de la conquista de Canaria vino de Lanzarote su prima doña Luisa de Bethencourt, de quien ya dijimos, con su marido Maciot de Bethencourt que se vinieron á Canaria á vivir y la llevó consigo llamandose hermanas hasta que tuvo edad de casarse.

Casaron á D.^a Catalina Guanartheme con don Fernando de Guzman, caballero de Toledo, hijo de Alonso de Guzman y nieto de Hernan Pö-

rez de Guzmán, señor de Batres y Alcaudete, cuyos descendientes son los Guzmanes de Galdar en Canaria. El dote de D.^a Catalina fueron las casas de su padre, que era el palacio de Galdar; otra cosa ninguna tuvo, por no tener hombre que por ella pidiese; vivieron con pocos bienes, porque D. Fernando su marido tuvo solamente lo que le cupo por conquistador; pasó á la conquista de Tenerife onde murió de enfermedad que se dijo haberle dado con que muriere. De la sucesión de D. Fernando preceden los Carvajales de Galdar.

Casos sucedidos en tiempo de la Conquista

En el tiempo que sucedían estas cosas entre españoles y canarios, no dejaban de haber casos de contar, ó ya de mofa y risa ó ya de pesar y tristeza; los canarios de que no trataban verdad ni palabra los cristianos y que eran falsos viles y que habían muerto á su Dios que era tan bueno y les había enseñado el camino de la verdad, la cual ellos no profesaban. Los españoles les decían perros traidores, que comían carne de cabra cruda, y que los villanos daban á los hidalgos sus hijas y mujeres porque se hiciesen nobles haciéndose infames, y que los valientes en la guerra viéndose apretados se arrojaban de los riscos despeñándose y decían Tis Tirma en su lengua.

Algunos afirmaron que los canarios hacían esto que se les imputaba; lo cual es falso, porque nunca usaron de las carnes y pescado que si no fuese sazonado á el fuego según ellos tenían su uso, lo más comun era asado; en cuanto á ofrecer sus mujeres o hijas era concedido sólo á el Rey cuando era huesped en algún lugar onde iba, y este era uso el hacer este ofrecimiento el dueño de la casa y lo recibía cuando se le antojaba; en el arrojarse de los riscos alguna vez pudo acontecer, mas no lo tuvieron por uso.

Un canario noble peleando con los españoles y viéndose concluido, se despeñó de un alto risco llamado Tirma y hoy llamado el salto del caballero; dijeron que era hijo del Guanarthe de Telde, y es un error llamarle así, sino Faican, aunque era hermano de el de Galdar; dicese que el que se despeñó fué otro y no este canario.

Hay otro risco llamado el salto de las mujeres, y es que unos españoles siguiendo unas mujeres por unos cerros altos y despeñados, habiendo ya cogido algunas iban en seguimiento de otra (debía ser más noble), muy her-

mosa y de grandes bríos, y viéndose ya cercada de hombres sus enemigos, se arrojó por un risco abajo y viniendo después su madre á socorrerla y sabiendo su desesperación hizo ella lo mismo; esto hacían siendo gentiles, mas después de cristianos, fueron observantísimos y buenos católicos y firmes en la fe.

El día en que celebraban la boda que consistía la voluntad de dos que querían casarse, la llevaban á su casa la mujer y hacían grandes comidas y juegos. El baile era muy pulido y de gran cuenta, hacían un general torneo con unos palillos ó varillas pintados de colorado con sangre de drago; había en un circo ó plaza redondo, onde hacían otro, enmedio tenían un torreón y unos los defendían y otros lo pugnaban, y los que alcanzaban victoria tenían premios; eran diestrisísimos en las mudanzas y zapateados. La sangre de Drago es una resina colorada que sale de un árbol grande.

Naturaleza y costumbres de los canarios

Después de haber tratado de la conquista de esta Isla de Canaria, me parece decir algo de sus costumbres y naturaleza. Eran los naturales de Canaria de buena estatura, más que medianos, bien dispuestos de sus miembros y ligeros en gran manera y de gran destreza en la pelea con las armas que traían, que eran á modo de espada de palo tostado y de madera muy recia; tomabanla por el puño y algunos á dos manos como montante y era arma mas recia; traían rodela muy grandes, de altura de un hombre; era de una maderaligera y estoposa de un árbol llamado Drago; las espadas llamaban majido y el broquel tarja. Las espadas eran delgadas y puntiagudas, traían en las rodela sus divisas pintadas á su modo de blanco y colorado de almagre, jugaban la espada con mucha destreza, tenían otra arma á modo de chuzo pequeño de tea tostado y lo manejaban á puño sin errar el blanco que apuntaban, hacían muchos acometimientos y puntería de arrojarlas y recogerlas hasta que la disparaban sin faltar punto de lograr otros y otros tiros, saltando á una parte y á otra con ligereza.

Usaban asimismo de las piedras tiradas á mano con tanta fuerza como de un trabuco, teniendo las escogidas para la pelea, muy lisas y amañadas; hacían notable daño con ellas porque las empleaban onde querían.

(Continuá)

El Museo Canario

Revista semanal

AÑO VI. NÚM. 128. ☼

LAS PALMAS, 22 DE JUNIO DE 1901.

☼ TOMO X. CUADERNO 23.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Ahora disminuyamos la presión, elevémonos á otras regiones más altas y veremos presentarse otro orden de fenómenos á la observación, pero como no es mi propósito demostrar las sensaciones que el hombre sufre, sea que se eleve á grandes alturas por medio de globos aereostáticos ó que suba á las cúspides de las más altas montañas, me contraeré exclusivamente á las regiones canarias que ciertamente son más bien favorables que perjudiciales. El apetito en enérgico, la digestión fácil, la defecación se regulariza, la nutrición es poderosa, lo que se demuestra por esos magníficos colores que se presentan en el rostro y la resistencia de las demás partes del cuerpo; la respiración es más expansiva y frecuente y se siente una especie de bienestar y de satisfacción; la circulación se resiente de este orden de cosas por las buenas calidades del quilo y demás agentes que también penetran por la absorción venosa y la hematosís que le introducen agentes eminentemente reparadores y estimulantes, y lleva la vida á todos los órganos y aparatos de nuestra economía.

Este hecho fisiológico lo demuestra el organismo por el deseo de ejercicio que necesitan los habitantes de las alturas, por el espíritu de independencia, el amor á sus valles y montañas. Siendo, por otra parte, quebrado el terreno y los pisos irregulares, el ejercicio es más reparador, pues, obligado el cuerpo á buscar el centro de gravedad, está precisado á ejecutar involuntariamente una gran serie de contracciones musculares que comprimen los vasos y hacen circular la sangre con más rapidez produciendo sus efectos reparadores. Aunque el aire esté un poco más rarificado se compensa con no pequeñas ventajas, tal es la de ser más puro y no hallarse cargado de los principios miasmáticos y de mal género que se hallan en las cuencas de los valles en las poblaciones que tienen cierta extensión y que no son bien ventiladas.

Una persona impresionable y un espíritu observador descubre todos estos fenómenos en un corto espacio en Gran Canaria pues desde que se llega á la

entrada de Tafira, se sigue la carretera y se pase por el centro del ex-Monte Lentiscal, las Vegas de Santa Brígida, del Medio y San Mateo y toda esa parte que la vista abarca desde la Cruz de la Asomada y aún la vega de los Mocanes, Valsequillo y Tenteniguada, se sienten estos fenómenos fisiológicos.

¿Qué no son ellos capaces de producir sabiéndolos aprovechar? En Gran Canaria, en un carruaje y en el corto periodo de dos horas, nos ponemos desde el nivel del mar, saliendo de la ciudad de Las Palmas y llegando hasta San Mateo, á la altura de 2.406 pies. Los resultados son evidentes y prácticos. En corroboración de mi aserto citaré un hecho. Un amigo de mi mayor intimidad, D. José de la Rocha y Lugo, sujeto sumamente apreciable bajo todos conceptos, de temperamento en gran manera nervioso acercándose al hepático, sufría de una afección asmática que le incomodaba á veces de un modo insostenible, privándole de dedicarse á sus habituales ocupaciones durante algunos días, y como observé que este mal le preocupaba demasiado, le hice notar que el Dr. Lefebvre, que era asmático, nos ha pintado esta enfermedad con colores que no son desagradables, sin que este mal le privase de entregarse con asiduidad á la fatigosa y ruda profesión de facultativo de la armada francesa y dedicar al estudio gran parte de su tiempo, llevando á cabo trabajos tan notables y de tal importancia que le alcanzaron grandes premios de las Sociedades médicas. El mismo dice, refiriéndose á sus padecimientos, que jamás le privaron de nada; pues estudiaba muchísimo, comía y bebía como otro cualquiera, ejercía su profesión, montaba con frecuencia á caballo, llevaba, en fin, buena vida y no dejaba de aprovechar sus excelentes relaciones y posición sin que su enfermedad le impidiese llegar con robustez á la edad de 80 años de que murió. Esta enfermedad es influenciada por agentes que no podemos determinar, pero que algunas veces conocemos. Recuerdo que una tarde mi amigo el Sr. Rocha evitaba el pasear junto al mar, pues me decía que con frecuencia le sobrevenían los ataques al sentir de cerca el aire marítimo. Felizmente, cuando nada se lo impedía, echaba mano de su eficaz medicina desde que sentía iniciado el mal, montando á caballo ó en su carruaje y dirigiéndose á su preciosa quinta de Tafira. Apenas llegaba á la cuesta de San Roque, todavía dentro de la población pero á notable

altura sobre el nivel del mar, respiraba con mucha más libertad, su espíritu se tranquilizaba y como por encanto iba cediendo aquel estado mórbido á medida que se acercaba al término de su viaje, desapareciendo por completo todos los síntomas á la media hora de hallarse en su casa de campo. Este noble amigo, conociendo la utilidad que aquel privilegiado clima produce sobre su organismo, quiso también procurarse allí todos los refinamientos del gusto, haciendo en su hermosa finca una casa de exquisito gusto rodeada de jardines, plantando multitud de árboles desde los más vulgares hasta los más raros, muchos por él mismo introducidos y aclimatados en aquel clima delicioso, canalizando las aguas del heredamiento de Tafira para hacerlas caer en cascadas, cubriendo los jardines y paseos de flores las más hermosas y odoríferas, con glorietas formadas de magníficos árboles rodeados de convulvulus. La profusión de plantas aromáticas, los cómodos divanes de césped, las mesas rústicas y de gusto caprichoso contribuyeron á amenizar aquel sitio encantador. Comprendiendo también lo útil que le eran los olores del establo para su enfermedad, no olvidó tampoco el situarlo en disposición de que hasta sus hermosas reses disfrutaran de esas excelentes ventajas. Allí todo era movimiento orgánico, toda fuerza vital y no es extraño que tantos agentes obrando sobre su naturaleza le pusieran en un estado favorable. Recuerdo una tarde tomando una taza de riquísimo café, cuando le podía tomar, en la glorieta inmediata á la cascada, después de haber saboreado en el elegante é higiénico comedor una exquisita comida servida con la delicadeza y buen gusto con que su señora esposa, igualmente que sus lindas hijas, obsequiaban á todos los que nos dirigimos allí para pasar en la estación de verano días de satisfacción en el seno de la amistad con que me distinguía esta apreciable familia. Sentía en aquel hermoso lugar un bienestar general; la pureza del aire, la frescura de aquel sitio, el murmurio de las aguas, el olor de las plantas, la variedad de las flores, lo sazonado de las frutas, el canto de los pájaros, la hermosura de los insectos, la transparencia de la atmósfera, todo esto producía en mi sér un estado tan delicioso é inexplicable en lo material y espiritual que notaba cierta superabundancia de vida, turgescencia de los tejidos, facilidad en los movimientos, despejo en la imaginación, deseo de sociabilidad. Todo contribuía á producir emociones que me indicaban que el medio en que me hallaba había completamente variado. Lo mismo sentía siempre que mis ocupaciones me permitieron disfrutar de su amistad en aquellos deliciosos lugares, y por la experiencia propia y los buenos efectos que me producía en la salud, tomé el hábito de dirigirme con frecuencia á Tafira en la estación propia.

Ahora bien ¿qué efecto debían producir en su economía los elementos constitutivos de Tafira comparativamente con los de Las Palmas en la enfermedad que le aquejaba? Según me había manifestado, no podía ponerse muchas veces junto á las orillas del mar, pero desde que ascendía, todos los síntomas asmáticos principiaban á ceder, por manera que cuando llegaba á Tafira, como por encanto desaparecía todo y sentía en su organismo un bienestar general, un deseo de actividad que ejercitaba en efecto. De este modo era como podía conjurar sus ataques.

Subamos ahora un poco más, y los fenómenos que acabo de exponer se presentan con mayor fuerza, según tuve ocasión de observarlo en mi particular amigo el Excmo. Sr. D. Cristóbal del Castillo en su hermosa quinta de la Vega, y en el Licdo. D. Emiliano Martínez de Escobar al pasar de la costa de Lairaga, subir la cuesta de Silva y ponerse en otras condiciones atmosféricas. ¡Qué resultados eminentemente terapéuticos podemos sacar para ese innumerable cuadro de afecciones nerviosas y de los aparatos respiratorio y circulatorio, pudiendo aumentar ó disminuir la presión, cambiando siempre ya de una ya de otra manera las condiciones atmosféricas de un modo favorable al organismo! Este hecho basta por sí solo para comprender su importancia. ¡Cuántos hombres gastan su existencia en las perturbaciones de una vida agitada entregados en manos de prácticos, eminentes, no lo niego, que manejan perfectamente todos los recursos de la profesión, pero que no pueden suministrar, á pesar de su ciencia, el conjunto de agentes únicos que realzan la economía y hacen entrar de nuevo el organismo perturbado á llenar sus funciones con ese maravilloso equilibrio; agentes que se hallan en los campos, entre los árboles, junto á las aguas corrientes, bajo un cielo diáfano, en una atmósfera saturada con el perfume de miles de plantas aromáticas y que existen en muchos lugares de la Gran Canaria!

III

VIENTOS

La acción de los vientos tiene una poderosa influencia sobre nuestra economía por sus cualidades meteorológicas, por las propiedades que adquieren en su tránsito, según los puntos por donde pasan, por las materias que acarrean y por sus variaciones. Cuando el viento es moderado fortifica la piel, la estimula y favorece la circulación capilar al mismo tiempo que activa la evaporación y modifica de una manera favorable la economía. Cuando es fuerte, choca directamente y produce una verdadera conmoción y una rápida sustracción de calórico y humedad, al mismo tiempo que modifica las condiciones eléctricas. Las cualidades le

cambian profundamente según la cantidad de movimiento, como lo manifiestan los viajeros; así el aire frío y tranquilo incomoda mucho menos que el agitado. Cuando la temperatura es moderada y el organismo se halla en estado fisiológico se sienten las menores corrientes, pero cuando es cálido é inmóvil se experimenta entonces una sofocación un malestar general y, se puede decir, indefinible. Esto se comprende fácilmente. No teniendo el aire la cantidad de movimiento necesario para levantar de nuestra superficie los productos de la secreción cutánea y pulmonar resulta que pronto se satura y como no hay las nuevas capas de aire que vayan á reemplazar las saturadas se queda formando una atmósfera que constantemente nos rodea y sofoca. ¿Quién no ha sentido en Gran Canaria esos días que llaman de levante, particularmente en las partes altas y en aquellos puntos que directamente le reciben, como también sucede en Santa Cruz de Tenerife?

Cuando los vientos son fijos el punto por donde pasan les comunica propiedades ventajosas ó perjudiciales. En Canaria estos fenómenos son palpables. ¿Quién no distingue la diferencia de los vientos del Norte á los del Sur? Los primeros, conocidos en el país con el nombre de brisas, vienen del Norte, atraviesan el océano, se saturan de las aguas del mar y llegan frescos y de excelentes cualidades; la piel, moderadamente excitada con ellos, activa sus funciones, la respiración se modifica ventajosamente y se siente cierta satisfacción al inspirarle, la circulación se regulariza y el organismo se resiente de ese bienestar general y local de semejante aire.

El segundo llega del centro del Africa, pasa por el desierto de Sahara, se carga de agentes nocivos y perjudiciales, atraviesa ese pequeño estrecho que separa estas Islas de la costa de Africa, y con estas condiciones lo recibimos. Conocemos ya su depresiva influencia: la postración es general, los trabajos á la intemperie se suspenden y muchas veces las cosechas, particularmente la de vinos, sufren pérdidas de consideración; suele también traer la cigarra ó langosta cuyas calamidades ha consignado la historia varias veces.

Los vientos también sirven de vehículo trayendo del Africa esa inmensa cantidad de tierra que forma depósitos de consideración en las hojas de los árboles, como he tenido ocasión de observarlo varias veces. Pero si tienen estas desventajas, que he enumerado, también presentan su utilidad: los vejetales unisexuales, gracias al polen al cual sirven de vehículo, se fecundan, las nubes se distribuyen en la atmósfera de una manera regular, y Miguel Levy sostiene que los mismos huracanes son unos poderosos ventiladores que sacuden profundamente la atmósfera para poner en equilibrio todos sus elementos de una manera ventajosa.

Tomemos ahora este aire, veamos como se introduce en nuestra economía constituyendo uno de los elementos esenciales á la vida.

Penetra en el estómago mezclado con los alimentos y aún tenemos una clase de glándulas salivares destinadas exclusivamente á apoderarse de él y conducirle. Activa la digestión y contribuye á llevar á efecto, gracias á su presencia, las numerosas reacciones químicas que constituye esa función. Introducido por la inspiración en los pulmones, se pone en contacto con su superficie y es tal su importancia que la sangre en su tránsito, y á presencia del aire, de negra se transforma en roja, es decir, de inútil se convierte en útil con todas las propiedades de un líquido reparador y vivificador que lleva á todas las partes de la economía los materiales que le han introducido. En una palabra, el aire constituye uno de los elementos primordiales de la vida, pues hay un aparato especial, que es el respiratorio, admirablemente dispuesto para que jamás su superficie se halle privada de este agente sin que perezca el individuo. Ahora bien, si este agente contuviese moléculas nocivas recogidas en su tránsito ó desarrolladas en la misma localidad ¿qué fenómenos producirá en nuestra economía? Es evidente que variarán según su cantidad y calidad; preciso es tener en consideración que un agente que desempeña el primer papel en todos los fenómenos de la naturaleza y que si bien sirve de vehículo á lo bueno también es el transporte y un medio de comunicación de lo malo, especialmente de muchas enfermedades, sobre todo de las miasmáticas, debe estar libre de todo principio perjudicial que más bien que da la vida la envenena.

Los vientos en Canaria tienen tal influencia sobre las enfermedades que existen algunas que casi siempre se presentan cuando se verifica un cambio en ellos. Los más constantes en esta Isla y que duran la mayor parte del año son las brisas, que, se puede decir, dan á este clima la vida y salud y le hacen ser realmente los Campos Eliseos de los antiguos; y los meses de Mayo, Junio, Julio y parte de Agosto son los más caracterizados por la constancia invariable con que soplan. En Noviembre se hacen sentir los del Este; en Diciembre y Enero los del S. S. O. y O. S. O. En Febrero, Marzo y Abril los O. N. O., los N. O. y los N. N. O. En parte de Agosto, Septiembre y Octubre bonanzas y vientos variables del segundo y tercer cuadrante. Sin embargo, la configuración propia de Gran Canaria hace que no sea siempre posible determinar en todos los lugares la dirección real de los vientos, sino tan sólo la aparente, como sucede en Las Palmas con los del segundo y tercer cuadrante. Obsérvese que á pesar de reconocer por medio del ozonómetro, de la dirección de las nubecillas (cirrus) y de los datos suministrados por las personas que bajan de las altu-

ras, que los vientos son del segundo ó tercer cuadrante, la veleta marca el O., N. O., E., N. E., y hasta el mismo Norte. Es verdad que esto no se observa sino cuando el viento es flojo y que la dirección real se aproxima al cuarto y segundo cuadrante. También es preciso tener en cuenta las dos direcciones opuestas que se notan durante el verano especialmente; con frecuencia he tenido ocasión de notar que mientras se hacen sentir fuertes brisas, acompañadas de lloviznas, hasta una altura que, partiendo de Telde y siguiendo por Tafira, San Lorenzo, el Palmar, Firgas, Moya y Guía, termina en Agaete; pasados estos puntos el cielo se encuentra despejado y se percibe un viento del segundo ó tercer cuadrante más ó menos seco y caliente, que no permite que las nieblas de la brisa pasen de ciertos límites en los que se las ve revolverse.

Habiéndome encontrado en estado de poder observar los funestos efectos del S. E. en una escala desde la costa hasta la cumbre como desde Marzagán, Ginámar, Monte bajo, Monte alto, Vegas de Santa Brígida, de Enmedio y San Mateo y Lechuza, donde se dejan sentir considerablemente sus fenómenos, precisamente en uno de los días en que se hallaba en su mayor fuerza de quema, he notado una variación considerable en el carácter de las enfermedades. En estas circunstancias el organismo sufre de un modo visible. Obsérvanse una parálisis y una languidez inexplicables; la piel se pone apergaminada, las cicatrices por muy antiguas que sean se hacen sensibles y dolorosas, la respiración es agitada, búscase aire y no se encuentra y aunque las inspiraciones sean frecuentes y amplias se nota, sin embargo, que no existe aire bastante ó por lo menos no tiene las suficientes condiciones en un espacio dado para producir esa satisfacción que solo se experimenta cuando se cambia ese medio nocivo; la circulación es irregular y los latidos del corazón son tumultuosos. La sed no es muy intensa y el agua que se bebe, aunque sea fresca ó contenga algunos principios acidulados ó azucarados, no sacia y cae pesada en el estómago; el apetito es nulo y la digestión se hace con dificultad; las secreciones urinarias é intestinales se resienten de este estado y los que han sufrido enfermedades de la mucosa uretral sienten un ardor incómodo en el canal; la defecación se lleva á efecto con tenesmo de forma disintérica; el sueño ó no se concilia ó es agitado y deja de ser reparador ó toma el aspecto letárgico; las personas nerviosas se ven atormentadas por ensueños desagradables y constricciones del pecho; la inteligencia se embota y hasta aquellos estudios ú ocupaciones intelectuales más agradables se abandonan y aún se aborrecen. Mi íntimo amigo el Pbro. D. Emiliano Martínez de Escobar, uno de los más brillantes oradores sagrados que han existido en estas Islas, me manifes-

tó en una ocasión que obligado á predicar durante tres días, reinando este tiempo, experimentó una dificultad notable para la improvisación, entorpecimiento en la inteligencia, disminución de la voz y abatimiento general; á lo que se unía un dolor en la antigua cisura, resultado de una operación hecha en el recto, tan agudo que creía hallarse padeciendo de la misma afección.

Recuerdo que hallándome una vez en el campo y presentándose estos tiempos en ocasión que leía con sumo gusto los estudios históricos de Chateaubriand, no podía seguir con la fijeza necesaria el orden de los acontecimientos, lo que atribuí al malestar que se observa algunas veces en el espíritu: para variar entonces de ideas eché mano de Los Mártires, pero me sucedió otro tanto. En vista de esto tomé los escritos de nuestro satírico Larra y del inmortal Cervantes, pero todos me produjeron el mismo hastío sin que retuviese nada de lo que leía. Con motivo de estarme ocupando de conchiliología saqué algunos cajones á fin de irlos clasificando y colocando por su orden en los estantes, pero al cortarlos para poner á la vista la disposición del hélice y la inserción de la columna no obstante el gran cuidado que procuré observar carecía la mano de la delicadeza necesaria pues que, al poner á descubierto las terminaciones de la espiral se me rompían algunos ejemplares, lo que nunca me había acontecido.

Hasta las maderas se recienten del estado atmosférico, agrietándose y arrojando las resinas á la superficie; la fuerza con que se separan algunas veces las piezas de los muebles unidas por la cola ó engrudo y las maderas al agrietarse es tan violenta que se asemeja á la explosión que produciría un arma de fuego en una extensa habitación. Los mismos animales sufren estos nocivos efectos y buscan un refugio contra ellos. Los pájaros suspenden sus cantos y los perros jadeantes se acogen al aire en las más oscuras habitaciones de la casa debajo de las camas ó sofás, hecho tanto más notable cuanto que es sabido lo que á estos animales les agradan las fuertes insolaciones y que siempre buscan el abrigo de las paredes y el puesto donde más refleja el sol para echarse á dormir.

Yendo una vez á ver un enfermo al sur de la Isla, á principios del Agosto, y habiendo de venir por el Carrizal al continuar mi viaje para Las Palmas, tuve que atravesar las extensas y áridas llanuras de Gando.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)



EL MOVIMIENTO ANTI-RELIGIOSO

Un movimiento de opinión con manifestaciones diversas pero coincidentes se observa hoy en gran parte de Europa preocupando á los hombres estudiosos que desdeñan las apariencias de los hechos y buscan sus verdaderas causas. Sólo los que este trabajo indagatorio realizan pueden dar con la verdad; no la encuentran los que se limitan á ver la realidad inmediata, el fenómeno en sí mismo, aislado é inconvertible.

Conviene repetirlo, aunque parezca perogrullada: todo hecho responde á una causa generadora, todo suceso exterior lleva elementos internos informativos. Sea cual fueren esos elementos, debemos tomarlos en cuenta para apreciar con acierto las cosas realizadas, las cosas cumplidas. Cuando las miramos bajo un aspecto solamente, las vemos incompletas.

Y tal está aconteciendo con las campañas emprendidas en distintos países contra los representantes más ó menos legítimos y autorizados de la religión oficial. Francia, España, Portugal, Rusia, llaman á juicio al clericalismo. En Portugal se ordena la expulsión de los comunidades; en Francia se discute y va á votarse una ley que las sentencia y las arroja en masa del territorio; en España, la juventud confiesa á boca llena su odio al jesuitismo, y en Rusia, por último, también el culto ortodoxo pasa por momentos de prueba.

Parece, pues, que el principio religioso sale mal parado de estos debates y de estos ataques. En su nombre hablan los promotores de motines contra las sotanas negras, contra los hábitos blancos ó grises; en su nombre los fabricantes de leyes se aperciben á dictar proscripciones formidables. La democracia excomulga, la democracia tiene su *Índice*, la democracia borra y elimina á sus enemigos, la democracia hace contra Roma lo que Roma hizo contra ella.

Pero el principio religioso queda incólume, la persecución y el odio van buscando cabezas, no dogmas. Un breve análisis de lo que es y significa la mal llamada agitación anti-religiosa en los pueblos citados, bastará á probarlo.

No reviste en Francia caracteres de guerra de ideas; es una lucha de resistencia, y nada más. Aquel pueblo, excéptico cual ninguno, pide el lanzamiento de las congregaciones por el mismo motivo que pidió el exterminio de los israelitas y de sus partidarios, porque representan mucha fuerza, porque absorben mucha energía, porque disfrutaban un poder inmenso. Declara el régimen monástico incompatible con la riqueza y la seguridad del Estado, y llega á la curiosa consecuencia de que entre los derechos definidos por la Revolución no está el derecho de asociarse los hombres para fines espirituales. Niega estos propios fines espirituales, porque tras ellos descubre los fines materiales dominando con exclusivo imperio so capa de religiosidad y misticismo. Limita el derecho de asociación para las congregaciones católicas; en vez de reglamentarlas, las abole *ab irato*, como en vez de vigilar á los judíos pretende sencillamente suprimirlos. Es un plan defensivo, no una cruzada filosófica. La Francia moderna acepta todas las filosofías y todas las religiones, con tal que no la perturben ni la coarten. Lo demás le importa poco.

Esto no toca al dogma. Judíos y católicos cohabi-

taron en suelo francés bajo la protección legal, mientras unos y otros fueron simples sectarios. La protección cesó desde que los primeros convirtiéronse en acaparadores y los segundos en tiranos bursátiles. Por lo tanto, el fondo del asunto es en puridad económico.

Las manifestaciones realizadas hace poco en España contra las órdenes religiosas tampoco asumieron el carácter que algunos les atribuyeron. Prueba de ello es la facilidad y prontitud con que se han extinguido. Galdós presentó en el teatro la figura siniestra de Pantoja, personificación del fanatismo, y nuestro pueblo, impresionable é irreflexivo, ha visto un Pantoja en cada jesuita. Los partidos avanzados explotaron esta disposición de un momento, soliviantando las masas; pero el principio religioso permanece intacto, sofocadas y vencidas las perturbaciones pasajeras. Lo más sano, lo más puro de la masa social española, sigue siendo profundamente católico. Habrá quizás quien se atreva á desterrar á los jesuitas; pero ¿quién destronará nunca á la Pilarica? ¿Quién se atreverá á cerrar los santuarios benditos donde todos nuestros pueblos guardan y veneran sus santos predilectos?

Por otra parte, el gran maestro ha incurrido en error, impropio de su talento, cuando ha atribuido al jesuitismo en recientes comentados artículos, la causa única de los males de España. Hay otras muy complejas, muy poderosas, y parece increíble que Galdós las pase por alto. Con todo el respeto debido á autoridad tan grande, me atrevo á decir que su estudio sobre la presente sociedad española, por lo incompleto, por lo parcial, no es la obra de un sociólogo: es la obra de un sectario.

En Portugal, el movimiento de opinión contra las órdenes monásticas, ofrece caracteres políticos antes que religiosos. Allá, lo mismo que en España, un partido demagógico agita sin cesar como arma de combate el terror negro y repite como estribillo una frase famosa: *el clericalismo, he ahí el enemigo*. Tampoco padece el dogma, sino la libertad, invocada para negar derechos que no admiten negación, que solo admiten límite.

Respecto de Rusia, cabe decir igual cosa. Más política que en ninguna otra parte es en el vasto imperio del Norte la revolución que se inicia con signos de suma gravedad. Si algún golpe recibe la Iglesia griega recibirálo por complicación inevitable, porque en la persona del emperador se confunde la soberanía política ilimitada con la jerarquía religiosa suprema. Lo que se quiere arrancar de esa cabeza augusta es la corona infame del despotismo.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.





BREVE RESUMEN É HISTORIA

MUY VERDADERA

DE LA CONQUISTA DE CANARIA ESCRITA POR ANTONIO

DE SEDEÑO, NATURAL DE TOLEDO,

UNO DE LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON

CON EL GENERAL JUAN REJÓN

(Continuación)

Animábanse en la pelea unos á otros, diciendo «haita, haita, datana», que quiere decir «ea, hombre, haced como buenos». Nunca alababan á nadie de valiente, y para decir que uno lo era decían que tal día anduvo fulano muy valeroso en tal pelea. El noble tenía por afrenta matar á nadie si no fuese en la guerra á el enemigo, y aún entonces si podía lo excusaba, salvo que el primero los derribaba y los villanos lo mataban.

En el tiempo de la conquista hubo canarios muy señalados en valor, tanto en ánimo como en fuerza y destreza; de éstos fué uno á dar á la Gomera en compañía de Peraza; á éste mataron en un asalto que les dió Juan Rejón; tenía tanta fuerza y destreza en tirar piedras, que tirando á una palma le cortaba una penca de una pedrada que tenía de alto seis estados de un hombre y siendo muy correosa y mala de cortar aún con hachuela, la dejaba bien cercenada con la piedra.

El canario Maninidra fué muy nombrado de valiente; bautizóse y llamóse D. Pedro Maninidra, pasó á Tenerife á la Conquista, onde hizo cosas muy señaladas en compañía del Adelantado Alonso de Lugo en la batalla que se dió en Jeneto con victoria de los cristianos; antes de acometer estaba Maninidra temblándole el cuerpo; le dijo el Adelantado, como que le afeaba la acción de temblar; respondió: «Las carnes son las que tiemblan, que sienten a onde las ha de meter el corazón», y aquel día se mostró muy valeroso.

El esforzado Doramas, siendo hombre ordinario ó villano por su mucha destreza y valentía había ganado fama muy grande entre los cristianos, en los reencuentros y escaramuzas traía consigo cincuenta mancebos ligeros y de su condición atrevidos; éste se recogía con ellos en una montaña espesa de grandes arboledas y llamada de su nombre Doramas, de allí salían á hacer mucho daño; sabiendo Pedro de Vera que éste había venido á el mar por aquella parte de Arucas á bañarse (que era en ellos ordinario) salió con otros de á caballo y gente de á pie á atajarles el paso á los canarios y habiéndose tra-

bado en ellos la escaramuza y Pedro de Vera viniéndose recogiendo y defendiendo, llegó por detrás un caballero llamado Pedro de Hoces y le dió á Doramas una lanzada por las espaldas y sintiéndose herido volvió con mas presteza y le tiró un golpe á Pedro de Hoces de que le cortó una pierna y luego murió, y volviéndose á Pedro de Vera fué por los pechos herido de otra lanzada que el mismo le dió; á esto dijo Doramas *no eres tú el que me ha muerto sino el traidor primero*; de estas heridas vino á morir presto en el Real de las Palmas.

Con la mucha reputación de valiente que Doramas había alcanzado estaba muy soberbio y mal recibido entre los mas nobles, porque así mismo era alzado Capitan sin licencia del Rey Guanartheme; tenía por grande émulo á un hidalgo de Arguineguin, Bentagaire el cual vino en busca de Doramas á un camino por onde se pasaba á ver los ganados monteses, que había muchos en termino de Maspalomas, y habiendo de venir Doramas por aquel camino le dieron por señal á Bentagaire que seria conocido por la divisa de la tarja blanca y colorada de de cuarteado. Esperó-le sentado en una piedra y Doramas á el pasar no hizo caso de él, entonces Bentagaire levantóse y diciendo en su lengua «aquí somos los dos» arrojóle un puño de tierra ó arena. Entonces Doramas se cubrió con la tarja y juntándosele tuvo tiempo de entrarle el brazo por entre las piernas con gran presteza; dió con Doramas en el suelo un desatentado golpe; y subiéndose encima con presteza onde le tuvo muy sujeto. Viéndose tratado de aquella manera, no juzgando que hubiese otro que en fuerzas y destreza le igualase, le dijo á Bentagaire: «¿quién eres tú que me tienes preso como el águila sujeta al pájaro?—Conócete tú primero, respondióle á Doramas, y luego sabrás quien soy.—Conózcome, dijo Doramas, que soy trasquilado», que era la señal de los villanos, entonces le soltó quitándole las armas y diciéndole: «sábet que yo soy Bentagaire y he venido solamente para que conozcas que no te has de igualar con los hidalgos y me has de prometer de hacerlo así y esto que entre nosotros ha pasado lo has de tener oculto ni que alguien sepa que yo te pasé las manos, lo cual prometió hacer así Doramas con juramento y luego le volvió sus armas.

En una escaramuza que tuvo Doramas con los cristianos despues de esto, y habiendo andado muy valiente fué aquel día como era costumbre de alabarle de su bizarría y esfuerzo y dijo: «no me alabeis de valiente que hay en Canaria quien me haya tenido debajo de sus pies» y siendo obligado por Guanartheme que dijese quién, dijo que Bentagaire.

Hubo otros muchos esforzados canarios que por prolijidad no refiero, cuando alcanzaban victoria ú otro cualquier bien, daban gracias á Dios levantando las manos abiertas hacia el cielo y creían que de Dios les venía todo bien y que desde su morada que era el cielo se lo enviaba.

De la orden con que vivían

Observaron entre sí estos gentiles canarios buena orden y admirable disposición de gobierno en su república, tenían trato y contrato de todas las cosas para su menester tanto en ganados como en cebada, pieles para sus ropas y otras cosas necesarias trocando unas por otras, remediando los pobres, huérfanos, viudas y otras obras de piedad usaban con grande amor y caridad; tenían peso para unas y medidas para otras, los granos que tuvieron fueron cebada, habas, y una cebada sin aristas que llamaban cebada pelada ó romana; tuvieron trigo para algunos años primero que los españoles la conquistasen á Canaria porque antes no lo tuvieron. Los ganados que primero tuvieron fueron cabras y ovejas raza sin lana, y después muchos puercos blancos, la mayor cantidad era de cabras mansas, de que hacían manteca que la guardaban en ollas por mucho tiempo y se les hacía rancia, el uso y arte de que sear no lo conocieron; las pieles adobaban á modo de gamuzas de que hacían su vestido, el primero y más pulido era una tuniceta con medias mangas cerradas hasta la sangradera y por bajo de la cintura; esto era en hombres y mujeres principales. en las mujeres ponían encima como enaguas de falde-llin otro atado á la cintura y después otra ropa que las cubría todas como casacón ó sobretodo; en los hombres eran tres, el primero del modo que dijimos á modo de justacor hasta la rodilla, el último de pieles más gruesas y largo hasta los pies, tenían calzado á modo de sandalias y medias de borceguies; los plebeyos andaban descalzos de pie y pierna y trasquilados barba y cabello y con un zamarrón de pieles sin costura por los hombros, los brazos de fuera y algunas veces con media manguilla y en lo interior tenían por la cintura cubiertas sus partes; los nobles tenían cabellos largos mayormente en lo alto de la cabeza le dejaban bien crecido y al rededor lo quitaban: la barba era larga y el bigote sobre la boca era quitado.

El vestido lo cosían con nervios y correitas hechas de tripas de animales, y con espigas de pescados y agujones de palo tenían por leznas y eran costuras muy finas y excelentes, las ga-

muzas eran muy buenas; adobábanse con leche aceda y trigo ó cebada amasada, teñíanlas con cáscara de pino primero hervidas y hecha tinta, tenían mujeres dedicadas para sastres como para hacer loza de que usaban que eran tallas como tinajuelas para agua; hacíanlas á mano y almagrabanlas y estando enjutas las bruñían con piedras lisas y tomaban lustre muy bueno y durable, hacíanles grandes y pequeñas, tazas y platos todo muy tosco y mal pulido; á las ollas para el fuego y cazolones no daban almagre, después de esto hacían un hoyo en la tierra y encima hacían lumbré por un día ó el tiempo necesario para cocer su loza y servía muy bien.

Tenían mucha cantidad de higueras blancas y los higos son ásperos, diferentes á los de España y por dentro colorados; pasábanlos para guardarlos; tenían piñones de los pinos, y mocanos que es una baguilla á modo de mirto mayor, de más jugo y el corazoncillo es como palo, de él hacían vino y vinagre, y la mesma fruta por sí embriaga como el madroño. Así mesmo tenían dátiles de las palmns y aun hay gran cantidad en tierras de Arguineguín y Tirajana; hacían vino, miel y vinagre de las Palmas y esteras de sus hojas y petates para dormir y con mantas de pieles de ovejas y cabras; tenían otra fruta de una mata como alcaparra y su fruto á modo de alcaparrón, salvo que es colorado como tomate tirante á amarillo, algo prolongado y esquinado, ochavado de el tamaño de un huevo, llamado vicacaro, no es de mal sabor, hase de comer muy maduro, tiene muchas pepitas, teníanle por gran regalo. Tenían una raíz muy gruesa mayor que patata, algunas hay muy grandes que han pesado ocho y diez libras corrientes cocidas en agua y sal, crudas son malas á el gusto porque se asemejen á la taragontia, llámanles niames ó ñames, críanse en las aguas, dan las hojas de la hechura de un corazón con una punta larga y en lo ancho casi otras dos con una quebrada en medio y las hubo como adargas, y lo ordinario como grandes broqueles y plegándolas á el rededor con las manos reciben dentro hasta cuatro ó seis cuartillos de agua y las llevan á puño largo trecho para dar de beber á sus señores; no tenían cañas dulces. Miel de abejas tenían mucha, cogíanla la que ella destilaba de los riscos y grutas de peñas onde hay grandes abejas silvestres. Usaban para tener estos licores de odres de cabrones ó machos de cabras, adobábanlos con el pelo, y para la leche eran sin pelo, teñíanlos de naranjado, llamaban *tazufre*. El uso del pan no conocieron, de las semillas y granos que tenían usaban de ellas tostadas al

fuego en unos cazolones muy anchos puestos sobre tres piedras por trébedes, hechos de barro tosco, molíanlas en unos molinitos pequeños que andaban á la mano las mujeres, de una piedra negra ojeteada y fuerte, labrábanlos con pternales y con lajas de piedra viva, (dicen que después tuvieron algunas picaderas que les trajeron mallorquines), hacían en ellos frangollos de trigo que cocían con agua y leche y miel, de las tostadas la más común era cebada que la hacían harina llamada gofio, cerníanla por cedazo de cuero á modo de zaranda pequeña muy pulida y agujeros abiertos á fuego, comíanle luego que querían usar de él mezclándole con caldo grueso de cabra, con leche ó miel y también con agua. Las carnes no las usaron crudas, lo más asadas y cuanto había salido alguna sangrassa las comían que estaban coloradas por dentro y esto tenían por más sabroso, también las sancocaban si eran gruesas. Aprovechábanse de los cuernos de las cabras para cultivar las tierras y con puntas de palos grandes y fuertes tostadas primero se juntaban muchos ayudándose unos á otros y armaban un cantar y vocerío y muchos juntos afilaban una grande estaca y apretando con fuerza hacia la tierra todos á una después apalancaban y arrancaban los céspedes y después las mujeres los deshacían y allanaban la tierra y hacían esta obra á las primeras aguas que estuviese la tierra regada; tenían muchas acequias de agua y con grande admiración tienen una gran peña viva agujerada por espacio de un cuarto de legua que atraviesa un gran cerro por onde condujeron parte de buena cantidad de agua por aprovechar con el riego buenas tierras que llaman la Vega y el principio nace de unos barrancos muy hondos y la subieron por unos acueductos haciendo calzadas de onde llaman Tejeda.

De los frutos que cojían daban cierta parte de todos ellos que parece ser la décima parte á personas que tenían á guardarlas y sustentarse de ellos; estos eran hombres que vivían en comunidad como religiosos, y tenían tambien doncellas que guardaban castidad, vivían en cuevas y casas de tierra. Los años de poco fruto no tomaban diezmos para guardar, antes para repartir entre los pobres y ellos comían de lo guardado de los años antes y siempre los socorrian con limosnas, aunque esto tocaba más á el Señor de la tierra; los bienes y haciendas eran comunes, repartíanse cada año por cabildos, los ganados andaban juntos, menos las cabras mansas que las cuidaban sus dueños. Cuando había falta de agua y esterilidad, estas personas religio-

sas hacían lamentos y súplicas á el cielo con visajes y ademanes de manos, ponían los brazos altos y á un sólo Dios omnipotente le pedían el socorro. Ellas hacían lo mesmo y los demás cogían el ganado de los tales diezmos y lo encerraban en un cerral ó cercado de pared de piedra y allá lo dejaban sin comer aunque fuese tres dias y lo dejaban dar muchos validos, y toda la gente balaba como ellos, hasta que llovía, y si tardaba el agua dábanles muy poco de comer y volvían á encerrarlos. Ellos también ayudaban aunque no se sabe el modo, encerraban estos frutos en las cuevas de riscos más altos porque se viese allí estar más bien guardados y más durables.

La justicia era muy rigurosa y en cada pueblo y lugar tenían sus jueces como alcaldes, tenían personas que acusaban á los vecinos de todo cuanto hacían por leve que fuese el caso y asimismo en los lugares había personas para todo como á recoger diezmos y dar limosnas y castigar culpas y enseñar niños, y los maestros eran mujeres para enseñar niñas y hombres para enseñar muchachos, no conocieren letras ni caracteres (aunque se valían de pintura tosca), la doctrina eran historias como corridos y jaccaras de valientes, de sus Reyes y hombres señalados, linajes y otras cosas de campo, de plantar, sembrar y lluvias y señales de los tiempos como pronósticos y refrancitos, azotábanlos en unos manojitos de juncos merinos ó varitas en las pantorrillas y asentaderas y lo más grave en las espaldas. En lugar de azotes al delincuente mandaba la justicia á dar palos tanto como fuese el delito. La muerte la daban con una piedra, hacíanle de pechos echado sobre una laja, y el verdugo le dejaba caer una sobre las espaldas que fuese bien rolliza y pesada.

Había dos géneros de jueces, un noble para los nobles de cabello largo, y otro villano para los trasquilados que eran castigados de día, y los primeros de noche con un mesmo género de castigo; tenía pena de muerte el que entraba en la casa de otro á escondidas á hurtarle, menos que no fuese cosa de comer con que aquel día remediase por una vez á él y sus hijos que esto tal vez permitido pero no se quedaba sin reprensión.

(Continuará)



INDICE DEL TOMO X

- A nuestros lectores, 12
- AJODAR, Artemi de**
Fuentes públicas, 17.
- BARRUS, Guillón** (seud. de L. Rodríguez Figueroa)
Página (fragmento de «Alba»), 182.
Los árboles, 207.
- BATLLORI y LORENZO, José**
El Cenobio de Valerón, 1.
Agumastel, 73.
La playa de los barquitos, 134.
La tradición del Cristo de las lágrimas (fragmento), 140.
Electra, 150.
Cosas de la tierra y de otros tiempos, 199.
- BENTO Y TRAVIESO, Rafael**
Poetas de antaño. La pulga, 16.
Letras del tiempo viejo. Ante la tumba de Viera y Clavijo, 98.
- BETANCOR CABRERA, José** (vid. Angel Guerra, seud.)
- CABRERA y RODRIGUEZ, Francisco**
Don Domingo José Navarro, 3.
Canarios notables: Don Juan de Quintana y Llerena, 105.
- CAMBIER, O.**
Juicios sobre El Museo Canario, 8.
- CAZE, Robert**
Robinson Crusoe (trad. de Francisco González Díaz), 142.
- CHIL Y NARANJO, Gregorio**
Estudios climatológicos de la isla de Gran Canaria, 16, 39, 49, 63, 76, 92, 107, 116, 126, 133, 145, 148, 155, 168, 179, 187, 195, 208, 211.
El dolmen de Tirajana, 97.
- DONATIVOS al Museo Canario, 84, 162.**
- DORESTE RODRIGUEZ, Domingo** (Véase Fray Lesco)
- F.**
La ermita de la Virgen de la Luz, 28.
- FRANCHY Y ROCA, J.**
La mortaja de Soterita, 44.
Las pintaderas de Gran Canaria, 61.
Canarios notables: Don Agustín Millares, 66.
La prensa de antaño, 115.
- GOMEZ ESCUDERO, Pedro**
Crónicas antiguas de Canarias. Historia de la conquista de Gran Canaria, 10, 23, 34, 58, 72, 82, 94, 105, 120, 127, 131, 136, 146, 152, 160.
- GONZALEZ DIAZ, Francisco**
Libro nuevo: «Nuestra Señora», 30.
Canarios notables: Don Juan Padilla, 37.
La mula-ánima, 65.
Canarios notables: Don Luis Navarro y Pérez, 77.
La talayera, 109.
Canarios notables: Don Eufemiano Jurado y Domínguez, 113.
Nuestra juventud intelectual, 133.
Darwin... degenerado, 149.
¿Dónde está la crítica?, 157.
- Las sociedades económicas y el problema de la regeneración, 165.
Una revista... modernista, 183.
Algo sobre el modernismo, 192.
El movimiento antirreligioso, 215.
- GOYA, Antonio**
Sobre un discurso de Galdós, 5.
Cuentos e historias. Una víctima, 19.
Cavilidades, 29, 101.
Idilio (poesía), 38.
Del diccionario de un escéptico informal, 60.
Croquis y notas. El carnaval en Las Palmas, 68.
Cuentos e historias. Caricias populares, 80.
La gloria literaria: I. Una fantasía de Washington Irving, 112.
II. Lo perdido, 124.
III. La «débacle» futura, 130.
IV. Lo efímero de la gloria, 138.
Las brujas de Joaquín Santana (fragmento), 158.
La tumba del deán (poesía), 173.
- GUERRA, Angel** (seud. de José Betancor Cabrera)
Olvido, 9.
Desde Madrid. Arte y Letras: Introito. Electra de Pérez Galdós, 90.
Desde Madrid. Arte y Letras: Inmortalidad de un verso.
Los poetas que quedan. Los actuales que pasan. Campoamor único, 102.
Arte periodístico, 126.
Desde Madrid. Arte y Letras: Evolución a la ópera española. Maestros fracasados. El público. Nueva orientación, 128.
Desde Madrid. Arte y Letras: Expresión de las artes. La arquitectura. España monumental. Madrid anti-estético, 171.
- JORDE** (seud. de José Suárez Falcón)
Juanuco, 174.
- JUAN**
Vista de Tafira, 147.
- LESCO, Fray** (seud. de Domingo Doreste Rodríguez)
Cruzada patriótica, 18.
La sociología, 26, 40.
- LOTI, Pierre** (seud. de Louis-Marie-Julien Viaud)
En la tumba de los samourais (trad. de F. González Díaz), 197.
- MAFFIOTTE Y LA ROCHE, Luis**
Sobre «Iriarte y su época», 203.
- MARTINEZ DE ESCOBAR, Amaranto**
A la memoria del Dr. López Botas, con motivo de la traslación de sus restos (poesía), 6.
- MILLARES CUBAS, Agustín**
Las Palmas monumental. La catedral basílica, 13.

MILLARES CUBAS, Luis

Estudios demográficos de Las Palmas, 36, 132.

MILLARES CUBAS, Luis y Agustín

La lente de aumento, 52.

Canarios notables: Don Miguel de Rosa, 88.

NAVARRO y SOLER, Leopoldo

Canarios notables: Don Pedro Bravo, 22.

NECROLOGICAS

Grau Bassas (hijo), 119.

OSSUNA, M. de

Estudios históricos y psicológicos acerca de las Islas

Canarias (fragmento), 164.

OVLAC

Papel impreso. Libros recibidos. Periódicos y revistas, 96.

La vida en Las Palmas, 118.

PARFAIT, Paul

Mi suicidio (trad. de F. González Díaz), 54.

PEDREIRA, Leopoldo

El Teide, 25.

«Nuestra Señora». Carta abierta a los señores don Luis y don Agustín Millares Cubas, 99.

PENICHET Y LUGO, Francisco

Las colonias penitenciarias en Canarias, 69.

La espada del boer, 170.

PICAR, Manuel

Arqueología. Numismática: investigaciones, 166.

Arqueología. Numismática: medallas canarias, 190.

RODRIGUEZ FIGUEROA, L. (véase, además, Guillón Barrús, seud.)

Rito. El ideal (poesías), 4.

Nupcial (poesía), 33.

El bajo (poesía), 135.

ROMERO Y QUEVEDO, José

Literatura regional: «Nuestra Señora», 44, 56.

El Cristo de Luján Pérez, 86.

RUIZ y BENITEZ DE LUGO, Ricardo

Canarios notables: El marqués de la Florida, 31.

SAUCILLO, Félix del

La vida en Las Palmas: (Notas de la semana), 21, 96, 108, 144.

SEDEÑO, Antonio

Breve resumen e historia... de la conquista de Canarias..., 176, 185, 193, 201, 209, 216.

SUAREZ, F.

Apuntes artísticos de Las Palmas: el molino del Camino Nuevo (dibujo), 123.

Rincones de Las Palmas: la calle de San Justo (dibujo), 129.

Rincones de Las Palmas: El Guiniguada y subida a San Justo (Dibujo), 139.

Rincones de Las Palmas: Apunte de San Cristóbal (dibujo), 183.

Rincones de Las Palmas: Apunte del paseo de Chil (dibujo), 187.

Rincones de Las Palmas: Junto al Guiniguada (dibujo), 195.

SUAREZ FALCON, José (Vid. Jordé, seud.)**VALIDO, Federico.**

Rincones de Las Palmas: Paisaje de San Roque (acuarela), 79.